

Alice M.
Ekert-Rotholz

**DONDE LAS
LÁGRIMAS ESTÁN
PROHIBIDAS**



Lectulandia

La acción de esta novela se centra en las hijas que el cónsul noruego de Shanghái ha tenido con tres mujeres: la orgullosa Astrid, cuya aparente frialdad esconde un terrible fuego interior; la dulce Mailin, hija de una china, en quien se reúnen las cualidades de ambas razas, y la alocada Vivica, juguete del amor y del odio de los hombres.

Alrededor de estas mujeres se mueven multitud de personajes que no sólo nos ofrecen el fascinante espectáculo de la lucha entre los modos de ser oriental y occidental, sino los conflictos interiores de unos seres profundamente humanos, en una época cargada de tormentas ya que Alice Ekert-Rotholz describe la acción entre las dos guerras mundiales.

Lectulandia

Alice Maria Ekert-Rotholz

Donde las lágrimas están prohibidas

ePub r1.0

Titivillus 17.02.16

Título original: *Wo tränen verboten sind*
Alice Maria Ekert-Rotholz, 1956
Traducción: M. Blancafor

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

DEDICATORIA:

A Geneviève, a Haruko y Nôboyuki.

No tiene ningún sentido llorar donde las lágrimas están prohibidas.

PROVERBIO HINDÚ

PRÓLOGO

EL PUENTE DE LAS FLORES DE SHANGHAI

*El hombre se marchita como los cerezos
en flor de Kyoto; el crisantemo imperial
no conoce el paso del tiempo.*

ASIHEI HINO, «Flores y soldados»

Capítulo I

LA VELADA DEL CÓNSUL WERGELAND

La velada del cónsul Wergeland en Shanghái comenzó con una querrela conyugal. Antes de cualquier reunión siempre tenía lugar una discusión entre el cónsul y su esposa. Como la escena se repetía desde hacía años, había llegado a alcanzar la misma perfección con que se representa por última vez una pieza teatral. Las frases estaban estudiadas. No era necesario el apuntador, ya que el matrimonio conocía el texto tan bien como la misma ciudad de Shanghái. Pero dejemos antes bien sentado que la señora hablaba y el cónsul callaba.

La escena solía comenzar un par de horas antes de recibir a los invitados. Yvonne Wergeland atravesaba todas las puertas de la casa para enterarse dónde estaba el cónsul, qué hacía en ese momento y si acabaría de vestirse de una vez. En lugar de contestar amistosamente a las sugerencias de su cuidadosa esposa, el cónsul, que asimismo cruzaba todas las puertas de la casa, se preguntaba si alguna vez llegaría a serle posible poder estar cinco minutos solo en su casa sin tener que someterse al control de su mujer. Yvonne se presentaba en escena con la rapidez del relámpago. Aparecía en el aposento privado del cónsul, fresca, elegante y consumida interiormente por la rabia, y contemplaba a su marido con ojos vivos y despiertos, en los cuales había una expresión que traicionaba su disposición a los celos. Los celos de Yvonne correspondían menos a un invencible afecto al cónsul que al típico amor que las francesas tienen a la propiedad particular. Una esposa inteligente custodia a su esposo con tanto cuidado como a los documentos de valor y las joyas de familia.

El cónsul permanecía tranquilamente sentado en su esterilla japonesa, vestido con un quimono, dando muestras de un profundo bienestar y absorto en sus impenetrables pensamientos. Al principio de cada una de las escenas contemplaba a su mujer con gran asombro, como si la viera por vez primera. ¿Cómo era posible que una estatua pudiera contener tanta fuerza explosiva? Porque Yvonne enfundada en su traje de noche de brocado azul oscuro, y con el rostro perfectamente inmóvil y pálido, producía el efecto de una estatua. Sólo sus centelleantes ojos y los carnosos lóbulos de sus orejas, que enrojecían febrilmente en el transcurso de la «escena», denotaban que la estatua poseía una constante vida interior. La señora era una furia de actitud tranquila.

Yvonne procuraba hablar con tanta mayor prosopopeya cuanto más grande era su indignación. Por regla general los ojos del cónsul, atónitos, irónicos y extremadamente luminosos, se irritaban y dejaban entrever su propio carácter, así como el hecho de que en esos instantes su pensamiento estaba muy lejos de la realidad. Acogía la letanía de Yvonne con una sonrisilla dulce y distraída, y dejaba

caer al suelo sus argumentos como conchas vacías de ostras.

El doctor Wergeland conoció a Yvonne al final de la Primera Guerra Mundial, en Suiza, donde ella se hallaba pasando una temporada de reposo acompañada de su madre, que se encontraba enferma. Yvonne excitó ya su curiosidad la primera noche, al verla en el salón restaurante. En Noruega jamás había dado con una muchacha como ella. A pesar de su juventud, la señorita Clermont era extraordinariamente desenvuelta, muy elegante y de porte altivo. Parecía destinada a dominar un cuerpo consular. Knut Wergeland estuvo observándola durante una semana con especulativa curiosidad y luego ella se cuidó de disponer precipitadamente el matrimonio. En París la familia Clermont opinó que él era un pretendiente conveniente, puesto que era copropietario de unos conocidos astilleros de Noruega, individuo de buena apariencia y hombre que ocupaba una destacada posición social. Su ideal hubiera sido que el doctor Wergeland hubiera sido también francés, pero ¿dónde encontrar reunidas todas estas condiciones?

Desde luego, profesionalmente, el matrimonio había sido un acierto. Eran una pareja gentil con diversos intereses y buenas rentas privadas, por cuyo motivo se les consideraba bien vistos en el servicio consular. En cambio, su vida privada había constituido un gran desengaño a causa de la disparidad de sus temperamentos, que no hubieran podido evitar ni con la mejor buena voluntad ni aun siquiera con el más profundo afecto. Yvonne era muy sociable, en tanto que el cónsul aceptaba como una carga sumamente pesada las obligaciones sociales que su carrera le imponía. Era un solitario, cuya aversión por las relaciones artificiales e intrascendentes iba en aumento año tras año, y que prefería una hora tranquila dedicada a sus colecciones artísticas a todo otro entretenimiento. En realidad, era hombre que no podía congeniar con una mujer. Aunque hubiera encontrado una esposa más adecuada que Yvonne, se hubiera visto siempre condenado a la soledad, dado que, tan pronto como Knut Wergeland dirigía su atención a algo que le producía una satisfacción, dejaba de interesarle cualquier mujer. Yvonne no prestaba alas a su fantasía, debido a que era un ser íntimamente ligado a la tierra, con toda clase de egoísmos, exigencias y debilidades. La familia Clermont no se hubiera podido imaginar jamás que el cónsul fuera un romántico. Los franceses se hallan completamente curados de esa enfermedad y nunca se muestran sentimentales al concertar un matrimonio y fundar una familia. Son realistas y por lo mismo sus sueños son mucho más lógicos que los sueños de esos extravagantes tipos nórdicos. Todo francés sabe muy bien, por instinto y por experiencia, que cuando a las mujeres se las trata íntimamente no son ni misteriosas ni difíciles de comprender. Para ellos es sencillamente de muy poco sentido común exigir tales condiciones a una esposa inteligente, lista y ahorradora.

El cónsul reconocía que Yvonne, a pesar de su irritabilidad, le tenía un gran aprecio. Por lo demás, no pasaba por alto sus encantos. Admitía que era divertida, razonable, hacendosa, cuidadosa y elegante. Pero en algunos momentos le molestaba realmente que le diera consejos. Yvonne hubiera sido una mujer ideal para un

profesor de la Sorbona, a quien seguramente hubieran encantado sus discusiones, su arte culinario y su distinción. En el Extremo Oriente una francesa no podía ciertamente considerar irreprochable la cocina casera, y aquí fue donde se produjo la gran sacudida de su vida, hasta el punto de que el cocinero, que siempre se sentía muy vigilado en sus dominios, sólo se mantuvo en su puesto porque se le brindó el aliciente de un aumento de sueldo. La cocina olía mal porque siempre estaba sucia, y el cocinero hacía un verdadero derroche de víveres. Esto le hubiera hecho perder la cabeza a cualquiera. Afortunadamente, Yvonne tenía la suficiente inteligencia para que todo lo que ahora constituía su medio ambiente no la sorprendiese demasiado.

El cónsul sólo oía a medias sus explicaciones. En verdad, en la ciudad de Shanghái ningún hombre atendía cuando su mujer le decía algo. Los hombres iban a las carreras o a bailar a los salones de té, o bien corrían tras de las chinitas, o de los comerciantes en objetos de arte. El cónsul Wergeland era discreto con las chinitas y charlaba muy a gusto con los traficantes en objetos de arte. Siempre se animaba cuando intentaba adquirir un jarrón de porcelana o discutía el precio de una cajita de laca, y ante una pintura mural con bambúes y ánades en un estanque era mucho más elocuente que cualquier francés. Evidentemente era un buen conocedor del arte y se mostraba capaz de captar todos los detalles interesantes.

Siempre que escuchaba a su mujer durante una escena se veía obligado a pensar en su hermana Helene. ¡Era tan divertido el contraste entre las dos mujeres! Helene Wergeland era el único ser femenino que jamás había decepcionado al cónsul. Esa hermana, que habitaba el antiguo hogar familiar en Trondheim y estaba consagrada a sus protegidas de la fábrica y del puerto, le ayudaba mucho interiormente. Realmente le faltaba la elegancia que hubiera podido adquirir de haber vivido en el extranjero. Cuando se le acababa la paciencia, la señorita Wergeland, por lo general tan parca en palabras, expresaba su opinión con una franqueza que dejaba un poco aturridas a las gentes. Pero su gruñona magnanimidad, su poca inclinación a charlar, e incluso su enérgica grosería, proporcionaban al cónsul, durante sus muy poco frecuentes vacaciones en la patria, la tranquilidad y el descanso que tanto anhelaba su naturaleza. Por lo demás, la señorita Wergeland advirtió seriamente al más joven de sus hermanos antes de su boda con Yvonne Clermont, y no sólo por el mero hecho de que no sintiera el menor gusto en entregar su hermano preferido a una mujer. El principal motivo era que conocía perfectamente sus aficiones, su tendencia a los ensueños y las ilusiones y sus escasas disposiciones para el matrimonio. Tampoco ella tenía muchas aptitudes para el matrimonio, pero todavía no se había casado. En parte porque carecía de tiempo para hacerlo. Por las mañanas trabajaba con su hermano Olaf en la oficina de los astilleros Wergeland, y el resto del día lo dedicaba a sus protegidas de Trondheim y sus alrededores. Pero ante todo la señorita Wergeland sospechaba que los maridos dan a veces consejos que ellas tienen que seguir gustosamente, y dado que era una mujer muy independiente, prefería aconsejarse ella misma.

También Yvonne solía reflexionar sobre Helene. ¿Acaso tenía que seguir soportando a esa grosera Helene cuando el cónsul iba a pasar sus vacaciones allí, igual como lo hacía antes de incorporarse a su cargo en Bangkok? ¡Ni mucho menos! Ella embarcaba hacia Marsella con su hija Astrid, que ciertamente también era hija del cónsul, a pesar de que en el transcurso de las «escenas» siempre la calificaba de «mi hija». Luego, cuando llegaba el momento de regresar al Extremo Oriente, Knut recogía a las Clermont en París, después de haber disfrutado durante algunos meses del placer de deslizarse con los esquíes o de ir a cazar ballenas.

La señorita Wergeland y sus modales eran un elemento fundamental en esas «escenas». ¿Cómo le sentaba eso a Helene? Sus consejos referentes a la educación de Astrid eran totalmente inútiles. Yvonne había educado a su hija del modo que ella creía más conveniente: siguiendo las normas de un método francés de educación que hubiera hecho honor a cualquier profesor de psicología. Pero el cónsul no se impresionaba por nada. Desde el nacimiento de Astrid había presenciado siempre a cierta distancia la aplicación de esas normas. Y así Astrid llegó a cumplir sus siete años.

Dos días antes de que tuviera lugar la velada de despedida en la casa que el cónsul Wergeland poseía en Shanghái, llegó a la «Concesión Internacional» de esa misma ciudad una carta de su hermana. Astrid —escribía la señorita Wergeland con su acostumbrada amabilidad— parecía en la última foto un escuálido arenque, y mostraba una expresión muy precoz. La niña tenía que ir a pasar por lo menos un año a Trondheim, donde comería gachas de avena preparadas con crema y nata y merluza fresca con manteca derretida, nadaría en los fiordos hasta llegar a perder los sentidos y esquiaría durante el invierno acompañada de su tía Helene. Los chinos calificaban a Shanghái como «la ciudad situada sobre los mares», lo cual era ciertamente muy poético. Pero a pesar de la poesía en ninguna calle reinaban la limpieza y el orden. Personalmente, Helene tenía bastante con contemplar las fotos. Se veía claramente que jamás limpiaban el polvo ni en las tiendas ni en los géneros que en ellas se exponían. Astrid se quedaría con la boca abierta en Trondheim. La pobre criatura no había tenido nunca ocasión de ver una ciudad limpia. Incluso en la animada Torvet^[1] imperaban la limpieza y el orden.

Cuando el cónsul Wergeland hubo leído esa carta no pudo por menos que sentirse regocijado, pero en su sonrisa se albergaba también un sentimiento de amorosa comprensión hacia ese terrible sentido del orden que era la característica más acusada en el carácter de su hermana. Por lo demás, ésta parecía muy interesada en que Astrid fuera a Trondheim, donde le sería reservada la «habitación azul». La señorita Wergeland se proponía instalar a Yvonne y a Knut en el cuarto amarillo, que momentáneamente estaba ocupado por su lejana prima, *La viuda de Aalesund*. Esta señora, que parecía carecer de nombre y apellidos, desde hacía poco tiempo era el ama de llaves de la señorita Wergeland, aparte de lo cual le ayudaba en el cuidado y asistencia de sus protegidas. Las «perdices blancas», como Helene denominaba a esas

pobres muchachas sin hogar, habitaban los restantes aposentos en el ala este de «Villa Wergeland».

Yvonne estaba indignada. Pero cuando ella dio por terminadas sus recriminaciones, el cónsul se levantó y dijo:

—Ya está bien. Como es natural, Astrid irá con nosotros a Trondheim.

A la réplica de Yvonne respondió diciendo que deseaba que su hija conociese a los familiares de su padre, «Villa Wergeland», los astilleros y las pistas de esquiar de Trondelag, No podía determinar cuánto tiempo permanecería Astrid en Trondheim. Pero sea como fuese no quería oír una sola palabra más acerca de Helene. Ésta era una persona estupenda.

Después de haber acabado de hablar, el cónsul se hundió en su acostumbrado silencio. Era la paciencia personificada, pero no consentía que nadie se metiera con su vieja Helene. Veía a su hermana con los cabellos precozmente grises, con sus agudos ojos azul acero, su atrevida nariz y su avinagrada sonrisa cuando las «perdices blancas» venían a ofrecerle sus emocionados obsequios. En Trondheim y sus alrededores había una gran cantidad de madres solteras, que a no ser por la señorita Wergeland hubieran sido capaces de arrojarse al fiordo o de cometer cualquier tontería. Después de la desgracia, las «perdices blancas» ya no se atrevían a volver a sus casas. Eran instaladas en el ala este de la vieja finca rústica y disfrutaban de las gachas de avena con crema y nata, las higiénicas condiciones de la casa y los buenos consejos de la señorita Wergeland hasta que, con las recién nacidas y pobres criaturas en los brazos, algunas ropas para bebé y unas coronas en sus raídos monederos podían reincorporarse de nuevo a sus labores cotidianas. No eran raras las ocasiones en que Helene, con la ayuda de la *viuda de Aalesund*, lograba dar con el hombre que había llevado a la desgracia a Ingrid o a Marie. La *viuda de Aalesund* era una comadre que lo olfateaba todo. Cuando llegaba algún marinero de un barco de carga extranjero, descubría siempre al causante de la desgracia en una noche apacible y luminosa. En tales casos la señorita Wergeland se instalaba en la estación del «ferrocarril del norte» o corría por alguna callejuela del puerto de Trondheim y pedía al bribón cuentas de lo ocurrido. Para celebrar la retrasada boda, en «Villa Wergeland» se ofrecía una comida que, según la época del año, consistía en merluza hervida con mantequilla derretida o bien perdiz con salsa de crema y luego la famosa torta de manteca de *La viuda de Aalesund*. Después de eso la joven pareja se iba con una buena provisión culinaria, con esquís nuevos para toda la familia y una ración extraordinaria de consejos. Más tarde los bribones y las «perdices blancas» visitaban a la señorita Wergeland cuantas veces les era posible. Trataban de pegarse como lapas a esa imponente y benefactora dama y por eso eran alejados. ¿Qué significaban los consejos y los regalos? ¿Es que no prosperarían igualmente Sverre y Marie con la ayuda de Dios? La señorita Wergeland estaba netamente convencida de ello. Pero en lo íntimo de su corazón le complacía que de nuevo volviera a resplandecer la alegría en el rostro joven y franco de Marie, que sus mejillas volvieran a ser bellas y

rubicundas como antes y que el bribonzuelo pareciera ser su propio retrato. En estas escenas tan familiares para él por haberlas vivido de muchacho en «Villa Wergeland», estaba pensando el cónsul mientras su mujer hablaba de su hija sin una pizca de comprensión. Helene era la persona más excelente del mundo, aunque quizá no fuese la más agradable.

Frecuentemente las «escenas» se desarrollaban en la sala japonesa de tomar el té, cuyos muebles se había traído consigo el doctor Wergeland después de su permanencia en Tokio. Era una estancia casi vacía, provista de puertas corredizas delicadamente pintadas. En ella había algunas mesitas de laca muy bajas, las usuales esteras, el aparato para hacer el té, el *hibachi*^[2] y los arcones y cofres con los valiosos objetos de arte del señor de la casa. En el nicho tradicional había un hermoso cuadro ante el cual se alzaba una vasija de porcelana repleta de flores. La vasija, las flores y el cuadro formaban un bello conjunto, una fina y sutil visión que satisfacía el sentimiento estético y purificaba el espíritu del espectador. La luz que penetraba en la sala de tomar el té era amortiguada por unas persianas de bambú colocadas ante las ventanas. Las conversaciones que tenían lugar con Yvonne en ese aposento parecían perturbar aquella sana atmósfera dejaban en el ánimo de Knut una huella de desagrado y cansancio que sólo podía ser esfumada por la profunda quietud que se respiraba en la «morada de la fantasía», como denominaban los japoneses a su salita de tomar el té. En esta estancia cobraban vida efímera los sueños nórdicos, el arte de vivir japonés y la filosofía.

El cónsul trataba de superar la tensión nerviosa que le producía el pensamiento de que estaban a punto de llegar sus invitados. Knut Wergeland se encontraba en el cuerpo consular porque, como noruego, llevaba en la sangre el vivo anhelo por los mundos extraños, aun cuando en su casa —igual que su hermana Helene— era un solitario a quien le agradaba comerse su merluza sin espectadores. Consideraba con cierta ironía las múltiples obligaciones sociales que le eran impuestas durante el año. Tenía que pasarse horas enteras sonriendo amablemente y hablando animadamente con sus invitados procedentes de todas las partes del mundo. Sin Yvonne difícilmente hubiera podido desarrollar esta labor. Porque Yvonne era una mujer internacional. El cónsul le expresaba su agradecimiento con regalos que ella denominaba «nuestras joyas profesionales». Poseía valiosas alhajas heredadas de su familia, y sólo lucía las llamadas profesionales en las recepciones oficiales. Su compañía no era estimada por muchas personas. A Fu, el cocinero chino, incluso le molestaba que la señora conociese todas las cosas referentes a la cocina del país. Cuando Yvonne se mostraba excitada parecía medio atontado, pero lo cierto es que era un verdadero lince. Como todos los chinos, aguzaba los oídos aun cuando pudiera enterarse de las cosas con facilidad. Por lo demás, daba muestras de sentir un gran respeto por Yvonne, como hacían todos los que tenían un poco de sagacidad.

Pero Yvonne no estaba satisfecha. Antes de su matrimonio esperaba algo completamente distinto de lo que la realidad le ofrecía, puesto que en cierta ocasión

su tío Antoine, que residía en Saigón, había calificado al país como «maravilla de la intimidad». Era una fuerza activa y variable que libraba a los hombres del infructífero estado del narcisismo. Al cabo de once años de matrimonio, a Yvonne le sucedía lo que a todas las mujeres decepcionadas que no han encontrado lo que pensaban encontrar. Era demasiado inteligente para no darse cuenta de que la autocompasión la iba haciendo cada vez más insensible. Su devoción religiosa había cambiado muy poco en las catedrales e iglesias de Extremo Oriente. Cuando se arrodillaba ante el altar o ante el confesionario surgía de lo profundo de su alma un sentimiento de amargura y su llama mística no podía traducirse en plegarias e invocaciones. Pero todas las decepciones sufridas en el transcurso de los años, y que ella almacenaba en su interior, salían a flote de nuevo en los brillantes torrentes verbales que se desbordaban durante las escenas que cada vez tenían lugar antes de recibir a los invitados.

El día 7 de diciembre de 1925, dos horas antes de que vinieran «los lobos», que tal era como el cónsul denominaba en la intimidad a los invitados, la escena se desarrolló en el salón de tomar el té ante un nuevo cuadro colgado en la pared.

El cuadro representaba la despedida del cónsul general del Japón en Shanghái. El día anterior se había presentado en Shanghái, con gran sorpresa por parte de todos, su sobrino residente en Tokio, y como es natural había sido invitado por los Wergeland. Con su llegada, Akiro Matsubara, el hijo segundo de un magnate de la industria de Tokio, había dado al traste con todo el minucioso orden que se había establecido en la disposición de la mesa. ¿En qué lugar tenían que colocar a ese muchacho, que jamás en su vida había salido del Japón? Era demasiado joven para ofrecerle un puesto de honor, pero su familia, que pertenecía al Zaibatsu, confederación de noble estirpe, era lo suficientemente importante como para que a Akiro se le pudiera poner al lado de la juventud europea. Realmente era excesivamente tímido para que durante la comida se hallara al lado de Yvonne, y era también demasiado japonés para hacerlo alternar con los expansivos americanos o con sus ridículos enemigos chinos. Por cierto que en esos momentos el clima estaba muy caldeado en Shanghái. Los chinos odiaban y ridiculizaban a los «enanos de las islas», que ardían en deseos de conquista y se extendían e instalaban por doquier. A Matsubara quizá le iría bien estar junto a la señorita Borghild Lillesand, pues también ella era nueva en Shanghái y tan tímida y medrosa como el japonés. En todo caso había que tener en cuenta que los japoneses, por jóvenes y pusilánimes que fueran, deseaban que sus compañeros de diálogo les prestaran gran atención. De no ser así sospechaban que a los hijos del Japón no se les rendía el respeto que ellos exigían como individuos pertenecientes a la más moderna y floreciente nación del Extremo Oriente.

«¡Ojalá el diablo se hubiera llevado al señor Akiro Matsubara!», pensó nerviosamente el cónsul. Aunque en su vida privada eran amigos y huéspedes

maravillosos, los japoneses formaban un grupo aparte en las recepciones sociales. Incluso encontrándose rodeados de europeos amables y gentiles jamás dejaban de sentirse un tanto cohibidos. Se retiraban discretamente a un ángulo del salón y allí escuchaban atentamente las conversaciones que, animadas por las copas de licor y el *whisky*, sostenían entre sí las gentes de Oriente y Occidente. Procuraban decir las menos palabras posibles. Pero semanas, años o decenios más tarde poseían una copiosa fuente de información. Hasta los turistas como el joven Matsubara tenían especial predilección por los informes de toda clase. En general, los japoneses eran oyentes muy intencionados.

Mientras el cónsul Wergeland meditaba sobre la disposición de la mesa, Yvonne dijo que el señor Matsubara podría sentarse muy bien junto a la señorita Lillesand. Pero al punto su marido le contestó que la señorita Lillesand ya estaba designada para ser su compañera de mesa. Y entonces fue cuando dio comienzo la escena.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Yvonne—. ¿Al lado de esa majadera quieres sentarte tú en la mesa? ¿Es por casualidad o por ley natural por lo que siempre escoges a las damas más jóvenes y estúpidas?

Como el cónsul no respondiera, Yvonne le comunicó que pronto todo Shanghái se reiría de sus disposiciones. El cónsul lanzó una velada mirada a su esposa.

—La señorita Lillesand me hace perder el mal humor —contestó al fin—. No encuentro nada de particular en ello.

Pero Yvonne sí lo consideró sumamente interesante. Había estado observando a la señorita Lillesand en el hipódromo, donde se hallaban en compañía de los amigos del capitán Lillesand, el cual se había traído consigo a su hermana a Shanghái para ofrecerle una distracción distinta de las normales. Borghild Lillesand vestía con una notable falta de sujeción a la moda. Apenas tenía conversación y tampoco poseía la menor idea de *savoir vivre*. Era una muchacha estúpida, igual que un melancólico alción noruego. En una palabra: la señorita Lillesand, violinista de concierto y natural de Oslo, era tan divertida como un día lluvioso en Noruega.

—Yo soy la bondad personificada —repuso Yvonne—, pero voy a mantener un poco distanciada a la señorita Lillesand, querido. He oído decir algunas cosas bastante curiosas acerca de su persona. Tuvo que abandonar Oslo inmediatamente después de un concierto. No conozco bien del todo los motivos, porque la señorita del vicecónsul americano no presta jamás la debida atención cuando alguien cuenta algo interesante. En todo caso, temo que la señorita Lillesand pueda comprometerme. Su carrera parece estar ya arruinada. Sospecho que ahora podría arruinar la tuya. ¡Ah, pero no ha contado conmigo! ¿Acaso crees que me voy a torturar día y noche a causa de este asunto?

El cónsul observó a su inteligente esposa con sus resplandecientes ojos, que oscilaban entre la admiración y la ironía.

—Deja de preocuparte por mi buena rama, querida Yvonne —repuso con un dulce tono desesperante Borghild se sentará a mi lado. Apenas sabe hablar francés o

inglés. El señor Matsubara comerá junto a la señora del vicecónsul inglés, que habla y comprende bien el japonés. La señorita Lillesand no conoce el Extremo Oriente.

—No conoce nada de nada, salvo su violín. ¿Qué encuentras en esa criatura descolorida, insignificante y mísera?

Yvonne tenía el talento femenino de ocultar su irritación con dos o tres adjetivos acertados. Realmente Borghild Lillesand era insignificante, descolorida y parecía sentirse apabullada por cualquier motivo.

El cónsul encendió un cigarrillo y contempló el nuevo cuadro que colgaba en la pared de la *tokonoma*^[3]. Ese cuadro lo había pintado un discípulo del gran Miyamoto Musashi en el estilo del siglo XVII. Un minúsculo pajarito estaba posado en una rama muy delgada y larga que parecía iba a partirse de un momento a otro. El artista había colocado la siguiente leyenda en la parte inferior del cuadro: «Pájaro canoro sobre una rama muerta». El pajarillo sólo parecía completamente aislado del resto del mundo, sino que su situación y su porte representaban una virtud japonesa muy típica: la heroica voluntad, carente de sentido para la sensibilidad de los occidentales, en presencia de la muerte que, en forma de canción embelesadora, hubiera podido evitarse con un poco de precaución.

—¡Creo que te he preguntado algo! —exclamó Yvonne, mirando fijamente a su esposo con los ojos estrábicos.

Como con tanta frecuencia sucedía, Knut permanecía indiferente, ajeno a lo que ocurría. Apretó su mano contra el corazón, y de nuevo tuvo la sensación de estar sufriendo una dolorosa punzada.

El cónsul seguía contemplando el cuadro de la pared. Así era Borghild Lillesand: un pajarito canoro posado en una rama muerta. Lo que seguía cantando era una canción profunda y soñadora que le animaba. Aunque él hubiese tratado de explicar a su mujer tal canción, ella no hubiera comprendido una sola palabra, puesto que su mente carecía de aptitudes para los sueños. Observaba, analizaba y sacaba sus conclusiones.

—La señorita Lillesand no está sana —murmuró el cónsul.

—Tampoco yo soy una mujer completamente sana, pero a pesar de eso no estoy para el arrastre. ¿Por qué frecuente esa muchacha la sociedad? Lo que debería hacer es no salir nunca. ¿Por qué no se mete en la cama con un par de esterillas eléctricas y unas cuantas tabletas medicinales?

—No padece ese tipo de enfermedad.

El cónsul consultó su reloj. Una mezquina hora más, y vendrían los lobos.

—Fumas demasiado, Yvonne —musitó—. Es una verdadera suerte que vayamos a pasar nuestras vacaciones a Noruega. Todo está ya decidido.

—¡Qué ideas las tuyas! Llevaré a mi hija al pensionado de Lausana. Ya hemos quedado en que luego tú irás a recogerme en París.

—¡Eso lo habrás dicho tú, querida! Astrid va conmigo a Trondheim. Si tú no quieres tomarte esta molestia por ella, me llevaré también al ama. Luego nos

acompañará a Bangkok.

La antigua disputa sobre la niña llegó a su punto máximo. La escena era de las más impresionantes. Yvonne estaba decidida a llevar a su hija al pensionado para que aprendiera allí modales, lógica y arte culinario. En Lausana la pequeña tendría que olvidar su chino y las cuatro palabras noruegas que conocía para llegar a hablar como una buena francesa. Más adelante, Astrid se casaría con un francés correcto y de buena posición. Debía casarse con un poco más de suerte que su madre.

Tras una aguda discusión, Yvonne acabó por consentir en ir a pasar cuatro semanas en casa de la señorita Wergeland con «su hija». El cónsul respiró.

—Pero ya me cuidaré yo de que tu hermana no se precipite como un cernícalo sobre Astrid.

Yvonne dio por terminada la escena con estas palabras.

Se sentía satisfecha. Por fin su marido había tenido que transigir un poco. Empezaba a ser ya un poco tarde. Los lobos debían estar ya ataviándose con sus mejores prendas en las habitaciones de sus casas u hoteles para asistir a esta fiesta íntima. Yvonne quería todavía hablar a Knut sobre el futuro esposo de Astrid, pero aquél no experimentaba deseos de tocar este asunto.

—¿Por qué hemos de seguir hablando de eso? —preguntó extremadamente nervioso—. Aún falta algún tiempo para que Astrid se case.

De pronto soltó una carcajada. Le divertía pensar en el futuro de su inocente hijita de siete años. Yvonne hablaba de sus proyectos matrimoniales sin dejar escapar un solo detalle. El marido habría de tener rentas, posición sólida y una familia que desempeñara un destacado papel en la sociedad.

Los lóbulos de las orejas de Yvonne habían enrojecido. Knut se divertía pensando en todo lo que decía su mujer. Así, pues, tenían que empezar a preocuparse ya por el porvenir de su hija Astrid. ¡Cuán rápidamente crecía una muchacha! ¡Y con cuánta rapidez se podía llegar a ser una vieja solterona como la señorita Helene Wergeland! Todavía permaneció algunos momentos Yvonne parada en la puerta de la sala de tomar el té. El collar de rubíes y los pendientes, unos hermosos aros heredados de su abuela, le conferían un aire particular: severo y misterioso. Sus compatriotas la calificaban de «fea beldad». Lo cierto es que era una verdadera señora, incluso una gran dama como no hubiera sido fácil encontrar en la abigarrada sociedad de la ciudad de Shanghái. Sus labios carnosos y rojos le daban una expresión amarga.

—Yvonne —murmuró el cónsul mientras pasaba la mano sobre su oscura y brillante cabellera—, ¿por qué discutimos incesantemente? Deberíamos tratar de... —Tosió confundido—. Todo iría mejor si estuviésemos en Trondheim —añadió precipitadamente—. Shanghái es terrible. A veces, cuando voy por la Nanking Road, me da la impresión como si esta ciudad se me quisiese tragar.

—¡Hablas sin ton ni son! Shanghái es una ciudad divertida. Nosotros somos muy felices aquí.

—Bueno, está bien. ¿Puedo ir a vestirme ya?

—Hace una hora que lo estoy esperando. ¿Qué es lo que sería mejor en Trondheim? Tú me ocultas algo, pero tengo buena vista y mejor oído, querido. Conozco muy bien todos tus secretos.

El cónsul creía no haber entendido bien. ¿Qué sabía Yvonne? Allí se hallaba impávida, con su sonrisa irónica, enfundada en su traje de brocado azul y muy erguido su cuello de cuervo marino, adornado con aquel collar de rubíes, como si quisiera atrapar algunos pececillos para alimentar su vado y poco soñador espíritu. El doctor Wergeland se levantó de un brinco. La acostumbrada nerviosidad que le acometía antes de las veladas estaba adquiriendo proporciones de auténtica enfermedad. ¿Acaso había descubierto Yvonne algunas cosas ocultas y vergonzosas con respecto a Borghild Lillesand? ¿Tal vez había corrido algún rumor? ¿O quizás Yvonne se refería a algo ocurrido más allá de Bubbling Well Road y Avenue Foch, entre/el cargado ambiente de opio del distrito chino? ¡Qué locura! Yvonne quería irritarle y hacerle caer en la trampa con su interminable letanía. Ella no podía saber nada. El cónsul se secó el sudor de su frente. De repente empezó a sentir escalofríos a pesar de que el brasero se encontraba al rojo vivo. En Shanghái los inviernos eran muy fríos. Los viejos y los niños chinos se sentaban inmóviles en las aceras de las calles y esperaban que les sobreviniera la muerte por congelación, mientras los extranjeros que habitaban en esta ciudad portuaria del Extremo Oriente estaban sobre un volcán. Todavía no hacía un año había muerto en Pekín, a consecuencia de un cáncer en el hígado, el padre de la revolución china, Sun Yat Sen. El país se hallaba dominado por la intranquilidad y el malestar. ¿Podría llevar a cabo Chiang Kai-shek la obra de unificación, sin que China se convirtiera en una provincia rusa, en la que a los extranjeros ya no les sería posible establecer sus firmas comerciales? Todo era incierto, hasta incluso lo que se refería a la influencia rusa, siempre variable, y a las necesidades sociales. El cónsul lanzó un suspiro. Aquí Helene no hubiera podido prestar su ayuda. Había demasiados vagabundos y desamparados, y gran escasez de combustible y leña en esta grandiosa y corrompida ciudad, atentamente vigilada por rusos y japoneses. El cónsul se dirigió taciturno hacia su habitación, en donde ya le estaba aguardando el *coolie*^[4]. El baño se encontraba a punto. Ya era hora de arreglarse. Los lobos se acercaban.

Media hora más tarde, el cónsul y la señora Wergeland recibían a sus invitados en el vestíbulo de su casa enclavada en la Concesión Internacional. Era la última recepción oficial en Shanghái: ciertamente no emprenderían su viaje hasta primeros de marzo, pero dentro de pocas semanas habría de tener lugar la subasta de los objetos superfluos. Las pertenencias de Shanghái serían metidas en el equipaje y la familia tendría que trasladarse al «Cathay Hotel» hasta el momento de la marcha. Cuando llegaran a Noruega ya estaría floreciendo y cubriéndose de verde el valle de Hardanger. Shanghái tenía que acabar por perderse en el recuerdo, pues no era una de

esas ciudades que no pueden olvidarse nunca como la vieja Pekín con sus fantásticos y festivos palacios y templos o como la hermosa Kyoto engalanada con sus cerezos en flor.

Tampoco echarían de menos a los conocidos de Shanghái, pensaba el cónsul mientras saludaba y cumplimentaba a los recién llegados lobos al lado de su elegante mujer. Igual que en aquel drama japonés *Kabuki*^[5], los personajes principales aparecían por la izquierda, a través de un estrecho pasillo, y llegaban al tablado principal tras atravesar ese puente de flores (*hanamichi*). En el drama japonés surgían constantemente nuevos actores por el puente de flores, mientras los otros desaparecían inesperadamente por un escotillón abierto en el segundo tablado. En Shanghái había muchos puentes de flores, y todos poseían también un escotillón. Asimismo, los invitados del cónsul eran actores; pero él no conocía exactamente el texto de sus papeles. Sólo podía sospechar los pensamientos que se ocultaban tras sus floreadas charlas. Quizá por ello flotaba en el aire algo así como una tensión eléctrica: reinaba gran expectación a causa de las conversaciones de doble intención, que era una de las especialidades de Shanghái.

Cuando después de una larga hora los invitados tomaron al fin asiento en la ovalada mesa para comer, el cónsul estaba convencido de que esta reunión de despedida habría de tener alguna consecuencia. Sus huéspedes se conocían lo bastante bien para expansionarse entre sí, pero, por otra parte, no se conocían lo suficiente como para poder entablar largas conversaciones. Yvonne discutía con un miembro de la Banca Industrial China a cerca de los períodos cubista, rosa y azul de Picasso. Por cierto que el señor Vallin entendía tanto de pintura moderna como de finanzas y de los intereses franceses en China. Yvonne pensaba que era muy sencillo comportarse como una perfecta anfitriona. En su librito de notas había un apartado que se titulaba «Temas predilectos», y en la página que encabezaba la letra «V» había encontrado que al señor Vallin le agradaba hablar de los pintores modernos, única y exclusivamente de ellos, porque eso estaba de moda en París.

A su izquierda había tomado asiento el señor John Edwards, director de una importante Sociedad británica de construcciones. Su pasión favorita eran las carreras 3e caballos. Era el hombre que contaba con los mejores pronósticos y los más lamentables resultados en todos los hipódromos que podían encontrarse entre Shanghái y Hong-Kong. Yvonne era una mujer que se aburría extraordinariamente en las competiciones deportivas. En su cabeza parecía sonar suavemente la campanilla del recuerdo: ¡Hipódromo! Eso es, precisamente fue allí donde vio y juzgó por vez primera a la señorita Borghild Lillesand. Lanzó una mirada furtiva a uno de los extremos de la mesa hasta que dio con la señorita Lillesand. ¿Cómo era posible que una mujer con mía cabellera rubia, casi plateada, y un rostro tan demacrado y pálido, se presentara con aquel vestido rojo, aunque no entendiera una sola palabra en cuestión de vestimentas? ¿Qué podría encontrar Knut en esa pequeña y miserable criatura? ¿Sentiría lástima por la muchacha? Era raro, porque jamás había sentido

compasión por su propia esposa.

—¿Querrá usted tocar un poco luego? —inquirió el cónsul Wergeland a su compañera de mesa.

—Si ustedes lo desean... —murmuró Borghild, dócil como una niña, al tiempo que distraídamente se retiraba de la frente sus desordenados cabellos rubios.

Su peinado irritaba en extremo a Yvonne. Inmediatamente se le ocurrió preguntar a su marido si las rubias creían realmente que no tenían necesidad de peinarse.

—¿Consideran tal vez de muy buen gusto sentarse en una mesa adornada con flores como si fueran a acostarse?

—Puedes preguntárselo tú misma —respondió el cónsul.

Por supuesto, Yvonne estaba firmemente decidida a no cambiar ni una sola palabra con aquella violinista desordenada y miserable.

Borghild Lillesand permanecía rígida como una estatua. ¿Estaría pensando en sus vergonzosos secretos? Parecía medio hipnotizada y medio sumida en una intensa atención como si estuviera escuchando complacida una pieza de música, una canción nórdica, una dulce y melancólica melodía. El labio inferior de Borghild colgaba como claro indicio de un desconsolado dolor. Dio muestras de sobresalto cuando se volvió a ella su segundo vecino de mesa, el presidente de la Cámara de Comercio de China, para preguntarle cortésmente qué la parecía Shanghái.

—¡Oh...!, muy interesante —respondió con un inglés bastante dificultoso.

—¿Ha visitado ya el mercado de los pájaros? —inquirió el influyente hombre de negocios chino, observando a su interesante compañera de mesa con disimulada simpatía.

Le gustaba su silencio. Hubiera podido ser una muchacha china. Los oblicuos y profundos ojos del señor Hsin Kao Tze se ensombrecieron al pensar en ello. Desde que su única hija se fugó porque no quería casarse con el hombre que le había designado su padre, el señor Hsin había desterrado de su léxico la palabra muchacha. Una muchacha era algo muy poco valioso para que se le dedicara ningún pensamiento. Su cerebro era demasiado pequeño para alcanzar a comprender el axioma del confucianismo que prescribe el respeto a los padres.

Borghild no contestó a la pregunta que el señor Hsin le había hecho refiriéndose al mercado de los pájaros. El cónsul frunció la frente. Realmente Yvonne tenía razón... como siempre. Esta muchacha era algo incomprensible, aun cuando en el intervalo de una hora se hubiera producido el milagro de la intimidad entre él y Borghild. Se comprendían sin tener que articular una sola palabra.

—La señorita Lillesand está soñando —aclaró sonriendo a su invitado chino—. Una mala costumbre de los nórdicos.

—Una costumbre muy estimable —repuso el señor Hsin en un intachable inglés—. Desgraciadamente, nos hemos olvidado de soñar en este Shanghái de hoy. Nuestro gran maestro Chuang Tse observaba que aquellos que tienen en su pecho un corazón mecánico han perdido su ingenuidad y son seres muy caprichosos. Así es

Shanghái. Una ciudad veleidosa. En la actualidad sólo encuentro todavía ingenuidad en el mercado de los pájaros.

El señor Hsin Kao Tze inclinó sobre el plato su larga y delgada cabeza. También él parecía un pájaro. En Shanghái se le conocía con el nombre de *La grulla*, porque tenía un cuello largo y descamado como el de esas aves. Cuando sonreía, la expresión de su rostro denotaba desgana y escepticismo. Sus carnosos labios, que contrastaban extrañamente con su apergaminado y melancólico rostro, traicionaban sus tendencias voluptuosas. Sus pequeños y resplandecientes ojos poseían un aspecto a la vez dulce y astuto. El señor Hsin penetraba con su mirada en todos los «estúpidos planes» de sus adversarios. Tenía muchos enemigos en Shanghái, pero contaba con más amigos todavía, especialmente en los consulados y en las firmas comerciales extranjeras. Era como una especie de barómetro que indicaba los cambios de tiempo político. Vivía detrás de Bubbling Well Road, en una casa a la antigua moda china, con gruesas paredes y numerosos y pequeños pabellones. El cónsul Wergeland había estado allí en numerosas ocasiones, para descansar de los lobos entre las hermosas jaulas de pájaros y los jarrones chinos.

El señor Hsin padecía ataques de indolencia. Entonces empezaba a forjar grandes proyectos y desconectaba el teléfono. Aun cuando le había abandonado su única hija y por lo tanto ya no le quedaba nadie a quien transmitir la herencia de la casa, todavía conservaba los pájaros canoros y se entregaba al excitante juego de las grandes finanzas y de sus propios planes trazados con vistas al porvenir de China. Entre otros, el señor Hsin controlaba el *Shun Pao*, el diario chino más antiguo, que era leído por lo menos en 150 000 hogares del país. Y controlar un periódico en Shanghái equivalía a tener en la mano un cabo del poder. El señor Hsin se dejaba ver muy de tarde en tarde en Hankow Road, que era donde se encontraba la oficina del periódico. Celebraba muchas conferencias en su antigua casa china situada tras Bubbling Well Road, y en ella exhortaba a sus redactores a no imprimir todo lo que sabían. Sólo aquellas cosas que se sabían, pero que no se decían, eran las que representaban el acceso a aquel poder que tan violenta y apasionadamente se disputaban en Shanghái los satélites chinos de Rusia y los «enanos japoneses de las islas».

El señor Hsin lanzó una felina, aunque dulce, mirada al cónsul general de Japón, a quien conocía muy bien, y luego al joven Akiro Matsubara, que aún no había visitado Shanghái. El muchacho contaba a lo sumo veinte años de edad, más o menos los que ahora hubiera tenido el hijo y heredero del señor Hsin. Tin Po^[6] se mezcló en mayo de 1925 con otros estudiantes y trabajadores de Shanghái en una revuelta contra los capitalistas y los imperialistas extranjeros, y cayó muerto en medio de la calle atravesado por una bala que iba destinada a uno de los cabecillas. Ese incidente ocurrió el 30 de mayo, cinco años después de la huida de su hija. La muchacha había hecho desaparecer toda huella tras de sí, se fue igual que *Auxilio del Cielo*.

Desde la muerte de su hijo el señor Hsin se había vuelto aún más flaco y taimado. Ahora sólo poseía los pájaros y los grandes jarrones de porcelana de aquellos tiempos

en que sus hijos todavía le escuchaban sumisamente. No sabían nada de la concubina del señor Hsin, puesto que no podían seguirle los pasos. Ni tampoco tenían por qué saberlo. Eran cigarras que celebraban con sus voces la llegada de la noche, para enmudecer luego.

¿Qué se le habría perdido a ese joven japonés en Shanghái? ¿Sería uno de esos turistas con una buena cámara alemana que se hacían pasar por enamorados de los rincones románticos de las ciudades chinas y que luego podían ser hallados inesperadamente merodeando por el puerto tratando de fotografiar los fortines e instalaciones? El señor Hsin enderezó su cuello de grulla.

El joven Matsubara se sentía terriblemente incómodo y sonreía al pensar en aquellas magníficas jiras campestres que organizaba con sus buenos camaradas bajo los floridos cerezos. Lo que más le irritaba era una naturaleza muerta al estilo holandés. El cuadro colgaba en la pared central del comedor, precisamente ante sus mismas narices. Como a través de las gafas de su timidez contemplaba fijo e inmóvil las langostas, las frutas y —¡qué terrible!— incluso algunas flores, reunido todo de una manera impropia y pacífica en aquel lienzo, su compañera de mesa, la señora del vicecónsul inglés, le preguntó:

—¿No encuentra maravilloso ese cuadro? Pero no armoniza del todo con el ambiente, ¿no le parece?

—Soy absolutamente de su misma opinión, señora —contestó el señor Matsubara con su cuidadoso inglés de colegial.

Sentía una compasión sin límites por esa indiferencia. ¿Cómo era posible? Un hombre que poseyera aunque no fuese más que una sola chispa de cultura no podría soportar en un comedor un cuadro con manjares. A cualquiera se le podía indigestar la comida viendo esa clase de cuadros. La sonrisa que se dibujó en el sutil, delicado y bien trazado rostro del señor Matsubara, que no podía ocultar su descendencia de una familia samurai, era completamente desencajada. La visión de ese bodegón que tanto le horrorizaba, incluso le había hecho olvidar momentáneamente la increíble injuria de que su pueblo había sido objeto por parte de Norteamérica. El 26 de mayo de 1924, hacía un año, el Congreso publicó la ley sobre la limitación de inmigrantes japoneses en Estados Unidos. Con ello los japoneses, descendientes de la diosa del sol, se veían reducidos a la misma categoría que se concedía a coreanos, chinos y otros «extranjeros indeseables». Antes de dar comienzo la cena, Akiro había descubierto a un americano entre los invitados del cónsul. Al serle presentado el señor Horace Bailey («Clifford Motors AG») había sido presa de un sobresalto interior mientras se inclinaba profunda y cortésmente. Era extraño, ¡con lo que había admirado él a los extranjeros y con lo mucho que de ellos había aprendido en la escuela de la misión! Y además los americanos mandaron muchos millones de dólares para aliviar las necesidades de las masas con motivo del terremoto de 1923. Akiro no tenía por qué hacer ninguna objeción. Como muchos de los estudiantes de Tokio, todavía sentía una gran admiración por los extranjeros. Ellos tenían que

avergonzarse ante su magnanimidad y sabiduría. Y probablemente era esto lo que había llegado a su corazón.

Por último la comida tocó a su fin, y Akiro, como los otros invitados, pasó a la sala de música. Aquí ya no podían seguirle las langostas holandesas. El muchacho amaba la música europea sobre todas las cosas. Especialmente le conmovía la música alemana, hasta el punto de que a veces le hacía saltar las lágrimas. Era vergonzoso para un japonés ponerse a llorar por esa tontería. Por ello Akiro, aconsejado por su tío, partidario acérrimo del budismo, había empezado a hacer ejercicios de sobriedad para educar sus modales y su porte. La vida era una tarea muy dura y llena de obligaciones y preceptos; los únicos esparcimientos de Akiro eran la música y las charlas con las geishas. La majestuosa figura de su padre parecía arrojar una sombra sobre todos sus sentimientos y acciones. Era preciso mostrarle mucho respeto, porque él lo imponía y porque además ésta era la obligación de un japonés bien educado.

Se hallaba sumido en estos pensamientos cuando de pronto sonó el solo de violín que interpretaba una joven extranjera de ojos pálidos y cabellos terriblemente revueltos. Jamás en su vida Akiro había oído tocar tan maravillosamente, ni nunca había visto una muchacha tan horrorosa. Cerró sus estrechos y oscuros ojos y, externamente inmóvil pero ardiendo en su interior, se abandonó enteramente al embeleso de la música.

Borghild interpretaba una pieza de Grieg. Se encontraba sola entre extranjeros, y les ofrecía un mágico cuadro musical del mundo. En esos instantes incomparables dominaba a los más fuertes dominadores. Parecía que iba creciéndose con sus ademanes. Su delicado rostro se hallaba maravillosamente animado por un delicado tinte rojo. En esta mágica transmutación del universo se transformaba también a sí misma: su pálida cabellera brillaba como madejas de oro, y sus ojos ausentes resplandecían a través de un sentimiento de dolor y de temor a la vida condenado en una saturación creadora. Los oyentes, que paulatinamente habían ido cerrándose tras las rejas de su mundo interior, habían reclinado sus cabezas para no ver nada, al igual que hacen las máscaras antes de descubrir sus fisonomías.

El único que no había inclinado su cabeza era el cónsul Wergeland. Permanecía sentado en un sillón, sumamente emocionado y sin apartar un momento su vista de la muchacha. La expresión del silencioso espíritu del Norte hallaba su representante en esa dulce y tímida muchacha ataviada con un estrecho vestido rojo, en sus ojos velados y en la música del violín. Borghild tocaba la misma melodía imponente y amorosa que él había escuchado tantas veces con Helene. El cónsul estaba profundamente encantado, porque esa música le hablaba del apacible comienzo de la primavera en los fiordos y de una vida enterrada en una lejana franja de tierra. «Es un genio de las aguas. Un día surgirá de las olas y me arrastrará hacia las profundidades», pensaba ensimismado. «No puedo compadecerla. Todo eso no es más que una artimaña». La expresión de su rostro se endureció con el brillo extremadamente luminoso de sus ojos. Ivonne tenía razón... ¡como siempre!

En ese preciso instante Borghild Lillesand bajó su arco. Y al hacer ese gesto pareció como si la fuerza se le hubiera ido de las manos. El cónsul Wergeland se levantó y, en nombre de todos los invitados, agradeció a Borghild, vestida con aquel traje que tan mal le sentaba, la deliciosa media hora que les había deparado.

Astrid no pudo pegar un ojo durante toda la noche. Se excitaba sumamente siempre que sus padres daban alguna recepción. Le molestaba mucho que ella y su ama Yumei tuvieran que permanecer sentadas arriba, en su habitación, mientras abajo celebraban un banquete, tocaban música y bailaban. Era muy alta para los siete años que contaba; y como estaba muy pálida y delgada, la señorita Wergeland tenía toda la razón al llamarla «arenque escuálido». Astrid hubiera llorado de muy buena gana porque la mantenían apartada de la fiesta que se desarrollaba en la planta baja de la casa, pero no lo hizo porque Yumei hubiera soltado una gran carcajada con su voz tan honda y metálica.

La joven aya china adoptaba un aire muy gracioso cuando la pequeña extranjera rompía a llorar. Una niña lloraba en China cuando no tenía arroz para comer, o bien cuando se veía obligada a trabajar demasiadas horas en la hilandería, o cuando era repudiada por su honorable padre porque éste decía que no era hija suya. También Yumei había sido una de esas muchachitas. Cuando contaba siete años como su señorita, ya conocía bastante de la vida y había soportado alegremente muchas más cosas que esta chiquilla que vivía mimada en una casa bien caliente y que siempre tenía un buen plato de arroz. La pequeña señorita no tenía color ni en el rostro ni en los cabellos. En cierto modo Yumei sentía compasión por Astrid: la encontraba tan horrible como esos pajarracos que asustan a los niños. No había necesidad de trenzar los mechones de sus cabellos, puesto que colgaban como hilachas descoloridas alrededor de su rostro, que parecía hecho de pasta.

Yumei tenía sus propias ideas acerca de la belleza. Para que una muchacha fuera bonita debía disfrutar de una cabellera brillante y negra como el azabache, de unos pómulos encamados y un cuerpo rechoncho y lleno. Exactamente esta figura tenía Yumei, a pesar de la laboriosa tarea en la hilandería; Hacía unos años que su familia abandonó la aldea, donde se consumían de hambre, y siguiendo el río grande llegaron con sus paquetes y sacos a casa de unos primos que vivían en Shanghái. Tres días después todos trabajaban ya en una hilandería; pero Yumei había crecido en aquella aldea, y en los primeros años de su vida se vio obligada a padecer frío a menudo y tuvo que conformarse con arroz sin mondar y alguna fruta de vez en cuando. Ahora contaba quince años y cuidaba de su «pequeña amita» en lugar de permanecer muchas horas en la fábrica. Su hermana mayor trabajaba diariamente once horas y media en una industria de algodón y recibía a cambio un sueldo irrisorio.

Cuando Yumei tenía diez años también acompañaba a su respetable madre cada día a la hilandería, y allí «ayudaba» durante once horas en calidad de aprendida sin

percibir ningún sueldo, recibiendo sólo un par de platos de arroz y un pedazo de pescado seco. Mientras se dirigían hacia el lugar de trabajo la familia desayunaba uno o dos cazos de trigo cocido y luego en la fábrica lavaban el cacharro con un poco de agua caliente. Solamente por la noche se reunían todos en la cocina para comer arroz hervido, verdura o incluso algunas veces un trozo de carne, que rociaban con una buena taza de soberbio té caliente. Yumei siempre había encontrado que todo estaba bien y jamás había llorado.

La «pequeña amita» le hacía perder la paciencia; pero realmente le daba mucha lástima, Astrid, con su carita, que parecía blanqueada con harina de habas, miraba a su alrededor a través de sus fatigados ojos, revelando tan claramente sus celos y sus ansias de sentirse amada, que Yumei, esa pequeña madre de quince años, no podía por menos que apretar a la alta y delgada niña contra su regazo y murmurarle suavemente «*Missie Astlid*» (no le era posible pronunciar la «r»).

Yumei quería a Astrid como si fuera su hermanita menor, a pesar de su condición de diablillo extranjero. Astrid se ponía muy contenta y olvidaba pronto sus penas. Le hubiera gustado ser una chinita con resplandecientes ojos negros y pertenecer a una familia numerosa y alegre. Algunas veces, a escondidas, Yumei la llevaba consigo a dar una vuelta por el distrito chino, cuando se celebraba la fiesta de la luna, o como la última vez, con motivo del año nuevo. En cierta ocasión su hermano menor tuvo una fiebre maligna, pero de todas maneras quiso repartir su, gruesa albóndiga de harina con la pequeña muchacha extranjera, y así ambos mordieron la albóndiga rodeados de las sonrisas de toda la familia. *Maman* hubiera estallado de indignación de haber sabido dónde habían ido a pasear Yumei y Astrid. Aquélla atemorizó a ésta diciéndole que el genio de las tormentas de la montaña de Wulian la cogería por los pelos y luego la dejaría caer en el aire si se atrevía a decir una sola palabra a su madre acerca de la albóndiga de harina.

Yumei era supersticiosa y sentía esa afición china tan primitiva por las leyendas aterradoras. A menudo atemorizaba mucho más de lo que ella misma creía a aquella criatura tan sensible. Pero Yumei significaba todo lo que Astrid poseía en este mundo; era su hermana, su compañera de paseo, su narradora de cuentos, como una especie de homo que irradiaba un consolador e invariable calor. A pesar de lo mucho que se ocupaba de su porvenir, *maman* tenía muy poco tiempo para dedicarse a Astrid. El futuro le parecía tan importante a Yvonne que pasaba por alto las circunstancias actuales y tenía un tanto olvidada a esa pálida muchachita que tan feliz se hubiera sentido si se le hubiese prodigado un poco de cariño. Astrid vivía aislada y era muy poco sociable; y no sólo se conformaba con ser así, sino que incluso lo prefería. Tampoco papá podía consagrarle mucho tiempo. O bien estaba retenido por una entrevista, o bien se hallaba en el club, cuando no se encerraba en su habitación japonesa, en la que Astrid no podía entrar. «Papá se retira a pensar...», le explicó en cierta ocasión Yumei, y la chiquilla se enorgulleció de ello. Ni ella misma sabía por qué era preciso pensar, pues no tenía ni pizca de imaginación. Yumei era siempre la

que contaba alguna cosa, y Astrid atendía con curiosidad.

Aun cuando le Hacían estremecerse de miedo las raposas y los dioses dragones de Yumei, prefería sentarse junto a una muchacha que le relataba las truculentas y rudas fábulas chinas, a permanecer ociosa.

Raramente Astrid se encontraba tan excitada como hoy. Había atrapado al vuelo la noticia de que tocaría una violinista de Oslo, y de repente, tras haber comido algunas de las golosinas que habían sido servidas en la mesa y que Yumei le había traído a escondidas, Astrid oyó los primeros sonos del violín. Saltó de la cama, se envolvió en su delgada manta china y se dirigió a la barandilla de la escalera. A1K escuchó atentamente. Temblaba de frío y emoción, pero no se daba cuenta. Luego sucedió algo incomprensible. Vio acercarse lentamente una sombra mucho más terrible que los dragones de los cuentos de Yumei, con el rostro negro, la cabellera roja y la boca ensangrentada. De pronto, Astrid oyó un grito, que provenía de la habitación de su madre. Yumei estaba abajo todavía. Hada ya un buen rato que el violín había dejado de sonar, pero Astrid se había quedado medio dormida en la barandilla de la escalera. Siguió la pista del grito y de repente se encontró en el dormitorio de mamá. Frente al tocador, de pie y dando gritos estridentes, se hallaba una mujer vestida con un traje rojo y cuya cabellera rubia y enmarañada le caía en desorden sobre la frente. Entretanto, papá sostenía en su mano lánguida una alhaja. Pero lo peor de todo era que mamá estaba en la puerta, sumamente excitada. Astrid no pudo entender claramente lo que decían porque, a causa de los invitados, hablaban en voz muy baja y porque ella tuvo que esconderse precipitadamente en el cuarto de baño. Contemplaba temblorosa la escena mirando furtivamente por entre las cortinas. Luego papá, de pronto, tomó del brazo a la intrusa y dijo:

—Está usted enferma, Borghild. No... ¡No es usted ninguna bribona! Se lo contaré todo a mi mujer.

Pero *maman* soltó una carcajada estridente, como una Heroína del teatro chino, que Astrid visitaba de vez en cuando acompañada de Yumei y sin que nadie se enterara. Mamá agarró a la despeinada intrusa y levantó la mano como si quisiera golpearla. Pero su madre tenía demasiada educación para hacer semejante cosa. Sólo pronuncio estas palabras.

—Deme usted su monedero. Tengo que ver si ha robado alguna cucharilla de plata.

Papá puso una mano sobre la boca de la extraña para que no gritara y para que no la oyeran los invitados que se encontraban abajo. Mamá no cogió el monedero. Se limitó a decir a papá, con los ojos brillándole como ascuas, que retirara su brazo de los hombros de aquella *vagabonde*. Astrid comprendía exactamente el significado de esta palabra, pues por orden de mamá tenía que aprender diariamente veinte vocablos franceses.

El caso es que de pronto se presentó Yumei tranquilamente y preguntó ingenuamente dónde estaba la «pequeña amita». Astrid, terriblemente asustada,

corrió hacia los brazos de Yumei y ocultó su cabeza en su ardiente pecho. Mamá, con voz enronquecida, dijo:

—Quedas despedida.

Habló en chino, pero Astrid la entendió perfectamente. Papá hizo una señal con la mano y, contenta, Yumei se dirigió a la habitación de la niña acompañada de su amita. Para hacerle conciliar el sueño Yumei le contó a Astrid otra de aquellas horripilantes historias de los espíritus de las rocas y se comió entusiasmada las golosinas que había subido de la cocina, pues Astrid temblaba tanto que no podía tomar la crema de chocolate. Gritó por segunda vez en esa noche. Yumei la cogió en brazos, la envolvió con su propia chaqueta forrada de algodón, que siempre llevaba en el mes «más duro del año^[7]», y empezó a entonar en voz alta, con su alegre voz de bronce, un aria que ellas dos habían oído cantar en un teatro de aquellos que frecuentaban secretamente. Astrid sonrió medio dormida. Yumei había susurrado una vez más que «amita Astlid» era su hermanita preferida. Astrid sabía perfectamente que esto era un gran embuste. Yumei amaba todavía mucho más a su «pequeño hermanito», porque era un muchacho. Pero Astrid no hacía caso. Con sus siete años ya permitía algunas mentirijillas amorosas. Yumei debía apreciar por lo menos un poco a la niña, ya que procuraba complacerla.

La niña suspiraba dormida. Era algo así como los delicados lamentos que emitían las gargantas de los pajarillos chinos que el señor Hsin coleccionaba en su casa enclavada detrás de Bubbling Well Road.

Yumei se hallaba tendida en su esterilla de dormir colocada frente a la cama de Astrid. ¿Por qué había sido tan mala la señora? Desgraciadamente había hablado en lengua extranjera... La señora la despedía muchas veces; pero en cada una de esas ocasiones el señor de la casa le hacía una seña tranquilizadora. Y siempre se cumplía lo que determinaba el señor.

Yvonne abandonó el dormitorio con la misma rapidez con que se había presentado. Tenía que avisar en el acto, y disimuladamente, al capitán Lillesand, para que se llevara a su hermana al hotel. Con todas sus energías trató de desterrar de su conciencia una visión que la atormentaba: Knut había colocado su brazo protector sobre los hombros de la *vagabonde*, e Yvonne había observado atentamente la expresión de su rostro en ese momento: sus ojos no contemplaban a Borghild con la irónica curiosidad con que acostumbraba a mirarla a ella misma, sino con una especie de amorosa aversión. ¡Era imposible que Knut encontrara de verdad algo interesante en esa depravada urraca, que robaba los objetos resplandecientes! Cierto que él era un soñador, aunque hombre muy correcto. Sus ideas sobre el orden no eran tan horribles como los conceptos que del mundo tenía la señorita Wergeland, pero también el cónsul odiaba las situaciones caóticas. Quizá porque sabía que podían sacarle de quicio, aun cuando Yvonne no era capaz de imaginarlo.

Yvonne permaneció de pie ante la puerta del fumadero. Respiraba fatigosamente como si estuviera ahogándose. Luego se irguió orgullosa y se adelantó hacia el

capitán Lillesand sonriendo amablemente. El hermano de Borghild abandonó contra su voluntad la animada conversación que en esos momentos estaba sosteniendo. Subió las escaleras al lado de Yvonne sin decir una sola palabra. También Yvonne permaneció callada, lo cual era muy poco corriente en ella. Al fin y al cabo el capitán era su huésped.

Tras la desaparición de Yvonne había reinado en el dormitorio un profundo silencio. El cónsul ya no miraba a Borghild. Ésta se hallaba sentada, como desmayada, en un sillón, y profería algunos gemidos.

—¡Pero, Borghild, tranquilícese! —murmuró el cónsul.

Seguía sintiendo aquella curiosa y amorosa aversión. De repente Borghild se levantó y corrió hasta ponerse frente a él. Apenas si le llegaba a los hombros. Sus cabellos estaban sueltos y colgaban como madejas de oro sobre sus hombros. Eran unos tiernos hombros infantiles, demasiado débiles para la carga que debían soportar.

—Yo quería devolver el brazaletes mañana —musitó—. Pero no puedo... Lo siento.

Le colgaba el labio inferior como si fuera una niña. Sus movimientos eran penosos. Con dulce repugnancia el cónsul le retiró de la frente sus enmarañados cabellos.

—Todo va bien —dijo, distraído, sin darse cuenta.

«¿Cuándo va a venir el capitán?», pensó. «¿Por qué se ha acercado tanto? ¿Qué querrá? No puedo hacer nada por ella».

Pero mientras pensaba de esta manera y se agudizaba su expresión de dulce repugnancia, Borghild le rodeo el cuello con su brazo, para lo cual tuvo que ponerse de puntillas. Era ridículo, sorprendente y muy incorrecto. Apoyó su cabeza, sus desgreñados cabellos, sobre su pecho y susurró:

—Necesito a alguien que me ame, que me comprenda.

Le miraba fijamente. Su labio temblaba. Era una persona incomprensible. Una vagabunda...

—¡Déjese de tonterías, Borghild! —dijo el cónsul bruscamente, mientras se deshacía suave, pero hábilmente, de sus inertes brazos.

¡Demasiado tarde!! Yvonne y el capitán Lillesand penetraban en ese instante en la estancia.

—Por favor, ven al fumadero —dijo Yvonne—. ¡Te has pasado de la raya!

Ni siquiera se dignó mirar a la *vagabonde* al despedirse cortésmente del capitán. ¡Realmente había sido una velada maravillosa! Pero en su casa no podía darse ningún escándalo. De esto se cuidaba ella, con o sin la ayuda del cónsul.

En el fumadero se encontraban reunidos los caballeros de la buena sociedad de todo el mundo que, sentados cómodamente, se rehacían después de los esfuerzos hechos durante la conversación sostenida con sus compañeras de mesa. Un poco

antes de marcharse volverían de nuevo al salón para conversar con las damas, pero de momento tenían su descanso, su vaso de *whisky* y sus chistes. Afortunadamente había terminado definitivamente el concierto de violín, pensaba el señor Horace Bailey. Era antimusical y se sentía muy orgulloso de serlo. Siempre se sentía magníficamente bien en cuanto podía sustraerse de la compañía de las señoras. Se había instalado junto al señor Hsin e irradiaba bienestar y competencia comercial. El señor Bailey estaba haciendo un viaje de información por diversas ciudades del Asia Oriental. Quería convencerse personalmente hasta qué grado se podría llegar, en la venta de los automóviles «Clifford». Los japoneses pretendían conquistar comercialmente el Asia. En este punto eran muy exigentes, se decía para sus adentros el señor Bailey, mientras el joven Matsubara se mostraba distraído. Por fortuna el discreto joven se encontraba sentado en el rincón opuesto del fumadero; de modo que el señor Bailey podía hablar tranquilamente con *La grulla* sobre la situación político-comercial.

Había prestado al señor Hsin juramento de buen amigo occidental.

En realidad lo que el señor Hsin deseaba a todos los extranjeros que dominaban comercialmente Shanghái, era que disfrutaran de una agradable vejez en sus respectivos y honorables países. También él, exactamente igual que los japoneses, trazaba planes que se referían menos a la grandeza de China que a su propia conveniencia, y que también tenían como objetivo la abolición de las administraciones extranjeras y de los bancos y grandes comercios procedentes de otras naciones. Gracias a la mucha memoria que tenía su pueblo, el señor Hsin no había olvidado que en la Concesión Internacional de Shanghái un letrero, perfectamente visible a lo lejos, anunciaba: «Prohibida la entrada al parque a los chinos y a los perros». El señor Hsin no precisaba la amistad comercial de los extranjeros. ¿Era el general Chiang Kai-shek el hombre que China necesitaba? Al anciano señor Hsin le parecía mal todo lo que disponía la policía extranjera, que en el mes de mayo había disparado contra su hijo. Pero tenía más paciencia que los enanos japoneses. Estaba tranquilo y aguardaba. De momento podía sentarse cómoda y reposadamente y dedicarse a la contemplación de las nubes. Había temporadas en las que se iba a pescar, y otras en las que las redes se secaban.

—Yo compro materias primas —comunicó el señor Hsin tras una pausa y enderezando su cuello, como si en ese mismo instante los japoneses quisieran precipitarse sobre esas inversiones de capital—. Es la inversión más segura en el caso de que los japoneses intenten cualquier día apoderarse de Shanghái.

El señor Bailey soltó una sonora carcajada.

—¡Usted es muy pesimista, amigo!

—Uno tiene que conformarse siempre con lo peor y esperar lo mejor —repuso el chino.

En ese preciso instante tomaron asiento a su lado el señor Vallin y el joven Matsubara. La conversación quedó interrumpida tan bruscamente, que el francés, muy diplomático, tuvo que arreglar la situación inmediatamente para que todo

siguiera en buena armonía.

—¿Qué quiere usted estudiar en París? —preguntó al joven japonés.

—El arte y la literatura me entusiasman.

Esta respuesta produjo al señor Bailey un ataque de risa. Desgraciadamente el americano había bebido demasiado, aprovechando un momento de descuido de su esposa.

—Arte y literatura... —reía alegremente, mientras golpeaba con su gruesa y roja mano los hombros del joven japonés—. ¡Eso me gusta! ¿Por qué hacen ustedes siempre tanto teatro? ¿Quiere que le diga, estimado joven, lo que desea usted aprender en Europa? Lo mismo que todos los europeos: estrategia, táctica, química, cómo construir rápidamente una línea de ferrocarril y cómo poder hacer estallar una locomotora. ¡Arte y literatura... ja, ja, ja!

El señor Matsubara se quedó tan petrificado que ni siquiera tuvo ánimos para sacudir de sus hombros aquella gruesa mano roja. Surgiendo del traje de etiqueta del americano, tenía todo el aspecto de una langosta holandesa. Ante su vista se había formado de pronto una espesa niebla a través de la cual sólo podía percibir turbiamente a aquellos caballeros occidentales y a *La grulla china*. Había sido objeto de un ultraje. Eso no podría perdonarlo nunca, ni ahora ni en el futuro. Akiro descendía de los samurai por línea materna. Uno de sus antepasados había sido poseedor de la Orden del Crisantemo Imperial. Y ahora, al iniciar su vida en el extranjero, se veía ultrajado y ridiculizado. A partir del año 1854 Japón había adoptado con las potencias occidentales la «política de las puertas abiertas» y hacía tres años se inauguró en Tokio la «Exposición de la paz mundial». En aquella ocasión Akiro, junto con otros estudiantes nobles, se bañó en las aguas saludables del liberalismo. Que ahora quisiera además ir a París para estudiar arte y literatura era una cosa que en nada incumbía al americano. Naturalmente, Akiro no hizo el menor movimiento, demostrando que había sido ofendido mortalmente. Sonreía rígidamente y haciendo un esfuerzo casi sobrenatural.

—Sentimos mucho que el humor occidental no nos agrade, señor —murmuró, haciendo una profunda y humilde inclinación—. Sabemos muy bien que tenemos mucho que aprender todavía.

Se produjo una pausa embarazosa. El señor Bailey miraba perplejo a su alrededor. Tosió y dijo ingenuamente:

—¡No se lo tome usted a mal, señor! Mi mujer siempre dice: «Horace, ¿por qué no guardas tus bromas para cuando estés solo? ¡No dices más que necedades!».

Una carcajada, a la que también se unió el señor Matsubara, vino a despejar aquella incómoda situación. Los estridentes e histéricos gritos que Akiro logró arrancar de su pecho realizando un esfuerzo sobrehumano, podían ser tomados por una risa lisonjera. Dejó de mirar al suelo y contempló al americano, cuyas manos eran descomunales, como langostas y cuya inteligencia era sana, pero indiscreta. En esos momentos de vergüenza e ignominia mortales, Akiro, que con su mejor voluntad

deseaba aprender la técnica y la poesía occidentales, parecía querer atravesarlo todo con sus penetrantes ojos de mirada desilusionada y acerba engendrada por el odio. Era un aborrecimiento que debía ser conservado celosamente en la memoria de acuerdo con las reglas de la educación, que enseñan que la venganza, por ser algo noble, constituye un deber. La venganza de una ofensa es cuestión del *giri*, del deber que todo japonés tiene hacia la familia, el estado y el Tenno^[8]). Mientras el joven señor Matsubara contemplaba fijamente al americano, por vez primera sintió toda la fuerza de su capacidad de concentración. También es innata en los japoneses una curiosa propiedad: una emoción intensa no convierte al japonés en un ser un tanto cínico e indiferente respecto a su enemigo, sino que le infunde una gran dosis de vitalidad.

Por fin terminó la velada celebrada en casa del cónsul Wergeland. Los invitados habían estado flirteando un buen rato con las damas, haciendo cumplidos a Yvonne y admirando el arte exquisito de la violinista noruega. ¡Qué lástima que la joven artista estuviera tan fatigada y que su hermano hubiera tenido que llevársela al hotel! Eso se debía a la atmósfera de Shanghái, que causaba sobre muchos visitantes el efecto de una descarga eléctrica.

Akiro Matsubara Itoh se inclinó profunda y ceremoniosamente ante el cónsul y la señora Wergeland y expresó en cuidadoso inglés su satisfacción y su agradecimiento por la deliciosa velada.

—Espero que se haya divertido usted —dijo el cónsul contemplando a Akiro con sus ojos brillantes y expresándose con alegre acento—. Lástima que no hayamos podido ofrecerle una fiesta al estilo japonés. Ciertamente nosotros nos habiéramos divertido mucho más.

El joven japonés hizo una segunda y todavía más profunda reverencia.

—No hubiera podido emplear mi tiempo de un modo más provechoso, señor cónsul —murmuró—. Les quedo muy obligado.

Capítulo II

INTERMEDIO JAPONÉS

El joven barón Matsubara no tomó ningún taxi para trasladarse a su hotel situado en Hongkew, en donde, contrariamente a las noticias oficiales, según las cuales hacía poco que se encontraba aquí, llevaba ya varios meses residiendo amparado bajo otro nombre. En ese distrito, situado al norte y al este del Soochow, arroyo cuyas turbias aguas recogían los desperdicios de la Concesión Internacional, de las fábricas y comercios chinos, el estudiante de Tokio, a propuesta del ministerio de Instrucción de su país, se dedicaba a unos estudios que no tenían nada que ver con las Bellas Artes. Como tras algunos años de estancia en Europa había de entrar a formar parte de los servicios estatales, ahora, aun cuando sólo contaba veinte años, tenía que aprender a investigar adecuadamente los asuntos interesantes y a ponerse en contacto con ellos. Ya había sacado toda una serie de acertadas instantáneas del distrito portuario de Shanghái, de la estación del Norte y de las grandes instalaciones industriales, y además había mandado a Tokio alguna propuesta acerca de una industria sedera. En el caso de que Shanghái pasara a manos de los japoneses en el espacio de los próximos quince años y tuviera que ser ordenado de nuevo, debería instalarse en Hongkew el monopolio de la industria sedera, primero para poder controlar rigurosamente los envíos de capullos de seda en las agencias extranjeras de Shanghái, y luego para prohibirlas totalmente. Algunas firmas japonesas se encargaban de controlar en Hongkew la exportación de la seda cruda. Hacía ya muchos años que Shanghái era el centro de exportación de dicha seda, en la que participaban tanto firmas japonesas como chinas.

Por fortuna esta noche Akiro Matsubara había tenido ocasión de conocer personalmente al poderoso señor Hsin, cuyo aspecto recordaba el de una grulla, y antes de partir aún encontraría otra feliz coyuntura para proponerle la fundación en Hongkew de una industria sedera chico-japonesa. A pesar de su ilimitada discreción y timidez había escuchado con mucha atención la conversación que había tenido lugar entre *La grulla* y el americano con manos como langostas, y alegremente había comprobado que el señor Hsin daba algunos informes falsos a su interlocutor sobre la situación económica en Shanghái.

Los extranjeros no tenían que saber nada de lo que ocurría al sur del Soochow, ni tampoco que al norte de este arroyo y al este del río Whangpoo se encontraba el núcleo de los transportes y del arroz. La táctica del señor Hsin había constituido una gran revelación para el joven barón Matsubara. Al parecer, los chinos inteligentes de Shanghái odiaban a los occidentales casi tanto como a los japoneses. Quizás en el transcurso de los años los chinos irían dándose cuenta de que los laboriosos y

discretos hijos del Japón no sólo eran sus verdaderos amigos» sino que además también ellos eran asiáticos.

Aparte de eso, Akiro quería responder al día siguiente a algunas preguntas que le había formulado Tokio sobre los motores «Clifford», cuyo representante era el americano con las manos como langostas. Eran de escaso valor; en Shanghái la venta era mínima; en Tokio no tenían que dejarse engañar por esa nueva firma. Ésta sería la respuesta de Matsubara a la insignificante e inofensiva broma del señor Bailey.

Akiro sonreía satisfecho mientras se disponía a tomar un taxi para que le condujera a un restaurante japonés situado en las inmediaciones de la avenida Kiangse. Allí se encontraba la tienda de antigüedades y objetos de arte de Norinaga. El señor Norinaga y su hijo mayor, que vendían objetos de arte japoneses y chinos de bronce, laca, Carey y marfil, no sólo eran agentes de una gran firma de Tokio, sino también colaboradores del servicio secreto japonés. ¡Cuántos y qué grandes intentos se habían fraguado en esta sucia y comercial ciudad! El señor Norinaga hijo había facilitado a Akiro la dirección de un restaurante japonés de primera categoría enclavado en las cercanías de la avenida Kiangse, unos pasos al sur de la avenida Nanking. Había encargado que le prepararan una cena, puesto que, como ya suponía, la cocina chino-francesa de la señora Wergeland no le había sentado nada bien.

En el preciso instante en que iba a subir a un taxi, sus oscuros ojos se dilataron de espanto: una extranjera rubia, pequeña, con cabellos enmarañados y de mirada distraída parecía a punto de ser atropellada por un auto. Hubiera sido alcanzada si Akiro no la hubiese detenido. Corrió con tanta rapidez en su ayuda que las gafas se le cayeron a la suciedad de la calle, convirtiéndose inmediatamente en objeto de disputa de los mendigos y niños. El señor Tse, protegido de la corporación de mendigos de Shanghái —dormilón de día y «mendigo ciego» de noche— se apuntó la victoria.

Pero Akiro había tenido tiempo de cerciorarse a través de sus gafas que, la extranjera, era la joven dama que había tocado el violín en la velada celebrada en casa del cónsul Wergeland de un modo que tan profundamente había calado en su alma. ¿Qué andaba buscando por la calle esa muchacha a una hora en que la noche estaba ya muy avanzada? Su situación era absurda y pecaba contra las reglas de la etiqueta. No era una muchacha de condición dudosa. De modo que Matsubara se encontraba ante un jeroglífico. ¿Corría por voluntad propia por esta ciudad infame? Su aspecto no era ése. ¿Acaso quería terminar con su vida a causa de alguna pena desconocida? Todas estas especulaciones asediaban la mente de Akiro mientras retenía fuertemente con su brazo a la temblorosa Borghild y buscaba con nerviosismo unas gafas de repuesto que, previsora, había metido en uno de los bolsillos de su traje al estilo occidental.

—¿Qué hace usted aquí y a estas horas, señorita? —inquirió en un francés intachable—. ¿Se siente usted mal? ¿Tal vez busca a un médico?

Borghild miró pensativa al joven japonés y sinceramente le respondió que no hacía nada en Bubbling Well. Luego abrió desmesuradamente los ojos y preguntó al

aturdido Akiro:

—¿Quién es usted?

Con una sonrisa en los labios, Akiro se tragó la ofensa. ¡Si ni siquiera hacía una hora que le había visto en casa del cónsul! Después de haber tocado el violín él le había hecho un amable cumplido, un cumplido japonés que contenía poesía, respeto y aprobación. Matsubara le había dicho que su forma de tocar el violín había despertado en su indigno espíritu esa inesperada felicidad que se experimenta en el Japón cuando aparece por entre la espuma de las olas una concha de valor (*nadeshiko-gai*). Una concha así era el sueño de los buscadores de conchas. Había sido una perorata bastante larga, pero el agradecimiento por los deliciosos minutos que le había deparado su violín no podía expresarse con cuatro palabras. Hubiera sido una terrible falta de cortesía. Akiro había observado con alegría cómo la violinista escuchaba atentamente, inmóvil por la emoción, su gentil elogio.

En realidad, Borghild no le había prestado atención, puesto que sólo esperaba que el cónsul le expresara su agradecimiento. Le había observado, pero él no había respondido a sus miradas. Y luego, en la mesa, esa decepción la había deshecho. Había ido a la habitación de Yvonne porque de repente se le había ocurrido la idea de que el cónsul no deseaba entablar con ella relaciones más cálidas. En el dormitorio de Yvonne había sobre el tocador un brazalete que pertenecía a la serie de las joyas profesionales de Yvonne, y la aya de Astrid, Yumei, había desaparecido rápidamente sobre sus zapatillas de fieltro. Luego, la doncella que acompañaba siempre a Yvonne con impertinente fidelidad, había observado cuidadosamente a la intrusa a través de una rendija de las cortinas e inmediatamente había corrido a comunicar al cónsul Wergeland que Borghild se había apoderado del brazalete y que luego había estado mirándose inmóvil en el espejo en lugar de huir, como hubiera hecho un prudente ladrón chino. La doncella había preferido informar al cónsul en lugar de excitar a la señora, que padecía del corazón. Pero Yvonne había observado a su doncella con sus ojos de águila y se había dirigido prestamente a su dormitorio. Y ahora Borghild había querido arrojarse bajo las ruedas de un coche porque no podía soportar esa situación embarazosa ante el cónsul Wergeland. Por su hermano, éste conocía ya sus bajas aficiones y también sabía que poco después se cuidaba de vender secretamente las alhajas robadas.

El joven señor Matsubara, cuyo sensible y hambriento estómago le importunaba cada vez más, preguntó a Borghild si debía acompañarla al hotel. Tuvo que repetir su pregunta, pues la extranjera se había limitado a abrir de nuevo desmesuradamente los ojos. Luego comenzó a llorar. ¡Qué extraordinaria grosería!! Akiro se avergonzó de su compañera, que también contaba veinte años de edad, pero que en comparación con él era una criatura de pecho y carecía de toda experiencia. Presurosamente ordenó al chófer que les llevara al restaurante de «Los Crisantemos Blancos» de la avenida Kiangse. Subconscientemente esperaba que la tranquilidad y pulcritud de un restaurante japonés tranquilizara a la desconcertada extranjera. ¡Con cuánta dignidad

se mataban los suicidas japoneses! La publicidad estaba rigurosamente prohibida en su último acto.

El barón Akiro quería ahorrarse a toda costa un minuto más de permanencia en la calle. A su alrededor se había formado un grupo de mendigos y de niños que pedían una limosna para ir a tomar el té. Era sorprendente el gran número de niños y jovencitos que transitaban de noche por las calles de Shanghái. Se veía claramente que Shanghái era una ciudad que no sabía gobernarse a sí misma. También era evidente que en esta ciudad no se podía dejar ir solos a los extranjeros. Akiro no se alegraba realmente de que los dioses lo hubiesen escogido para custodiar a esta joven que había perdido el dominio de sí misma y la serenidad, y cuyo respetable violín había quedado, por fortuna, en el «Cathay Hotel». El señor Matsubara hubiera llorado por el violín destrozado; comprendía que hubiera lamentado sinceramente que el instrumento hubiese tenido que terminar su vida encerrado en un estuche de laca. La vida era muy complicada para un japonés sensible, que además de sus obligaciones para con el emperador, la familia, el honorable maestro, la profesión elegida, los viejos abuelos y el propio honor tuviera que atender al disfrute de las obras de arte. El joven señor Matsubara no había mentido en modo alguno cuando en la reunión en casa de los Wergeland había expresado su entusiasmo por el arte occidental; pero en el Japón este entusiasmo y las ansias de disfrutarlo eran tan severos y rigurosos como los abrumadores deberes y las ceremonias consagradas a los seres humanos, a los peces y los violines.

«Los Crisantemos Blancos», donde los extranjeros curiosos y los japoneses enfermos de nostalgia encontraban además de tranquilidad y limpieza una comida esmerada y una servidumbre atenta, tenía en su fachada un aspecto poco agradable. Sólo cuando, tras haber abandonado los zapatos en el vestíbulo, se llegaba a través de las puertas corredizas al saloncito privado, separado del restaurante, que Akiro habían mandado reservar, empezaba la vida en una islita japonesa en Shanghái. Había otro comedor para los huéspedes occidentales, instalado con bastante cursilería. Allí, además de las especialidades japonesas, el cocinero hacía algunos platos extra para los europeos.

El barón Akiro Matsubara, que esa misma noche había roto su incógnito, fue conducido al mejor saloncito privado de la casa. Borghild le seguía medio aturdida. Ya no lloraba, pero de nuevo había adoptado su aire distraído. Quiso protestar cuando al entrar se le pidió que se descalzara, pues llevaba un agujero en la media izquierda; pero pensó que este detalle estaba en consonancia con una *vagabonde*, como la había denominado la señora Wergeland. De niña, a Borghild la atendía siempre una doncella que se encargaba de sus vestidos, mientras ella acompañaba a su madre, concertista de piano, de ciudad en ciudad y de casa en casa. Su madre había sido abandonada por su padre, pues el señor Lillesand quería tener una mujer en casa y un

plato caliente en la mesa. Se había quedado con su hijo y la pequeña se la había dejado a Sigrid. Ésta tenía poco tiempo que consagrar a su hija. Algunas veces, por la noche, en la habitación del hotel, Borghild se adornaba con las joyas de su madre, iluminando así con resplandor estelar las horas de tedio que pasaba en aquella estancia extraña. Una vez truncada su carrera —un accidente automovilístico le había paralizado una mano y arruinado su profesión de concertista—, Sigrid Lillesand se retiró a Oslo con su hija, que a la sazón contaba doce años, y adoptó un género de vida sin amigos, sin música, sin salas de conciertos y sin el brillo de las joyas que tanto consolaban a la pobre muchacha. Su madre había tenido que venderlas para pagar la cuenta del médico. A partir de ese momento sólo le quedaron a Borghild el violín y la sed de recuperar el brillo perdido que antaño había rodeado siempre sus brazos, sus dedos y su cuello. La sencilla vivienda que ahora habitaban era fría y sombría. El consejero gubernamental Lillesand no parecía dispuesto, ni mucho menos, a la reconciliación. Lo que más ardientemente deseaba era no transigir jamás en aquella cuestión que las leyes judiciales calificaban de «abandono voluntario y malicioso». Sigrid tenía la culpa de todo. Borghild era demasiado niña todavía para maravillarse de todos aquellos «tíos» que le mandaban bombones y que en cada ciudad hablaban un idioma distinto. Para su desgracia, su madre fue también una artista de categoría y una vagabunda por naturaleza. Pero en aquella época ella tenía una doncella que se cuidaba de zurcir los agujeros de sus medias.

Akiro Matsubara hacía lo posible por ignorar la media agujereada de Borghild mientras tomaba su caldo con un entremés de algas marinas, pescado crudo y el plato llamado *tempura*. En la pared del saloncito colgaba un cuadro tallado en madera, que tenía por tema una escena de *kabuki* en una plataforma giratoria. Algunos hombres daban vueltas a una gruesa manivela colocada bajo la plataforma, y los artistas que representaban el *kabuki* actuaban encima vestidos con sus fastuosos ropajes, hasta que aparecían los nuevos actores. Sin duda alguna, el espectáculo japonés del *kabuki* había comenzado a ser representado en la plataforma giratoria en el siglo XVII, mucho antes, por tanto, de que fuera empleada en la escena europea. Quizá por eso los actores lucían en todas las contingencias del drama aquellos ropajes y adoptaban aquel aire silencioso y profundo...

Las algas marinas habían quedado atascadas en la garganta de Borghild y la muchacha se las extraía con los dedos; pero, contrariamente a lo que hacían todos los extranjeros, comía con extraordinario apetito los platos preparados a la japonesa, mientras manejaba con rara habilidad los palillos de marfil Akiro la contemplaba silencioso y sentía extrema satisfacción al notar el virtuoso juego de sus delicadas manos.

—Señorita, ¿ha comido usted con frecuencia al estilo japonés? —preguntó finalmente—. Con toda mi modestia voy a permitirme hacerle una observación: maneja usted los palillos con notable destreza.

—He estado observando cómo lo hacía usted —repuso Borghild con sencillez

infantil—. Su comida me gusta mucho, señor. Es verdaderamente maravillosa.

La felicidad hizo que el joven señor Matsubara se atragantara. La extranjera tenía un gran agujero en la media y era un perfecto dechado de fealdad, pero había elogiado cordialmente la cocina japonesa. En su interior sintió desvanecerse el profundo odio que experimentaba contra los occidentales. Sólo quedaba una llama de resentimiento, amparada por el amor propio, contra los americanos. Todo japonés noble tenía que vengar un día u otro la ofensa de que había sido objeto. No podría olvidarla jamás porque con ella se había ofendido al Japón. Sin embargo, no en vano había admirado en Tokio a Shakespeare, adorado a Beethoven y aprendido a valorar los cuadros de los impresionistas franceses. El Occidente había deparado, pues, a los hijos de las diosas del sol una satisfacción grandiosa, resplandeciente y extraordinaria como las *nadeshiko-gai*, las conchas auténticas, que eran conseguidas bajo los peligros de las olas. El trato con los extranjeros constituía también un peligro. Precisamente ese mismo año se había promulgado en Tokio una ley para combatir y controlar las «ideas peligrosas». Como es natural, la probabilidad de concebir ideas peligrosas era mil veces mayor cuando se hallaba uno en contacto con los occidentales. Akiro estaba totalmente de acuerdo con eso; pero el elogio de Borghild había puesto ante su vista un florido paisaje que reanimaba su espíritu.

—La comida no tiene ningún valor especial, pero el indigno cocinero deseaba servirla y satisfacerla, señorita —dijo cortésmente y temblando de orgullo.

Cuando ya hacía un buen rato que Borghild estaba en el «Cathay Hotel» y había conciliado un profundo sueño acelerado por el vino de arroz caliente, Akiro se hallaba leyendo en su apartamento del hotel una carta de su honorable tío, empleado en el ministerio de Educación Nacional de Tokio. Le comunicaba que el padre de Akiro había sufrido un accidente y que todavía no podía hacer uso de su mano derecha. Por ello era él quien se había decidido a escribirle para hacerle saber algo importante: primero debía marchar a Corea, y luego a París. Ya le quedaría tiempo para conocer bien Europa. Un japonés que se había consagrado en cuerpo y alma al Termo debía orientarse primero en Asia. La situación en Corea era algo francamente escandaloso. Un alto funcionario japonés, pariente muy cercano de la madre de Akiro había sido asesinado en el transcurso de un «mitin de la amistad» que él mismo había organizado con los coreanos. Su honorable tío escribía que esto era incomprensible puesto que el Japón había japonizado la Corea reconocida como japonesa desde que fue anexionada en 1910 y a partir de esa fecha no había hecho sino civilizarla. En el transcurso de estos años se habían realizado varios intentos para granjearse por lo menos la cooperación de los coreanos influyentes y conservadores con objeto de que apoyaran el régimen japonés. No se podía esperar nada de los cultivadores de arroz. Cuando fue organizada subterráneamente la oposición de las clases cultas hubo que adoptar medios combativos muy rígidos. El general Sanuki, el pariente de la madre

de Aloro, hacía tres años que se hallaba dedicado a organizar fructuosos «mítines de la amistad» entre los coreanos y sus protectores japoneses. ¡Y como recompensa había sido asesinado villanamente! ¡Y pensar que los japoneses lo hubieran hecho todo para poner las cosas en su justo punto! Verdaderamente esto era lo que pensaban hacer tan pronto como tuviesen a su favor a ciertos países. En realidad, Japón necesitaba la sal, el arroz y el opio de Formosa, y también le era precisa Corea como base para una mayor expansión y dominio en Asia. ¿Qué sería de estos territorios si los japoneses ejercieran la supremacía? Serían construidas líneas de ferrocarriles, instalaciones portuarias, carreteras, bases militares y técnicas. El engrandecimiento industrial y un nivel de vida muy superior serían ofrecidos como un obsequio a esas gentes desagradecidas que, al parecer, no sabían apreciar en su justo valor cuanto se hacía por ellas.

Akiro depositó en la mesa las largas hojas de papel de arroz y cerró los ojos. ¡Por doquier los japoneses encontraban resistencia, incluso entre sus hermanos asiáticos!, Era por eso mismo por lo que esos pueblos se mostraban poco ambiciosos, inteligentes y activos, ya que querían encontrar «el camino de los dioses» sólo mediante el bienestar y las menos asperezas posibles. De repente Akiro se sintió muy fatigado: no tenía ningún deseo de ir a Corea y de ponerse en contacto con sus enemigos. Pero le era preciso conocer «el mundo». ¡Era su obligación!

Volvió a tomar las hojas de papel y acabó de leer el contenido de la honorable carta. Su tío había hablado ampliamente con el respetable padre de Akiro sobre los pasos que éste tenía que dar en Shanghái, y el ilustre señor no quería que por el momento Akiro se pusiera en relación con el señor Hsin para tratar de la instalación de la fábrica chino-japonesa. Por lo menos era siete años demasiado pronto, Además, su padre se preguntaba sin ninguna clase de rodeos si su hijo era ya lo suficientemente maduro para tratar esos asuntos. Un insecto insignificante como Akiro no podría impresionar a un poderoso chino. ¿Acaso no había caído en la cuenta de que debía haber ido coleccionando experiencias como una furtiva *minomushi*^[9]? «El no ser visto» era la importante cualidad que debía poseer un futuro miembro del Kempetai^[10] japonés. Por lo tanto su joven e insignificante hijo tenía que cubrirse sin demora con una capa mejor que le hiciera invisible. El ilustre personaje, cuyo espíritu, por fortuna, no había sufrido las consecuencias del accidente, también expresaba su deseo de que Akiro, primero en Corea, y más tarde en París y Londres, se mantuviera rigurosamente apartado de las «ideas peligrosas» y dedicara su atención menos al arte y a la literatura de los extranjeros que a la «ciencia militar» occidental. No debía olvidar jamás que el Kempetai, que en los próximos veinte o treinta años había de cumplir importantísimas misiones en una región surasiática que se encontraba bajo el mando del Japón, era una institución militar y no la rama de un cerezo florido o cualquier asunto lírico, Akiro, como la gente más selecta de su país, sería más tarde responsable de la seguridad del Japón por el hecho de llevar en sus venas sangre de samurai. Por esa razón tenía que considerar muy seriamente el hecho

de que Japón estaba atestado de espías de todas las partes del mundo y que no podía confiar en ningún chino ni tampoco en ningún occidental, aun cuando, precisamente a causa de sus oscuras intenciones, emplearan un lenguaje florido. Ante todo el ilustre personaje deseaba que Akiro sólo dedicara sus próximos cinco años de aprendizaje a informarse de todo cuanto precisaba, y no al flirteo amoroso con las extranjeras. Las «damas de nariz larga y pelo amarillo» del Lejano Occidente prestaban todos servicios secretos a sus respectivos países y únicamente estimaban a los hijos del Japón para chuparles la sangre y sonsacarles las misiones que el Estado les confiara.

Akiro no acabó de leer la carta, que todavía contenía varios tópicos y retóricas frases de saludo. Oía la voz de Borghild y contemplaba la honorable expresión de sus ojos; pero como ella había dicho, su conversación era todavía poco íntima. Akiro, como justamente le había juzgado su respetable tío, no era más que un estúpido e insignificante insecto, con una mente de insecto no menos estúpida e insignificante. El joven señor Matsubara se tumbó sobre su esterilla y lanzó un suspiro.

Diez días más tarde Akiro visitaba al cónsul y a la señora Wergeland para darles las gracias por la velada. Según una costumbre de su país, llevaba un obsequio graciosa y cuidadosamente envuelto en un pañuelo de seda floreada. En el Japón jamás se empaquetaban las perlas con paja de arroz. El barón Matsubara quería ofrecer a la señora Wergeland un valioso quimono, como los que lucen las japonesas de buena posición en ocasión del *O cha-no-yu*^[11]. Con ese obsequio deseaba dar también una satisfacción al señor cónsul. Lo encontraba maravillosamente amable y le inspiraba la mayor confianza. En este aspecto, lo mismo debería opinar su respetable tío, empleado en el ministerio de Educación Nacional.

El cónsul Wergeland y Akiro se habían encontrado casualmente hacía una semana en Bubbling Well Road y juntos, muy satisfechos y en la mejor armonía, comieron un plato de *sukiyaki*^[12] en «Los Crisantemos Blancos». Akiro se cuidó de preparar personalmente sobre una especie de braserillo el costoso y apetitoso plato para su apreciado amigo extranjero. Bebieron mucho *sake*. El cónsul se sentó en su esterilla casi con la misma desenvoltura e igual donaire que un japonés. Luego se llevó consigo a casa al joven Matsubara. Pasaron un buen rato en el salón del té, charlando agradable y tranquilamente sobre los grabados en madera japoneses y sobre el arte de las poesías breves. El cónsul Wergeland era merecedor de que su honorable esposa recibiera como obsequio un quimono «para la sala japonesa». Akiro estaba bien enterado de que los extranjeros pasaban algunos de sus ratos libres reunidos con sus esposas y que las esposas de los extranjeros no bebían el té después de sus maridos, sino ambos a la vez. ¡Las señoras no tenían ninguna consideración para con sus maridos!

Dos días después de aquella extraordinaria cena con Borghild, se presentó en el «Cathay Hotel» para obsequiar a la muchacha con una pieza de *habutai*^[13]; pero la rubia se había marchado sin dejar dirección alguna. A la pregunta de Akiro de si la señorita volvería de nuevo a Shanghái, el portero respondió encogiéndose de

hombros de un modo impaciente. Akiro abandonó el hotel con el paquete de seda entra sus brazos y sintiéndose presa de una gran decepción. Borghild tenía que avisarle en el consulado del Japón cuándo podría volver a comer con él *tempura*. Había estado esperando sus noticias con paciencia y alegría. ¡Y ella se había marchado sin dejarle ni siquiera cuatro líneas! Cuando reía, la muchacha no parecía tan fea. A Akiro le hubiera gustado verla vestida con un traje de seda blanca japonesa, pues se había quedado aún más horrorizado que la señora Wergeland al ver los miserables pingos de la señorita Lillesand. Le había sorprendido mucho más la calidad de la seda que su color, que desteñía completamente su rostro delicado. La violinista extranjera no debía tener la menor consideración hacia su patria, pues de lo contrario no se hubiera presentado en el extranjero con aquellos trapos. El joven japonés no podía comprender por qué la mayor parte de los europeos no daban importancia alguna a estos detalles.

Cuando Akiro llegó a casa de los Wergeland, la villa le produjo una penosa impresión. Nadie había encendido la luz, a pesar de que estaba ya oscureciendo. *Suprema virtud*, el *coolie* principal, colocó descuidadamente el obsequio de Akiro encima de la mesa, y entre dientes dijo que no podría recibirle nadie. Akiro pasó unos momentos desgarradores pensando que no le sería posible hablar con el cónsul. Permaneció de pie en el gran recibidor, pues el *coolie* no le suplicó que tomase asiento. Parecía como si *Suprema virtud* no pudiera dedicar ni un solo minuto al enano de la isla. Finalmente, Aloro, aun cuando para su espíritu de japonés ofendido esto le parecía lo último, le preguntó si podía esperar ofrecer el regalo personalmente a la señora.

—*No good* —repuso *Suprema virtud*—. Espere *very bad*^[14]). La señora está en el hospital... El corazón *very bad*... ¡Plopp, plopp, plopp! *Very Bad*.

Akiro rogó al *coolie* que mandaran el regalo al hospital. Tenía que partir al día siguiente hacia Soochow. No volvería pronto a Shanghái.

—*Very good* —dijo *Suprema virtud*, sin que fuera posible comprender si le agradaba la pronta ausencia de Akiro o si dedicaba un elogio a las pagodas de Soochow.

Después de haberle repetido detalladamente su dirección en Shanghái y en Soochow, Akiro se dispuso a marchar. Se recuperó muy lentamente de la impresión que le había producido saber que la señora estaba enferma. ¡Qué desagradable era eso! ¡Y precisamente tan pocos días después de la espléndida fiesta que los extranjeros habían dado!

Akiro se sentía perdido y abandonado cuando dejó tras sí por última vez la villa del cónsul Wergeland. Su segundo tío, que se encontraba en Shanghái ejerciendo como cónsul general del Japón, tenía demasiadas cosas importantes que hacer para poder ocuparse de su estúpido y joven sobrino. Akiro vivía ahora en su casa y se hallaba bastante atemorizado a causa del carácter de su tío, que tan pronto adoptaba un aire de melancólica gravedad como de repentino buen humor. Cuando estaba

contento, sus ojos brillaban como los de los actores de teatro tras las rendijas de las máscaras del *No*. El cónsul general tendría unos cuarenta años y era enemigo de los extranjeros. En su casa de Shanghái vestía siempre el quimono, excepción hecha de cuando tenía que recibir a un occidental en la «sala de los extranjeros», adornada al estilo Victoriano. Este salón era realmente único por la gran variedad y cantidad de adornos y por los muchos objetos europeos que en él podían admirarse. Sólo un enemigo del Occidente hubiera podido reunir esa considerable cantidad de horrorosos objetos. El cónsul general estaba plenamente convencido de que todos los extranjeros se quedaban admirados de la belleza de su salón. Tras haber recibido a un «nariz larga» en la aterciopelada estancia, el honorable tío de Aloro se ponía de un buen humor extremado, casi salvaje, que sólo podía reprimir encerrándose en su propia habitación, cuidadosa y exquisitamente decorada, para hacer algunos ejercicios caligráficos.

El joven barón Matsubara permanecía de pie, anonadado, en el cruce de la Avenue Foch con una calle lateral, en la que podían verse muchas flores en un alegre escaparate. Había venido hasta aquí para hacer enviar un obsequio a la señora Wergeland a la clínica privada. Naturalmente, el *coolie*, como todos los chinos, habría exagerado muchísimo; pero de todos modos debía ser una enfermedad grave, porque de lo contrario no se hubiera atrevido a mencionarla. «Esos chinos...», pensó Akiro.

Las flores que debía escoger para la señora le planteaban un agradable problema. Tenían que lucir encima de un lecho de musgo, en un vaso plano y cuadrangular, de forma que respiraran tranquilidad y poesía. Sólo podían ser lirios, porque éstos significaban respeto. La flor de loto inducía a la meditación, pero eso no le convenía a la señora. Mandarle crisantemos blancos hubiera sido una imperdonable falta de educación, puesto que eran flores que a los hijos del Japón les daban ánimos para la batalla. Tan pronto como la señora se encontrase mejor, el joven barón Matsubara quería invitar al cónsul a pasar un fin de semana en Soochow. El cónsul era su mejor amigo, y los amigos eran lo único que hacían soportable la vida en el extranjero. Akiro se lamentaba con resignación de la conducta de Borghild, puesto que al menos le quedaba la buena amistad del cónsul.

En su entusiasmo por el amable, pero indiferente noruego, influían su propio fanatismo, su lealtad y su ilimitada soledad. Lo que ocurría constantemente era que los asiáticos jóvenes y que conocían poco los sentimientos y manera de pensar de los extranjeros glorificaban tanto a sus pocas amistades extranjeras y con tan trágica ingenuidad que estaban dispuestos a perder su vida por ellos, y en todo caso en cualquier ocasión les hacían regalos extremadamente valiosos que daban mucho que hablar. Así, por ejemplo, el quimono de la imperial Kioto era un objeto de valor que jamás hubieran podido esperar ni la señora Wergeland ni el cónsul. Yvonne no había cambiado más que tres o cuatro palabras con el barón Matsubara; en unos momentos de nerviosismo el cónsul le había mandado al diablo porque había desbaratado todo el orden de la mesa, y más tarde, al encontrarse con él casualmente, le había tratado con

esa hábil cortesía de los diplomáticos occidentales experimentados, que conocen al dedillo las costumbres y los sentimientos de los asiáticos. Pero no se había preocupado ni un minuto más de él, pues le interesaba mucho más atender a innumerables personas de las más diversas razas y naciones, a las que recibía con naturalidad y simpatía, puesto que precisamente era un arte saber ser natural. De modo que probablemente el costoso quimono para la señora había dejado confundido al cónsul.

Matsubara ignoraba que Knut Wergeland no había tenido ocasión de ver el quimono procedente de la imperial Kioto, puesto que *Suprema virtud* lo había escondido apresuradamente para venderlo después. Cuando una hora más tarde de la visita de Akiro el cónsul llegó a la villa, *Suprema virtud* se hizo disculpar por medio del cocinero. La vieja tía Lung se hallaba muy enferma y había pedido a todos sus parientes que se reunieran alrededor de su lecho en una pequeña aldea situada a orillas del río Yangtze. En condiciones normales, *Suprema virtud* no se hubiera atrevido a obrar de este modo; pero actualmente el amo se encontraba constantemente de viaje. Lo peor sería cuando la señora se encontrara bien. Se dijo que tenía que buscar sea como tuera otra nueva colocación, pues el amo se iba a Bangkok. Lo primero que hizo fue esconderse con el valioso quimono en el barrio chino. Después de la partida del amo se pondría precavidamente en tratos con un tío suyo que conocía al abuelo de un comerciante en objetos de arte: la firma Norinaga en la avenida Kiangse. Esto era verdaderamente muy sencillo, y además en Shanghái ocurría con frecuencia.

El cónsul Wergeland hizo caso omiso de cuanto le informo el cocinero, que estaba sirviendo la comida en lugar de *Suprema virtud*. Tenía otras cosas que le preocupaban más que la vieja tía del *coolie*. La salud de Yvonne no iba por buen camino. Sus molestias respiratorias empeoraban. Seguramente había fumado demasiado, se había dejado enervar por mil fantasías, y había recibido y devuelto tan excesivo número de visitas. Todo iría mejor en Trondheim. Pero sin embargo, antes quería confesarle algo que hasta el momento sólo sabía su hermana Helene. Era una carga que pesaba enormemente sobre su alma, pero ahora no podía hablar con Yvonne de este asunto, porque el médico quena ahorrarle toda clase de excitaciones.

Akiro se sintió muy bien en Soochow después de haber pasado algunos días en la vulgar Shanghái. En Soochow se respiraba ese espíritu chino de sabiduría y de contención de resignación y de quietismo que tan fundamentalmente había influido sobre el Japón en transcurso de los siglos pasados. El budismo tenía aún una fuerza viva en Soochow.

El joven barón Matsubara no halló en Soochow carta alguna de reconocimiento del cónsul por el quimono. De vuelta en Shanghái no encontró en el consulado más que una tarjetita fechada un día después de su lustrada visita, en la que el cónsul, en

nombre de su mujer, le agradecía sus flores. El cónsul Wergeland había partido ya de Shanghái. Esto ocurrió la tarde anterior a la marcha de Aloro a Corea en breve viaje de placer.

Robar el quimono había sido una tarea fácil; seguir las huellas del hurto hubiera sido una labor complicada y laboriosa.

Akiro estaba convencido de que su obsequio había sido ignorado o bien despreciado. La señora Wergeland no se había dignado mandarle ni siquiera una palabra de agradecimiento. Jamás en su vida se había sentido tan mortalmente ofendido el joven barón Matsubara. Lo del señor Bailey no había pasado de ser una familiaridad de mal gusto. Además, ya no volvería a encontrarlo de nuevo, puesto que él, consecuente e inteligente como todos los asiáticos, se apartaría de su camino. Borghild había sido una ligera decepción: como mujer que era, estaba demasiado por debajo de un hombre para que pudiera sentirse gravemente ofendido. Pero en cambio, el cónsul era un hombre de mundo, y también el único amigo europeo de Akiro, y por eso su falta era imperdonable. El no haber agradecido de ningún modo un obsequio como jamás habría recibido en su vida, despertó en el sensible y orgulloso espíritu de Akiro ese sentimiento de peligrosa e inextirpable desconfianza que en nuestro siglo ha impedido siempre toda auténtica compenetración entre Oriente y Occidente.

Así fue como el cónsul Wergeland, en quien el futuro oficial del servicio secreto japonés y de la policía militar de seguridad había creído firmemente, a pesar de todas las advertencias que se le habían hecho desde Tokio, fue el último europeo a quien Akiro concedió su confianza. Y todo por causa de una bellaquería que no se habría de descubrir nunca.

Mientras el cónsul Wergeland continuaba haciendo sus planes para ver a dónde llevaría a su mujer para que se recuperara y cuándo podría descubrirle finalmente su secreto, Yvonne yacía moribunda en su lecho.

Capítulo III

LA CAMPANA DE JADE

Era la fiesta de la Epifanía. En Shanghái soplaban un viento crudísimo y el destino iba repartiendo por doquier la suerte de los mortales. Habían nacido niños; los comerciantes y agentes de cambio descansaban de sus quehaceres y negocios; las personas piadosas saludaban con sus cantos la estrella de Belén, y los cínicos encendían sus pipas de opio en lugar de quemar incienso. Mucho y poco ocurría en esa inquieta ciudad situada a orillas del mar. El joven barón Matsubara había salido para Soochow; el señor Bailey había tenido que oír de boca de su mujer una reprimenda a causa de su inmoderado uso del alcohol; *La grulla china* estaba en su casa paseándose entre sus jaulas de pájaros y observando detenida y pensativamente sus pequeños adornos de jade, así como también las rejas que impedían la libertad a los pájaros. Pensaba en su hija fugitiva. Era ridículo que dedicara sus pensamientos a una criatura que no tenía ningún valor, pero le consolaba la idea de que sólo Jo hacía de vez en cuando. Los gorgoritos de la luminosa voz de su hija eran mucho más preciosos que los de su mejor pájaro *canoro mogólico*, a quien daba lecciones un profesor de canto.

Luego el señor Hsin se dirigió en su «Buick» hacia el barrio chino. La más joven de sus concubinas estaba sentada en el asiento delantero, junto al chófer, y sostenía una jaula con un pájaro. Ese pájaro era sumamente ignorante en cuestiones de canto. El señor Hsin, que se había hecho rico evitando todo gasto inútil, había decidido ahorrarse las caras horas de clase de canto de ese pájaro imbécil y había ordenado a su concubina que asegurara al pájaro, encerrado en una hermosa jaula adornada con tallas de madera, un sitio libre en el pabellón de los pájaros de la famosa y antigua casa de té, y precisamente al lado de una «alondra maravillosa». Allí el pájaro aprendería a cantar sin que a él le costara un céntimo. El señor Hsin quería mandarlo la próxima semana como obsequio a la señora Wergeland, que todavía permanecía en el hospital.

Mucho y poco ocurrió aquel día de Reyes. Al atardecer, el sacerdote francés Pierre de Lavalette, de la Compañía de Jesús de Shanghái, estaba junto al lecho de Yvonne Wergeland confortándola en sus últimas horas con la gracia de la Iglesia. En el corredor de la clínica se encontraba el cónsul Wergeland sosteniendo entre sus manos las heladas manecitas de Astrid. Yumei se hallaba sentada en cuclillas con el «ama numero dos» y sollozaba en silencio. Las dos ayas habían llevado dos veces por semana barritas de incienso y otras ofrendas al templo para rogar por la señora y además habían dado cantidades extra para el «sostenimiento del culto». Habían hecho todo lo que habían podido y no acertaban a comprender cómo a pesar de todo ello la

señora tema que emprender el viaje al mundo de los espíritus.

En la habitación de la enferma sólo ardía una bujía colocada encima de la mesita de noche, cubierta con un mantelito de encaje. Yvonne había pedido perdón por sus pecados respirando muy dificultosamente y había recibido la extremaunción de manos de su amigo y director espiritual. Al brillo de la mortecina candela podía verse arrodillados alrededor del lecho de Yvonne al cónsul Wergeland, a Astrid, a las dos monjas francesas y a las dos doncellas, mientras el sacerdote murmuraba la oración de los agonizantes. Yvonne se encontraba en el estado de decrepitud terrena y descansaba en la reconciliación divina. Mientras el padre Lavalette y las dos monjas pronunciaban algunas oraciones, tal como hacen las almas piadosas de todo el mundo en el momento del fatal desenlace de una amiga, el cónsul Wergeland luchaba para mantenerse sereno y Astrid, cuyas manecitas estaban apoyadas en su pequeño y frío rostro, permanecía arrodillada junto al lecho mortuorio de mamá. La tranquilidad de la muerte se reflejaba claramente en el rostro de la difunta.

El padre Lavalette cerró cuidadosamente los ojos de la muerta y recomendó al Señor el alma de su sierva Yvonne Thérèse que, habiendo abandonado el mundo, iba a vivir con él. Luego se volvió hacia el viudo y la temblorosa Astrid. Los vivos necesitaban siempre de su ayuda en el momento de la muerte, porque de repente se sentían igual que niños ante una puerta oscura y misteriosa.

Yvonne Thérèse Wergeland murió el día de la Epifanía con una muerte pacífica y sosegada, después de una vida llena de inquietudes en una situación equivocada. Dejaba a su marido sumido en una sensación de indescriptible vacío y de infructuoso arrepentimiento, como les ocurre a los esposos que han escatimado a sus mujeres la maravilla de la vida íntima. A su hija Astrid, Yvonne le dejaba como herencia el sombrío fuego de sus celos, el mortecino brillo de sus rubíes, su gusto irreprochable y las obras completas de santa Teresa de Ávila.

Cuando el cónsul Wergeland volvió a su solitaria casa, por unos momentos le pareció que vivía en un ambiente completamente tranquilo y silencioso. Iba de un lado a otro, infatigable. Le daba la impresión de estar buscando a su mujer por primera vez desde hacía muchos años. ¡Búsqueda inútil! Le invadió por completo un sentimiento de desconsuelo en el borde de la cama de Yvonne y estrujó entre sus manos la almohada de su esposa. Anteriormente se había tumbado algunas veces sobre su cama. ¡A Yvonne le molestaba en extremo esa desordenada costumbre! Se levantó torpemente y arregló con cuidado el cubrecama de damasco. Era el regalo más sincero y absurdo que le había hecho como marido.

En aquella casa vacía —que dentro de poco tiempo había de trasladar a Bangkok— ya no volverían a preguntar jamás a Knut Wergeland dónde estaba, qué hacía y cuándo se decidiría a vestirse de una vez.

El cónsul se sentó en un taburete francés y se pasó una mano por sus ardientes ojos. Era ya demasiado tarde para preguntar y responder. Una vasija rota quizá podía ser reconstruida de nuevo y formar otra vez un todo; pero un hombre solitario,

siempre es un hombre solitario. Sólo le quedaban obligaciones y deberes. Tenía que ejercer su profesión y educar a su hija sin la ayuda de la madre. Abstraído en estos pensamientos, Knut Wergeland se dio cuenta de que ahora ya no podría confiar su secreto a Yvonne.

Una semana después del entierro el cónsul se dirigió al barrio chino. Allí se encaminó a una de las sombrías y mezquinas casas de piedra, la del honorable prestamista y comerciante en objetos de arte señor Pao. Éste no había leído en el periódico los acontecimientos familiares de los diablos extranjeros, y por ello, aún después de la muerte de Yvonne había ofrecido al cónsul por medio de su *coolie* Hei Lien^[15], una rara joya de jade para su mujer. Como desde hacía muchos años servía al cónsul y le tenía por muy entendido en asuntos de arte, el señor Pao se hubiera avergonzado de no ofrecer esa oportunidad al cónsul Wergeland. Cuando éste, agotado y cada día más desesperado por la fatal pérdida, se dirigió a casa de Pao, no podía sospechar que ese artístico objeto de jade, que le aguardaba en casa del prestamista, habría de cambiar fundamentalmente su propia vida y la de su hija Astrid.

La casa del señor Pao se encontraba en el corazón del barrio chino, que en sus estrechas callejuelas y en sus sombrías casas ocultaba numerosos recuerdos, joyas y objetos de valor. Éste era el verdadero centro del comercio de objetos de arte, y no el resplandeciente y bien iluminado distrito de Nantao, donde los conserjes de los hoteles encaminaban a los extranjeros sentimentales que buscaban en la corrompida ciudad de Shanghái, con sus bancos y sus suntuosas tiendas, «la auténtica China». En las oscuras salas de la tienda del señor Pao había además quincalla, trastos viejos e imitaciones de los artículos originales y auténticos: porcelanas antiguas, tapices elaborados a mano, bronces y jades, que una lima no podía rayar, jades «sin nubes», tan costosos como los mejores objetos en la calle del Jade, de Cantón.

Después que el señor Pao hubo servido un té verde al cónsul y de haberse enterado de la irreparable pérdida del honorable «diablo extranjero», expresó su sentido pésame muy ceremoniosamente, y a guisa de consuelo añadió que la mujer llevaba tres años de luto por la muerte de su marido en tanto que los hombres sólo lloraban a sus esposas durante cien días. Luego ordenó a Hei Lien que atendiera a los clientes en el vestíbulo de la tienda y pasó a tratar de los asuntos comerciales. Sacó un cofre tallado en madera, extrajo de él una pieza envuelta en un tejido de brocado y dijo que era *chen-yü*, jade legítimo, piedra nefrítica, y no *ts'ui-yü*, barato jade de alción, como el que vendía su yerno en Nantao.

—Mi hijo político es un gran charlatán —no solapadamente el señor Pao. Luego adoptó un aire muy grave. Dejó caer la envoltura y murmuró—: ¡Una campana de jade! ¡*Chen-yü*! ¡Una gran oportunidad para el comprador, señor!

El cónsul observó atentamente, sin decir una sola palabra, las dos pequeñas

planchas diáfanas de jade, que a cada movimiento producían un sonido muy agradable. Era una antigua joya de Cantón, y él le concedía más valor que a los rubíes de Yvonne y que a su propia alma. Olvidó sus modales, arrebató de las manos del chino la campanilla de jade, examinó a la luz las maravillosas, finas y resplandecientes láminas y descifró la inscripción que en ella estaba grabada. Decía: «*Ch'ing-chao*^[16], *Im Li Hsia*^[17], Shanghái». La inscripción daba a entender que una muchachita llamada *Luz fluida* había visto la luz del mundo en Shanghái a principios del verano, hacia el 6 de mayo.

—¿De dónde ha sacado usted esa joya? —preguntó el cónsul.

—Me la trajo una rusa. Venía por encargo de una china. ¡Una extraordinaria joya de jade, señor! Tallada por un verdadero maestro.

—Ciertamente.

El viejo chino miró sorprendido al arrogante «diablo extranjero». ¿Qué sabía él? Los pensamientos de los extranjeros eran como hilazas de cáñamo sin peinar. Y el arte de tallar el jade era un verdadero misterio para ellos. Los extranjeros poseían manos muy toscas. Si deseaban atrapar un mirlo tenían que derribar el árbol.

En ese mismo instante el ayudante *Cara negra* asomó la cabeza por entre las cortinas y anunció la visita del señor Hsin de Bubbling Well Road. Quería ver jades. *Cara negra*, a quien sus padres habían dado este repulsivo nombre para que los dioses no le tuvieran envidia, hablaba en voz baja. El señor Hsin era un gran hombre. Quien le ofrecía jades legítimos no ofrecía mercancía a una rata.

El cónsul Wergeland tomó una decisión. Sus ojos resplandecientes, bordeados de unas ojeras que denotaban su agotamiento, observaban agudamente al viejo comerciante. Propuso un precio. El señor Pao pidió el doble, pues el señor Hsin esperaba en la estancia contigua. Esto era como un crédito por el que no se tenía que pagar ningún interés. El señor Pao conocía a los hombres y observaba las temblorosas aletas de la nariz del «diablo extranjero», que quería comprar a toda costa la campanilla de jade. Pero el señor Pao era un caballero chino de vieja estirpe: cuando hubieron llegado por fin a un acuerdo y el cónsul firmó un importante cheque, el señor Pao sacó del armario de ébano un delicado y gracioso espejo de bronce. Era circular y en su cara posterior tenía una pieza agujereada para pasar los cordones de seda. También en el espejo había una inscripción: «¡Conserva siempre tu alta categoría!». Para dar todavía mayor valor a la obra de arte, en el centro se veían divinidades taoístas y algunos animales: un diminuto tesoro para los entendidos, que comprendían que semejante pieza no podía ser lograda tan perfecta en el siglo xx.

—¡Un miserable regalo de despedida, señor! —susurró el señor Pao con su voz enronquecida por el opio.

El cónsul le dio las gracias solemnemente y en perfecto chino. No venían a cuento efusiones sentimentales. El señor Pao sonrió porque sabía muy bien que las cosas bonitas y las buenas personas son artículos muy raros en este mundo.

A la salida, Knut Wergeland saludó a *La vieja grulla*, que todavía no lo era tanto

como parecía. Su aspecto era el de una persona que tiene ya detrás suyo toda una vida. La comedida inclinación del cónsul fue contestada debidamente por el chino. Y a consecuencia de esa muda y mutua salutación se perdió una fantástica oportunidad que había de tener insospechada trascendencia. Si el señor Hsin hubiera reparado en la campana de jade que el cónsul Wergeland llevaba en el bolsillo de su abrigo, se hubiera fijado con el mayor interés en la inscripción. Una campanilla de jade era un talismán y, según una vieja costumbre china, llevaba una inscripción en la segunda lámina, que en este caso rezaba así: «La prisa es un error».

El señor Hsin había hecho grabar esta inscripción en la campanilla de jade de su única hija *Luz fluida* en ocasión de su nacimiento. El viejo proverbio, que desde hacía miles de años servía de guía y consejo a los chinos, se había confirmado. Ch mg-chao había huido apresuradamente de la casa paterna porque no quería casarse con determinado hombre. Y esa prisa fue fatal para el padre y para la hija.

Pero el cónsul Wergeland montó en su coche sin decir una sola palabra. De este modo el señor Hsin no se enteró de que ese extranjero conocía a su hija, pero no bajo el nombre de *Luz fluida*, sino bajo el de Lily Lee, muchacha que cantaba en la gran ciudad de Shanghái. Ch'ing-chao había dejado de existir cuando, con prisa errónea, abandonó la casa de su padre en Bubbling Well Road en el «mes duro», a finales del año lunar. Con el nombre de Lily Lee el cónsul Wergeland había conocido a la hija del señor Hsin en un local de la Concesión francesa, en una época en la que permaneció medio año con Yvonne en la ciudad de Saigón. El señor Hsin no visitaba ningún local frecuentado por extranjeros y en el que ocupaban las taquillas rusas rubias.

Así fue como dos hombres que conocían perfectamente a la misma muchacha y la misma joya, estuvieron a punto de sostener una conversación que hubiera aclarado muchas cosas y que hubiese cambiado otras muchas más. Pero la vida, que cuida de entremezclar confusamente los hilos de los destinos humanos con la misma fantasía que si se tratara de una novela, frustra muchas circunstancias casuales. El cónsul era excesivamente reservado para detenerse a mostrar al amigo chino aquella obra de arte; y el señor Hsin era demasiado chino para mantener una conversación en presencia de un comerciante. Todo a su tiempo. El señor Hsin creía que todavía tendría una buena ocasión para charlar con el cónsul y tomar unas copas de vino blanco en su compañía. Pero se equivocaba. Ese día veía al cónsul por última vez. Dos semanas después de ese encuentro mudo con el señor Hsin, el cónsul Wergeland abandonaría Shanghái.

Pero antes se dirigió, con la campanilla de jade en el bolsillo de su abrigo, hacia una miserable casa de huéspedes situada en la Avenue Joffre.

La casa, en la que la cantante Lily Lee ocupaba un apartamento, causaba una penosa y miserable impresión. Parecía que en aquel edificio todos los inquilinos andaban siempre retrasados en el pago de su alquiler, y así sucedía en realidad. En la planta baja dos rusas blancas regentaban un salón de belleza que no tenía rival por lo

que al desorden y suciedad se refiere. Al lado se había instalado una sombrerera francesa, que sin duda había estado de moda en París inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial. En el primer piso vivía un contable de procedencia franco-china, que pasaba las noches sentado en la mesa de juego del «Chat Noir» y se devanaba los sesos pensando en cómo podría dar un buen golpe en Shanghái. En el piso contiguo residía la cantante Lily Lee con su hijita Mailin.

Lily Lee había sido una artista muy solicitada un par de años atrás, pero ahora había otras estrellas más jóvenes en los *cabarets* y lugares de diversión. Shanghái devoraba la juventud y la belleza como un tigre hambriento. Lily era la única en aquella casa que, a pesar de todo, podía pagar el alquiler; a menudo, cuando se encontraba aburrida o desesperada, iba a jugar con el señor Laour al «Chat Noir», que estaba junto a su casa. Esto sucedía ocasionalmente: jugaba con prudencia, pues en el curso de siete años había podido comprobar que la precipitación es la madre del error. También en esos años había aprendido que la precipitación es asimismo la abuela de las deudas de juego. Durante algunos años se había ocultado en Chapei para que no la encontrara su padre, y ahora hacía un año que habitaba en esta miserable casa, cuyo propietario no se dejaba ver nunca, limitándose a mandar a su administrador para cobrar el importe de los alquileres. En el piso contiguo vivía Vera Leskaja, que con su aspecto huraño espantaba a la clientela del salón de belleza del piso de abajo.

Esta áspera y joven dama fue la que recibió al cónsul Wergeland cuando éste, después de su visita a casa del prestamista subió los gastados peldaños de la escalera. Quería averiguar por qué Lily se separó de su talismán.

—¿Dónde está la señorita Lee? —preguntó a la rusa en francés—. Tengo que hablar con ella.

Vera se encontraba en el corredor débilmente iluminado. Una vieja y desnuda bombilla alumbraba al visitante y a la rusa envuelta en un viejo capote militar. En esa casa no se compraban pantallas para ninguna bombilla, pues no había nada que disimular.

—Lily Lee no está aquí —contestó la mujer.

—¿Ha ido a la farmacia? Esa loción china de «ruiseñor» no vale para nada. Yo le he traído una medicina mucho mejor.

Por la conversación se veía claramente que el cónsul conocía a la rusa y que estaba al corriente de la afonía de la señorita Lee.

Vera Leskaja lanzó, nerviosa, una mirada a lo largo del corredor. Se oían pasos abajo. Abrió presurosa una puerta.

—Aguarde usted en mi habitación, señor. Por favor... —murmuró de prisa—. Yo... yo tengo abajo una visita. Será breve. Es uno de los alumnos que vienen a aprender francés conmigo. ¡Espéreme, se lo ruego! Yo... yo tengo que decirle algo muy importante.

Observó al cónsul con sus ojos felinos, sonrió ligeramente y corrió escaleras abajo sobre su zapatillas chinas llenas de adornos. Todavía era bastante joven, pero

estaba ya pasada y su aspecto era algo degenerado. Su visitante la miró impaciente. Sus hundidos ojos chinos parecían arder. No traía consigo ningún libro ni tampoco ningún cuaderno para escribir. Siguió a la rusa a un reservado, separado por una pared del salón de belleza y del despacho de la señora Ninette, la propietaria del salón. Ésta, una dama corpulenta de mediana edad, se dedicaba a beber vodka en el piso de arriba con uno de los inquilinos, un general. Vera Leskaja se hallaba sola con su «alumno».

—Ya no está en Hongkew —susurró la mujer.

—¿Ha dejado algo?

—Que yo sepa, sólo su libreta de ejercicios de francés.

—¿Qué significa que yo sepa? —preguntó el chino, que trabajaba en el periódico *Sun Pao* e informaba al señor Hsin sobre todos los nuevos japoneses que llegaban a Shanghái—. ¿Quién es el joven estudiante? Probablemente vivía en Hongkew bajo nombre falso. ¡No estamos satisfechos de sus servicios, señorita! Nosotros queremos revisar la correspondencia de los japoneses que residen en Shanghái. Nos interesan informes sobre las polillas que desde Tokio vuelan hacia aquí. ¿Cómo está ese asunto?

Sin decir una sola palabra, la rusa sacó del bolsillo del capote militar algunas hojas de papel.

—No cuenten ustedes conmigo para hacer tanto teatro, señor Ho —dijo duramente—. Ustedes están satisfechos y sólo desean rebajar el precio. Yo les he procurado cuanto querían. El Joven dejó esta carta en su armario cuando fue a una floristería de la Concesión. Yo estuve en su hotel y distribuí dinero para comprar el silencio. Aquí está la cuenta. En realidad el joven japonés es...

La dama hizo una pausa, guiñó el ojo y preguntó:

—¿Cuánto?

El visitante pronunció una cifra, que pareció agradar a la rusa. También le pagarían las copias de la carta. Ésta había sido enviada por el tío de Akiro Matsubara, del ministerio de Educación Nacional de Tokio. El visitante la leyó rápidamente.

—Si el señor Akiro quiere entrar a formar parte del Servicio Secreto, todavía tiene que aprender muchas cosas —observó sarcásticamente—. ¿Cómo ha podido dejar la carta en cualquier sitio? ¿Dónde ha aprendido usted el japonés, señorita?

—Con mis alumnos japoneses de Shanghái —respondió Vera Leskaja con los ojos semicerrados, y sin añadir palabra metió el cheque en el bolsillo del capote.

—¿Quiere usted hacer un nuevo trabajo? —preguntó el visitante—. Nos gustaría saber quién es el que actúa a favor de los rusos. Las finanzas internacionales y chinas no tienen nada que ver con los comunistas.

—Pero Chiang Kai-shek se ha formado en Rusia, en Moscú —contestó la rusa blanca con rostro inocente.

—Precisamente por eso —sonrió irónicamente el redactor, al cual el señor Hsin había comprado con moneda barata—. Con el tiempo debe ir prescindiendo de los

elementos comunistas. Así pues... ¿quiere usted proporcionarnos información?

—No.

—¿Y por qué no? Nuestro hombre de confianza ruso está enfermo. Nosotros podemos muy bien ponerla a usted en su lugar. Tendrá buenas dietas. Vestidos de todas clases. Perfumes y cosméticos ya posee usted bastantes en el salón. ¿Qué tiene usted que objetar?

—Los chinos no me son simpáticos —respondió Vera Leskaja sin pizca de vergüenza.

—¡Tenga usted cuidado!

—No sé por qué. Me cuido bastante.

—¿Sabe algo la señora Ninette de sus... ocupaciones extras?

—En absoluto. ¿Cuándo tengo que poner otro anuncio para las clases de francés?

—¡Dentro de un siglo, señorita! ¡Queda usted despedida de nuestro servicio de información!

Vera Leskaja se quedó completamente pálida. La respuesta le había caído como un jarro de agua fría sobre sus espaldas. «¡Estos canallas chinos!», pensó.

—¿Por qué? —preguntó, desconcertada—. Siempre he trabajado perfectamente con ustedes.

—La utilidad de un empleado reside en su humildad —contestó el señor Ho, despidiéndose con una gentil reverencia.

La rusa sentía una gran debilidad en las rodillas. En el Extremo Oriente no se podía olvidar ni por un solo segundo la cortesía. Se encogió de hombros. Porque también era posible trabajar al revés: contra los chinos y a favor de los japoneses. En Shanghái encontraría miles de posibilidades. Medio mundo traiciona al otro medio. Y con el tiempo todo iba cambiando... igual que una plataforma giratoria. Quizás un día los japoneses dominarían Shanghái y las poblaciones de la periferia. Vera Leskaja no tenía nada que perder y los chismosos siempre sacaban algo en aquella ciudad.

Mientras, con un cigarrillo encendido entre sus delgados labios, subía la escalera para reunirse con el cónsul Wergeland, reflexionaba sobre cómo y cuándo podría ir a ofrecer sus servicios a los japoneses sin que la gente de Shun Pao se enteraran y le retorcieran traidoramente el cuello. En Shanghái morían diariamente algunos espías; pero también cada día surgían nuevos pequeños espías. Había que vivir, Shanghái no atendía a los rusos blancos. La gente sin patria tenía que aceptar en China toda clase de trabajos.

Entretanto, el cónsul se paseaba intranquilo de un lado a otro de la sombría habitación de la rusa. En la pared había dos fotografías. Una de ellas era de Vera Leskaja, que allí debía tener unos veinticinco años, en su primera juventud, sonriente, y en traje de noche. En ese retrato daba la sensación de que entonces vivía con gran lujo. Su cabello oscuro, que actualmente pendía en su cabeza en desordenadas greñas

que causaban una deprimente impresión a los clientes del salón de belleza, estaba cuidadosamente ondulado y cortado. El vestido de noche dejaba al descubierto un hombro que tenía el brillo de la seda. En sus ojos se adivinaba una expresión de esperanza y de melancólica fantasía, la cual era peculiar a todas las jóvenes bien educadas de antes de la revolución. Los pómulos sobresalientes, típicos de los eslavos, daban a su rostro cierto atractivo picaresco. Vera Leskaja debía haber colgado allí esa fotografía de la primavera de su vida para atormentarse a sí misma, cosa muy característica de los rusos. Al lado se encontraba otro retrato: el de un joven ruso, con ojos soñolientos, cara redonda y boca pesada y sensual. Había una dedicatoria: «Para Vera, en señal de amor eterno... Boris». Éste llevaba un uniforme muy decorativo, muy parecido al que lucían en Shanghái los grandes príncipes y generales que trabajaban como porteros conserjes en los locales nocturnos de la Concesión francesa. Oro, galones, amor eterno y anclaje en esta insegura ciudad de Shanghái.

Amor eterno..., ¡qué fácilmente se deslizaba esta frase de los labios y de la pluma de las gentes! Las comisuras de la boca del cónsul se contrajeron. ¡No podían mantenerse firmes! El amor de las criaturas engañadas es siempre un amor engañoso. Acabó por sentir conmiseración por aquella mujer... la misma lástima que había experimentado por Yvonne y por Lily Lee, que en un tiempo había sido *Luz fluida*. También compadecía a la pequeña Borghild, pero ésta tenía su violín. Después de todos los decaimientos se regeneraba con la magia de los sonidos. Amor eterno... ¡maravilloso y estúpido espejismo! El cónsul lo había juzgado así en diversas ocasiones. Pero ahora no podía huir. Se sentía ligado a las mujeres a las que, en el encanto de una estúpida mentira, había creído amar «eternamente».

Oyó cantar por vez primera a Lily Lee en un local nocturno. (La verdad era que entonces cantaba con voz tan luminosa como el mejor pájaro adiestrado de su severo padre). Le gustó por su donaire y por su costoso vestido de brocado. Mostraba un aspecto jovial y debía tener amigos ricos, pues de otro modo no hubiera lucido en un local céntrico aquellos preciosos brocados. Éste fue el primer error. Lily llevaba todavía los vestidos de casa de su padre. Sólo hacía un año que se había fugado. Era una muchacha alegre, ingenua, nacida en una distinguida y antigua familia china, de buenos principios, cultivada, fuerte como el jade, pero suave como la seda. Por su parte, el cónsul también cometió otra equivocación al compadecerse de ella unos años más tarde. Lily Lee era mucho más fuerte que él, que Borghild o que la pobre Yvonne con su altanería y sus devoradores celos. Lily sabía lo que quería. Pero instintivamente también sabía lo que los hombres deseaban de una muchacha china que cantaba: dulzura, elegancia, poesía... Las *singsong-girls*^[18] no eran prostitutas. Se hallaban allí para conversar con los hombres y entretenerlos. Ningún cliente tenía derecho a ellas, si ellas no estaban conformes.

Lily Lee se enamoró de Knut Wergeland. Ignoraba que estaba casado. Cuando él se lo dijo ya era demasiado tarde; había concebido un hijo suyo. No hizo ninguna

escena, no derramó una lágrima, y tampoco intentó separar al extranjero de su mujer y de su hijita ganándoselo con zalamerías o chantaje. Al ver quebrantadas sus esperanzas, Lily Lee ya no quiso ser el dulce pajarillo que se entretenía con las estudiadas charlas de poesía, sino que de repente volvió a ser Hsin Ch'ing-chao, *Luz fluida*, de la familia Hsin. Igual que su padre, empezó a calcular y a hacer sus planes con terquedad. Esto significaba que un día Knut Wergeland se vería obligado a explicar a su mujer por qué en su testamento mencionaba también al hijo de una china. La muerte de Yvonne había aligerado la situación. Ahora ya no tenía que revelar su secreto.

Lily Lee había estipulado que en caso de muerte prematura o en caso de que por su situación no estuviera en condiciones de cuidar ella misma a su hijo, el cónsul tendría que adoptarlo. Tras amargas discusiones el cónsul se avino también a esta petición. Ya no había nada más que discutir. Los chinos querían siempre tomar precauciones para mil años. Lily Lee lo había meditado todo y, también por instinto, sabía cuán dóciles y manejables eran los hombres que tenían remordimientos de conciencia. Su padre no hubiera podido disponer las cosas con mayor prudencia.

Con gran sorpresa, el cónsul se enteró de que Lily Lee no contaba ya con su familia: todo había muerto. Terquedad singular, probablemente muy sincera. Esto era verdaderamente lo que el cónsul creía de Lily Lee. Poseía esa obstinación propia de los chinos que jamás desisten de lo que se han propuesto. Por esa misma razón era por lo que Lily no se había dejado besar ya nunca más ni la punta de sus dedos ni había querido aceptar de él ningún regalo o dinero. Todo era para el hijo, para aquella criatura que un día ella habría de entregar a su abuelo.

Cuando su voz no quiso ya colaborar con ella, *empezó* a ganarse la vida en la mesa de juego y dando clases de canto y modales a jóvenes chinas. A cambio de algunos buenos dólares de Shanghái les enseñaba canciones y modales, convencionales, sí, pero llenos de poesía. Todo esto era precisamente lo que había hechizado a Knut Wergeland. Naturalmente, el cónsul, como hacían tantos otros extranjeros, hubiera podido sustraerse de cualquier manera a sus obligaciones. No hubiera tenido ninguna necesidad de ir con Lily al notario. Podía haberse mostrado de acuerdo con sus obligaciones sólo aparentemente. Pero también el cónsul descendía de una familia de buenos principios. Era un romántico correcto y además estaba en una situación que no permitía ningún escándalo público. Por eso, para que las cosas marcharan bien, había puesto todo en regla antes del nacimiento del hijo de Lily Lee.

Pero todo sucedió al revés de lo que se esperaba: la criatura fue una niña. *Luz fluida* vio frustradas sus secretas esperanzas de congraciarse un día con su padre llevándole un nieto. Una nieta era una decepción para los chinos. Lily puso por nombre a la chiquilla Mailin: *Lirio maravilloso*, es decir, *pureza*. Y como la niña, de aspecto encantador y delicioso, crecía sana y contenta en la sucia Chapei, las cosas volvieron a cambiar de nuevo. El cónsul empezó a sentir gran afecto por esa hija del amor, por aquella criatura de buena sangre noruega y china, que verdaderamente

parecía una china de noble cuna, pero que al mismo tiempo tenía el esbelto cuerpo y la delgada y audaz nariz de los Wergeland. Mailin se hallaba mucho más cerca de él que Astrid, era un precioso y diminuto pajarillo canoro posado en una rama muerta. En la «salita japonesa del té» pensaba con ternura en ese hechizo de la criatura. Lo que le hubiera gustado más hubiera sido reconocer a Mailin como hija legal y llevarla consigo a su casa. Astrid estaba sola, y le hubiera agradado mucho tener una compañera de juegos con la que poder charlar. Eso era por lo menos lo que pensaba irreflexivamente el cónsul, que no conocía en absoluto a su hija. De todos modos, Lily Lee no se separaría nunca de su hija: era una auténtica madre china en todo el sentido de la palabra. La educaba sana y correctamente en un ambiente no muy propicio. Las excelencias de un hogar no consistían en sus salones soberbios, sino en una madre cuidadosa que preservara a su hijo de los malos vientos. Eso era lo que había dicho al cónsul. Mailin tenía ahora cuatro años de edad. De su cuello colgaba siempre la campanilla de jade que Lily Lee, según había relatado al cónsul, recibió de un «admirador» como obsequio por sus canciones. Las dos láminas de jade con sus cordones de seda representaban un pequeño capital para la niña sin padre.

Helene Wergeland había exhortado siempre a su hermano para que pusiera las cosas en claro con Yvonne. No estaba conforme de ningún modo con que Knut perteneciera al grupo de los que las matan callando. Y a esta opinión le daba una expresión cruda y explícita.

Vera Leskaja penetró silenciosamente, calzada con zapatillas chinas, en la habitación. Todavía parecía encontrarse bajo los efectos de la sacudida que le había causado el señor Ho. Como al entrar vio a su visitante abstraído en la contemplación de la fotografía de Boris, le dijo:

—Es mi antiguo prometido. Trabajó durante tres años en el *Chínese Eeastern Railway*.

—¿Ha muerto? —preguntó el cónsul, sólo por decir algo.

—Se enamoró de la hija del director de los ferrocarriles. ¡Le ofrecía buenos asados, edredones de seda pura y su candor! ¿Qué podía brindarle yo? ¡Sólo amor eterno! ¡Qué terriblemente idiotas somos las mujeres! ¡Esterillas para que los hombres se limpien los pies! ¡Esterillas estúpidas y lloronas!

En realidad Vera Leskaja no se dirigía al cónsul, sino a Boris, aquella mosquita muerta con lujoso uniforme. Una de sus originalidades consistía en hablar excitadamente con las fotografías.

—¿Dónde está la señorita Lee? —inquirió el cónsul con impaciencia.

—¡Se ha largado! No sabemos su dirección, señor.

—¿Cuándo se ha marchado?

—Hace cuatro días. ¿Es que no ha hecho bien? ¿Qué podía hacer aquí?

La posición del cónsul era como la de aquel que ha recibido un fuerte porrazo en

la cabeza y luego se pregunta si el atacante tenía razón o no. Durante largos años había estado cavilando sobre cómo podría llevarse consigo a Mailin sin poner en peligro su carrera y la salud de Yvonne. Era demasiado ingenuo pensar que sería posible eludir las consecuencias de un desatinado asunto sin que se produjeran ofensas graves. Y ahora que la situación había cambiado por completo tras la súbita muerte de Yvonne, resultaba que Lily Lee se había vengado de él. Se había marchado sin decir una sola palabra. ¡Despedida china! Le había arrebatado a su dulce Mailin de cuatro años. Lily sabía cómo podía destrozarle el corazón, silenciosa y secretamente. Su acto llevaba la etiqueta de la venganza china.

—¿Quiere usted un poco de vodka? —preguntó Vera Leskaja al hombre alto y pálido, con oscuras ojeras alrededor de sus resplandecientes ojos.

El cónsul se levantó. Ahora no era suya la culpa. Naturalmente, la rusa sabía con exactitud dónde se habían ocultado Lily y Mailin. Del bolsillo de su abrigo sacó la joya.

—¿Ha vendido usted esta campanilla en la tienda del señor Pao? —inquirió secamente—. ¿Lo sabe la señorita Lee? ¿Se lo ha encargado a usted?

—Naturalmente. El producto de la venta ha sido ingresado en el Banco de Hong-Kong y Shanghái. A nombre de Mailin Lee. De algo tiene que vivir la criatura. Yo no puedo alimentarla.

—¿Dónde está la niña?

—Arriba, con la señora Ninette y su amigo. Al general le gusta mucho jugar con Mailin. ¿Voy por ella?

El cónsul ya no quería comprender nada más. Sólo sabía que Mailin estaba aquí. Se le había hecho un nudo en la garganta.

Vera Leskaja extrajo de su escritorio un par de cartas selladas y se colocó las gafas para leer lo que decían. Con los lentes puestos daba la impresión de ser una respetable maestra de escuela rusa que acababa de saltar despeinada de la cama y que debía corregir en zapatillas y camisón los cuadernos de los alumnos.

—Ésta es para usted —murmuró, y abandonó la estancia para ir a buscar a la hijita del cónsul Wergeland.

Lily Lee comunicaba al respetado padre de su hija Mailin que había conocido en «Chat Noir» a un rico y bien situado hombre de negocios y que éste había expresado su afecto a su humilde persona. Como de otro modo se hubiera encontrado al término de sus posibilidades, había tomado la determinación de confiar al padre la educación y el porvenir de Mailin, de acuerdo con el trato establecido antes del nacimiento de la criatura. Ella se había decidido por la vida de una respetable mujer casada, puesto que era ya una vieja de veintiséis años. No contaría con la menor probabilidad de poder casarse con el miembro de una honorable familia china si tenía que llevar al matrimonio una hija ilegítima. Estaba segura de que el padre de Mailin lo comprendería todo, puesto que, a pesar de que la criatura tenía la mejor sangre china, él no había querido introducir a Mailin en el seno de su propia y respetable familia.

Pero la situación había variado por completo con la muerte de su esposa. De otra manera, Lily Lee hubiera hecho sus propios proyectos para ir a pasar una vejez honrosa en el lejano Singapur. El cónsul y ella —terminaba la carta— jamás hubieran sido un mismo pensamiento. Sólo cuando una pareja pensaba lo mismo podía transformar el barro en oro. Una postdata informaba al honorable padre de Mailin Que, cuando la muchacha cumpliera los catorce años, podría ir a recoger en casa del abogado y notario Chang un escrito en el Que le explicaba de que familia descendía por parte de su madre. Las circunstancias habían obligado a la indigna madre de Mailin a mantener en secreto la condición de su familia ante el honorable padre de Mailin. Como sus pobres pulmones no resistirían hasta que su hija creciese, había elegido ese camino para que le fuera revelado todo lo que tenía que saber. Era posible que más tarde Mailin quisiera vivir como china, y una china sin familia era como un árbol sin raíces. Cualquier golpe de viento podía abatirlo. Seguía la dirección del notario y abogado en la ciudad de Shanghái.

El cónsul dejó caer al suelo el escrito. Sin haber intervenido él para nada, toda su existencia se había transformado en el espacio de diez días. La vida era cruel. Con razón Helene siempre sacudía la cabeza cuando el cónsul lo consideraba todo como si fuera comedia. No era ninguna comedia. Una providencia inescrutable velaba por el destino de aquel que tal vez se figuraba que había sido elegido sólo para el placer, para la broma, para la cómoda beligerancia y para la alegría. Y nadie amaba a sus semejantes como debía. También Lily Lee, en otro tiempo *Luz fluida*, había demostrado más interés y amor que Knut Wergeland. Éste conoció a Lily como cantante e ignoraba la dignidad de su cuna y la posición de su familia. El cónsul no había tenido nunca una fotografía de la madre de Mailin, sino solamente una campana de jade con la inscripción «La prisa es un error».

Esta vez Lily Lee no había obrado con prisa. Había llevado a cabo en el momento oportuno un plan preconcebido. El mudo heroísmo de la madre china no le había permitido arruinar el destino de la vida de su hija. Naturalmente, Lily no se casó en Shanghái; esto sólo podía engañar a un europeo: un sólido hombre de negocios chino no podía presentar a su madre como nuera a una tísica profesora de canto procedente de Shanghái. Lily Lee siguió viviendo en la miserable casa, a la que, tras haber permanecido oculta en Chapei, volvió una semana después de la partida del cónsul y de su hija. Allí murió tres años más tarde a causa de sus «miserables pulmones»: sin derramar una lágrima y sin expresar sus tristes sentimientos. Como hija había fracasado; pero como madre no hubiera podido portarse mejor. Con un sentido familiar típicamente chino había allanado a su hija el camino de regreso a la casa de sus abuelos y le había asegurado de momento el cotidiano plato de arroz.

El cónsul Wergeland se sentó en su coche acompañado de su hijita Mailin. Esta dormía entre sus brazos, vestida con un pantalón de algodón y una chaquetilla forrada

de piel. A su lado estaba la pequeña jaula con el rabilargo a quien tan tiernamente amaba y al que cuidaba diariamente. Alrededor de su cuellecito colgaba la antiquísima alhaja que su desconocido abuelo había regalado a su madre cuando nació. La campanilla de jade sonaba deliciosa y suavemente al más pequeño movimiento que hacía la adormecida criatura.

Días después, Astrid, envuelta en su bata china, estaba junto a la cama de su nueva hermana y la contemplaba con sus ojos azul pálido, que estaban bastante juntos y que delataban cierta propensión a los celos. Hacía tres días que Mailin se hallaba en casa. No lloraba nunca y se inclinaba alegremente al estilo chino cuando su «hermana mayor» le alargaba un juguete, con el que no sabía distraerse. Antes, sus compañeros de juego habían sido el rabilargo y el viejo general ruso. Le dijeron que su madre había salido de viaje y que ahora tenía que vivir con su padre, su «hermana mayor» y el aya Yumei. Mailin inclinó gravemente la cabeza, pero después hizo otra graciosa reverencia. Eran innatos en ella los buenos modales y el amor a los pájaros y a los familiares. Sonreía cortés e ingenuamente a Astrid, quien la miraba con ojos hoscos y resplandecientes. Desde hacía tres días Astrid se atragantaba con sus propias lágrimas, pues Yumei se ocupaba demasiado de su nueva hermana. El temor de que Yumei estimase más a la niña intrusa había provocado un grueso nudo en su garganta, de modo que apenas podía tragar ni comer. A la pregunta de si la amaba a ella más que a nadie, Yumei había respondido diciendo que ahora también tenía que querer mucho a la «hermanita menor» y al pájaro rabilargo, puesto que todos eran de la familia.

Astrid contemplaba fijamente a la niña dormida. Ciertamente, papá la quería mucho más que a ella. Jamás la había tomado en su regazo. Miraba a su alrededor temblorosa y rápida. Yumei, que les acompañaría a todos a Trondheim, estaba en la cocina tomando su plato de arroz de la cena. Astrid sentía unos enormes escalofríos a pesar de la bata china de algodón. Metió su delgada mano entre las rejas de la jaula y sacó con sumo cuidado al rabilargo.

El pajarito temblaba como si presintiera su destino entre las frías manecitas de la niña. Se deslizó hacia la ventana. Sus dientes castañeteaban. Quería abrirla para que el pajarillo levantara el vuelo, pues creía que así Yumei le devolvería al menos aquella parte de su afecto que el rabilargo le había robado. Tal vez entonces Mailin lloraría. Papá le había dicho que debía tomar ejemplo de su hermanita menor y no volver a repetir jamás sus lloriqueos y rabietas. Esas palabras del cónsul habían sonado agudamente en sus oídos. Realmente papá no se hallaba de muy buen humor después de los acontecimientos de la pasada semana. Astrid no sabía granjearse fácilmente el amor de las personas porque siempre deseaba ser la más estimada de todos. Sus preguntas respecto a este particular impacientaban incluso a la tranquila Yumei.

—¿De veras me quieres mucho, Yumei? ¿Me amas más que a la «hermanita menor»? ¿Me quieres más que a nadie?

Yumei había tenido que acabar dando un ligero bofetón a la boca de Astrid, de donde salían tamañas estupideces. Luego llevó un poco de comida al rabilargo, estuvo charlando cariñosamente con él y después bailó alrededor de la jaula con la pequeña Mailin. Yumei era todavía casi una niña. El nudo se había hecho tan grande en la garganta de Astrid que ya no podía tragar ni la saliva. Al final se dio por vencida y para desahogarse echó a perder el primer vestidito occidental de Mailin. Yumei la insultó y el rabilargo le dedicó unas canciones burlonas. Por eso el rabilargo tenía que pasar ahora fuera la cruda noche de invierno. Ya no volvería a mofarse nunca más de Astrid.

Cuando por último pudo abrir la ventana y esperaba que el rabilargo emprendiera el vuelo, se dio cuenta de que el pájaro se había quedado frío e inmóvil en sus manecitas heladas: le había apretado con demasiada fuerza. Empezó a lanzar lastimeros y agudos quejidos, y aún sostenía en la mano el pájaro muerto cuando el cónsul apareció presurosamente. Yumei, al igual que toda la adicta servidumbre china, no oía ni veía nada mientras comía su plato de arroz.

El cónsul se mostró sumamente cariñoso, y espantado al mismo tiempo. Tomó a Astrid entre sus brazos y la llevó hasta la cama.

—Papá... yo no quería hacerlo... de veras —sollozaba la niña.

—Ya lo sé —respondió el cónsul mientras acariciaba tiernamente con su mano la rubia y excesivamente suave cabellera de la chiquilla.

Envolvió al pájaro con un paño y más tarde lo entregó al jardinero para que éste lo enterrara. Luego, lanzando un suspiro se sentó en su escritorio para ordenar la última correspondencia. Entre las cartas privadas se encontraba una todavía no abierta, que venía de Hong-Kong. Había sido escrita tres días después de la velada de despedida en casa del cónsul Wergeland, y desde el *Eisvogels*, barco mercante y de pasajeros del capitán Lillesand.

A bordo del Eisvogels.

Diciembre de 1925.

Estimado cónsul Wergeland:

Como por último me he decidido a regresar con mi hermano a Noruega en lugar de vagar por el Extremo Oriente, tengo que despedirme de usted de esta forma. Le mando la carta a su oficina, ya que es única y exclusivamente para usted. En nuestra familia las cartas dirigidas a mi madre las abría papá, y yo no sé si eso es costumbre en todas las familias.

No quiero disculparme ante usted y su esposa por el incidente ocurrido, pues creo que todas las excusas sonarían a algo falaz y estúpido. Por supuesto, yo hubiera devuelto el brazalete, dado que sólo quería lucirlo una noche. Las joyas baratas y falsas, como las que corresponden a una vagabunda, me deprimen. Como ya no volveremos a vernos nunca más quiero confiarle a usted algo. A pesar de que es usted mucho mayor que yo —mi hermano me ha dicho que tiene

ya treinta y seis años— le amo con toda mi alma. ¡No puede imaginarse cuán terriblemente me tortura este sentimiento! Mi representante me mandó un buen contrato para París, pero ya no puedo tocar, puesto que continuamente estoy pensando en usted. Tengo la completa seguridad de que si por lo menos me hubiera dado un solo beso, estaría más tranquila y satisfecha. Eso fue una falta de amabilidad por su parte. A usted no le hubiera perjudicado en absoluto. No le hubiera apartado de su esposa. Aunque soy una vagabunda no carezco de principios. Los he heredado de papá. Es empleado, pero yo creo que no tiene ninguna necesidad de... Evidentemente estoy escribiendo idioteces. Me duele la cabeza. Usted tiene la culpa. Espero que le olvide rápidamente, como olvido todas las otras cosas.

¡Muchas gracias por su comprensión! Me he propuesto no volver a poner en peligro mi carrera. Quizás algún señor, rico y viejo me regale un buen día una joya auténtica si me peino mejor y si soy tan poco sociable y aburrida como mi padre. ¿Qué le parece a usted?

Cuando vea al barón Matsubara dígame que le estoy muy agradecida. Por desgracia me salvó la vida después de su velada de despedida. Pero por otra parte me alegro mucho, porque así podré volver a tocar el violín.

El señor Matsubara opinaba que yo tendría mucho éxito en Tokio. Tal vez vaya allí, si el próximo otoño actúo en París. El señor Matsubara tiene un tío en el ministerio y, según cree, podrá facilitarme un viaje gratuito. El barón le considera a usted una persona sumamente amable. Por lo que a mí se refiere, ese hombre no me interesa más que el estuche de mi violín. Yo no me casaré jamás, pues sé que nunca podré encontrar un hombre que me guste más que usted. Perdóneme mil veces por el hecho de que le escriba de este modo. No sé si es muy correcto. Por desgracia, aparte de las lecciones de violín, no he recibido ninguna educación. Mi profesor de violín se lamentaba siempre de ello. Pero cuando tenía la edad en que los otros niños aprenden modales y otras muchas cosas más, yo vagaba de hotel en hotel. Así tenía que ser. Sería muy feliz si usted y su esposa quisieran perdonarme. Me avergüenzo mucho de todo lo ocurrido y procuraré que no vuelva a suceder jamás. También me haría muy dichosa si usted, ya que no quiso besarme, por lo menos sintiera un poco de admiración por mi persona.

Realmente hubiera debido despedirme del japonés, pero lo olvidé por completo. Espero que no se lo haya tomado a mal. Le escribiré desde Noruega. Para acordarme he hecho un nudo en mi único pañuelo de bolsillo.

Au revoir! ¡Qué locura!, quería decir: Adieu!

Borghild

El cónsul Wergeland, ensimismado, rompió la carta en mil pedazos y los arrojó a la papelera. Por un momento vio a Borghild delante suyo. Luego se encogió de hombros. Tenía otras cosas en que pensar. Al amanecer se dirigió a la calle de los

pájaros y compró otro rabilargo. Se lo mostró a Astrid, que estaba en la cama, e intentó hacerle creer que la muerte del pájaro había sido un sueño. Astrid no le creyó; pero sonrió a su padre en señal de agradecimiento. Sólo contaba siete años y ya le gustaban las mentirijillas.

El cónsul Wergeland no contestó a Borghild ni directamente ni a través de su amigo Lillesand. A pesar del innegable talento de la muchacha, la consideraba como a una colegiala sin educación. Pensó que Mailin tenía más dignidad que ella, y de nuevo volvió a reflexionar sobre sus hijas. Desde aquella noche Astrid corría tras él como un perrito, pero apenas se daba cuenta.

La mañana del día de la partida llovía copiosamente en la gran ciudad comercial. En el puerto no había el acostumbrado tropel de amigos y criados, pues el cónsul había mantenido en secreto la fecha en que emprendería la marcha. Yumei, alegremente excitada, parloteaba en voz alta con Astrid y Mailin. Dentro de unos meses volvería al Extremo Oriente y traería varios regalos para sus hermanos, Astrid no decía una sola palabra. Observaba atentamente para ver si el aya hablaba exactamente igual con ella que con la «hermanita menor». Mailin sostenía en la mano izquierda la jaula con el sustituto del malogrado rabilargo, mientras que con la mano derecha se asía fuertemente a la izquierda de Astrid. Unos momentos después, Astrid rechazó esa diminuta mano sin que nadie se diera cuenta. Debajo de su nuevo vestido de lana Mailin llevaba la campanilla de jade con la inscripción: «La prisa es un error».

Una vez a bordo, el cónsul reparó en que todavía no había anunciado a Helene la llegada de Yumei. Rápidamente le contó en una extensa carta que se proponía cursar por vía aérea, que después de la muerte de la pobre Ivonne, el ama era la única persona que podía tranquilizar a Astrid. Cuando oyó decir que la separaban de Yumei, Astrid hizo una escena tal que el cónsul no halló más solución que llevar consigo el aya, tanto más cuanto que la pequeña Mailin, de cuatro años, también necesitaba una niñera que entendiera el chino. Astrid le tenía muy preocupado; realmente aprendía cada día sus veinte palabras francesas y lo hacía con mucho entusiasmo, pero lo que le sorprendía era que no quería saber nada con su pacífica y afable medio hermana.

Por último, el cónsul le decía a Helene que Astrid sería internada el próximo año en un pensionado de religiosas católicas en la Suiza francesa. Éste era el plan de su madre. Aun cuando desde hacía varias generaciones los Wergeland tenían otras creencias en lo tocante a los asuntos de religión, estaba decidido a respetar lo que Yvonne había deseado para su hija Astrid. Mailin no representaba ningún problema en la cuestión de educación. Era alegre y risueña como un pajarillo. Se hacía querer.

El cónsul se secó el frío sudor que se deslizaba por su frente y concluyó diciendo que para él el mundo se había derrumbado en Shanghái después de las Navidades, y que ahora llevaría a «Villa Wergeland» todo lo que había podido salvar de entre los escombros. Ella tenía que hacer todo lo posible para convertir a Astrid y a Mailin en dos encantadoras muchachas noruegas que supieran mantener su categoría. Era de

suponer que todo eso no sería demasiado terrible para el aya china y el rabilargo.

El cónsul dobló el papel. Por lo menos ya había informado a Helene sobre el carácter de Astrid y le había hecho saber la llegada de Yumei a Trondheim. No ignoraba que la señorita Wergeland aborrecía tres cosas: las mosquitas muertas, las escenas y las sorpresas.

Capítulo IV

JORNADA FAMILIAR EN NORUEGA

—¡Pobre Knut! —exclamó *la viuda de Aalesund* secándose unas lágrimas—. Ya sé lo que significa perder a la persona más querida.

Con los labios estrechamente apretados, la señorita Wergeland miró a su parienta, fijándose en su rostro redondo y afable, su nariz eternamente roja, su pequeña boca con el labio superior sobresaliente y sus preciosos ojos azules que se humedecían fácilmente y que tenían enrojecidos párpados.

—No digas necedades, Laura —pronunció ásperamente—. Tú te escapaste dos veces del lado de tu marido.

La señorita Wergeland no tenía ninguna clase de consideración cuando se trataba de decir las cosas tal como eran. Había acogido en su casa a la viuda, la sostenía y la mortificaba, pues siempre llamaba a las cosas por su nombre. Laura Holgersen estaba sobresaltada.

—Pero eso sólo fue al principio —murmuró—, más tarde me acostumbré a él. Sverre era el mejor hombre del mundo.

Y al decir esto *la viuda de Aalesund* se secó otras lágrimas y se sonó ruidosamente. Helene era una persona poco tratable: lanzaba las verdades como el que arroja a la cara un trapo mojado. Pero Laura ya estaba acostumbrada. Su marido la había dejado sin un céntimo, y sin embargo, Laura comía estupendamente, bebía bien y podía comadrear a sus anchas. Era muy bondadosa y sentimental. Por la noche se dedicaba a reparar sus recuerdos conyugales y no cesaba hasta haber transformado a su desconsiderado esposo en una persona ideal.

Laura dormía profunda y apaciblemente, mientras Helene permanecía despierta reflexionando sobre la última carta que Knut le había mandado desde el Extremo Oriente. ¡Valiente regalo! ¡Una muchacha china en la familia! Helene había incitado siempre a Knut a que revelara toda la verdad a Yvonne y a que se acordara de la criatura en el testamento, pero no había aludido nunca a que la niña tuviera que vivir con los Wergeland. A Helene le sobraba muy poco afecto para los extranjeros y nada para los chinos y paganos.

—¿Están limpias las habitaciones de los huéspedes? —preguntó al día siguiente a su nueva ama de llaves—. ¿Se halla todo en su sitio? Las niñas tienen que dormir con la china en el cuarto azul.

—Yo pensaba que debían dormir en la habitación amarilla...

—¡Hazme el favor de no pensar tanto! —dijo la señorita Wergeland—. De ahora en adelante déjalo de mi cuenta.

Laura Holgersen suspiró. Miró atormentada a su enérgica prima. Helene tiene

razón: desde la muerte de Sverre se sentía confundida y siempre pensaba al revés de como debía pensar en realidad. Estaba demasiado cohibida en «Villa Wergeland». Aquí todo era excesivamente grande y extraordinario: las madres desamparadas y los niños de pecho que se alojaban en el ala oriental del edificio, los deprimentes lienzos al óleo de la señorita Wergeland y Helene misma. Cuando ésta fruncía el ceño y se levantaba bruscamente de su silla, la apacible Laura se estremecía de pies a cabeza igual que una niña ante la maestra de su clase. Pero la señorita Wergeland era muy buena y generosa, aunque muy poco sociable.

La viuda miró pesarosa y en silencio a la señorita Wergeland. Nadía podía aguantar la timidez de la mirada de Laura ni su tembloroso labio superior. En los momentos de suprema necesidad Helene rendía siempre las armas. Se levantó y golpeó ligeramente los hombros de Laura.

—Algunas veces soy un tanto parca en palabras, un poco áspera. No hagas demasiado caso —dijo Helene con una sonrisa forzada.

—¡Pero, Helene! ¡Si tú eres siempre muy buena conmigo! —*La viuda de Aalesund* estaba completamente horrorizada de que la señorita Wergeland, a la que tanto admiraba y temía al mismo tiempo, se hubiera disculpado de ese modo—. ¿Qué hubiera hecho yo sin ti? —murmuró.

—No tengo ni idea —repuso la señorita Wergeland—. Pero supongo que hubieras encontrado una cosa u otra con qué empezar una nueva vida. Todo el mundo compraría tus tortas de crema.

—¿Lo crees así realmente o sólo lo dices por decir?

—¿Y por qué habría de decirlo sin más ni más?

—Para consolarme.

—¡Qué tontería! ¡No tengo por qué consolarte! Bastante te consuelas tú misma —dijo la señorita Wergeland con sagacidad.

En el fondo sentía envidia de *La viuda de Aalesund*. La cámara de sus recuerdos tenía cortinas rosa y luz solar artificial. La señorita Wergeland veía las cosas tal como eran. No podía diluir sus recuerdos con lágrimas fáciles hasta que perdieran su sabor ardiente. Por otra parte, aborrecía las tortas de crema que hacía su prima; pero esto se lo había reservado desde el primer día. No hubiera sido caritativo arrancarle a una «perdiz blanca» sus últimas plumas.

Jamás en su vida olvidaría la señorita Wergeland la llegada de su hermano favorito y de sus hijas. Empezaba ya a anochecer. El vapor se había retrasado dos horas, y ahora avanzaba a buen paso hacia Helene Wergeland un singular grupo procedente del Extremo Oriente. A la cabeza marchaba Knut, que, como siempre, sobresalía por su gran estatura entre los demás pasajeros, a pesar de lo cual parecía que iba un poco encorvado. Tras él venía una jovencita y robusta china, vestida con una chaqueta de satén y pantalón de algodón, y con una flor prendida en sus cabellos

negros como el azabache. A su lado caminaba la delgada y pálida criatura a la que debía educar la señorita Wergeland. La chinita llevaba en sus brazos una niña dormida con una gorra de viaje a cuadros, por debajo de la cual salía un fleco de negros y delicados cabellos, y en la espalda una jaula, sobre la que había un paño de brocado de oro, una pieza de belleza oriental. Por un momento el pequeño grupo se detuvo y permaneció inmóvil en aquella clara noche nórdica como emisario de un mundo extraño, policromo e inconcebible. Incluso Yumei se había olvidado de seguir hablando con Astrid. Permanecía junto a su amita, con los ojos desmesuradamente abiertos, que brillaban a la luz plateada del remoto Norte, y contemplaba el río Nid, que bañaba los pies de las fortalezas de obispos y de reyes. Aquí no había ningún *coolie* que cantara o que riese; en el puerto reinaba un silencio y un orden extra natural y fantástico, casi aterrador. Yumei sentía miedo por vez primera en su vida, pero en ese mismo momento, con esa peculiar testarudez de los chinos, decidió no volver a tener miedo nunca más.

Entretanto, Knut Wergeland buscaba la silueta de una mujer que por estatura debería sobrepasar a las otras personas. Allí estaba ella, Helene, una figura que le era familiar, inmóvil, delgada, severa, símbolo de una vida que el cónsul había dejado tras de sí. Helene, la catedral, el aire mítico-heroico de la vieja ciudad y la limpieza de las calles, todo eso era la patria y evocaba su juventud, sus sueños, esperanzas y pasajeros sufrimientos...

El cónsul cobró ánimos y se adelantó como un sonámbulo hacia su hermana. Sus relucientes ojos escudriñaban la expresión del rostro de Helene.

—Aquí estamos —murmuró, señalando al pequeño grupo que, medrosa y dócilmente, venía pisándole los talones.

—Bien venido, pequeño —dijo la señorita Wergeland al agotado gigantón—. ¡Ya habéis llegado!

Sin reparar en la profunda inclinación de Yumei, se volvió hacia Astrid.

—*Bon soir, ma tante* —dijo la muchacha educadamente, esquivando la mirada de los azules ojos de su tía.

—¡Caramba! —exclamó la señorita Wergeland en voz tan alta que dos marineros la miraron sonriendo irónicamente—. ¿Por qué me *parlez-vous*? ¿Es que no puedes decir *god aften*^[19]?

El cónsul invitó a su hija mayor a que saludara a su tía en noruego. Primero Astrid permaneció tiesa como un palo —tenía miedo de la alta y robusta tía de ojos severos—, luego corrió hacia Yumei, escondió la cabeza contra su chaqueta y empezó a lloriquear tercamente. La señorita Wergeland miró perpleja a su hermano y a aquella delgaducha criatura que lloriqueaba. ¡Buen comienzo! Pero ya aprendería el modo de comportarse con Astrid y su francés.

Yumei lanzó una mirada triunfante a la «vieja ama», que ya tenía algunos cabellos grises: «la amita» sabía muy bien que se encontraba más segura con ella. Los sollozos de Astrid, que iban aumentando por momentos, acabaron por despertar a la pequeña

Mailin. La chinita miró a su alrededor con aquellos ojos que parecían dos piedras preciosas, y se enderezó entre los brazos de Yumei. Luego empezó a parlotear incesantemente y tiró del paño de brocado que ocultaba al rabilargo. Yumei movió la cabeza gruñendo, pero por último complació a la «hermanita menor» y le puso la pequeña jaula entre las manos. Completamente despabilada, Mailin corrió al encuentro de la señora, se inclinó alegremente, tal como su madre le había enseñado a hacer, y entregó la jaula a la silenciosa señorita Wergeland.

—El rabilargo canta hermosas canciones para las grandes y distinguidas señoras —dijo Mailin a media voz y en chino.

Mailin miró suplicante a su padre. Debía explicar a la tía que se sentía satisfecha y quería regalarle su pertenencia más preciada. El cónsul se agachó e intentó entender lo que murmuraba la chiquilla. Mailin había estado pensando en este momento durante todo el viaje, desde el instante en que su padre le hizo saber que se dirigían al encuentro de su tía.

—Mailin te quiere mucho —dijo el cónsul, y tosió—. Por eso quiere regalarte el rabilargo.

La señorita Wergeland cogió a aquella diminuta criatura y la estrechó contra su corazón, pero sin pronunciar una sola palabra. De pronto sus ojos despidieron un ligero destello; era una luz que salía del fondo de su alma y que parecía rejuvenecerla. Así solía mirar algunas veces a Knut cuando éste le proporcionaba una inopinada alegría, una grande y ridícula alegría, con el obsequio de algo que le era de poca utilidad, algo como el rabilargo. Helene contemplaba casi con dulzura a aquella criatura extranjera, pero deliciosa. Mailin sonreía soñolienta. No sentía ningún miedo en presencia de la majestuosa señorita Wergeland, que tan extraña le parecía. Por el contrario, apoyó confiada su cabecita de cabellos negros en el hombre de Helene.

—Mailin cansada —dijo.

La gorrita de viaje a cuadros le había caído de la cabeza. La señorita Wergeland acarició su negro y sedoso cabello. La pequeña le miraba sonriente y amorosa, demostrando que no le atemorizaba su severa mirada. Y fue esta mirada la que determinó su primera relación con aquella tía extranjera. En ese mudo encuentro de dos pares de ojos y de dos mundos distintos se vieron ligadas mutuamente por un lazo indisoluble y afectuoso la señorita Helene Wergeland y la diminuta Hsin Mailin, el *lirio puro* de la familia Hsin. De la duda occidental y de la inocencia e ingenuidad oriental nació un sentimiento de confianza y afecto, parco en palabras, pero profundamente amoroso. En ese momento decisivo Helene Wergeland traspasó a aquella muchachita, que era china y china tenía que seguir siendo, aquel amor, que, a menudo, tan poca importancia parecía tener para el padre de Mailin.

—Hermosa criatura —dijo la señorita Wergeland a su hermano.

Astrid había dejado de llorar, pues por lo visto no había posibilidad de hacer una escena. Se dirigió lentamente hacia su tía y dijo en voz baja:

—God aften!

La situación era lamentable, puesto que Astrid raramente hacía un esfuerzo. Sólo una persona que modestamente se había quedado un poco aparte del grupo, había observado a la muchacha. Laura Holgersen se acercó a Astrid, sonrió amistosamente y la saludó. Pero Astrid, por toda contestación, miró orgullosamente a la extraña y pronunció estas palabras: «*Je ne comprends pas*». Laura se apartó. Se había dado cuenta de su poca amabilidad. En esa ocasión Astrid demostró por vez primera uno de los más peculiares rasgos de su carácter; no quería ser compadecida y renunciaba al segundo papel si no podía desempeñar el primero. La niña, no obstante contar sólo siete años, parecía poseer el instinto de reconocer a las personas principales, y se daba cuenta de que éstas eran Helene Wergeland y su hermano Knut. Laura Holgersen era una figura accesoria en el escenario de esta nueva vida. Astrid Thérèse Wergeland no deseaba saber nada con los personajes de segunda categoría. Lo quería o todo o nada. Laura Holgersen encontró a la muchacha terriblemente grosera, si bien se dijo que no se podía juzgar demasiado severamente a una chiquilla de siete años extenuada por las incidencias de un largo viaje. *La viuda de Aalesund* se equivocaba, como acostumbraba a hacerlo la mayor parte de las veces. No ocupaba ningún puesto central; vivía al margen de la familia, al margen de aquella ciudad ceremoniosa y elegante, al margen del destino y del mundo.

Knut Wergeland estaba de pie frente a un cuadro pintado al óleo que había en el salón de «Villa Wergeland», y observaba a los primeros antepasados de los que informaba la historia de su familia. Un pintor moderno había pintado el retrato de Olaf Wergeland basándose en un cuadro descolorido. El viejo Olaf había sido un campesino de Trondelag. Era hombre de pocas palabras, rudo, inteligente y perspicaz. Con ayuda de su pequeño aserradero preparaba madera de los bosques de su propiedad para la construcción de barcos, y a finales del siglo XVII consiguió un buen puesto en la plutocracia de Noruega. Sus hijos y nietos construyeron barcos por su propia cuenta. Así comenzó la historia de los astilleros Wergeland de Trondheim. Sus nietos visitaron las altas escuelas de especialización técnica. El padre de Olaf y Knut se casó con la hija de un naviero. Era una mujer ahorradora pero muy vivaracha y de ella había heredado Knut sus ojos tan resplandecientes y la tendencia a fantasear y a amar las cosas hermosas. Jamás se había compenetrado con su hija Helene. Ésta era como el viejo Olaf. El cónsul sonreía al repasar en su memoria todos estos recuerdos. En el seno de la familia había oído contar que también su antepasado acostumbraba a decir las verdades a todo el mundo como el que arroja a la cara un trapo mojado, pero que asimismo prestaba su ayuda a todo el que la necesitaba.

Aquella misma tarde tenía que celebrarse el cincuenta aniversario del nacimiento de Olaf Wergeland, el director de los astilleros. Knut no sentía ninguna simpatía por su hermano. Éste era un hombre excesivamente moderado sin una chispa de imaginación. Su hermana Helene le llamaba «el testigo ocular», porque para él las

cosas tenían realidad y validez cuando las había visto con sus propios ojos. El Extremo Oriente no le interesaba porque no lo había visto. Era un mundo al que se despachaban barcos y con el que se podían entablar relaciones comerciales. Eso era todo. Había saludado fríamente a su hermano Knut y examinado taciturnamente a las dos niñas. Era soltero y le atraían muy poco los niños. Astrid le había mirado fijamente con sus ojos azul pálido. Mailin se había escondido tras las faldas de la señorita Wergeland. Aquel hombre delgado con gafas de oro y cuyas comisuras caían hacia abajo, le causaba miedo.

Ahora el señor Olaf Wergeland se dio cuenta de que también su hermano había conocido la seriedad de la vida. Knut había creído siempre que la vida era poco más o menos una jira campestre. El «testigo ocular» estaba sentado muy tieso en su sillón y, con el ceño fruncido, observaba cómo las niñas intentaban animar a Helene. ¡No estaba dispuesto a que la familia Knut desempeñara el papel de un circo ambulante! Además, los chiquillos no tenían nada que hacer en una reunión de adultos. Quizás ésta era la costumbre en el mundo de gitanos del Extremo Oriente, pero no en Trondheim. El señor Wergeland adoptó una postura todavía más severa.

—¿Te vas a llevar de nuevo a Oriente a la muchacha china? —preguntó a su hermano, mascando cada una de las palabras con sus gruesos dientes amarillentos—. Aquí la niña causaría una sensación un tanto desagradable. Y esto no puedo permitirlo yo en Trondheim.

El cónsul contempló sorprendido a su hermano mayor, con la misma mirada con que algunas veces miraba a Yvonne en Shanghái. ¿Acaso hubiera sido posible encontrar una persona tan egoísta e insensible como Olaf? De nuevo le sublevó aquel odio salvaje que sintiera por su hermano después de la muerte de su padre, cuando aún era un muchacho. Era un aborrecimiento que le había privado de todo su buen humor. Miró a su alrededor: Helene, Laura y las niñas se habían marchado al jardín de invierno. Fue mejor así, pues el cónsul Wergeland le dijo a su hermano algunas cosas que eran irremediables. Olvidó las formas diplomáticas e hizo caso omiso de la voz de la sangre. Había ofendido a Mailin. A pesar de todos los atractivos de su hermoso corazón hubiera producido una desagradable sensación en la plaza del mercado a causa de su piel dorada y sus ojos en forma de almendra. Esto era lo que opinaba Olaf, ¿verdad? Pues bien, quería decirle algo... El cónsul permanecía todavía sentado en su esterilla tejida a mano, contemplando el retrato al óleo de su bisabuelo, cuando al ir a decir algo más se dio cuenta de que el «testigo ocular» había abandonado la casa.

Knut miró a su alrededor como si acabara de despertar de una pesadilla. Tambaleándose ligeramente se dirigió al jardín de invierno en busca de Helene.

—Déjanos solos —le dijo a *la viuda de Aalesund*, que le observaba con ardiente curiosidad.

Parecía como si el primo Knut quisiera retorcerle el cuello a alguien. Contrariada, se retiró con las niñas al ala este del edificio, donde Yumei estaba ya esperando. Se

encontraba en «Villa Wergeland» como en su casa. Gracias a la maravillosa capacidad de adaptación de los chinos, incluso se sabía bueno el arroz en aquel ambiente extranjero.

—¿Dónde está Olaf? —preguntó la señorita Wergeland—. Vamos a comer en seguida.

—Lo he arrojado fuera de casa.

—¿Es que te has vuelto loco?

—Muy al contrario, querida Helene. —El cónsul contemplaba con sus ojos brillantes a su hermana—. Me he dado cuenta de que ni a mis hijas ni a mí se nos ha perdido nada aquí. Vamos a partir de nuevo.

La señorita Wergeland se hallaba sentada sola en el salón. Sus labios estaban fuertemente apretados. Habían transcurrido dos semanas desde la fiesta del cumpleaños. ¡Había sido una bonita sorpresa! Y Knut sabía perfectamente lo mucho que ella aborrecía las sorpresas. En efecto, a la mañana siguiente había emprendido la marcha hacia París, a casa de los Clermont. Naturalmente, había dejado a Yumei y a las dos niñas en «Villa Wergeland». No había logrado arrebatarse las niñas a su hermana, particularmente Mailin. Le hubiera costado menos separar a una tigresa de sus cachorros. Había prometido a Helene volver dentro de dos meses. Luego tenía intención de hacer un viaje más hacia el Norte para terminar sus vacaciones.

La señorita Wergeland había conseguido una victoria parcial, pero se sentía disgustada y apenada. Había estado esperando a Knut muchos años. Por cierto, que Helene tenía que trasladarse a Bangkok dentro de medio año con la pequeña Mailin para llevar la casa de su hermano, tras haber dejado a Astrid en Lausana. Pero primero Laura Holgersen debía abandonar «Villa Wergeland». Como nunca se sintió a gusto con las protegidas de la señorita Wergeland, no le quedaría otro remedio que ir a cocer las tortas de crema a otra parte. Por supuesto, la señorita Wergeland proveería a Laura de todo lo necesario, igual que hacía con las «perdices blancas».

Después de una cadena de decepciones, para Helene Wergeland había empezado una nueva vida, puesto que a partir de ahora conviviría con las «pequeñas». Tenía a Mailin. Aprendería a soportar a Astrid. Esta niña le hacía perder la paciencia porque era una criatura envidiosa que no podía sufrir que la señorita Wergeland mostrara predilección por la hermanita menor. Astrid era una solitaria, pensaba contrariada la señorita Wergeland. No se daba cuenta de que ella misma era también una mujer que amaba la soledad, aunque ciertamente no era envidiosa.

En ese momento Astrid se presentó a Helene en la sala de estar. Había penetrado tan sigilosamente que la señorita Wergeland se sobresaltó involuntariamente. ¿Habría adivinado la niña sus poco favorables pensamientos? Astrid hablaba tal mezcla de francés, noruego y chino, que finalmente la señorita Wergeland se había decidido a conversar en francés con su sobrina. Era un verdadero escándalo que Knut sólo le hubiera enseñado cuatro tonterías del idioma noruego.

—¿Qué quieres? —preguntó la señorita Wergeland, con su duro acento francés.

Astrid le tendió un libro.

—Mis veinte palabras —contestó mirando a Helene—. Cuando mamá vivía aprendía diariamente veinte palabras francesas. Ella se alegraba mucho. ¿Te alegras tú también, tía?

—Naturalmente —respondió rápidamente, aunque muy a disgusto, la señorita Wergeland.

A media lección, Astrid se detuvo y miró fijamente a su tía, que de nuevo había adoptado su habitual postura severa.

—¿Por qué te has quedado tan boquiabierta? —inquirió la señorita Wergeland, con muy poca amabilidad, ya que realmente la niña hacía poner nervioso a cualquiera.

Astrid estaba asustada; pero pensó que era mejor decirlo. Luego tía Helene la querría más que a Mailin.

—Es un secreto —murmuró, y empezó a temblar.

—Vamos —dijo la señorita Wergeland.

El tono de su voz era poco alentador. Astrid tenía siempre secretos que revelar. De esto se había dado cuenta, con mucho desagrado por su parte, por lo menos hacía dos semanas.

—¿Por qué tiembles? —preguntó, esforzándose en ser amable—. ¿Estás enferma? ¿Quieres tomar una limonada caliente...? ¿Qué te pasa, niña? ¡Acabemos de una vez con tu secreto!

—¿De veras te gustará saberlo, tía Helene?

—Pues claro.

Astrid miraba absorta en el vacío.

—Mailin no es como nosotras —musitó precipitadamente.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Yo sé que... es china. En Shanghái nosotras no podemos jugar con niñas chinas. Son... no sé... peores. Yo lo sé todo perfectamente, tía Helene —dijo Astrid, y acto seguido añadió precipitadamente—: Ninguna niña de la Concesión invita a una niña china... Tampoco pueden comer con nosotras.

La señorita Wergeland se levantó repentinamente. Su gran estatura era aterradora.

—¿Tienes todavía algo más que decir?

Los cabellos excesivamente delicados de Astrid estaban húmedos. Sabía que la tía Helene era muy mala, y que no sólo lo parecía. La niña era muy inteligente para sus siete años. De repente tuvo la sensación de que inmediatamente iba a despeñarse desde lo alto de aquella fantástica montaña en la que parecía encontrarse a las profundidades hirvientes de que le hablaba Yumei antes de que se quedara dormida. Ese secreto había hecho cerrarse todavía con mayor firmeza los labios de la señorita Wergeland. Al mismo tiempo, también su corazón se había cerrado más para su sobrina.

—Escúchame —dijo con aire severo—. No hay niñas mejores ni peores. Sólo hay

niñas buenas y niñas malas. ¿Comprendes?

—No —contestó Astrid porfiadamente.

Estaba de pie, inmóvil, frente a su tía, como si sus pies se hubieran quedado clavados a la alfombra.

La señorita Wergeland reflexionó. ¿Qué debía responder a las monstruosidades de la niña? No comprendía a Astrid. Estaba siempre pegada a Yumei, que también era china, como si fuera su sombra. ¿Qué había sucedido? La señorita Wergeland no había estado jamás en Shanghái. No podía saber cómo hablaban entre sí las «muñecas de azúcar» extranjeras.

—Tú quieres mucho a Yumei, ¿no es verdad? —preguntó finalmente la señorita Wergeland.

—Naturalmente —respondió Astrid, levantando orgullosamente la cabeza como hacía su madre—. ¡Pero Yumei no es mi hermana! Es mi sirvienta. En Shanghái casi todas las chinas son sirvientas.

La señorita Wergeland sacudió violentamente a Astrid y por último le propinó una sonora bofetada.

—¡Cállate! —gritó a la chiquilla, que estaba pálida como la muerte—. La próxima vez que vuelvas a decir algo semejante te encerraré.

De pronto, Helene soltó a la niña, que la miraba inmóvil y con la boca abierta. ¿Qué había hecho? Había maltratado a una criatura a la que debía amor, a una criatura que había sido educada erróneamente en el Extremo Oriente. Eso había hecho ella, Helene Wergeland, la solterona protectora de niños y desamparados...

—Ven —dijo roncamente—. Vamos a ir a ver a tía Laura. Creo que ha cocido algunas tortas de nata.

—*Merci beaucoup* —contestó Astrid, haciendo un gran esfuerzo.

Estaba terriblemente pálida, pero ya no temblaba. Se hallaba como paralizada. Jamás la había golpeado nadie. Había dicho a tía Helene la pura verdad. En Shanghái los hijos de las sirvientas chinas entraban también al servicio de los extranjeros. Y los padres de los niños europeos no invitaban nunca a los hijos de sus amigos chinos. Astrid no era mala. Tía Helene sí era mala. Astrid no deseaba permanecer con ella.

—Yo quiero ir con papá —sollozó—. Té eres muy mala conmigo.

La señorita Wergeland tomó a la niña en su regazo y le dijo con una dulzura muy poco común en ella:

—Eso es una tontería. Yo te quiero mucho, Astrid. ¿Te parece bien que vayamos mañana a hacer una buena excursión?

—¡Muchas gracias! Mañana tengo que aprender mis veinte palabras.

Astrid se tragaba sus propias lágrimas. Había ocurrido algo que comprendía tan poco como su tía. Una campanada de alarma la había despertado de sus añoranzas infantiles. Después de ese sopapo ya no podía respirar tan bien como antes y le dolía el estómago. Ahora ya no deseaba que tía Helene la quisiera más que a Mailin. Tía Helene le había propinado un bofetón porque ella, con toda confianza, le había

revelado un secreto. No se podía decir nada a tía Helene. ¡Ni tampoco a los otros! ¡Ni a Yumei ni a Mailin! Estaba completamente sola. Papá se hallaba de viaje. Esa misma noche Astrid se escaparía e iría en busca de su padre.

Si Yumei, impulsada por su sentimiento de lealtad y amor por la «amita» no hubiera seguido a la desconcertada Astrid cuando, vestida con su camisón de dormir, quería fugarse a hurtadillas, posiblemente la pobre criatura hubiera caído en el agua o hubiese ido a parar bajo las ruedas de un coche en aquel estado febril en que se encontraba dos horas después de la escena.

Yumei llevó a la niña enferma a presencia de la señorita Wergeland. No necesitó decir una sola palabra. La señorita Wergeland lo comprendió todo. El médico temía una grave enfermedad, pero su estado no era tan malo como se suponía. La señorita Wergeland permanecía sentada día y noche junto al lecho de la niña y escuchaba los delirios febriles expresados con palabras francesas y chinas en las que se entremezclaban continuamente las frases *God aften y jeg forstar ikke*^[20]. Esto era lo que había gritado horrorizada la niña al recibir la bofetada. Durante esas noches la señorita Wergeland aprendió a conocer y a estimar a la joven Yumei. La noruega y la pequeña y alegre Yumei se entendían sin decir una palabra. Para Yumei *fröken*^[21] Wergeland era una nueva y sorprendente señora, a la que ella quería abandonarse para siempre. La señorita Wergeland no sabía nada de ese valioso regalo —la lealtad china— que la Providencia le había proporcionado después de la partida de Knut. Yumei, a pesar de su juventud, acabaría por convertirse en su brazo derecho. La señorita Wergeland se encontraba al comienzo de su nueva vida, una vida que habría de depararle muchas sorpresas... sorpresas notables, cómicas y que pondrían en peligro su vida.

Cuando Knut Wergeland volvió de nuevo a Trondheim para emprender su proyectado viaje por el Norte, Astrid se hallaba casi completamente curada. Las tres estaban en la terraza Astrid, Helene, Mailin y le hacían señas con la mano. Yumei permanecía arrodillada ante la señorita Wergeland y agitaba una guirnalda de flores.

Astrid parecía haberlo olvidado todo. Tía Helene la trataba con cuidado y cariño. Pero algo había cambiado: Astrid no volvió a preguntar nunca más si ella era «la más querida». Y ahora sólo escuchaba con relativo interés los cuentos de espíritus que le contaba Yumei. No hubiera podido decir por qué, pero esas historias habían dejado de fascinarla. Quizás era porque su alma infantil comenzaba a sospechar que la realidad era mucho más horrorosa que las truculentas fábulas chinas...

Capítulo V

LA MUCHACHA VESTIDA DE BLANCO

Knut Wergeland pasó varias semanas en las islas Lofoden pescando, respirando y reflexionando. Desde hacía años era la primera vez que se encontraba solo, y eso era para él un perfecto y fructífero descanso tras las emociones de los últimos tiempos. El apacible aire del verano, las noches luminosas y claras y las bandadas de pájaros marinos que le acompañaban de isla en isla, le producían una especie de éxtasis, ese éxtasis sereno y trivial del mundo de las conservas de pescado y del comercio de la madera, ese éxtasis que necesitan de vez en cuando las panteísticas almas noruegas.

El cónsul pasaba días enteros sin pronunciar una sola palabra; pero no era el silencio de protesta que con tanta frecuencia usaba con Yvonne, sino el silencio de la satisfacción interior. Su poca actividad, la calma primitiva de las montañas y de las aguas le sentaban maravillosamente. Las abigarradas faldas y pañuelos de las muchachas, las grandes jarras de leche en los cafés de las pequeñas ciudades, las danzas y canciones de los habitantes de los valles, representaban para el agotado trotamundos el símbolo de la inquebrantable alegría noruega que se desenvolvía en los rudos trabajos entre las rocas, en las faenas en los bosques y las tareas del campo en aquellos floridos valles que parecían respirar con aire feliz y victorioso.

Luego regresaba, atravesando fiordos, las laderas de las montañas, inmensas alfombras de verdes prados y el litoral, envuelto en los centelleantes torrentes de luz y oliendo al penetrante aroma de bacalao fresco. Estaba escribiendo una carta a su hermano en el puerto pesquero de Stamsund, rodeado de barcos, almacenes, bodegas y montañas. Ahora había recobrado la tranquilidad y se disculpaba por haber perdido el control de sus nervios. Aquello había sido una reminiscencia de los «nervios de Shanghái». Pero no dio explicaciones detalladas sobre estos fenómenos. ¿Cómo iba a explicar claramente a su hermano Olaf el derrumbamiento de los sentimientos y de las reglas de urbanidad? No existía ninguna palabra para deshacerse de las redes de una civilización incongruente y portadora de todos los gérmenes de la destrucción. Era como si una merluza quisiera escaparse de las redes de un pescador de Lofoden.

Knut se había encontrado a sí mismo muy pronto. El aire puro, el amplio paisaje de las montañas y de los fiordos, la seguridad de una soledad sin estorbos que la patria del alto Norte deparaba a sus hijos incluso en la época de los cócteles y de las oficinas de viaje, todo eso había purificado profundamente su espíritu y sus sentidos, mucho mejor que aquellas horas que solía pasar en la salita japonesa de tomar el té en Shanghái. Con la mirada puesta en los tablados de madera que servían para secar el pescado, el cónsul rogaba a su hermano olvidase la escena que tuvo lugar en «Villa Wergeland». Jamás llegó a recibir contestación a esta carta. Olaf Wergeland no

olvidaba nada ni cedía nada tampoco; también para eso le hacía falta imaginación. En su libreta de direcciones había tachado el nombre de su hermano.

Knut no volvió en seguida a Trondheim, sino que todavía hizo una pequeña excursión marítima hasta la isla Hitra, donde de joven había disfrutado con Olaf de los placeres de la caza. Realmente no se comprendía por qué el cónsul se dirigía a esa isla alejada del mundo, donde todos sus pasos y huellas le recordarían al «testigo ocular», con su deficiente luz vespertina, los pequeños puertos costeros que parecían medio adormecidos y en los que era embarcado el polvo de algas marinas, las casitas de madera desparramadas por aquí y por allá, y el desalentador brezal que se extendía entre Trondheim y Kristiansund. A la luz escasa del atardecer, la oficina de correos de Hestevik producía la sensación de una casita perteneciente a los espíritus malignos.

Pensaba que su paseo hasta la isla Hitra sería el broche final de su viaje de recuerdos, pero quizá lo hizo porque allí le esperaba su destino. Y el destino se sirvió de la más abominable fuerza de seducción del universo: la música. Estaba contemplando una casita de madera sumergida en la pálida luz de la luna de la isla de los espíritus malignos, cuando hasta sus oídos llegó el sonido de un violín que procedía precisamente de aquella casa de madera rodeada de brezos. Hubiera podido huir, y de ese modo hubiera ahorrado a su hermana Helene ulteriores sorpresas y se hubiera asegurado a sí mismo la tranquilidad y la satisfacción. Pero Knut Wergeland avanzó instintivamente por aquella zona de peligro: su oído estaba fascinado. Tal vez consideró que la vida era demasiado corta y monótona para pasarla sin música.

Eran las diez de la noche cuando pisó un entarimado de madera recubierto con una hermosísima alfombra tejida a mano. En una estantería brillaban unas tazas de café y una cafetera: el tradicional servicio de café noruego. Procedía de Henrik Moller, de Trondheim, y el cónsul reconoció aquel trabajo noble y sin adornos. Unos candelabros, unas vasijas de estaño y algunos platos de cerámica completaban el ornato de una casa que desde el exterior sólo por su tamaño se diferenciaba de las casitas de madera de los trabajadores de los bosques. Era la casa para pasar los fines de semana de una familia noruega, una de las muchas que vivían en los alrededores de Trondheim y Kristiansund. Un armario construido en la misma pared contenía los instrumentos indispensables para la pesca con caña y los esquíes y pieles de foca para el invierno.

Una muchacha vestida con un traje blanco dejó caer al suelo el arco del violín, salió a la luz de la luna para recibir al visitante y susurró las palabras del peligroso conjuro de los nostálgicos. Borghild Lillesand dijo:

—¡Ha venido porque le estaba esperando!

Borghild había cambiado, pero el cónsul no supo inmediatamente por qué la muchacha era ahora atrayente y tenía un aspecto lleno de vida. La contempló sin decir una sola palabra, con aquella especulativa curiosidad que en su aventura le

había conducido al peligro. La inseguridad se había escurrido de Borghild como un manto ceniciento, revelando a otra muchacha: una criatura deliciosa y, al parecer, sin trazas de neurosis. «Debe estar con algún hombre», pensó el cónsul, enternecido y sin sospechar nada. No sabía que ella le tenía. Esa transformación se había operado en Borghild a partir del momento en que su hermano le comunicó la muerte de Yvonne. Su mirada ya no era ausente y melancólica. La muchacha incluso se peinaba con moderación. Ciertamente, volvía a tener un agujero en las medias, pero ahora ya no se sentaba en una esterilla japonesa al lado del joven señor Matsubara. Resplandecía vestida con aquel traje blanco. Su voluptuoso labio superior y su grueso y sensual labio inferior temblaron ligeramente cuando el cónsul exclamó:

—¡Caramba! ¿Cómo ha llegado usted hasta aquí...?

La respuesta de Borghild fue muy convincente. Estaba descansando aquí con unos amigos que habían venido a pasar el fin de semana a Kristiansund. En otoño quería dar su primer concierto en París. Se encontraba aquí desde hacía cuatro semanas y quería partir mañana mismo. Era curioso que hubiera dado por finalizado este viaje en el momento en que se había presentado ante ella Knut. El barco del cónsul, según explicó él mismo, iba hacia Kristiansund. Quería visitar a algunos amigos antes de volver a reunirse con su hermana en Trondheim. ¡Qué casualidad! Borghild esperaba que todavía hubiera un lugar para ella en el barco. Naturalmente que había sitio; el cónsul dormiría en la cubierta y Borghild podría disponer de su cabina. Knut Wergeland consideró la treta y la encontró tan deliciosamente joven como la misma Borghild. La muchacha había apoyado su cabeza en los hombros del cónsul y le relataba sus esperanzas de dar conciertos y las opiniones de su profesor, quien le auguraba un brillante porvenir. Luego corrió a tocar. ¿Era una pequeña satisfacción o un gran amor lo que electrizaba de tal manera a Borghild? Sea como fuere, lo cierto es que había salido de su abstracción, de su vacío. Aún conservaba su ingenuidad e inocencia. Era una muchacha que no sabía a bombón.

Se pasearon bajo la pálida luz de la luna por el brezal. Contemplaban las escarpadas rocas y el mar oscuro. Borghild se había puesto sobre sus rubios cabellos un pañuelo de encaje del tiempo en que su madre daba todavía conciertos. Su fantasía le hacía creer que en estos momentos disfrutaba de una satisfacción que había estado anhelando desde aquellas jornadas en Shanghái. El cónsul se hallaba de nuevo a su lado, la había rodeado con su brazo, y el porvenir era un camino sembrado de rosas. La fantasía de Borghild era tan restringida como la fuerza de imaginación de un niño que desprecia las realidades porque no las conoce. Y esta ingenuidad y el eco prolongado del sonido del violín, transformaron la justificada duda de un hombre maduro en el convencimiento romántico de que el amor es más importante que la propia carrera.

—¿Por qué me mira usted de ese modo? —preguntó Borghild.

Ahora, los dos estaban contemplando desde la punta de una roca el dormido puerto en el que se veía ir de un lado para otro a tres muchachas y un solo caballo que

nadie se acercaba a recoger.

—Usted me recuerda a la doncella que iba vestida de blanco, parecida a un cisne —murmuró Knut, dulce y juguetón.

Esta doncella vestida de blanco se casó con un hombre de carne y hueso y por ello perdió su plumaje y la facultad de volar. Cuando después de algunos años recuperó su plumaje, sintió añoranza por sus lejanías y, cantando alegremente, se escapó volando de aquel ser humano. Naturalmente, Borghild conocía esa preciosa fábula que habla de la nostalgia. La mujer que cuidaba los vestidos de su madre se la había contado en la oscura y polvorienta habitación del hotel.

—Jamás huiré volando de su lado —susurró la muchacha mientras se ponía de puntillas para mirar fijamente a los ojos de aquel hombre a quien había estado esperando tanto tiempo.

Knut Wergeland esquivó su mirada. No deseaba jugar con ella porque, como todos los artistas, era una criatura ingenua en un mundo en el que los hombres desprovistos de ilusión sólo hacían cálculos y se dedicaban a su carrera.

—¿Hemos hecho alguna otra estupidez después de Shanghái? —preguntó el cónsul, levantando paternalmente su delicado mentón.

Ella ya no se abochornaba ante su amado; sólo se había avergonzado en presencia de Yvonne. El que Knut Wergeland supiera su fatal inclinación sólo le producía una profunda atracción hacia la persona del cónsul. Era una maravilla de intimidad, aunque fuera en sentido negativo.

Knut la contemplaba fascinado, sintiendo que era demasiado pequeña, demasiado delicada. Finalmente, el cónsul se instaló en un tronco de árbol y sentó a la muchacha sobre sus rodillas. Ahora ya no creía que fuese una hija del caos. Recogió del suelo el pañuelo de encajes que se había caído y lo anudó alrededor del cuello de Borghild.

—Hace fresco —murmuró—. Tengo que volver al barco.

—No —suplicó Borghild—. ¡No se marche...! ¡Por favor, no se marche!

De sus ojos brotaban gruesas lágrimas. Quería secarlas, pero no tenía ningún pañuelo.

Él le enjugó las lágrimas con su pañuelo, igual que lo hacía con Astrid y con Mailin. Era un padre comprensivo. También Borghild debía creerlo así, puesto que le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza sobre sus hombros.

—¡Le he estado esperando tanto tiempo...! —musitó.

La besó tiernamente, como si todavía estuviera jugando con ella. Una pequeña muchacha enamorada que aún no había encontrado al joven que le convenía. De buena gana le hubiera dicho como le dijo en Shanghái: «¡Déjese de tonterías, Borghild!» Se levantó y ayudó a la muchacha a incorporarse.

—¿Recibió usted mi carta?

Knut Wergeland reflexionó unos momentos. Hubiera tenido que responder negativamente, pero aquel horror que experimentó en Shanghái se había transformado en ternura. Borghild ya no lloraba. Le miró fijamente a los ojos y dijo

tranquila:

—Entonces ya sabes la verdad.

—Todo eso es una necesidad. No sabes aún lo que es el amor.

La acarició distraídamente. Sabía que la felicidad no contrarresta las penas del aburrimiento. De pronto estrechó a Borghild entre sus brazos y murmuró:

—¡Eres una criatura estúpida! ¡Yo soy demasiado viejo para ti!

En su pensamiento añadió que tenía ya dos hijas. Pero era ya demasiado tarde. Los deseos de Borghild eran más fuertes que su juicio y que su experiencia, porque los deseos expresados son siempre algo más fuerte. El cónsul observó que la muchacha tenía una fuerza pasional que Yvonne no había demostrado poseer jamás. Una pasión muda y sincera que él encontró tan atractiva como su treta del barco y tan excitante como el sol de medianoche con su resplandor torrencial. Condujo a Borghild a la gran casa de madera que la estaba esperando con todos sus ornamentos, en medio de aquel paisaje salvaje. Cuando se inclinó hacia ella, la muchacha le rodeó el cuello con sus brazos y le besó, inexperta, con desesperación. Sí, le había besado aquella vagabunda desordenada, casta y seductora. Temblorosa, abrió su blanco vestido, y eso fue la expresión de su muda y arrebatada pasión. Él no le dijo que se dejara de tonterías. Tomó sus manos, la besó pensativamente en la frente y en los ojos y la cubrió con una blanca manta de lana.

—Duerme, querida —murmuró, esquivando su mirada fija.

Luego volvió a la embarcación. No quiso seducir a una doncella virgen; en la familia Wergeland no se era tan romántico, ni tan imprudente.

A la mañana siguiente, Borghild apareció en el barco del cónsul con sus ojos hundidos y ataviada con un desteñido traje de verano. La cabellera le caía desordenadamente sobre la frente; en el brazo izquierdo llevaba un sucio impermeable, y en la mano derecha el estuche de su violín. Su blanco vestido de cisne estaba arrugado dentro de la miserable maleta que el cónsul había colocado en el interior de su cabina. Borghild no era de esas mujeres que se preocupan de planchar sus vestidos después de cada lluvia.

El catre de lona del cónsul se hallaba ya en la cubierta. A pesar que el tiempo era tan pésimo, el primer oficial quiso poner su cabina a disposición de la señorita.

—¿Y bien?

El cónsul sonrió a Borghild con sus brillantes ojos. Ella se ruborizó como una colegiada y se sentó, pálida y perpleja, en el ángulo más oscuro del comedor.

—Olvídalo todo —musitó Borghild, finalmente—. Soy una idiota. No tengo ninguna clase de modales... Prométeme que... olvidarás... lo de anoche...

—No pienso hacerlo —repuso el cónsul Wergeland—. No podría olvidarlo aunque quisiese.

—¿De veras? —preguntó Borghild, animada.

—Naturalmente —contestó el cónsul Wergeland con semblante serio—. Permito los buenos recuerdos. Es una enfermedad profesional... ¡Caramba!, ¿por qué esas lágrimas?

Por último las niñas se fueron a dormir. Se metieron en la cama con sus muñecas ataviadas con los típicos y pintorescos trajes de los países del Norte, Romsdal y Trondelag. También Yumei tenía una muñeca vestida con chaquetilla roja y dorada para ir a esquiar; en China ése era el color de la alegría. Yumei no había poseído nunca una muñeca, y por eso la envolvió inmediatamente en un trapo y la encerró dentro de su maletita. ¡Era una verdadera lástima que las manoseasen tanto! Más tarde la enseñaría a todo el mundo en Shanghái durante las fiestas del Año Nuevo. Astrid había suplicado a tía Helene que le trajera un vestido con brocados, y ésta le contestó con una amable mirada. Astrid no había experimentado en realidad ningún sentimiento patriótico; su innato sentido de la belleza se embelesaba con la indumentaria típica del Norte. Además sabía instintivamente que a ella le sentaría bien una blusa blanca y un corpiño verde adornado con flores.

El cónsul y Helene se hallaban sentados ahora frente al servicio de café en la salita de estar. Permanecían callados. Knut, nervioso, estaba tomando una cuarta taza de café. Tenía una sorpresa para la señorita Wergeland, que tanto aborrecía las sorpresas. Helene se mostraba extraordinariamente habladora. Comunicaba a Knut sus preciosos y enérgicos planes para «Villa Wergeland». Esta gran casa particular debía convertirse en un asilo maternal que sería administrado por la ciudad. Ésta tenía que agradecer ya numerosas instalaciones sociales al espíritu de solidaridad de sus ciudadanos. La señorita Wergeland se sentía muy satisfecha. Iría a vivir a Bangkok con Mailin y Knut. Consideraba a «la pequeña» con oculto orgullo de madre. Ella era una crecidita muchacha de dieciséis años cuando perdió a los padres, y entonces Knut sólo tenía doce. El tiempo había cambiado un poco esa situación fundamental.

—Yumei es magnífica —dijo la señorita Wergeland—. Y en Bangkok le voy a enseñar a ser mejor todavía. Orden, puntualidad y limpieza.

Estaba completamente convencida de que sería fácil implantar esas virtudes noruegas en el Asia.

—Helene —musitó Knut Wergeland, contemplando fijamente el cuadro japonés que había traído a su hermana.

Era «el pájaro canoro sobre una rama muerta». El regalo no había sido del agrado de la señorita Wergeland, pero ésta había disimulado, ya que el obsequio procedía de su hermano. A ella misma le gustaba pintar lo que veía. Sus cuadros al óleo eran muy estimables. El pintar le producía un placer.

—¿Qué pasa, pequeño? ¿Es que has perdido el habla?

La señorita Wergeland, que no pertenecía al grupo de las personas pacientes, miró agudamente a su hermano y golpeó la mesa con el dedo índice, una costumbre que

había irritado siempre al cónsul. Observó a su hermana mientras meditaba sobre cómo podría ofrecerle la sorpresa. Debía ser cauto. Pero todas sus reflexiones se desvanecieron ante la vista de aquel rostro enérgico, tan familiar, con los ojos azul acero y los labios firmemente cerrados. Helene había sido siempre su tabla de salvación y ahora...

Se arriesgó a zambullirse en el océano de la desazón.

—Mis planes han cambiado, Helene —dijo tranquilamente—. Por el momento no tienes por qué abandonar «Villa Wergeland».

—¿Quieres quedarte aquí? Eso sería lo más razonable. Podría seguir nadando con las niñas. Además, ¿qué tiene que hacer en Asia el gitano errante?

—Me has entendido mal, Helene. Naturalmente, voy a regresar a Bangkok, pero... me casaré cuando haya transcurrido el año de luto.

La señorita Wergeland pegó un salto. ¿No tenía bastante Knut con un matrimonio equivocado? Le hubiera preguntado con sumo gusto si eso no le importaba; pero Knut era de pasta muy sensible. Era el único hombre con el que Helene se andaba con un poco de cuidado. Escuchó con los labios firmemente cerrados lo que Knut le dijo. Una muchachita de veinte años escasos, una persona que rascaba el violín y que no entendía una palabra de cocina ni de limpieza y orden. Las sospechas de la señorita Wergeland habían sido sorprendentemente correctas. Borghild prefería comer pan seco antes que cocinar. La limpieza y el orden, igual que su madre, los había dejado a cargo de la doncella que se ocupaba de sus vestidos. Y si no había quien se cuidara, no se hacía la limpieza. En este aspecto Borghild era la muchacha ideal en un país tropical.

—Lillesand... —murmuró Helene—. ¿Está emparentada con Sigrid Kronstad-Lillesand?

—Era su madre. Daba conciertos en toda Europa.

—Y también armaba escándalos en toda Europa. Una familia desordenada.

—Borghild es distinta —se apresuró a objetar el cónsul—. Es una muchacha...

Se detuvo. No podía expresar con palabras lo decente y casta que era Borghild.

«Ya trata de disculparse... Debo callar», pensó con amargura la señorita Wergeland. Se daba cuenta de que Knut trataba de sustraerse a ella y de que toda la confianza que siempre le había demostrado la había traspasado a esa desconocida. Ya no la necesitaba. Esto era algo nuevo e insoportable. Instintivamente sentía que Knut había caído en las redes de un matrimonio por verdadero amor. Ya no lucharía más entre la seducción y la sensatez. La vida volvía a ser de nuevo para él una jira campestre.

La señorita Wergeland se acercó al mirador y contempló el oscuro fiordo y las rocas. Antes Knut trataba siempre con ella de sus decisiones, pero esta vez sus propios planes y esperanzas no habían valido para nada. ¡Qué quebradizos eran los lazos humanos! ¡Y cuán insospechadamente los enamorados ocasionaban grandes penas a otras personas! Helene apretó fuertemente los labios hasta el punto de que su

boca llegó a parecer solamente una línea. Contemplaba las nubes que reflejaban las sombras de su resignación.

—Ella me necesita, Helene.

Se volvió bruscamente.

—Bien —dijo, y se encerró en su sombrío silencio.

«¿Acaso yo no te necesito?», pensó para sus adentros. ¿De qué iban a servir las palabras? Era preciso hacer cruz y raya y olvidar los propios planes. Todavía le quedaban Astrid y Mailin y las protegidas que alojaba en el ala este del edificio. ¡Cuántas personas no tenían más que un perro o un gato! La señorita Wergeland sonrió con amargura, bostezó sonoramente y sin cumplidos y dijo:

—Ya es hora de irse a dormir. ¡Buenas noches!

El cónsul se levantó precipitadamente y detuvo a su hermana colocando ambas manos sobre sus hombros. Parecían dos luchadores, luchadores de granito, pero de pasta muy sensible.

—Sé buena con ella, Helene —suplicó Knut.

Luego aflojó la presión de sus manos y comenzó a acariciar medrosamente aquellos hombros anchos y fuertes.

—Déjate de bromas —contestó la señorita Wergeland ásperamente—. Como regalo de boda, por mi parte recibiré las perlas de mamá. ¿Cuándo va a venir?

—¡Cuándo tú quieras! Espera en el hotel.

La señorita Wergeland se asomó a la ventana y llamó con voz de trueno al chófer.

—Voy yo sola —dijo a su hermano—. Vamos, no seas bobo. Ahorra los besos para tu prometida.

Contra todo lo que era de esperar, Borghild cayó en gracia a la señorita Wergeland. Sea por lo que fuere, el caso es que le inspiró un sentimiento de compasión cuando la muchacha se adelantó hacia ella, intimidada como una colegiada, y sin decir una sola palabra. ¡Desde luego no era ninguna sirena lo que había pescado el perspicaz Knut! Pero Helene tenía turbias sospechas: Knut haría muy desgraciada a la muchacha. Borghild parecía ser una criatura completamente desamparada. Helene no tenía en cuenta que Borghild poseía en su violín un peligroso instrumento de seducción. No era amante de la música.

Años más tarde la señorita Wergeland recordaba una pequeña escena con Astrid. La sorprendió por la noche para revelarles su nuevo «secreto». ¡Mamá había llamado *vagabonde* a la mujer del violín! Pero Astrid no sabía exactamente por qué motivo. Así fue cómo la señorita Wergeland se enteró de que Borghild y Knut se conocían ya de Shanghái.

—Creo que había robado algo a mamá —murmuró seguidamente Astrid medio dormida.

—¿Estás soñando, niña? Ven, voy a llevarte a la cama.

—¿A cuestras, tía Helene?

—Sí, a... a cuestras —contestó la señorita Wergeland, absorta en profundos pensamientos.

Capítulo VI

UN FAJO DE CARTAS

*Borghild Wergeland (Bangkok) a la señorita Helene Wergeland (Trondheim).
Bangkok, julio de 1926.*

Querida Helene:

No tomes a mal que haya estado tanto tiempo sin escribirte. Aquí hace un calor tan horrible que la cabeza me duele terriblemente. Parece que me haya vuelto loca. ¡A ti sí que no te gustaría esto! Los occidentales son muy indiferentes y sólo desean divertirse; en cambio, los asiáticos son de una discreción enormemente fanfarrona. Me expreso con torpeza, pero ya sabes lo que quiero decir. Yumei es mi único consuelo. Es siempre la misma; tanto en Shanghái como en Trondheim o como en Bangkok. Se muestra alegre, diligente, amorosa y fiel. Sin ella no sabría cómo soportar esto. Me da masajes cuando estoy cansada, hace unos guisos especiales para mí si no puedo comer él arroz, y me consuela.

Ah, querida Helene, no te sepa mal que me queje, a pesar de que en una ocasión me dijiste que no podías aguantar a las mujeres lloriconas. Cuando pienso en ti y en Mailin y en «Villa Wergeland» haría las maletas en seguida para volver a vuestro lado. La última vez en mi vida que me sentí a salvo fue a tu lado. Quizá porque socorres a tantas «perdices blancas» desvalidas. Aquí toda la gente parece tremendamente feliz, tienen acentuados rasgos en el rostro y no atienden jamás cuando se les explica algo ni tampoco escuchan cuando se les ejecuta alguna pieza de música. Los amigos siameses de Knut sonrían graciosamente, pero yo creo que sus pensamientos están siempre muy lejos, en las resplandecientes salas de los templos, en sus pabellones de descanso o bien en cualquier otra parte. El señor Matsubara era completamente distinto. Ya te conté cómo por casualidad me salvó la vida. Era terriblemente aburrido y su carácter era horrorosamente festivo; pero escuchaba atentamente cuando se le hablaba, y amaba a Beethoven y a Grieg. Era comprensivo, compasivo. Todo lo contrario que Knut, cuyos sentimientos no simpatizan nunca con los de las otras personas.

Me preguntaste cómo me las arreglaba con mis obligaciones en el cuerpo consular. No tienes idea de lo que me fastidian. Perdóname que te cuente la verdad como si te arrojara a la cara un vaso de agua; pero esto lo he aprendido de ti. Knut es un diplomático y frunce el ceño cuando faltan un par de botones en mi vestido de noche o cuando mis cabellos no se hallan perfectamente en orden. Aunque siempre dice que le es completamente igual, yo sé que no lo puede soportar. ¡Pero cuando está conmigo no necesita meterse en la cama vestido de frac! (Mamá decía siempre eso refiriéndose a los hombres que hacen teatro aún

cuando estén completamente solos. Mamá hablaba siempre con muy buen humor).

Por lo que respecta a Knut, me engañé enteramente en cierto aspecto. Entonces yo pensaba en Shanghái. (¿Qué te parece esto que hasta ahora no te había contado, a pesar del tiempo que hace que nos conocemos?). ¿Pero qué es lo que quería decirte? Pues eso: en Shanghái yo creía que Knut había dado la vida imposible a su antigua mujer. Pero no era así. Constantemente me pone como modelo las virtudes de Yvonne, su modo de pensar, su espíritu, su elegancia y su táctica para mantenerse aislada del servicio, y le molesta que llore, que me encierre con mi violín en una habitación, que sólo quiera estar con Yumei.

Pronto no podré resistir todo esto. En Noruega era muy cariñoso y amable. En él deben residir dos personalidades: unas veces es él, pero otras es un monstruo diplomático, y yo tiemblo ante su presencia como una niña ante un espíritu maligno. Y a pesar de eso le adoro; ¡ahí está el quid! De buena gana adoptaría una postura orgullosa e inaccesible, me comportaría como una estatua, igual que Yvonne, pero no me siento capaz. Cada vez me noto más insegura a su lado cuando me dice que mi desarreglo y la estupidez con que me porto en los salones no le gustan ni pizca. ¡Si por lo menos me alabara o me animara alguna vez! Pero no... ríe como un témpano de hielo y me dice: «Idioteces». Me odia. Puedes estar segura, Helene, de que ya no me ama. Ahora sólo lo aparenta.

Está siempre aburrido. La mayor parte del tiempo lo pasa encerrado en la insípida salita japonesa que mandó traer de Shanghái, o si no se va a visitar a los comerciantes de objetos artísticos. Raramente viene a mi lado cuando toco el violín. Casi siempre interpreto sus piezas favoritas. El aguarda a que acabe y luego me quita de las manos el arco. Yo no tengo otro remedio que conformarme. Yumei me da unos masajes, o bien me hace reír un poco. A veces también contemplo las perlas que tú me regalaste cuando la boda, me las pongo en el cuello y entonces parece que un poco de su resplandor se introduce en mi interior. Jamás había poseído una alhaja de valor. ¡Eres tan buena, Helene! Perdóname que te lo repita tantas veces; no puede molestarte que piense así de ti.

A propósito de las perlas, debo decirte que no hace mucho Knut se puso de una manera que daba verdadero miedo. Nos invitó una princesa siamesa, y después de tomar el té Su Alteza nos enseñó una joya muy antigua con gruesas piedras maravillosamente engarzadas en oro. Yo sostuve embelesada la joya en mis manos. Su brillo me reconfortaba... De pronto Knut se acercó a mí atravesándome con una mirada que parecía la de un tigre de la jungla, y me arrancó de las manos la alhaja. Al mismo tiempo me dijo: «¡Dame inmediatamente el brazalete!», como si yo tuviera intenciones de robarlo. Luego sonrió gentilmente a la princesa y a dos americanos, pero su rostro se hallaba completamente desencajado. A mí las lágrimas estaban a punto de saltárseme. En

casa se mostró de un humor terrible, no dijo una sola palabra y se fue a dormir a la habitación japonesa. En lugar de quedarme rígida como una estatua en mi cuarto, a las once de la noche acudí a su lado para disculparme. Me encontraba un poco desfallecida en casa de la princesa cuando sostenía la alhaja entre mis manos, y por eso no me había dado cuenta de mi vicio de contemplar estupefacta las joyas. Eso era más o menos lo que había sucedido. Yo quería decirle que estaba esperando un niño. El nacimiento debe tener lugar en noviembre. Pero Knut ni siquiera abrió la puerta, a pesar de que le dije que se trataba de algo muy importante y que no tenía que portarse tan mal conmigo. ¿Lo encuentras bonito? Aquí en Bangkok hay muchas jóvenes y con ellas se siente tan encantado y entusiasmado como conmigo en Shanghái y en Hitra. Tero ahora ya tengo veintiún años, soy casada y conozco lo suficiente la vida para saber que los maridos sólo se comportan con amabilidad con las mujeres ajenas.

No puedes imaginarte lo que me duele que Astrid no nos escriba nunca. Es un pavo real y ya la encontré muy antipática en Trondheim. Creo que a Knut le tiene muy disgustado que esté tan callada. Desde el internado de Lausana sólo le ha escrito una carta, y esta carta la rompió en mil pedazos antes de que yo pudiese leerla. ¿No es ridículo que Astrid se sienta ofendida por el hecho de que papá se haya vuelto a casar? ¡Quizás es porque tiene algo especial contra mí! No comprendo lo que puede saber, puesto que me vio por vez primera en Trondheim. Todo eso es demasiado sorprendente. Knut no ha querido nunca hacerme saber lo que decía Astrid en su carta. Siempre tiene secretos, y eso me amarga la existencia. Por favor, cuando escribas a Knut no le digas nada de todas mis tonterías; pero debo abrirte mi corazón, debo desahogarme contigo, porque de lo contrario reventaría a causa de todas mis inquietudes. Knut tiene razón: soy una plebeya que no puede alternar en el plano de la alta sociedad, y me aburre tener que adornarme y preguntar «How do you do?»^[22] cuando no me interesa lo más mínimo cómo les va a todas las marionetas que uno va encontrando por doquier.

Quizás es que Knut es demasiado viejo para mí. Papá decía siempre que como máximo un hombre debe contar cinco o siete años más que la mujer. También él tenía quince años más que mamá, que jamás armonizó con él. Mi madre, al contrario que yo, poseía una apariencia encantadora; según papá, llevaba una «vida muy desordenadas y era una artista. A veces la envidio mucho cuando pienso que está muerta y que descansa en paz.

¿Por qué no vienes a hacernos una visita? Knut es un hombre mucho más gentil cuando está en tu presencia. Cuando hablamos de ti, coincidimos siempre. Es en lo único que nuestras opiniones son iguales.

Espero que me perdones por enviarte esta carta tan desordenada. Todas esas manchas son sudor, tinta y lágrimas. Todo está en desorden. ¡Por favor, no te disgustes!

¡Ven pronto a vernos con la pequeña y dulce Mailin! Saluda de mi parte a La

viuda de Aalesund y a «tus perdices blancas», a los graciosos chiquillos y a todos los que a ti te visitan y te roban el tiempo, como lo está haciendo ahora esta que tanto te quiere.

»Borghild.

El cónsul Wergeland a Helene Wergeland (Trondheim).

Bangkok, octubre de 1926

Querida Helene:

Muchas gracias por tu extensa carta. He mandado a Borghild y a Yumei a pasar un par de meses en la montaría, en Chiangmai. Es un clima fresco y hay un estupendo hospital americano, donde tendrá el bebé. Está muy cansada y se muestra extraordinariamente sensible, pero yo espero que recupere un poco su antigua sensatez. ¡Por favor, no me des ningún consejo sobre cómo tengo que tratar a mi mujer! ¡La trato como es debido, descuida! Naturalmente, no sabía que tuviera tan poca capacidad de adaptación. Estaba muy bien acostumbrado con Yvonne. Ahora debo ocuparme de todo cuando tenemos invitados. Si no estuviera Yumei, no tendríamos criados. Borghild no sabe tratar a la servidumbre, se envalentona con ellos y los arroja fuera de casa. Es un verdadero calvario.

Astrid me tiene muy preocupado. Es inconcebible que no haya respondido a mi carta. Escribí al padre Laudin, el director espiritual de las niñas. Me ha contestado a vuelta de correo que tenga un poco de paciencia. Creo que tengo la suficiente; de no ser así ya no podría aguantar más ni a Borghild ni a Astrid.

Mando muchos saludos y besos a mi pequeña y querida Mailin. Me satisface enormemente que sea vuestra alegría. También yo disfruto de esa alegría. ¡Querida vieja, me estás haciendo falta!

Muchos saludos de

Knut.

Telegrama de Bangkok, noviembre de 1926.

Tu sobrina Vivica acaba de llegar al Chiengnai-Hospital. Madre e hija en perfecto estado de salud.

Felicísimos. —Borghild Knut

Señorita Wergeland a Borghild Wergeland (Bangkok).

Trondheim, 1 de diciembre de 1928.

Querida Borghild:

Por tu última carta me he enterado con gran alegría de que Vivica, a pesar de las condiciones del clima, se encuentra perfectamente bien bajo los cuidados de Yumei, y que tú ya te has restablecido de la fiebre. Tu aspecto es algo débil, pero

esa debilidad ha sido causada por la fiebre. La chiquilla parece ser preciosa ¡Pero ten cuidado de que no se convierta en una sabihondo entre tantos extranjeros! Desde luego todos esperamos que si Vivica sale a su madre, hable con toda desenvoltura. ¡Pero, niña, no le des tantas vueltas a la cabeza y distráete un poco! No me escribas siempre explicándome el calor que hace en Siam. Ya lo sé. Pero de tocias maneras sigue escribiendo como lo has hecho hasta ahora. ¿Va todo bien entre tú y Knut? Lo mejor sería que de vez en cuando le enseñaras los dientes. A los hombres no les conviene demasiado amor y dulzura.

¡No estoy de acuerdo en que dejes el violín! Aunque yo soy sumamente antimusical, sé perfectamente pequeña mía, lo que eso significa para ti. Aparte de eso, debo confesarte que tus «Danzas campesinas noruegas» no me parecieron del todo mal.

Por suerte, nosotros no tenemos ninguna desagradable novedad que contarte. Mailin tiene como profesor particular a uno de nuestros granujillas, que por cierto finalmente se ha casado con su amiga y las cosas les marchan perfectamente. Mailin aprende con lentitud, pero a conciencia. Todavía sigue hablando una mezcla de chino, noruego y de aquel inglés que aprendió de Yumei.

¡Me parece estupendo que se os case vuestra cocinera! Pregúntale de mi parte qué le gustaría que le regalase para la boda. Naturalmente, ha de ser algo práctico. Celebro que de momento se quede en Bangkok con vosotros, puesto que Vivica se ha acostumbrado tanto a estar cori ella. Es una tontería eso que me dices de que no podrías resistir sin Yumei. La vida no es ninguna jira campestre, pero se puede soportar con orden y con un poco de buena voluntad. ¡Nadie tiene que compadecerse a sí mismo!

Por el momento no podré ir a haceros una visita, pues por Navidad la casa está siempre repleta de muchachas que sólo hacen estupideces y luego lloriquean y se lamentan. Aquí la nieve ha alcanzado la altura de las casas. A nuestra Mailin le gusta terriblemente esquiar. Todo el mundo la quiere mucho. Por ahora no pienso mandárosela: una niña que todavía se halla en la edad escolar no puede ser expedida como un paquete de un país a otro. Ante tocio se necesita orden y tranquilidad. Mailin los tendrá si permanece conmigo. ¡Ésta es la única razón, tontita! ¡No pienses que no quiero confiarte a Mailin! Sabes perfectamente lo mucho que te aprecio. Pero no esperes que te lo repita siempre.

Os desea unas muy felices y benditas fiestas a todos.

Helene

Barón Akiro Matsubara a Vera Leskaja (Shanghái)
Paris, diciembre de 1928.

Estimada señorita:

Permítame que le mande a usted y a todos sus honorables amigos mis más sinceros deseos y saludos con motivo de estas fiestas. Los días de fiesta son en todo el mundo la ocasión propicia, que nadie desaprovecha, para recordar con profundo respeto a sus amigos y bienhechores. Como indigna muestra de mi sincero reconocimiento por sus relevantes enseñanzas con respecto a mi viaje al Occidente, me he permitido mandarle una vieja fábula japonesa que he encontrado aquí en París en una edición francesa y que he hecho encuadernar expresamente para usted en brocado. «El cuento de los cortadores de bambúes» tiene más de mil años. Akiro Matsubara espera modestamente que su mísero obsequio sea del agrado de su distinguida profesora. ¿Puede este estúpido, pero celoso alumno, decirle que el Taketori Monogatari («Cuento de los cortadores») ha sido considerado por nuestra destacado poetisa Murasaki Shikibu como el «padre de todos los cuentos»? Con las obras de la poetisa, que el mundo no valora suficientemente, se operó en el siglo XI el glorioso ascenso de la literatura nacional japonesa y con ello se consiguió una independización de naturaleza política y cultural en relación a la China, destruida tanto moral como políticamente. Espero que la respetable profesora quiera perdonar esta aclaración. Mi única intención ha sido la de disponer el espíritu de la profesora a la lectura de una fábula japonesa.

París es una estupenda ciudad para entregarse al estudio y además he tenido la gran suerte de encontrar amigos de Tokio. Esto consuela mucho cuando uno se encuentra en un país extranjero.

Con el mayor respeto y afecto.

»Matsubara Akiro.

P. D. En Shanghái, Matsubara Akiro tenía un nombre distinto; pero esta persona es un insecto tan insignificante, que de todos modos la respetable profesora hubiera olvidado su miserable apariencia.

El arriba firmante.

Señorita M. de Bernières (directora de un Internado de Lausana) a la señorita Helene Wergeland (Trondheim).

Lausana, 1929.

Estimada señorita:

Constituyó para mí una particular alegría y un honor el haber podido saludar en Lausana a usted y a la hermana mediana de Astrid Thérèse. El padre Laudin y nuestras profesoras se alegran profundamente de que Astrid, que por tantas dificultades interiores se halla atormentada, haya podido encontrar en usted a una protectora maternal. Es una lástima que su padre esté tan lejos de su estimada hija y no pueda tener con ella el necesario contacto.

Con gran sentimiento por nuestra parte hemos de comunicarle que en este

último semestre Astrid ha cambiado un poco. Hemos observado que posee cierta propensión al orgullo, a la ambición desmesurada y al secreteo. Durante mis largos años de experiencia jamás me había encontrado con una niña de once años con un carácter tan tenaz. Efectivamente, en ella hay una mezcla tal de claroscuros que yo no puedo por menos que calificarla de chiquilla desconcertante. El orgullo que muestra Astrid no puede ocultar a ninguna pedagoga experimentada ni a un director espiritual como el padre Laudin la tristeza que se ha apoderado del alma de esta niña. Nuestras exhortaciones y la energía del padre han acabado por inducir a Astrid a adoptar una postura más juiciosa con respecto a su padre y a su madrastra.

Desde que, con su conformidad expresa, escribí al señor profesor Clermont de Saigón, he observado que él carácter de Astrid se ha hecho más cerrado. Tenía razón el tío-abuelo de la niña, el único familiar de confianza de la difunta madre de Astrid, al decir que era imposible mandar a una niña de un país a otro como si fuera un paquete. Mi única hermana se encuentra al servicio de las misiones de Indochina. Por ella sé que ni el clima ni las condiciones de vida de Saigón pueden ser favorables al desarrollo de nuestra muchacha. Así, pues, Astrid debe completar su educación en Lausana. Naturalmente, es al padre a quien corresponde decidir el futuro de la niña, pero, estimada señorita, estamos completamente convencidas de que el señor cónsul será bien aconsejado.

Aprovecho esta ocasión para comunicarle que Astrid la ama a usted ardientemente, a pesar de que no lo parezca demasiado. Se ha arrepentido amargamente de su conducta impertinente y poco cristiana para con su encantadora hermanita mediana y esto, no sólo en él confesionario, sino también en la realidad. Con este mismo correo le envío a usted un vestidito de batista, cortado por una de nuestras señoritas y que Astrid ha cosido a mano y adornado según sus propias ideas. Ella misma ha colocado una pequeña etiqueta que dice: «Para mi hermana Mailin».

Con gran sentimiento nuestro su sobrina no ha encontrado ninguna amiga entre nuestras estimadas muchachas. Este hecho es insólito y solamente puede atribuirse al sorprendente carácter abstraído de Astrid. No tolera a su lado a ninguna niña y siempre quiere imponerse a todas sus compañeras. No sólo nosotros, las personas mayores, nos hacemos perfectamente cargo de las dificultades de Astrid, sino también las otras niñas han demostrado tener mucha paciencia con ella. Yo me tomo el máximo interés por su sobrina, la observo y estoy con ella en cuanto me lo permiten mis mil obligaciones en el Internado.

Recientemente hemos tenido que lamentar una desagradable escena entre Astrid y una condiscípulo suya de París. La consecuencia ha sido que los padres de Marie-Béatrice se han llevado a casa a la muchacha. Astrid había importunado con tanta obstinación a la pequeña, que la niña sufrió por la noche una tremenda pesadilla, y sólo pudimos calmarla con bromuro. Como es natural,

pusimos a la niña en un dormitorio separado del de sus compañeras. Astrid se pasó tres días sin querer comer nada y sin contestar cuando se le preguntaba. Sólo se mostró un poco amansada conmigo y con el padre Laudin, cuya ayuda solicité en tal circunstancia. No se doblega sino ante la autoridad y no se interesa más que por aquellas personas que pueden reportarle alguna ventaja. Así, por ejemplo, se comportó como una muchachita encantadora con la condesa F., una de las protectoras de nuestro Instituto que viene a visitarnos de vez en cuando, y Astrid recibió una invitación para ir a pasar las Pascuas de Pentecostés a la finca de esa distinguida dama. A pesar de que esto nos alegró en grado sumo, y más tratándose de una chiquilla sin amigas, la ambición social de Astrid (también bastante insólita a su edad) nos da mucho que pensar. Su inteligencia, su aplicación, su perspicacia y su energía no le conducirán a la victoria si no refrena su orgullo. Afortunadamente observamos que da muestras de gran recogimiento y atención durante el santo sacrificio de la misa. Así, pues, esperamos que la gracia divina y los propios esfuerzos de Astrid operen un cambio en ella.

Tras haber dominado algunas vacilaciones me atrevo a comunicarle que la pequeña tiene una falta que dificulta innecesariamente su contacto con el mundo que la rodea. Astrid es lo que en el argot escolar se acostumbra a llamar una «acusica». A nosotros nos comunica siempre todos los «secretos» de sus condiscípulos. Esto nos tiene muy preocupadas, tanto más cuanto que no conocemos los motivos que le inducen a hacerlo. Es la primera de su clase y por ello no tiene necesidad alguna de colocarse en el sitio más ventajoso a costa de rebajar a las otras niñas contándonos sus «secretos». No acostumbramos a ahorrar elogios cuando vemos que los elogios significan estímulo. Pero con Astrid Thérèse nunca se puede ser lo suficientemente prudente, puesto que en ese aspecto es insaciable. A ninguna de nuestras alumnas le es tan precisa la instrucción cristiana y el buen ejemplo como a su sobrina. En el interior de las niñas se crean situaciones que a menudo representan difíciles problemas incluso para los pedagogos y confesores más experimentados. En algunos momentos de gran excitación, Astrid es presa de una crueldad y de una falta de sentimientos que traduce en palabras y, desgraciadamente, también en hechos. Necesita mucho cariño, pero todavía más rigor. Me duele sumamente tener que comunicarle cosas tan poco agradables, pero usted me suplicó que le hablara sin contemplaciones. Sin embargo no hemos perdido las esperanzas de que su sobrina, a la que todavía no podemos considerar de ningún modo como a una chica normal como las otras, progrese en buenos sentimientos.

A pesar de que la vida cotidiana nos ofrece tantas dificultades, no podemos olvidar en ningún momento que la gracia divina puede mucho más que nosotros, pobres educadores. Astrid tiene que conocer la bondad e infinita misericordia de Dios y aprender a amar. Éste es el camino que nosotros pretendemos señalarle.

Así se dará cuenta también de que el talento, las ventajas que uno obtiene al nacer y la posición social no son debidos a méritos propios, sino que —como todo lo demás— son dones con que nos favorece el buen Dios, y que todas esas gracias debemos aprovecharlas debidamente para honrarle y para favorecer a los otros seres humanos que sufren. ¡Querida señorita, tengo el convencimiento de que en este punto estoy de acuerdo con usted!

Cuando Astrid vaya a pasar las vacaciones de verano a Trondheim, tanto el padre Laudin como yo le agradeceremos mucho que quiera usted ocupar a nuestra niña en el servicio de esas muchachas desgraciadas a las que usted tan magnánimamente socorre en su propia casa y a las que restituye a la verdadera vida.

Esté segura, señorita, de que nos acordamos mucho de usted y de toda su familia en nuestras oraciones ante el altar del Señor, al que imploramos su gracia.

Le saluda muy cordialmente, su afectísima.

»Monique de Bernières

*El cónsul Wergeland a la señorita Helene Wergeland (Trondheim).
Dalat (Indochina), enero de 1930.*

Querida Helene:

A finales de este mes el capitán Lillesand vendrá a Bangkok y se llevará consigo a Borghild a Marsella. Desde allí la acompañará hasta un sanatorio que se encuentra en las cercanías de París. Su estado ha llegado a hacerse intolerable. Sólo gracias a la amistad que nos une con un amigo suizo se ha podido evitar el escándalo que Borghild hubiera provocado, ya que robó un anillo en la casa que ese amigo tiene en Bangkok. Esto me hubiera costado la carrera. Al día siguiente me traje a Borghild a Dalat, ciudad situada entre las montañas. Yumei se ha quedado en Bangkok con Vivica, puesto que ésta no puede ver a su madre en ese estado tan deplorable. Es extraordinariamente curiosa e inteligente.

Borghild ha renunciado ya a oponerse a mis disposiciones. Ahora viviremos apartados. Una separación puede perjudicarme mucho dada la posición social que ocupo; pero como es natural no puedo exponer a Vivica a la influencia de su veleidosa madre. Astrid, con su insoportable memoria, retuvo una escena que tuvo lugar en Shanghái, y a ella aludió en su primera carta desde Lausana. Como no va a permanecer toda la vida en Lausana, sino que va a venir pronto a mi lado, Borghild debe desaparecer. Es imposible que las dos puedan hacer buenas migas. Sintiéndolo mucho, Borghild debe sufrir las consecuencias de su conducta. Esto debemos hacerlo todos. Ella es una hija del caos y su arte un producto de la profundidad. Me he dado cuenta de esto demasiado tarde. Debo suplicarte que de

ahora en adelante me ahorres todos los reproches que pretendas hacerme con mi conducta con Borghild. Tú no has tenido que convivir con ella en una sociedad de extranjeros a cuyos chismorreos y habladurías hay que conceder suma importancia. ¡No has tenido que vivir nunca con ella! No soy tan cruel como tú piensas, pero cuento ya cuarenta años y sufro una dolencia biliar que debo atribuir a Borghild. Por lo demás no soy tan joven como para poder soportar las manías de una colegiala sin educación, sensatez ni cordura.

Borghild va a un neurosanatorio. Te comunico exactamente dónde la voy a encerrar, porque si no lo hiciera me lo preguntarías tú. En ese sanatorio los internos disfrutan de un cierto grado de libertad de movimientos y son observados disimuladamente. Durante ese tiempo se decidirá si es necesario encerrarla en un manicomio. No lo creo así y te suplico que contribuyas a hacerle llevadero el sanatorio. Borghild te hace caso a ti. En estos momentos se encuentra sentada junto al mirador y llora tanto que temo que su corazón pueda reventar. No soy un ser inhumano, como me has dicho tú del modo más amable. Pero Borghild ha llevado las cosas demasiado lejos. No quiero volver a verla jamás. Cuando vuelva a estar curada, podrá reemprender su vida de concertista. Éste sería mi deseo. También puede dedicarse a la vida de vagabunda que tanto parece gustarle.

Procura comprender mi decisión y no me prives de lo que todavía te queda de tu amor fraternal. Me sabría muy mal que en este enojoso asunto adoptaras una posición unilateral. Sólo te tengo a ti.

Tuyo siempre,

Knut

Telegrama de la señorita Wergeland (Trondheim) al cónsul Wergeland (Bangkok). (Caso de ausencia, reexpídase a sus nuevas señas).

Iré a recoger a Borghild a Marsella. La cuidaré en casa. No admito protestas. Estoy fuera de mí.

Helene

*Telegrama del cónsul Wergeland a la señorita Wergeland (Trondheim).
Dalat, enero de 1930.*

Borghild víctima de mortal accidente. Desesperado.

Knut

El profesor Antoine Clermont, médico-jefe del distrito Saigón Cholon, a la señorita Wergeland (Trondheim).

Querida señorita:

Momentáneamente su hermano Knut no está en condiciones de explicarle la tragedia de Dalat. Lo tengo en mi clínica privada de Saigón, víctima de un grave ataque de inflamación de la vesícula biliar. Era de temer una infección de sus vías biliares desde que sufrió aquel tifus en el año 1922. Desgraciadamente, también ha influido mucho el constante estado de excitación en que se encontraba después de su segundo matrimonio. Espero que la inflamación remita dentro de pocos días. Luego creo que unas vacaciones en Europa, una cura de aguas en Schuls-Tarasp y el contacto con su familia le dejarán como nuevo.

La trágica muerte de su joven esposa ha constituido el final de un drama, señorita; la vida de ambos en el Extremo Oriente ha sido un drama sin fin. Yo visitaba regularmente en Bangkok a Knut, con el que solamente me unía el recuerdo de nuestra estimada Yvonne; también ellos venían a verme con frecuencia a Saigón, acompañados de la encantadora y hermosísima Vivica, que ha sido testigo ocular de esa tragedia conyugal. Permítame que le exprese mi más sentido condolencia por la muerte de esa joven y desgraciada criatura. Era una auténtica artista, pero de naturaleza caótica, y necesitaba mucho amor. El caso es que la hemos visto desaparecer. El Señor, perdonará a Borghild ese momento de desesperación.

Como los seres humanos debemos atender y comprender a nuestros semejantes, le suplico, estimada señorita Wergeland que no juzgue a su hermano con demasiada severidad. Sin duda, él —como ya se lo habrá dicho a usted cualquier observador objetivo— quería arreglar a su modo su insoportable situación profesional y privada. Y al parecer, la perspectiva de perder al marido y a la hija trastornó tan profundamente a la pobre muchacha, que en un instante en que nadie la veía se precipitó a la calle desde el balcón del hotel. Murió en los brazos de Knut.

Este necesita ahora de la ayuda de usted. No podemos negar que se ha conducido con mucha severidad con su joven esposa —cuyo vergonzoso secreto apenas era ya un secreto— por hallarse en un estado de absoluta depresión moral, agravado por los dolores biliares y las molestias respiratorias. Pero, mi querida señorita, ¿quiénes somos nosotros para atrevernos a tirar la primera piedra contra Knut? Le suplico que le escriba inmediatamente. ¡Cada dos horas pregunta si ha venido alguna carta de Trondheim! La vida es muy dura para los hombres que se atormentan reprochándose lo que quizá con un poco más de amor y de comprensión hubiera podido evitar una tragedia. Y digo expresamente «quizá». La Providencia tiene sus propios designios. En esa criatura estaba arraigada una gran añoranza por la tranquilidad y la paz, y esto sólo a la muerte le era posible concedérselos. Precisamente ya no podía más con su salud y sus nervios. Un romántico decepcionado es el marido más severo del mundo. Nosotros los franceses amamos a una mujer con o por sus debilidades; esas debilidades nos la hacen más próxima, hasta el punto de que se engendra la

maravilla de la intimidad. Sí, una maravilla muy sólida, señorita, el manantial de la felicidad conyugal.

Durante estos días he estado reflexionando mucho sobre Knut, al que tan fácilmente cautivaba siempre el corazón de las mujeres. Creo saber por qué ha sufrido un fracaso en sus dos matrimonios. En mi estimada Yvonne y en la pequeña Borghild buscaba el tipo ideal del romántico: la mujer virginal, una criatura de fábula. El romanticismo es una enfermedad muy grave, señorita; ¡mucho más difícil de curar que una fractura ósea o una dolencia biliar! Siempre he opinado que la Iglesia, dando muestras de su sensatez, honra a María con un culto especial para que nosotros, hombres absurdos e inicuos, no busquemos en la tierra lo que sólo se da en el cielo... Quien ha asegurado su ideal no exige nada imposible del resto de las mujeres. Su hermano, señorita, ha pecado de insensato al intentar encontrar una rosa sin espinas. Esa rosa únicamente floreció en aquel místico jardincillo situado en un rincón del Gólgota...

Con motivo de este triste acontecimiento voy a tomarme un año de vacaciones en Europa, para acompañar a Knut a Marsella. No debe viajar solo. Yo espero poder saludar a usted, a mi sobrina-nieta Astrid y a la pequeña y encantadora Mailin. Recibiré ulteriores noticias tan pronto como nuestro pobre amigo esté en condiciones de ponerse en marcha. ¡No se asuste de su aspecto, querida señorita! Con sus cuarenta años parece actualmente un hombre desgastado tanto física como espiritualmente. Su próximo destino será Singapur, caso de que dentro de un año vuelva al Extremo Oriente, como es su intención. Espera que usted y sus hijas vivirán con él una temporada allí. Procure usted que Knut pueda disfrutar de la vida familiar, para la que parece fue creado. Abandone la patria, tiene que hacerlo.

Expresándole una vez más mi sentimiento, queda afectísimo su respetuoso amigo y pariente,

Antoine Clermont.

Saigón, enero de 1930.

La señorita Wergeland permaneció unos momentos sentada, completamente inmóvil. Habían pasado cinco años desde que Knut y Borghild se fueron de Trondheim con la radiante alegría de una pareja de enamorados. Tomó otra vez la carta procedente del extranjero y fue releyéndola palabra por palabra en la deficiente luz del atardecer. Así la encontró *La viuda de Aalesund*. Laura Holgersen encendió la luz eléctrica y cegada por la claridad tropezó con una silla, haciéndola caer al suelo.

—¿Molesto, Helene? ¿Por qué estás a oscuras?

La señorita Wergeland permanecía sentada ante la ventana. Laura la miró fijamente con la boca abierta. Parecía una merluza que respirara con dificultad.

—Estás llorando —dijo, compasiva y sin pizca de tacto.

Era como si la hubieran aturcido dándole un porrazo en la cabeza. Hasta ahora nunca había visto nadie llorar a la señorita Wergeland.

—Déjame sola, Laura.

Una especie de terrible dulzura en la potente voz de Helene reprimió las placenteras ganas de charlar de Laura. Lanzó una turbada mirada a la imponente e inmóvil figura que estaba junto a la ventana y salió. ¿Quién habría escrito a Helene desde Saigón? Ya lo averiguaría.

Finalmente, Helene se levantó pesadamente y salió a la terraza, donde cinco años atrás había estado esperando a su hermano, que venía en viaje de vacaciones. Ante sí veía a Borghild, juvenil, tímida, perdidamente enamorada, tan ingenua y honesta que en seguida cautivó el corazón de Helene a pesar del borde desgarrado de su falda. Y luego la escena nocturna con Astrid —Yvonne había llamado *vagabonde* a la muchacha—. Pensó en la carta amable y sincera de ese francés desconocido. Su corazón desmayaba: ¡su pequeño, su Knut, era un hombre perdido!

Y la vida proseguía, unas veces con paso rápido, otras lenta, vacilante, cómica y terrible. No había un momento de tregua. Uno se encontraba en un escenario que giraba constantemente, y uno tenía también que ir dando vueltas, tanto si quería como si no. Los únicos que se apeaban eran los granujillas.

La señorita Wergeland se hallaba contemplando las nubes. Se deslizaban sin cesar por encima de las montañas y de los fiordos, se apelotonaban en montones oscuros y de repente se deshacían de tal modo que aparecía una franja de luz en el horizonte.

—¡Laura! —gritó la señorita Wergeland, levantando del suelo la silla—. Tráeme cola de carpintero y un pincel. Has partido una pata de la silla.

—¡Qué lástima, Helene!

—¡Hay cosas todavía más lamentables! —repuso la señorita Wergeland, empezando a encolar la pata de la silla.

Tras una pausa, se puso de pie. Se hallaba tan pálida que Laura le preguntó si se sentía mal, pero por toda contestación la señorita Wergeland le dijo que no podía permitirse el lujo de estar enferma. Finalmente le comunicó los últimos acontecimientos. Su rostro había perdido por completo toda expresión.

Más tarde, por la noche, la señorita Wergeland interrogó a su compañera sobre si le gustaría emprender un viaje al Extremo Oriente con ella y Mailin. «Villa Wergeland» se convertiría en un asilo de madres solteras. Knut no viviría jamás en Noruega; a menudo se lo había dicho en las cartas. Y ahora necesitaba a su familia con mayor urgencia que antes.

Laura Holgersen contempló fijamente a su prima. En otras ocasiones en que Helene le había expresado sus deseos de marchar al Extremo Oriente se había sentido muy desgraciada.

—Pero Helene —balbuceó—. ¡Yo te crispo los nervios! ¿De veras quieres llevarme contigo?

Sobre su rostro sincero se deslizaban gruesas lágrimas.

—No me preguntes tonterías —dijo la señorita Wergeland—. Si no quisiera tenerte a mi lado, no te lo hubiera propuesto.

—¿Cómo podré agradecértelo?

—¿Por qué me lo has de agradecer? Si a lo mejor sufres muchos disgustos... ¡Vamos, Laura! Soy yo quien debo darte las gracias.

La señorita Wergeland se levantó.

—Pon la silla en su sitio —ordenó rudamente—. Si no, parece que todo esté en desorden. Así, ¿vas a venir al Extremo Oriente?

PRIMER LIBRO

AVES CANORAS EN RAMAS MUERTAS EL ESCENARIO GIRATORIO DEL EXTREMO ORIENTE (1930-1941)

*El hombre se marchita como los cerezos
en flor de Kyoto; el crisantemo imperial
no conoce el paso del tiempo.*

Hoja de información para olvidadizos

Los años que la señorita Wergeland pasó en Asia con su familia hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, fueron año de revolución interna para los pueblos del Extremo Oriente. Las nuevas tendencias morales y políticas de esas naciones sin clases medias burguesas tuvieron su comienzo a partir del año 1918 y evolucionaron con la misma lentitud con que todas las cosas se desenvuelven en el Extremo Oriente. Los europeos se percataron muy poco de la evolución de los asiáticos porque los negocios iban viento en popa y las muchachas de los *cabarets* sonreían deliciosamente. Si hubieran leído menos informes económicos y hubieran prestado mayor atención a los filósofos chinos se hubieran dado cuenta de que «la clase alta provoca dolorosos tormentos y penas, pues los potentados piensan demasiado en sí mismos y muy poco en la gran cantidad de infelices que yacen a sus pies». Eso era por lo menos lo que había escrito el sabio Lao Tzu (Lao-Tsé), que antiguamente había ostentado con tanta inteligencia el cargo de archivero estatal de la corte de los reyes Chou y que luego se disgustó con la humanidad y decidióse a dejar de lado a los grandes potentados y a dedicarse a la mística.

Los comerciantes occidentales, los funcionarios coloniales y los poseedores de grandes plantaciones realmente pensaban muy poco en los numerosos desgraciados que yacían bajo sus pies. Desde hacía casi doscientos años se habían convertido en los «dioses blancos» y por ello se veían agasajados y servidos por los asiáticos. Este estado de cosas duró exactamente hasta el 7 de diciembre de 1941.

Ese mismo día, a las siete cincuenta y cinco aparecieron sobre el rojo-rosado «Royal Hawai Hotel» aviones de bombardeo japoneses adornados con el fulgor del «Sol Naciente», volaron por encima del romántico y consolador litoral de Waikiki y arrojaron sus mortíferas bombas sobre la flota americana anclada en el puerto de Pearl Harbour. Éste era el término de una evolución de casi doscientos años y el resultado de una preparación intensiva del Japón desde después de la Primera Guerra

Mundial.

Los «dioses blancos» del Asia sudoriental siguieron ejerciendo su supremacía durante el último decenio sobre los dioses de la clase media que en el siglo xv empezaron modestamente con el comercio de especias y que en nuestro tiempo habían escalado las cumbres de la economía mundial con las minas de estaño y el monopolio del caucho. Desde Singapur a Batavia olía agradablemente a *whisky* y a jabón de lavanda «Yardley». Por último, en 1933, aproximadamente un cincuenta y cuatro por ciento del estaño de todo el mundo procedía del Asia sudoriental, y más del noventa por ciento del caucho venía de Malaya e Indonesia. Los *coolies* eran voluntariosos, dóciles y baratos. Los cantos y danzas de los indígenas no interesaban demasiado a los dioses de las clases medias. Los chinos les aburrían. Su contrabando de caucho no podía disgustar a los señores en aquella época dorada que precedió a lo de Pearl Harbour, pues apenas si se daban cuenta de ello: era tan difícil dar con el rastro de una operación de contrabando chino como encontrar un alfiler perdido en un pajar.

Entre los años 1930 y 1940, cada día era mayor el número de periodistas occidentales que visitaban el Extremo Oriente, que encontraban pintoresco el notoriamente bajo nivel de vida de los indígenas y que mandaban a sus países entusiásticos informes sobre las bulliciosas y estrepitosas fiestas de Singapur, Bangkok y Saigón. Los palacios privados de sus anfitriones, los maravillosos jardines y la legión de criados vestidos de blanco cegaban de tal modo a los visitantes occidentales, que no se daban cuenta de que la mayor parte de estos comerciantes, de indudable importancia, tenían las necesidades espirituales y morales de un tendero y la madurez de sentimientos de un colegial de primer curso.

Además de los fotógrafos y periodistas, entre los años 1930 y 1940 llegaron también mujeres de Europa y de América que asimismo intentaban convertirse en el Extremo Oriente en diosas blancas. Según las regiones, eran tratadas con el apelativo de *missie*, *mem sahíb*, *memm* o bien *madame*. Después de haber abandonado las pequeñas ciudades y suburbios de su propio continente, las señoras que en su patria no se avergonzaban de su comedor-cocina y de aprovechar una y otra vez los abrigos de invierno de sus hijos, ahora ambicionaban el mayor esplendor posible en las ciudades dominadas por los ingleses, tales como Singapur, Colombo y Rangún, o en el pequeño París que era Saigón, o en la elegante y romántica Batavia de los holandeses, o en las cosmopolitas Bangkok y Shanghái. En un nivel muy inferior vivía una humanidad blanca que no anhelaba absolutamente nada de eso: los misioneros de todas las Iglesias occidentales y los emigrantes de todos los Estados occidentales sometidos a una dictadura. El mito de la superioridad de la raza blanca, junto con el exceso del alcohol y de servidumbre, habían trastornado las cabezas de las *missies* y *mems*. El calor tropical les hizo creer más de una vez que se encontraban danzando en un volcán. La vida social de los dioses blancos era comparable en cierto modo al paroxismo de diversiones de los aristócratas franceses antes de la revolución

de 1789. La única diferencia residía en el clima y en los modales. En todo caso las *missies* y *mems* anteriores al año 1941 contribuyeron considerablemente a que los asiáticos acabasen por despertar.

No era posible que las *missies* y *mems*, que tantos errores cometieron, se convirtiesen con tanta rapidez en grandes damas, cuando poco antes no eran más que mujercitas de su casa. También el señor Akiro Matsubara, insignificante enamorado de las bellas artes, se transformó con excesiva rapidez en valioso miembro del Kempetai, que ahora sólo se interesaba por «El Sol Naciente». Rodeado de envidiosos, pusilánimes y espías, el teniente Matsubara había buscado consuelo y fuerza en el Shinto, la religión del estado japonés, en Manchuria, en Corea, en París y en Londres. El Shinto era el auténtico crisantemo dorado imperial que no estaba sometido al cambio de los tiempos. En realidad, el Shinto se había intensificado a partir de la restauración de Meiji, y su fuerza de irradiación durante el decenio anterior a lo de Pearl Harbour era tal, que tanto el teniente Matsubara como todos los japoneses jóvenes parecían un destello de la santidad del Japón y de la familia imperial. En París también se podía vivir oculto como un miserable insecto. ¡En ello consistía la brillantez de la vida! Pero era preciso pagar un precio. Para combatir la «enervante influencia del pensamiento occidental», el *shintóismo*^[23] exigía fanática sumisión a las costumbres japonesas y desprecio a la muerte si se trataba de dar la vida por la pervivencia del Japón. Los hombres de Estado más destacados y los generales del nuevo Japón eran todos descendientes —como los parientes por línea materna del teniente Matsubara— de la antigua nobleza guerrera del samurai. Sólo se servían de los grandes financieros liberales, porque los magnates, como el padre de Akiro, representaban el saludable contrapeso contra las tendencias sugestivas del socialismo y el comunismo y cuando llegara el momento necesario podrían financiar la sagrada expedición de conquista nipona en el sudeste de Asia.

Los agentes del Japón que se paseaban por toda el Asia sudoriental en calidad de discretos turistas luciendo un crisantemo imperial en el ojal, también frecuentaban los círculos de la alta sociedad. Poseían la tranquila facilidad de movimiento, la elástica tensión interna, la fantástica presencia de ánimo y la serenidad de los acróbatas japoneses. En privado, eran amigos de las artes; como tales, muchos de ellos podían completar fácilmente sus colecciones de arte chino y japonés —así lo hacía también el teniente Matsubara— con los singulares objetos de arte de los malayos siameses y javaneses. Como su padre pertenecía al *Zaibatsu*^[24], siempre tenía a su disposición el dinero suficiente para sus aficiones favoritas.

El lema de los turistas era: «*Tout comprendre c'est ne rien pardonner*»^[25].

Desde el más pequeño arrendatario hasta el primer general dominaban el arte del *jiu'jitsu*, el llamado «dulce arte», con el cual puede derribarse al suelo a un enemigo y el cual es el único medio de defensa de una persona honrada que se encuentra sin armas en el momento de verse atacada. El dulce arte era una rama especial de formación en el seno del Kempetai. El teniente Matsubara y también un cierto *turista*

de *Urakami*, que en aquellos años era su jefe superior, dominaban el arte de partir con gracia y serenidad un miembro al enemigo o de lesionar algunos cordones nerviosos por medio de hábiles manipulaciones. Ciertamente los turistas con armas hubieran sido objeto de numerosas sospechas; un aparato fotográfico, una «clave» aprendida de memoria para descifrar «clave» aprendida de memoria para descifrar noticias confidenciales, un poco de tinta misteriosa, la escritura de notas invisibles para precaverse contra los chinos indiscretos y el dominio del dulce arte bastaban a un japonés para emprender su viaje de placer. En una palabra: el decenio anterior a la Segunda Guerra Mundial fue, por lo que al Japón se refiere, como la «era de los turistas».

El ejército que tenía que conquistar el sudeste de Asia era, en cambio, un ejército compuesto por hijos de campesinos, un ejército popular cuyos más diestros soldados podían ascender al cuerpo de oficiales. En especial los pequeños e indigentes arrendatarios veían en el ejército el prometedor medio de que su familia lograra la gloria en el sagrado Japón. Apoyado por esa masa dispuesta y solícita, el más fuerte estado del Extremo Oriente creía poder empezar ya tranquilamente la conquista. En el período comprendido entre los años 1930 y 1941, los turistas habían reunido ya las suficientes informaciones sobre los dioses blancos y los chinos. Pearl Harbour sería el primer eslabón victorioso, y a él seguiría toda una serie de victorias.

El día 7 de julio de 1937 se produjo en el puente de Marco Polo, en Pekín, la prueba general de las fuerzas del Japón. Los reporteros e historiadores de las diversas naciones calificaron discretamente ese hecho como «conflicto» entre Japón y China. Si consideramos que el Diccionario de Oxford hace observar que conflicto significa *tour de force*, «esfuerzo extraordinario», hemos de admitir que aquel encuentro no fue ciertamente un conflicto. Las fuerzas de un Japón unido y las de una China en plena disensión a causa de Chiang Kai-shek y Mao Tse Tung, eran demasiado desequilibradas. Aparte de eso, el choque tuvo lugar entre el Japón feudalista y embriagado por el ansia de conquista que embargaba a las clases militares y a los turistas guerreros y la China de los banqueros y de los buenos oradores políticos. Pero en ese día del evidente comienzo de la guerra entre China y Japón comenzó a madurar la unión China, que con Chiang Kai-shek como caudillo nacional, representaba el único frente contra el agresor japonés. El dragón chino era perseverante, como ya había supuesto el Japón. Los samuráis y los hijos de los campesinos, que en el momento de producirse la colisión ocupaban una gran parte de China sufrieron importantes pérdidas en hombres y en material.

El choque de Pekín trajo consigo toda clase de consecuencias para los chinos de Shanghái. El señor Hsin, abuelo de Mailin Wergeland, a quien la muchacha no conocía todavía, seguía teniendo el mismo aspecto seco, melancólico y prudente cuando al día siguiente al del encuentro de Pekín abandonó a sus pájaros en el

antiguo jardín situado tras Bubbling Well Road y se personó en una conferencia que debía celebrarse en un marco extranjero. Con muchos otros destacados banqueros, industriales y periodistas decidió algo que más tarde el cónsul general japonés de Shanghái calificaría de militarización ilegal de la ciudad enclavada junto al mar. Era una medida necesaria contra el agresor japonés. Mucho antes del «conflicto», la perspicaz *grulla* ya había propuesto al Foreign Office británico, a través de su representante en Shanghái, la creación de una zona neutral internacional asegurada alrededor de la ciudad, una muralla de defensa para los banqueros y las aves canoras, que los dioses y las diosas blancas y los numerosos y juiciosos comerciantes japoneses de la ciudad de Shanghái habrían de mirar con profundo desconsuelo. Sería un error crasísimo aceptar que durante ese último decenio sólo hubo héroes y turistas japoneses. Lo mismo que hoy, existía la gran masa de modestos y trabajadores comerciantes y de sus dependientes que no tenían nada que decir, que vivían y amaban sin realizar acciones dramáticas, que morían ocasionalmente a consecuencia de las bombas y que se desplomaban junto con toda su familia, aunque jamás habían querido vencer ni poseer nada. A una de esas familias pertenecía por ejemplo *el turista de Urakami*, quien hasta el año 1941 contribuyó a preparar el terreno en el Asia sudoriental para facilitar la ocupación japonesa. Lo hizo contra la voluntad de su honorable familia, que deseaba ganar y comer su arroz con tranquilidad.

Por desgracia, el ministerio del Exterior británico no estuvo de acuerdo con la propuesta del señor Hsin y de sus colaboradores e intermediarios de Shanghái y Londres. A pesar de que, por sus actividades comerciales e industriales, Shanghái representaba un punto de apoyo de importancia vital para América y Europa, esas medidas de seguridad contra los japoneses fueron consideradas indiscretas o algo prematuras. Cuando más tarde, los comerciantes japoneses y los poseedores de las hilanderías de la región de Shanghái, propusieron al representante del Foreign Office esas mismas medidas de seguridad, recibieron idénticas negativas.

Cuando un año antes del incidente en el puente de Marco Polo, el señor Hsin encontraba a los amables señores ingleses en el hipódromo de Shanghái, se preguntaba apaciblemente cuándo recogerían los dioses blancos los frutos de su política en China. Durante aquel decenio el señor Hsin se entretenía contando a sus pajarillos —puesto que ya no tenía ni hijo ni hija que le pudieran escuchar— que la previsión es un profundo estanque que jamás llega a secarse. De su nieta Mailin sólo sabía que aún vivía. Asimismo sabía que en el año 1925 él asistió a un solemne banquete en casa de su padre y que tuvo que escuchar la terrible serenata de una muchacha despeinada. Recordaba que en la velada que tuvo lugar en casa del cónsul Wergeland conoció a un joven japonés y que se alegró de que Matsubara Akiro se hubiera sentido mortalmente ofendido por las divertidas tonterías de un hombre de negocios americano.

El día 7 de julio de 1937, en tanto el señor Hsin recapacitaba sobre la solución del problema, y mientras en el puente de Marco Polo la guerra chino-japonesa llegaba a

un punto crítico, el cónsul Wergeland permanecía sentado con su hija favorita, Mailin, en su casa tropical de Bangkok, contemplando con sus resplandecientes y fatigados ojos un tapiz japonés que había colgado en la pared de su salita de té en Shanghái, en 1925, luego en Trondheim, hasta 1930 y finalmente los últimos seis años en Singapur y en Bangkok. En la escalera sonaba solitaria la voz de la señorita Wergeland. Ésta intentaba, con su acostumbrada testarudez e intransigencia, poner la casa en orden para cuando llegara Astrid al Extremo Oriente. No contaba con la menor ayuda, puesto que precisamente Yumei había dado a luz su tercer bebé. Aun cuando Astrid tan sólo quisiera permanecer tres meses en Bangkok y luego volver de nuevo a París, la casa debía mostrar el mismo aspecto de limpieza que la plaza del mercado de «Trondheim» en el que la señorita Wergeland se había prohibido rigurosamente pensar.

El cónsul Wergeland sonrió indulgentemente al oír la imperiosa voz de Heleno, aunque en realidad no podía soportar los vozarrones. Mailin estaba sentada a sus pies. La campanilla de jade que colgaba de su cuello sonó suave y melodiosamente como sonaba en el año 1925 en Shanghái, cuando llevaba siempre consigo a su avecilla canora. El cónsul poseía la rara costumbre de mantener firmemente su brazo sobre el hombro de Mailin, como si la chiquilla quisiera escaparse.

Así se hallaba contemplando el día 7 de julio de 1937 su tapiz, obra de uno de los discípulos del ilustre Miyamoto Musashi, y que llevaba esta inscripción: «Pájaro canoro en una rama muerta». El pequeño pájaro, que sin saber por qué le hacía pensar en Borghild,' estaba posado inmóvil sobre una larga y sutil rama que amenazaba romperse de un momento a otro.

Ésta era exactamente la posición de los dioses blancos en el Asia Oriental de 1937.

Capítulo I

LAS HIJAS DEL CÓNsul WERGELAND

La señorita Wergeland había reído muy poco durante los siete años que llevaba en el país de la sonrisa. No en vano opinaba que la vida no era ninguna jira campestre; y además observaba tan atentamente todo cuanto se escondía tras los fascinadores bastidores del Extremo Oriente, que descubría más cosas dignas de ser corregidas que admiradas. En las plazas imperaba la suciedad, el hambre y la resignación fatalista. Todo estaba sembrado de chozas míseras en aquella parte del mundo situada al este de Suez, y la señorita Wergeland se maravillaba de que los dioses blancos se fijasen tan poco en todas esas cosas. Cuanto más tiempo llevaba en el Extremo Oriente, tanto más desesperados le parecían sus intentos de implantar el orden y la limpieza en un país donde nadie los echaba de menos. Incluso Yumei, aquella Yumei tan adicta y que tan curiosamente se arreglaba en Trondheim, había caído de nuevo en aquella alegre rutina que le inspiraba su propio ambiente y que la señorita Wergeland aborrecía tanto como a las mosquitas muertas, las escenas y las sorpresas. Por lo que al trabajo casero respecta, parecía como si en Asia sudoriental sólo existiesen granujillas y mosquitas muertas. La señorita Wergeland reflexionaba, siempre con los labios estrechamente fruncidos, sobre si eran los siameses o los malayos quienes merecían la palma de la pereza. Al cabo de sus siete años de permanencia en el país seguía convencida de que el alegre canto matinal no era de ningún modo un sustituto de la limpieza del polvo.

El día en que debía llegar Astrid, Helene, al mediodía, hora que los europeos acostumbraban a dedicar al descanso, estaba sentada en el pabellón de las orquídeas realizando su cotidiana labor de pintura. La niña Vivica no le concedía jamás un momento de reposo. La señorita Wergeland suspiraba. Astrid había tenido siempre una memoria indignante y una mirada hambrienta; en cambio, Vivica, chiquilla de once años, poseía una curiosidad insaciable. Y no sólo eso: esa hermosísima criatura de cabellera rubia y de ojos tirando a verde mostraba una astucia innata y una desmedida afición a una clase de travesuras y picardías que llenaban de sombríos presagios a la señorita Wergeland. Cuántas sorpresas no se había llevado ya con Vivica. Acuciada por estos pensamientos, los labios de la señorita Wergeland se apretaron todavía con mayor fuerza mientras mezclaba en su paleta un rabioso color verde brillante. Vivica no parecía poseer ni rastro de la acrisolada decencia de Borghild. Sólo había heredado de ella el desorden. Lo que disgustaba mucho a Helene era el que nadie supiera en qué pensaba la niña cuando se pasaba horas enteras contemplando las colecciones artísticas de su padre.

Para Helene todos aquellos tapices murales, aquellas porcelanas y aquellos

objetos de jade estaban entrañablemente relacionados con las desagradables sorpresas que le había deparado Asia. Hacía un año que Knut había dimitido de su servicio consular a causa de la dolencia biliar y que había entrado a formar parte de una empresa, la firma Sun (Bangkok, Singapur, Shanghái), con un amigo holandés. Él era uno más de los muchos europeos que antes de la Segunda Guerra Mundial creían que el Extremo Oriente era un paraíso eterno. Con la ayuda de un amigo siamés había comprado la casa de Sathom Road. Cuando su hermano le comunicó los proyectos concebidos, la señorita Wergeland permaneció callada mucho rato y finalmente le hizo saber que no estaba dispuesta a vivir eternamente en este país, donde el desorden campeaba a sus anchas. Knut la miró pensativamente con sus ojos brillantes. Le dijo que de ningún modo se establecería definitivamente en Asia si ella no se encontraba a gusto. Por ahora ella se quedaría. Luego, al cabo de tres años, se llevaría consigo a Vivica a Trondheim y la internaría en una escuela. De momento, la niña asistía a las clases del colegio religioso de San José, situado precisamente en la esquina de Sathom Road.

Vivica aprendía con rapidez y olvidaba todavía con mayor celeridad. A veces interrumpía la lección o bien iba sollozando en busca de la señorita Wergeland al pabellón de pintura, y le explicaba que se aburría soberanamente en el colegio. La primera vez que la señorita Wergeland se encontró en tal circunstancia propinó a la muchachita un bofetón. Luego, siguió una auténtica escena. Aquella misma noche la niña abrió todos los postigos de madera de la casita tropical y también las dos puertas de la habitación de las niñas. El motivo no lo dijo. A partir de entonces Vivica dormía con las puertas abiertas bajo la vigilancia de Yumei y por orden de su padre, que no negaba nada a la muchacha, puesto que le despertaba remordimientos que todavía no había podido mitigar cuando ya habían pasado cinco años desde que Borghild muriera. El doctor Wergeland cuidaba de tener siempre muy bien cerrada el arca de la salita japonesa de tomar el té. ¿Qué ocurriría si Vivica...? No se podía consentir que la hija de Borghild emprendiera algunas averiguaciones...

Cuando Helene le propuso en cierta ocasión llevar a la criatura a Trondheim, con Olaf, Knut hizo una escena que, a buen seguro, debió aprender de Yvonne. La señorita Wergeland se quedó tan sorprendida que incluso perdió el habla. Durante todo el día permaneció sentada en el pabellón, sin pintar, procurando ser amable, complaciente y dulce con Vivica y Knut. Era un hombre consumido por la desgracia. Igual que antes, las mujeres corrían siempre tras él; pero ahora las rehuía sin que ellas lo observasen. Le gustaban las travesuras como a Vivica. Pero aún continuaba representando todo lo que la señorita Wergeland poseía en este mundo.

Helene depositó en el suelo su paleta y empezó a reflexionar sobre su obra con una objetividad digna del mejor artista. Sus orquídeas bougainvillias mostraban poca belleza exótica original. Parecían margaritas pintadas. Sin darse cuenta, la señorita Wergeland desposeía a los productos tropicales que la rodeaban de su excéntrico incentivo y los convertía en símbolos de la insignificancia. Más o menos intentaba

conseguir lo mismo con Vivica, pero sin resultado.

El cónsul Wergeland jamás manifestó su opinión sobre las obras de arte de su querida Helene; seguía odiando las discusiones tanto como cuando en Shanghái disputaba con Yvonne. Visitaba las subastas y entre las basuras de Singapur y Batavia descubría los objetos que poseían valor, distinguiendo muy bien, con instinto seguro, lo que eran obras auténticas y lo que eran inteligentes imitaciones. Para las bellezas legítimas tenía el mismo ojo que la señorita Wergeland para con los valores humanos. Por eso estaba ahora en el Extremo Oriente, donde todo era exhibido en los mostradores, con excepción del alma. Y lo toleraba porque Mailin no volvería jamás a Noruega. En realidad la chiquilla jamás había expresado su pensamiento, puesto que no quería ofender a nadie, y mucho menos a tía Helene, a la que tan reservada y cordialmente amaba y admiraba. Pero Mailin se encontraba en el Extremo Oriente como pez en el agua. Aquí se respiraba un aire que le sentaba a las mil maravillas. Todos los chinos y las chinas eran sus hermanos y hermanas. Había aprendido de la buena Yumei y de su familia a amar a todos los niños chinos y a todos los mendigos que merodeaban en el siempre rebosante mercado de Bangkok. El suyo era un amor silencioso, profundo, sobrio, como es el amor chino en todas las circunstancias de la vida: un elemento natural, fuerte, poderoso, indestructible, de una serenidad sin tacha. Mailin era la única criatura amable y complaciente de la familia Wergeland. Ni Knut ni Helene podían imaginar la vida sin ella.

Mailin había cumplido dieciséis años. Dos antes ya hubiera tenido que ir a recoger un escrito que su madre Lily Lee había depositado en una notaría de Shanghái. Pero Knut Wergeland había quemado el escrito de despedida de la madre de Mailin y todavía no había dicho nada de ello a su hija. No pensaba hacerlo de momento. Tampoco Helene conocía ese pecado de omisión. Para sus adentros se decía que el momento oportuno sería cuando Mailin contara veintiún años. Entonces sería ya mayor de edad y podría decidirse por sí sola a volver a la familia de su madre, si le parecía bien. Al doctor Wergeland, como a muchos hombres, le gustaba demorar las cosas desagradables. Por eso le cogió desprevenido el estallido de la bomba.

La bomba estalló tres horas antes de la llegada de Astrid, el día 7 de julio de 1937. El señor Chang, notario y abogado de Shanghái, tras largas pesquisas había descubierto finalmente la actual residencia de Knut Wergeland, y le mandó a Bangkok una floreada carta con muy claras indicaciones. Suplicaba que la señorita Mailin Wergeland, hija de su cliente Lily Lee, le hiciera una pronta visita en Shanghái, puesto que tenía que comunicarle cosas muy importantes con relación al testamento de su difunta madre.

Knut Wergeland se hallaba sentado, solo, en la salita japonesa, y miraba fijamente el escrito. Precisamente Mailin estaba ahora adornando con flores tropicales la habitación de Astrid. Helene permanecía todavía en su pabellón, pintando un templo siamés, que en realidad parecía una casa de madera de Trondheim con ornatos poco

indicados. No tenía objeto alguno reflexionar sobre la clave de la dolencia que siempre se exacerbaba en tiempos de lluvia. Ésta era un molesto compañero de Knut y de Helene. El monzón de verano traía consigo pensamientos turbios, fiebre y cartas sembradas de amenazas.

Knut Wergeland encontró a su hermana inactiva ante su caballete y le explicó que en agosto marcharía a Shanghái para asistir a una subasta y que se llevaría a Mailin.

—¿Qué tiene que hacer la niña allí? —inquirió la señorita Wergeland en tono de discreta oposición, pero demasiado subido.

Miró a su hermano con tanta agudeza, que éste empezó a agitarse nervioso. Luego, vuelto de espaldas, le comunicó por qué Mailin debía ir a Shanghái. La señorita Wergeland se mantuvo callada un buen rato. Finalmente se hizo cargo de que era muy lógico que la chiquilla fuera a conocer a sus parientes por línea materna. También comprendió que no existían placeres eternos. La vida no era ninguna jira campestre, lo sabía muy bien. Se llevaría a Vivica a Trondheim... en el caso de que ya no volviera a oírse la voz de Mailin.

—¿Crees tú que Mailin... nos abandonará? —preguntó Knut.

—No seas bobo —respondió con amabilidad la señorita Wergeland—. Yo sé muy bien que nos pertenece. ¿Por qué me miras de ese modo? Mailin es muy sensata.

—Esto no tiene nada que ver con la sensatez, Helene.

—¿Tú crees? —preguntó la señorita Wergeland con sarcasmo—. Que yo sepa, en estos casos los chinos pueden tomar libremente sus decisiones. Por lo menos eso es lo que tú me has dicho siempre.

—Mailin no es del todo china.

La señorita Wergeland quedó sorprendida. Durante toda su vida se había opuesto a estos conocimientos. Y ahora su hermano había expresado precisamente lo que ella ya sabía desde hacía años. Debía ser la impresión... Se pasó su gruesa mano sobre el rostro húmedo.

—Tengo que ducharme —murmuró Helene—. ¡Este maldito calor! ¡Y Yumei enfrascada en el cuidado de sus niños!

—Helene —dijo el cónsul sin levantar la vista del suelo—. Yo no podría aguantarlo si Mailin se quedase en Shanghái.

—Nada nos impediría ir allí —contestó secamente la señorita Wergeland.

Nada en su rostro indicaba que Knut la hubiera hecho enfermar. Él hacía enfermar a todos aquéllos a quienes amaba. Durante estos años de intimidad Helene había rezado mucho por Yvonne... y de Borghild no hace falta decirlo. A Knut le preocupaban más sus porcelanas chinas y japonesas que los corazones de sus familiares más próximos.

—Sí. Tú también podrías ir allí —dijo Knut.

Y este *tú* fue una palabra pronunciada suavemente, una palabra que ofrecía a la señorita Wergeland perspectivas de un mundo completamente distinto. Tosió satisfecha y dijo a Knut que se tomara sus pastillas. El abogaducho chino no le

provocaría ningún ataque de bilis.

—¿Comerá Astrid pescado con salsa agridulce? —preguntó cuando se marchaba—. De niña era muy escrupulosa con las comidas. Por cierto, que yo me preocupaba siempre de hacerle perder esa mala costumbre.

—Ahora tiene ya diecinueve años y muchos modales —respondió consolador el cónsul, mirándola irónicamente.

En este caso el cónsul había demostrado ser un buen profeta: los modales de Astrid eran ciertamente maravillosos, tan maravillosos que con ellos haría volver medio loca a la señorita Wergeland.

Astrid permanecía de pie, orgullosa, junto a la borda del barco de cabotaje que la conducía desde Saigón hasta Bangkok. Había pasado una semana en Saigón en casa de su tío abuelo Antoine Clermont antes de dirigirse a Bangkok para reunirse con su familia noruega. El pequeño París de Indochina había contribuido a salvar felizmente el contraste existente entre las ciudades que conocía la muchacha y Bangkok. Entre sus ojos, azules, estrechamente juntos, se movía nerviosamente una pequeña arruga. Astrid tenía pocas ganas de volver a ver a tía Helene y a sus curiosas hermanastras; en París se había familiarizado completamente con los Clermont y vestía a la última moda. En ello influía mucho el hecho de haber heredado de su madre un gusto exquisito. Ésta le había marcado ante sí el camino que debía seguir. Exigía de sí misma y de las otras personas programas para su desenvolvimiento. Sólo tenía fantasía en las cosas que hacían referencia a la moda; en todas las demás eventualidades de la existencia se abandonaba a su sagaz inteligencia y a su dominio sobre sí misma. Astrid era muy independiente. Podía soportar tan poco como tía Helene que la contradijeran.

«Extravagante tipo», pensaba el joven que se encontraba a su lado, considerando con interés la silueta de Astrid, sus bien trazadas cejas, sus labios delgado y su figura elegante y sumamente esbelta. En Berlín no había una sola muchacha como ésta. Von Zabelsdorf la vio por vez primera el uno de agosto, en la *Société des Affreteurs Indochinois*, donde ambos habían acudido para poner en orden sus pasaje y desde entonces no la había perdido de vista. El muchacho quería visitar a un amigo en Bangkok y luego seguir su viaje por mar hasta Shanghái, donde desempeñaba un importante cargo en el *Deutsch-Asiatischen Bank*. Durante el viaje de Saigón hasta Bangkok comía con Astrid en la misma mesa del restaurante. El muchacho había empezado a darle conversación sin vacilar, pero la muchacha sólo había participado en ella con algunas breves sonrisas y muy pocas palabras. Pero el señor Von Zabelsdorf era berlinés. Esto quiere decir que incluso hubiera sido capaz de charlar alegremente con un témpano de hielo. En ninguna circunstancia de la vida le fallaba el habla, ni tampoco su serenidad, su presencia de ánimo y su fino humor. Ahora se hallaba apoyado en la borda, junto a Astrid, pensando que la puesta del sol en el

trópico no era tan cursi como se decía.

Astrid examinaba furtivamente al caballero corpulento como un árbol, amigo de la conversación, con cara de caballo de pura sangre, de cabellos muy clareados a pesar de su juventud, y cuyos ojos, vivos y agudos, observaban vigilantes el mundo con irónica y singular expresión. Entre sus labios sensuales sostenía un cigarrillo. El barón Von Zabelsdorf era muy distinto a todos los otros alemanes que le habían sido presentados a Astrid. ¿Pero por qué también él decía *Heil Hitler*^[26] cuando se encontraba con compatriotas en el Extremo Oriente? ¿Qué querían decir con eso? La muchacha tenía sus preocupaciones personales. También el señor Von Zabelsdorf las tenía, pero en esos momentos estaban en Shanghái.

Así fue como arribaron al puerto de Bangkok dos personas de mundos distintos. Ninguno de ellos podía prever en qué circunstancias volverían a encontrarse de nuevo. Esto lo saben raras veces las personas, y seguramente es mejor así. La ardiente puesta de sol confería un brillo rosado al traslúcido y pálido rostro de Astrid. Algunas veces daba la impresión de ser una estatua con vida interior. Pero el señor de Potsdam divisaba ya con sus gemelos el muelle de Bangkok; su amigo había venido a recibirle.

El pequeño puerto artificial parecía mecerse desidiosamente entre las aceitosas olas. Pequeñas canoas y grandes transatlánticos estaban anclados allí, bajo una lluvia que, muy lejos de refrescar, traía consigo una especie de calor húmedo. Unas barcas cubiertas con techos de bambú producían la sensación de ser inmóviles estatuas de bronce. En el cielo rojizo enderezaban sus copas descomunales árboles y se destacaban las extrañas cúpulas de algunos templos.

—Aquella es mi familia —murmuró Astrid, y dejó caer sus gemelos con un singular ademán de fatiga.

Se despidió con voz destemplada del barón Von Zabelsdorf, que estaba haciendo descuidadamente señas con su pañuelo de seda a un señor que se encontraba en el muelle. El caballero deseó a Astrid felices jornadas en Bangkok y renovó una última y jovial sonrisa.

Cinco minutos más tarde un señor con evidente acento austríaco estrechaba las manos del señor Von Zabelsdorf.

—Bien venido, Bibi —gritó entusiasmado—. Dime, ¿cuánto tiempo hacía ya que no nos veíamos?

—No hagamos ahora cuentas que nos harían sentirnos viejos.

El barón Von Zabelsdorf miró con una graciosa sonrisa a Astrid, que, en brazos de su padre, le saludaba con frialdad por última vez. Luego ella volvió la cabeza: el extranjero de Potsdam (Astrid no tenía la menor idea de dónde caía Potsdam) había sido muy complaciente.

—¿Quién es? —preguntó con curiosidad Konstantin von Wemer—. Una hermosa muchacha.

—Es la muda de Portici —contestó el señor Von Zabelsdorf arrojando al agua el cigarrillo apagado—. Cada palabra le cuesta un dólar. Durante este viaje ha hecho

bancarrota.

—Entonces tú eres mi hermana Mailin —pronunció Astrid, mirando sin ceremonias a la hija predilecta del cónsul Wergeland.

La señorita Wergeland dijo en voz alta:

—¡Vamos, niña! La cena nos aguarda en casa y Vivie perdería el juicio si tuviese que esperarte más tiempo.

—¿Tan fácilmente pierde el juicio? —preguntó Astrid.

—Estaba bromeando —contestó la señorita Wergeland irritada.

Ni ella misma sabía lo que no le gustaba en Astrid. La muchacha se mostraba extraordinariamente cortés, cosa a la que la señorita Wergeland concedía muy poco valor, y hablaba un buen noruego con ligero acento francés. Astrid había recibido lecciones en el curso de todos los últimos años. Realmente no se le podía reprochar nada. Lo único que ocurría era sencillamente que la distinguida muchacha de ojos azules y frescos en aquel rostro pálido y diáfano se granjeaba las amistades con la misma dificultad que cuando era niña. ¿Y cómo era posible que, sin embargo, siempre desease ser la «más querida de todos»? Era imposible descifrar esta incógnita en la expresión de su rostro. La señorita Wergeland se volvió hacia Mailin encogiéndose de hombros. Ésta miró sonriendo tranquila a Astrid y le tomó el impermeable y el sombrero. Astrid había abandonado en el puerto su maravilloso ramillete de flores. «Las personas no tienen siete manos y ocho pies», pensaba Mailin para disculpar a su hermana y para desterrar para siempre de su memoria esa falta de sensibilidad y de amor. «La hermana mayor» parecía muy cansada.

«Es bonita», se dijo Astrid sorprendida y observando fijamente, sin cumplidos, a Mailin. «¡Y muy juiciosa!», añadió para sus adentros. Esa criatura graciosa y esbelta, con inteligentes ojos rasgados, de nariz un poco pequeña, y de labios gruesos y voluptuosos irradiaba a su alrededor una apacibilidad sonriente que no dejó de causar cierta impresión en el ánimo de Astrid. El marfileño semblante de Mailin estaba pintado delicada y graciosamente. Se la veía llena de vida, pero también de tranquilidad. Parecía obligado confiar en ella. Era una sólida ave canora.

—¡Qué mal me sabe haber olvidado tus flores! —exclamó casi con timidez Astrid, que en ese momento cosechaba la primera mirada amistosa de la señorita Wergeland.

En la veranda^[27] de la casita estaba una niña de cabellos rubios, vestida de rosa, con un ramo de flores tropicales en la mano. Vivica se había pasado largas horas ante el espejo para estudiar el modo de causar el efecto apetecido. El vestido de los días de fiesta tenía un agujero que Vivica había ocultado con una flor... un detalle significativo para sus once años de edad.

«La hija de la vagabunda», pensó Astrid, quien no tardó mucho en descubrir el roto debajo de la flor. La vida le ofrecería muchas dificultades a causa de ese espíritu

observador y de su irritante memoria. Durante muchos años no había vuelto a pensar en aquella vagabunda que en otro tiempo le robó aquel padre antes tan venerado. Sin embargo, el vestido de Vivica le había hecho revivir esos recuerdos.

La niña miraba a Astrid con sus ojos verdes y enigmáticos. Vivica había estado rabiando de curiosidad por conocer a la hermana mayor y se había alegrado mucho al enterarse de que vendría. Creía que en cuanto su hermana mayor estuviese aquí ya no volvería a aburrirse jamás, pues le hablaría de las numerosas ciudades y personas que había visto. Pero la fría mirada de Astrid y su figura elegante, tiesa como un cirio y envuelta en un traje impecable, le habían desencantado. Ni siquiera sabía por qué. De pronto rompió en una luminosa carcajada. La señorita Wergeland arrugó la frente y le dijo que se dejase de estupideces.

Astrid observaba con gran atención a la hermosa y antojadiza criatura.

—¿Por qué te ríes, Vivica? —preguntó comedida.

—No lo sé —murmuró la pequeña.

Su labio superior, de un rojo pálido y de línea atrevida, parecía temblar de fastidio. Se arrojó vehemente en los brazos de la señorita Wergeland.

—Astrid es horrorosa, pero tiene un sombrero bonito —le susurró al oído entre sonrisas y lágrimas.

—Vamos a dormir, pequeña —repuso Helene con una asombrosa dulzura.

Cogió en brazos a la hija de la vagabunda como si fuera un bebé y entró con ella en la casa. Su hermano la contemplaba sorprendido.

La señorita Wergeland, completamente pálida, empezó a desnudar a Vivica. Miraba fijamente una pequeña alhaja. Era la campanilla de jade con la vieja inscripción «La prisa es un error». Helene no poseía la costumbre de hacer las cosas precipitadamente.

—¿Por qué llevas colgada la campanilla de jade, Vivica? —preguntó con calma—. ¿Y por qué la llevabas debajo del vestido?

—Mailin me la ha dado —respondió la niña, soñolienta y cambiando la expresión de su rostro.

La señorita Wergeland sintió en la medula de sus huesos que Vivica le mintiese. Era la primera vez que ocultaba alguna cosa.

—Devuélvesela a Mailin. La campanilla no me gusta —dijo Vivica, y cerró los ojos.

El tedio de la muchacha dibujaba ahora una delicada sombra en su rostro encantador.

—Duerme, pequeña.

Se había abierto un abismo. Mientras Helene restituía la joya a la arquita china de laca negra con dragones dorados de Mailin, pensó que la vida sería siempre muy complicada en lugar de ser clara y sencilla. El recuerdo de su habitación angular en Trondheim con vistas al fiordo y a las nubes pasajeras le causó un dolor casi corporal. ¿No se secaban las ramas de un árbol si se cortaba el tronco principal? ¡Y ahora sólo

faltaba que Astrid viniera a quedarse tres meses aquí con su mirada crítica y su cortesía y su memoria! La señorita Wergeland estaba desconcertada. Su lealtad fraterna se tambaleaba al darse cuenta de que su sobrina mayor le parecía aun mucho más insoportable que antes cuando acudía a mendigar amor. Astrid había cambiado mucho.

La señorita Wergeland volvió a salir al mirador, donde su hermano se hallaba mostrando a sus hijas las porcelanas chinas. Astrid sostenía un plato entre sus largas y delicadas manos. Era una porcelana de la «Familie Rose» del período de Ch'ien-Lung, hacia el año 1785. En el centro del plato se veía una delicada pintura que representaba a un pastor y a una hilandera. El cónsul les hizo saber que la fiesta de esa legendaria pareja de enamorados se celebraba a principios de otoño, en el «mes de los espíritus hambrientos». Mientras les explicaba detenidamente la romántica historia amorosa del pastor de vacas y de la joven hilandera, se añadió al grupo la señorita Wergeland. Astrid parecía entusiasmada y estudiaba atentamente el vestido de la celestial hilandera que reflejaba todos los colores del arco iris. «Los colores serían encantadores para un conjunto de primavera de París», pensó Astrid, anotando algo en su libre tita forrada de oro, regalo del tío abuelo Antoine. La historia amorosa, que despertaba siempre en Mailin un sentimiento de tristeza, no parecía impresionar lo más mínimo a Astrid.

—¿Cuánto darían por este plato en una almoneda? —preguntó a su padre.

—Nunca ha estado en venta —contestó el doctor Wergeland ligeramente contrariado—. Por cierto, el mes próximo tengo que ir a Shanghái para asistir a una gran subasta de objetos de arte. ¿Te gustaría acompañarme?

—¿Puedo hablar contigo un momento, Mailin? —preguntó la señorita Wergeland.

Todavía estaba muy pálida, pero se había sosegado ya. Había descubierto un nuevo abismo; acababa de darse cuenta de su existencia. Pero quería poner inmediatamente las cosas en claro, y en caso de necesidad aconsejar a Mailin que cerrara el joyero.

—Sí, me agradaría ir a Shanghái —contestó Astrid, pero no dijo por qué quería ir allí, ni su padre se lo preguntó.

Verdaderamente en la familia cada palabra parecía costar un dólar, como muy bien había podido comprobar el compañero de viaje de Astrid.

En ese preciso instante Ernst August von Zabelsdorf se hallaba sentado con su amigo vienes en el mirador de una casita tropical, separada por muy pocas residencias del hogar de los Wergeland. Si se subía al primer piso de esa vivienda podía verse perfectamente a los noruegos mientras comían y rezaban. Eso no entra en las costumbres de los vieneses.

—Todavía espero otra visita —dijo, mientras mataba de un golpe un par de mosquitos—. ¡Todo el mundo quiere saludarte, Bibi!

—¿Quién es «todo el mundo»? —preguntó Von Zabelsdorf, que tenía predilección por los informes exactos.

—Mi amigo Joseph Bopfinger de Munich, luego el doctor Engel de la «Casa Bayer». Además, éste traerá consigo a un japonés.

—Sólo falta un italiano.

En 1936 el Japón había firmado un pacto anticomunista con Alemania e Italia contra la Rusia soviética.

—¡El japonés es demasiado tímido, Bibi! Seguramente te tendrá un miedo terrible cuando te oiga hablar tan de prisa y reír como tú ríes.

—También yo soy terriblemente tímido —repuso el señor Von Zabelsdorf, levantándose para saludar al doctor Engel de la fábrica de colorantes Bayer de Leverkusen y al huésped japonés.

—¡Permítanme que les presente al barón Matsubara de Tokio! —dijo el doctor Engel con claro acento de Colonia.

Akiro Matsubara lanzó una furtiva mirada al señor Von Zabelsdorf. ¿No era un hombre importante del banco Alemán-Asiático de Shanghái? Tenía que cerciorarse. Parecía una amistad interesante.

—¿No nos conocemos de Shanghái, barón? —preguntó el señor Von Zabelsdorf al elegante japonés—. ¿No nos vimos en un bar o algún sitio así?

—Lo lamento infinitamente, señor. Sólo estuve en Shanghái irnos días en plan de turista.

El doctor Joseph Bopfinger, agregado comercial en la Embajada alemana de Bangkok, llegó como siempre demasiado tarde, y también como siempre sin aliento. El doctor Engel le saludó con un *Heil Hitler*. El muniqués le contestó malhumorado con un «Dios le guarde». Llevaba unas gafas muy oscuras, pues sus ojos no podían soportar el resplandeciente sol tropical.

Los cinco hombres que conversaban entre sí en inglés —el barón Matsubara sentía muchísimo no saber hablar alemán—, se expresaban dando muestras de una evidente divergencia de opiniones. El aristócrata vienés —sencillo, irreflexivo, sumamente amable y totalmente desinteresado de la política alemana— era un individuo a quien muy pronto le había sido facilitada una vida cómoda con fantásticas condiciones en calidad de consejero de la Legación; el corpulento berlinés, que se había bañado en todas las aguas y era descendiente de una vieja familia de oficiales, se había trasladado al campo de los juegos bancarios; el otro, el grueso agregado comercial de Munich, era amante de la música y hombre extravagante, un bávaro barroco, estrambótico, que además de su peso arrastraba como herencia en su sangre la afición a las fantasías y al sano realismo; el doctor Walter Engel era ambicioso y miembro de la NSDAP con la divisa: «Con Bayer-Leverkusen hasta la eternidad». Y entre ellos, destacaba el barón Matsubara, un valioso miembro de la policía del Japón.

«¿Qué buscaban estos alemanes en el Extremo Oriente? —se preguntaba Aloro

—. ¿Reconquistar posiciones perdidas? ¿O tal vez sólo les interesaban asuntos de industria química y de maquinaria?». El teniente Matsubara había recibido del doctor Engel toda una serie de productos «Bayer» de propaganda para Tokio. Los había hecho analizar y sabía que podrían ser imitados muy fácilmente en pequeños y baratos paquetitos con la misma inscripción, en el caso de que en los años venideros Japón consiguiera conquistar todo el Extremo Oriente y pudiera anular, como era su deseo, la importación europea. En la guerra siempre tenían éxito las imitaciones. El teniente Matsubara había mandado los preparados con determinadas instrucciones a las direcciones pertinentes de Tokio. Por otra parte, el doctor Engel había visitado las fábricas químicas de Tokio, y ahora hablaba en alemán de lo primitiva que era la maquinaria, de la lentitud de los trabajadores y de la pésima calidad de la producción. Los japoneses no eran más que hormigas al lado de la *Farbenfabriken Bayer A. G.*

—Por favor —susurró Zabelsdorf, mirando de reojo al huésped japonés—, cambien ustedes de conversación. ¡Cállense de una vez! Nuestro amigo...

—... no entiende una sola palabra de alemán —dijo tranquilamente el doctor Engel.

En ese preciso momento el japonés se levantó de su apartado rincón y expresó su infinito sentimiento por el hecho de que sus amigos tuvieran que dejar de hablar en alemán. Se inclinó profunda y jovialmente ante todos los presentes, apretando estrechamente sus brazos contra el cuerpo.

Sus ojos esquivaban la mirada de los respetables amigos alemanes. De repente el señor Von Zabelsdorf recordó dónde había visto anteriormente al barón Matsubara. No había sido en ningún bar o en un lugar semejante, sino en casa de Anna Weber, que daba lecciones de alemán. Anna Weber era uno de los problemas que tenía que resolver el señor Von Zabelsdorf. ¡La había hecho buena ese angelito^[28] de Leverkusen! «¡Qué insensatez!», pensó el señor Von Zabelsdorf. No dijo una sola palabra sobre el descubrimiento que acababa de hacer, observó al japonés y se dio cuenta de que el barón Matsubara, según su modesta opinión, era un joven experimentado. Lo comunicó en alemán a sus amigos. Su observación fue acogida con una carcajada. El doctor Engel era el que reía con más fuerza. ¡Conocía a ese barón Matsubara como a su bolsillo! ¡Bravo, señores míos!

El señor Von Zabelsdorf se despidió. Había estado todo el día de pie y necesitaba ir a dormir. Su amigo vienés le acompañó a una habitación que tenía un amplio balcón. Había un tupido mosquitero y unos pequeños cuadros de la vieja Viena colgaban en aquellas paredes blanqueadas con cal y engalanadas con manchas de humedad.

—¿Qué te pasa, Bibi? ¿Estás enojado con alguien?

—Nada de eso —contestó el señor Von Zabelsdorf, saliendo al balcón—. Pero vosotros seguid jugando con el japonés y diciendo tonterías, querido.

—Pero...

—Escúchame, si es que eres capaz de hacerlo.

Tras la explicación de Zabelsdorf el barón vienés parecía como si hubiera acabado de recibir un porrazo en la cabeza.

—Pero si el barón Matsubara ha dicho claramente que no entiende una sola palabra de alemán —balbuceó—. Además, a mí me es igual El doctor Engel...

Una larga mano le retuvo por la manga.

—¡Siempre con tu tranquilidad! Dime, ¿qué aprendéis, pues, en vuestras elementales escuelas diplomáticas?

El vienés lanzó una carcajada por toda respuesta. Luego preguntó:

—¿Puedes prestarme cien ticales^[29]?

—Ni hablar. Los asuntos de dinero empañan la amistad.

—¡Al contrario, Bibi! Te aseguro...

—Todavía me debes veinte marcos que te presté en el hipódromo de Auteil. Tengo testigos... ¡Caramba! —exclamó, mirando hacia un balcón que aún podía verse a medias en la penumbra que creaba el crepúsculo—. Es curioso.

—¿Qué sucede? —inquirió el barón Von Wemer.

—La muda de Portici —contestó Von Zabelsdorf—. ¿Cómo se explica? Durante el viaje hasta Bangkok no ha dicho ni tres palabras, y ahora no cesa de hablar.

Guardó sus anteojos.

—¿Desde cuándo observas desde lejos a las damas? —preguntó su amigo vienés.

—Buenas noches, Max —dijo Von Zabelsdorf.

—¿Cómo van los asuntos en Shanghái?

—Si te refieres a la señorita Anna Weber, muy bien.

Abajo, en la *veranda* tropical, los huéspedes de Wemer estaban conversando sobre las existencias minerales: estaño, cobre, wolframio, manganeso, petróleo. Ciertamente, vivían en países abundantes en esas materias, pero los yacimientos pertenecían a los ingleses en Malaya, a los franceses en Indochina y a los holandeses en las Indias holandesas.

—Los que se van a apoderar muy pronto de los yacimientos son los japoneses —profetizó el doctor Bopfinger de Munich.

—Sena estupendo. Tenemos buenas relaciones con ellos.

—Usted entiende mucho de química, mi querido Engel, pero lo que es de política, sabe usted bastante menos que nuestro buen barón Von Wemer.

El doctor Bopfinger se sentó al piano para «respirar», como él decía. Había pasado cuatro años en el Japón. Era un país con demasiadas personas y muy pocas materias primas. La vieja canción. Esa misma canción la cantaban también en Alemania desde después de la Primera Guerra Mundial. Japón solamente producía cuarenta y tres millones de toneladas de carbón y unos siete millones de toneladas de acero, cifras en las que había que incluir el material de Corea y Manchuria.

—Hoy ha comenzado la guerra —dijo Bopfinger al doctor Engel.

—¿Cuál?

—La guerra entre Japón y China. Ha estallado en el puente Marco Polo, en Pekín.

—Por ahora no necesitamos ni a los unos ni a los otros —observó el «ángel» de Leverkusen.

Cerró los ojos y se abandonó al miserable influjo de la fuerza de seducción de la música: Beethoven, el compositor favorito del teniente Matsubara, que conocía un poco la música alemana. También entendía la lengua alemana, pero no sus ideas. Akiro estuvo sentado en el balcón de su hotel hasta muy entrada la noche escribiendo un informe en el que incluyó una serie de documentos que llevaban como firmantes todos los nombres posibles.

A la mañana siguiente un joven japonés se presentó en la residencia del teniente Matsubara y recibió el paquete lacrado, que tenía que entregar personalmente al capitán Saito, o, para decirlo con más discreción, al *turista de Urakami*, que precisamente se encontraba de viaje por Indochina. Urakami, junto al encantador río del mismo nombre, era el arrabal industrial de la ciudad de Nagasaki, en las cercanías de la península de Hinsen, que despuntaba como una sorpresa sobre la isla de Kyushu.

Japón estaba formado por numerosas islas, y cada turista era también una isla. Los turistas saltaban al Asia sudoriental desde cualquier rincón o ángulo, causando la misma sorpresa que producía la península Hinsen en la isla de Kyushu.

El teniente Matsubara se puso ese mismo día en camino hacia Shanghái, para perfeccionar sus conocimientos de alemán con la señorita Anna Weber.

Capítulo II

EL TURISTA DE URAKAMI

Catorce días después de la llegada de Astrid, la señorita Wergeland se hallaba sentada en su mirador privado en Sathom Road escribiendo una carta a *La viuda de Aalesund*. Por cierto que, Laura Holgersen, había dejado de ser ya *La viuda de Aalesund*. Hacía un par de años que se había casado con un empleado danés de la administración forestal, que trabajaba para la *East Asiatic Company* —con la oficina central en Dinamarca, Copenhague— en las concesiones de madera de teca que la sociedad tenía en el norte de Siam. A la señorita Wergeland no le había parecido nada bien que Laura desapareciera entre las junglas, pero ya estaba acostumbrada a que los miembros de su familia hiciesen matrimonios sorprendentes y que luego vinieran a deshacerse en llantos.

Helene leyó con las cejas fruncidas la última carta de Laura. A sus pies estaba sentada la buena Yumei con el nuevo bebé y sus otros dos hijos, sin hacer nada. La señorita Wergeland sostenía la equivocada opinión de que Yumei tenía que «restablecerse» después del parto. Yumei acataba sonriente las órdenes de la señorita Wergeland, y entretanto pasaba el rato bordando unas pequeñas servilletas para los platos que luego debía mandar a la *missie* Laura Nielsen de Aalesund. Ésta vivía en Pré, mientras que su marido pasaba la mayor parte del año en la jungla en medio de los elefantes y los *coolies*. La señorita Wergeland secó el sudor que había quedado en la estilográfica y escribió:

Querida Laura:

Muchas gracias por tu carta del mes pasado. No puedo comprender por qué te pasas la vida quejándote. Como tienes miedo de los elefantes crees que te quedarás siempre en Pré y que ahí seguirás aburriéndote con los misioneros americanos y las esposas de los empleados de la administración forestal danesa. ¿Qué te parece si Astrid fuera a hacerte una visita en cuanto vuelva de Shanghái? A pesar de mis advertencias, Knut se marchó a Shanghái con Astrid y Mailin para asistir a una subasta. No tengo ninguna confianza en los japoneses; para variar serían capaces de arrojar unas bombas sobre Shanghái. Pero ni Knut ni Astrid admiten jamás un consejo. Mailin me prometió vigilar a los dos. Siempre ha sido para mí un secreto lo que Astrid quiere hacer en Shanghái y a quién desea visitar. ¡Ha cambiado tanto! Ya lo verás tú misma. Quizá Mailin permanezca más tiempo en Shanghái. En ese caso yo misma iría a visitarte a Pré con Vivica. Nuestra visita no te originaría ningún gasto. Tú eres una persona muy amable, pero él es un avaro.

Si va a veros algún turista japonés, en vuestro lugar yo alegraría el tifus. Es la

mejor excusa en tiempo de lluvia. Como supongo que tu matrimonio te ha hecho aun más olvidadiza, debo recordarte que tanto tú como tus sirvientes tenéis que vacunaros. Lo defectuosa que es tu memoria he podido comprobarlo en tu última carta. Me escribes refiriéndote a lo maravillosas que eran las conversaciones con tu primer marido en comparación con las del segundo. Recuerdo que en Trondheim me contabas que Sverre sólo sabía hablar de arenques. Poseo una memoria casi tan repelente como la de Astrid.

Yo me encuentro bien. ¡Gracias por tu interés! Es verdad que como aquí llueve siempre tengo un pesado reumatismo; pero no se es joven toda la vida.

No puedo decirte todavía si voy a volver o no definitivamente a Trondheim. Si lo hago, será dentro de cinco años. Ahora, con mis cincuenta y dos años, no soy precisamente un capullo de primavera, y las sorpresas que mi familia me depara constantemente tampoco me ponen de muy buen humor.

Por tu parte, debes animarte. Quien se casa debe siempre comer a cucharadas las sopas que él mismo cuece. ¡Ya te lo advertí! Encuentro que tu Mogens es verdaderamente un tipo encantador; pero de un hombre no se puede exigir demasiado. Éste fue también el pecado de nuestra pobre Borghild. Puesto que tú me lo preguntas te diré que sinceramente creo que soy la única persona de la familia que todavía no ha olvidado a la desventurada criatura. Desde la muerte de Borghild han cambiado mucho las cosas, en el mundo y en el estrecho ámbito de la familia.

Las muchachas están muy crecidas. Knut se ha convertido en un solitario. Por lo que a mí respecta, por lo menos así lo dice Knut, soy tan paciente como una tigresa y tan amable como un topo. A pesar de todo, creo que los dos nos llevamos muy bien. No hay duda de que me necesita, porque cada vez que menciono la posibilidad de volver a mi casa de Trondheim pone una cara sumamente agria.

¡No te dejes avasallar por la jungla!

Muchos saludos a los dos.

Tu vieja Helene

En el preciso instante en que Laura Nielsen se disponía a abrir la carta de su prima, el *coolie* anunció una visita, un turista japonés, que había tenido que dejar su coche en las cercanías de Pré por haberse quedado sin bencina. Era ya muy tarde, anochecía, y el turista de Urakami, lamentándolo mucho, no había podido encontrar albergue en la posada de Pré. Se hallaba tan gravemente corroído por las picaduras de los insectos que no veía otra solución que la de suplicar a la dama extranjera le concediese asilo por una noche.

El capitán Saito permaneció dos días en Pré. Durante este fin de semana tuvo ocasión de conocer al dueño de la casa. El señor Nielsen le invitó a ir a los almacenes de la jungla, donde le sería posible ver de cerca el transporte de madera de teca por

elefantes y donde también podría recoger toda clase de información acerca de la sociedad internacional de las maderas. Su entusiasmo por el turismo hizo tanta gracia al empleado de la administración forestal danesa que, orgulloso, contestó a un sinfín de preguntas que le parecían ingenuas. ¡Un modesto maestro de escuela de una desconocida región insular japonesa...! Era la primera vez que se encontraba en un país extranjero y admiraba a los daneses, tan solícitos, que le proveían de mucha cerveza «Carlsberg», y lo que era mucho más importante, de toda clase de información.

Así fue cómo el tímido y aplicado turista de Urakami se enteró de que los ingleses, daneses, franceses y chinos habían organizado a partir del siglo XIX la industria de la madera de teca y que ahora se dedicaban a una provechosa explotación. Los nativos estaban empleados como *coolies* o como conductores de elefantes. Era lo único que sabían de la industria maderera. Los gobiernos de aquellas tierras recibían de los extranjeros grandes sumas de dinero a cambio de las licencias de explotación. Es decir, todo se hallaba organizado a la perfección, ¿no es verdad? No, ¡los alemanes no sacaban ningún provecho de ese paraíso industrial! Sólo al comienzo habían organizado el trabajo forestal y habían mandado ingenieros a la jungla. El señor Nielsen, sonriendo, opinaba que los alemanes se consagraban más a la guerra que a la industria.

El turista de Urakami parecía estar muy entretenido, trataba de captar lo más interesante de todas esas observaciones y reía con la mayor fuerza que le era posible. Por la noche se retiró modestamente a su habitación de madera para leer su correspondencia y revelar sus fotografías. Lo fotografiaba todo con su ingenua admiración: los señores daneses, los *coolies* sonrientes enseñando los dientes, los sumisos conductores de elefantes, la marcha de los trabajos de la jungla, en la que tanto abundaba la fiebre, y que él podía atravesar, reconocer y visitar de un extremo a otro. ¡Qué estupendo sería si los siameses y birmanos pudieran vivir una época de tal prosperidad con la industria de madera de teca bajo la supervisión de los japoneses! Además, esa nueva reglamentación tendría la ventaja de que el Japón disfrutaría de un «precio excepcional» para la importación de dicha madera. Éstas eran las reflexiones que se hacía calmosamente el capitán Saito mientras, en el transcurso de aquellas sofocantes noches de agosto, permanecía sentado en la habitación de madera que Laura Nielsen había puesto a su disposición hospitalariamente. Era un país encantador y un maravilloso depósito de arroz, con almacenes de madera de teca y base aéreas. Con todos esos recursos se podría abastecer a todo un ejército en tiempo de guerra.

Una vez el capitán Saito hubo acabado con estos sueños de turista tomó el paquete de cartas que el teniente Matsubara le había mandado a Indochina. Aquí —en la tranquilidad de la selva virgen— encontraba por vez primera en su viaje de inspección un rato libre para estudiar detenidamente el contenido de esos mensajes. Poco después dejó a un lado el informe sobre la situación en Shanghái y pasó a

ocuparse con interés en las actas personales que había redactado el teniente Matsubara en Shanghái y en Bangkok. El Japón iba constantemente en busca de agentes extranjeros y amigos de los crisantemos imperiales, que todavía florecían secretamente, incluso en demasía. Un régimen policíaco con verdadero amor a las flores y a la meditación podía conseguir amigos. Y a un católico japonés, que al mismo tiempo fuera un buen patriota, le era posible deleitarse tanto con la fragancia de las rosas místicas como con el brillo de los crisantemos indígenas. El capitán Joseph Kitsutaro Saito era un creyente católico. Procedía de Urakami, de una región situada en los alrededores de Nagasaki, que desde el siglo XVII podía afirmar que por lo menos la mitad de los 300 000 cristianos del Japón le *correspondía* a ella. Los antepasados del capitán Saito —campesinos, maestros y sacerdotes— habían tenido que padecer persecuciones y matanzas a causa de sus creencias; y la gran catedral del Asia se encontraba en las cercanías de la península de Hinsen, que se destacaba como una sorpresa en la isla de Kyushu.

Joseph Kitsutaro Saito, en contra de la voluntad de su familia marchó a la academia militar de Tokio y debido a sus especiales facultades fue nombrado turista de primer grado al servicio de la policía secreta. Pertenecía a esa clase de turistas que en su equipaje llevaban una Kodak, tinta invisible y un rosario. El hombre que aquella noche estudiaba en la jungla, sembrada con millares de aullidos de animales, los informes de Bangkok y de Shanghái era un isleño de estatura media, regordete, con un cráneo esférico, orejas muy grandes, tres dientes anteriores prominentes, labios bien trazados y ojos redondos y sumamente fatigados, a través de los cuales hablaba un alma de dos caras. El capitán Saito debía esa sonriente apariencia a los tres incisivos sobresalientes que obligaban a sus labios a permanecer constantemente un poco abiertos. Ésta era una pequeña argucia, lo mismo que la tinta invisible, las fotografías de aficionado tomadas en las regiones asiáticas sudorientales estratégicas y notables y el delicado arte del jiu-jitsu.

El capitán Saito se levantó a las cuatro y media de la mañana siguiente y fue a dar un paseo solitario por la selva tropical que despedía los vapores de la lluvia. Quería disfrutar del puro y fresco aire matinal, ya que en Siam sólo podía respirar dificultosamente. Al mismo tiempo aprovechó el paseo para orientarse sobre los modernos métodos de transporte de la madera de teca. Los elefantes le infundían un terror inexplicable. Además, eran irnos animales muy antojadizos que cuando menos se lo esperaba uno caían en un estado de furor tremendo. El capitán Saito iba buscando y al final encontró un servicio de ferrocarril que la *East Asiatic Company* había instalado al este de Pré. Sacó una hermosa instantánea. Las gigantescas tecas (*Tectona grandis*), adornadas con hojas de un color verde oscuro, arrojaban pacíficas sombras, y algunas mostraban todavía sus bellísimas y artísticas copas floreadas de color blanco y negro. El capitán Saito encontró aún más encantador el panorama al

pensar que aquí se hallaba el verdadero paraíso mundial de la madera de teca. En cada kilómetro cuadrado de selva había nada menos que ciento cuarenta troncos. El capitán Saito buscaba en ese paraje poético un lugar adecuado y romántico donde poder cocer un poco de arroz. Quería tomar su desayuno aquí, y luego tenía intención de despedirse de quienes tan gentilmente le habían invitado. Por último dio con un hermoso sitio rodeado de blancas orquídeas: un diminuto saloncito de té lleno de tranquilidad y belleza, rodeado de agrestes montañas y espesos y ricos bosques.

Pronto llameó un fuego vivo, y el capitán Saito pudo cocer su arroz. Llevaba consigo sus utensilios de cocina especialmente preparados. De este modo podía disfrutar siempre de la naturaleza y hacer las delicias de sus amigos. En el fondo de su alforja había un grueso paquete de cartas. Eran las actas que había redactado el teniente Matsubara. Saito arrojó el paquete al fuego. Había digerido ya las informaciones, pues tenía una excepcional memoria. Las actas personales incluían toda una serie de nombres de muy distintas personas; las unas, «futuros agentes» las otras, gente cuya amistad era aconsejable cultivar, o, por el contrario, esquivar. A este último grupo pertenecía el doctor Engel, químico de las fábricas «Bayer». Había los nombres de otras gentes cuya procedencia, profesión o actividad, mentalidad, determinadas características corporales, etcétera, ofrecían muchas posibilidades de intervención; entre ellos se contaban damas y caballeros tan distinguidos como el señor Von Zabelsdorf, del Banco Alemán Asiático de Shanghái; la señorita Anna Weber, hija de un líder sindicalista de Breslau, profesora de idiomas y más pobre que una rata; tres aristócratas siameses que tenían que formarse en la academia militar de Tokio; el señor Pierre de Maury, colaborador de la *Ecole Française d'Extrême-Orient* en Hanoi, pero actualmente de visita en Shanghái, y la señorita Vera Leskaja, ayudanta de la dueña de un salón de belleza situado en el barrio extranjero de Shanghái. Leskaja, antigua agente de las grandes finanzas chinas y que desde hacía algunos años trabajaba en el Japón buscando oportunidades para el comerciante en objetos de arte Norinaga, había sido calurosamente recomendada por el teniente Matsubara. Era inteligente, conocía muchos idiomas, había sido desdeñosamente abandonada por su amante, y era una fecunda «antropóloga». Seguía un detallado proyecto concerniente a la manera de convertir a la señorita Leskaja en una agente principal sin que se dieran cuenta los chinos y los extranjeros.

Mientras Saito se encontraba todavía reflexionando sobre las consecuencias prácticas de esa carta con tantos datos, fue sorprendido por su anfitrión danés, quien llegó montado sobre un elefante. Hacía rato que los papeles habían sido reducidos a cenizas y que el arroz matutino estaba cocido. El señor Mogens Nielsen, a quien la, en un tiempo, *Viuda de Aalesund* atribuía tantos defectos, tenía el aspecto de un simpático hipopótamo, podía resistir muchos litros de cerveza «Carlsberg» y sabía tratar muy bien a los *coolies* y a los elefantes.

—Hallo, Mr.! —gritó amistosamente—. ¡Está usted haciendo una auténtica jira campestre! ¡Así me gustan a mí los turistas!

Joseph Kitsutaro sonrió con ayuda de sus tres incisivos y, con una profunda reverencia y un defectuoso inglés, invitó al señor Nielsen a compartir con él su miserable desayuno.

Allí estaba todo: una latita de conservas con algas marinas bien tostadas y oliendo a yodo, arroz perlero en un platito de laca y un jarrito de té.

Indudablemente para el turista de Urakami la vida era ahora una verdadera jira campestre.

Capítulo III

LOS MUÑECOS DEL TENIENTE MATSUBARA

Desde su llegada a Shanghái, Astrid experimentaba la sensación de que había vivido siempre allí. Cuando desde su ventana del «Cathay Hotel» contemplaba a la multitud cosmopolita en el Jessfield-Park, reflexionaba sobre lo raro que era ver ahora a una pequeña muchachita china jugando en la *veranda* de Yvonne, mientras su ama le contaba tremebundos cuentos chinos, o bien se restregaba la boca con un billete de Banco —una súplica tan bien intencionada como antihigiénica al dios de las riquezas—; Astrid tenía la impresión de que le eran familiares al aire, todas las personas y las piedras de la ciudad. Después de su breve pero fructuosa visita al padre Lavalette, algo había florecido en su interior que la hacía sentirse feliz. Como es natural, esto no se lo confió ni a su padre ni a Mailin. Con ésta no lograba trabar una amistad íntima, a pesar de que lo deseaba; deseo que, por otra parte, la sorprendía bastante. Pero todavía anhelaba mucho más que alguien la llamara por teléfono al hotel. El deseo se cumplió el tres de agosto. Contra lo que era su costumbre, Astrid estaba demorándose demasiado; el cónsul Wergeland la aguardaba impaciente en el vestíbulo, puesto que la subasta iba a empezar. Arriba sonó el teléfono. Un botones anunció:

—¡Señorita Clermont Wergeland, la llaman al teléfono!

—¿Entonces es verdad que ha venido a Shanghái? —preguntó una voz.

—Sí —contestó Astrid.

—¿Y qué tal está usted?

—Bien, gracias.

—¿Todavía tiene ganas de visitar un auténtico restaurante japonés? ¿O bien sólo fue un capricho, señorita?

—De ningún modo —respondió Astrid.

—¿Se encuentra usted sola en Shanghái, señorita?

—No, pero eso no importa. Yo...

—No ha terminado usted la frase, señorita.

—Es cierto.

Astrid, con el auricular en la mano, reflexionaba.

—¡Se ha quedado usted muy callada, señorita! ¿No quiere volver a instruirme un poco? *Eh, bien...*, ¡esperemos!

—*Au revoir, monsieur* —dijo Astrid, sin abandonar el auricular.

En esos momentos estaba más pálida que de costumbre. Odiaba esas alegrías que ella quería y no podía comunicar. Tenía diecinueve años se tomaba muy en serio a los hombres. Amaba a ese hombre. Esa intranquilidad, esas palpitaciones, el deseo de

encontrarse sola, ¡eso debía ser amor!

¿Tiene usted esta noche una hora libre para visitar un Montparnasse japonés, señorita? Me encantaría enseñárselo.

—¿Dónde está?

Naturalmente, iré a recogerla en un taxi. Como en París.

No —repuso Astrid rápidamente—. No puede ser.

—¿Por qué no, *ma chère*?

—¿Dónde está ese local? —interrogó Astrid, nerviosa.

Su padre había entrado en la cabina telefónica. Sostenía desesperadamente el auricular con su larga y delicada mano. ¿Dónde podría encontrar a su único amigo en la descomunal ciudad de Shanghái?

—Es el restaurante de «Los Crisantemos Blancos» y se halla detrás de Kiangse Road, al sur de Nanking Road. ¿Le va bien a las ocho, señorita?

—Quizá —contestó Astrid y colgó el auricular.

—¿Con quién has estado hablando tanto tiempo? —le preguntó su padre.

—Con un amigo de París, papá. Me ha invitado a cenar esta noche en un restaurante japonés.

—¡Caramba! ¿Y quién es?

Astrid contó a su padre quién era, y rápidamente añadió que el muchacho era de una antigua y distinguida familia.

—¿Dónde lo conociste? —inquirió inflexible el doctor Wergeland.

—En casa de mi prima Amélie Clermont.

El rostro del doctor Wergeland adoptó una expresión como si tuviera dolor de muelas.

—Horrorosa persona —observó—. Vámonos. La subasta no espera.

—¡Por favor, papá, perdóname el retraso!

—Siempre haces lo que te parece bien, y luego te disculpas —dijo el doctor Wergeland, distraído.

Su espíritu estaba presente en la subasta. Se subastaban jarrones Ming, trabajos en laca y tallas de madera japonesas. Viendo todas esas cosas se sentía rejuvenecer. Por otra parte, Astrid parecía haber heredado su buen gusto. Prestaba mucha atención cuando se trataba de alguna de las pequeñas obras de arte asiáticas. Así era como entre padre e hija iba tendiéndose un puente intelectual, muy distinto del que unía el amor del padre con el de Mailin, pero del que Astrid estaba muy contenta. En su interior el doctor Wergeland se sentía muy satisfecho de su hija, que había cumplido ya los diecinueve años. Astrid había aprendido en París el modo de presentarse bien. Pero no tenía ni pizca de la gracia de Mailin. La suya era una belleza fea, como la de su madre. Sin embargo resultaba muy sugestiva, pensaba el cónsul. Su silueta era maravillosa. Por lo demás, no veía inconveniente alguno en que se tratara con ese conocido de París. Cuando volviera de nuevo allí, haría muchas más amistades sin que su padre pudiera controlarla. Además, Astrid sabía andar con cuidado.

—¿Dónde ha de tener lugar la importante cena? —preguntó de buen humor.

—En «Los Crisantemos Blancos»... detrás de Kiangse Road. No está lejos del hotel —contestó Astrid sin titubeos.

Su padre debía notar que su respuesta era tranquila. ¡Pero no tenía que ver al amigo! Astrid lo quería para ella sola.

—«Los Crisantemos Blancos» es un bello restaurante. Por lo menos lo era en mis tiempos. Yo iba a comer allí a menudo con los japoneses.

Astrid callaba. Lo que había hecho su padre en Shanghái doce años antes le parecía un teatro de sombras chinescas para viejos.

El cónsul decidió ir a buscar a Astrid a las diez a «Los Crisantemos Blancos». Hasta esa hora tendría tiempo suficiente para charlar con su amigo de lo más importante de París. No tenía en cuenta que dos horas significaban muy poco tiempo para Astrid, a quien cada palabra parecía costarle un dólar. Él mismo deseaba comer con Mailin en el hotel. Había que aprovechar la ocasión... ¡porque el notario esperaba!, Astrid no podría sustituir jamás a Mailin, pensó Knut Wergeland cuando entraron en la sala de la almoneda. Numerosas miradas se dirigieron al interesante noruego y a las dos muchachas que le acompañaban. ¿Serían sus amigas?, se preguntaron muchas europeas y americanas. Astrid hubiera quedado muda de asombro si hubiera sabido que las damas jóvenes no encontraban a su padre tan viejo como ella lo consideraba.

Astrid veía como a través de un velo las preciosas obras de arte, a los febrilmente excitados señores de todas las razas y naciones, y a Mailin, una figura de marfil de nariz alargada y profundos ojos chinos. En ese momento se le ocurrió que su amigo no tenía por qué ver la conmovedora y extraordinaria belleza de su hermana Mailin.

«¡Nunca!», pensó. Durante unos segundos miró atentamente a Mailin como si fuera una extraña. Luego se fijó en los precios que se pagaban por viejas obras de arte en un Shanghái amenazado por la guerra. Su padre estaba inmóvilmente sentado en una butaca y esperaba el comienzo del espectáculo. Tenía su brazo derecho colocado encima del hombro de Mailin, como si se la quisieran arrebatar. Le parecía estupendo que a Astrid la hubieran invitado a cenar esa noche.

Astrid se hallaba absorta ante el espejo. Su cabellera excesivamente delicada —su eterna obsesión— tenía un aspecto muerto, y además estaba humedecido. Era imposible ya que esta noche... Consultó su reloj de pulsera. Su vestido blanco era maravilloso. Quería ponerse también los rubíes de su madre. Llamó al timbre y preguntó por una peluquera y masajista. Tenía dos manchas rojas en la aleta izquierda de la nariz. El calor húmedo del Shanghái estival echaba a perder su diáfano y pálido cutis. Poco después se dirigía a casa de la señora Ninette, un salón de belleza ruso situado en Nanking Road.

First class, había murmurado el portero, que recibía de Vera Leskaja un tanto por ciento por cada cliente que le mandaba. En casa de la señora Ninette sólo servían a señoras blancas. Allí se hacía de todo: masajes faciales, eliminación de pequeños

defectos cutáneos, peluquería, manicura, pedicura; se daban informes y se procuraban amantes y agentes de todas clases. Estas tres últimas especialidades no se citaban en el prospecto que adornaban un frasco de perfumes de París y unas flores de ciruelo chinas. Astrid tenía aún tres horas de tiempo para hacerse un tratamiento de belleza. Su padre descansaba en el hotel y Mailin se dedicaba a redactar su diario. En realidad pintaba en el diario; tenía la peculiaridad típica de los chinos de escribir en grabados. Mailin no había llevado jamás al papel los sentimientos e ideas expresados en palabras.

En cambio, el diario del teniente Matsubara no mostraba ningún dibujo; el joven escribía delicadamente numerosas páginas con rasgos que parecían de hormiga. Sólo utilizaba la máquina de escribir en casos de necesidad o para comunicados oficiales. En ese preciso instante el teniente Matsubara se hallaba pintando con un fino pincel artísticas letras con la habitual paciencia japonesa: pensaba nuevas combinaciones y en ellas movía a los hombres como a muñecos en un escenario invisible. Se había traído a su hotel de Shanghái algunas piezas especialmente bonitas de la valiosa colección de muñecos ceremoniales que había heredado de sus antepasados. Le recordaban la casa de su padre en Tokio y conversaban con él de un modo sumamente curioso.

Uno de sus muñecos vivientes estaba peinando en ese instante la delicada y rubio-pálida cabellera de una joven noruega con elegancia parisiense.

—¿Puedo probar un nuevo peinado, señorita? —preguntó la exestudiante de medicina Anna Weber de Breslau en un candoroso francés de colegio—. Creo que será mejor poner unas trenzas alrededor de la cabeza; el pelo estará así mejor que con moños.

—¡Una idea estupenda! —exclamó Astrid, electrizada, pensando que debía dar una buena propina a la mañosa muchacha—. ¿Tenía usted antes una peluquería?

—No, señorita —respondió con brevedad Anna Weber—. Yo procedo de los montes de Silesia. Más tarde fuimos a vivir a Breslau. Eso fue un error.

Astrid contuvo un bostezo. El peinado sería maravilloso. La muchacha incluso intentaba ser amable.

—¿Está Breslau cerca de Potsdam? —preguntó para demostrar su interés. Amélie Clermont decía siempre que el «personal» trabaja mucho mejor cuando se le demuestra interés.

Faltó poco para que el cepillo del cabello se le cayera de las manos a Anna Weber. Por un momento abrió desmesuradamente sus ojos azules. ¿Cómo era posible que esta muchacha hubiera hablado de Potsdam? Ernest August Zabelsdorf era el único hombre de Potsdam en Shanghái y sus alrededores. Pero no, seguramente la cliente había leído alguna cosa sobre Potsdam en un periódico ilustrado. Anna acabó de fijar la segunda trenza y explicó que Breslau no se hallaba en las cercanías de Potsdam.

—¿Sabe usted por casualidad dónde se encuentra el local «Los Crisantemos

Blancos»? —inquirió Astrid.

Anna volvió a estremecerse. ¿Estaría soñando? Había estado allí algunas veces con *Ernstel*, como ella llamaba con buen acento silesiano al señor Von Zabelsdorf. ¿Qué compromiso tendría esta joven dama de figura distinguida y tan elegantemente vestida? ¿La engañaba? Anna contempló en el espejo de la cabina rosa su propio semblante, pálido y ligeramente desencajado. Era un rostro con ojos inteligentes y de mirada cordial y con una boca que raramente sonreía con alegría, pero que no podía ocultar su fácil predisposición a la sonrisa. A los veintiún años la muerte de los sentimientos está todavía muy lejana.

Explicó a la cliente la situación del restaurante, y de nuevo volvió a temblar cuando le fue ofrecida la propina. Una estúpida costumbre de otros tiempos. Anna era la primera persona de la familia Weber que recibía una propina en sus manos.

—*Merci, mademoiselle* —murmuró, haciendo una reverencia, tal como exigía la señora Ninette.

Astrid abandonó el local rosa tras haber hecho una graciosa inclinación de cabeza a la peluquera. Así saludaban los Clermont. Astrid lo había aprendido de ellos.

Anna se dirigió a la oficina y pidió un anticipo. Ni siquiera los caseros del barato barrio de los emigrantes, el barrio Hongkew, esperaban perpetuamente los alquileres. Había vendido ya todas sus joyas, incluso la medalla de santa Eudivigis de Breslau, que, por cierto, no había querido ningún comerciante chino, a pesar de que la santa de Silesia tenía cierto parecido con Kuan Ying, la diosa de la misericordia.

—¿Se ocupa usted de lo que tiene que ocuparse? —preguntó una rusa vestida con traje gris, de pelo descolorido, que estaba fumando un cigarrillo—. El cliente necesita la correspondencia del señor Hsin con el Banco Alemán-Asiático.

—No he tenido ocasión, señora —murmuró Anna.

—Entonces preocúpese de ese asunto. Los japoneses no conceden ningún valor a las gentes que esperan que la ocasión les caiga del cielo.

Anna calló. Era fácil ir con Ernst von Zabelsdorf a su habitación y revolverle a escondidas su escritorio mientras él escuchaba la radio. Pero, sin embargo, resultaba desagradable. Y además era un pecado.

—Ningún metal es tan duro que el fuego no pueda fundirlo, y ningún negocio es tan malo que no permita sacar algún dinero —tal fue la frase que Vera Leskaja citó de «La sabiduría del pueblo chino».

Hacía doce años que había aprendido esta ciencia en una degenerada casa de huéspedes, en la época en que Boris la abandonó. Todo aquello ya no era verdad. Todo daba vueltas en este mundo, y también las habían dado Vera Leskaja y la señora Ninette. Si esta testaruda joven alemana no quería dar vueltas, ya vería dónde se quedaba. La moral era algo para la gente rica.

—Así, pues, sólo le resta a usted el otro camino. Allí la demanda es mayor que la oferta. Verdaderamente, Shanghái es la ciudad del amor —dijo Vera Leskaja mientras encendía el cigarrillo número treinta de aquel día.

Su vestido gris, su descolorida tez, sus codiciosos y desconfiados ojos y su amargado rostro le conferirían en aquel salón rosa financiado por los japoneses el aspecto de un retrato de Goya en su peor humor. En ese momento parecía realmente como si Vera Leskaja hubiera muerto ya, pero sin haberlo anunciado todavía el correo de la mañana. Su cerebro debía estar lleno de telarañas, y así de velados debían ser sus intenciones y sentimientos.

—¿Cree usted que es demasiado buena para la Nanking Road? —preguntó dulcemente.

—Yo no puedo hacer una cosa semejante —respondió Anna Weber—. ¡Por favor, deme usted el anticipo, señorita Leskaja!

—Se cavará usted misma su tumba si no quiere emplear su propia fuente de ingresos —dijo Vera Leskaja con la severidad de una pobre maestra de escuela rusa—. Tráigame usted lo uno, o bien lo otro. No tiene otra elección, *Au revoir!*

Ante su propio asombro, Aúna se dio cuenta de que temblaba a pesar del agobiante calor de agosto. Su robusto y joven cuerpo de campesina vestido con aquel traje blanco lavable floreado y con cuello de colegiala se tambaleó por unos momentos como uno de los árboles de su patria cuando sopla el viento fuerte. Cuando estudiaba medicina en Breslau era lenta y reflexiva. Hallándose en el segundo curso, su padre, que siempre permaneció leal al sindicato, fue llevado preso a un campo de concentración, y más tarde fue acribillado a balazos al intentar la fuga. Uno de tantos destinos en el Tercer Reich. La madre de Anna, la piadosa hija de un intendente de minas, no tardó en seguir a su esposo. Y Anna quedó llena de espanto en la vacía vivienda de Breslau. Una noche vino a su casa un vecino, un abogado judío, por el cual ya no volvería a ser protegida nunca más.

—Ahora, niña —le había susurrado con buen acento de Silesia—, todo va a ir bien.

Y luego el doctor Goldberg le propuso emigrar con él y con su joven esposa a Shanghái. Su hijita ya no estaba con ellos —no le dijo nunca lo que le había ocurrido a la hijita un año antes— y la pobre Anna se sentía muy sola y ya no quería volver a ver a nadie desde que le habían abandonado el padre y la madre.

—¿Y qué haremos en Shanghái, señor doctor? —preguntó Anna completamente desconcertada.

El doctor Goldberg le contestó con la ciencia propia de su pueblo que ellos querían «vivir» en Shanghái. Esto era una buena cosa. Precisamente había aprendido a poner medias suelas a los zapatos en casa de su viejo y estimado zapatero, un hombre que lanzaba tantos improperios contra los nazis y sus «satélites» que el doctor Goldberg le veía ya en un campo de concentración. Esto no volvería a ocurrir nunca más en la vieja Breslau, solía refunfuñar el maestro zapatero, y su antiguo aprendiz también corroboraba con una inclinación de cabeza su afirmación. Pero la verdad era que ya no se volvería a gozar de apacibilidad en la vieja ciudad del Oder.

—Pero —tartamudeó la pequeña Anna— Shanghái está demasiado lejos, señor

doctor. Tendría que ser algún sitio un poco más cerca de Breslau.

El doctor Goldberg era también de la misma opinión, pero tenía que ir a Shanghái. El hecho es que para celebrar la despedida bebieron una copa de licor de zarzamora en la elegante y amplia residencia de los Goldberg. Antes de emprender la marcha Anna fue al cementerio a visitar la tumba de su padre y de su madre. Poco después salían para Shanghái con la intención de empezar allí la difícil tarea de una vida completamente nueva. Una tarea que le daría mucho que reflexionar. En poco tiempo se había convertido en uno de los puntales más fuertes del salón Ninette, pero su amigo, el abogado defensor de Breslau que la había tomado consigo al encontrarse sola y abandonada, ya no estaba en esta ciudad extranjera situada a orillas del mar. Ya no ponía medias suelas a los zapatos de los fugitivos austríacos y alemanes. Era un hombre que había defendido a justos e injustos en la celestial región de Silesia, pensó Anna mientras caminaba junto con un grupo de cientos de emigrados que conducía al abogado defensor de Breslau a una tierra extraña que habría de ser su última morada de descanso. Los Goldberg vivían en una casa de Hongkew, y los chinos los contemplaban compasivos y dispuestos a prestar su ayuda a aquellos «dioses blancos» que habían sido desposeídos de sus derechos.

El «diablo extranjero» había sido bueno con ellos y por eso le rindieron los últimos honores con sus mujeres, hijos y concubinas.

Después Anna trabajó con la joven viuda, que no había aprendido nunca nada, que había vestido con elegancia y que había regentado una gran casa. Hanna Goldberg había aprendido en los últimos tiempos a vaciar orinales en un hospital chino. Su casero chino la había llevado allí para que así pudiera pagarle su arroz y para que también las jóvenes *missies* lo tuvieran con mayor facilidad. En China, había dicho el señor Wen con su voz consoladora, había que empezar a trabajar de joven, puesto que con un grano de arroz no se podía pensar en montar un molino. Se sentía extremadamente turbado ante esas *tai-tai*^[30] más pobres que una rata, las cuales no se avenían con su ceremoniosa concepción del mundo. Durante muchos siglos los dioses blancos de China se habían ocupado en el comercio y las finanzas; siempre habían poseído las mejores casas, los más hábiles cocineros y las bailarinas de pies más ligeros. Sus *missies* siempre mandaban y las hijas del señor Wen tenían que servirles y escucharlas atentamente. Y ahora había aquí una diosa blanca de muy mal aspecto y el señor Wen intentaba preservarla de la muerte por inanición. La *tai-tai* contaba veintisiete años de edad y sabía muy poco de la lucha por la existencia, mucho menos que la menor de sus nietas, que vendía pescado en Hongkew y que ayudaba a su respetable madre a ir aumentando constantemente los precios que, dada la situación insegura de Shanghái, eran cada vez más elevados.

Hanna Goldberg era quién más preocupaba a Anna. Era una de esas mujeres que «en casa» todo lo encuentran limpio y confortable. No pudo permanecer por mucho tiempo en el hospital: no podía entenderse ni con las enfermeras ni con los pacientes. Sus hermosos ojos oscuros estaban enrojecidos de tanto llorar. Siempre había oído

decir que los chinos eran muy corteses. Pero ignoraba que en China nadie es amable con los pobres. Cuando una noche Anna regresó a casa, después de un día de trabajo, comprobó que Hanna estaba ausente. No llegó hasta ya bien entrada la noche. Venía vestida con su traje de noche blanco de Breslau y llevaba encima el abrigo de pieles. Anna no dijo una sola palabra mientras la amiga le entregaba el dinero, pero lloró por vez primera después de la muerte de sus padres. Hanna tuvo que consolarla.

—No te preocupes de dónde lo he sacado, Anna. Yo cierro los ojos y pienso que estoy de nuevo en nuestra casita de verano en Agnetendorf.

Y ahora Anna Weber se encontraba ataviada con el elegante vestido de colegiala ante Vera Leskaja, y tuvo que cerrar los ojos para poder pensar en el modo de pagar el alquiler. Hacía tiempo que Hanna Goldberg no vivía ya con ella. Un adinerado chino la había alojado elegantemente en Bubbling Well Road. Una «mujer para pasar el rato», de piel blanca, le daba al señor Chou mucha «categoría» en los círculos bancarios del Shanghái de 1937.

—Quizá vuelva a tener como alumno de alemán a algún japonés —dijo Anna.

No sabía que los estudiantes no venían ahora a clase porque así lo había ordenado el teniente Matsubara. Anna Weber era una perfecta idiota por no querer robar a un compatriota suyo la correspondencia que éste guardaba en su escritorio. Así, pues, sólo le quedaba la otra solución. Esa noche quería ir a reunirse por última vez con *Ernstel* en «Los Crisantemos Blancos». Pero él no tenía que saber nada. Celebraría la despedida ella sola.

El teniente Matsubara, a quien Anna Weber había instruido mucho en alemán, y a quien conocía por el nombre de *Doctor Tekiho*, no sospechaba que la muchacha era un muñeco con la testarudez propia de la gente de Silesia. Necesitaba a una alemana inteligente que hiciera de espía entre sus honorables compatriotas. El Pacto Anticomunista no estimulaba la confianza recíproca. El doctor Tekiho desconfiaba de todo el mundo.

Anna se dirigió a la cabina telefónica del salón de belleza y marcó un número. Una jovial voz masculina exclamó:

—Zabelsdorf *speaking!*

—¡Soy yo, Ernstel!

—¿Has terminado ya tu trabajo en el salón, Anna?

—Sí.

No le dijo que ya no iría a verle nunca más porque ahora tenía que seguirle los pasos cuidadosamente. Todavía estaba temblando. El señor Von Zabelsdorf sabía muy poco de su vida, aparte de que trabajaba en el salón Ninette y de que daba lecciones de idiomas. La consideraba una muchacha bonita y formal.

—¿No vamos a tomar nuestra rebanada de pan con mantequilla de la amistad en «Los Crisantemos Blancos»?

—¡Con mucho gusto! Gracias, Ernstel.

—Hoy tienes una voz enfermiza. ¿Qué te pasa, pequeña?

—Nada.

—Así, pues, hasta las ocho. No faltes. ¡Y no hagas ninguna tontería!

—¡Hasta la vista!

Ernst August sostenía aún el auricular entre sus manos. ¿Qué le pasarían a la pequeña?

—Óyeme..., Anna —volvió a gritar, pero la muchacha ya había colgado.

Arrugó la frente. Algo no le iba bien a Anna. Sacudió la cabeza y fue a reunirse con el barón Matsubara. Desgraciadamente, esta noche no podría cenar con el barón. Haría ver que tenía un resfriado y fiebre. Sólo faltaría que justamente se encontrase con el barón Matsubara en el lugar de la cita con Anna. Ésta le llamaba muy pocas veces. También aceptaba muy raramente sus invitaciones. El señor Von Zabelsdorf empezó a silbar tímidamente. Era un berlinés alegre y luminoso, pero de pronto se sintió como rodeado de tinieblas: uno no podía disculparse ante un japonés importante aunque estuviera muriéndose. Y si fuese necesario, incluso tendría que acudir con el coche de muertos.

Los tiempos cambiaban y los locales también. «Los Crisantemos Blancos», que doce años atrás era un restaurante japonés sumamente típico, había variado tanto como el salón de belleza de la señora Ninette. Para el uso exclusivo de los japoneses existía todavía el ala antigua donde en otro tiempo había comido el joven señor Matsubara un plato de *tempura* acompañado de Borghild. Pero los crisantemos habían crecido considerablemente. Ahora era un restaurante occidental, absolutamente vulgar, y constantemente lleno de extranjeros. Además había una pista de baile iluminada chillonamente. El teniente Matsubara se sentía siempre deslumbrado por la moderna y potente iluminación que remaba actualmente en todo el edificio, con los gabinetes privados y con las paredes adornadas con unos nichos llenos de flores y cuadros. Sólo se encontraba bien en un mundo pleno de sutiles sombras y lejos de los productos industriales fabricados en serie. Únicamente la penumbra pocha inspirar a las almas y los espíritus. Protegido con unas oscuras gafas de sol, Aloro atravesó precipitadamente la barbárica sala del recibidor y, conteniendo el aliento, penetró en un reservado del ala antigua del edificio. Una sirvienta japonesa, arrodillada, le alargó el kimono y le quitó los zapatos americanos.

—¿Ha llegado ya? —preguntó él.

—No, señor.

—Avísame inmediatamente en cuanto aparezca.

—Sí, señor. Ha reservado el gabinete número siete y ha encargado una cena japonesa para dos personas.

—Es éste.

El teniente Matsubara sacó una fotografía de su cartera. La camarera la observó detenidamente en silencio.

—Mañana salgo para Tokio. Esta noche he de hablar con él, ¡pero tiene que ser como por casualidad! Cuando tú les sirvas él te deja la puerta abierta. En ese momento pasaré yo por delante y le saludaré. ¿Comprendido? Escucha con atención la conversación del señor y de su acompañante ¿Es una dama?

Ha encargado la cena número uno para él y para una dama. Hablaba francés.

—¡Tráeme la cena!

—Sí, señor.

La pequeña Yuriko desapareció rápidamente. Tenía mucho miedo del teniente Matsubara y sentía nostalgia por la universidad de Tokio. Pero contra el amor no había nada que hacer. Siempre se hallaba mezclado con el miedo. Sin embargo, Yuriko estaba resignada. Pronto partiría de nuevo Akiro. El teniente no le había dicho que le esperase esta noche. El barón Matsubara era un señor y un amante demasiado severo para una joven estudiante que se había descarriado por los caminos del servicio secreto. Yuriko se secó muy cuidadosamente las lágrimas para que no le estropearan la pintura. Como era camarera no podía llevar gafas, a pesar de que realmente era corta de vista. Las camareras con gafas echaban a perder aquel romanticismo por el que los extranjeros pagaban con dólares en «Los Crisantemos Blancos». ¿Qué tendría que hacer en Tokio el teniente Matsubara? Si Yuriko hubiera sabido que iba allí para visitar a la mujer inmensamente rica que la familia le había buscado, se hubiera sentido aún mucho más triste.

No disponía de tiempo para llorar. Cada vez era mayor el número de extranjeros que acudían a «Los Crisantemos Blancos» y todos hablaban despreocupadamente en presencia de la pequeña camarera. Yuriko, becada por el Estado, había estado un año en París y otro en Nueva York, y allí había aprendido el lenguaje de los extranjeros. El jefe de recepción del restaurante mandaba regularmente al teniente Matsubara la lista de los huéspedes que encargaban gabinetes reservados. De este modo el día anterior había descubierto el nombre del francés con el que había hecho una buena amistad en París. El señor de Maury cenaría esta noche con una tal «señorita Clermont» en el reservado número siete.

Astrid se sentía tan feliz de estar sentada en unos almohadones de seda, frente a una pequeña mesita de laca, en el reservado número siete y acompañada de Pierre de Maury, que incluso le costaba un poco ocultar sus sentimientos ante él. Rechazó indignada el quimono que le ofrecía Yuriko con una profunda reverencia. El quimono hubiera echado a perder el magnífico efecto que causaban sus rubíes y su vestido blanco.

Pierre había venido a Shanghái desde Hanoi para entrevistarse con el padre Lavalette, miembro consultivo de la *Ecole Française d'Extrême-Orient*, y hablar con él de los últimos acontecimientos de Camboya y de un programa de estudios para los estudiantes nativos del Instituto. El activo sacerdote de la Compañía de Jesús era

además miembro del *Bureau Sinologique de Shanghai* y colaboraba en el semanario *Indochina*, muy conocido entre las personas eruditas del Extremo Oriente y que editaba el señor De Maury. Éste, dedicado al periodismo en la especialidad de la arqueología, había tenido que venir forzosamente a Shanghai. Era de estatura media —es decir, un poco más bajo que Astrid— y tenía dos fisonomías. Visto de perfil era un asceta, y visto de frente, un avisado hombre de mundo. Cuando iba de viaje llevaba siempre consigo tres cosas: su máquina *Mokka*, un botiquín de bolsillo y los escritos de Montaigne. Como todos los franceses encontraba absolutamente insoportables las ciudades del Extremo Oriente comprendidas entre Hanoi y Saigón. Deseaba regresar inmediatamente a Hanoi en cuanto terminase el Congreso de Investigaciones de Oriente. Hablaba con tanto entusiasmo de las exhumaciones verificadas en la selva y de su actividad periodística, que Astrid tenía que hacer grandes esfuerzos para desempeñar el papel de oyente atenta. Jamás había entendido todos esos asuntos de Pierre. Si realmente estaba enamorado y no jugaba con ella cruel y despiadadamente como si la considerara una gatita, entonces Astrid tenía que reconocer que ese tipo de amor no era el que a ella más le gustaba. Pero desde el mismo día en que Pierre entró en el salón de la casa de su prima Amélie, Astrid se sentía fuertemente atraída por el muchacho. Por fortuna, Pierre no se había dado cuenta de ello: Astrid ya no se comía con miradas hambrientas a los hombres que quería para sí sola. Pero el hambre seguía apoderándose de su interior y como una rata le roía el alma. Las sonrisas le dolían. ¿Por qué no la besaba Pierre? Se hallaba sentado en los almohadones, elegante y satisfecho, y le agradaba mucho la comida japonesa. Astrid no sabía aún que los franceses tratan de un modo distinto la comida y el amor. Y puesto que era muy vergonzoso anhelar un beso de un muchacho que estaba tratando de pescar los difíciles manjares en el plato de laca, adoptó una expresión orgullosa.

—¿Todavía encuentra usted tan insoportable Shanghai, *Astride*?

El señor De Maury añadía siempre una «e» francesa al nombre de Astrid y alargaba tanto la letra «i» que en sus labios la palabra Astrid parecía sonar a deseo vehemente.

¡Todo era un engaño!, Pierre de Maury se dedicaba de nuevo entusiásticamente al *sukiyaki* que Yuriko servía directamente de un hornillo de carbón. Mientras la camarera cocía las delgadas tajadas de carne y las verduras acompañantes, escuchaba atentamente, casi con desesperación, la conversación. Los extranjeros parecían no cambiar ni una sola opinión acerca de asuntos políticos. La joven y pálida dama apenas si comía. En cambio, el señor mostraba especial interés por los manjares. Bebía *saké* caliente y escuchaba con atención todo lo que dama le contaba sobre su niñez en Shanghai.

—¡No come usted nada!, *ma petite*.

—Lo siento mucho, Pierre, pero me es imposible comer revoltijos japoneses.

Yuriko captó en su alma la insultante hostilidad contra los japoneses. «Revoltijo»

llamaba la extranjera a esta maravillosa comida presentada tan artísticamente. Una ola de aborrecimiento estremeció todo el cuerpo de Yuriko, quien, simultáneamente, abrigaba la esperanza de que el «nariz larga» descubriera por último sus planes secretos contra el Japón.

Después del *sukiyaki*, Pierre de Maury tomó otro plato que no era una serpiente asada ni una anguila, aunque pudiera parecerlo, y luego encargó el tradicional arroz y el té como conclusión de la comida.

Yuriko se levantó temblorosa. ¡Té! Por fin el espía iba a exponer sus planes secretos y la dama recibiría las instrucciones pertinentes. Entretanto, Yuriko iría a por el té y dejaría abierta la puerta para Matsubara Akiro. Por ahora no tenía nada de qué informarle, lo que era una vergüenza inconcebible para la agente Yuriko.

—¿Por qué está usted tan nerviosa, Astrid? —preguntó Pierre—. ¿No le gusta a usted su familia de Bangkok? ¿Cuándo podré conocer a su padre y a su hermana china?

—Papá se encuentra enfermo.

—Le he visto hoy con ustedes en la subasta y me ha parecido más alegre y satisfecho que un pez.

El pálido rostro de Astrid enrojeció vivamente. Pierre la miraba con ojos centelleantes. Alrededor de su boca se dibujó una sonrisa. ¿Burla? ¿Compasión? ¿La superioridad de los que se dejan querer?

—Después de todas las subastas papá siempre se encuentra agotado. No sé qué es lo que le hace reír —dijo Astrid fríamente.

De pronto Pierre la observó con asombro. La muchacha sólo contaba diecinueve años, pero poseía carácter. Y eso era una cosa a la que Pierre, como todo buen francés, concedía mucho valor. Astrid no permitía que la trataran mal. ¡Incluso las mujeres que tenían diez años más podrían aprender algo de ella!

—Esta noche está usted *charmante*^[31], Astride.

Su voz parecía haber cambiado de tono. Disponía de la infame fuerza de seducción de la música.

—Su peinado es maravilloso, *ma chérie!* Tiene elegancia y fantasía.

Astrid había perdido el aliento de alegría. ¡Ojalá no llegaran nunca ni él ni la pequeña y estúpida japonesa que tanto celo poma en su servicio y que le crispaba los nervios!

—El peinado es idea propia —mintió Astrid.

—Le confiere a usted el aire de una encantadora *pastorella*.

Astrid contuvo la respiración. Luego dijo algo tan notable que Pierre de Maury no olvidaría en muchos años.

—Me es igual que usted lo crea así o no, Pierre —murmuró—. Suena muy bien y yo oigo con sumo agrado las mentirijillas halagadoras.

En sus ojos se reflejaba la melancolía nórdica y algo que Pierre no alcanzó a descifrar. ¡Qué muchacha tan singular! De repente le invadieron ansias de besar sus

secos labios, que temblaban ligeramente a pesar del dominio de sí misma que tenía Astrid. ¿Qué le ocurría a esta muchacha que creía carecer de belleza y de fuerza de atracción?

—Astride —susurró el joven y agradable francés de perfil ascético—, mi pequeña y encantadora...

Dejó caer el brazo que había colocado encima de los hombros de Astrid: en el umbral de la puerta había aparecido Yuriko trayendo el té y el arroz. Y tras ella asomó la cabeza un distinguido y joven japonés que exclamo:

—¡Señor De Maury! ¡Qué sorpresa! ¡Le creía en Hanoi! ¡Me alegro de poder saludarle aquí en una especie de sucursal japonesa!

Éste fue el principio de una ceremoniosa charla en cuyo transcurso el barón Matsubara habló de «su ferviente empeño» en celebrar dignamente este reencuentro, así como también de las bellas mariposas de su ciudad natal. La conversación se desarrolló en un francés matizado con el acento parisiense. Luego el japonés vestido con un luminoso traje gris quedó callado y sus ojos se detuvieron en el tapiz que había en un nicho de la pared. Pierre aprovechó esta pausa para hacer las presentaciones:

Barón Matsubara, de Tokio... Señorita Clermont, de París.

Así era presentada siempre Astrid, por comodidad, en el círculo de sus parientes. «Wergeland» era una palabra difícil para el acento francés. Por eso a Akiro se le escapó la interesante oportunidad de saber que esa joven dama de mirada fría era la hija del hombre a quien unos años atrás había mandado como prueba de agradecimiento un costoso quimono de la imperial Tokio...

El barón Matsubara se hallaba un tanto excitado, y por eso sonreía con la pureza de un avanzado budista. Mientras se dirigía a ese gabinete privado había descubierto a su conocido de Berlín con la señorita Anna Weber en la sala de té y había vuelto la espalda con la rapidez del rayo a ese «enfermo febril» que había rehusado su miserable invitación. ¡Así eran las gentes con las que el divino Japón había firmado un pacto contra los comunistas! Su estomago el órgano más sensible de un turista incansable estuvo a punto de revolverse completamente al oír la placentera carcajada del señor Von Zabelsdorf, tan placentera como si acabara de dejar chasqueada en la esquina de una calle a una joven enamorada.

El pálido y traslúcido rostro de Astrid se esforzó por simular una sonrisa. La rata hambrienta que corría en su interior estaba royendo su corazón. Este embarazoso y cortés japonés había echado a perder la trama de su primer sueño. Su indiscreta interrupción no se la perdonaría jamás. Astrid era una de esas personas que no saben soportar las decepciones. Tampoco sabía retractar las situaciones emocionales del alma. En esos momentos se desencadenó en su ánimo una espontánea e irracional aversión a los japoneses, y ya jamás se retractaría de su posición. El momento que había estado anhelando día y noche había desaparecido como por ensalmo, irrevocablemente. Amaba a Fierre y lo quería única y exclusivamente para ella sola.

O se casaría con él o no se casaría nunca. Jamás había poseído el don de la fantasía; las polifacéticas dotes de Pierre hacían desaparecer aquel vacío interior que le había atormentado siempre durante su infancia en Shanghái. Su encanto, su sutil ironía y sus salidas por la tangente la irritaban y la encantaban al mismo tiempo. Era el primer hombre que la había impresionado. Quizás era únicamente su mayor experiencia de la vida, o bien sus limitados afectos lo que hacía a Pierre irresistible a sus ojos. Sea como fuere, lo cierto es que Astrid había concebido ya sus planes: después de tres meses de estancia en el Extremo Oriente terminaría en París su formación, se escribiría con Pierre, luego se casarían en el momento más inesperado, y regresarían a París. Lo que ya no pensaba era en si más tarde tendría que ir a vivir en la polvorienta ciudad de Hanoi con todos sus museos y excavaciones.

Pero todos estos planes para el porvenir que Astrid había trazado con testarudez, habían quedado muy lejos. Pierre conversaba con el «japonés de París» tan animadamente como sólo podían hacerlo los franceses después de unos interrumpidos instantes pastoriles. Ahora la pastora había dejado de existir.

—¿Es ésta su primera comida al estilo japonés, señorita? —inquirió sonriente el barón Matsubara—. ¿Puedo preguntarle su opinión sobre nuestra cocina?

—La encuentro realmente exquisita —contestó Astrid, fastidiada.

Akiro hizo una profunda reverencia y luego, a ruegos de Pierre, se sentó graciosamente en un almohadón, mientras Yuriko, con los ojos bajos servía el té en las delicadísimas tazas. ¡Era la octava mentira de aquella muchacha con rostro blanquecino!

El barón Matsubara observó agudamente a la extranjera por espacio de unos segundos. Sus ojos adiestrados en el servicio secreto veían mucho más de lo que capta la retina. Vio la aversión que le tenía la muchacha, su repugnancia por la cocina japonesa y la sagrada nación del Japón. Luego invitó al señor De Maury y a la señorita Clermont a una comida en su hotel para el once de agosto. Éste era el día de su despedida: el día once de agosto se dirigiría a Tokio en un avión militar. Por otra parte, el catorce de agosto comenzaría el sitio y bombardeo de Shanghái por los japoneses. En tal día Akiro Matsubara enriquecería su ceremoniosa colección de muñecos con una pieza extraordinaria: un *gogatsuning-yo-figurin*. Procedía del período *Yedo* y había sido presentado en la fiesta de los gladiolos del cinco de mayo para honor de los muchachos japoneses con lanza y gladiolo. Ese muñeco guerrero se adaptaba perfectamente al corazón de un asceta japonés.

Aquella noche entregó a su amigo de París un pequeño folleto maravillosamente ilustrado: era el más reciente tomo de la «Biblioteca del turista» que publicaba la «Oficina del turismo industrial» de Tokio. Una serie de *opósculos*^[32] que tenían como misión hacer conocer a los extranjeros las pequeñas obras de arte japonesas, el drama, el cultivo de las flores, el budismo, el rito del té y el papel que desempeñaban los muñecos ceremoniales; en suma, todo lo que el Japón podía mostrar con legítimo orgullo al extranjero. La «Oficina de Turismo» del Japón no había editado ningún

opúsculo sobre la organización y los métodos del Kempetai.

Como había previsto el barón Matsubara, el señor De Maury se declaró entusiasmado con esos folletos ilustrados con las maravillosas fotografías de las pequeñas artes japonesas. Como es natural, al hojear el folleto no pudo por menos que recordar el semanario *Indochina* que aparecía en Hanoi. ¿Qué más natural que invitarle a ir a Hanoi, el centro del espíritu colonial? El barón se mostró encantado con la idea de conocer una ciudad donde el espíritu de investigación francés se había convertido en monumento permanente. Mientras Pierre describía a su amigo japonés el museo Louis Finot, ese rico manantial de objetos de arte situado en el Quai de Flueve Rouge, en Hanoi, ese monumento que honraba a los desinteresados sabios franceses que, con riesgo de su vida, se dedicaban a desenterrar en la jungla los restos de la desaparecida cultura asiática y a recibirla en los museos, Akiro concibió un plan genial. El Japón «prepararía» a Indochina para un intercambio cultural. El barón Matsubara se ofreció para pronunciar una conferencia en Hanoi sobre los puntos de peregrinación budistas de los japoneses, que él había visitado de niño acompañado de su padre. Después, el señor De Maury debería pasar medio año en el Japón, becado por el Gobierno, para colaborar en favor de las relaciones franco-japonesas por medio del instituto de cultura «Japón-Francia».

—Una idea estupenda —dijo el señor De Maury—. Haré cuando pueda. También para nosotros el intercambio cultural es la mejor forma de lograr la aproximación de los pueblos.

El barón Matsubara sonrió satisfecho: ¡los muñecos empezaban a danzar! No perdió una sola palabra de lo que el señor De Maury le estaba diciendo sobre la economía de Tonkín —maíz, caña de azúcar, café, soja— y aún prestó mayor atención cuando comenzó a hablar de los yacimientos de antracita. Actualmente el Japón tenía que comprar el carbón a la India a precios muy caros. La situación podría cambiar fundamentalmente con ayuda de la cultura.

Animado por el té y la conversación, el barón Matsubara concluyó la charla con un feliz «*au revoir dans París*» y con un cumplido a la joven y estúpida dama que, sentada como una estatua en su almohadón, reprimía heroicamente un bostezo convulsivo. Luego, como era costumbre, recurrió a la lírica. Recitó con deliciosa voz algunos famosos proverbios, denominados *hokku* o *haikku*. Este arte, que data del siglo xv, ha constituido siempre para los japoneses un entretenido y apacible ejercicio. También para Akiro el alma de la poesía se concentraba en esa «literatura de cortesía» de pocas sílabas. Astrid escuchaba esas cortesías artísticas encerrada en sus pensamientos. No podía imaginarse ni lo más mínimo el contenido de esos proverbios. La señorita Wergeland calificaría a estos *haikkus* de «imbecilidades», se le ocurrió de repente a Astrid sin poder contener una sonrisa. Por desgracia, el japonés la interpretó como señal de sincero agradecimiento, y alegremente recitó:

—El estanque. Se asoma saltando una rana. El agua murmura.

Contempló ansioso a Astrid. ¿Qué diría la muchacha de esta perla del siglo xvii?

En ese preciso instante el autodomínio de Astrid se quebró como una hebra de seda demasiado tensa. Como consecuencia de su profunda decepción acerca de sus frustrados deseos dijo con impaciencia:

—¡Eso no tiene ningún sentido, barón! Esas confirmaciones no son poesía, ni pensamiento, ni nada. A mí sencillamente me parece un juego de niños.

—Somos demasiado simples para los europeos, señorita —se lamentó el barón Matsubara—. Nosotros sólo damos a entender cuando ustedes tienen que expresar.

Se levantó y les agradeció amablemente el té y la conversación. Apenas se había ido él cuando entró en el gabinete privado un señor de elevada estatura y ojos resplandecientes.

—¿Quieres presentarme, Astrid? —inquirió el cónsul Wergeland, examinando al francés con el celoso interés del padre que se pregunta por qué razón su hija tiene que salir con hombres totalmente desconocidos.

Faltó muy poco para que el barón Matsubara no volviera a encontrar a su antiguo y primer amigo de Shanghái, que tan profundamente le había desilusionado. Pero ahora en la ciudad del río Whangpoo los antiguos amigos pasaban el uno junto al otro deslizándose como una sombra rápida y furtiva.

Akiro penetró en su apartamento con el peor de los humores. El hotel-restaurante sólo tenía un par de salitas y habitaciones para japoneses eminentes. El resto vivía «al norte del arroyo de Soochow», en una región industrial superpoblada y con desconsoladoras calles comerciales. En este distrito de la Concesión Internacional y en las carreteras lindantes con el arroyo residían todos aquellos japoneses que miraban con recelo el crecimiento del poderío militar del Japón. Aún observaban con mayor recelo el cebo que representaba este «barrio japonés». Aquí, los buenos comerciantes y los pequeños fabricantes se acurrucaban en sus limpias tiendas y en sus antiguas fábricas, con sus humildes y sumisas mujeres y sus encantadores hijos de cabeza redondita, vestidos todos, con coloreados quimonos.

A este grupo de personas pacíficas y diligentes como hormigas pertenecía el señor Kinichi Komiya, que con aire humilde esperaba al teniente Matsubara en la sala de recepción del hotel. ¡Qué digno de lástima era el señor Komiya! Evidentemente era un momento muy poco propicio para hablar con un militar de intereses comerciales japoneses, teniendo en cuenta que este teniente acababa de ser herido en sus sentimientos más nobles por una extranjera de rostro blanco como la harina. Calificar a las poesías y proverbios japoneses de «juego de niños» era una ofensa que no se podía borrar en mil años. Era algo así como si se hubiera atrevido a poner en duda la en todas épocas reconocida hermosura y belleza de los crisantemos imperiales. Además, antes de recibir esa terrible injuria Akiro Matsubara había padecido violentos espasmos gástricos. En una palabra, el grueso y tímido señor Komiya no hubiera podido escoger peor hora que las once de la noche para entablar su corta

respetuosa «charla amistosa».

—¿Cómo se ha atrevido usted a venir a buscarme aquí? —exclamó airado el barón Matsubara sin el menor indicio de la famosa cortesía japonesa.

—Se ha producido una situación anómala, señor barón —murmuró el señor Komiya, que, lleno de temor y respeto, respiraba tan ruidosamente por la nariz que realmente parecía que tuviera en su espasmódico interior una vejiga artificial llena de aire.

—No entiendo nada —dijo el barón Matsubara con orgullo, a pesar de que sabía muy bien lo que pensaba el señor Komiya, propietario de una hilandería de algodón de mediana extensión situada al norte de Soochow.

Con mil delicadas excusas que, a través de la vejiga artificial, salían por su boca como vapor silbante, el señor Komiya de Kobe describió la anormal situación de los comerciantes establecidos al norte de Soochow. Los rumores —que siempre habían sido una especialidad de los chinos en todo el mundo— habían adquirido proporciones de estruendosas cataratas que amenazaban con aniquilar la diligente y miserable existencia del señor Komiya junto con otros miles de vidas igualmente miserables y aplicadas. Él mismo, a pesar de su resistencia, había sido designado por el grupo de comerciantes japoneses de Shanghái —precisamente en ese momento la respiración del señor Komiya resonó estruendosa por su nariz— para preguntar a un tan ilustre e influyente patriota como el barón Matsubara si continuaría permaneciendo en Shanghái. De no ser así, los japoneses abandonarían la ciudad, lo que sin duda alguna significaría que los chinos desvalijarían y saquearían sus fábricas y se incautarían de los miserables pero honrados negocios que los japoneses venían forjando desde hacía muchos años. Los rumores de que la guerra iba a estallar traerían consigo la ruina comercial y la destrucción de la felicidad familiar, terminó diciendo el señor Komiya, expulsando desconsolado el aire por la nariz.

Se produjo una larga pausa. El grueso señor Komiya intentaba hurtarse a la severa mirada del teniente de policía. ¡«El pájaro capital» de Shanghái tenía intenciones muy distintas a las de los pájaros de la guerra del Japón! El miedo le impidió expresar su sentimiento de que prefería mil veces que se marchitaran las flores de los cerezos de Kioto a que sus dos hijitos fueran alcanzados por las bombas.

El teniente Matsubara reflexionaba rápida, agudamente y sin necesidad de recurrir a la ayuda de la poesía. Una oleada de terror entre su gente de Shanghái —el grueso pajarraco temblaba ante su presencia como la gelatina— equivalía a una gran catástrofe. El señor Hsin, cuya correspondencia con el Banco Alemán-Asiático debía ser robada esta noche por la agente de Silesia, había estado celebrando algo con el señor Zabelsdorf en «Los Crisantemos Blancos». ¿Qué había celebrado sino todos estos hechos? El señor Hsin, *La grulla china*, había contribuido bastante a sembrar ese pánico. El periódico que él controlaba constantemente azuzaba a los chinos contra los japoneses que «querían tragarse la ciudad de Shanghái en sus ávidas fauces igual que cuervos marinos». Los banqueros que oían sus consejos, chinos y diablos

extranjeros, acaparaban rápidamente toda la moneda extranjera y, lo que era el colmo de la indignación, las compañías de seguros de Shanghái se negaban a asegurar los barcos japoneses. Los valores efectivos eran trasladados ininterrumpidamente a lugares seguros con la astucia y precaución propia de los chinos. Todas estas operaciones se venían efectuando desde que tuvo lugar el choque chino-japonés en el puente de Marco Polo, situado en las cercanías de Peiping. El Kempetai trabajaba a marchas forzadas. El éxodo de los paisanos japoneses de Shanghái se estaba realizando secretamente desde mediados de julio. El día 24 de julio había desaparecido un marino japonés. Gracias a sus pesquisas secretas el teniente Matsubara había conseguido descubrir al marinero Niyasaki, que había desertado, sencillamente, a bordo de un vapor británico que se hallaba en el río Yangtze. ¡Qué error pensar que los queridos amigos chinos deseaban ir apoderándose poco a poco de la marinería japonesa! El marinero había sido entregado y puesto a disposición del Consulado general japonés. Con este hecho el teniente Matsubara había contribuido grandemente a la relajación del ambiente de desconfianza entre chinos y japoneses. Eran buenos amigos.

¡Y ahora estaba aquí este estúpido y codicioso búfalo que temblaba ante el peligro de guerra, el pánico y la huida en masa de los japoneses! ¡Y antes de tiempo, por cierto! La evacuación sería reglamentada, pero no por el señor Komiya y sus compañeros, y además sólo se verificaría por la cuenca del Yangtze. Las fábricas japonesas en Shanghái eran de vital importancia y tenían que ser conservadas. Dentro de algunos días debía reunirse en Shanghái la «Tercera flota». El once de agosto, día en que el señor De Maury y la extranjera habían sido invitados a comer con él, llegarían a Shanghái cuatro cruceros japoneses y siete destructores. Si se quería dar una sorpresa, los japoneses no tenían más remedio que permanecer tranquilos en Shanghái. Se trataba del porvenir del Japón.

Por eso el teniente Matsubara decidió que era conveniente cambiar de táctica. Ordenó a Yuriko que sirviera té y pastelillos calientes, mientras pensaba que ninguna otra persona tenía que ver al señor Komiya con su rostro de búfalo desencajado por el terror. Mientras Akiro superaba heroicamente otro espasmo gástrico y bebía a sorbos el té verde —los pastelillos los dejaba todos para el búfalo— fue tranquilizando paulatinamente y con exquisita cortesía a su huésped y finalmente le aseguró que en Shanghái no habría guerra. El señor Komiya y sus amigos no debían alarmarse.

«*Business as usual*», murmuró el barón, mirando con sus ojos semicerrados al jadeante búfalo. Realmente sería mucho más bonito que sus muñecos empezasen a danzar por sí solos. El ya más tranquilizado hombre de negocios se despidió con tres profundas inclinaciones, que fueron contestadas por el teniente Matsubara con otras tres correspondientes reverencias. En el norte de Soochow podía respirarse ahora con la misma beatitud con que el señor Komiya despedía suavemente el aire por sus narices.

Diez días más tarde las bombas se precipitaban vertiginosamente sobre los

pacíficos comerciantes japoneses de Soochow. En esos momentos el señor Matsubara se encontraba en Tokio con el fin de acelerar la amistad cultural franco-japonesa, iniciada en «Los Crisantemos Blancos». Pero Asia no se podía conquistar en un día ni con la cultura ni con los cañones. Lo principal era el juego de los muñecos, en el que éstos tenían que bailar y morir en el instante oportuno y preciso.

Después de haberse marchado el señor Komiya, Akiro mandó a su sumisa amante que le diera un masaje en la espalda y luego ordenó que le preparara un baño muy caliente, en el que durante cuarenta y cinco minutos se abandonó al reconfortante influjo del calor fluctuante. A pesar de la sofocante noche de agosto, se había resfriado un poco durante la interminable charla con el señor Komiya, ahora tranquilizado y agradecido: un hombre bueno que jamás había matado un mosquito, un adocenado japonés que se tambaleaba con ingenuidad y sumisión en las sombras de la muerte. El búfalo le había informado confidencial e inteligentemente sobre la situación financiera e industrial: los militares no podían mantenerse en la hostil China sin la ayuda de los comerciantes. El señor Matsubara sumergido en el baño, cerró los ojos para no ver más el rostro confiado del búfalo. Un terrible sentimiento de compasión desgarró su delicada alma japonesa, que no tenía nada que ver con su mente refinada y fría. Esta alma oscilaba en un vacío mortal entre la vida privada y la misión que el Japón había confiado a sus mejores y más capaces hijos. La resolución de la individualidad al servicio del Shinto le obligaba a marchar por el vericuetto de las dolencias privadas. El problema de la solución de la tragedia que había provocado su poderoso oponente de Shanghái, el señor Hsin, sometía en esos momentos al joven barón Matsubara a la cristalina disciplina del budismo, en el que había sido introducido por su tío en Tokio.

Akiro salió del baño con los labios firmemente apretados y presa de furiosos espasmos gástricos. Envuelto en un magnífico quimono oscuro ese hombre era, con su rostro audaz y de finos rasgos, con su cuerpo firme, musculoso y ejercitado en el deporte, el ideal de la pequeña Yuriko, que esperaba en la habitación contigua al cuarto de baño sentada humildemente en su esterilla. Nada en su rígido semblante acusaba sus ansias de amor y su ilimitada fidelidad, cualidades estas muy propias de las estudiantes modernas, como lo había sido también de su madre y su abuela. Con los ojos fijos en el suelo daba la impresión de ser un desamparado muñeco sin adornos ceremoniosos. Pero en verdad Yuriko no era ningún muñeco. En cuanto vio la frente nublada y la fría mirada del amado, tomó con un gesto impulsivo el quimono color melocotón y se lo puso encima de su delicado y desnudo cuerpo.

—Ven —dijo el sombrío señor.

Ella se adelantó turbada y a pasos cortos hacia él, protegida con el quimono. Él la despojó con un gesto brutal de su vestido de seda y la contempló. Sabía que sus espasmos gástricos y su melancolía se verían tranquilizados con la satisfacción de la

voluptuosidad que iba creciendo lentamente en su interior. Pero éste no era el camino oportuno para dominar la insoportable dolencia que le había atacado esta noche. La compasión y *autoconmiseración*, de la cual casi todos los extranjeros occidentales eran víctimas, no podían corromperle a él. La tranquilidad y el descanso que prometía el desnudo y joven cuerpo de Yuriko eran un solaz momentáneo y animal, que, aunque ciertamente se hacía desear, él despreciaba profundamente. Contemplando fija y ardientemente la delicada desnudez del cuerpo de Yuriko, Akiro Matsubara se concentró con todas las fuerzas de su mente y de la disciplina del budismo en una honda meditación. Después de haber tomado el té con el señor Komiya sentía que su energía física y su bienestar intelectual no se veían estimulados por la satisfacción de la sensualidad. Su dilema exigía otras medicinas. Se levantó y miró severamente a la temblorosa muchacha, que se había agarrado sollozante a sus rodillas.

—Quiero ir a casa —murmuró la humillada Yuriko.

El teniente Matsubara estaba tan lejos de sí que la levantó casi con dulce suavidad.

—No llores, Yuriko —dijo risueñamente—. No tengo nada contra ti.

Yuriko, como mujer honrada que era, se sentía tan profundamente ofendida que empezó a llorar ruidosamente y con tal sentimiento que Akiro arrugó la frente, aunque sólo muy ligeramente, pues la realización del *Muga* —la supresión de las emociones, sobre todo de la *autoconmiseración*, por medio de la concentración espiritual y la meditación religiosa— le había tranquilizado. Como sus manos estaban húmedas a causa del llamado *sudor del Muga*, se las secó cuidadosamente con un pañuelo adornado con los blasones de su ilustre familia. Acababa de vivir irnos momentos de éxtasis, a cuyo lado todos los otros goces y placeres eran triviales. Únicamente quien sabía dominarse a sí mismo, podía conquistar el mundo para el Japón.

Se dirigió a su escritorio y sacó una carta. Contenía ciertas indicaciones acerca de la futura actividad de Yuriko en el servicio secreto.

—Mañana abandonas Shanghái.

—¿Tengo que marchar a Tokio? —preguntó esperanzada Yuriko con el candor de su alma de muchacha japonesa educada en las antiguas costumbres.

No seas boba —contestó el barón Matsubara con impaciencia—. Marcharás a Bangkok con la señorita Vera Leskaja y allí la ayudarás a instalar un salón de belleza.

—Yo no entiendo nada de cosméticos —murmuró la muñeca con un ligero tono de contrariedad.

—No hace falta que entiendas nada de eso —repuso jovialmente el teniente Matsubara—. Debes vigilar a nuestra agente principal. Yo no tengo «cien ojos» pero debo saber con qué amistades cuenta y si desempeña un doble papel. Estas rusas son impenetrables —terminó diciendo, tan disgustado como si su propio trato con los muñecos y las personas fuera tan cristalino como un estanque a plena luz del sol.

Telefoneó para pedir un taxi para Yuriko y le volvió bruscamente la espalda. La

muchacha, con su encendido amor, le resultaba fastidiosa. Además, como todas las japonesas, tenía un lamentable defecto estético, consistente en la tendencia de sus piernas a formar una O. Se había dado cuenta hoy por vez primera, después de haber estado observándola un rato sin ningún deseo concupiscente. Durante unos segundos estuvo pensando en la señorita Clermont, la cual se había desarrollado maravillosamente. Cuando Yuriko iba a cruzar triste y lentamente el umbral de la puerta, le gritó súbitamente para que retrocediera. Por lo menos quería despedirse de ella ceremoniosa y amorosamente... ¡Oh, qué infinitamente agradecida debía estar de que un hombre como él le hiciese tal demostración de afecto!

—Nuestro agente en Bangkok es el señor Narihira, que vive en Silom Road. Tiene un pequeño comercio de juguetes, objetos para el hogar y papel de cartas. Allí deberás encargarte de recoger ciertas consignas e informaciones. Tus comunicaciones serán transmitidas directamente a Tokio por intermedio del señor Narihira. Cuando visites por vez primera su tienda pide unas tazas de té decoradas con crisantemos.

Yuriko, tras una reverente inclinación, abandono la habitación de su amante.

El barón Matsubara se tumbó en su esterilla para conciliar un sueño reparador. Era uno de los pocos huéspedes de Shanghái que podía dormir bien en aquellos días. A esa misma hora Mailin Wergeland despertaba de un intranquilo sueño en una habitación del «Cathay Hotel». La tableta de somnífero que le había dado la estúpida y nerviosa Astrid a su vuelta de la cena en «Los Crisantemos Blancos» le había provocado en el breve espacio de minutos una especie de sueño febril. Mailin pulsó el interruptor de su lamparita y leyó otra vez la carta de un desconocido letrado y notario del barrio chino de Shanghái. Escribía diciendo que había descubierto su nombre en la lista de los recién llegados a la ciudad de Shanghái. El doctor tenía que hacer importantes comunicaciones a la señorita Mailin Wergeland referentes a su madre fallecida nueve años antes en Shanghái. La señora Lily Lee había dejado una carta a su única hija en la que le daba ciertas aclaraciones sobre su familia, domiciliada en Shanghái. En el momento oportuno el doctor Chang, en quien su cliente había depositado su confianza absoluta, se había esforzado vanamente en conseguir ponerse en contacto con Mailin. Ahora, finalmente, le suplicaba que acudiese a su despacho al día siguiente por la mañana a las 11. A su petición seguía el nombre, dirección y una delicada fórmula de despedida.

Mailin volvió a acostarse. Veía bailotear las luces nocturnas de la ciudad que no se entregaba a un momento de reposo. Así, pues, tenía familia en Shanghái. «Pobre papá», pensó de repente, mientras su tierno corazón latía presuroso. Mailin no conocía ninguna técnica que permitiera pensar fríamente en el amor, como si fuera una cosa muerta. También tía Helene era una poderosa figura que se acercaba a su cama y le alisaba las trenzas con ruda afabilidad: el peinado de noche de una pequeña muchacha noruega con alma china. Y Mailin, con sabiduría y resignación china, sabía perfectamente que había llegado a su fin un capítulo de su vida.

Se deslizó de puntillas en la habitación de su padre y observó con amor intenso,

pero contenido, su fino rostro noruego. Se originaría una situación de dulce compromiso. Se sentó cuidadosamente sobre su preciosa bata china, que se había echado encima de la camisa de dormir, junto a los pies de su padre, que descansaba en la esterilla. El problema del dolor, que por vez primera se planteaba en su apacible alma, la embargaba con un medroso presentimiento.

«Querido papá —pensaba bañada en lágrimas—, ¿qué puedo hacer para librarme del dolor?». Con ayuda de su instinto y de su inteligencia había atravesado a su padre y su vulnerabilidad.

A la mañana siguiente el cónsul Wergeland la encontró tranquila a sus pies y con huellas de lágrimas en sus ojos.

—¿Has tenido una pesadilla, querida? —preguntó extrañamente emocionado y levantándola de la cama con sus robustos brazos—. ¿O es que querías vigilar mi sueño, dulce muñequita mía?

Había escogido el nombre más maravilloso para su Mailin. ¡Jamás podría separarse de ella!

—Sí, papá —murmuró la muchacha—, he velado tu sueño.

A lo lejos se oía un avión. El barón Matsubara abandonaba la ciudad de las mil preocupaciones. En su equipaje llevaba los ceremoniosos muñecos heredados.

Capítulo IV

CAÑONES Y BESOS EN SHANGHAI

El 10 de agosto, cuatro días antes del bombardeo de Shanghái, el señor Hsin esperaba en su anticuada casa situada detrás de Bubbling Well Road la primera visita de su nieta Mailin Wergeland. Inmediatamente después de haber recibido un escrito del barrio chino visitó a su notario y abogado y, con el rostro imperturbable, cambió su testamento a favor de Mailin. No tocó para nada su institución a favor de los pobres de Shanghái, ni tampoco el legado de su casa y de sus propiedades en Shanghái al señor Chou Tso-ling, su sobrino. La esposa del señor Hsin había sido una persona sumamente discreta y dotada de una prudentísima fuerza de voluntad, como buena hija del señor Chou Ku, cuyo primer nombre significaba *El constante*. Gracias a su virtud peculiar, el perseverante señor Chou había podido hacerse dueño de cinco de las treinta hilanderías de algodón que había en Shanghái. Su sobrino Tso-ling era banquero y hacía poco había traído al hogar de su madre a su esposa alemana. A Tso-ling y la alemana les correspondería la casa de detrás de Bubbling Well Road con los pájaros del señor Hsin. En cambio, Mailin heredaría una importante cantidad de acciones y de dólares americanos, que estaban a muy buen recaudo en un banco de Nueva York. Sólo un loco podía dejar depositados en esta época todos sus valores en Shanghái. El señor Hsin estaba convencido de que la precaución conducía a un hombre como un bote seguro a través del océano del mundo.

El señor Hsin había reflexionado larga y cuidadosamente sobre el camino del destino, y ahora se hallaba dispuesto a recibir en su casa digna y amorosamente a la desconocida hija de su hija. Después del trastorno que había sufrido volvía a ser dueño de su autodomínio. Se había esfumado su odio contra el extranjero que había sido causa de la deshonra de su hija, y cuyo arroz comió él con desgana en Shanghái. Por su parte, el «diablo extranjero» había tenido que anotar en su libro de cuentas, como todos los extranjeros, su «pérdida de la felicidad y la satisfacción». Por lo menos eso era lo que el señor Hsin creía ateniéndose a la larga carta que el cónsul Wergeland le había mandado a casa del notario tras la visita de Mailin.

Entretanto, Knut Wergeland permanecía sentado en el «Cathay Hotel» en espera de una invitación del abuelo de Mailin. Pero todavía no había llegado. El cónsul se encontraba tan sumamente nervioso y aquejado de dolores biliares que decidió marchar a Soochow después de su visita a Bubbling Well Road. Astrid había rechazado su proposición riendo fríamente. El día 11 de agosto estaba invitada a comer en casa de un japonés con el señor De Maury. Desde aquella noche en «Los Crisantemos Blancos» parecía haber perdido la vitalidad y estar sumamente preocupada con sus pensamientos. Todavía parecía costarle un dólar cada palabra.

Ante su propio asombro su padre se dio cuenta de pronto de su fealdad: era una muchacha pálida, alta, delgada, con ojos excesivamente juntos y que daban a su persona un aire más bien de desconfianza. ¿Cómo era posible que las muchachas tuvieran aspectos tan diferentes? Mailin estaba siempre animada; su marfileño rostro era siempre un recreo para la vista. Su padre no pensaba ni remotamente en «entregarla» al viejo chino.

Ocupado en los pensamientos de esta terrible posibilidad se tomó un vaso de *whisky* con soda, bebida que tenía prohibida y contempló a Mailin. Llevaba un vestido de lino color almendra que cubría su delicado cuerpo hasta el cuello —un vestido de estilo y corte chino—, zapatos de tacón alto y una bolsa de lino, que no se avenía demasiado bien con el conjunto, adornada con bordados noruegos, regalo de su padre, que no quería separarse jamás de Mailin. Knut Wergeland resolvió hablar juiciosamente con el viejo e influyente señor y sin faltar a las reglas del ceremonial; Mailin era menor de edad. Dentro de cuatro años estaría en situación de decidir con quién deseaba seguir viviendo. Regularmente podría visitar a su abuelo en Shanghái. Todo esto se lo había explicado el cónsul Wergeland a su pajarito canoro, con tranquilidad y en el transcurso de una noche de insomnio, pero Mailin le había mirado aterrorizada desde un lado de la habitación, dándose cuenta de la aparente tranquilidad, del mucho temor y del gran amor que traslucía el rostro de su padre. Luego se había arrodillado cariñosa.

—Sí, papá; todo irá muy bien. Ahora sólo iré a visitar al respetable abuelo.

Por lo demás, el doctor Wergeland no pudo ir a Soochow: diez minutos después de haber salido Mailin fue víctima de un cólico biliar y la aterrorizada Astrid lo condujo a una clínica privada situada en la Concesión francesa. Estaba inconsciente. Astrid se hallaba aún más pálida que de costumbre. Pero no era solamente a causa del susto: esa mañana, a primera hora, Pierre de Maury la había llamado al hotel para comunicarle que el barón Matsubara lamentaba mucho tener que retirar la invitación para la comida del día once de agosto, pues asuntos urgentísimos le retenían en Tokio. Pierre no le había propuesto ir a comer los dos solos en cualquier parte. «Despedida a la francesa...», pensaba Astrid, apretando sus labios fuertemente, como hacía la señorita Wergeland.

Cuando el criado entregó al viejo señor Hsin una tarjeta de visita, iba a ponerse un vestido de seda de recepción color gris oscuro en honor de su nietecita. Lanzó una mirada a la tarjeta e hizo una seña a su doncella Hsüan-ch'ing^[33] para que volviera a meter en el arca el vestido de recepción y le tendiera de nuevo el traje occidental. La «inteligente joya» se desconcertó tanto al recibir esta imprevista orden, que le entregó a la vez un pantalón gris y el mismo vestido de recepción. Los chinos aborrecían las sorpresas igual que la señorita Wergeland, aunque ésta tardaba más que ellos en digerirlas.

—Introduce al visitante en el *Ta Shu Fang*^[34] —dijo el señor Hsin, cuyo rostro había perdido toda expresión.

—¿Dónde quiere el señor que sirvamos el té? —preguntó tímidamente el *coolie*.

—Ya lo indicaré después —murmuró el señor Hsin, dirigiéndose a la gran biblioteca para saludar a su visitante.

No tenía ni pizca de ganas de recibirle, y quizá fue por esto por lo que su visitante le saludó de un modo especialmente afectuoso. No era la primera vez que el señor Von Zabelsdorf venía a ver al señor Hsin, pero sí era la última. Realmente sólo cuentan la primera y la última visita a una casa: son inapelables como una orden de pago.

El señor Hsin tenía veinte minutos para su visitante. De antemano había distribuido este tiempo exactamente: diez minutos estarían dedicados a la introductora conversación de cortesía sobre el estado de salud propia y la del visitante, así como sobre los bronces en estilo *Hnai*, que se habían encontrado en la provincia Anhui en la cuenca del río Hnai. Cinco o siete minutos corresponderían a las demandas del visitante; y el resto del tiempo transcurriría en espera de que el «diablo extranjero» bebiera la tacita de té, lo que marcaría el fin de la visita. Era una especie de representación teatral, cuyo director era el señor Hsin Kaotze, pues no en vano su nombre significaba *Ambicioso propósito*.

Concluida la primera parte, el señor de la casa observó al banquero berlinés con sus ojos hundidos y oblicuos, sin pronunciar una sola palabra, pero enderezó su largo y seco cuello cuando el visitante expresó sus deseos. El señor Hsin recordó rápidamente que el Banco Alemán Asiático era un consorcio de trece instituciones bancadas, que había sido fundado en Berlín en 1889, y que después de la Primera Guerra Mundial había conseguido consolidarse de nuevo en el Extremo Oriente, gracias a su tenacidad y solvencia. Tenía sucursales en Shanghái, Tsingtau, Tientsin, Cantón, Hankow, Pekín, así como también en Yokohama y Kobe; en realidad la filial de Yokohama no había vuelto a ser abierta después del gran terremoto del año 1923. En 1932 dejó de funcionar también la sucursal de Kobe. Pero en China los negocios bancarios prosperaban continuamente. Tiempo atrás el señor Hsin había recomendado a muchos chinos el Banco Alemán Asiático. Y éste era el punto de arranque de la petición: no había ninguna duda de que ahora los clientes chinos boicoteaban el Banco. El señor Hsin sonrió compasivo y recordó a su visitante que él hacía ahora una vida muy retirada: era un hombre viejo, insensato que sólo se dedicaba a sus *pájaros canoros* y a sus bronces. Se levantó para mostrar a su visitante una pieza extraordinaria: una tetera con dragones y máscaras de animales. El señor Von Zabelsdorf secóse el sudor de la frente. Había comprendido. Era la disculpa más disimulada y cortés que jamás le habían dado. El señor Hsin consideraba a su visitante demasiado inteligente como para explicarle los motivos del descenso que había experimentado el número de clientes. El Banco se había mostrado siempre correcto afortunado en la emisión de empréstitos chinos y había afirmado

cuidadosamente su buena fama, pero en los últimos años Alemana había firmado un pacto anticomunista con el Japón. En tales circunstancias le sería muy fácil al Banco volver a abrir sus sucursales de Kobe y Yokohama y renunciar a la vida de negocios en Shanghái. El redactor que se había atrevido a azuzar a los chinos contra los japoneses en uno de los periódicos que controlaba el señor Hsin había sido encarcelado a instancias del cónsul general del Japón. De esto hacía muy pocos días. Pero por doquier los chinos llevaban la divisa antijaponesa y se dedicaban a saquear alegremente las tiendas japonesas y la chinas en las que se sospechaba la existencia de artículos japoneses.

—¿Pertenece usted realmente al partido nacionalsocialista? —pregunto directamente el señor Hsin en el transcurso de la pequeña charla artística.

—No —contestó el señor Von Zabelsdorf— mi familia es de viejas costumbres.

Se detuvo. Luego murmuró que trabajaba aquí, en el extranjero, para su país. Los partidos se hacían, y deshacían y asimismo ocurriría en China.

El señor Hsin asintió con la cabeza. No era una charla estúpida, a pesar de que no se ponían de acuerdo. Pero como el joven visitante era inteligente y tenía buenos modales y como al señor Hsin le quedaban todavía cinco minutos de los veinte previstos para la conversación, decidió no dejarle marchar con el error. Por eso, con ayuda lenguaje imaginativo de los chinos le explicó hasta que punto había desbarrado durante su valiosa conversación. Un partido político era una corriente rápida y poderosa; uno podía nadar o bien se iba abajo. Pero quien nadaba con la corriente, se separaba ineludiblemente de la orilla firme. No se podía elegir; o bien se nadaba en la corriente o se quedaba a uno en la orilla contemplando a los nadadores. ¡No se podía nadar y al mismo tiempo permanecer en la orilla! El señor Hsin calló y dejó que el visitante sacara por sí mismo la conclusión: en Shanghái, dadas las circunstancias, no era posible negociar con chinos y japoneses.

Ernst August von Zabelsdorf bebió la taza de té. Cada sorbo se deslizaba amargo por su garganta, a pesar de que era té de jazmín, de delicioso aroma. Experimentaba la sensación de que se había conducido con bastante estupidez, pero no era tonto y poseía la filosofía del banquero. ¿Qué había dicho además ese hombre perspicaz? «Una persona cuyas propuestas no son acogidas favorablemente, debe marcharse a su país». «Me marcharía de buena gana...», pensó el señor Von Zabelsdorf con un humor de perros, y se levantó irguiéndose en toda su considerable altura. Había decidido nadar en la corriente. En su país, en Potsdam, las autoridades contemplaban desde la orilla a los nadadores. Prefería más bien alcanzar su propia orilla que la del milenario Reich, hacia la que nadaban los otros.

—Siempre ha constituido para mí un gran honor y placer poder recibirle en mi humilde casa. ¿Puedo expresarle mis sinceros deseos de que su Banco vaya viento en popa?, —dijo amablemente el señor Hsin.

Reverencias. Retirada por el pasillo cubierto que conducía a la gran puerta que daba a la calle. El portero chino se inclinó profundamente. Llevaba la divisa del

«Club Antijaponés».

Sólo cuando estuvo en la calle Ernst August Zabelsdorf se dio cuenta de que el señor Hsin Kaotze, uno de los magnates de Shanghái, le había hablado en forma pretérita de sus relaciones amistosas. Ernst August lanzó un silbido al mismo tiempo que hacía señas a un taxi, para que le llevara al barrio francés.

Él era el primer Zabelsdorf que había sido echado de una casa, aunque, claro está, con muy delicadas maneras. Todo el mundo le volvía la espalda: primero, Anna, que de repente había desaparecido de su vida, y ahora un viejo amigo, en cuya casa, precisamente en el «Comedor Occidental», no hacía mucho tiempo había comido pato de Shanghái y frutos *lichi*.

Últimamente la vida se había convertido en un cúmulo de desperdicios...

En la Avenue Foch había un orador callejero, propietario de una modesta tienda de bordados en Yangtzepoo que, alejado de su tienda, lanzaba un ardiente discurso contra los japoneses. A su alrededor se había congregado mucha gente: madres con sus hijitos envueltos como un fardo en la espalda, mendigos, *coolie*, cocineros callejeros y transeúntes desocupados. El peatón que llevaba en el traje el emblema antijaponés coreaba a gritos todo cuanto decía el señor Feng, cuyo aspecto era febril a pesar de la lluvia. Parecía muy satisfecho cuando emprendió el regreso a su casa. A la noche siguiente fue encontrado asesinado en su tienda. Su mujer e hijos estaban en un templo chino. Nadie sabía quién había dado muerte al señor Feng, pero alguno de aquellos que llevaba en el traje la divisa antijaponesa debía ser espía japonés y sin duda había delatado las actividades del señor Feng. ¡Realmente no había suerte para aquellos Bancos que habían iniciado relaciones políticas con el Japón! La colosal ciudad del río Whangpoo temblaba con el presagio de funestos acontecimientos. Algunos chinos huían temerosos y precavidos de los barrios chinos hacia las Concesiones, donde creían que estarían a salvo de las desgracias que iban a desencadenarse.

En el mismo momento en que el señor Von Zabelsdorf se dirigía a su distrito y en que el señor Feng, contra lo que era costumbre en los chinos, se pronunciaba ardientemente contra los japoneses, Mailin Wergeland, vestida de color marrón almendra, pisaba el vestíbulo de la casa del señor Hsin. En el salón adornado de flores permanecía de pie un hombre viejo vestido con el traje de seda de las ceremonias. A izquierda y derecha parecían dirigir hacia ella sus nubladas miradas otras personas ataviadas con seda dorada. Eran los retratos de los abuelos de las familias Hsin y Chou, que, engalanados con sus costosos trajes de seda amarilla, esperaban allí el saludo y las demostraciones de abnegación de sus últimas generaciones. Junto a las paredes se veían rígidas sillas de ébano, en las que los miembros de las familias Hsin y Chou tomaban asiento en ocasión de las jornadas de fiesta, durante las cuales rodeaban al patriarca y le ofrecían «miserables e inútiles»

regalos de un considerable valor en dólares. En la casa del señor Hsin, que no tenía ningún hijo, imperaban todavía el sentimiento familiar, el respeto y la tranquilidad confucionistas.

También el viejo señor del vestido de color gris oscuro y bordado en oro se sentía un tanto inquieto; pero sus prudentes y enfermizos ojos observaban fijos y concentrados a Mailin. El señor Hsin veía una muchacha dulce, delicada, más deliciosa y frágil que una muchacha china de pura cepa. La chiquilla se cubría con un vestido color almendra exactamente igual al que tan a gusto había llevado *Luz fluida*, la tan amargamente llorada hija.

Mailin lucía en el cuello la campanilla de jade con la inscripción «La prisa es un error». A cada paso que daba, la campanilla sonaba delicada y sutilmente. Algo le sucedió a Mailin en ese vestíbulo donde el cuadro de Confucio destacaba en la pared norte. Ni ella misma podía darse cuenta exactamente de qué se trataba. Con la mítica capacidad de los chinos tenía la firme convicción, y no necesitaba ninguna confirmación, de que ella ya había estado aquí alguna otra vez hacía ya muchos años, tal vez decenios o siglos. Sabía que aquí, en esta sala, había comenzado la historia de su vida con el amor al pájaro rabilargo, con la fidelidad a los Wergeland, con las oscuras ansias de otra forma de existencia, de una forma de existencia china, con cuyo sólo deseo ya se consideraba satisfecha. Cuando menos se lo podía esperar llegó a comprender la realidad del mundo. Como una descarga eléctrica sintió en su interior que pertenecía a aquel pueblo antiquísimo y legendario: vaciló unos segundos y luego siguió avanzando lentamente. El viejo ataviado en traje de gala no había dicho aún una palabra. También Mailin permanecía muda como un pájaro soñador, mientras con la mirada baja y fija en el suelo, caminaba hacia aquella figura digna e inclinada. Como si estuviera soñando hizo ante el honorabilísimo abuelo las tres prescritas reverencias. Con sus manos sarmentosas, el viejo levantó su cabeza cuidadosa, pero imperiosamente, con la misma ligereza y cuidado con que se toca una figurita de porcelana, y miró fijamente a sus ojos. Como extasiado observó aquellos ojos chinos que reflejaban las tres virtudes cumbres de la mujer: la perseverancia, el dulce amor y la santa comprensión humana, tan importante para un hombre comedido y parco en palabras como era él. Realmente los suyos eran auténticos ojos chinos, profundos, resplandecientes y de un brillo espiritual inigualable. El solitario y viejo chino dijo tranquila y alegremente:

—¡Hsin Mailin, hija de mi hija *Luz fluida*, sé bien venida en la casa de tus antepasados!

Cuatro días después Astrid salía del «Cathay Hotel» para ir a visitar a su padre al hospital de la Concesión francesa. Mailin dormía allí, pues su presencia tranquilizaba al enfermo. Knut Wergeland preguntó soñoliento: «¿Dónde está mi hija?», y cuando apareció Astrid junto a su lecho, no pudo disimular su decepción. Astrid se dio

perfecta cuenta de ello e, irritada, mandó llamar a Mailin, pero ésta sólo dormía a días alternos en la pequeña habitación de las enfermeras. El doctor Wergeland, que ahora se encontraba mucho mejor, había recuperado completamente su autoridad. Astrid guardaba en su indignante memoria todas las pequeñas escenas. Por lo demás, aún no sabía que el día 14 de agosto, el cólico biliar de Wergeland les había salvado la vida a todos. A mediodía la Nanking Road, con el «Cathay Hotel» y el «Palace Hotel», eran humeantes escombros. Ante la puerta de entrada del «Cathay Hotel» yacían doscientos cadáveres y precisamente a la hora en que el cónsul Wergeland tenía por costumbre comer acompañado de sus hijas. El destino quiso que la hora de aquel desgraciado día para Shanghái sorprendiese al cónsul con su hija Mailin en el hospital. Ante ellos tenían un viejo plato chino de porcelana con las frutas *lichi* que había enviado el abuelo de Mailin. Él señor Hsin no les había hecho todavía ninguna visita, puesto que hasta entonces el cónsul había estado demasiado enfermo. Había anunciado para las cuatro de la tarde de hoy, día 14 de agosto, una breve visita. El señor Hsin poseía unos planes tan definitivos para su nieta, que primero la había confiado al «diablo extranjero», dando con ello muestras de la impenetrable cortesía de los chinos. La prisa era un error.

Así estaban las cosas cuando el día 14 de agosto Astrid abandonó el «Cathay Hotel». Era un día como los otros, y fue un día como ningún otro. Pero en las hilanderías y en los bancos, en las lavanderías y panaderías chinas, en los bares donde los extranjeros tomaban su desayuno, en las tabernas del puerto y en las naves de las fábricas de Hongkew y de Pootung, en la desconcertante y cosmopolita colmena de Shanghái los hombres trabajaban como siempre, comían su arroz de la mañana, difundían los nuevos rumores y sólo pensaban en el momento presente.

Astrid disponía de toda la mañana para sí y se dirigió Bubbling Well Road abajo. Su objetivo era el restaurante «Los Crisantemos Blancos», donde generalmente iba a comer el señor De Maury, como le había revelado en cierta ocasión. Astrid estaba siempre dispuesta a arreglar un encuentro fortuito en caso de necesidad. Raramente se equivocaba porque no poseía ni pizca de imaginación. Debido a que sus reflexiones resultaban siempre demasiado correctas, su vida era vacía.

Cuando salía a pasear con un impecable traje blanco, un diminuto sombrero, guantes largos, y una cartera de piel blanca, rodeada por una perfumada atmósfera de Chanel, era para todos los peatones una diosa blanca de las Concesiones y del paraíso colonial. ¡Y por cierto, una diosa muy hosca! Aquella mañana no tenía el más ligero presentimiento de que la muerte acechaba en cada esquina. Si se hubiera tomado la molestia de visitar barrios tan inverosímiles como Chapei, Hongkew, o Pootung, hubiera podido ver las barricadas formadas con sacos de arena, tras las cuales trabajadores, fabricantes, prostitutas, traficantes de opio y los buenos hipopótamos y padres de familia japoneses como el señor Komiya trataban de ponerse a salvo de las bombas.

Esas activas hormigas tan apegadas a la vida eran asiáticos que recurrían a todas

las tretas y artimañas para salvar la existencia. Todos ellos concedían más valor a esa existencia que se desenvolvía entre la miseria, el sudor, la inmundicia, el pus, el envilecimiento y el nauseabundo opio dulce que a la comodidad y al amor. Éste era un misterio asiático que no podía ser comprendido por los civilizados europeos que disfrutaban de buenos cuartos de baño y que vivían en un mundo de lujosa fantasía. A Astrid, con su total carencia de imaginación, su afición a la sobriedad y su costumbre de comer a horas regulares y monótonas, no le era posible comprender en absoluto esa sed y esas ansias de vida.

Por lo demás, esa mañana sólo tenía un pensamiento: ¡Pierre de Maury! No le conocía bien, no entendía nada de sus intereses en Asia y tampoco de sus intereses privados. Era el primer hombre a quien había tratado de cerca y se había dado cuenta de sus encantadoras mentirijillas que llenaban el vacío de su corazón. Naturalmente, en ella se explicaban todas las razones de ser de ese tipo de vida condicionada siempre por la inteligencia, para la cual había sido creada Astrid. Contaba diecinueve años. Por esa misma razón hubiera tenido que saber que el amor se basa en la entrega, y que en un setenta por ciento de los casos el matrimonio consiste en una especie de asistencia a los enfermos y en otros cuidados y desvelos, y que es una marcha hacia una cumbre que nunca alcanzan los matrimonios del montón. Jamás había podido ver estas cumbres, porque estaban siempre rodeadas de nubes como la cima del Fuji, el monte sagrado de los japoneses.

Mientras paseaba aburrida de un lado a otro, para matar el tiempo que faltaba hasta la hora de la comida, se le ocurrió ir al salón de belleza de la señora Ninette, y hacia allí se dirigió. En el salón rosa se enteró de que la joven muchacha alemana, que la había convertido en una pastorcilla con elegancia parisiense, ya no trabajaba allí. Se hizo dar un masaje facial por una gruesa mujer rusa que le fue proporcionando una gran cantidad de datos sobre personas a las que no conocía en absoluto. A la señora Ninette, la gruesa Sherezade, le gustaba contar historias de gentes a las que sólo ella conocía. Astrid era una de las pocas clientes que, debido a que siempre estaba extraordinariamente aburrida, podía escuchar con sumo interés las explicaciones que la peluquera daba sobre ciertos desconocidos, y que a veces duraban horas enteras. Se tragaba ávidamente todos los chismorreos de aquella charlatana, lo mismo que de niña absorbía los truculentos cuentos chinos que le narraba Yumei.

—Figúrese, señorita —dijo la señora Ninette, dando fin a uno de sus folletines—, que la pobre Sonia se encontraba tan desesperada después de haberse dejado conducir por ese terrible inglés a la taberna de opio de Chapei, que... ¡por favor, no se mueva que voy a arrancarle la mascarilla...!, que fue a confesarse por vez primera después de muchos años.

—¿A dónde? —preguntó Astrid, que siempre quería saberlo todo exactamente.

Como la señora Ninette no había hecho jamás uso de los medios de santificación de la Iglesia desde su llegada a Shanghái en 1920, no pudo aclararle este detalle. Por

ello cambió de tema y pasó a hablar de una bailarina de la Rusia blanca que fue raptada, violada y finalmente asesinada a las tres de la madrugada por un infame «*rikscha-coolie*^[35]» que le había prometido sacarla de un club nocturno de tercera categoría para llevarla a casa de sus padres, honrados trabajadores.

—La espantosa muerte de Natascha me partió el alma —concluyó la señora Ninette, después de un detallado informe acerca de los padres de la muchacha y de su desafortunado destino.

Luego se dirigió de buen humor hacia la caja. Astrid pagó satisfecha: había pasado un rato muy agradable. Decidió venir con frecuencia al salón de la señora Ninette. Era imposible que en esa mañana de agosto pudiese prever las consecuencias de esta determinación.

En la entrada de «Los Crisantemos Blancos», donde por cierto más tarde caería la primera bomba, estaba de pie Pierre de Maury buscando ansiosamente a alguien. Ese alguien no era ni mucho menos Astrid Wergeland, pero sí la razón por la que el señor De Maury comía tan pocas veces con ella. Sus ojos miraban intranquilos, casi acosadores. Se estremeció de pies a cabeza cuando Astrid se le plantó delante y le dijo:

—¡Qué sorpresa!

Realmente había sido una sorpresa para Pierre, quien inmediatamente desistió de su búsqueda. La persona ansiada no había llegado. Había estado esperando una hora como un tonto. No le gustaba hacer el tonto. Shanghái era la ciudad más insegura del mundo... un bazar lleno de misterios.

De nuevo comieron juntos en el íntimo gabinete japonés, en el que tan amablemente habían charlado con el barón Matsubara. En la estancia colgaba de nuevo, después de haber estado oculto mucho tiempo, el cuadro con el escenario giratorio del *kabuki*. Delante había un jarrón lleno de exquisitas flores, Pierre se extendió con su usual elocuencia en consideraciones sobre el escenario del *kabuki*, a pesar de que no había leído el opúsculo de la biblioteca de los turistas. La sorprendente aparición de los que intervenían en el *kabuki* a través del *hanamichi*^[36] cosquilleaba su fantasía. Él mismo surgía y se esfumaba de una manera semejante. Siempre se despedía rápidamente, sin que apenas le observara nadie, y luego al cabo de mucho tiempo volvía a aparecer en escena. No había nadie que pudiera prevenir a Astrid contra tan difícil amante. Por ello no podía resultar nada bueno cuando comían juntos un participante en el *kabuki* y una reservada e ingenua criatura.

Astrid sólo escuchaba a medias, pero observaba a Pierre con sus ojos de un azul pálido. ¿Acaso le interesaba el teatro japonés? Estaba forjado por personas que miraban indiscretamente en un aposento privado en el momento más inoportuno.

—¿Por qué hemos estado tanto tiempo sin vernos, Astrid? —preguntó él de repente.

—Tenía mucho que hacer. Mi padre se encuentra en el hospital —contestó Astrid. ¿Se imaginaba el señor De Maury que ella iba tras él? Había olvidado invitarla a

comer dos días antes. Una fría corriente estremecía lentamente su corazón femenino. Todavía no sabía que los hombres llenos de atractivos son precisamente los que acostumbran a atormentar frecuentemente a las mujeres. Y como Astrid no permitía que la trataran mal, como todas las demás mujeres, y quizás aún más que algunas, padecía por esas desatenciones. ¿Durante cuánto tiempo podría seguir escuchando a Pierre sin romper a llorar? Tragaba la saliva con dificultad y mantenía un aire orgulloso.

El señor De Maury había terminado ya de pescar entusiasmado su ración del plato de laca y ahora explicaba que su escritor favorito, Montaigne, se había hecho preparar un dormitorio en el primer piso de su castillo para no permanecer siempre al lado de su mujer.

Pierre hizo una pausa y luego contó que, durante sus vacaciones en Europa, fue a visitar ese castillo, que estaba situado en Gascuña. En la pared de su cuarto de trabajo, Montaigne había colocado una inscripción latina, que expresaba la esperanza de que pudiera pasar allí los últimos días de su vida «con perfecta seguridad e independencia» y lejos de la intranquilidad de los quehaceres caseros. La inscripción era tan buena como un letrero que, con letras de oro, dijera: «Prohibida la entrada».

—Yo encuentro todo eso muy poco agradable —dijo Astrid—. Al fin y al cabo si dos se casan es para vivir siempre juntos.

—¿Cómo ha podido ocurrírsele tan terrible idea, Astrid? —preguntó aterrorizado el señor De Maury.

Astrid se sentía tan indignada que ni siquiera supo responder. Su rostro pálido y traslúcido por naturaleza había llegado a ponerse blanco como la nieve: una máscara casi trágica debajo del sombrerito parisiense.

—No es una idea mía —dijo glacialmente, encendiendo un cigarrillo—. Yo jamás tengo ideas propias. La casi totalidad de la gente es de esta opinión.

El señor De Maury contemplaba sus encantadores, ojos semicerrados. Era indescriptiblemente joven. Sólo una muchacha tan joven como ella podía reprenderle con esa dureza. No hubiera tenido que comer con ella. No sabía nada de la vida. Lo mejor era que se casase con un jovencuelo que deseara permanecer a su lado constantemente.

—¿De veras no posee usted ni pizca de fantasía? —preguntó, sonriendo a la joven camarera japonesa que examinaba a Astrid con desagrado.

—Por suerte, así es. La fantasía sólo hace que una considere de un modo falso las realidades.

—¿Adora usted los hechos reales?

—Adorar no es la expresión exacta. Yo cuento con ellos.

—¡Pobre pequeña! —murmuró Pierre.

Su voz delataba compasión y un ligero aburrimiento. No había duda alguna de que esta muchacha no era para él. A pesar de su maravillosa figura y de su noble perfil, como esposa hubiera equivocado su vocación. Jamás ayudaría a su marido a

realizar sueños, puesto que sólo quería realidades. Pierre de Maury necesitaba sueños, y por eso es por lo que había estado esperando largo rato ante la puerta del restaurante. Naturalmente, no deseaba soñar constantemente; a esto no estaba dispuesto ningún francés; pero sí quería refugiarse en determinados momentos en el mundo de los sueños. Esto lo había aprendido de los asiáticos.

Astrid miraba con atención a Pierre. No le agradaba lo que éste acababa de decirle.

—No tiene por qué compadecerme —pronunció fríamente—. No creo que tenga ningún motivo.

Jamás permitiría a hombre alguno que le hiciese objeto de tal humillación. La impresión de frío se le había hecho tan intensa que empezó a temblar. En su alma, que padecía hambre de piedad y bondad, pero que no podía conseguirlas a pesar de sus celosas devociones, parecía ir a estallar la desesperación y reinaba una sensación vaga, que era pecado. Pero no estaba sola: únicamente lo parecía. Tenía a Dios, al que había amado de niña. Lo sabía. En Lausana había crecido al amparo de ese amor verdadero y consolador, y los escritos de santa Teresa de Ávila, que junto con los rubíes y su propensión a los celos, constituían la herencia que le había legado su madre, era todavía uno de los pocos libros que en realidad devoraba con una avidez extraordinaria y trágica. Pero el amor que animaba y consumía a la santa española, no pedía nada y lo contenía todo. De pronto Astrid suspiró. Pero fue un suspiro tan desconsolador y triste que Pierre de Maury, que lo había oído perfectamente, colocó delicadamente su brazo en el talle de la muchacha. Ella temblaba, y él hizo como si no se hubiera dado cuenta.

—Debo marcharme —murmuró Astrid—. Muchas gracias por su estupenda comida.

—¿La ha encontrado usted realmente estupenda, Astride?

—Naturalmente. *Au revoir!*

—Pero ¿por qué tanta prisa? La acompaño al hotel.

—Muchas gracias, pero es preciso que vaya a la clínica del distrito francés.

Ya no podía soportar más su presencia, y lo sentía.

—Precisamente yo también tengo que ir hacia allí —dijo Pierre categóricamente—. Vamos, Astride. Sí... el sombrerito le sienta bien. Es una verdadera *creation*. La felicito.

—Yo misma he proyectado el modelo.

—Creía que carecía de imaginación.

—Sólo la tengo cuando se trata de sombreros.

Cuando se dirigían hacia la puerta de salida, el señor De Maury vio a la persona a la que había estado esperando en vano. Pasó por delante suyo sin saludarla, cogido del brazo de Astrid. Hoy ya no había tiempo para sueños.

Únicamente faltaban tres minutos para que estallara la primera bomba en Nanking Road.

Más tarde Astrid apenas si podía acordarse de cómo Pierre y ella se habían encontrado de repente en aquella olla infernal. La cosa ya no tenía importancia. Las fuerzas aéreas chinas intentaron llevar a cabo el primer ataque contra el crucero japonés *Idzumo*, y en el camino lanzaron las bombas sobre el *Nippon Yusen Kaisha-Kai*, situado en las cercanías del Consulado general japonés, frente al «Shangháí-Club». Otras bombas fueron a caer por descuido muy lejos de allí, en el muelle, y mataron a muchos *coolies* que estaban trabajando en el puerto y también a algunos de los transeúntes con cuenta corriente en el banco: nada es más democrático que una bomba. Con ello comenzó el bombardeo de los cruceros japoneses en el pacífico río Whangpoo. En esos momentos las calles de la ciudad se encontraban ya obstruidas por miles de fugitivos chinos que querían buscar protección en las Concesiones y que hallaron la muerte en Nanking Road. Las hormigas de Chapei y Kiangwan huían con sus mujeres, sus hijos, sus jaulas, sus abuelos, sus haces de leña, sus caras estoicas y sus corazones temblorosos a las ciudadelas de los «demonios extranjeros» que frecuentemente les habían sacado de las sendas de la enfermedad, la miseria y el hambre acogiéndolos en sus hospitales y comedores benéficos. Pero ahora aquellos diablos tan dignos de respeto también se veían en un aprieto.

Era la una cuando cayó la bomba en Nanking Road; a las cuatro de la tarde las bombas chinas cortaron el aire en dirección al *Idzumo*, y estas bombas fueron saludadas por el violento estallido del fuego japonés. Astrid y Pierre se sintieron impulsados hacia adelante y quedaron entremezclados con la masa, en medio de un mar de espectros y fantasmas amarillos y blancos con las bocas abiertas de estupor y con los miembros tan desencajados que amenazaban con desgarrar a Astrid. Luego, la muchacha cayó desfallecida en los brazos de Pierre. Cuando volvió a abrir los ojos se hallaba con su señorial vestido rodeada de cadáveres en las cercanías del hotel «Palace» y del «Cathay». Como en un sueño terrorífico vio como los pisos superiores del «Palace» parecían vacilar como borrachos, y como se deshacían entre enormes llamaradas. Pierre había querido llevarla al hotel, pero estaba ardiendo todo el edificio. Se incorporó y miró fijamente los ojos de su acompañante.

—*Chérie* —murmuró Pierre.

Su cabellera estaba sucia de sangre y humo. A su lado una madre china había vomitado sobre su traje. Intentó apartarse, pero se dio cuenta de que no podía moverse. También ella acabó vomitando encima del traje de Pierre, y se avergonzó mucho de que las lágrimas afluyeran a sus ojos en medio de aquel ambiente de muerte, lamentos y gritos, cuando poco antes no se había atrevido a llorar en «Los Crisantemos Blancos».

—¡Oh, Pierre! —suspiró, llorando, como si el corazón quisiera estallarle, por ella misma, por el traje de Pierre, por sus esperanzas desvanecidas y porque la muerte no se compadecía de las madres, los niños, los pájaros y los *coolies*.

Pierre la miraba. Retiró dulcemente su pelo mate dorado, que le había caído sobre

la frente.

—¿Quiere usted que nos vayamos? —le preguntó, y se la cargó al hombro como si fuese una saco de harina.

Tenía, que salir de allí con ella. Por las callejuelas circulaban algunos taxis. Allí morirían los dos bajo el estallido de las bombas o atropellados por la turba humana. Los comercios elegantes se habían venido abajo como castillos de naipes. Pierre fue absorbido por una nueva riada humana que provenía de Nanking Road; naturalmente, no le era posible nadar contra corriente.

Astrid había rodeado su cuello con ambos brazos y colgaba entre él y un caritativo y joven chino que sostenía sus pies. ¿Qué había ocurrido? Antes de que volviera a sumirse en las tinieblas de la inconsciencia vio el letrero de una tienda en un callejón lleno de gente, desconocido. Decía así: «Chom Li-seng. Ferretería. Surtido en todos los ramos». El rico y bien abastecido señor Chom descansaba en la tranquilidad del otro mundo al lado de su maravilloso rótulo con la inscripción en letras de oro. Estaba relajado y con las piernas separadas, como cuando descansaba bajo los ciruelos en su aldea, que había abandonado hacía veinte años para venirse a la gran ciudad enclavada a orillas del mar. A su lado yacían moribundos su hijo, su esposa y su honorable madre. Todos ellos respiraban con dificultad en los estertores de la agonía, y el hijo aún mantenía en sus manos envaradas la jaula con el rabilargo, un pájaro como aquel que en cierta ocasión Astrid había matado en Shanghái. Lanzó un grito y sus brazos cayeron bruscamente.

—*Missie* se muere, pronto, pronto —murmuró el joven chino. Extendió la mano —. *Kumsha*^[37]!

Pierre se la dio mientras con un pie retiraba del camino una mano separada de su cuerpo. Había pertenecido a una joven muchacha cantante. Era un pedazo de carne con un anillo de brillantes. El caritativo joven chino se agachó, sacó el anillo de brillantes del pedazo de carne, lo limpió con la mayor rapidez en el traje de Astrid, se lo puso en un dedo y se apresuró a seguir la marcha. En Nanking Road, el piso superior del «Palace», que en su alucinación Astrid había visto oscilar, se desmoronó realmente. Cayó a la calle como una pared ardiente. Un pedazo tocó al joven chino. Se tambaleó y exclamó:

—¡Ay, ay!

Poco tiempo le había durado la alegría de haberse apoderado del anillo de brillantes.

Los cristales de las ventanas tintineaban, los coches empezaron a arder; dos bombas cayeron en el cruce de Tibet Road con la Avenue Edouard VII y pulverizaron a cientos de fugitivos con sus mujeres, hijos, esperanzas, baterías de cocina, bolsas de arroz y su miedo. Una muchachita de doce años estaba rodeada de sus tres hermanitos en medio de aquel ambiente de muerte y terror, y dio a las tres criaturas un pucherete de arroz. Era la «hermana mayor» de Pootung y tenía el deber de atender a los tres hijos de la familia Wen cualesquiera fuesen las circunstancias. A su alrededor se

habían desplomado miles de seres aniquilados por las bombas, pero ella se mantenía tranquila dentro de su tienda en llamas. No sabía dónde se encontraba en ese momento el resto de la familia, o si todos habían muerto. Vio con las pupilas dilatadas como dos diablos extranjeros montados en un coche eran reducidos a cenizas; exclamó: «¡Ay, ay!», y continuó dando su ración al «hermanito menor». Era como el pescado que salta en la sartén; pero en su calidad de «hermana mayor» prudente se consideraba obligada a permanecer en la tienda de lujo consumida por el fuego. Su posición era realmente muy sencilla, y los europeos heridos y aterrorizados que transitaban por la Avenida no podían comprenderla.

—¡Estas zorras! —murmuró una extranjera, a cuyo coche no le era ya posible seguir adelante.

Su marido se encogió de hombros. Sus espaldas estaban teñidas de sangre.

—¡Chinos...!

Con esta palabra lo había dicho todo.

Mientras los fugitivos seguían afluyendo de todos los lados del barrio chino y de los suburbios de Shanghái y transitaban por el descomunal puente para dirigirse a las Concesiones, al caer la noche habían sido ya dispuestos cientos de cadáveres en ataúdes de madera construidos presurosamente. Los ataúdes se hallaban colocados en la calle que daba frente al hipódromo para que fueran identificadas las personalidades de los muertos. Cientos de ellos no habrían de ser reconocidos jamás por sus parientes, puesto que habían vivido en Shanghái como en tierra de nadie: eran hombres de pueblo que sólo hacía unas semanas que habían venido a buscar su pequeño mundo de felicidad en esta gran ciudad; fumadores de opio, que únicamente conocían a sus difuntos traficantes de opio; el espía japonés que, con la divisa antijaponesa en su vestido, había escuchado con suma atención el discurso del señor Feng; rusos blancos y alemanes que se habían escondido en cualquier parte para no ser vistos por sus compatriotas, puesto que ya no podían soportar más los recuerdos de las reuniones en que tomaban té; niños de todas las naciones y razas que habían perdido a sus padres entre el gentío; enfermeras, médicos, sacerdotes y rufianes. Todos ellos yacían allí, frente al hipódromo, envueltos en la rojiza humareda. Habían hecho su última apuesta en las grandes carreras de Shanghái.

Muchos cadáveres permanecieron durante largos días bajo el cálido sol de agosto de Hongkew y Yangtzepoo, fueron devorados en parte por hambrientos perros callejea ros, y en ese estado fueron fotografiados por los mejores reporteros del *Shanghái Evening Post* y del *Mercury* para dejar un recuerdo a la posteridad. También el fuego siguió ardiendo durante días en esos distritos. Los chinos cristianos se santiguaban porque creían llegado el juicio final y se imaginaban que se encontraban ya en el purgatorio. Los grandes bazares de *Sinceve's* y *Wing On's* en los que con tanta frecuencia Astrid había comprado hermosas naderías, habían sido alcanzados por las bombas, mientras que el hotel restaurante japonés situado en las cercanías de Nanking Road había quedado casi íntegro. Muy cerca de ese edificio fue

hallada una pareja de enamorados coreano-japonesa; los dos jóvenes se habían abrazado tan estrechamente que ahora no podían ser separados. Y por doquier, entre cadáveres y heridos, yacían los lamentables bienes de los fugitivos: todo aquello que los chinos consideraban de valor y que habían tratado de salvar de las iras de los espíritus del fuego. En las calles bombardeadas y en los rincones de la descomunal ciudad se esparcía difusamente toda una historia cultural, desde los árboles genealógicos hasta una cuchara de porcelana blanco-azulada, pero nadie reparaba en todo ello, a excepción de un par de fotógrafos. La vida se había convertido en un asunto demasiado arduo.

Entre un reloj suizo y un frasco conteniendo una misteriosa medicina china, cuya etiqueta rezaba: «Bueno contra la tisis y otros cientos de dolencias», se hallaba el bolso de piel de Astrid, hecho una porquería y teñido de sangre.

También Astrid había recibido su parte. Ahora se hallaba inconsciente en un hospital chino en Nort Szechuan Road. Una refinada enfermera china se inclinó sobre ella; una enfermera alemana que estaba renovando la botella de hielo murmuró a su compañera:

—Está despierta. Por favor, vaya a buscar a su hermana, Wei.

Ésta salió de la estancia, y Astrid quedó sola con la enfermera alemana en aquella sala del Foo Ming Hospital, cuya dirección y abastecimiento corrían a cargo del señor Chou Tso-ling, sobrino del viejo señor Hsin, junto con éste. Aquí las madres chinas podían traer a sus hijos al mundo rodeadas de limpieza y tranquilidad. Esto no quería decir que fueran socorridas en la clínica todas las mujeres de los *coolies* y los trabajadores chinos de Shanghái. La mayoría preferían el tipo primitivo de parto en su casa, en una atmósfera oscura y malsana y en presencia de numerosos parientes, a la limpieza de los «diablos extranjeros». Sin embargo, eran muchas también las que venían aquí, recibían comida china y tenían enfermeras chinas. Los instrumentos de operación y cura traídos de América eran realmente imprescindibles, pero también podían adquirirse fácil o difícilmente en las tiendas chinas.

Astrid trataba de recordar dónde había visto antes a esa enfermera europea. Y a pesar del accidente sufrido, superando la sacudida y el estupor, su irritante memoria trabajó perfectamente: ¡esa enfermera era la mujer que no hacía mucho la había peinado tan maravillosamente! Pero de nada le había servido. Anna Weber murmuró:

—Su hermana está aquí, señorita.

Mailin yacía arrodillada junto al lecho de Astrid, y ésta quiso tomar sus manos y salir de aquella bruma rojiza que la envolvía, pero no lo consiguió. En la aglomeración de la calle había sufrido la ruptura de una costilla.

—¿Qué me ha pasado? —se lamentó débilmente.

Luego su ánimo se despeñó en aquellas profundidades nebulosas, y le pareció que las personas se habían desplomado sobre su pecho como peñascos.

—El doctor Chou ha dicho que no debe soportar una segunda sacudida —susurró Anna Weber a Mailin—. Ello significaría un gran peligro para el corazón.

Mailin contempló a Astrid con la mirada nublada. La «hermana mayor», pálida, delicada, tenía los ojos muy hundidos y su frente estaba húmeda de sudor. Carecía de la fuerza de resistencia de las muchachas de sangre china.

—Debe venir inmediatamente un especialista, o bien será preciso que traslademos a la señorita a una clínica privada de la Concesión francesa —dijo una voz masculina.

Pierre de Maury apareció en el apagado círculo de luz que envolvía el lecho. Era una sala privada, en la que en ese momento yacían sobre colchonetas tendidas en el suelo unas treinta personas. Astrid ocupaba la única cama. Los chinos no demasiado aturridos que se hallaban en las colchonetas contemplaban con insaciable curiosidad al grupo de «diablos extranjeros», a los que apenas ocultaba un casi destruido biombo de bambú.

—¡Increíble situación! —exclamó el señor De Maury, indignado—. ¡Es necesario que hable inmediatamente con el médico jefe, enfermera!

Anna Weber le observó con la misma admiración y asombro con que hubiera contemplado a un monstruo marino antediluviano. Era todavía demasiado joven para saber que los hombres son aún más sorprendentes que los monstruos marinos antediluvianos.

—Pero, señor —replicó en su cuidadoso francés—, los médicos tienen muchísimo que hacer. Quedan miles de heridos en las calles. La ciudad arde por sus cuatro costados.

—Voy a buscar un taxi y me llevaré a la señorita a nuestro hospital —repuso imperturbable el señor De Maury—. *Au revoir!*

—¡No puede usted hacer eso, señor! El doctor Chou le ha prohibido cualquier movimiento. ¡Por favor, no se vaya! La señorita Clermont tendrá que quedarse.

Anna hablaba severa. Una muchacha de Silesia puede ser aún más testaruda que un francés.

—Ahora mismo voy a telefonar al doctor Bardot. No puedo permitir que un chino cualquiera...

A causa de la indignación, la voz le falló al señor De Maury.

—El doctor Chou no es un chino cualquiera, señor. Consiguió el premio extraordinario en irnos exámenes en Estados Unidos. Ha prestado a la señorita Clermont los primeros socorros. De momento no ha podido hacer más. Se han impedido todas las complicaciones que puede evitar la ciencia médica. El doctor Chou es un cirujano maravilloso. Ha reducido la fractura lo máximo posible. Ahora tiene que asistir a los otros. ¡Le mostraré la radiografía, señor! ¡Por favor, serénese!

Las palabras de Anna lograron hacer razonar al francés, cosa que no hubieran logrado ni informe médico alguno, ni ninguna alusión a la competencia médica y a la asistencia de los otros enfermos. El señor De Maury retiró de su hermosa y obstinada frente un mechón de húmedos cabellos. Inadvertidamente detuvo unos momentos su mano en la frente. Sentía un punzante dolor de cabeza. ¿Cómo había podido comportarse de ese modo? ¡En un hospital chino limpiísimo se había manifestado

muy desfavorablemente contra el médico Jefe ante esa pequeña enfermera, que era una auténtica europea!

—Lo siento, enfermera —murmuró—. Parece que acabo de llegar de los infiernos. Ya comprenderá...

—Tiene usted todo el aspecto de ello —musitó Anna, cuya vista no se había apartado un solo instante de Astrid.

No entendía absolutamente nada. La actitud de los hombres occidentales frente a los asiáticos le era excesivamente extraña. Los trataban de acuerdo con su categoría y su importancia económica para el Occidente, y así pues los hacían objeto de una desmesurada atención y respeto o bien de evidente menosprecio.

Mailin había permanecido todo el rato callada. Había estado siempre rodeada de tanto amor que ahora le habían herido las observaciones del señor De Maury. Al mismo tiempo le compadecía: había perdido la serenidad, y con ella también la cortesía. ¡Esto no podía sucederles a los chinos! Por algo eran los más fuertes, Mailin llevó afuera delicadamente a la enfermera extranjera; tenía la sensación de que Astrid quería ver a solas a ese francés arrogante y orgulloso.

—¿Cómo se siente? —preguntó Pierre.

—Creo que voy a morir —murmuró Astrid, asombrada—. ¡Oh, Pierre! ¿No viene el padre Lavalette?

—Naturalmente que va a venir. Debe usted tener un poco de paciencia, *chérie*.

Los pensamientos de Astrid se entremezclaban confusamente. Siempre había tenido muy buenas intenciones, y sin embargo había cometido muchos pecados. Uno de ellos, haber matado el pájaro rabilargo. «Mailin es un poco más mala que nosotros, los niños de Shanghái, tía Helene». La hija de la vagabunda. Orgullo, vacío, ambición. Oración sin tranquilidad; tranquilidad sin oración. ¡Quiero tenerle, debo tenerle! ¡Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores...! El viejo estanque. Dentro croaba una rana. ¿Es el barón Matsubara? ¡El agua murmura! *Haikkus...* una tontería... *Pater peccavi...* *Haikkus...* Santa María, madre...

Astrid suspiraba. Pierre se inclinó sobre ella.

—Perdóname —murmuró Astrid, perturbada—. Te quiero.

Él escuchaba. La voz de Astrid era sólo un hálito. Se reclinó sobre ella con sumo cuidado hasta que descansó sobre su pecho la cabeza de la muchacha con la dorada y pálida cabellera. Él ya no llevaba su camisa blanca de seda salpicada de sangre, sino un pantalón negro de satén chino y una deteriorada camisa de algodón blanca, que dejaba al desnudo la mitad de su pecho y sus musculosos brazos. Los caritativos chinos le habían provisto inmediatamente en «su» hospital de montones de viejas prendas de ropa.

Astrid percibía los latidos del corazón de Pierre a través de la fina prenda de algodón. Toda la música del mundo sostenía para ella ese ritmo. Por vez primera descansaba, tranquila y sin experimentar ningún deseo, sobre el corazón de Pierre, que, como todos los corazones, encerraba tribulaciones, secretos, derrotas, triunfos.

Astrid escuchaba. Los latidos de ese corazón parecían infundirle fuerzas vitales. Era como si su dolorida cabeza quisiera elevarse por encima de brillantes nubes hasta alcanzar la luna. Parecía que el amor le inspiraba sueños fantásticos y hacía brillar sus cabellos.

—Oigo tu corazón...

—Te pertenece, Astrid —repuso él sencillamente y un poco extrañado. Hasta este mismo momento no había acertado a hacer este descubrimiento.

—¡Tengo tantos deseos de vivir...! —musitó Astrid, con voz templada y canora como la de un pájaro, como jamás había oído Pierre.

—¡Mañana todo irá mejor, *chérie*!

—Sí..., mañana —dijo Astrid con tono apagado, y su rostro empalideció aún más. Había perdido mucha sangre.

En ese momento penetró en la estancia el padre Lavalette, para administrar a Astrid la extremaunción, por lo que pudiera pasar.

—Debemos esperar —murmuró cuando vio el rostro de Pierre de Maury.

Cuando el padre salió de nuevo al corredor el doctor Chou venía a su encuentro. En su joven rostro sobresalían unos pómulos que delataban su agotamiento, y eso que sólo acababa de comenzar la noche. Continuamente llegaban a manos de sus subalternos más y más heridos, y a todos tenían que prestar el conveniente auxilio.

—Duerme —musitó el alto y encorvado sacerdote de la Compañía de Jesús, que doce años antes había ayudado a bien morir a la madre de Astrid—. Yo espero aquí fuera, doctor.

—Por favor, acuéstese, *mon père* —dijo el doctor Chou, que hubiera hecho muy bien en darse a sí mismo este consejo.

El sacerdote sacudió la cabeza.

—Conocía a su madre —murmuró—. ¿Logrará salvarse?

Pero no pudo aguardar la respuesta del médico, porque en ese mismo momento se inclinó ante él un chino muy anciano y le tiró nerviosamente de la sotana.

—Digno maestro —pronunció el anciano con voz enronquecida por el opio—, el hijo de mi hijo abandona el mundo. ¡Por favor, venga rápido, rápido! ¡El hijo de mi hijo! ¡El mejor cristiano de Shanghái! ¡Cada mes da cuatro dólares para la misión!, El digno maestro tiene que venir para indicarle el camino más directo para el Paraíso. ¡El hijo de mi hijo no puede ir al infierno de ocho profundidades! ¡Es un buen cristiano, es bueno, tiene un salón de juego bueno y cristiano!

—Ya voy, abuelo.

El sacerdote extendió sus largas y delicadas manos de pianista y las colocó en los descamados hombros del anciano. Hacía demasiado tiempo que estaba en China para no saber que la muerte de un nieto significaba que se interrumpiría la cadena de las generaciones. Siguió al semidesnudo anciano por los corredores llenos de gente hasta

que llegaron a los sótanos, donde el moribundo poseedor del salón de juego bueno y cristiano, esperaba el pasaporte para el cielo.

—Diez mil años de felicidad para usted, buen maestro —murmuró satisfecho el viejo *coolie*.

Su nieto había pagado durante años; por consiguiente, tenía derecho a todas las alegrías y ventajas del cielo cristiano.

Pierre de Maury y Mailin se alternaron en la vela. Astrid se despertó a medianoche. Mailin dormía tranquila en un ángulo de la habitación. Cuando Astrid abrió los ojos, su mirada se detuvo en la de Pierre.

—Astride.

Besó por vez primera los inexpertos labios de la muchacha, que tanto se apretaban en los momentos en que sufría una decepción. Así fue como Astrid Wergeland empezó a vivir lentamente en la noche de la crisis... contra todo lo que esperaban los módicos y contra la voluntad del «espíritu hambriento» del mes de la muerte de 1937. Quizá se quedaba en el mundo porque conocía la razón de su vida.

Éste fue el caso que se repitió frecuentemente entre los años 1941 y 1945, un período en la historia del hombre que debe calificarse como el período del aniquilamiento humano organizado y fundado en bases científicas, un período en el que fueron pocos los que murieron de muerte natural, y muchos menos aún los que pudieron vivir una vida privada. Precisamente a Astrid le fue concedida esta gracia cuando se había despedido ya del mundo. Sus fuerzas se recobraron gracias al beso de Pierre. Un beso puede serlo todo y puede no ser nada, pero para Astrid lo supuso todo. Por eso, a partir de ese momento su alegría y sus numerosos y atroces dolores estuvieron pendientes del hombre que le había salvado la vida y que se la quitaba y devolvía alternativamente. Esa noche conocía tan poco a Pierre de Maury como cuando se hallaban en «Los Crisantemos Blancos», pero quizás era mejor así. El señor Hsin ya había dicho que las cornejas son negras en todas las partes del mundo, y que los hombres también son inconscientes en todas las partes del mundo.

El señor Hsin se encontraba dos habitaciones más allá de la de Astrid, pero yacía en el lecho de muerte, a pesar de que quería vivir, puesto que cuatro días antes había dado la bienvenida a Hsin Mailin, hija de su hija *Luz fluida*, espíritu de su espíritu y sangre de-su sangre. Cuando se dirigía al distrito francés, el señor Hsin Kaotze había salido despedido del interior de su coche y su agotado corazón no había podido recuperarse ya de ese accidente. Los fugitivos habían pasado en tropel por encima de su seco y frágil cuerpo. Su cajero lo había encontrado en medio de la calle respirando con dificultad, agonizante, y lo había trasladado a su hospital, pero no en su gran coche americano, sino en un miserable *rikscha*^[38] al que le faltaba una rueda y que el cajero había traído arrastrando hasta el hospital con ayuda de un *coolie*. Éste conocía al poderoso señor Hsin. ¿Quién no le conocía por sus periódicos, quién ignoraba sus

caritativas virtudes y sus riquezas, que eran el consuelo de todos los pobres diablos que se arrastraban por Shanghái? Pero nadie puede coser sin aguja, nadie puede bogar sin el río Whangpoo y nadie puede vivir sin el aire, y esto era lo que le sucedía ahora al señor Hsin a pesar de su dinero y de sus propiedades. Respiraba con la misma dificultad que un tuberculoso conductor de *rikscha*, y su porte ya no era elegante; en él se reflejaba la muerte.

Eran las tres de la madrugada. Mailin estaba junto a su lecho. Las familias Hsin y Chou —sobrinos, sobrinas, cuñados, nietos de los parientes y también algunas discretas concubinas— se habían reunido en un rincón de la estancia. Pero el anciano sólo veía a Mailin, que verdaderamente era la hija de su estimada hija *Luz fluida*. En ese mismo momento le pareció que se encontraba en la fiesta de Año Nuevo. *Luz fluida* llevaba una blusa roja y la campanilla de jade con la inscripción «La prisa es un error».

—*Kung Hsi Fah Tsai*^[39] —susurró.

De repente había desaparecido. Mailin musitó:

—Estoy aquí, venerable abuelo. ¿Me oyes, abuelo?

Pero el señor Hsin no pudo contestar a esta pregunta, porque la campana de jade que colgaba del cuello de Mailin estaba creciendo ante sus turbios ojos hasta que se convirtió en una jaula verde. Y en medio de ella se hallaba de nuevo *Luz fluida* cantando con sus compañeros revestidos de plumaje. ¡Ahora no volvería a abandonar ya a su padre! De repente, una mano sarmentosa y seca aferró la campana de jade de Mailin. Ésta se convirtió para el anciano en una perfecta *Luz fluida* vestida con un hermoso traje verde, y los dos se encontraban reunidos en el pabellón de los pájaros, en el jardín situado tras de Bubbling Well Road.

—*Luz fluida* —suspiró con dificultad.

Agonizante, el señor Hsin se cogió con sus últimas fuerzas a la campanilla de jade. En ese momento la voz de *Luz fluida* empezó a cantar con mil voces más. El anciano exhaló un suspiro de satisfacción.

Estaba con su hija en el paraíso de los pájaros.

Mailin no sabía cuánto tiempo había permanecido arrodillada junto al lecho de su abuelo. Una mano se apoyaba encima de su hombro. Vio el rostro de un desconocido. Era el semblante más lleno de vida que jamás había contemplado.

—¿Puedo ayudarla en algo, prima Hsin? —preguntó en perfecto inglés el elegante joven chino, cuyos ojos brillaban con inteligencia tras las gafas—. Casualmente vine anteayer a Shanghái. ¡Qué desastre para esta ciudad! Ah, permítame que me presente: soy su primo Jimmy Chou, de Singapur.

En ese momento llegaba al Foo Ming-Hospital una singular caravana: un

matrimonio chino y sus tres hijos, que se agarraban a sus faldas, empujaban un carro de mano en el que yacía un europeo de piernas muy largas, medio desangrado, que había salvado al menor de los hijos sacándolo de la casa en llamas. El carrito de mano lo habían robado en cualquier parte. En él podía verse aún algunas frutas completamente aplastadas. Las piernas del europeo se habían llenado de sangre y de polvo durante el camino hacia el hospital. El hijo salvado, un niño muy grueso, corría satisfecho al lado del herido.

—Debemos amputar el brazo, pues hay ya gangrena. Esta herida ha debido producirse hace horas —dijo el doctor Chou.

En ese instante abrió los ojos Ernst August von Zabelsdorf. No le extrañó encontrar de pronto la mirada de Anna; este día no le asombraba nada; todo le parecía muy fácil.

—Ernstel —murmuró Anna Weber junto a su oído—. Todo volverá a marchar bien, pero ahora tienen que amputarte el brazo.

—¡Bah! —gruñó aturdido el señor Von Zabelsdorf.

—Tienes que amputarte el brazo. ¿Estás de acuerdo con ello? —preguntó Anna, mientras el doctor Chou estaba como sobre ascuas, pues había sido instalado un hospital callejero y a cada minuto venía una enfermera con el propósito de llevárselo.

—No, de ningún modo —contestó claramente Ernstel—. Necesito este brazo para montar. ¡Díselo, Anna!

Pero luego vino de nuevo la noche con sus negras alas, y el doctor Chou llevó a cabo la intervención, una intervención que le permitió a Ernstel recuperar la vida en aquella ciudad donde tanta gente estaba muriendo.

A la mañana siguiente despertó medio aturdido y con grandes dolores. Empezó a gritar y le fue suministrada una dosis de morfina. Anna le contemplaba. Se hallaba en el primer piso, sobre una estera de bambú, entre un aguador agonizante y una febril cantante de Chapei.

—Anna —murmuró, y de nuevo su mente volvió a perderse en las tinieblas.

¿Dónde se encontraba ella? ¿No podía marcharse! ¿Por qué se escondía? Ah, aquí estaba Anna. Se le mostraba como si fuera una joven madona de Silesia, pero al mismo tiempo era una colegiala con cofia de enfermera. ¿Dónde había ido a parar su brazo derecho?

—¡Anna! —exclamó—. ¿Dónde está...?

La fiebre de la herida y los sordos y amargos sollozos le tenían fuera de sí. Anna se arrodilló a su lado y sostuvo su cabeza sobre su pecho, en él que hasta ahora jamás había descansado ningún hombre. Era tan entera como pura y caritativa en medio de aquella ciudad de perversas costumbres; sus sentimientos eran los de una joven y amorosa madre, como sólo pueden hallarse en la vieja y religiosa región de Silesia.

Meció al medio aturdido joven en sus brazos hasta que se extinguió su angustiada y seca voz.

—*Mamila* —susurró ella.

Era una voz llena de dulce amor en el lenguaje de Silesia.

La ceremonia del entierro del viejo señor Hsin fue uno de los últimos acontecimientos sociales en el agonizante Shanghái, en el Shanghái de los señores comerciantes y banqueros de todas las razas y naciones; en el Shanghái de los chinos libres, de los respetados «diablos extranjeros» y de las pacientes y alegres abejas de las hilanderías chinas, oficinas de cambio, comercios de arroz, fondas, locales nocturnos, depósitos y astilleros de Yangtzepoo; en el Shanghái de la Universidad Fuh Tan, de las tiendas de antigüedades y curiosidades del distrito chino, de las iglesias católicas y de los tranquilos templos de Confucio; en el Shanghái de los lujosos hoteles, de los infames y sucios fumaderos de opio de Chapei y de los millones de modestas familias chinas que se extendían desde Hongkew a Pootung. Hasta el comienzo de las hostilidades, la ciudad del río Whangpoo se había mantenido firme sobre sus propios pies en todas sus actividades; ahora giraba igual que el escenario del *kabuki*, y tendría que seguir dando vueltas hasta que los japoneses se sintieran agotados, destruidos y carentes de todas sus virtudes. Nada había quedado en su sitio. Ahora había nuevos señores, nuevos sirvientes, nuevos vicios y una nueva y feroz pobreza y miseria para las abejas chinas y para los fugitivos europeos.

Tras el sábado sangriento, primeramente dominó la tranquilidad de la muerte, pero pronto comenzaron nuevos combates entre las fuerzas japonesas y las chinas. Los cruceros japoneses seguían anclados en el río Whangpoo en la desembocadura del Soochow Creek, y una época iba a tocar a su fin. Pero no era esto lo que se figuraban los habitantes de Shanghái. Ni extranjeros ni chinos supieron adivinar que la marcha triunfal japonesa sólo había comenzado, que en pocos años el dominio del Japón se extendería sobre todo el Asia sudoriental, que por doquier se implantarían sus costumbres y que el escenario asiático experimentaría un gran movimiento de rotación. Aunque se dice que las desgracias hacen inteligente al hombre, en Shanghái no sucedió así, sino que, por el contrario, las desgracias volvieron estúpido al hombre. En aquella ciudad el hombre se aferraba con uñas y dientes a la propiedad, al prestigio y al poder, aun cuando todo lo que retenía en sus manos no fuera ya más que cenizas y despojos. Pero hasta que Shanghái cayó, la vida siguió avanzando: cañones, besos, nacimientos, entierros. Y las fiestas y ceremonias —sin ellas el pueblo chino sería como cualquier otro pueblo— prestaban a la ciudad un atrayente esplendor y un sello de inmortalidad.

Así, pues, pocas semanas después del sangriento sábado de Shanghái el más relevante financiero chino y benefactor de viudas, huérfanos y *coolies* emprendió el camino hacia la tumba familiar rodeado de un cortejo ceremonioso. Antes de tan solemne acontecimiento, la familia Hsin y Chou había hecho editar aquella famosa comunicación del entierro que ponía de relieve ante los sobrevivientes del difunto

toda la importancia de la persona que había abandonado este mundo. El opúsculo mostraba en su primera página el retrato del extinto; en las páginas siguientes destacados miembros de la Cámara de Comercio china y reporteros del periódico del señor Hsin emitían su opinión sobre la importancia del desaparecido en la vida pública de Shanghái. Luego seguían las ceremoniosas fórmulas de lamentación y duelo de las familias Hsin y Chou de Shanghái y Singapur, que, con sus corazones desgarrados, se acusaban de su poca atención para con el señor Hsin. Para terminar, ese pequeño tomo encuadernado en piel verde contenía una resumida biografía de la gran *grulla* de Shanghái. El que presidía el duelo había facilitado al redactor jefe del periódico que controlaba el señor Hsin los más esenciales datos y circunstancias. Los nombres de los parientes masculinos ordenados de acuerdo con su a valor y edad, encabezaban la nota biográfica, y de este modo quedaba patente la importancia de la familia. Al final de todo aparecía un nombre que dio lugar a numerosos quebraderos de cabeza y rumores en las ciudades de Shanghái y Singapur: «Mailin Hsin-Wergeland, nieta, hija de Hsin Ch'ing-chao, Shanghái». Esta sorprendente nota fue introducida a instancias de aquel joven señor Chou que se había presentado a Mailin en el lecho de muerte de su abuelo con el nombre de Jimmy: el señor James Chou, de Singapur, arquitecto e hijo del famoso farmacéutico y millonario Yu-tsun, que había descubierto el «bálsamo de mariposas» para las cantantes afónicas.

Como la anticuada casa enclavada detrás de Bubbling Well Road sólo había sufrido muy pequeños desperfectos a causa de las bombas, los restos mortales del señor Hsin fueron expuestos en la sala de recepción. Llevaba los reglamentarios «últimos vestidos» que él mismo había dispuesto y ordenado en vida con el mayor de los cuidados. Eran unos veinte vestidos diferentes que habían sido confeccionados con las telas más finas y sólidas y en una talla dos números más grande, puesto que al amortajar al difunto no se le podía quebrar ningún hueso, y por tanto era obligatorio que las prendas le estuvieran holgadas. El vestido de encima era de resplandeciente seda y estaba todo él cubierto de hilos de oro y perlas. También en el féretro habían depositado gran cantidad de joyas y perlas, pues el jefe de la familia no podía emprender el viaje al otro mundo sin una buena provisión de objetos de valor. En la boca del difunto podía verse una descomunal perla.

Antes de que la gigantesca comitiva empezara a desfilar por las calles de aquel Shanghái castigado por la guerra —la posibilidad de un nuevo bombardeo japonés era ignorada con estoica ecuanimidad por todos los participantes— tuvo lugar la «ceremonia que sirve para el recuerdo». Fueron innumerables los que en ese día entraron en la sala de recepción para presentar sus respetos al difunto. Cada visitante era saludado estruendosamente por una música de capilla y avanzaba hasta el ataúd bajo el ensordecedor lamento de las plañideras. Los llorones profesionales eran mujeres en su mayor parte, puesto que en opinión de los chinos se lamentaban mejor y en voz más alta que los hombres. Muchas sirvientas del viejo señor Hsin —entre ellas sus antiguas amas *Cuclillo rojo púrpura* y *Ganso leal*— se habían añadido al

coro de plañideras y lloraban por deseo propio y sin percibir honorarios. ¡Jamás volverían a servir a otro amo como aquél! Había casado a sus hijos y atendido a sus hijas. Las viejas se habían acurrucado todas a sus pies en él «pabellón de los pájaros» conllevando el dolor de su soledad. Sus regalos les aseguraban una vejez sin estrecheces.

Cuclillo rojo púrpura y *Ganso leal* habían procurado a Mailin un vestido blanco de luto del lino más fino. Adoraban a la nieta con ferviente humildad porque ambas habían servido a su madre *Luz fluida*. Su tenaz fidelidad no conocía límites. Por la noche se relevaban en la vela a Astrid en el hospital, puesto que no había ni una sola enfermera particular para los numerosos enfermos y heridos. Sin requerimiento especial consideraban ya a la familia Wergeland como su «segunda familia». La lealtad china estaba por encima de las revoluciones y de las tumbas. Por lo demás, después del entierro, *Ganso leal* se quedó en casa del joven señor Chou y de su esposa alemana, para esperar el nacimiento del «nieto» y luego tomar bajo su cuidado al lactante. *Cuclillo rojo púrpura* marchó a Bangkok con Mailin en calidad de doncella personal, y allí empezó inmediatamente una guerra muda, pero intensa, contra la señorita Wergeland.

Mientras las plañideras profesionales lloriqueaban conmovedoramente cada vez que un nuevo visitante se inclinaba ante el féretro para cesar automáticamente después de efectuada la reverente ceremonia, el joven señor Chou de Singapur observaba con reprimido placer a su nueva parienta. Mailin mezclaba en sí las virtudes chinas con el atractivo europeo. Jimmy Chou había estudiado en Inglaterra y en París y no podía permanecer insensible al romántico encanto de las extranjeras. Mailin se hallaba profundamente inclinada; su postura era la de una bien educada joven china.

—¿Puedo visitarla en Bangkok prima Mailin? —preguntó delicadamente.

Mailin asintió con la cabeza. «Primo Chou», en realidad sólo un pariente sobrevenido y lejano, la introducía imperceptiblemente pero resueltamente en la vida familiar china. Este día significaba para Mailin el comienzo de un nuevo capítulo de su vida.

—Luego debe usted conocer en Singapur a mi prometida —dijo el primo Chou contemplándola con sus ojos singularmente brillantes.

Una delicada sombra fluctuaba sobre el rostro de Mailin. Precisamente en ese momento estaba inclinándose profundamente ante un nuevo miembro de la familia, una agria tía abuela de los Hsin. ¿Se sentía decepcionada? Durante estos días había pensado mucho en Jimmy Chou. Él observó la sombra de su cara y puso un brazo encima de su hombro.

—¿Está usted ya prometida? —preguntó—. Su esposo tendrá siempre un viento favorable en el viaje de la vida.

—Es usted muy bondadoso, primo Chou —susurró Mailin.

No miró al alegre y elegante primo, pues las miradas nacen en el corazón. Esta

vieja, ciencia china la llevaba ella en la sangre. Una nueva tristeza se había apoderado de la muchacha: echaba de menos su hogar en Bangkok y a la tía Helene, y en ese momento decidió permanecer siempre a su lado. ¿Por qué quería visitarla Jimmy? Pero sólo el ruiseñor le dio respuesta a este «¿por qué?». Las mujeres lanzaron alaridos: un nuevo visitante estaba inclinándose ante el ataúd. Era un distinguido funcionario; jadeante pintó una señal roja en la tapa de madera. La señal budista era una «recomendación» para la ultratumba.

El entierro fue el punto final de la ceremonia y una vez más expuso a la publicidad el «rostro» del señor Hsin. Pues en ese día era cuando las familias Hsin y Chou, los anticuados viejos y los modernos jóvenes, demostraban la posición social y financiera del difunto con una pompa de esplendor principesco. Por las derruidas calles de Shanghái desfilaba una hilera interminable de parientes, amigos y transeúntes que, extasiados por la pompa, se habían añadido despreocupadamente a la comitiva. Los estallidos de los petardos y los fuegos de artificio, las comitivas de los entierros y de las bodas, todas las tragedias y todas las comedias tenían en China sus espectadores, y ni los «maestros» cristianos ni los marxistas habían podido cambiar un ápice de la curiosidad innata de ese pueblo y de su afición por esa clase de espectáculos. En aquel sofocante día de setiembre —cuatro semanas después de la muerte del señor Hsin— iniciaban el cortejo los miembros de una compañía militar, de los cuales una parte eran policías. Seguía un grupo de funcionarios de Shanghái en uniforme. Dos descomunales linternas con el nombre Hsin y dos gongs «allanaban el camino» a la procesión. Innumerables europeos habían mandado costosas coronas y los chinos grandes pendones de seda, regalos que llevaban orgullosa y alegremente unos cuantos *coolies*. Luego seguía un autotransportando un enorme retrato del difunto con su ensimismada mirada y su cuello de pájaro largo y seco. Unos monjes budistas y taoístas conducían ese retrato al paraíso. Los varones de las familias Hsin y Chou marchaban a pie detrás de los monjes. Mailin y el doctor Wergeland los seguían en un coche. Nadie podía ver a las mujeres Hsin y Chou; vestidas con trajes blancos, iban en una especie de baldaquín cerrado custodiado por *coolies*. Luego venía el féretro encima del gran «Chrysler» del señor Hsin. Una cortina de seda ricamente adornada lo hurtaba a las miradas de los curiosos. El ataúd estaba completamente rodeado de una serie de cosas que el señor Hsin habría de necesitar en el paraíso; también había una cantidad de dinero dentro de unos cofres de laca con pinturas a mano; y finalmente una fiel reproducción de la casa del señor Hsin en papel de color, en la que no faltaba ni el cuarto de baño americano ni la biblioteca china. En lo más alto del féretro se hallaba una emotiva y encantadora reproducción del «pabellón de los pájaros», pues todo el mundo, desde los miembros del Consejo de Administración hasta los más arrastrados *coolies*, sabía que el señor Hsin se volvería loco en el reino de los espíritus si no encontraba a todos y cada uno de sus pájaros canoros.

Un dragón de madera adornaba el ataúd, significando que un hombre era conducido a la tumba donde le esperaba la anciana señora Hsin de la familia Chou. Y

luego cerraban el desfile algunos cientos de coches particulares, taxis, *rikschas* y humildes peatones de los distritos obreros, a los cuales el viejo señor Hsin les había procurado año tras año buen arroz. Llevaban en sus toscas y diestras manos pequeños objetos manufacturados que querían introducir furtivamente en la tumba de la «distinguida persona». Sus mujeres, hijos y nietos también formaban parte de la comitiva que se dirigía a un pequeño y tranquilo cementerio situado en el corazón del viejo barrio chino. «La distinguida y benefactora persona» había expresado su deseo de ser enterrado en tierra puramente china. También había deseado emprender el camino al paraíso acompañado de peones, *coolies*, modestos empleados y mujeres de trabajadores. Éste era el mayor honor que podía tributárseles a las trabajadoras abejas de Shanghái. Mientras avanzaban taciturnas y atentas por las estrechas calles, decían en voz baja a sus hijos y nietos que la virtud era el camino más seguro para llegar al paraíso.

Así fue como Shanghái se despidió de un hombre y de toda una época en un bochornoso día de setiembre. El señor Hsin había sido amigo y crítico objetivo de los europeos y un implacable enemigo de los japoneses; un protector de los pobres, un solitario oyente del canto de los pájaros, un intrigante de aviesa inteligencia que había sabido competir muy bien con el teniente Matsubara. Mailin sollozaba apoyada en el hombre de su padre, que había abandonado por vez primera su lecho de enfermo. El destino había querido que Mailin le fuese restituida. ¿Qué más podía sucederle todavía? El viejo señor Hsin le hubiera respondido diciéndole que el destino era frágil y transparente como el papel y que un padre no «podía robar el marido» a su hija preferida reteniéndola siempre a su lado. Pero ahora al señor Hsin ya no le era posible decir cosas sensatas. Quizás él había elegido la mejor parte: el negocio de la vida se hacía cada vez más problemático. Los europeos eran en el Extremo Oriente como pájaros cantores en ramas muertas.

A la mañana siguiente del entierro del viejo señor Hsin los periódicos traían la noticia de que el barón Ernst August von Zabelsdorf se había casado con la señorita Anna Weber, de Breslau. La joven pareja renunciaba al viaje de bodas por un motivo muy comprensible: las bombas japonesas seguían lloviendo sobre toda China.

Por el hecho de que la muerte estaba tan cerca, el amor había hecho florecer algunas flores singulares. No siempre ocurre lo mismo, como tantas personas afirman; ahora podían verse más variaciones que las de los mismos crisantemos japoneses. A veces el amor aparece en forma de odio. O bien es algo tan terrible como el temeroso amor de la envidiable esposa del teniente Matsubara. Y este temor se apoyaba en una base muy determinada y era más criminal que las bombas que se abatían sobre la ciudad de Shanghái.

Capítulo V

VARIACIONES DEL AMOR

Tatsue Matsubara se había casado porque así lo habían decidido su padre y el viejo barón Matsubara, personajes ambos que desempeñaban un importantísimo papel en la política japonesa. Ella no había sido consultada y tampoco jamás se hubiera podido figurar que lo hicieran. Cuando un joven esposo japonés quería entretenerse contemplaba la luna sobre Enoshima. No se casaba por conversar o divertirse con su mujer —en tiempo de eclipses de luna podía recurrirse a las geishas— sino que se desposaba para tener hijos que obedeciesen a sus padres tan ciegamente como Akiro había obedecido en su primera juventud a su insidioso y respetable padre. Una mujer que sólo traía hijas al mundo era una esposa que no cumplía con su deber, y ése era el caso de Tatsue que, sin embargo, procedía de una distinguida familia y que dominaba a la perfección el arte de preparar el té y de arreglar las flores.

Cuanto más decepcionado de su mujer estaba el teniente Matsubara, tanto más intimidada se sentía Tatsue. Durante el mes de setiembre el miedo casi le había anudado la garganta: el médico le había comunicado que ya no podría tener más hijos. Ahora se hallaba sentada entre sus dos graciosas hijitas, a las que su padre apenas miraba nunca. Su pecho se hallaba lleno de vergüenza y de miedo. El día de la ceremonia fúnebre en honor del señor Hsin, el señor Matsubara Akiro se trasladó sin avisar a nadie de Tokio a Enoshima, para allí poder admirar la luna. Era la primera vez en sus siete años de matrimonio que Tatsue era objeto de un desprecio tan crudo como éste. Hasta el momento presente, Akiro y ella habían contemplado siempre juntos la luna de Enoshima, y también juntos se habían aburrido en esta especie de meditación. Mejor dicho: Akiro se había aburrido, y Tatsue no había osado dirigirle la palabra. Aunque en Tokio había muchas esposas emancipadas que charlaban siempre, aun cuando no se les preguntase nada y que llevaban unos quimonos demasiado claros y resplandecientes para su edad... Tatsue no era de éstas. Escuchaba con atención a su suegra, seguía a su respetable esposo por las calles de Tokio a una discreta distancia, le llevaba la cartera de los documentos, jamás le hablaba sin ser preguntada y siempre que podía ocultaba a sus dos hijas, Sadako y Eiko, a las frías miradas de su padre. Akiro no había correspondido jamás al encendido amor que Tatsue había sentido por él poco después de la boda. Cuando dio a luz a la primera hija, Akiro arrugó la frente contrariado, y en el nacimiento de la segunda se encogió de hombros. Ahora casi siempre viajaba en plan de turista; y cuando por las vacaciones venía a Tokio, raramente pasaba sus días en la distinguida residencia situada al oeste de Tokio, no lejos del palacio del Tenno.

Después que Tatsue se recuperó del disgusto con la diosa luna de Enoshima, tomó una decisión. Estaba tan desesperada por la noticia que le había dado el médico que por vez primera en su vida se hallaba dispuesta a tomar iniciativas. No era de ningún modo estúpida; se había limitado a hacer lo que le ordenaban las autoridades en la vida familiar japonesa: el padre, la suegra y el esposo. Ahora contaba veintisiete años, era una mujer joven y reposada, con un rostro de rasgos nobles, y sólo tenía un ligero defecto: cojeaba desde los siete años. Había tenido la mala fortuna de caerse en mala posición, y por una equivocación en el tratamiento, sus delicados huesos habían crecido irregularmente después de la fractura. Sin embargo, Akiro se había desposado con ella sin rechistar. Ya desde un principio, su intención había sido la de casarse para emparentar con otra poderosa familia. Algo había consolado a Tatsue durante el tiempo de novios, y es que, generalmente, tenía que ponerse de rodillas ante su prometido, al tomar el té, al comer el arroz de la noche, cuando le quitaba los zapatos. Y siempre que iban a dar un paseo, debía caminar a una distancia conveniente tras Akiro para que no viera su lastimosa cojera. Pasaba muchísimo tiempo arreglando su peinado para agradar a su señor y «tirano». Tirano porque le prohibía incluso las más ingenuas alegrías de que podía disfrutar una japonesa distinguida en el círculo de sus parientes, poco tiempo antes de la Segunda Guerra Mundial. Tatsue únicamente tenía que pensar en cumplir sus obligaciones; sólo cuando fuera madre de un nuevo joven barón Matsubara podría divertirse. Akiro jamás le había dicho esto en secas palabras, pero siempre trataba de encontrar todos los pretextos posibles para evitar, sonriendo cortésmente, dar un gusto a Tatsue. Incluso había comenzado a odiarla secretamente. Y no solamente por el hecho de que no daba a luz más que hijas, sino también porque siempre le seguía muda y rígida dominada por su tímido amor. Una mujer inútil no podía tener ninguna pasión amorosa. El teniente Matsubara opinaba que la estudiante Yuriko, que había sido espía suya en Shanghái y que ahora trabajaba en Bangkok — todavía conservaba el juicio— le aburría mucho menos con su amor. Yuriko hacía de espía, y desde Bangkok le mandaba tantos informes que en recompensa, la había invitado a ir a Enoshima a contemplar a «la muy digna de respeto dama luna», aunque siempre separada a cierta distancia de él. Quería permanecer allí quince días y luego marchar a Bangkok, en calidad de turista. Yuriko era dichosa. Tatsue sospechaba que su marido no estaría solo en Enoshima. Secretamente registraba su correspondencia, pero únicamente encontraba facturas o invitaciones. No en vano Matsubara Akiro era de la policía secreta. Sólo una esposa tan ingenua como Tatsue podía imaginar que él abandonaría en su escritorio de la «habitación oeste» o en su cartera de documentos las respetuosas cartas que le escribía Yuriko.

Tatsue llevó a sus dos hijas a casa de su suegra y le rogó que se las tuviera durante todo el fin de semana. Deseaba ir a visitar a unos amigos que vivían en la costa de Katase. Desde este lugar podría abarcar con la vista Enoshima. Así pues, tomó asiento en el tren que la conduciría desde Toldo a Katase y reprimió su temor. Su honorable equipaje estaba compuesto tan sólo por un tomo de poesías gastado por

el uso, un delicado pañuelo de seda y un rizo de cada una de sus hijas. Ello la tranquilizaba. Jamás iba a ninguna parte sin sus poesías y sin un recuerdo de sus hijas. Las amaba y mimaba mucho a las dos para compensar así la indiferencia de su ilustre padre. Sus hijitas se lo agradecían muy poco; pero estaba tan acostumbrada a ver despreciado su amor, que se conformaba con el menosprecio infantil de Sadako y Eiko. De acuerdo con el inescrutable principio de que el amor corresponde a aquél que no lo merece ni lo quiere o ni siquiera lo necesita, Sadako y Eiko adoraban a su joven padre. El hecho de tener tan pocas ocasiones de satisfacer su anhelo, aún les aumentaba más su amor. Eran dos pequeñas criaturas alegres, con relucientes vestiditos y quimonos de dormir, y en su ser tenían algo del insidioso carácter del abuelo Matsubara. Como todavía eran muy pequeñas no habían sido pospuestas a los primos en el seno de su familia. Esto sucedería cuando las niñas crecieran.

Tatsue contemplaba fijamente el paisaje que iba rezagándose perpetuamente. La polvorienta y grandiosa Tokio había quedado lejos, y ahora comenzaba el reino de las mil islas del Japón. En una estación compró a un vendedor ambulante té, arroz y un *umeboshi*, una gruesa ciruela preparada con sal y especias. Se comió el *umeboshi* no tan a gusto como comía los mantecados que ahora estaban de moda; pero una mujer que no había dado a luz a ningún hijo varón no tenía derecho a darse ese gusto. Del crepúsculo pasó ahora a unas profundas tinieblas.

Había llegado la noche, Era una maravillosa noche de luna. Temblando, vacilante, con los ojos mirando al suelo, Tatsue abandonó el barato hotel donde había tomado un baño para infundirse ánimo. En su espíritu imperaba todavía la última y terrible escena. En su desesperación había mentido a Akiro diciéndole que volvía a esperar otro hijo, y en fin de cuentas sólo había recibido a cambio una sonrisa. Pero su mente era demasiado corta para aquel valioso miembro del Kempetai. El barón había llamado al médico y se había enterado de la verdad. Toda su vida había opinado que las personas que querían alcanzar algún favor tenían que respetar la verdad. Dominado por la ira y el dolor de los espasmos gástricos se había presentado en la salita del té y había insultado tan duramente a Tatsue que ahora ella tenía que pagar las consecuencias en esta noche de luna. ¡La había golpeado! En realidad sólo había sido un golpe; luego se había disculpado, pero el hecho estaba ya consumado. Tatsue, que en pensamiento llamaba a su honorable esposo «ratón cojo», tenía una orgullosa alma japonesa. Su alma volaba; sólo su cuerpo cojeaba en el polvo de la existencia pasada.

Eran las diez de la noche cuando se dirigió cojeando a un lugar solitario situado en la costa de Katase para abandonarse allí a la reflexión a la luz de la luna. A su alrededor se oía el susurro de una joven pareja de enamorados que decían mil encantadoras tonterías, que Tatsue jamás había oído de labios de Akiro. En silencio contemplaba la radiante luz blanca, la costa de Katase y el grandioso puente que conducía a la maravillosa isla de Enoshima. Quizás en ese mismo instante Akiro subía a la terraza del templo respirando con fruición el incomparable aroma de las

algas marinas ¡Akiro! ¡Esposo eternamente amado y eternamente perdido! Tatsue se tragaba las lágrimas con la valentía característica de los *samurai*. Su ilustre bisabuelo había sido un hombre tan famoso que los escolares de Tokio cantaban sus glorias tras habérselas aprendido primero en el libro de estudio. ¡Era imposible que nadie de esa familia pudiera dejarse pegar! ¡Ni siquiera una esposa coja, sumisa, que había desatendido sus deberes!

Ciertamente, se pasaba el tiempo soñando, había abandonado a sus hijas seguía a su honorable esposo con aburrido «amor de pensamiento»; pero ahora finalmente sabía lo que tenía que hacer. Ahora únicamente podía reparar el honor y demostrar a Akiro que a pesar de su grave falta no era del todo indigna de él. En Tokio le había expedido una carta antes de tomar el tren para Katase. Tatsue puso un momento su fina y delicada mano sobre su pecho y luego en su estéril e inútil vientre. Después, se acercó tanto al agua que con sólo dar un paso hubiera podido alcanzar el puente que conducía a Akiro. Debían haber transcurrido algunas horas. La playa estaba completamente desierta. La joven pareja había desaparecido y debía estar en el hotel procreando hijos. Sólo Tatsue permanecía inmóvil como una estatua bajo la luz de la luna recordando una vez más su matrimonio. ¡Había estado tan orgullosa de aquel esposo tan apuesto e inabordable! Su corazón casi se había parado embargado por la dicha cuando ambos vaciaron juntos la copa de *sake*, como es tradicional en las bodas. ¡La había pasado tan inadvertido su pie cojo! Y ahora era ya una mujer de veintisiete años que no había conseguido nada ¡Todavía lo tenía todo por hacer y también debería ordenarlo todo! Ahora sería una luz que brillara en las sombras...

Contempló su quimono gris. Debajo de él llevaba un vestido adornado con crisantemos. Era un símbolo de su luminosa alma escondida. Tatsue volvió a examinarse una vez más. Miro a su alrededor. Luego arrojó al mar el quimono color gris ratón. Permaneció un momento orgullosamente erguida, vestida con el traje de los crisantemos. Las flores resplandecían a la luz de la luna. Tatsue iba delicadamente pintada y empolvada. Jamás hubiera emprendido esta excursión con la «cara de las mañanas». Alrededor de su grácil y largo cuello —signo de noble linaje— colgaba un pequeño y barato talismán, que había comprado antes del nacimiento de su primer hijo —que jamás llegó a nacer— y que había llevado siempre consigo hasta el momento presente. El *tanuki* estaba especialmente recomendado para los muchachos. Se quitó el talismán, lo besó cariñosamente y lo tiró al mar, para que las futuras madres de niños no pudieran pisarlo al día siguiente. Sólo había costado treinta *sen*^[40], pero hubiera sido digno de un *Taro-san*^[41]. Se apoyó en su bastón de marfil y por vez primera sintióse valiente en el último momento de su vida. Luego comenzó a caminar lentamente en el mar. Había formado un solo ser con la muy honorable dama luna. Matsubara Akiro tendría ahora la suerte de engendrar hijos con una mujer más digna.

Tatsue sonrió antes de que las olas la apresaran.

En China, el dios de la luna se llama Yüeh Lao Yeh. Es un hombre viejo y arregla matrimonios. Su obligación es atar con un hilo rojo a las parejas de enamorados. Yüeh Lao Yeh vigila para que ninguno de los dos contrayentes emprenda la fuga. «Los matrimonios se proyectan en la luna», se dice en China. Esto es lo que creía todo el mundo, hasta la esposa alemana del señor Chou Tso-ling quien, después de la muerte de su tío, el anciano señor Hsin, se había trasladado a la anticuada casa situada detrás de Bubbling Well Road.

En la noche de luna que Tatsue Matsubara aprovechó para evadirse de esta vida, nació un niño en la vieja casa de la desolada ciudad de Shanghái. Era un fuerte muchacho y había recibido como don de sus antepasados la sangre de un banquero chino y de un banquero judío de la vieja Breslau. Su madre era la joven y desamparada viuda del en un tiempo famoso abogado de Breslau, que la había traído a ella y a Aúna Weber a la ciudad enclavada junto al mar, para que aquí se ocupara del negocio de la vida. Y Yüeh Lao Yeh había ligado con tanta prudencia y sagacidad el hilo matrimonial, que el joven banquero Chou Tso-ling, que había heredado la casa del viejo Hsin, introdujo en una de las más poderosas familias de Shanghái a una joven desconcertada ante la vida: Hanna Goldberg. Ésta no había nacido para ser una mujer de pasatiempo, y así fue como la muchacha de Breslau, hija de una sólida casa, se casó por segunda vez.

Aquella noche de luna Hanna se sentía feliz y tranquila en el anticuado lecho de la abuela dé Mailin Wergeland, en el que habían visto por vez primera la luz del mundo la madre de Mailin y el hijo prematuramente fallecido de la casa Hsin. Algunas mujeres iban de un lado a otro, con suavidad y calma, en aquella habitación espaciosa e iluminada por la luz de la luna: la comadrona de la familia Chou, Anna von Zabelsdorf y Mailin Wergeland. El niño acababa de nacer. Anna vistió al bebé con una ropa al estilo chino, y lo depositó en los brazos de Hanna.

—Aquí tienes a tu hijo, Hannele —dijo Anna—. Voy a buscar a Tso-ling. Esperan todos en el pabellón de los pájaros.

Luego, Anna, Mailin y el doctor Chou del Foo Ming Hospital abandonaron la habitación alumbrada por los rayos de luna, y Hanna Chou se quedó sola por vez primera con su hijo. El niño se hallaba a su lado y ella contemplaba admirada aquella maravilla de manos pequeñas y los oscuros ojos de bebé en forma de almendra. El camino desde la vivienda interina de un joven banquero chino hasta este digno hogar patricio había quedado lejos, y aquel que desde hacía dos años descansaba en tierra china ciertamente debía estar muy satisfecho de cómo iban las cosas. Su deseo había sido que Hannele encontrase un buen marido en esta ciudad extranjera. Así lo había expresado antes de que se extinguiera su aliento. El hijo que ahora sostenía ella en su pecho era algo así como el del pobre difunto, pensó Hanna confusa. Durante los pocos minutos que permaneció sola con su hijo en la cama provista de pesadas cortinas de brocado, las etapas de su existencia en Shanghái desfilaron otra vez por su

mente igual que una película: la mísera alcoba en el distrito de Hogkew; Bertel, inclinado sobre unos zapatos chinos, que trataba de reparar mientras tosía; el pobre hombre, con sus gafas de sabio, leyendo en un viejo texto de Lao-Tsé; la última tos, la última buena palabra, la última mirada con aquel aire de protección que adoptaba en los desfallecientes momentos del amor y de la vida.

—Sé buena —había murmurado en perfecto lenguaje de Silesia.

Con estas palabras Había expirado, librándose así para siempre de la existencia de fugitivo. Un gran abogado defensor, un alegre, práctico y afectuoso «padre», que jamás había acertado a comprender como había podido aceptarle Hannele mucho más joven, hermosa y distinguida que él Su padre había poseído en Breslau un comercio de productos coloniales que luego compraron los «consejeros de comercio» —uno de ellos el padre de Hanna—. Bertel era un viejo licenciado en Derecho amante de su profesión, y luego un jurista de la posguerra que contaba con el favor de su pueblo. Todo esto se lo había guardado para sí, y aquí no lo sabía nadie más que Anna.

Recordó el entierro acompañado por los chinos en trajes de luto blancos. Ella había sentido que la soledad le desgarraba el corazón. Le parecía oír su propia voz: «¡Ya no puedo aguantar más en el hospital chino, Anna!». Las palabras de consuelo de Anna. Después, en el hospital chino le habían dicho: «Este pobre hospital chino no es digno de la dama blanca». Era el clásico método de los chinos para dejar en la calle a una pobre criatura. Una *tai-tai* sin dólares era todavía peor que un perro vagabundo sin dueño.

Y luego la terrible velada con el último traje de noche de Breslau y con las pieles apolilladas. Hannele no había tenido que preocuparse jamás por los vestidos. Pero en Shanghái tuvo que preocuparse, y también su pobre compañero, que no podía soportar que nada se desperdiciase, pues sabía lo que se tenía que trabajar para vivir. Hannele cerró casi por completo los ojos, y pensó en aquel difunto compañero. Pensó en el momento en que Anna lloró cuando Hannele, a quien el doctor Goldberg había puesto bajo su protección, le entregó el dinero «ganado con la deshonra». ¡Pero ella quería contribuir a pagar el alquiler y el arroz de la noche! La hija única del comerciante Stein no podía consentir que Anna se lo pagara todo constantemente.

De repente, una noche en que se hallaba en una sala de baile, se presentó el sobrino del viejo señor Hsin, un joven banquero educado en el extranjero.

—¡Es un pez gordo! ¡Acércate!: —murmuró la directora, una rusa blanca. Pero Hanna no se acercó. El señor Chou bailó con ella, encargó champaña, charló con ella. No había visto nunca a una mujer como ésta en «El loto azul». Era una dama que hablaba un buen inglés, modesta, de ojos maravillosamente hermosos y tristes como la misma muerte.

—¿Dónde vive usted?

Ella le dio una dirección desconsoladora. Recordó la vuelta a casa en el flamante «Cadillac» del señor Chou.

—¿Puedo volver a verla?

«Siempre que quiera. Sólo tiene usted que pagar. Estoy empleada en “El loto azul”. Dormitorios en el primer piso. Sala de opio. Sala de juego. ¡Muchas gracias!». Naturalmente no fue esto lo que dijo Hanna, porque no se contesta así en Breslau.

—Con mucho gusto, señor —había murmurado.

Luego el joven señor Chou Tso-ling había hablado de ella con sus primos, el doctor Chou de Shanghái y Jimmy de Singapur. Y Jimmy, el hombre de mundo, el cosmopolita, cuyo rostro irradiaba vida, que había sentido latir el corazón de su prima Mailin Hsin-Wergeland, le aconsejó que se llevara a esa notable dama a su propia casa.

Naturalmente, Hanna no había consentido que el señor Chou le regalase la vivienda; le bastaba con que la pagara sin una palabra de queja y con ojos firmemente cerrados. Ella permanecía sola todo el día. Únicamente invitaba a comer a Anna Weber y cocinaban todos sus platos favoritos. Así había empezado la cosa. Un día Hannele le dijo:

—Podemos ahorrarnos el pinche de cocina, Tso-ling. Yo guiso mucho mejor.

Paulatinamente había ido dejando la miserable y pequeña casa de prostitutas para pasar a ocupar un elegante y dignísimo hogar, en el que el joven señor Chou venía a refugiarse por la noche, después de la fatigosa jornada de trabajo. Hanna se había encontrado a sí misma al ocupar un puesto que parecía creado para ella. Ciertamente, no sabía vaciar con gracia un orinal, pero sí podía llevar una casa y bordar. Esto lo había aprendido con las lágrimas más amargas de su existencia en un pensionado para señoritas. Hannele tenía mucha visión de las cosas y se dedicaba a vender los bordados, en el salón de belleza de la señora Ninette.

Luego, había llegado el gran momento: era una noche como todas las otras de Shanghái, pero para Hanna fue la noche de su segundo nacimiento. No se cubría con ningún quimono resplandeciente ni tampoco con ningún pijama de seda cuando Tso-ling llegó para cenar. Llevaba un vestido de seda cruda de Breslau que aunque sencillo y austero, debía haber costado una fortuna. El momento en que su vida experimentó el gran cambio fue a la hora de tomar el café. Estaba de pie y de nuevo hacía gala de aquellos fáciles y elegantes ademanes que tanto habían fascinado al desgraciado abogado de Breslau. Alargó un sobre al señor Chou.

—Eso es el alquiler, Tso-ling —dijo tranquilamente—. Con mis trabajos manuales gano tanto, que desde ahora tú vas a ser mi huésped en esta casa. Soy muy feliz de tenerte conmigo, querido.

El joven banquero se quedó mirando fijamente a su amante sin pronunciar una sola palabra. Sus oscuros ojos examinaron aquel vestido que parecía tan elegante precisamente porque había pasado ya un poco de moda, y luego se dedicó a contemplar el tapete que Hanna había bordado, después los muebles, que ella había despojado de todo adorno superficial, y finalmente su cara de ojos tristes.

—Háblame de tu familia, Hanna —dijo.

Fue como una orden que imprevistamente se clavó en su pecho. Hanna le refirió

cosas que jamás había citado. Habló de su infancia, de la casa de sus padres, de Bertel, el pobre difunto, que hacía acudir a la audiencia a todo Breslau cuando actuaba como defensor. Habló también de la gran casa de verano con vistas al mar. Y luego de Shanghái. Se expresaba despacio, tranquila, como si no se tratara de cosas de su propia vida. Estaba realizando el balance, como hacen todos los banqueros, tanto en Breslau como en Shanghái.

—Me gustaría mucho que la semana próxima quisieras' venir conmigo a visitar a mi madre —dijo Chou Tso-ling.

Realmente era un camino muy amplio, de difícil acceso, el que desde la casa de prostitutas conducía hasta la residencia que la anciana señora Chou tenía en la Great West Road, un barrio lindante con la gran ciudad. En el extremo de la calle, donde se encontraba la villa de los Chou, se veía ya campo libre con sembrados, hileras de plátanos y canales en cuyas orillas florecían lotos. Allí Tso-ling y Hanna celebraron su boda, después que la señora Chou la hubo examinado atentamente y le hubo revelado la cuidadosamente guardada receta de miel de jengibre. Esto fue durante su primera visita. Luego la anciana señora Chou había ido a tomar el té a casa de Hanna con sus innumerables sirvientas y sobrinos segundos. En la residencia de la amaestra de bordados alemana lo revisó todo con la mirada y admiró con conocimiento de causa las servilletas en las que Hanna había hecho unos artísticos calados. Hasta el día de su boda, Hanna había vivido en casa de su suegra. La anciana señora Chou le proporcionó inmediatamente a Arma Weber una colocación como enfermera en el Foo Ming-Hospital. Así, todo iba bien.

De pronto Tso-ling se presentó en el dormitorio iluminado por los rayos de la luna y se inclinó alegremente y sin pronunciar una palabra sobre su mujer y su hijo. Un robusto y hermoso nieto para la anciana señora Chou, que tanto quería en lo más íntimo de su corazón a Hanna. Hoy no la hubiera cambiado por la mejor nuera china. Hanna sabía cocinar, recibir invitados y dar a luz hijos. Había proporcionado «mil horas felices» a la familia Chou.

—¿Cómo se llamará? —preguntó Hanna.

Sus ojos relucían como soles oscuros.

—*Herbert Chau* —contestó Tso-ling, y la besó.

Así fue como el hijo primogénito del banquero Chou Tso-ling recibió el primer nombre de un abogado defensor de Breslau.

Afuera, en el pabellón de los pájaros, reina la calma. Momentáneamente, en la villa situada detrás de Bubbling Well Road vivían junto con Chou Tso-ling, el cónsul Wergeland, Astrid, Mailin y Jimmy Chou, que al día siguiente debía emprender el viaje de regreso a Singapur. Con el sentimiento de hospitalidad típicamente chino,

Chou Tso-ling había querido que los parientes de Mailin permaneciesen con Hanna y con él hasta el total restablecimiento de Astrid. Si de nuevo habían de correr el peligro de un bombardeo, estarían todos allí reunidos, tal como debe hacer una gran familia.

El sueño de Astrid era muy pesado. Se recuperaba lentamente. Pierre había partido de nuevo y sólo vivía a medias cuando estaba sin él. Además tenía la torturante sensación de que su prometido vivía una vida más completa y alegre sin ella... y así era en realidad. Ella vivía ahora una vida que dependía de la existencia y las veleidades de un solo hombre. En el momento de la despedida se había producido un ligero disgusto, el primero de los muchos ligeros disgustos que habría de tener esa desequilibrada pareja, bajo cuyo amor se escondían facetas tan fundamentalmente dispares. En su cuidado por el futuro, Astrid había dictado a Mailin una carta para Amélie Clermont. En ella le comunicaba sus cuitas amorosas y le suplicaba que se informase a ver si Pierre podría pronunciar en París algunas conferencias sobre sus hallazgos y trabajos en Hanoi, o bien si podría volver a ocupar de nuevo un buen cargo en los periódicos y revistas. Deseaban casarse dentro de dos años y hasta entonces los Clermont tendrían que relacionarlo con todo París. Parecía pues que Astrid, a pesar de todo su amor, estaba decidida a no dejarse enterrar entre chinas y *tonkinesas*. Quería abrir en París un salón de sombrerería, tan pronto como conociese el asunto a fondo. Era una muchacha moderna y esperaba ser una esposa modelo el día de mañana.

Amélie contestó diciendo que había muy buenas perspectivas para Pierre. En París se daba mucha importancia al factor cultural por lo que se refería a los museos y excavaciones en Indochina.

Lo cierto es que en lugar de agradecer entusiasmado la molestia que se había tomado por él su prometida, el elocuente señor De Maury había permanecido callado como un monje de la Trapa. Finalmente había observado muy fríamente que no encontraba agradable el hecho de que las novias se preocuparan de la carrera de sus futuros. En estos asuntos se comportaban como hienas; pero a pesar de todos sus desvelos, los hombres hacían siempre lo que mejor les parecía. Como Astrid siempre deseaba saberlo todo exactamente, preguntó si Pierre no la amaba ya.

«Te amo apasionadamente, mi pequeña hiena», había contestado Pierre. Pero esta respuesta no había agradado a Astrid. Había tenido que aplazar las aclaraciones, pues el señor De Maury se había marchado de viaje a Bangkok. No le había dicho por qué emprendía este viaje. Astrid se había tragado todas las lágrimas y había recibido con los ojos cerrados el beso de despedida de Pierre. Ahora yacía inmóvil a la luz de la luna, hasta que finalmente rompió a llorar con tranquilidad y calma. Lloraba tan pocas veces que cuando lo hacía disfrutaba. Luego rezó distraída de un modo rutinario. ¿En qué se equivocaba? ¿Qué debía hacer para poseer completamente a ese hombre? No se le ocurría nada. ¡Pierre! Eso era lo único que se le ocurría.

Astrid esperaba poder partir pronto, pero realmente una buena estrella la había traído a Shanghái: ¡la amistad! En aquellos días en que parecía que en la ciudad no había más que estallidos de bombas, lloros y muerte, Astrid, enferma, débil y desconcertada por un amor problemático, trabó amistad para toda la vida con Hanna Chou, la esposa del dueño de la casa en que residía. Ambas mujeres, pertenecientes a ambientes y con sentimientos tan distintos, se habían encontrado mutuamente, y esto sin que Astrid hubiese movido un solo dedo. Era un milagro. Quizás el afecto y simpatía que por ella sentía Hanna se había despertado por ser una mujer que jamás en su vida había planeado nada y que nunca se había propuesto ser la más querida por todo el mundo. Quizá también porque Hanna, con su experiencia en los lances pasionales adquirida en el transcurso de sus años pródigos en amor, sospechaba que Astrid se encontraba muy sola y que su orgullo se debía al temor a sufrir decepciones. Con amabilidad le había dado toda una serie de muy buenos consejos sobre cómo tenía que tratar a Pierre de Maury. Astrid no había seguido ni uno solo de esos consejos; su costumbre continuaba siendo la de decir al amado cosas falsas en los momentos verdaderos y cosas verdaderas en los momentos falsos.

Astrid hizo sonar el timbre. *Cuclillo rojo púrpura* apareció sobre sus suelas de fieltro. La anciana preguntó con tiránica modestia y humildad si la joven *missie* estaba enfadada con alguien. Como Astrid consideró que esto no le concernía a una sirvienta, ordenó a la leal acompañante del anciano señor Hsin que corriera totalmente las cortinas.

Cuclillo rojo púrpura sonrió disimuladamente. «La luna debe enojar a la joven *missie*», pensó. Contempló con devoradora curiosidad el pálido rostro que descansaba sobre almohadones. ¡«El joven amo francés» había partido de viaje! Por tanto no era de extrañar que el viejo señor de la luna enojase a la novia solitaria.

Cuando se disponía a salir de la estancia, Astrid volvió a llamarla.

—Gracias, *Cuclillo* —le dijo en chino—. ¿Quieres hacerme el favor de darme un masaje?

La vieja servidora asintió lisonjeramente con la cabeza. Astrid apreciaba menos su arte que su conversación. La charla de una anciana y taimada china era mucho más agradable que las penas de amor. Pierre la había llamado «pequeña hiena». Cuando pensaba en eso Astrid acababa siempre llorando. *Cuclillo rojo púrpura* la miraba con sus almendrados ojos rasgados. Había escuchado tras la puerta las conversaciones que habían sostenido la joven *missie* de cara blanca como la harina y el amo francés de Indochina. *Cuclillo* no había comprendido las palabras del «diablo extranjero», pero sí su tono.

¡La dicha viene, la dicha se va, *missie*! ¡Noche oscura, noche de luna!

Astrid había cesado de llorar. Contemplaba animada y agradecida a la anciana. No había nada tan consolador como una sirvienta china en una casa distinguida y

noble.

—Muchas gracias por tu masaje, *Cuchillo rojo púrpura* —murmuró medio adormecida.

La vieja se dirigió a la ventana y volvió a correr las cortinas. Era funesto para el amor que una doncella cerrase las puertas a la luna.

—Desembucha, Anna —dijo el señor Von Zabelsdorf a su esposa. Se encontraban en una terraza, en el distrito francés, contemplando la luna—. ¿Por qué te separaste de mí antes del bombardeo?

—Por diversos motivos —contestó Anna vacilante—. Yo creo, Emstel, que fui muy estúpida.

—No digas tonterías.

—¡Vaya, vaya! Una... camarera japonesa de «Los Crisantemos Blancos» aprendió el alemán conmigo. Decía que lo aprendía a causa del pacto anticomunista. Ahora van muchos alemanes al restaurante.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

La mirada de Anna se hizo severa.

Mi discípula me dijo, en su inocente modo japonés, que ella... que tú...

—¡Vamos, acaba de una vez, pequeña!

—Que a menudo ella te hacía pasar el rato. Ya me entiendes...

—No comprendo una sola palabra, Anna.

Había dicho «Anna». A la luz de la luna su inteligente rostro de caballo con agudos ojos parecía tener una expresión dura.

—No me agrada esa clase de indecencias —murmuro reflexivo el señor Von Zabelsdorf—. ¿Cómo se llama tu discípula?

—Yuriko. Me enteré por casualidad en el restaurante. Me había pagado por adelantado las clases de alemán, porque...

—¿Por qué?

—Porque no tenía un céntimo, Emstel —contestó Anna casi desesperada—. Tuve que cuidar de Hannele durante largo tiempo. Y por eso...

—No has tenido mucha confianza en mí —dijo Ernst August, en tono muy grave—. Esta maldita ciudad me crispa los nervios. Y dentro de ella hay una cosa tan pequeña como tú...

—Últimamente, Yuriko se ha ido de viaje. Creo que a Bangkok. Todavía le debía dos lecciones.

Anna no podía sospechar que la agente del teniente Matsubara había intentado ganársela para poder robar la correspondencia del señor Von Zabelsdorf con los banqueros chinos. Akiro sospechaba que los alemanes se encargaban de abastecer al ejército nacionalista chino. El proporcionarle armas a Chiang Kai-shek no era mal negocio.

—No hablemos más de este asunto, Anna. Ven, da un beso a tu pobre inválido. No tienes por qué preocuparte. Yo soy un perro fiel...

Solamente Jimmy Chou de Singapur continuaba aún en el pabellón de los pájaros. Como un chino a la antigua usanza, estaba contemplando la luna, la amiga de los taoístas y los pacifistas. De la habitación de Hanna Chou le llegaban voces: había nacido un niño.

Jimmy quería abandonar Shanghái al día siguiente. En esta antigua casa parecía proseguir la vida de los antepasados, como si no existiese ninguna guerra y como si los japoneses no hubiesen bombardeado los puntos fuertes del Yangtze. A lo lejos se oía el sordo ruido de un tambor. Los monjes taoístas de Shanghái rogaban por los enfermos de cólera que se encontraban en las afueras de la ciudad.

El señor James Chou volvió a leer su correspondencia de Singapur. Inclino tres veces la cabeza como un viejo dios de Feria dentro del tumulto de una fiesta china. Así, pues, su padre no se oponía al nuevo plan. La decisión de Jimmy había sido aceptada.

Apareció Mailin con un vestido color verde pera.

—¡Ha nacido un niño, primo Chou! —exclamó sin mirarle—. ¿No quiere usted venir a ver a Hanna?

—¡Más tarde, prima Mailin! ¡Por favor, quédese usted conmigo en el pabellón! Mañana será demasiado tarde. Regreso a Singapur.

—¡Feliz viaje, primo Chou!

—¡Mi nombre es Jimmy, prima Hsin!

Se produjo una pausa. Jimmy y Mailin contemplaban la lima. Los pájaros dormían. El mundo reposaba.

—Ha escrito mi padre, Mailin. Le suplica a usted que le haga una visita en Singapur. También mi hermano mayor celebraría mucho conocerla.

—Le agradezco mucho este gran honor —dijo Mailin, inclinándose como una muchacha bien educada—, pero tengo que quedarme con mi padre y mi tía Helene cuando nos marchemos de aquí. Puede que emprendamos el viaje dentro de una semana. Astrid permanecerá con Hanna y Tso-ling hasta que se restablezca totalmente.

El elegante Jimmy Chou observó a la diminuta Mailin desde lo alto de su estatura. «Pajarillo», pensó, y estuvo callado unos momentos. Su rostro siempre tan vivo se hallaba ahora un poco rígido.

—¿Significa eso que usted no querrá hacernos una visita jamás, Mailin? Compórtese como una europea y dígame la pura verdad.

—Tengo que permanecer en Bangkok. Eso es todo.

—¿No quiere usted conocer a mi novia?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Mailin, nosotros debemos estrechar lazos más íntimos todavía en el seno de nuestra familia. Usted sería una mujer maravillosa para mi hermano.

—Yo no me casaré nunca, primo Chou.

Mailin bajó la cabeza porque sabía que las miradas nacían en el corazón.

—¿Pero asistirá usted a mi boda?

Mailin calló. Se perdía en virtud cuando se mostraba el corazón al amado, y sobre todo cuando él lo rechazaba. De pronto Mailin alzó la cabeza y miró fijamente al primo Chou. En ella despuntaba la herencia Wergeland.

—No iré a su boda. Buenas noches, primo Chou.

La luna la había herido como un puñal.

—Entonces no podré casarme —gritó Jimmy Chou con cómico sobresalto. Pero en su voz había algo más, algo así como una pregunta, algo serio que, como es típico en los chinos, se ocultaba bajo el aspecto de una broma.

—¿Por qué dice usted eso, primo Chou?

Un pájaro había despertado y empezó a cantar. Los pinos parecían espadas de plata a la luz de la luna. El amor era una espada que forjaba el anciano Yüch Lao Yeh en la luna. Ningún hilo de seda podía doler tanto.

—¿Ha visto usted alguna vez una boda sin novia? —inquirió el primo Chou, encerrando a Mailin dentro de su ardiente mirada.

Se irguió en toda su estatura y, a la luz de aquel que unía a los futuros esposos, observó el delicado rostro con los insondables ojos chinos y la delgada nariz de los Wergeland.

—Mailin... Pajarillo... —dijo—. ¿No comprendes?

De esta forma el señor James Chou comunicó a la nieta del anciano señor Hsin que había roto su compromiso matrimonial y que Mailin debía ser conducida a la casa de los Chou como respetada esposa y madre de muchos hijos. Jimmy Chou había hablado ya con su padre. En cuanto al cónsul, se daba cuenta de que las hijas eran don del tiempo. Ante todo comprendía claramente que la vida de Mailin debía ser una vida china. Él llevaba demasiado tiempo en el Extremo Oriente para no considerar ahora digno el enlace matrimonial de su hija predilecta con un Chou. Él mismo podría ir a pasar una parte del año en Singapur. En su subconsciente ya se había establecido para siempre en el Extremo Oriente para no perder a Mailin. El instinto de padre le había dicho hacía mucho tiempo que, después de su regreso al Extremo Oriente, Mailin no volvería a residir ya más en Europa.

Más avanzada la noche, cuando todo parecía congratularse de la suerte de los nuevos prometidos y cuando con copas de vino blanco habían brindado por mil años de felicidad, Mailin preguntó a su prometido si sufriría una decepción si en lugar de un hijo le daba una hija. Ella sabía realmente si hubiera tenido que hacer esta presta. Pero había observado el rostro del señor Chou más lleno de vida que todos los otros,

y en ella había nacido un pequeño temor asiático; no el miedo atenazado que había llevado a la muerte a la esposa del barón Matsubara sino una especie de necesidad de estudiar el «aspecto» moral de su futuro esposo.

—Aceptaré una hija con una condición —contestó Jimmy Chou con más alegría que la que requería la ocasión—. ¡Debe parecerse a ti!

Era ya de aquella nueva generación que había crecido en Singapur entre los ingleses. Y era chino. No tenía un carácter cerrado como el del teniente Matsubara.

En aquella noche de luna del mes de septiembre del año 1937 ninguno de todos ellos sabía que las únicas personas que se encontraban en una situación segura eran Hanna Chou y Mailin Wergeland. Siguiendo el impulso de su corazón se habían incorporado sin reservas al mundo chino donde podrían sobrevivir a todo lo que habría de acontecer en Asia durante los ocho próximos años.

Los demás eran pájaros canoros en ramas muertas. ¡Pero ellos no lo sabían... no lo sabían todavía! Y los occidentales tampoco sabían que las mujeres chinas vivían en el seno de unas familias que, a pesar de la guerra, de las bombas, de la revolución y de las decepciones íntimas perdurarían como una roca en el océano de los tiempos. «Una familia puede arruinarse —solía manifestar con frecuencia el anciano señor Hsin—, pero puede enriquecerse de nuevo gracias a la concordia y a los hijos. Las madres son joyas ocultas».

Así, pues, aquella noche de setiembre se encontraba una joya en la vieja casa de los Hsin enclavada detrás de Bubbling Well Road. Hanna Chou dormía con su hijo en brazos.

Todos dormían, incluso la misma Astrid, que finalmente había hallado la tranquilidad. Solamente la señorita Wergeland no podía conciliar el sueño en Bangkok. Por quinta vez leía una carta de Shanghái llena de sorprendentes noticias. Aunque casi todo había cambiado, de modo que un ausente apenas hubiera podido reconocer de nuevo la vida de Asia, aunque el escenario continuaba girando —unos aparecían y otros desaparecían—, la señorita Wergeland no daba vueltas ni tampoco había variado. Todavía seguía odiando las sorpresas, las mosquitas muertas y las escenas. Amaba a Mailin, soportaba a Astrid y cuidaba de Vivica.

Pero no tenía remedio. El escenario asiático estaba moviéndose para dejar paso al barón Matsubara Akiro y a millones de sus compatriotas. No cesaba de girar en aquella noche del año 1937 en la que los pájaros cantaban a la luz de la luna en a «Villa Chou» y en la que las ramas se partían.

Yumei apareció con los pies desnudos ante la señorita Wergeland en la terraza de Bangkok. Eran las dos de la madrugada.

—La hermanita menor grita, *mem* —murmuró—. Grita como el espíritu de una

zorra.

—Tonterías —dijo la señorita Wergeland, levantándose—. Seguramente estará soñando. ¿Qué pasa, Vivie? —preguntó meciendo suavemente a la niña.

Su encantador rostro se hallaba descompuesto.

—La puerta, tía Helene —susurró Vivica con los ojos desmesuradamente abiertos—. Alguien ha golpeado en la puerta. ¿Será la diosa de la luna?

—¡Qué estupidez! La puerta está bien abierta. Pero, vamos.

Cogió a la temblorosa niña y la puso debajo de su propio mosquitero.

«¿Cómo habrá sido eso? —pensé—. Knut no hubiera permitido jamás tener la puerta abierta». Observó a Vivica reflexivamente. En la vida existían muchas cosas que no había más remedio que aguantar. Si Vivica no podía tolerar ya ahora ninguna puerta cerrada, ¿cómo se las arreglaría cuando alguna vez se viera obligada a soportarla? ¿Cómo reaccionaría en Trondheim en invierno, o en el hotel... o tal vez en una prisión? ¡Santo cielo! ¿Cómo podían ocurrírsele estas ideas? «Estoy desbarrando», pensó. Bostezó sonoramente y se fue a dormir.

Eso ocurrió exactamente siete años antes de que Vivica Wergeland se encontrase inmóvil ante una puerta firmemente cerrada que no podría abrir ningún grito ni tampoco ninguna protectora especial.

LIBRO SEGUNDO

DONDE LAS LÁGRIMAS ESTÁN PROHIBIDAS
EL ESCENARIO GIRATORIO DEL EXTREMO ORIENTE
(1941-1945)

*El hombre se marchita como los cerezos
en flor de Kyoto; el crisantemo imperial
no conoce el paso del tiempo.*

Hoja de información para indiferentes

Tenno heika banzai!
(¡Muramos por el emperador!)

En nuestros tiempos los cataclismos políticos se suceden con tanta frecuencia que, verdaderamente, ya no pueden asombrar a nadie. No obstante, son innumerables las personas que siempre se encuentran desprevenidas cuando la tierra se abre de repente para tragarse a hombres y ratas, cuentas corrientes y colecciones de sellos. Los europeos de Singapur, Bangkok, Batavia y ciudades circundantes seguían tomando cócteles y jugando al golf cuando el ejército imperial japonés se presentó en las puertas de sus clubs deportivos y de sus señoriales residencias. La tierra se abrió a partir del 8 de diciembre de 1941: los dioses blancos de Hong-kong, Singapur, Indias holandesas y Filipinas fueron conducidos a los campos de concentración japoneses o a los trabajos forzados en la línea del ferrocarril Siam-Birmania. Es decir, siempre que fueran americanos, ingleses u holandeses. En el Asia ocupada por los japoneses sólo quedaban escandinavos, suizos, franceses partidarios de Pétain, alemanes, italianos y rusos en calidad de «huéspedes libres». A este núcleo de favorecidos pertenecía la familia Wergeland, que había renunciado a regresar a la patria a causa de la ocupación de Noruega por los nacionalsocialistas alemanes. Prefirió Siam, dominada por los japoneses. Aquí, la señorita Wergeland podía seguir arrojando las verdades como si fueran un trapo mojado, y esto hubiera sido muy peligroso hacerlo en Trondheim, dadas las circunstancias actuales.

Pero cuando la tierra se abrió en Bangkok para tragar a los Wergeland, los cogió completamente desprevenidos. Como la mayor parte de los occidentales, habían ignorado los preparativos japoneses para iniciar la lucha en busca del dominio mundial. Durante el último decenio todos ellos habían dado muestras de una inocencia de la que ahora se arrepentían amargamente. La lección que el Japón había

dado a los dioses blancos en el período del «Sol naciente» les había despertado desagradablemente del sueño de la indiferencia. Tanto si querían como si no, ahora sólo podían relacionarse con los japoneses. Los americanos y los europeos se dieron cuenta demasiado tarde de que los viajeros como el capitán Saito y el teniente Matsubara estaban muy lejos de ser turistas y de que además eran implacables enemigos de la raza blanca. Al fin supieron que el país de los crisantemos, de las geishas y de la cortesía y la elegancia era un Estado policíaco dirigido por un directorio militar embriagado por el poder.

Los años transcurridos entre lo de Pearl Harbour y el estallido de la bomba atómica en Hiroshima (desde 1941 hasta agosto de 1945), ese singular período que va desde el «milagro de los crisantemos blancos», tal como se leía en los escritos de propaganda de los años de guerra, hasta la «caída del Japón en una profundidad impenetrable», como el general MacArthur calificó a la derrota del Japón, ese período no podrá ser olvidado jamás por Occidente. Y no sólo porque el Japón desencadenó la primera guerra racial de la época moderna, a la que la Prensa y la Radio de Tokio designaban como el intento de «dirigir mil millones de seres asiáticos en una “guerra santa” contra la raza blanca». Ese corto período que produjo la muerte, el dolor y la confusión moral de miles de europeos y americanos, demostró en todas sus fases que la indiferencia con respecto a los pueblos del Extremo Oriente hubiera podido significar en tiempos futuros el fin del mundo occidental. El comprender a chinos, japoneses e indios debiera haber representado para el Occidente una necesidad vital. El teniente Matsubara y sus muñecos eran ya los actores principales en aquel escenario del lejano Oriente, cuando nosotros no los considerábamos más que simples comparsas. Cada día se dedicaban al cultivo de crisantemos-shinto, flores que a nosotros nos parecían hermosos adornos. Era su deporte nacional. Hoy día aún subsiste el anhelo, de morir por el Tenno. Sólo que ahora no se proclama tanto.

Además de la propaganda del suicidio, que entre los años 1941 y 1945 mandó a la lucha en el Pacífico a las famosas brigadas suicidas japonesas, había la propaganda económica para los vencidos «hermanitos pequeños» en el Asia del sur. La «Esfera de coprosperidad» (la comunidad del bienestar en el «Gran Asia oriental») fue propaganda incansablemente, pero sólo se realizó una parte muy insignificante. Era un plan económico en *papel couché* y para el Japón debía representar las materias primas de que carecía y el agradecimiento de los países asiáticos hasta entonces explotados por los occidentales: Malaya, Indias holandesas, Indochina, Siam, Birmania y las Filipinas. Bajo la divisa de entregar Asia a los asiáticos para siempre, las victoriosas legiones del Tenno confiscaron a los nativos de esos territorios el arroz, el caucho, el café y el resto de los productos de importancia vital. Luego, la radio, los periódicos y el teniente Matsubara del Kempetai explicaban a los «hermanitos pequeños» que ellos eran ahora los señores de la nueva Asia. «Queremos libraros de vuestras cadenas europeas y americanas, y también deseamos daros una

historia propia, con Japón como punto central, y el mito de un “nuevo mundo” basado en el Shinto, el camino de los dioses». (Plan de la movilización educativa de Takeja Fushimi; Tokio; febrero de 1940).

El tercer fenómeno del período del «Sol naciente» —además de la propaganda del suicidio organizada, para el uso doméstico, y de la comunidad del bienestar en el Gran Asia oriental— fue la asombrosa y rápida transformación que se operó en el turista japonés del período anterior a la guerra. Sólo aquellos que presenciaron con sus propios ojos ese cambio pueden hacerse una idea real de lo que sucedió. Ciertamente, los chinos creían que un vencedor virtuoso sería algo tan raro como un hipopótamo con cinco patas; pero cuando la máscara del turista cortés y maravillado cayó, el rostro que ocultaba causó espanto a todo el mundo.

Ante todo, Japón no pudo hacerse con el triunfo porque el trágico mecanismo del éxito provocó en las almas fanáticas de los japoneses dos fenómenos enemigos de la victoria: un estático delirio de grandezas en duro contraste con la ambición de dominar el mundo, y una mística confianza en la victoria. De ello resultó una perniciosa corrupción moral que sorprendió igualmente a los cesares del Oriente y del Occidente que se hallaban en la cumbre del poder. El teniente Matsubara también se encontraba en la prisión del éxito antes de sufrir aquella «caída a profundidades impenetrables» junto con millones de sus compatriotas.

Entretanto, había ascendido de categoría y ahora se dedicaba especialmente a olfatear a los enemigos del sagrado Japón, así como a los saboteadores que había entre los chinos y europeos libres. En los años del triunfo se produjeron desagradables casos de espionaje en las regiones de Siam-Indochina y Birmania. Por orden del Kempetai, el mayor Matsubara se dedicaba especialmente a estos casos. Los traidores, que como los insectos de la lluvia siempre actuaban en lugares escondidos, comunicaban a los aliados los puntos donde los «hijos del Sol naciente» erigían sus fábricas y los lugares, llenos de flores tropicales, donde establecían sus depósitos de armas. Por doquier, los japoneses se habían incautado de las grandiosas y abandonadas residencias principescas de los abatidos dioses blancos, y en ellas cultivaban orquídeas y fabricaban armas de guerra. El mayor Matsubara era un hombre diestro en seguir las huellas de los traidores, y en los círculos de la policía militar secreta se le llamaba el «sabueso». Cuando conseguía cazar a uno de los muñecos de los aliados lo desmontaba completamente para ver cuánto serrín y cuántos secretos se ocultaban en su interior. Un poco antes del final apocalíptico, el mayor Matsubara aún habría de poder vengarse en nombre del Kempetai en la persona de una diosa blanca. Estas venganzas excitaban en él sentimientos íntimos que no eran dignos de un descendiente de los samurai. Pues fuera del anhelo de una muerte gloriosa por el Tenno, así como de un sagrado reino mundial —con centro en Tokio—, a un sabueso le estaban prohibidos los sentimientos íntimos y su exteriorización. Sólo le era dado reír a causa de la progresiva «destrucción de las razas blancas», que ya en 1938 uno de sus compatriotas había anunciado en el famoso

libro *Nippon Kakushin nosho* (El libro de la renovación del Japón). Y el mayor Matsubara reía con frecuencia en el período del «Sol naciente»; reía como millares de sus compatriotas, con una carcajada estridente, aguda, incompleta, porque a las víctimas del Kempetai se les venía encima una tremenda tormenta. Cuanto más abundantes y más estridentes eran sus carcajadas en aquellos tiempos, tanto más abundantes corrían las lágrimas que tanto le complacían.

Capítulo I

FINAL EN ANGKOR

En la estación lluviosa del año 1942, la señorita Wergeland estaba sentada en su terraza de Bangkok escribiendo una carta a Hanna Chou, la amiga de Astrid en Shanghái. Era tarde, había empezado a oscurecer y los mosquitos zumbaban alrededor de la turbia luz eléctrica. La señorita Wergeland iba vestida de blanco, y su cabello también se había vuelto blanco. A sus pies se hallaba acurrucada la leal Yumei, que había dejado a su esposo e hijos en la cocina. Helene llevaba un brazal negro en una de las mangas de su blanco vestido tropical. El brazal era nuevo, exactamente igual que su tristeza.

De pronto, depositó a un lado la estilográfica y escuchó con atención arrugando la frente. A través del jardín, con los árboles tropicales y los frondosos bananeros, llegaba un cántico sordo en el silencio de la noche. También Yumei levantó la cabeza.

Tres soldados japoneses marchaban a través de las calles de aquella ciudad tropical que temblaba de miedo y en la que la muerte había implando una tranquilidad absoluta, cantaban el «Himno del Shinto del año 1942».

*Japón, el país sagrado,
lucha para la paz del Oriente
y la exterminación de las potencias extranjeras.
¡Escuchad, pueblos de la tierra!
Antes existían Japón y otros países.
Pronto sólo existirá el Japón,
¡Atended, pueblos del múnelo!*

—¿Habéis cerrado la puerta, Yumei? —preguntó la señorita Wergeland.

—¡Sí, *mem!*, Khun Yam está alerta.

—Han vuelto a entrar en casa de un danés.

—¡Yumei atiende muy bien, *mem!* Ahora, donde...

Enmudeció. De sus ojos habían brotado unas lágrimas.

—Vamos, Yumei —dijo la señorita Wergeland.

El portero, a quien habían despertado las canciones de los soldados japoneses, se dirigió a la puerta y, escondido tras una gruesa palmera, volvió a probar furtivamente la seguridad de la nueva cerradura. Los soldados venían algunas veces por la noche y se llevaban a algunos indios, chinos o blancos. Cantaban, se sentían victoriosos y ordenaban a los hermanitos pequeños del Asia del Sur lo que mejor les parecía.

Khun Yam sacudió su redonda cabeza con ojos resplandecientes y boca contraída

por el miedo y empezó a canturrear en voz baja medio dormido. Su único hijo estaba en delación con el Kempetai y les daba informaciones acerca de otros indios. Khun Yam ya no volvería a verle jamás. Si alguien en esta ciudad «aliada» oía la palabra información o *Kempetai*, se le helaba la sangre. En la terraza aún seguía sentada la *mem* con el brazal negro... Continuaba escribiendo.

Khun Yam tarareaba una vieja canción hindú para que el torturante temor que sentía por su hijo Amir no cayese un día sobre él como un tigre. Mecía su gruesa y redonda cabeza al tiempo que marcaba el compás golpeando contra el suelo su descomunal bastón de bambú y cantaba:

*No tiene ningún sentido llorar
donde las lágrimas están prohibidas.*

Cantaba en voz muy baja para no molestar a *mem* Wergeland.

Helene Wergeland apartó de la frente sus blancos cabellos y releyó lo que había escrito a Hanna Chou, la amiga de Astrid. La conoció dos años antes en la boda de Mailin, y se había dado cuenta de lo que valía: una mujer joven, amada, sensata, que sabía que la vida no era una jira campestre...

Querida Hanna:

Muchos gracias por su última carta, le hubiera contestado bastante antes si la muerte repentina de mi hermano no nos hubiese llenado a todos de pena e intranquilidad. Sus estimadas líneas me han hecho un gran bien. Hace tiempo que había suplicado a Knut que se dejara operar de la bilis, pero nadie de mi familia ha seguido jamás un consejo. Cuando le sobrevino aquel grave ataque en Singapur, era ya quizá demasiado tarde para salvarle. Cuando mi hermano murió, Mailin estaba a su lado. Mi pobre hermano no llegó a ver el nacimiento de su nieto. Nuestra Mailin se encuentra muy bien. Cuclillo rojo púrpura, la anciana sirvienta de su abuelo Hsin, la adora. El bebé se halla ahora en Singapur. Tengo proyectado hacer un viaje allí, en el caso de que me lo permitan la inseguridad general reinante y los cuidados de la familia.

Como usted, querida Hanna, se ha mostrado siempre tan cariñosa con Astrid, no tengo por qué morderme la lengua. Usted es su única amiga y ya sabe lo complicada que es la muchacha. Hace ya cinco años que Astrid está prometida, pero de la boda ni siquiera se habla. Desde un principio yo no fui partidaria de ese enlace con el señor De Maury; pero, como ya le he dicho, a mí nadie me escucha. El señor De Maury dice que la guerra es un obstáculo fundamental. Yo no sabía que la guerra tuviera nada que ver con estos asuntos. Astrid puede muy bien ayudar a Fierre a limpiar sus polvorientos objetos en el museo de Hanoi. Créame usted: el señor De Maury es un bribón. No es preciso ser muy inteligente para verlo. Durante mi larga vida he cosechado toda una serie de experiencias

con esa clase de mosquitas muertas: en casa de mi madre, en Trondheim, no vivían más que «perdices blancas» que se habían dejado engañar estúpidamente por tipos como ése. No comprendo cómo Astrid, con su inteligencia, no se da cuenta de la realidad. Ciertamente, en nuestra vida se dan unas circunstancias que hacen un problema del porvenir de Astrid. Como el día de la boda de Mailin, el 14 de junio de 1940, las tropas alemanas entraron en París, Astrid y el señor De Maury ya no volvieron allí. Y desde entonces está tomándole el pelo, en lugar de decirle las cosas tal como son.

Sé muy bien que usted se hace cargo de mis desvelos, querida Hanna. Usted es una dichosa madre de tres hijos y con una vida muy ocupada en el seno de su familia, a la que ruego salude cordialmente. La anciana señora Chou y su hogar son dos cosas que se amoldan a mi gusto. En esa excelente dama no se adivina ningún rastro de insensatez, y en sus muebles no puede verse una motita de polvo. Aún me acuerdo con verdadero placer de mi visita a Shanghái poco antes de la boda de nuestra Mailin. ¡El señor De Maury, con su elegante parlez-vous, podría aprender de su esposo cómo se conduce un candidato al matrimonio! Tso-ling es realmente hijo de su madre.

Me gustaría mucho pedirles una cosa. Sólo usted puede comprender el motivo de mi petición. ¿Sería posible que después de su viaje a Angkor, Astrid fuera a Shanghái a pasar algunas semanas en casa de ustedes? En el caso de que, debido a que los chinos importantes están tan estrechamente vigilados por los japoneses, no puedan albergar en su casa a ninguna europea, hágamelo saber sin ninguna clase de cumplidos. Le confieso con franqueza lo mucho que hemos perdido en el cambio desde la ocupación japonesa. Si yo no la tuviera por una sincera amiga de mi familia, no se me hubiera ocurrido jamás hacerle esta proposición.

En el momento presente las relaciones entre Astrid y Vivica son tan atormentadoras, que me parecería mucho mejor que Astrid estuviera una temporada bajo su influencia y que viviera en otro ambiente. El negocio de antigüedades que mi difunto hermano ayudó a montar muchos años atrás, se halla en tan buenas manos —los señores Sun, los socios chinos—, que Astrid bien puede permitirse el lujo de gozar de una temporada de descanso. En vida de mi hermano adquirió mucha práctica en el negocio, y en las subastas compra barato y dando muestras de conocer el asunto. Me alegra mucho que haya sabido encontrar una ocupación que le guste y que además da bastante dinero; ahora, nuestra cuenta corriente en el Banco Hong-Kong & Shanghái está congelada. Los japoneses detuvieron inmediatamente a los directores ingleses y se incautaron de los depósitos de todos los extranjeros. Por el momento tampoco recibimos nada de Trondheim. Como siempre, sigo sin noticias de mi hermano Olaf. No sé si vive todavía ni lo que ha sido de los astilleros. Por lo demás, Astrid se ha montado una oficina propia en Prahurat Road y lleva a cabo ciertos negocios. Quizás usted logre arrancarle explicaciones más detalladas, porque lo

que es en casa, cada palabra parece costarle un dólar.

Vivica, que está hecha un verdadero duende, llama a Astrid «la duquesa». Es sorprendente lo mucho que ofende a Astrid esta broma infantil. Hace ya mucho tiempo que he prohibido a Vivica enojar a su hermana. La niña es a veces un verdadero tormento. ¡Y lo peor es que esta chiquilla de dieciséis años pone muy buena cara al prometido de Astrid! Recientemente, después de una visita de Pierre, se originó una verdadera escena entre las dos hermanas, cuyos detalles voy a ahorrarle. Astrid acabó por perder los estribos y llamó «vagabunda» a Vivica. La niña se había vestido estúpidamente con brocados de Siam, y bailó un poco ante Pierre para distraerle un rato, hasta que por último llegó Astrid de su oficina de Sathom Road. Se lo aseguro: fue una pura niñería, y no puedo de ningún modo dar la razón a Astrid, Es superexcitable y muy orgulloso con todas las personas que le rodean. ¡Jamás en mi vida he visto a una muchacha tan poco recogida como Astrid cuando va a la iglesia! Precisamente, hace poco hablé ampliamente con la madre Séraphine, que da lecciones de música a Vivica en el colegio de religiosas de San Vicente de Paúl. La niña tiene tanta afición a la música como su estimada madre, fallecida hace mucho; pero este talento y el desorden son las dos únicas cosas que esta chiquilla ha heredado de su madre. Borghild era un modelo de sinceridad y franqueza. Como murió en circunstancias muy trágicas —ya le hablaré de este asunto en otra ocasión— me he cuidado siempre yo de Vivica. Su madre le legó junto con su personalidad muchas cualidades incomprensibles y francamente curiosas. Precisamente me preocupa bastante la belleza de Vivica. La hermosura es casi siempre un peligroso cepo.

Como ya le he dicho, Astrid ha marchado de viaje a Angkor, para reunirse allí con su prometido. Por qué han de inspeccionar esa ciudad en ruinas, yo no lo sé. Por eso he aconsejado a Astrid que pregunte al señor De Maury si antes de casarse ella ha de ser también una ruina... Por desgracia, Astrid se ha confeccionado para esa cita en Camboya un sombrero tan extravagante que sería capaz de alejar hasta el fin del mundo a todos los hombres solteros. Pero como sé que no conviene darle consejos, he callado. En qué estado se encontrará cuando llegue a Bangkok de regreso de Angkor, es algo que no puede predecirse. Si la enfermiza curiosidad de Vivica y sus bromas infantiles vuelven a producirse, estoy segura que eso sentará a Astrid como un tiro. Yo desearía que en Angkor llegasen a decidir una cosa u otra, porque ésta es una tortura sin fin. Astrid tiene veinticuatro años. Como de todos modos quiere casarse, lo que tendría que hacer es aceptar al doctor Lafitte, de Saigón, que tanto se ha ocupado de la muchacha. También él tío abuelo de Astrid, el profesor Clermont, de Saigón, se sentina muy satisfecho con este matrimonio. Gastón es su primer ayudante en la clínica; y a pesar de que, como todos los franceses, tiene una labia extraordinaria, es hombre muy formal. Quizás un poco aburrido, ya que, aparte de Astrid, sólo le interesan

los instrumentos músicos camboyanos, hasta el punto de que es capaz de informar sobre este asunto con tanto detalle y rapidez que parece que vaya a perder la respiración. Menciono al doctor Lafitte, pues le agradecería mucho le dijera a Astrid algo acerca de dónde ha de ir a buscar la suerte de un matrimonio feliz y tal como Dios manda sin peligro de que le depare escenas o sorpresas. A mí, todo este asunto de Astrid con el señor De Maury me hace el efecto de una ópera china, en las que jamás se llega a ver el final, y que resulta agotadora en todas sus partes.

Para terminar, desearía hacerle otro ruego, querida Hanna. Me gustaría mucho saber antes de que Astrid vuelva de la jungla si puede ir a casa de ustedes. Así podría darle una agradable sorpresa. En cuanto tenga su contestación yo escribiré también a monseñor Lavalette, de Shanghái. Quizás él pueda hacerle recobrar el juicio y recordarle que además del señor De Maury hay muchas otras personas que necesitan nuestra ayuda y nuestras ideas. Monseñor conocía a la madre de Astrid y nosotros mantenemos correspondencia desde hace algunos años. A pesar de que tenía bastante trabajo con sus chinos, en 1937 se tomó muchas molestias por Astrid cuando la muchacha estaba herida, circunstancia que, desgraciadamente, trajo consigo el compromiso matrimonial con el señor De Maury. También mi difunto hermano hizo todo lo posible para hacer entrar en razón a Astrid; tomó informes y se enteró de que Pierre de Maury, aparte de su actividad en los museos de Hanoi, se trae entre manos unos asuntos poco claros. Le mando esta carta a través del cónsul general danés de Bangkok, que tiene que resolver algunos asuntos en Shanghái y que luego me traerá igualmente su contestación, querida Hanna. Hoy día los japoneses registran toda la correspondencia privada, para impedir que lleve ninguna información.

Le envío cordiales saludos para usted y para toda la familia Chou. A su pequeño Herbert le mando un libro inglés de imágenes que le regalaron a Vivica cuando era niña. ¿Cómo está el nene? Me proporciona una verdadera alegría pensar en usted y en sus niños; por lo visto, la vida sigue imperturbable su curso incluso en los tiempos difíciles. Como es natural, su marido desempeña un papel muy decisivo: ¡es la sal de la tierra!

Me complació mucho que se interesara por nuestros huérfanos de guerra. El marido de Yumei, que se encarga de la cocina, ha construido en la finca un tercer pabellón de bambú y en él, nosotras damos un plato de arroz y enseñamos a ser útiles a estos pobres adolescentes cuyos padres han desaparecido en las cárceles del Kempetai. A la mayoría de ellos hemos podido recomendarlos tranquilamente a los capataces de fábricas que Yumei ha encontrado entre la enorme población de Bangkok. No han tardado mucho en mostrarse ordenados y puntuales. Estos niños chinos son alegres y diligentes por naturaleza. ¡Y acabemos por hoy!

Con los mejores deseos y saludos,

En ese viaje a Angkor, Astrid no había encontrado todavía ninguna ocasión propicia para hablar con Pierre. Éste la había invitado a ir a Pnom-Penh, la capital de Camboya, para mostrarle allí el «Instituto budista» fundado por los franceses en 1930, así como también la «Escuela de las artes de Camboya», institución muy famosa en Oriente. Astrid lo contemplaba todo con sus pálidos y hambrientos ojos azules, y hacía ver que realmente le interesaba mucho.

Exteriormente apenas si había cambiado durante los cinco años transcurridos desde que fue concertado su compromiso matrimonial en Shanghái. Solamente de su rostro había desaparecido la chispa de vitalidad que le prestaron, en la ciudad situada sobre el mar, las explosiones y los besos. Ahora en vez de ser esbelta, era francamente delgada. Debajo de sus ojos excesivamente juntos se veían ligeras sombras azuladas. Era corta de vista, pero sólo llevaba gafas cuando tenía que sumar cifras o cuando iba al cine a ver cómo todas las otras muchachas del mundo se casaban y cómo eran dignas de un gran amor y respeto —por lo menos antes de la boda— y cómo eran besadas y consideradas por sus prometidos. Además de eso, la mayor de las señoritas Wergeland apretaba los labios con la misma firmeza que tía Helene. Por otra parte, Astrid iba por lo menos cuatro veces por semana a un cine tropical provisto de refrigeración eléctrica para ver siempre películas de Hollywood. Desde que había comenzado la guerra no habían llegado más films nuevos.

Mientras caminaba silenciosa al lado de su elocuente prometido por la escuela de las artes de Pnom-Penh y contemplaba con fría mirada las obras artísticas del pueblo de Khmer, reflexionaba desesperadamente sobre el modo de lograr que Pierre señalara una fecha fija para la boda. Él ni siquiera intentaba animarla, ni tampoco le había dicho nada del sombrero; a hurtadillas ella se examinó de pies a cabeza en un espejo que colgaba en la pared. Su vestido tropical, la delicada blusa y la divertida nadería que constituía su sombrero —un intermedio entre una orquídea y un nido de pájaros de hebras de oro— le conferían una elegancia inimitable. Ahora llevaba una chaquetilla suelta, con lo cual no parecía tan delgada. Su distinción tenía un sello muy característico: en París había llevado el abrigo de visón heredado de Yvonne como si hubiera sido cualquier prenda de lana; y ahora, en el Extremo Oriente, llevaba un minúsculo sombrero como si fuese una corona de oro.

De pronto su pensamiento se detuvo en Vivica, y sonrió despreciativamente, aunque un poco intranquila. No le perdonaría jamás el haber intentado robarle a Pierre con las artimañas de una vagabunda.

—¡Estás loca, Astrid! —había gritado tía Helene, indignada—. ¡Ya es hora de que te cases!

¡Ya era hora! Cuando Astrid regresó fatigadísima al hotel de Pnom-Penh todavía no había arreglado nada. Estaba de pie en su habitación, rígida, contemplando la polvera de plata que Pierre le había regalado —como premio de consolación a la

pasión— después de la visita efectuada a la escuela de artes y oficios industriales. La polvera tenía un trabajo en relieve que representaba a unas bailarinas de Camboya. Doblaban sus cuerpos maliciosa y voluptuosamente, del mismo modo como Vivica se había doblado intencionadamente ante Pierre sonriéndole amablemente. Como un juego, naturalmente. Una mocosilla de dieciséis años con los licenciosos instintos de su madre y la sugestiva belleza nórdica de su padre. Una zorra como las que aparecían en los terroríficos cuentos que Yumci explicaba a la pequeña Astrid en el viejo Shanghái.

Procedente de la calle se escuchó el grito de un cocinero chino. Empezaba a llover pertinaz y monótonamente. Astrid tomó su paraguas chino de papel aceitado, salió del hotel y caminó tiesa como un cirio por la angosta acera. Eran las diez de la noche. A través de las puertas abiertas de las casas de madera veía a las familias de Sarong charlando alegremente, mordisqueando golosinas y pasteles chillonamente coloreados y disfrutando de la alegría de la convivencia. Seguramente que jamás habían estado en la «Escuela de Artes» y que no se hallaban tan cansados y aburridos como Astrid. En esas chozas no había ningún mueble: los camboyanos no se interesaban por las propiedades adquiribles, como hacían los chinos que en Pnom-Penh habitaban como en cualquier parte del Asia sudoriental lujosas viviendas.

Hambrientos perros callejeros de piel de un amarillo azufre rondaban a Astrid, mientras ella, ocupada en sombríos pensamientos, seguía imperturbable su camino hacia el río. Tras una alta muralla se encontraba el palacio real con cúpulas que en sus nobles curvaturas parecían encajarse al cielo encapotado. Eran tan nostálgicas, sinuosas y atractivas como los cuerpos de las bailarinas camboyanas. Ante la puerta del palacio estaba acurrucado un mendigo. Los dientes resplandecían en su oscuro rostro. Cantando en voz baja extendió hacia Astrid el platillo de las limosnas.

Sacó de su monedero de piel de cocodrilo la polvera de plata con el relieve de las bailarinas y la depositó en el platillo del mendigo. Luego, andando orgullosamente, volvióse en dirección al hotel.

En el «Gran Hotel» de Siem-Reap, el barrio turístico de Angkor, se hallaban sentados dos oficiales japoneses conversando animadamente, pero en voz baja. El coronel Saito y el mayor Matsubara acababan de regresar de Angkor y a la mañana siguiente tenían el propósito de dirigirse en avión a Shanghái. No iban de uniforme, pues recientemente habían disparado a mansalva contra dos japoneses uniformados en las ruinas del templo de Angkor. Los dos señores habían pasado un buen rato en el apartamento que el coronel Saito tenía en el hotel y ahora descansaban en el vestíbulo. El mayor Matsubara, que siempre había demostrado un gran interés por la cultura, observaba atentamente algunas fotos artísticas de Angkor-Thom, la mística ciudad real del pueblo de Khmer. Los monumentales edificios de piedra gris-azules y rojos hablaban de tiempos demasiado anteriores al moderno sentimiento actual para hacer patentes a primera vista sus maravillas. Un pasado glorioso y guerrero, que había aureolado a los reyes Khmer con la fama de grandiosas efemérides, se había

desvanecido ya en el ánimo de la población nativa de Camboya a causa de su indolencia y de su falta de pundonor, del mismo modo que se esfuma el vapor de la lluvia en el puente Seta. Sólo las ruinas monumentales hablaban todavía del espíritu heroico de aquel pasado. ¡Ya se encargaría el mayor Matsubara de hacer correr a los desidiosos hermanitos pequeños! Jamás se les hubiese ocurrido desenterrar sus honorables ruinas, si un francés no lo hubiera hecho por ellos en 1859. Los franceses habían dado toda clase de quebraderos de cabeza al Japón en 1942. En Indochina había tantos agentes secretos y saboteadores como granos de arroz en un almacén, pero no eran tan fáciles de cazar como lo eran los granos de arroz. Se escondían del mayor Matsubara en todos los rincones y confines de Indochina. ¡Pero por lo que a la cultura se referían los franceses eran tan celosos y activos como los mismos japoneses! La visita cultural de Fierre de Maury a Tokio y la visita del mayor Matsubara a Hanoi poco antes de la guerra habían sido muy fructíferas.

—¿Vendrá esta noche a Siem-Reap? —preguntó el coronel Saito—. Desearía conocerle. Sigue siendo nuestro mejor hombre de enlace en este país tan poco agradable.

En ese momento el señor De Maury entró acompañado de Astrid en el vestíbulo del «Gran Hotel» de Siem-Reap. El mayor Matsubara miró con ojos agudos a la acompañante de su amigo e inmediatamente supo lo que quería. Tal como se requiere para ser distinguido oficial de la policía militar, Akiro disfrutaba de una memoria fenomenal. Tan pronto como observó la mirada sorprendida de Astrid se acordó del reservado número siete de «Los Crisantemos Blancos» de Shanghái. Allí había visto a esa extranjera de rostro blanco como la harina. ¡Se llamaba Clermont, eso es, exactamente como el anciano médico jefe de Saigón! ¡Tenía que atar cabos...! Sí, la señorita Clermont se había reído despreciativamente de una famosa poesía japonesa. «El viejo estanque... dentro salta una rana...». Había calificado de juego de niños al *haikkus*^[42]. ¡No, el mayor Matsubara no olvidaría esa ofensa en mil años! No sabía que el señor De Maury pensara casarse con esa ignorante dama.

En esta ocasión le fue presentada también con el nombre de «señorita Clermont». El mayor Matsubara sonrió radiante. Y con un motivo muy justificado: se alegraba de la presencia de Astrid en Siem-Reap. No se mostró asombrado de que todavía no estuviese casada —en el Japón, una muchacha de veinticuatro años o era madre de familia o viuda o en todo caso una ruina que no merecía la pena mirar—, ni tampoco hizo alusión al hecho de que un cierto profesor Clermont de Saigón era considerado como enemigo del Japón. Quería comprobar con toda tranquilidad y calma si existía parentesco.

En lugar de participar en la conversación con los occidentales, el coronel Saito se limitaba a mostrar sus tres grandes dientes delanteros que le daban un aspecto alegre. Pensaba en otras cosas mientras los otros bebían sus cócteles y su champaña. ¡En su vida había deseado otra cosa tan ardientemente como el vino de arroz caliente! Cortés y contrariado, tomó un trago de la terrible bebida que había pedido De Maury. ¡De

modo que éste era el aspecto de aquel amigo del Japón, a quien el barón Matsubara, con ayuda del arte de los templos y del *haikkus*, había ganado para el sagrado estado mundial, centralizado en el Japón! La revista *Indochina*, a cuya edición contribuía en Hanoi el señor Pierre de Maury, llevaba en todos los números charlas y alocuciones del «mariscal del Japón», Pétain. Indudablemente, este señor De Maury desempeñaba su papel. El coronel Saito observaba su pálido rostro, sus rubios cabellos, su perfil ascético y su sonrisa irónica. ¡Sí, éste era su aspecto! El coronel mostraba sus dientes hasta el punto de que resultaban fácilmente visibles sus inflamadas encías. Astrid ni siquiera se dignó mirar una sola vez al coronel. Para Joseph Kitsutaro Saito, de Urakami, no existían mujeres extranjeras. Durante unos segundos pensó en su propia madre, ¡una ejemplar madre y esposa católica! Luego examinó de nuevo disimuladamente al hombre de enlace entre el Japón y los intelectuales de Hanoi y Saigón. Tenía que expresarse intensivamente con los ojos porque su francés era bastante deficiente. El mayor Matsubara, con su acento parisiense y sus pensamientos secretos japoneses, dominaba la conversación. Como ocurría siempre en Camboya, ésta giraba alrededor del arte de los templos y de las ruinas del Asia sudoriental. De pronto el mayor soltó una risita tan aguada, que Astrid frunció las cejas.

—Recientemente he hecho una visita al templo de la secta Cao-Dai, en Saigón —observó—. Me pareció el decorado de una opereta. ¿Conoce usted la catedral de Tay Ninh?

—Hace años que estuve allí. —El señor De Maury sonrió pensando en sus recuerdos—. ¡Tiene usted razón, barón! Ante los majestuosos restos culturales de Asia esa catedral produce el efecto de una Madame Butterfly comparada con las japonesas auténticas.

El mayor Matsubara se inclinó complacido.

—Hablemos ahora de las inmortales esculturas de Angkor —murmuró comedidamente—. Esos relieves con dioses, guerreros y animales fabulosos indican por su significación poética que también nosotros los japoneses nos cuidamos del arte. Considere usted nuestras poesías breves —acabó diciendo—. ¿Qué es un *haikku*, amigo? ¡Unas líneas muy breves! El resto debe sobreentenderse.

Se pasó soñadoramente su fina mano por encima del cabello y recitó una poesía breve del siglo XVIII:

*Eufórico el ruiseñor
canta cuando no ve
los barrotes de su jaula.*

Luego, los dos señores se levantaron como impulsados por un acuerdo secreto, después que el mayor hubo recitado otra vez el *haikku*. Hicieron sus rígidas reverencias japonesas y desearon a los honorables amigos y conocedores del arte una jira muy feliz por el pasado de Camboya. Era la usual despedida japonesa abrupta en

medio de una conversación animada: como si de repente se hubiera producido el final de una ópera antes de ser cantado el último gran *duetto*. ¿Es que ya habían visto u oído lo suficiente el coronel Saito y el capitán Matsubara?

Así era, ciertamente.

—Su enlace francés estaba nervioso —dijo algo más tarde el coronel Saito al mayor.

Se hallaban sentados en la sala de estar del coronel y, para quitarse el gusto que les había dejado el cóctel, comían unos pedazos de algas marinas en conserva.

—¿Se ha dado usted cuenta de que De Maury ha guiñado el ojo izquierdo cuando usted ha mencionado la catedral de Tay Ninh en Saigón? Yo siempre presto mucha atención al ojo izquierdo —repuso el coronel—. Sobre este punto un hombre tiene tan poco poder como sobre la nuez de su cuello.

El coronel Saito parecía estar muy satisfecho de las disposiciones de la naturaleza.

—Todavía hemos de hacer más comprobaciones, señor coronel Y no es que no desconfíe de él. —Al decir esto, el mayor Matsubara rió como un diablo—. Eso es algo que debemos hacer con cualquier francés. Cuando echamos el anzuelo, tenemos que ahuyentar en el momento oportuno las carpas gruesas.

—¡El asunto apremia, mayor! El agente secreto que ofrece constantes informaciones a los aliados sobre nuestros transportes, debe ser reducido al silencio. ¡Si atrapo a los traidores en el seno de la secta...!

El coronel Saito mostró toda su dentadura delantera. Sólo una persona como él podía aparecer alegre y furioso al mismo tiempo. Se rascó el lóbulo de la oreja y, con unas gafas de acero baratas sobre su nariz de campesino, pasó a ocuparse del último informe de su agente principal en Saigón. Leyó un párrafo por segunda vez. O bien le parecía muy especial o es que sucedía algo muy malo.

Sea como fuere, lo cierto es que de lo expuesto sacó la conclusión de que los religiosos de la secta de Cao-Dai habían formado un ejército privado que actuaba persistentemente, con habilidad y prudencia, contra el ejército de guarnición japonés. Continuamente se veían sorprendidas algunas columnas y eran desvalijados camiones de carga. Lo peor era el bombardeo de las fábricas camufladas en la jungla tropical. Sin duda, alguien había descubierto su punto de emplazamiento —seguramente esa secta militante— y luego lo había revelado de un modo u otro a los aliados. Ahora, el agente informaba de que unas semanas antes había visto en Tay-Ninh a un francés que visitaba a los caodaístas. El francés en cuestión era rubio y tenía un perfil severo. Podía ser Pierre de Maury. Pero también podía tratarse de otro francés.

La secta, acababa informando el escrito, fue fundada oficialmente en Cochinchina en 1926, por espiritistas. Su religión contenía elementos del catolicismo, del budismo y del taoísmo. El santoral del *caodaísta*^[43] comprendía a las personalidades tan

contrapuestas como la doncella de Orleáns, la condesa de La Rochefoucauld, Juan Bautista y el emperador chino del jade. La secta tenía su papa, de acuerdo con un escalafón de los dignos representantes, una corporación legislativa, un «Cuerpo de caridad» médico, y además su ejército privado.

El coronel Saito sacó de su cartera de documentos un pequeño libro francés y se lo tendió al mayor Matsubara. Su título era: *Histoire et Philosophie du Cao-Daism; religion nouvelle et Boudhisme nouveau en Asie*, del francés Groban, fallecido en 1941.

—Después que lo haya leído, dígame si ese hereje menciona, además de todas las tonterías religiosas, al ejército privado de la secta —dijo el coronel Saito—. ¿Cuándo ha dicho el señor De Maury que estuvo la última vez en la catedral?

—Ha dicho que de eso hacía ya varios años, señor coronel.

—Espero en bien suyo que sea cierto.

El coronel Saito descubrió sus incisivos y las encías inflamadas. Era un cristiano creyente y no podía dejar de lado la esperanza.

—Mande usted a la agente Yuriko de Bangkok a Saigón —concluyó, bostezando con toda su alma como un arrocero después de haber hecho su faena—. Usted conoce de Shangháí al señor De Maury, ¿no es verdad?

—A veces le proporcionaba opio, señor coronel.

—¿Toma opio para dormir?

—No, señor coronel. He preguntado detalladamente sobre este punto a nuestra agente. Únicamente se complace con él. Yuriko habla bien el francés y es lista. De Maury es un charlatán, como todos los franceses.

—Cuando el francés vaya a Saigón, la agente vigilará primero todos sus pasos durante tres semanas. Sólo entonces deberá hacerle una visita. Naturalmente puede venderle más sueños.

—Daré las instrucciones pertinentes —respondió el mayor Matsubara—. En Bangkok tenemos ya a Vera Leskaja. Recientemente nos ha descubierto tres agentes chinos de Chungking.

El señor Matsubara hizo una respetuosa reverencia y se retiró. Tenía que dedicarse a la lectura de «La historia y filosofía del *caodaísmo* (central Saigón)», muy a pesar suyo.

No había tiempo para oír los cantos del ruiseñor.

Las excursiones por las tierras salvajes aburrían tanto a Astrid que siempre acababa derramando lágrimas. Era una criatura hecha para las ciudades, y especialmente para la ciudad de París. Jamás hubiera regresado al Extremo Oriente si Fierre no hubiese estado en Indochina y si Mailin no hubiese celebrado su matrimonio. Astrid había heredado de su padre el amor a las obras de arte manual chino. En cambio, no quería saber nada con los orientales. El único sentimiento fuerte

que experimentaba con respecto a Asia era un verdadero pánico a las masas humanas. Aparte de eso, sentía un tedio tan torturador que acababa con sus últimos restos de vitalidad. Al día siguiente, en compañía de su prometido y en un estado de gran sobreexcitación, recorrió el reino legendario del pueblo Khmer, que los franceses habían excavado en la jungla.

Fierre estaba cambiado. Había desaparecido su sonrisa irónica; sus ojos ardían con un fuego extraño; su perfil ascético y su figura tenían un aspecto inaccesible. Se sentía aún más alejado que antes de Astrid. Los museos de Hanoi y Pnom-Penh habían sido su limbo. Toda la admiración y amor hacia Astrid que le quedaban después de su último encuentro en París lo había disipado en las esculturas del templo de Bayon y en Angkor Vat, «la octava maravilla del mundo».

Al atardecer se dirigieron a Angkor Vat para contemplar las ruinas a la luz de la luna. Astrid había depositado todas sus esperanzas en la luna. Aun cuando no tenía la suficiente fantasía para dejarse inspirar por la luna en conversaciones originales, consideraba cierto que la luna producía automáticamente en todas las personas un estado soñador. Incluso los mismos franceses, a pesar de su inteligencia demasiado despierta y de su ironía, por lo general no podían hurtarse a la influencia de una noche de luna asiática. Sin duda, la luna era la mejor ayuda cuando se tenía la intención de hablar de la fecha de matrimonio con un pretendiente vacilante.

En realidad, las reflexiones de Astrid parecían ser correctas. Verdaderamente habían sido siempre correctas, puesto que ni una pizca de imaginación venía a transformar el estado real de las cosas. En su interior, Astrid se había felicitado siempre por su falta de imaginación. Ahora subía cogida del brazo de Pierre por las gigantescas escaleras del templo. Su trazado era tan genial que de las ruinas se desprendía todavía una ilusión de perfección e integridad. Su claridad, su armonía, su grandiosa solemnidad eran únicas.

A Astrid y a Pierre les acompañaban en su paseo portadores de antorchas camboyanos. La lluvia había cesado ya; los esplendidos rayos de la lima y el rojizo fulgor de las antorchas hacían de esas ruinas un paisaje de fuego y piedra. En Angkor Vat la muerte y la vida mantenían sin cesar un secreto diálogo. Pierre de Maury iba recorriendo como extasiado las interminables galerías y terrazas. A la luz de la luna resultaban soberbios los gigantescos árboles que crecían entre las piedras. Pasaron por allí dos modestos turistas japoneses vestidos con traje tropical color gris. Hablaban llenos de respeto de un pasado que en el siglo IX había hecho la competencia al espíritu heroico del Japón. La contemplación de los japoneses despertó en Astrid un sentimiento de desagrado, Frunció el ceño y dijo en francés y en voz alta:

—¡Vámonos!

Permanecieron un instante callados en la sombra de una torre de arenisca. ¿Había arrancado Astrid a su amigo de un bellissimo sueño? No lo sabía. En todo caso, en ese momento se le ocurrió algo que quería decirle desde la noche en Siem-Reap.

—¡Ese barón Matsubara y el coronel no me gustan, Pierre! Estuvieron observándote incesantemente como si desearan adivinar tus pensamientos.

—¿Cómo puedes pensar eso, *chérie*? ¡Pareces un espectro! Esta noche tenemos que ver todavía el espíritu de los camboyanos. Es algo subyugador.

Pero Astrid permaneció en su actitud. No podía soportar que la contradijeran cuando decía algo.

—Tienes que escucharme —pronunció con un acento a lo señorita Wergeland—. Sé lo que me digo.

—¡Eres una excepción entre todas las personas!

—No tienes por qué burlarte de mí —dijo Astrid, muy ofendida—. Realmente no puedo imaginar otra cosa que me parezca peor. Esos japoneses se miraban entre sí cuando hablabais de la secta del Cao-Dai.

Pierre soltó una sonora carcajada.

—Tienes una psicosis de angustia. Ve a que te visite el doctor Lafitte. Es un psiquiatra de primera categoría.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en Tay Ninh, Pierre?

—¿Es esto un interrogatorio? Has de saber que allí no había ninguna muchacha...

—¿Cuándo estuviste en el templo?

—Hace ya algunos años que visité ese templo de opereta. Recuerda que se lo dije así al barón Matsubara. Se interesa mucho por los templos. Es por este motivo por lo que vino él a Bangkok. ¿Estás ahora contenta, mi pequeña hiena?

—¿Van los franceses a menudo allí?

—Sí. ¡Oh, esto es un verdadero interrogatorio! ¡Me estás fastidiando, niña! Ahora recuerdo que el doctor Lafitte va con frecuencia allí.

—¿Gastón? —¿Acaso...?

—Hizo un estudio sobre el elemento católico en ese círculo religioso. Luego entabló amistad con un abad.

—¡Los *caodaístas* actúan contra los japoneses, Pierre! Debemos advertirle.

—¿Quién te ha contado esa simpleza? —preguntó Pierre de Maury rápidamente, contemplando pausado a Astrid.

—La señora Ninette, la rusa blanca poseedora de un salón de belleza. La conozco de Shanghái.

—Las rusas blancas tienen tanta fantasía como tres toneles de vodka.

El señor De Maury se encogió de hombros con un gesto muy típicamente francés. Luego llevó a Astrid a un relieve de piedra, producto del espíritu artístico del Asia sudoriental. Todas las figuras de bailarinas de una polvera siamesa, birmana o camboyanas eran imitaciones o reproducciones de esas *apsaras*, ninfas celestes del pueblo Khmer. En miles de objetos de uso corriente en el moderno Extremo Oriente —vasos, hojas de cuchillo, cajitas, adornos murales— esas criaturas bailaban con una flexibilidad, desfachatez, picardía y gracia realmente inimitables, la inacabable danza de los dioses de Angkor.

Los pensamientos de Astrid se hallaban muy lejos de allí. ¿Estaría Gastón realizando algunos estudios en el templo de la secta de Cao-Dai? Debía avisarle, pues era un ser completamente ausente de la realidad. Pero lo importante era que Pierre no tenía nada que ver con él. Ella no deseaba ni por lo más mínimo estar siempre angustiosamente pendiente de un hombre. Los hombres eran imprudentes por su negligencia. Aun cuando ella no querría jamás casarse con el doctor Lafitte, estaba obligada a hacerle una advertencia. ¡Casarse! Ahora había llegado la ocasión.

—¿No son maravillosas? —susurró Fierre, devorando con la mirada las ninfas de piedra.

Cerró los ojos por un momento: «¡una mocosilla de dictéis años había bailado en Bangkok una hermosa danza para divertirlo! ¡Vivica! Un nombre que sonaba a champaña. Y una muchacha como el champaña. Era infantil, conocía la fuerza de su belleza, y sin embargo tenía una inteligencia instintiva que aventajaba a la de Astrid con toda su reflexividad. La muchacha de dieciséis años —victoriosamente radiante como las ninfas de los bosques del alto Norte— conocía ya la manera como una mujer podía cautivar por espacio de años a un hombre. Vivica había tratado de distraerle. Astrid quería cazar a un hombre con la inteligencia, pero no era capaz de conversar ni de divertir a nadie; para eso era demasiado orgullosa o muy poco espontánea. Y además demostraba de mil modos inconscientes cuánto lo necesitaba. Éste era su pecado capital», pensaba Pierre con los ojos semicerrados. Era el hombre quien tenía que anhelar a una mujer lo suficiente para al final acabar casándose con ella, ¡Pero no tenía que suceder al revés!

Pierre había ofendido gravemente a Astrid en la boda de Mailin al citarle una máxima de su autor favorito: «Con el matrimonio ocurre igual que con las jaulas: los pájaros que no están dentro de ella, quieren meterse como sea; y los pájaros encerrados desean volver a salir de ella». Jimmy Chou casi se había muerto de risa. Mailin había sonreído dulce y cariñosamente. Pero Astrid había apretado fuertemente los labios. A pesar de toda su inteligencia, era tan ingenua que quería tomar el amor como si fuese una posesión, puesto que opinaba que ella se lo había ganado. No sabía nada de los incomprensibles juicios, según los cuales el amor no corresponde precisamente a aquellos que se preocupan por él o que creen haberlo merecido, tal como creían Astrid, o la reposada Tatsue o la agente Yuriko. Ésta y Astrid hubieran tenido que recibir por su lealtad y su resignación durante tantos años la recompensadora cruz del matrimonio; pero el hombre les había retirado su amor porque demostraban con excesiva claridad su afecto por él. El mayor Matsubara y el señor De Maury no tenían en común más que su aversión a un excesivo amor. Su elemento era el ligero estado de éxtasis que al mayor Matsubara le proporcionaban sus poesías japonesas, y a Pierre de Maury, algunas veces, una moderada dosis de opio chino. No sentían ninguna molestia ni tampoco aturdimiento, disfrutaban del placer de vivir y desterraban las angustias de la noche. Así eran esos dos hombres, de los que hubiese sido mucho mejor que jamás se hubiesen enamorado aquellas dos

muchachas ingenuas y formales. A ambos sólo les hubiera reportado catástrofes la opinión de que el amor gana en felicidad con el tiempo y de que hace perder irremisiblemente el derecho al éxtasis.

El elegante y pálido atractivo de Astrid se desvanecía ante los radiantes colores y la gracia juguetona de Vivica. Por lo menos, eso le pareció a Pierre al observar a su prometida en presencia del relieve con las bailarinas que le habían hecho pensar en Vivica. Ahora era preciso que viera con claridad contra quién experimentaba una típica aversión masculina. Por este motivo trató de aplazar de momento este trabajo.

Caminaban lenta y tranquilamente por la «Galería norte», enriquecida con las escenas guerreras brahmánicas, Luego entraron —todavía seguían cogidos del brazo— en el pabellón noroeste, que contenía algunas de las más señoriales esculturas de Angkor. Pierre rogó a Astrid que le enseñara una vez más la polvera con las *apsaras* danzando para poder comprobar la calidad del dibujo. Tenía un interés personalísimo por la escuela de artes de Pnom-Penh, donde había regalado la polvera a Astrid como premio de consolación a su apasionamiento.

—La he perdido —dijo Astrid en un tono que no encerraba el menor sentimiento de pena.

—Sin duda es una de tus extrañas bromas, ¿no?

Astrid se sobresaltó interiormente por el frío acento de su prometido, pero supo reprimirse. Lo mejor hubiera sido decir a Pierre la verdad, o sea que había regalado la polvera a un mendigo porque no podía soportar las bailarinas. Pero tuvo la suficiente prudencia para no confesar esa estupidez.

—¡No sabes lo que lamento haberla perdido, Pierre!

Como éste no se dignó ni siquiera contestar, Astrid le preguntó si él no había perdido nunca nada.

—Naturalmente que no —respondió resueltamente el señor De Maury—. Aprendí muy pronto a cuidar de todo lo que me pertenece.

Esto último era cierto. Descendía de una familia de empleados con ingresos muy limitados y de costumbres ahorrativas.

Contempló malhumorado la escultura del dios *Vischnu*, que descansaba sobre una serpiente. En la misma posición se encontraría él si se casaba con Astrid.

—Es el último regalo que te hago —dijo, excitado.

¿*El último regalo?* ¿Qué quería decir con eso? Astrid se sintió invadida de un pánico cervical. ¿Acaso Pierre deseaba aprovechar este disgusto para huir sin darle un solo beso y sin determinar la fecha de matrimonio? Debía haberse equivocado. Cambió de acento y de táctica y, pasándose la mano por su suave cabellera, le dijo en voz baja lo mal que ciertamente le sabía haber perdido su obsequio. Su voz temblaba, aunque no por el disgusto de la pérdida. Se hallaba de pie en el mirador occidental, frente a un muro que mostraba la «Prueba del fuego de Sita», la gloriosa escena del poema heroico indio Ramayana. Sita, la enamorada princesa, subió a la hoguera para demostrar su lealtad al esposo. Naturalmente, salió de la pira ilesa y justificada. La

antiquísima tabla de piedra era sólo un fragmento, pero Astrid no veía más que un fragmento de ese fragmento porque sus ojos estaban velados por lágrimas que no había derramado realmente. Pierre no le había hablado jamás con ese tono. La pobre Astrid, que entendía mucho de arte, pero muy poco de hombres, llegó a pensar por un momento que a su prometido esta escena le iría muy bien para cobrar el ánimo suficiente y manifestarle algo muy penoso. Su furor casi se había desvanecido, pero su orgullosa gallardía había aumentado considerablemente. Los hombres esperan siempre a encontrarse lo bastante indignados para comunicar cosas desagradables.

Todavía seguían detenidos ante «La prueba del fuego de Sita», cuando Astrid llegó a imaginarse en un mundo irreal.

No sentía ningún dolor: era algo así como a quien una esquirra de granada le arranca una pierna. En un caso así se pierde toda la sensibilidad, debido al choque que se sufre y a una terrible pérdida de sustancia. Astrid se encontraba de pie, erguida, como una figura de piedra, a la luz de la lima, en el mundo en ruinas de Angkor, y oía cómo Pierre de Maury se excusaba por no desear casarse. Naturalmente la culpa era suya. Esto hubiera tenido que decírsele dos años antes. No se comprendían. ¡Ésa es la verdad! Probablemente él no servía para el matrimonio, como les ocurría a tantos franceses. Astrid necesitaba un hombre maravilloso, elegante, inteligente, hábil negociante. En una palabra: ¡era demasiado para Pierre de Maury! Astrid contaba veinticinco años; ¿acaso no tenía todavía por delante toda una vida? No debía sacrificarse por un hombre que constantemente la haría infeliz, aun sin quererlo.

—¿Es que hay otra muchacha? —preguntó Astrid, sintiéndose completamente insensible.

Con un asomo de impaciencia, Pierre respondió que no había ninguna muchacha, en su vida. «Por lo visto Astrid no comprende nada», se dijo desesperado. Estaba ya harto de atormentarse con sentimientos de cobardía, compasión y delicadeza. Durante cinco años había tenido un trabajo agobiante. ¿Cómo se llamaba aquel desventurado que se hallaba obligado a subir un grueso bloque de mármol desde los infiernos a lo alto de una montaña^[44]?. ¡Sisifo, eso es! Ahora era él, Pierre de Maury, su sucesor en Indochina. Naturalmente no dijo nada de esto a Astrid. Le habló con dulzura y respeto; como un cirujano que corona de rosas la aguda punta de su bisturí.

Astrid permanecía inmóvil como la princesa Sita durante su prueba del fuego. Contemplaba rígida y sin llorar el fragmento del muro con el príncipe Rama, que sin aparente emoción, esperaba a que su esposa se desplomara en medio de las llamas. «Era exactamente lo mismo que le ocurría a ella. Siempre sería igual. Las mujeres eran ingenuas cuando amaban. En su sed de amor se arriesgaban a la peligrosa prueba del fuego cuando existía la posibilidad de que se volviera a encender ese amor apagado. Era muy natural que muriesen durante la prueba del fuego», pensaba Astrid observando los monos de piedra, saltarines y vivaces, que jugueteaban a los pies del príncipe Rama, divirtiéndose animadamente con el espectáculo de la prueba del fuego

de aquella esposa enamorada.

Astrid parpadeaba mientras, aguda aunque inadvertidamente, pensaba en algo mientras Pierre seguía hablando. Tía Helene tenía razón: él era maravillosamente elocuente. La helada corriente que circulaba por el interior de Astrid había penetrado hasta el corazón. Sus párpados estaban hinchados a causa de las lágrimas reprimidas. Tenía esperanzas de que se hallara soñando. ¿Porque, acaso era posible que alguien le hubiese salvado la vida cinco años atrás en Shanghái para ahora hacerle esto? Astrid trataba de concentrarse. Ahora tenía que bajar uno por uno, paso a paso, los peldaños de la gigantesca escalera de Angkor Vat, sola, humillada hasta lo más profundo de su corazón. Levantó la cabeza con un gesto orgulloso, un gesto que su madre siempre adoptaba para casos como éste; pero ese movimiento le causó un dolor tan violento que profirió un grito desmayado... el eco de un grito poderoso que hubiera hecho estallar las ruinas de Angkor. Pierre llegó a su lado de un brinco.

—¿Te has hecho daño? ¡Estabas demasiado pegada a la pared llena de rocas, Astrid! ¡Debe haberte caído una piedra en la cabeza!

Pierre no sospechaba ni remotamente que durante los diez últimos minutos habían caído sobre la cabeza de Astrid numerosos peñascos.

«Los hombres deben ser idiotas», pensó. Contemplaba ante sí su porvenir del mismo modo que un moribundo ve desfilar aceleradamente por su mente todo su pasado: un mundo en ruinas con radio y sombreros de París. Naturalmente podía casarse con el doctor Lafitte, que la amaba sinceramente. Pero jamás en su vida Astrid se había conformado con platos de segunda mesa. No era de esas personas que se encuentran bien en un mundo de repuesto. Siempre había sido así. Años antes hubiera debido ser tía Helene y no *La viuda de Aalesund* quien amara y elogiara en Trondheim a la niña de siete años. Ahora era Pierre de Maury el primer y único amor de Astrid. Si no podía poseer a Pierre, viviría mucho mejor como una figura de piedra en su mundo particular en ruinas.

—Di algo, Astrid —suplicó Pierre con voz amarga.

A pesar del sofocante aire nocturno del trópico, se secó el helado sudor de su frente. ¡Dios mío, qué situación!

¿Qué debía decir Astrid? Jamás podría ocurrírsele nada.

—¿Por qué no me has engañado un poco? —murmuró finalmente la muchacha.

¿Es que Pierre había olvidado que ella siempre escuchaba con agrado alguna mentirijilla amable? Por muy bien que hubiera tratado de engañarla ella hubiera acertado a interpretar el verdadero significado de sus mentiras. De niña le sucedía lo mismo en Shanghái, cuando la buena Yumei le afirmaba que amaba como a nadie a la «pequeña *missie*».

Pierre no contestó a esta extraordinaria lamentación amorosa. Siguieron andando en silencio a través de las salas y terrazas ornamentales hasta llegar a la «gran escalera». Aquí, Astrid se volvió hacia el pasillo.

—Que te vaya bien —musitó—. Siento mucho haberte fastidiado durante tantos

años.

—¡Por Dios, Astrid! No podemos separarnos de este modo.

Astrid contempló una vez más el rígido perfil, el pelo brillante, los resplandecientes ojos de ave de presa, la boca, las manos finas... Lo único que no podía ver era su corazón. Antes le había pertenecido. Se lo dijo en Shanghái. Ella le había creído tan insensatamente como las estúpidas «perdices blancas» de Trondheim confiaban en irnos bribones...

Ahora tía Helene la reprendería como a sus «perdices blancas», y también la consolaría, a pesar de que quería mucho más a Mailin y a Vivica. Así, pues, Astrid no se hacía ninguna ilusión.

—¡No me mires así, Astrid! ¡Ya sabes lo mucho que te aprecio! Mereces toda la felicidad del mundo.

Astrid seguía contemplando a Pierre con sus resplandecientes ojos azules. Los rubíes de su madre eran la única nota de color en su cuerpo.

—Siempre tendrás en mí un buen amigo —afirmó solemnemente Pierre.

¿Por qué no hacía Astrid una escena? Sencillamente porque su orgullo no se lo permitía.

—Un buen amigo... —murmuró finalmente—. ¡Qué bonito!

Se produjo una gran pausa. Los restantes turistas se habían ido ya. Astrid parecía dormir de pie. Estaba tan pálida como las estatuas místicas en las paredes de piedra de Angkor.

—¿Te sientes enferma, Astrid? ¿Quieres una aspirina?

Como siempre, el señor De Maury llevaba consigo su botiquín de bolsillo.

—Prométeme que seguiremos siendo buenos amigos.

—Para esa respetable broma hay una respuesta adecuada, muy oportuna —dijo Astrid—. Por desgracia no se me ocurre en este momento.

Sin volver la cabeza, empezó a bajar las gigantescas escaleras de Angkor Vat.

Cuando la señorita Wergeland vio el semblante de la mayor de sus sobrinas, lo comprendió todo.

—No te preocupes —dijo fríamente—. El individuo no vale la pena.

Sentía oprimido su corazón al contemplar el pálido rostro de Astrid teñido con el deleznable tinte del orgullo.

¡En su larga vida la señorita Wergeland jamás había visto que una «perdiz blanca» padeciese tan furiosamente por un bribón! El secreto de la dolencia había originado un grotesco abismo entre la conducta social de Astrid y su corazón herido.

—¡Ve a dormir, Astrid! Debes estar muy cansada del viaje. Te llevaré a la cama un vaso de leche caliente con azúcar de palma.

No obtuvo ninguna respuesta. Astrid permanecía completamente inmóvil en la puerta del mirador, con su traje nuevo y su minúsculo sombrero. La señorita

Wergeland se puso nerviosa. De repente acudió a su memoria el recuerdo de una escena que tuvo lugar durante la infancia de Astrid y que ella había olvidado hacía ya muchos años. En aquella ocasión la había mirado con esa misma fijeza y, acercándose, le había susurrado al oído que Mailin era «algo peor» que las niñas «blancas». De este modo había querido granjearse el amor de Heleno, y como pago había sido abofeteada rudamente. Desde aquel día, todo había cambiado en Trondheim. Ahora Astrid, volvía a estar inmóvil contemplando a la poderosa protectora de su juventud con la misma mirada hambrienta.

—¿Por qué nadie me quiere? —preguntó de pronto, en un tono que demostraba que también ella había estado pensando en aquel día en Trondheim.

—¡No digas simplezas! Sabes que yo te quiero bien.

La señorita Wergeland sintió deseos de abofetearse a sí misma por haberse expresado tan lánguidamente. ¡Astrid deseaba amor!

—Muchas gracias, tía Helene.

El acento humillado de Astrid llegó al corazón de la señorita Wergeland. ¿Acaso Astrid se proponía hacer una escena? Pero no, allí estaba agradeciendo con la mirada que su tía la quisiese.

—Aquí tienes una carta de Hanna Chou, Astrid. Te invita a que vayas a hacerles una visita.

—¿Le has pedido tú a Hanna que me invitase? —inquirió Astrid con un acento de desconfianza que indicaba que su inteligencia empezaba a trabajar de nuevo.

—¿Qué dices? —replicó la señorita Wergeland amablemente—. Tengo otras muchas cosas que hacer. Nuestro tercer pabellón está ya lleno de familias que han perdido sus hogares a causa de los bombardeos.

Astrid respiró profundamente. Su única amiga no la había olvidado. Pero por el momento Astrid no tenía ningún deseo de contemplar a esposas felices. Prefería mucho más a la señorita Wergeland con toda su brusquedad que la vida social.

—Ahora no tengo ganas de ir a Shanghái.

—Como tú quieras, pero Hanna sufrirá una decepción.

El único anhelo de la señorita Wergeland era mantener separadas a Astrid y a Vivica. Sería terrible si la traviesa criatura empezaba ahora a chancearse de Astrid. Estas escenas no le gustaban a la señorita Wergeland.

—¿Crees realmente que Hanna desea de veras mi visita?

—No me mires así —contestó la señorita Wergeland enojada—. Naturalmente que lo creo.

—Entonces iré allí. ¡Eres demasiado buena conmigo, tía Helene!

La señorita Wergeland llamó a Yumei con su voz chillona, que a Astrid siempre le llegaba hasta la medula de los huesos. Sacó de la nevera un bote de leche y se lo dio a la sirvienta para que la calentara. Yumei, contra su costumbre, desapareció sin hacer ningún comentario. «La hermana mayor» parecía un espíritu que acabara de encontrarse frente a un tigre.

—Buenas noches —dijo la señorita Wergeland, y bostezó con toda su alma como un vulgar arrocero, una vez acabada su laboriosa jornada en un campo difícil—. Mañana todo habrá cambiado.

Pero las dos sabían muy bien que mañana todo seguiría igual. Debajo de Su sombrero parisiense, Astrid poseía la inclinación nórdica a lo absoluto, y no se contentaba con repuestos. En todas las naciones eran innumerables las mujeres que se casaban con un hombre de repuesto y que incluso se sentía dichosas a su lado, porque no habían esperado mucho y recibían un poco más. Pero Astrid era uno de esos grandes pajarracos que, como dice un refrán chino, «no se contentan con las presas pequeñas».

Quizás eran las propias pretensiones de Astrid las que habían planteado el problema de su desdicha. Tal vez había sido una desatinada observación la del doctor Lafitte al decir que en Saigón había sufrido ella una crisis nerviosa, pero lo que sí era probable es que trajese la catástrofe a la familia Wergeland, porque Astrid, después de lo que sucedió aquella noche en Angkor Vat, perdió en virtud. Es un caso muy curioso una pérdida tal: no se observa diariamente en la vida cotidiana; no se anuncia por radio ni tampoco en los periódicos. La pérdida de la virtud es una dolencia lenta, más peligrosa que el cólera o la malaria y tan disimulada y oculta como un cáncer. Una desesperación amarga roía el alma de Astrid; y era un remordimiento tan fatal que pronto se convenció de que era la desesperación de un pecado. Conoció la tiranía del pecado tan pronto como en cierta ocasión se apoderó de su alma, pero seguía avanzando por su oscura senda. Ya no creía, ni amaba ni esperaba. El libro de escritos de Santa Teresa heredado de su madre lo había encerrado dentro de un arca de madera de alcanforero. Por vez primera en su vida quedaba muy lejos de ella el espíritu de la santa misa. Había abandonado la morada de la gracia con la cabeza alta, orgullosa, del mismo modo como se había alejado de Angkor Vat. Sólo hubiera sido necesario que el amor divino hubiese iluminado la inteligencia de Astrid para que su voluntad se hubiera visto fortalecida en su lucha contra el odio a la humanidad. Pero Astrid se había vuelto de espaldas a la cruz. Por eso se sintió desconcertada y perpleja cuando tres años después de roto su compromiso matrimonial la desgracia se abatió sobre la familia Wergeland.

Ese día Astrid estaba sentada en su oficina en el centro de la ciudad de Bangkok sin sospechar nada, y Helene se encontraba ocupada en su cotidiana labor de pintura en el pabellón de las orquídeas. En el momento de la catástrofe, Vivica, que entonces tenía diecinueve años, se hallaba en el salón de belleza de la señora Ninette y Vera Leskaja, donde hacía las funciones de dama de recepción. Astrid le había procurado esta plaza y la señorita Wergeland había acabado dando su consentimiento tras una larga resistencia. A las jóvenes europeas no les era posible ser demasiado escrupulosas en el Asia ocupada por los japoneses; y Vivica tampoco podía permanecer ociosa en casa. El duendecillo necesitaba una ocupación, y las rusas divertían a Vivica. Por lo menos, así lo aseguraba ella.

El día 4 de abril amaneció en Bangkok como todos los otros. Pero, sin embargo, ese día no iba a ser como los demás. Los aliados bombardearon las dos centrales eléctricas de la gigantesca ciudad, de modo que en un momento la población se convirtió en otra distinta sin luz eléctrica, teléfono, tranvías, neveras y radios.

Ese mismo día, que por la mañana había amanecido como los otros días, la señorita Wergeland recibió un par de visitas que en el espacio de dos horas, imprimieron un terrible cambio a su vida. Pero esas dos horas no eran más que el resultado final de un proceso que había comenzado su incubación unos años antes entre las ruinas de Angkor.

Capítulo II

LA DETENCIÓN

La señorita Wergeland no se encontraba bien a la hora del desayuno el día 4 de abril de 1945. La estación cálida del año no sentaba bien a su corazón. Había dejado ya de ser una mujer joven, pero ignoraba esta realidad para desesperación de Astrid. Ésta, que ahora llevaba casi siempre las gafas y que había dejado de peinarse al estilo de pastora para agradar a un hombre, mantenía su vida interior sólo con el cine, sus múltiples negocios y sus pensamientos íntimos. La ordenada señorita Wergeland se hubiera horrorizado de haber podido darse cuenta del peligroso desorden que reinaba en el espíritu de Astrid; pero ésta tenía su alma tan cuidadosamente cerrada como su escritorio y sus objetos de valor, especialmente los rubíes de su madre y una colección de piedras preciosas birmanas. Seguía respirando profundamente cuando después de una discusión con tía Helene se retiraba al primer piso de la antigua y espaciosa casa tropical. Cuando no había lugar a una querrela o una escena, se quedaba en el mirador familiar experimentando el melancólico sentimiento de una duquesa que ha perdido su título.

La señorita Wergeland se sentó en su pabellón de pintura en lugar de retirarse a su oscura habitación para descansar y cuidarse. Había comido sola y, como era costumbre desde hacía muchos años, le había servido Yumei y no el cocinero. Tampoco Yumei pudo convencer a la señorita Wergeland de que se retirase a sestar un rato. Si en Trondheim, Helene no se había entregado al reposo, ¿por qué tenía que hacerlo ahora en el trópico?

Mezcló en su paleta un violeta muy fuerte y se dispuso a trabajar en la siguiente orquídea del lienzo. Las exóticas flores parecían esta vez violetas incrustadas en un cuadro guerrero. Aparte de Astrid, nadie se atrevía a criticar los cuadros de Helene. Ni siquiera el cónsul había osado decir ninguna palabra contra ellos, sino que por el contrario colgaba sin pestañear las obras de Helene en las paredes de sus casas de Pekín, Tokio, Shanghái y Bangkok al lado de los magníficos objetos de arte asiáticos.

¡Knut! Tampoco hoy la señorita Wergeland había podido pasar sin pensar en su muerte. Lo encontraba a faltar por todas partes, a pesar de las frecuentes discusiones que sostenía con él cuando hablaban de sus hijas. Es decir: Helene le regañaba y el cónsul escuchaba y luego se abstraía en el mundo de sus pensamientos. ¡Exactamente igual que Vivica! Cuando la niña contemplaba a su tía con sus ojos verdes y enigmáticos y echaba hacia atrás, sonriendo, su hermosa cabellera rubia plateada, acababa por hacerse inaccesible a toda influencia. La señorita Wergeland suspiraba en el pabellón. Amaba a Vivica con el mismo amor protector que había profesado a Borghild desde el primer momento de conocerla; pero Vivica no se dejaba querer. En

este aspecto era auténtica hija de Knut. Poseía el placentero encanto de sus años jóvenes. Cuando se lo proponía podía alcanzarlo todo de cualquier mujer u hombre. Incluso la misma Helene no podía sustraerse completamente a la influencia del misterioso y despreocupado encanto de Vivica; y esto divertía un poco a la muchacha. La vida no era ninguna jira campestre —la señorita Wergeland lo sabía mejor que nadie— pero las veladas en compañía de Astrid hubieran desarmado al hombre más fuerte. Pasar el tiempo libre a su lado era igual que pasarlo dentro de una nevera. Desde luego, la señorita Wergeland no era precisamente una persona muy sociable, y convivir con ella tampoco era una cosa fácil. Lo cierto es que se encontraba a sí misma bastante tratable, a pesar de que Knut le había dicho siempre que era tan paciente como una tigresa y tan sociable como un topo. Ahora había cumplido ya sesenta años y tenía completo derecho a pensar de sí misma lo que quisiera. En su juventud había permanecido indiferente a la opinión del mundo que la rodeaba; ahora se hallaba completamente inmunizada contra ella.

Dejó el pincel y se *enjuagó* el sudor de la frente. Estaba sentada muy tiesa con su vestido blanco y su cabellera alba como la nieve, en un taburete chino sin respaldo, y pensaba en el viejo Olaf, en Knut y en las muchachas. A esa hora del día no la molestaba nadie; era el mediodía y podía estar tranquila. Los sirvientes dormían y las familias chinas perjudicadas por los bombardeos, que residían en el cuarto pabellón, finalmente habían llegado a entender que la severa *missie* comprendía bajo la palabra «descanso» algo muy distinto a lo que ellos. El reposo de una familia china consistía en una charla enredada y ensordecedora.

Aunque en esos momentos reinaba la tranquilidad en toda la finca de la señorita Wergeland, de la calle llegaban numerosos y constantes gritos desesperantes: los chillones cantos de los comerciantes callejeros, el estridente programa de radio japonés que sonaba en todos los aparatos de las casas del vecindario y los incesantes gritos de los gansos que espantaban a las serpientes del jardín. Las rudas canciones de las tropas japonesas que por allí transitaban retumbaban en el aire que parecía vibrar de calor. La señorita Wergeland cerró los ojos. Deseaba encontrarse en el monte Aksla, que se alzaba soberbio y tranquilo sobre Aalesund.

Se levantó dificultosamente y se acostó en su cama, que estaba protegida contra los mosquitos por una rejilla de alambre; pero sus pensamientos la mantenían despierta. Sabía muy bien que todas las reflexiones que hacía sobre Vivica y Astrid no podían hacer agradable la atmósfera de aquella casa. Pero la guerra terminaría un día u otro. Estaba decidida a regresar a Trondheim y buscarle allí a la veleidosa criatura un hombre juicioso.

Mucho más tarde, recordó Helene cuán intensamente se habían ocupado sus pensamientos durante el sueño con la idea del retorno a Noruega. Era algo así como si el destino hubiera mandado un ineficaz grito de alarma al pabellón de las orquídeas.

Helene soñaba y respiraba con dificultad. Un velo oscuro se cernía sobre el

pabellón y sepultaba las orquídeas, el jardín y a ella misma. De pronto, el soplo del monzón se llevó consigo el velo oscuro. Helene estaba sentada en su balcón de «Villa Wergeland», contemplaba satisfecha las nubes errabundas y descansaba de Asia. De súbito vio en la orilla una oca del Norte, ¿o bien era Vivica? La criatura soñada sangraba a través de su delicado plumaje y la miraba tan fervorosamente que Helene quería echar a correr precipitadamente hacia abajo para socorrerla. Siempre había prestado a las gentes su socorro y ayuda; para eso estaba en el mundo. Se quejaba en sueños porque no podía moverse y las lágrimas se deslizaban por su rostro. La señorita Wergeland no lloraba jamás cuando se hallaba despierta. Quizá la muchacha había robado algo y... pero Vivica no había vuelto a sustraer nada desde que de niña se apropió de la campanilla de jade de Mailin. Ésta se la regaló el día de su boda a la «hermana tercera». Tal vez porque creía que Vivica necesitaba mucho más que ella la advertencia de que «La prisa es un error».

La señorita Wergeland se despertó sobresaltada. Tenía la sensación de que nadie la había observado mientras dormía. Pero allí estaba la buena Yumei con su pantalón negro y una gruesa chaquetilla blanca. Entregó a la señorita Wergeland una bandejita con hielo y un pañuelo.

—Han venido unas visitas —dijo suavemente.

—¿Visitas? —preguntó la señorita Wergeland horrorizada—. ¿Ahora, a mediodía?

—Son unas damas rusas —aclaró Yumei—. Las señoras rusas con las que trabaja «la hermana tercera». Quieren hablar urgentemente con *missie*.

—¡Qué desvergüenza! —murmuró Helene—. Podían escribir.

Se refrescó presurosamente con el hielo. Yumei corrió la persiana de bambú y alargó de rodillas a la señorita Wergeland un ligero y fresco vestido blanco. Durante sus largos años de servicio se había ganado toda la confianza de su dueña, y conocía muy bien el trajín de la casa. Su aspecto aseado y su sana comprensión humana confortaban a Helene cuando se sentía fatigada por haber peleado con sus sobrinas. A través de Yumei había anudado en Asia unos lazos mucho más sólidos de lo que ella misma se figuraba; la lealtad china es firme y con soladora.

Helene creía saber ahora lo que deseaba la señora Ninette. Vivica le había hablado de la gran reunión que quería organizar la gruesa rusa. Se hubiera podido ahorrar la molestia. La señorita Wergeland no tomaría parte en ella. Pero aprovecharía la ocasión para comunicar a la rusa que Vivica no trabajaría más en su salón de belleza. Astrid encontraría una colocación para ella entre sus amistades francesas de Bangkok. La señora Ninette enviaba constantemente a la muchacha de diecinueve años a Indochina para comprar cosméticos y aderezos. Contaba ya la edad suficiente, y además poseía un salvoconducto ante el que los empleados de la frontera tenían que obedecer. Pero Helene no podía tolerar esos viajes. Se le habían atravesado. La niña era demasiado joven, demasiado irreflexiva y demasiado hermosa para correr sola por Saigón. ¿Sola? ¿Qué sabía Helene de los manejos y ocupaciones

de Vivica cuando vivía en casa de una vieja amistad de la familia, en casa del profesor Clermont, el tío abuelo de Astrid? Una vez explicó que había visto a Pierre de Maury en Saigón y que había pasado con él una soberbia velada en un club nocturno. Astrid la contempló a través de sus gafas sin decir una sola palabra. Luego se levantó para dirigirse a su habitación.

—¿Qué tiene Astrid? —preguntó Vivica mirando taimadamente a Helene—. Pierre la ha plantado. ¿Es que no puede bailar ya con ninguna otra muchacha más?

—Cállate —respondió violentamente la señorita Wergeland.

La hubiera emprendido a palos con aquel duende. Eso había ocurrido exactamente hacía tres meses. La sed de diversiones de Vivica no conocía límites. ¿Acaso era una criatura nacida de las profundidades, como su infortunada madre? ¿O tal vez era una sílfide? ¿Cómo podría sujetarse a una sílfide? Vivica era una muchacha crecida, escuchaba sonriente los reproches y censuras que se le hacían, e iba al baile. Molly Sun, una rica china de Bangkok, la invitaba constantemente a reuniones que se prolongaban hasta muy entrada la noche. Vivica tenía deseos de conocer nuevos lugares y nuevas caras, como si la vida fuese excesivamente corta para ver y vivir lo que se siente en sensaciones ocultas.

Helene y Astrid permanecían sentadas, furiosas, en Sathom Road, cuando Vivica iba a bailar. A Helene no le era posible conciliar el sueño hasta que sabía a la muchacha segura de nuevo en casa. Ella misma se reprochaba haberse divertido alguna vez en su juventud; pero a pesar de todo no podía dormir. Todavía hubiera sido mayor su intranquilidad de haber sabido con quién bailaba Vivica tan apasionadamente en casa de su amiga Molly Sun. En cierta ocasión la señorita Sun invitó a Astrid; pero la muchacha rehusó y aclaró a Vivica que jamás se sentaría en una mesa con chinos que se aprovechaban de la guerra. Vivica suspiró tranquilamente y después hizo objeto de finas bromas a su hermana, de irreprochable pero muy deslucida figura. Su bien recortado rostro mostraba unas sombras de aburrimiento y tedio que a veces le conferían un aire de delicada melancolía. ¡Pobre Astrid! ¡Qué ridícula era haciéndose siempre la dominante! Mejor hubiera sido que se peinara con gusto su blanda cabellera y que no llevara tan a menudo las gafas. Ni un solo hombre se había enamorado de ella. Vivica tenía un montón de admiradores a los que ella tomaba el pelo gentilmente. Incluido Pierre de Maury, naturalmente. Era el último que se había dejado tomar el pelo. Pero por una chiquilla de figura escultural. Por otra parte, él se divertía mucho. No era de los que piden permiso cuando quieren besar a una muchachita. La besaba, sencillamente.

La señorita Wergeland había tomado sus decisiones: primero despediría a las rusas en nombre de Vivica, que todavía no era mayor de edad y luego les agradecería cortésmente su execrada invitación. Haría ver claramente a aquel vejestorio que aunque le gustase disfrutar de una velada alegre y animada, los últimos cuarenta años pesaban demasiado. Eso era la pura verdad. Dejó el peinado a un lado y dijo a Yumei que trajera una limonada para las señoras rusas. Luego se levantó y avanzó con aire

belicoso en dirección al recibidor, cuyas persianas estaban echadas. La estancia había sido usada por última vez con motivo de la boda de Mailin. En aquella ocasión Knut puso una mano sobre los hombros de Mailin como dando a entender que no quería dejarla marchar, pero sonriendo radiante. Helene no pudo tolerarlo.

En el recibidor había dos sillones de mimbre reservados para los huéspedes de honor, cuatro severas sillas de madera de ébano con tallas chinas, un gran jarrón del período Ming y algunos cuadros pintados al óleo por la señorita Wergeland que mostraban unos agrestes paisajes noruegos en terribles colores y luego el valioso cuadro japonés titulado «Pájaro canoro en una rama muerta», pintado al estilo del siglo XVII por un discípulo del gran Miyamoto Musashi. Ante ese cuadro se habían desarrollado las escenas de Yvonne, y también ante él el joven señor Matsubara había creído en la amistad de los europeos. De esto hacía exactamente veinte años. Desde entonces todo había cambiado, todo menos el pájaro canoro en la rama muerta. Ese cuadro significa una virtud japonesa típica; la voluntad heroica, y absurda para los occidentales, en presencia de una muerte que hubiera podido ser evitada con un poco de prudencia. Esa voluntad se expresaba en un canto transportado, extático.

Cuando la señorita Wergeland entró, las dos rusas estaban contemplando ese cuadro.

La señora Ninette se había instalado indecorosamente en uno de los dos sillones de mimbre cubiertos con almohadones, reservados para los huéspedes de honor, y en el cual el día de la boda de Mailin se sentó, comedida y dignamente, la anciana señora Chou.

Los años no habían transcurrido demasiado felices para la señora Ninette. Ahora estaba convertida en un verdadero coloso de grasa, al que no cuadraban mucho las mejillas pintadas de rosa y los optimistas rizos rubios. Cuando ocho años antes, Astrid acudió a su salón a hacerse un tratamiento de belleza para ir a comer con el señor De Maury, la señora Ninette era ya una Sherezade regordeta, pero de buena presencia, que había entretenido a la muchacha con sus sabrosos comentarios sobre gente desconocida. El alcohol, la comida grasa china y su aversión a toda clase de movimiento y ejercicio habían cambiado mucho el aspecto de la señora Ninette. Sólo conservaba su sed, su sentido ruso de la sentimentalidad y su afición a explicar a las gentes extrañas y dramáticas historias de personas desconocidas. También seguía manteniendo su sonrisa agradable: contrariamente a lo que parecía, la vida había sido siempre para la señora Ninette una jira campestre... con mucho vodka. Ahora tenía cincuenta y ocho años, pero se había propuesto no aparentar más que dieciocho. Por este motivo llevaba un vaporoso vestido rosa sin mangas con una muestra de estampado de flores tan pequeñas, que al principio la señorita Wergeland creyó que se trataba de unas orquídeas sorprendentemente excéntricas y de un tamaño supe extraordinario.

La señora Ninette hablaba sumamente excitada y en voz alta a Vera Leskaja, que, como en Shanghái, en el salón de belleza, seguía desempeñando el cometido de cajera, secretaria y espía privada. La señora Ninette sabía tan poco que Vera Leskaja espiaba en Shanghái entre los japoneses para los chinos, como que su más diestra ayudante se entregaba a la caza de chinos bajo las órdenes del Japón desde hacía ya algunos años: los agentes de Chungking eran su pieza preferida.

Tampoco los años habían transcurrido demasiado felices para Vera Leskaja. Su aspecto era ahora el de una corneja; una macilenta figura metida en una funda gris. También su rostro eslavo con los pómulos salientes y los ojos pequeños, codiciosos y recelosos, eran más bien grisáceo que blanco. Sólo las aletas de la nariz prestaban un poco de vida a ese semblante de tono gris, la señorita Wergeland se dijo que jamás había visto dos fantoches tan repulsivos. ¡Y pensar que con dos mujeres así pasaba Vivica la mayor parte del día! Eso tenía que acabar.

Era curioso que la corneja no se hubiese sentado, sino que por el contrario permaneciese de pie, con una postura humilde, ante la señora Ninette, y que soportase con pétrea resignación su elocuente perorata. Ésa era la postura que adoptaba siempre ante la señora Ninette desde el momento en que ésta la recogió en una de las callejuelas de Shanghái tras la muerte de su padre, la vistió y le dio un empleo. Vera pertenecía a la legión de rusas blancas inteligentes y de buena formación, que desde hacía años vivían en el Extremo Oriente con sus más normales y afortunadas compañeras de infortunio, en una comunidad angustiosa, pero insoluble. La señora Ninette no se rompía nunca la cabeza pensando por qué razón el dinero para el elegante salón de belleza procedía entonces de Shanghái y ahora de Bangkok; sólo sabía que Vera Leskaja sacaba las sumas de dinero de un lado u otro. Consideraba que Vera tenía que mostrarse muy agradecida, ya que gracias a ella no se había muerto de hambre como una pobre muchacha en Shanghái. Se burlaba de ella desenfadadamente y unas veces la trataba con brutalidad y otras cariñosamente. Vera Leskaja, que recibía de los japoneses todo el dinero que quería, debía tener sus motivos para querer continuar viviendo con la gruesa rusa. Esos motivos eran tan impenetrables como la máscara de su humildad. Actualmente Vera era un elemento indispensable para la señora Ninette, ya que hablaba el japonés. Al salón de belleza acudían muchas japonesas que pagaban con la moneda que los japoneses acuñaban en las regiones ocupadas. Además, Vera Leskaja trataba con las autoridades japonesas cuando ella deseaba comprar perfumes y joyas en Indochina y cuando pensaba pasar alguna cosa por la frontera, champaña francés, por ejemplo, del que en Bangkok no había, y que en determinados círculos corría a torrentes en las elegantes reuniones. Durante estos años se ejercía contrabando en la frontera entre Siam e Indochina: artículos de lujo, personas e informaciones.

Vera Leskaja aparecía regularmente en el salón de belleza a las siete de la mañana y era la última que se retiraba a su pequeño hotel situado en el distrito chino. Ni siquiera la señora Ninette sabía dónde y con qué cornejas pasaba sus veladas. Le era

indiferente. Jamás invitaba a Vera Leskaja a los opíparos y bulliciosos banquetes que ella daba y que Vivica encontraba tan divertidos. Su opinión era que igual hubiera dado invitar a una calavera. Al lado de su rebosante persona, Vera aparecía todavía más descolorida y melancólica. Ella se alegraba de que así fuera y observaba a la señora Ninette con disimulado desprecio, pues estimaba que la propiedad más esencial de una agente que trabajaba para el servicio secreto era poseer una apariencia cenicienta y poco llamativa.

Como la señora Ninette no había reparado todavía en la amenazadora sombra de la señorita Wergeland, que se proyectaba en la puerta, preguntó a Vera Leskaja con su voz de despertador de alarma si en esta casa tendrían alguna botella de coñac. La señora Ninette habló en francés con la esperanza de que nadie pudiera escucharla. La señorita Wergeland arrugó sus espesas cejas, se adelantó e informó amablemente a su entrometida visitante que su casa no era ninguna taberna. En ese instante apareció Yumei trayendo una limonada fresca, que la señora Ninette rechazó con una sonrisilla despectiva típicamente rusa.

Guiñó un ojo burlonamente a Leskaja y le dijo en ruso:

—¡Es el vivo retrato del san Julián de la hospitalidad!

Cuando pronunciaba la letra «r» parecía que estuviera retumbando un trueno. En ese momento se le ocurrió una historia sobre una aventurera de Shanghái, y se la contó breve y aceleradamente a su secretaria, mientras con sus resplandecientes y agudos ojos inspeccionaba a la esbelta noruega: ¡una persona antipática esta señorrrita Werrrgeland!

—¿Qué desean ustedes? —preguntó Helene, dando otro paso hacia adelante.

La señora Ninette se levantó con alguna dificultad del sillón reservado para los huéspedes de honor y se acercó con las manos extendidas a su anfitriona.

—Querida amiga —murmuró—, ¡mi alma siente una sed *terrible*!

La señora Ninette tenía muchas amigas queridas y por cierto, que a la mayoría de ellas no las conocía más que a Helene Wergeland.

—¿He dicho coñac? —prosiguió con su francés duro y veloz—. Naturalmente que daría lo mismo si fuese ginebra o un buen licor de menta. También mi secretaria se sentiría muy contenta.

Vera Leskaja se inclinó en silencio. La señorita Wergeland empezó a sudar de rabia. Estaba tan irritada que en esos momentos las palabras no le salían a flor de labios. Astrid le había dicho que la señora Ninette era una persona a ordenada. Helene se había fiado de sus informes y había permitido que Vivica fuese a trabajar en el salón de las rusas. La señorita Wergeland se propuso tener esta noche unas palabras con Astrid, serias, pero lo más corteses posibles. Aquí había algo anormal. ¿Cómo era posible que la escrupulosa Astrid no encontrara ningún defecto a esta señora Ninette? ¿Es que quizá se había vuelto un poco loca después de su disgusto? Podía creerse a pesar de la habilidad que demostraba tener para los negocios. Helene dejó correr sus pensamientos y llegó a la consecuencia de que Astrid tenía sobre sus

hombros una cabeza fría y reservada.

Finalmente la señora Ninette presentó a su secretaria:

—Vera Leskaja, mi brazo derecho. No podría ser más hermosa, ¿verdad?

Lanzó una sonora carcajada.

La señorita Wergeland no contestó. La gruesa rusa era una insensata al provocar de tal modo a esa criatura que ardía de rabia en su interior. En esos instantes Vera Leskaja, con su sonrisilla forzada, parecía una mártir; pero a pesar de que Helene, con su típico amor a la justicia, compadecía a la mujer vestida de gris, experimentó en su interior una sensación de aversión e impaciencia. No quería tener nada que ver con las rusas.

—Si ha venido usted aquí para invitarme a una reunión —dijo bruscamente— debo rechazarla y darle las gracias. Jamás asisto a veladas sociales.

Durante unos segundos la señora Ninette dejó reposar sus agudos y resplandecientes ojos azules sobre aquella furiosa anciana de cabellos blancos. Luego se desencadenó la tempestad.

—¿Has oído eso, Leskaja? —gritó roncamente en ruso—. ¡Esta vieja fiera, que ni siquiera tiene un buen licor de menta para sus visitas, habla de invitaciones! ¡Santo cielo!

La señora Ninette se hundió en el sillón para huéspedes de honor.

—Coñac —se lamentó.

La pequeña dosis de paciencia de la señorita Wergeland se había agotado por completo. Estas personas eran algo inconcebible. Hubiera hecho mucho mejor en encerrar a Vivica en su habitación antes que permitirle ir a trabajar al «Salón» de estas mujeres. ¡Ya vería Astrid cuando regresara de su oficina!

—¿Quieren hacer ustedes el favor de marcharse de mi casa? —pronunció Helene fríamente y contemplando a la señora Ninette con evidente desagrado. Sus ojos azul acero relampagueaban—. Y al mismo tiempo aprovecharé la ocasión para comunicarles que mi sobrina no seguirá trabajando en su... negocio. Ya está decidido. Buenos días.

Había dado ya tres pasos gigantescos para llegar hasta la puerta cuando sintió una ligera presión en su brazo. Se volvió y su vista tropezó con la de Vera Leskaja. El mortecino rostro de ésta reflejaba una expresión insondable.

—Señora —dijo la mujer vestida de gris con el ceremonioso énfasis de las rusas cultivadas—, nuestra visita no tiene ningún motivo social. Mi protectora solamente trataba de prepararla a su manera para una... desagradable sorpresa, pero ella tiene el corazón demasiado delicado.

La mujerona de delicado corazón asintió lisonjeramente con la cabeza y encendió uno de los cigarrillos franceses de Astrid. Lo sacó de una cajita de plata *annamita*^[45] que estaba en una mesita de madera de teca frente al sillón de los invitados de honor.

—Por desgracia tengo que informarle de algo —prosiguió lentamente Vera Leskaja—. Desde hace años mi triste destino es verme obligada a ser portadora de

malas noticias.

La señorita Wergeland, excitada, miró fijamente a la secretaria vestida de gris. Su tono de voz era tan monótono que uno se hubiera podido adormecer. Por lo demás, su triste destino no interesaba demasiado a Helene. ¿Cómo era posible que una persona se expresara tan aparatosamente? Pero..., ¿no había hablado la corneja gris de una sorpresa desagradable? ¿Le habría pasado algo a Vivica? La señorita Wergeland hubiera querido preguntar qué le había ocurrido a su cuclillo, pero la voz no le respondía. De pronto, a pesar del calor, se sintió helada.

—Señora —dijo la voz adormecedora—, siento mucho tener que comunicarle que... —Vacilaba, pero luego añadió seca y claramente—: La señorita Vivica Wergeland, su sobrina, ha sido detenida hace una hora por la policía militar secreta de los japoneses.

Los muebles del recibidor bailaron ante los ojos de la señorita Wergeland. ¿No estaría soñando en su pabellón de las orquídeas?

La mujerona sentada en el sillón de honor pensaba que la situación exigía una efusión rusa de sentimientos: de repente una especie de violento llanto convulsivo sacudió todo su cuerpo. La pintura de su rostro se deshacía en pequeños regueros sobre sus mofletudas mejillas. Realmente parecía un emperejilado clown en un momento de desconsuelo. Lloraba amargamente a su Vivica, su palomita, su única compañera y amiga en este mundo glacial. ¡Mundo glacial... una incongruente observación a cuarenta grados Celsius a la sombra!

—Mi palomita, Vivica —sollozaba—. ¡Tan joven y convertida en una delincuente! ¡Leskaja, dame un pañuelo! —Luego exigió categóricamente, mientras se sonaba con gran estrépito—: ¡Coñac, o *pon* lo menos una ligera *ginebrrrra rrrosa*! Esta casa es *rridícula*. Ni música, ni bebida, ni *diverrrsiones*. ¡Consuélame Leskaja!

Vera ni siquiera se movió, pues hacía ya veinte años que se había acostumbrado a los arrebatos de su protectora.

—¡Consuélame! —le gritó furiosa la señora Ninette—. ¡No te estés callada como un santo de altar!

Pero por una vez en la vida, la sombría secretaria no atendió a las órdenes de la señora Ninette. Fue a pedir agua para reanimar a la desvanecida señorita Wergeland.

Mientras Yumei corría al recibidor, Vera Leskaja se introdujo en la gran sala y volvió rápidamente con unas toallas y unas gotas para el corazón que tomaba Astrid. Tenía una facilidad sobrenatural para encontrar los cuartos de baño y los escritorios en las casas extrañas. Luego, con ayuda de Yumei, trató de volver en sí a la señorita Wergeland.

Cuando Helene empezó a moverse, la señora Ninette murmuró en ruso:

—¡No hablemos con esta *terrible* y *melindrrrosa* tía! ¡Se nos metería en todo! ¡Me *rrrecuerrda* a Lisaveta Kruszova, que *siemprrre* tenía que *enrrredarr* en

desagrrradables asuntos a todos sus conocidos! Déjame pensar. Lisaveta era *sobrrrina*, no, *prrima* segunda de...

Se extendió en un largo relato sobre esa dama. Luego murmuró:

—¡Vera, escúchame bien! Tú sabes perfectamente que yo no tenía la *menorr* idea de que el último envío de seda de Saigón era *prrrroducto* de un *rrobo*. Me la ofrecieron, la *prrobé* y *comprré*. —La señora Ninette fue recitando todo el proceso como si fuese una tragedia clásica—. Yo no sabía nada de eso, absolutamente nada...

—¡Naturalmente que usted no sabía nada, Nina Ivanovna! ¿Cómo hubiera podido enterarse?

La señora Ninette lanzó una violenta mirada a su «brazo derecho». ¿Había habido un fino matiz de burla en su voz adormecedora? ¡Tonterías! Leskaja era demasiado estúpida para esas cosas.

—Yo siempre tengo los ojos bien abiertos —aseguró la señora Ninette fanfarroneando—. ¡Toda la colonia lo sabe!, «¡Ninotschka tiene ojos de águila!», decía siempre mi querido y buen general en Shanghái. ¡Que Dios lo haya acogido en su seno!

Púsose un poco de polvos alrededor de sus ojos de águila. La señorita Wergeland trató de incorporarse.

—Leskaja —preguntó rápidamente la señora Ninette—, ¿qué ha dicho el japonés del pequeño bigote y de la cartera de negocios de piel de cocodrilo cuando ha venido a detener a la pequeña Wergeland?

Vera Leskaja miró asombrada a su protectora.

—No ha hablado conmigo. ¡Usted está soñando, Nina Ivanovna!

Sus palabras sonaron como una música espiritual, persuasiva, lejana, pero la señora Ninette era completamente inaccesible a la magia de sus empleados.

—Has hablado con él. Te he Visto —repuso obstinadamente. Su ronca voz sonaba como el acento de una diminuta y punzante amenaza.

—¿Dice usted con el hombre del bigotito? —preguntó Vera para ganar tiempo—. ¡Ahora recuerdo! ¡Realmente, tiene usted ojos de águila, Nina Ivanovna!

—¿Qué ha dicho?

Leskaja cedió. Con frases largas explicó:

—El japonés ha preguntado quién nos ha alquilado el salón y también si el propietario siamés estaba satisfecho de la nueva Comunidad de la prosperidad panasiática. Si lee libros ingleses y si escucha la radio de los aliados. Ha dicho que eso sería grave, porque los siameses están aliados con el Japón y deben prestarle lealtad. También ha preguntado cuánto tiempo hace que estábamos en Bangkok y para quién habíamos trabajado antes.

—¿Para quién?

—¡Sí; yo también he encontrado muy curiosa esa pregunta, Nina Ivanovna! Naturalmente, le he contestado que en todas partes habíamos trabajado para nosotras mismas. Le he dicho que éramos una pobres rusas exiladas y que teníamos que librar

una lucha diaria para procuramos el mínimo necesario para la existencia.

—Muy cierto y adecuado —asintió la señora Ninette, aplaudiendo con sus dedos regordetes como si asistiera a una representación teatral—. ¡Ah, pero eso no es todo! Ha estado hablando contigo cinco minutos, palomita.

—Me ha preguntado cuánto tiempo hemos vivido en China. Y si usted prefiere los chinos a los japoneses.

—¡Supongo que le has dicho que Nina Ivanovna no sabe a quienes *encuentrrra* más *atrrrayentes*! ¿Qué ha *prrrreguntado* acerca de la pequeña conspiradora?

—Lo he olvidado, Nina Ivanovna.

—¡Pues piensa un poco! ¡Vamos, *rápido*!

—Sólo ha preguntado cuánto tiempo ha trabajado con nosotras. Y luego ha querido saber si ha tenido relaciones privadas con usted. Para esta noche tengo que confeccionarle una lista de todas nuestras clientes.

—¡Sólo de mis difuntas! Ese japonés es ridículo.

Vera Leskaja no hizo caso de esta objeción. Entregaría a su protector lo que le exigía. La lista de clientes sería el único informe verdadero de Leskaja. Guiñó los ojos y se propuso dar un buen susto a la señora Ninette:

—Me parece que el joven oficial deseaba saber quién era el que compraba la seda y la crema en Saigón y cuántas veces ha pasado la frontera de Indochina durante los últimos tres meses la encargada de las compras.

La señora Ninette palideció de pies a cabeza.

—¡Sigue! —ordenó roncamente.

—Luego ha preguntado también si usted se interesa por la política y de que hablan nuestras clientes europeas, especialmente las alemanas. Y si usted cree que a Alemania le será posible ganar la próxima guerra mundial. Finalmente me ha dicho si podríamos darle una botella de loción de belleza para su «dama consoladora».

—¿Cómo se llama el oficial más viejo que estaba en segundo plano sin decir una palabra?

—Mayor Kimura, eso es cuanto sé.

—¡Ese Kimura me *recuerrrrda* a alguien, Leskaja! En Shanghái tuviste tú un alumno japonés. Se parecía mucho a ese tipo.

—Todos se parecen, Nina Ivanovna —murmuró Vera Leskaja. ¡Oh, el joven oficial me ha vuelto loca con tanta pregunta!

—¡Eso no me importa, Leskaja! ¿Le has dicho que no me interesaba lo más mínimo por la política?

—¿Cómo podía decirle eso, Nina Ivanovna? ¡Si se pasa usted día y noche escuchando radio Tokio!

—¡Debería meterte en una cazuela con aceite de coco hirviendo! —dijo la señora Ninette, con voz seca y serena—. ¿Es que quieres vemos a todos encerrados en los calabozos del *Kempetai*, imbécil? ¿También le has dicho de qué hablan nuestras clientes, ganso idiota? Las mujeres, cuanto más hermosas son, más cierran el pico.

Pero las feas no hacen más que *charrllarr...* ¡Y tú eres de esas!

—Perdóneme, señora, pero he creído que hacía bien.

—Eres una chismosa. ¿Le has dicho por lo menos al japonés que apenas conozco a los Wergeland y a ese bacalao que intentaba *despedirrrnos* de cualquier modo?

—¡Pero si es la primera vez que le oigo decir esto, Nina Ivanovna! ¡Usted siempre ha llamado a Vivica su palomita! ¡También le he oído decir a menudo que ella era su única amiga en este mundo glacial!

—¡Cuidadito, Leskaja!

—Corría el riesgo de ser condenada a muerte si decía alguna mentira. ¡Perdóneme usted, Nina Ivanovna!

—De todas formas te condenarás —dijo la señora Ninette con fría indignación.

Su rostro tan cuidado estaba desencajado. Como todo el mundo tenía un miedo cerval a la policía militar japonesa. Cualquier palabra imprudente de Leskaja podía costar le la cabeza. El contrabando en la frontera era un delito muy grave en tiempos de guerra, aun cuando sólo se tratase de sedas y cosméticos.

—Eres una condenada chismosa, Leskaja —dijo, haciendo un esfuerzo.

No quería que esa gansa se diera cuenta del miedo que la atenazaba. Cada día eran más numerosas las europeas detenidas.

—¡Por favor, discúlpeme, Nina Ivanovna!

La mujerona miró larga y fríamente a su «brazo derecho».

—No sé por qué tuve que recoger de las callejuelas de Shanghái a una charlatana como tú. ¡Para el provecho que me has dado! Lo mejor hubiera sido que te...

La señora Ninette calló. La señorita Wergeland había vuelta en sí y las miraba.

A la señorita Wergeland le zumbaban los oídos, ¿o tal vez era la cabeza? Jamás en su vida se había desmayado ni tampoco había sentido nunca esa enojosa debilidad que paralizaba todo su cuerpo. Gracias a un esfuerzo extraordinario logró acordarse del motivo de la presencia de las dos rusas en el recibir de su casa. Su corazón latía con intranquilidad.

—¿Se siente usted mejor, señora? —preguntó atentamente Vera Leskaja.

De su raído bolsillo sacó un botellín de cristal de coñac francés y vertió un poco en un vasito de plata que hacía las veces de tapón. Era un lujoso botellín de viaje; posiblemente un recuerdo de la Rusia de los zares.

—Por favor, beba —suplicó al observar el gesto de repulsión de la señorita Wergeland—. ¡Necesita recuperar sus fuerzas, señora! Siempre llevo encima un poco de coñac. La señora Ninette está tan achacosa que en cuanto oye las sirenas cae desplomada al suelo.

La señora Ninette, que observaba la escena con aire lisonjero, arrebató la botella de las manos de Vera y la vació de un trago.

—Vera, mi palomita —dijo cariñosamente—, tu buen corazón me conmueve

tanto que casi se me saltan las lágrimas. ¡Marchémonos, querida Leskaja! ¡Esta casa es *rrridícula*! ¡Ni bebida, ni canciones, ni ninguna *diversión*! Mi estimada amiga —añadió, volviéndose hacia la enmudecida señorita Wergeland, que hasta ahora no había tenido ocasión de experimentar cómo le sentaba un buen coñac a un alma rusa—. Mi corazón se deshace en sollozos por su causa, ¿pero tomará a mal que yo y mi palomita Leskaja abandonemos esta mansión de terror?

—Me parece una idea estupenda —contestó la señorita Wergeland, irguiéndose con dignidad. Se había recuperado, pero estaba pálida como un cadáver—. De todas maneras iré a avisar a la policía —agregó ásperamente—. Su salón de belleza será clausurado. Es una amenaza pública.

Antes de que la señora Ninette estrangulara a su «estimada y mejor amiga», Vera Leskaja intervino cortés pero decididamente en la conversación.

¡Permítame, señora, que le dé un consejo sincero y bien intencionado! Es inútil que intente hacer responsable a mi protectora. Nosotras no sabemos por qué motivo ha sido arrestada su sobrina.

Ciertamente, eso había constituido una auténtica sorpresa para Vera, pues el mayor Matsubara, que oficialmente se llamaba «Kimura», no tenía la costumbre de discutir nunca con sus agentes.

¿Quiere usted creer que al principio la señora Ninette no deseaba dar trabajo a su sobrina? La señorita es de otra escala social. Mi protectora exigió que usted le diera un permiso por escrito antes de concederle el puesto. Ese documento se halla en nuestro poder. Considero inútil decirle que el arresto de la señorita Vivica lo hemos acogido con el corazón sangrando por el disgusto, ¿no es cierto Nina Ivanovna?

La mujerona asintió con tanta violencia que el rizo de cabellos dorados osciló como un hombre borracho.

—Yo tomé a la pequeña con sombríos *presentimientos* —*confirmó*—. Con *grrrandes*, sombríos y *morrtales* presentimientos.

En esos momentos la señora Ninette estaba casi firmemente convencida de que se había opuesto violentamente a admitir a Vivica, su eficacísimo elemento de propaganda. Pertenece a esa clase de criaturas que pueden olvidarlo todo cuando les parece bien. Por eso ya no recordaba el entusiasmado grito que lanzó al conocer a Vivica.

—Su sobrina no nos convenía de ninguna manera —reafirmo Vera Leskaja—. Pero la muchacha decía que quería «coleccionar rostros» en nuestra casa. A nuestro salón le llamaba «su coto de caza». ¡Una joven muy curiosa!

—Una persona completamente normal —interrumpió la señorita Wergeland. Estaba dispuesta a defender a capa y espada a su Vivica contra todo el mundo. Así lo había hecho también con Borghild—. Vivica es una criatura inocente que desea aprender a ser útil.

Vera Leskaja escuchó respetuosamente esta versión del carácter de Vivica Wergeland.

—Una criatura inocente —repitió la señorita Wergeland con porfía.

—Su sobrina es una muchacha joven e inexperta —concedió Vera Leskaja diplomáticamente. Miró hacia la puerta como si alguien estuviera esperando—. Pero a pesar de todo, creo sinceramente que mi deber es protestar contra todo intento por su parte de mezclar en este turbio asunto el nombre de mi protectora.

Si Leskaja no tenía ningún motivo oculto para defender tan expresamente a la señora Ninette, entonces eso sólo podía ser la irracional tonadilla del odio común a las demás personas que encadenaba a los rusos en el exilio.

Un embarazoso silencio siguió a las palabras de la corneja gris. A Helene le parecía como si la radiante luz del sol que penetraba a través de los resquicios de los postigos de madera se hubiera extinguido de repente. Contemplaba embobada el rostro de color gris. ¿Por qué esa rusa antipática pero cortés defendía a su tan grotesca y ruda protectora? Pero sus palabras tenían el aspecto de ser verdaderas, y la señorita Wergeland poseía muy buen olfato para advertir las verdades. Era inútil y además muy peligroso, hacer montar en cólera a esa mujer. Así, pues, Helene dirigió sus nobles ojos al rostro inmóvil de Vera Leskaja y dijo:

—Dispéñeme.

La rusa hizo una educada y rígida reverencia y ofreció su brazo a la señorita Ninette. Mientras la conducía hacia la puerta, se le ocurrió algo. Se volvió hacia la señorita Wergeland, que permanecía inmóvil en el centro de la estancia. A la rusa le recordaba un glaciar por su soledad. Los atrevidos rasgos del rostro de Helene se habían quedado congelados; una nube sombría había envuelto su altiva frente. Vera experimentó un sentimiento de conmiseración. No lo había sentido ni una sola vez hasta hoy durante estos últimos veinte años. También ella tenía muy buen olfato para presentir los momentos críticos.

Vera Leskaja dijo casi con dulzura:

¡Permítame que le dé un último consejo, señora!

En el caso de que tenga usted en casa algún documento comprometedor, debe hacerlo desaparecer antes de que la policía secreta venga a registrarlo todo.

Helene se mostró sumamente ofendida.

—¡Eso es ya el colmo! —gritó rudamente—. ¿Acaso creen ustedes que somos una cuadrilla de conspiradoras? En toda mi vida se me ha ocurrido...

Enmudeció repentinamente y soltó una seca carcajada; pero los latidos de su corazón se producían con un ritmo irregular. Luego prosiguió con energía:

—Quizá le parezca muy extraño, señorita, pero nosotras vivimos aquí con mucho orden y no nos suceden cosas extrañas. Con absoluto orden, ¿me ha comprendido? Nuestros únicos documentos son los pasaportes y los certificados de nacimiento.

La señorita Wergeland volvió a soltar una ligera carcajada. Pareció como si un pájaro enfermo hubiera intentado lanzar un trino alegre.

—¡Vamos, Leskaja!

La señora Ninette permanecía impaciente en la puerta y tarareaba una antigua

canción rusa; pero Vera Leskaja seguía mirando fijamente a la señorita Wergeland. Sus ojos, ahora no tan fríos, semejaban hablar con acentos compasivos. Vacilante, abrió su bolso y mostró algunos pliegos de papel de carta que pertenecían a Vivica.

—En su propio interés he registrado ya el cuarto de la señorita Vivica —explicó con la desenvoltura de una agente secreta—. Mi protectora me ha indicado la puerta. Se acordaba de la situación de la habitación del día en que celebró su cumpleaños la señorita Vivica. Yo no tuve el honor de ser invitada. En fin, he encontrado estas hojas. ¡No se lo he dicho porque parecía usted muy excitada, señora! Repito que mi triste sino es el de ser portadora de malas noticias.

Helene contempló silenciosa el papel de cartas de color verde jade.

—Antes de que abandone para siempre su casa, debo comunicarle que yo aprecio mucho a la señorita Vivica. ¡Jamás había conocido a una muchacha tan alegre y de belleza tan radiante! Sé muy bien, señora, que es joven e imprudente. ¡Por favor, haga desaparecer los papeles! Pueden constituir pruebas desfavorables. Podrían significar el infierno para su sobrina. La policía militar japonesa se arroja en todos los territorios ocupados sobre cualquier pedazo de papel escrito.

La señorita Wergeland observaba confusa el verde papel lleno de líneas incomprensibles.

—Se lo agradezco de todo corazón, señorita —dijo finalmente—. Ahora Vivica tiene necesidad de amigos.

Su reprimido amor a la veleidosa criatura amenazaba ahogarla.

—¿Pero no es usted demasiado exagerada? ¿Cómo hubiera podido mi sobrina...?

Se detuvo y frunció el entrecejo. Era una tontería. Un error. Pero ante su propio horror veía muy clara una cosa: se alegraba de que Knut no se contara ya entre los vivos.

Vera Leskaja examinó el papel con una lupa de bolsillo y comprobó que era de fabricación japonesa. Luego dijo con extraña solemnidad:

—Lo siento, señora, pero esto es un trozo de clave secreta. En Rusia aprendí a conocer estas cosas.

Sin pedir permiso a la señorita Wergeland, quemó el papel en un cenicero y acto seguido echó sus cenizas al viento.

Helene no se movió. Desde hacía sesenta años odiaba las sorpresas y las escenas; pero era demasiado inteligente para no sospechar de las advertencias de gente extraña. Tan pronto como las rusas se marchasen registraría hasta el último rincón de la habitación de Vivica. Todo podía ser un error. Vivica había cumplido recientemente diecinueve años y era una chiquilla inexperta. Ni ella misma con toda su larga experiencia se había hecho jamás una auténtica idea de lo que era una clave. Pensó que estas rusas tenían que tramar conspiraciones, o descubrirlas, porque de lo contrario no les sería posible sentirse felices.

Consultó su reloj: desde su desmayo había despilfarrado un cuarto de hora. ¡Lo que hubiera tenido que hacer es poner de patitas en la calle a la gruesa borracha y a su

ladina acompañante! Mejor dicho: ya lo había querido hacer. ¿Qué era lo que deseaba ahora? La señorita Wergeland frunció de nuevo el entrecejo. Trataba de disipar la ligera niebla que envolvía su cerebro. Deseaba decir algo importante. Sí, ahora le venía otra vez a la cabeza. Hubiera tenido que pedir ayuda a Vera Leskaja en lugar de malgastar ese tiempo precioso con la charla sobre el papel de carta. Naturalmente, era un poco difícil invocar la ayuda de esa mujer desconocida y no demasiado agradable. Hasta hoy la señorita Wergeland había allanado siempre todas las dificultades con su valiente y moderada sonrisa; pero esta situación era muy distinta. Vivica debía haberse mezclado en algún asunto que pronto tendría que ser aclarado. Conocía a Vivie. Era incapaz de consagrarse a una idea política. Pero la rusa había dicho que jamás en su vida había conocido a una persona tan despreocupada. Sí, eso era cierto. ¡Tenía que forzar a Vera Leskaja para que ayudara a Vivie! Tenía que proteger a la desgraciada muchacha contra la vieja y emperejilada rusa, contra el funesto japonés sonriente y contra los europeos chismosos y poseídos por el terror. Era inútil que recurriese a los amables y letárgicos funcionarios siameses que, como las liebres, huían corriendo de las situaciones desagradables.

La señora Ninette se había dejado caer de nuevo en el sillón de honor y se puso a roncar placentemente después de la ingestión del coñac.

—Señorita —dijo Helene con su herrumbroso francés escolar, que tan nerviosa ponía siempre a la madre de Astrid—, ¿querría hacerme el favor de acompañarme al *Kempetai*? Compréndalo usted... yo no soy muy sociable; por lo menos eso me decía siempre mi difunto hermano, y quizá no sabría hablar en el tono adecuado con esos japoneses. Lo mejor sería ir inmediatamente. ¿Cómo es posible que haya venido a parar esa clave secreta a manos de nuestra muchacha? ¡Eso es absurdo!

La señorita Wergeland trataba de sonreír cordialmente, pero sólo le salía una voz estentórea que parecía el eco de una garganta ahogada.

—¿A dónde la han llevado? —preguntó roncamente.

De pronto se le había presentado con toda su desnudez la espantosa realidad del arresto de Vivica. La política, por la que ella jamás se había preocupado, empezaba a destruir su mundo ordenado y significaría la ruina de Vivica. Durante unos segundos pensó que jamás hubiera podido ir a parar a una parte del mundo peor que ésta. Se había quedado aquí para escapar de una nación ocupada por los alemanes, creyendo tontamente que una tierra dominada por los japoneses era menos peligrosa. Ahora, como tantos miles de sus compañeros de infortunio, vería el descalabro de sus vidas en el Extremo Oriente. ¡Y todo por su ignorancia!

—Creo que la señorita Vivica está por el momento en Saladeng-Station. Es la antigua oficina de una firma inglesa. ¡El *Kempetai* la utiliza como prisión para los recién llegados! ¡Lo siento mucho, señora, pero me es imposible acompañarla! Por favor, hágase cargo de una cosa: esa detención nos ha hecho a todas sospechosas.

—¡Es usted excesivamente pesimista, señorita!

—Mis amistades me tienen por optimista —replicó Leskaja secamente—. Por lo

demás, le ruego de una manera especialísima que no vaya usted al *Kempetai* También yo espero que su sobrina haya sido detenida por alguna equivocación. Existe el hecho de esa clave secreta, pero es posible que la muchacha escribiera una carta amorosa sirviéndose de una clave. A su edad, a veces una desperdicia el tiempo con esas estupideces. En realidad, todavía es una niña.

La señorita Wergeland asintió con la cabeza, pero sin decir una palabra. La rusa contemplaba un paisaje noruego pintado por Helene; el aspecto lúgubre de la obra parecía gustarle. Luego manifestó lentamente y con mucha expresión:

—A los japoneses se les pueden hacer toda clase de objeciones como nación vencedora, pero lo cierto es que se han portado con suma corrección con la población civil de esta ciudad. En el momento actual, como es natural, la población está nerviosa debido a que los ingleses avanzaban a pasos gigantescos en Birmania, los rusos han tomado Silesia, los bombardeos sobre el Japón van en aumento y los americanos acaban de desembarcar en Luzón. ¡Piense usted lo que Luzón significa para los japoneses!

La señorita Wergeland no poseía la menor idea de lo que Luzón podía representar para los japoneses, y, en verdad, tampoco le interesaba lo más mínimo saberlo. ¿Qué tenía que ver todo eso con Vivica? Luchó heroicamente contra un ataque de impaciencia, mientras Vera Leskaja proseguía:

—¡En el aire flota un hálito de liberación, señora! La liberación de París fue un símbolo para el desenlace de los asuntos en Extremo Oriente. Italia se ha ido a pique. Alemania no tardará en seguirla. Casi estoy convencida de que...

—¡Por favor, señorita, no se desvíe del asunto de que tratábamos!

Vera Leskaja, que como todas las rusas gustaba de perderse en digresiones, arrugó severamente la frente al verse interrumpida. Miró fijamente a Helene. En sus ojos grises no se veía un ápice de vida, sino tan sólo una especie de ávidas ansias de muerte.

—Naturalmente, la existencia de muchos espías ha hecho cambiar la situación en esta parte del mundo —prosiguió—. Las ratas abandonan el barco del Japón. Dispéñeme señora, ya volvía a apartarme del asunto. Las discusiones políticas son una mala costumbre de los rusos.

Helene no cesaba de preguntarse admirada por qué no se marchaban las rusas si no querían ayudarla. Todavía no sabía que las rusas son capaces de permanecer en una casa extraña desde la mañana hasta la medianoche cuando se ponen a hablar de política.

—Tenga en cuenta, señora, que no hará más que perjudicar a su sobrina si va al *Kempetai* ¡Un arresto no es una ocasión propicia para celebrar una jornada familiar! Si usted se presenta allí, los japoneses no sólo no dejarán en libertad a su sobrina, sino que también la detendrán a usted.

—¡Qué idiotez! —exclamó la señorita Wergeland.

¿Qué podía hacer para conseguir que la rusa se pusiera de su parte? ¿Es que

deseaba que la suplicase de rodillas? ¿Acaso ansiaba un triunfo fácil sobre gente tranquila? ¿Quizás se le podía perdonar! Helene estaba dispuesta a sacrificar su orgullo; se hallaba decidida a darlo todo para alcanzar la ayuda de Vera Leskaja en favor de Vivica. Había acabado por mostrarse persona solícita y civilizada. Había quemado la carta de Vivica que contenía datos sospechosos; le había ofrecido a ella misma coñac francés y le había advertido para que no cometiera ninguna imprudencia. ¿No le había dicho incluso que apreciaba a Vivica? ¿Por qué esa irreflexiva chiquilla no había invitado a esta mujer el día de su cumpleaños? Parecía la única persona educada en aquel lúgubre salón de belleza. La señorita Leskaja tenía todo el aspecto de una respetable maestra de escuela de pueblo... rusa, naturalmente. Pero Helene, que en realidad odiaba todo desbordamiento de sentimientos, no había tropezado jamás con nadie que careciera en absoluto de un poco de calor humano. Vera Leskaja era tan fantásticamente fría como una capilla en la que todavía no ha rezado nadie. Y, no obstante, Helene quería intentar un último y desesperado ruego. En la familia de los Wergeland habían existido personas muy raras; pero lo cierto era que ni una sola de ellas había sido cobarde.

—Señorita —dijo con una voz que reflejaba ásperamente su excitación interior—, ¡tengo que decirle algo! Mi sobrina Vivica, que naturalmente es una muchacha del todo normal, padece desde su niñez de...

La señorita Wergeland se pasó su gruesa y temblorosa mano sobre la frente totalmente cubierta de frío sudor. La mano temblorosa tenía un aspecto muy curioso: parecía un pedazo de hielo pronto a despedazarse.

—¿Qué es lo que quiere decirme, señora? —preguntó la rusa con delicadeza.

Miraba furtivamente hacia la puerta. No podría permanecer así durante mucho rato sin que lo advirtiera la señora Ninette o la señorita Wergeland. ¿Dónde estaban ellos?

A los oídos de la señorita Wergeland llegaba un estrépito profundo, como si las olas enfurecidas arremetieran violentamente contra los islotes. Mientras permanecía frente a la rusa en aquella hostil ciudad tropical, le parecía escuchar los desesperados gritos de los patos silvestres. ¿O bien eran los gritos que profería Vivica en su celda de Saladeng? A pesar del ardor tropical era como si en torno a la señorita Wergeland aullase un glacial viento septentrional, y tema la impresión de que iba despeñándose de roca en roca hasta caer en los más profundos abismos. Se tambaleó, pero inmediatamente logró contenerse: los ojos helados y curiosamente ávidos de personas extrañas debían haberla hipnotizado. Bruscamente dijo:

—Mi sobrina no puede continuar encerrada en una habitación oscura. Se volverá loca en la prisión. Señorita, tenemos que hacer algo inmediatamente para tratar de ponerla en libertad.

Al decir eso Helene se dirigió hacia la puerta. Estaba tan blanca como la pared pintada con cal.

—¡Por favor, venga usted, señorita!

Contrariamente a lo que era costumbre en ella, había hablado despacio y cortésmente. Hasta ahora no había visto bien claro que la gente debe mostrarse sumamente amable cuando quiere algo de otra persona.

—Estoy desconsolada, señora —dijo la voz que, tranquila, no parecía querer prestar su consuelo—, pero es que usted pide lo imposible. Le ruego que me crea: ningún policía militar del mundo pondría en libertad a un detenido por el mero hecho de que tuviera caprichos.

«Caprichos...», pensó Helene.

—Cuando los presos políticos intentan simular, son conducidos al manicomio. Allí los tienen bien sujetos durante una larga temporada, hasta que recobran el juicio. Hace pocos días un comerciante chino, el señor Sun, fue detenido con su hija porque era un agente de Chungking. ¿Ha oído usted hablar de ello?

«Sun...», reflexionó Helena. ¿No había invitado Molly Sun a Vivica a sus reuniones? Astrid había rehusado las invitaciones. Y ella misma, sin sospechar nada, había dejado que la descuidada criatura se metiese en la boca del lobo. Apretó los labios con firmeza. Quizá la familia Sun era el punto de partida. Hablaría con Astrid.

—El señor Sun rogó que le soltasen —explicó Leska—. ¿No lo ha leído en los periódicos? Un caso muy humorístico.

La señorita Wergeland no contestó nada. Parecía que la señorita Leskaja no se afectaba por la desgracia de sus semejantes.

—El señor Sun dijo que en su celda veía tigres y directores de bancos. Por eso fue trasladado a un manicomio de Thonburi. Al cabo de una semana le condujeron de nuevo como un borrego a su celda. ¡Cómo un borrego, señora!

—¿No puedo poner a mi sobrina en libertad bajo fianza? Trataremos de reunir la suma necesaria.

Poseían algunas propiedades, joyas y participación en el negocio de la firma Sun. El socio de la tienda de antigüedades, en la que había participado ya el cónsul muchos años atrás, era probablemente un pariente del detenido. O quizá no. Todos los chinos se llamaban Chang o Sun, todos ofrecían el mismo aspecto y eran la desgracia de las europeas ingenuas e inocentes, pensaba Helene injustamente. Ahora no tenía por qué ocuparse de los Sun. Para eso estaba Astrid. ¡Qué inteligencia la de Knut al comprar esta casa y toda la finca! Las propiedades se cotizaban más y más cada mes. Con el producto de la venta tendría ciertamente lo suficiente para poder conseguir la libertad de la chiquilla.

Pero la señorita Leskaja explicó claramente a Helene que los presos políticos no podían ser puestos en libertad ni siquiera bajo fianza. Por lo menos en el *Kempetai*. Lo único que podía aconsejarle era la destrucción del material de prueba y la desaparición de todas las huellas y rastros. Sólo a los ladrones, asesinos y atracadoras de bancos les era posible disfrutar de tanta felicidad. Pero quizá la señorita Vivica podría ser puesta en libertad bajo fianza una vez terminado el interrogatorio. A veces ese asunto iba muy rápido.

—¿Cuánto tarda? —inquirió la señorita Wergeland.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de las curas de agua o de los tratamientos de sol japoneses? —preguntó la señorita Leskaja—. Pues en bastantes ocasiones se recurre a esos métodos para acelerar el interrogatorio.

La señorita Wergeland no había oído jamás hablar de esos sistemas.

—Así es mejor para su tranquilidad, señora —opinó solícita la rusa—. Es mi triste destino el de tener que comunicar siempre cosas desagradables. Por desgracia, hoy en día el mundo ha adoptado los métodos ruso-soviéticos, quiero decir en el seno de la policía del Estado. Permítame que le explique en pocas palabras lo más importante del sistema. La mente de un preso político trabaja...

Vera Leskaja interrumpió su animado relato para escuchar con sus cinco sentidos: del jardín llegaba la excitada voz del portero indio, el vocerío de la chiquillería, el rabioso graznido de los gansos y las chillonas voces de mando de dos oficiales japoneses. Ordenaban al indio que abriera de par en par la puerta para que su gigantesco coche americano pudiera pasar cómodamente. Vera corrió a la ventana. «Finalmente», pensó. «Ahora todo el mundo recibirá lo que le corresponde».

—¡Despierte, Nina Ivanovna! —gritó, sacudiendo violentamente el brazo bañado en sudor de la mujerona, que estaba roncando—. ¡Han venido los del *Kempetai* para detener a la vieja! ¡Vamos, rápidamente!

La señora Ninette, medio dormida, miró boquiabierta a su secretaria. Cuando se dio cuenta de lo que pasaba se santiguó tres veces y abrió sus gruesos y voluptuosos labios para lanzar un grito a la rusa. Antes de que pudiera chillar, los fríos dedos de Vera volvieron a cerrarle la boca.

—¿Es que se ha vuelto loca? —siseó sin su acostumbrada humildad.

—¿Dónde está el *arrimarlo*? —gimió la señora Ninette detrás de los helados dedos de Vera—. En *Rrrusia* tenemos *siemprrrre* escondidos en un cómodo *arrrrmario* a *papushha*, *mamushka*, al príncipe Nicolás, a su terrible *mujerr*. Y yo también. *Trrranquilízate*, Leskaja. ¡No *grrrites*, imbécil!

Pero como Vera había conseguido arrastrar ya a su gruesa protectora a una habitación contigua, luego le fue fácil colocarla dentro de la alacena. Ella misma se ocultó también tras una cortina. ¡Un poco más y hubiera sido sorprendida!

El mayor Matsubara y el teniente Makoto Urata del *Kempetai* se inclinaron cortésmente ante la petrificada señorita Wergeland.

El mayor Matsubara, con la insaciable curiosidad del turista japonés de servicio, miró a su alrededor. Como era un asceta, los paisajes noruegos pintados por Helene le produjeron un ligero espasmo gástrico y desvió su vista con una mueca de dolor. Entre otras cosas había aprendido también «el arte de París», y sabía reconocer cuándo un cuadro era bueno.

—¿Es usted la señorita Helene Wergeland, de sesenta años de edad? —preguntó

con voz firme. El nombre despertó en su memoria un lejano eco, pero no acertó a atar cabos.

Helene asintió con la cabeza. Se hallaba con los visitantes en la amplia y casi vacía estancia. Sin embargo, no se le ocurrió rogarles que tomaran asiento. El mayor Matsubara —vestido severamente con su uniforme— observó atentamente durante unos segundos a la alta noruega. La encontraba francamente vieja para ser una conspiradora política. ¿Acaso su rostro y su nombre le recordaban a algún europeo?

—¿Dónde está su sobrina? —inquirió bruscamente.

—Mi sobrina...

La señorita Wergeland enmudeció. De pronto se había dado perfecta cuenta del sarcasmo encerrado en esa pregunta. ¿Acaso ese oficial de fría sonrisilla no sabía mucho mejor que ella dónde se encontraba en esos momentos la desgraciada joven? ¿Es que deseaba divertirse a costa de una pobre anciana atormentada? Helene apretó firmemente sus delgados labios. De pronto adoptó el mismo aspecto arisco que asumía cuando Knut quería lisonjearla. ¡Se había equivocado de medio a medio este japonés, si pensaba que ella le facilitaría información! Le demostraría que no era una cotorra, ni siquiera cuando estaba excitada.

El mayor Matsubara, cuya vista no se apartó ni un solo instante de la señorita Wergeland, a la que parecía querer atravesar con sus pensamientos, sonrió algo más amistosamente. Con la rapidez del rayo había llegado a la conclusión de que esta encolerizada anciana no sabía una sola palabra de todos los asuntos relacionados con el espionaje de los Sun. Sabía reconocer perfectamente si una persona temblaba a causa de su conciencia sucia, por miedo cerval o bien de cólera justificada.

—Tengo que explicarme con más detalle, señora —dijo con su maravilloso acento francés—. Espere usted en la habitación contigua, teniente —ordenó al que le acompañaba.

«En la habitación contigua», pensó Helene. Allí estaban las rusas.

—Vea usted, señora —se explicó el mayor Matsubara, sentándose, sin que nadie le invitara, en el sillón de honor— el cuartel general ha tomado una decisión. El estado de cosas así lo exige. Ya he hablado con su sobrina por teléfono. La he llamado hace dos horas —consultó su libretita de notas—, pero la señorita Astrid Wergeland no se hallaba en su despacho... En el Pra-hu-rat —deletreó cuidadosamente, mirando furtivamente por detrás de su cuadernito de notas a la extranjera. ¿Parecía algo más aliviada?—. Entonces he preguntado al portero la dirección de su domicilio particular. Me gustaría saber si existe todavía el auto que nos ofreció la firma. Realmente nos parece bastante caro este modelo ya antiguo. En Tailandia lo pagamos todo demasiado caro.

Helene respiró profundamente. La rusa la había dejado casi extenuada. Tan pronto como viniera al caso, podría hablar sobre Vivica con ese cortés oficial. Ahora no tenía necesidad de ir al Kempetai.

—Probablemente mi sobrina había ido a comer a un restaurante cercano —repuso

con su voz completamente normal—. Si vuelve usted ahora a su despacho, seguro que la encontrará allí.

—¿No tiene usted teléfono aquí?

—¡El cielo me guarde! ¡Es un aparato muy estúpido! Sólo sirve para escuchar chismorrerías todo el día.

La señorita Wergeland había recuperado casi por completo su antigua amabilidad. Al pensar lo que hubiera supuesto que una dama japonesa se mostrase tan descortés con sus honorables amistades, el mayor Matsubara estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Muchas gracias, señora —dijo haciendo una rígida reverencia—. Volveré inmediatamente a Pha-hu-rat. Su sobrina lleva actualmente muchos negocios entre manos, ¿no es cierto? Creo que comercia en objetos de arte. O tal vez me equivoco...

—No, no. En objetos de arte. Mi hermano ya se ocupaba en estos asuntos.

—Bangkok es el punto donde se dan cita el Oriente y el Occidente —observó reflexivamente el mayor Matsubara—. Indios, chinos... ¿Con quién se halla asociada su sobrina actualmente?

—Con Sun y compañía —contestó Helene, aterrorizada.

—¡Cielo santo!, ¿acaso había sido detenido el primo Sun?

—Admiro el arte de los chinos —manifestó rápidamente el mayor Matsubara. Su acento no dejaba lugar a dudas de que eso era lo único que admiraba en los chinos—. Me parece que en esta ciudad hay gente de muchas naciones: franceses, alemanes, rusos. Creo que rusos blancos hay una gran cantidad.

—Así lo creo yo también —contestó secamente la señorita Wergeland—. ¡Gracias a Dios, nunca tengo invitados!

Y tampoco me preocupo de las ciudades interesantes. Jamás en mi vida había visto tantas personas y plantas tan desordenadas y extravagantes como en Siam.

—Querrá decir Tailandia —rectificó el mayor Matsubara. Eso significa «País de la libertad».

—¿De veras? Considero que es muy estúpido poner ese nombre a un país. Cuando en 1930 vine a Siam, todo el mundo estaba contento con este nombre. Los hombres serán siempre locos. ¡Oh!, ¿quiere usted beber alguna cosa? Lo había olvidado por completo... Como ya le he dicho, jamás tengo invitados. En este clima sería preciso beber toneles de limonada, ¿no es cierto?

—Sí, realmente hace mucho calor —afirmó el mayor Matsubara, arrugando ligeramente la frente—. Pero nosotros los japoneses estamos acostumbrados a refrenar nuestros deseos. De todos modos, se lo agradezco infinitamente, señora. Es usted muy amable. Iré a visitar a su sobrina.

Señor —dijo Helene, perdiendo casi la voz— ¿puedo... quiero decir, sería tan amable de decirme...?

Se detuvo. La sangre circulaba precipitadamente en su corazón.

—¿No se siente bien señora? —El mayor le acercó el segundo sillón de honor—.

¿Qué desea usted saber?

—Nada. Se me ha ido de la cabeza.

—¡Señora, tiene usted el aspecto de padecer mucho! ¿Por qué permanece en un país con este clima? En el año 1941 hubiera podido marcharse junto con los otros noruegos. ¿Por qué le interesa tanto el Asia?

—No tengo ni el más mínimo interés —respondió la señorita Wergeland con sinceridad casi cómica—. Soy una vieja estúpida y no me seduce ni pizca la política. Llevo la casa de mis sobrinas.

¿Tiene usted todavía más sobrinas?

La señorita Wergeland se sobresaltó. Parecía como si le hubiesen propinado un porrazo. «Me interroga», pensó. «Me está obligando a decir estupideces». Se sintió a punto de montar en cólera, pero se contuvo y contestó tranquilamente que Astrid tenía dos hermanas.

El oficial parecía no escucharla. Permanecía contemplando fascinadoramente el cuadro titulado «Pájaro canoro en una rama muerta». Una obra maestra. ¿Dónde lo había visto antes? Su memoria fenomenal empezaba a funcionar.

¿Cómo había podido caer en manos de un europeo esa joya japonesa?

—Un cuadro precioso, señora —dijo, indolente—. ¿Colecciona usted pinturas japonesas?

—Pertenece a mi difunto hermano.

¡Hermano! Wergeland. Una... salita de té en Shanghái. Sí; Akiro había tomado el té en casa del cónsul Wergeland, su primer y último amigo europeo. En 1925 no te dio las gracias por un kimono procedente de la imperial Kioto. Y ahora tenía en sus manos a la familia de aquel europeo. Había sonado la hora de la venganza japonesa. Cuanto más larga era la espera, más dulce era la satisfacción.

—¿Su hermano vivía siempre en Bangkok? ¿O bien adquirió ese cuadro en Japón?

—No lo sé. Lo trajo a Trondheim cuando vino de Shanghái. Apreciaba mucho esta obra —contestó Helene, cerrando los ojos extenuada.

Eso es. ¡Una familia encantadora! La señorita Clermont, que en Shanghái y luego en Angkor no había demostrado ni una pizca de interés por la poesía japonesa, se llamaba en realidad Wergeland. Tendría que averiguar por qué se presentaba con el nombre de Clermont. Quizá será interesante saberlo, tal vez no.

—Señora —dijo el mayor Matsubara con la suavidad de un cordero—, permítame que le dé un consejo. Usted debe tomarse unas vacaciones y marcharse de viaje.

Helene le contempló consternada. ¿Por qué le decía eso? Su dulzura y su cortesía la inquietaban. Su instinto le había advertido que no debía hablarle del asunto de Vivica. Ya se cuidaría Astrid. Ella era más joven y se sabía explicar muy bien.

—Estoy seguro de que las bombas le atacan los nervios, señora —añadió el oficial—. ¿Por qué no visita usted por una temporada las montañas de Indochina? Dalat es un sitio ideal para ir a restablecerse lejos de la enfermiza Saigón. —El mayor

Masturbara, que cuando iba de servicio se anunciaba con el nombre de «Kimura», hablaba románticamente de Dalat—. Le daremos inmediatamente un permiso para que pueda emprender ese viaje, señora.

—¡Indochina! —exclamó Helene, perdiendo su compostura. Vivica se había hecho sospechosa por sus viajes a Saigón por encargo de las rusas—. ¡Antes preferiré ir al infierno!

—¿No le gusta a usted viajar, señora?

—Odio los viajes. No me atraen lo más mínimo los locos charlatanes, las comidas caras y los estimados días largos. Muchas gracias.

—¿Trabaja usted mucho aquí, señora?

—Tengo las manos llenas de trabajo —contestó brevemente Helene, pensando en el pabellón de los chinos que habían acudido a su casa para buscar protección y un plato de arroz.

En ese momento hubiera querido desaparecer. Estaba temblando de miedo. El mayor Matsubara había aprovechado muy bien su ratito de charla con la señorita Wergeland. En donde aparecía, ya no había quien se le escapase.

—¿No ha estado nunca en Indochina, señora? —preguntó a propósito.

Ciertamente, Helene había oído hablar con frecuencia a Astrid de la insaciable curiosidad de los japoneses, pero no obstante sintió que una oleada glacial le recorría toda la espalda. ¿Cuándo preguntaría si Astrid o Vivica conocían Saigón? Ahora, aunque la mandase a la horca, no diría ni una sola palabra de los viajes de Vivica. Pero el mayor Matsubara no tenía la intención de acabar con la vida de la señorita Wergeland de una manera tan trágica. Por regla general, el *Kempetai* no acostumbraba a declarar la guerra a las ancianas. Además, la señorita Wergeland era la honradez personificada. El mayor Matsubara lo había comprobado ya desde sus primeras palabras y lanzando una mirada disimulada a sus ojos azul acero. Era ridículo, pero la señorita Wergeland le recordaba en algo a su vieja abuela de Tokio, a pesar de que ambas pertenecían a dos mundos completamente distintos. La vieja baronesa Matsubara de Itoh hubiera preferido ser tragada por un volcán a calificar públicamente de «locas» o «charlatanas» a sus amistades. Pero era tan leal y tan respetable como esta anciana noruega, que había apretado firmemente sus labios para no atraicionar a su sobrina. Esa ingenuidad había estado a punto de hacerle soltar una carcajada al mayor. ¡Como si él no lo supiera todo, y aun quizás un poco más acerca de la señorita Wergeland y de sus sobrinas! El nombre de Mailin y de la familia Chou de Shanghái y Singapur se hallaba ya en el *Kempetai*, exactamente igual que el del anciano profesor Clermont, de Saigón, tío abuelo de Astrid. La lista de visitantes que acudían a casa de los Chou y los Clermont estaba en la mesa del despacho del mayor. Sólo una cosa había quedado oculta al sabueso: que estos Wergeland eran los parientes más directos de su antiguo amigo de Shanghái. El arte del antiguo Japón les había delatado. Todo esto daba gran prestigio a su caza. Los asuntos relacionados con el espionaje todavía no habían sido puestos completamente en claro; algunos espías

de los aliados eran tenazmente perseguidos. Los aliados habían causado indescriptibles pérdidas al Japón enfrascado en la guerra santa. El coronel Saito había hecho patente su disgusto por el hecho de que el mayor Matsubara no hubiera conseguido avanzar en sus pesquisas durante los dos últimos años. Por eso había seguido su tarea con denuedo, empezando en Angkor Vat. Había tenido la precaución de hacer fracasar previamente a la confederación de espías. Al enterarse de esta noticia el coronel Saito había mostrado sus tres dientes delanteros haciendo patente su gran satisfacción. Quien no sabía esperar, no tenía nada que hacer en el *Kempetai*. Ahora no tendrían indulgencia con los culpables.

—Le mandaremos un permiso para viajar, señora —dijo el mayor Matsubara con delicadeza.

Realmente, su intención era llevar a sitio seguro y ahorrar muchas cosas desagradables, que le hubieran partido el corazón a esta mujer que tanto le recordaba a su abuela. Aunque, en verdad, Akiro tenía una inteligencia fría, serena y refinada, poseía también un alma muy sensible. Sin darse cuenta, la señorita Wergeland había apelado a la bondad de esa alma. La anciana baronesa Matsubara se hubiera conducido así en una situación semejante. ¡No hubiera dudado un solo instante en dejarse acribillar a balazos por Akiro! Sólo, que se hubiera comportado con un poco más de cortesía.

El mayor hizo una última reverencia ceremoniosa. Luego miró hacia el jardín, donde le aguardaba el teniente junto al coche americano. La señorita Wergeland parecía contrariada por el hecho de que el teniente Urata no hubiera descubierto a las dos rusas ocultas en la habitación contigua. El *Kempetai* no quería todavía descubrir a Vera Leskaja y a su estúpida dueña.

En ese momento se le escapó de la garganta a la señorita Wergeland un grito extraño, un intermedio entre el sollozo y la tos. El japonés estaba a punto de irse, y todavía no sabía de cierto si tenía que decir algo sobre Vivica. *Si él la ayudaba, Vivica podría marchar de viaje con ella*. Sí, irían a reunirse con Laura, la antigua *Viuda de Aalesund*, que tranquila y segura, vivía al norte del país con su esposo danés. Siempre habían sido buenas amigas.

—Señor —dijo Helene, casi sin voz—, le agradezco mucho que desee proporcionarme ese permiso de viaje. Pero... sería preciso que llevara conmigo a la menor de mis sobrinas.

—Si es así, lo extenderé para usted y para toda su familia —repuso el mayor Matsubara con el rostro imperturbable y haciendo una última y definitiva reverencia—. ¿Puedo despedirme de usted, señora? Le deseo un feliz restablecimiento en su honorable viaje. Ahora trataré de localizar a la señorita Clermont-Wergeland.

Y se fue.

A una distancia prudente seguía al gran auto un *rikscha* con una china de mediana

edad, con dos pucheretes tapados y una criatura entre los brazos. Yumei se había enterado de todo por el *rikscha-coolie* de la señora Ninette, que había quedado bajo la sombra de una palmera. Rápidamente, había preparado un hígado de gallina con arroz y *mango-chutney*, un plato que gustaba muchísimo a la «hermana tercera». Yumei quería permanecer en la prisión con sus pucheretes y el *chutney*^[46] hasta conseguir ablandar a algún centinela para poder entregar la comida a la «hermana tercera». Bajo la blusa azul de trabajo de Yumei colgaba una pesada cadena de plata. La señorita Wergeland se la había regalado hacia cinco años, por mediación del capitán Lillesand, en ocasión del nacimiento de su primer hijo. Esperaba poder sobornar al centinela con esa cadena. Si Vivica recibía el hígado de gallina y el *chutney* sabría con seguridad que su vieja ama seguía velando por ella, como siempre desde que *missie* Borghild estuvo tan enferma y fue llevada a Dalat por su dueño. ¡La señorita Wergeland daría unas palmaditas en el hombro a Yumei cuando esta noche supiera que la «hermana tercera» había sido tan bien cuidada! Yumei le llevaría todos los días su plato favorito, puesto que como buena china sabía que un guardián que era sobornado continuaba dejándose sobornar por mucho tiempo. Naturalmente, no diría nunca a *fröken* Wergeland a qué precio había pagado la satisfacción de poder cuidar a *missie* Vivica. Como todas las chinas, Yumei encontraba que no era pagar muy caro un poco de alegría con una joya de plata.

Su *rikscha* se había detenido ya ante la prisión provisional del *Kempetai* en Saladeng. Yumei descendió del *rikscha* y apretó fuertemente contra su pecho a la criatura y a sus pucheretes.

Ya no regresaría con vida a la vieja casa de Sathom Road.

Cuando se hubo marchado el teniente Matsubara, Helene Wergeland permaneció impasible en el recibidor de la casa. Trataba de reunir todos sus pensamientos. A pesar de su cortesía, el japonés había dejado tras de sí una huella de angustia infernal. De repente se rompió en alguna parte un vaso o algo de cristal, y al fuerte chasquido siguieron un ruido confuso y un juramento ruso. La señora Ninette debía de haber tropezado con alguna cosa al intentar dar en la alacena con una botella de coñac. Poco después aparecía en el recibidor. Su aspecto no era muy seductor. Su vestido floreado se hallaba completamente salpicado de yodo.

—Ese *armarrio* es *rrridículo* —gruñó—. ¿Por qué guarda usted tantas botellas en él cuando no hay nada que *beberr* en ellas?

Estaba rabiosa e iba brincando de un lado a otro como una hiena azuzada por la sed. Finalmente empezó a gruñir y acabó por dejarse caer en el sillón reservado a los huéspedes de honor. Ahora que ya había pasado el peligro, no veía por qué razón tenían que apresurarse. Se encontraba sumamente asombrada al ver que la señorita Wergeland no había sido detenida. Con los ojos medio abiertos comenzó a tararear despreocupada una canción del Volga.

—Me sentaría estupendamente un café bien fuerrte —dijo—. Lo tomo sin crema y sin azúcar.

Siguió canturreando confiando en un café bien fuerte y un ratito de charla.

—¡Qué usted lo pase bien! —dijo amablemente la señorita Wergeland—. Tal vez sea mejor que termine usted de cantar esa canción en su propia casa.

La señora Ninette prosiguió su canto y gritó por segunda vez:

—Leskaja, ¿dónde te has metido? ¡Ven en seguida! Nos van a servir el café.

La señorita Wergeland abrió la puerta de par en par y ordenó:

—¡Vamos, fuera de aquí! ¡Y rápido!

Al decir esto temblaba violentamente y en sus ojos relampagueaba aquella luz que hacía poner en guardia a Astrid y a Yvonne, y que significaba que la señorita Wergeland ya estaba harta de discusiones o de sorpresas.

—¡Cese usted de cantar! —gritó Helene con voz de trueno a la señora Ninette, que persistía en sus gorgoritos—. ¡Usted es la única culpable de la desgracia de Vivica! Pero ya lo pagará un día u otro.

—¿Cómo puede pensar eso la mejor de mis amigas?

—¡Usted envió a la pobre criatura a Saigón para asuntos de su cochino negocio! ¡Ya me cuidaré yo de que el *Kempetai* acabe de una vez para siempre con sus cancioncillas!

Una calma que hacía pensar en la muerte siguió a las palabras de la señorita Wergeland. La señora Ninette había dejado de cantar y también de reír; ahora contemplaba fijamente a la esbelta noruega de cabello blanco. Era una mirada desagradable. Luego, con voz serena y dura, preguntó a su secretaria, que en ese momento acababa de salir de la despensa con un fajo de cartas en la mano:

—¿Has oído eso, Leskaja?

La mujer vestida de gris asintió con la cabeza. Las aletas de su nariz se movían como hojas agitadas por el viento.

—Déjame este asunto a mí, palomita —murmuró en ruso la señora Ninette—. Nina Ivanovna dará una buena lección a esta espantosa mujer.

Se enderezó en el sillón reservado para los huéspedes de honor. Estaba dispuesta para la gran escena. Verdaderamente no sabía lo mucho que la señorita Wergeland odiaba las escenas.

—Señora —dijo la mujerona con una voz seca y completamente cambiada, que parecía la de otra persona—, usted está loca, completamente loca. Debo advertirle en su propio interés que no vuelva a provocarme.

Por vez primera en su vida la señorita Wergeland se abstuvo de contestar adecuadamente a una alocución tan insolente como ésa. Miró a la nueva señora Ninette. Su aspecto era intranquilizador. Ya no era cómico como antes, a pesar de los rizos de su cabellera gris. Helene no hubiera sabido decir por qué, pero le parecía que ahora tenía una apariencia más peligrosa que la espectral secretaria.

—Haga usted el favor de no seguir diciéndome todas esas estupideces. Yo no he

enviado a su encantadora sobrina a Saigón. Nunca, jamás, ¿ha comprendido?

—¿No ha mandado usted nunca allí a Vivica? —balbuceó Helene, horrorizada—. Pues entonces, ¿quién ha sido? Vivica me decía siempre que...

—Es una embustera —la interrumpió la señora Ninette—, una vagabunda.

¡Vagabunda! Helene oyó el tañido de la campana del recuerdo. Una muchachita pequeña, pálida, Astrid, había acudido a la cama de Helene en Trondheim. «Mamá llamó a la mujer que llevaba un estuche de violín *une vagabonde*. Creo que había robado algo a mamá...». Y poco antes de suceder la catástrofe, Knut le había escrito refiriéndose a Borghild y diciendo que era «una criatura salida del caos y que su arte era un producto del infierno». Helene no había podido olvidar jamás estas palabras tan duras. Quizás había sido la misma dureza de Knut la causa determinante de la muerte de Borghild, y tal vez era este hecho la razón del cariñoso amor que Helene profesaba a Vivica. ¡Cielo santo!, ¿qué había pasado ahora con la muchacha?

—¿Quién mandaba a mi sobrina a Saigón? —preguntó la señorita Wergeland con voz apagada.

—¿Cómo quiere usted que yo lo sepa? ¡Será *mejorrr* que se lo *prrrregunte* a su estimada delincuente!

—¿Entonces, es cierto que no la enviaba usted?

—¡Me hubiera *guarrddado* muy bien de *hacerrlo*! ¡Su sobrina es una *manirrota*, una abyecta malgastadora!

—¿Pues entonces quién iba a comprar sus cosméticos, si no iba mi sobrina?

—Yo compraba los cosméticos para la señora Ninette —intervino Vera Leskaja, que no había apartado un solo momento su vista de la cara de su dueña.

—¡Naturalmente! ¡Vera Leskaja es mi agente comercial para Saigón! Es práctica, y como no es demasiado hermosa no va a pasar sus veladas en las salas de baile. Esto es algo muy importante para una compradora.

Después de haber hecho este juicio sobre su agente de compras, la mujerona miró fijamente a su secretaria con amistosa malicia.

—Yo le decía con frecuencia a su sobrina que era una pequeña vagabunda. Pero ella contestaba diciendo que se dedicaba a templar los corazones de los hombres —repuso la señora Ninette—. ¡Tan joven y tan depravada! ¡Esa Vivica es una auténtica zorra!

Se calló, y luego preguntó:

—¿Has oído lo que he dicho, Leskaja?

Estaba tan orgullosa de sus propias definiciones, que volvió a repetir que Vivica era una zorra.

—¡Fuera! —ordenó la señorita Wergeland—. ¡Vaya a contar sus cuentos rusos al *Kempetai*! ¡Me gustaría saber quién ha sido si no usted la causa del infortunio de mi sobrina!

Las dos rusas cambiaron una mirada. Luego, Vera Leskaja se acercó a Helene. La vieja noruega debía ser reducida al silencio de una vez para siempre, pues de lo

contrario podría resultar fatal para la colonia rusa. El *Kempetai* era desconcertante; recientemente había pasado por las armas a uno de sus propios agentes a causa de una denuncia. Vera Leskaja dirigió su mirada mortecina y ávida, en la que había desaparecido ya el último destello de compasión a la señorita Wergeland.

—Le aseguro a usted por última vez, señora, que mi dueña no tiene nada que ver en absoluto con la detención de su sobrina. ¡Y nosotras nos cuidaremos de que la arresten a usted si vuelve a ofender de nuevo a Nina Ivanovna o la hace objeto de sus sospechas! ¡Nuestra paciencia ha llegado a su límite, señora!

—¡Fuera! —dijo roncamente la señorita Wergeland.

—El hecho de que no la haya detenido el oficial japonés no debe permitirle hacerse ilusiones —prosiguió Vera Leskaja—. Quizá le interese saber que ha sido el mismo mayor Kimura quien ha arrestado a su sobrina en nuestro salón. ¿O es que acaso cree que le ha hecho esta visita para charlar un rato?

—Sin coñac, sin *ginebrrrra*, sin café... *rridículo* —exclamó la señora Ninette. Esta casa es la mansión de la muerte.

Encendió el último cigarrillo de Astrid.

La señorita Wergeland no dijo una sola palabra.

—¡Generalmente, señora, el *Kempetai* no tiene prisa! Por el contrario, prefiere observar a una familia sospechosa. Lo mismo hace cuando se trata de un grupo, de un partido o de todo un pueblo.

Vera Leskaja seguía mirando fijamente a la señorita Wergeland. Debía convencer al mayor Matsubara-Kimura para que no dejara en paz a la vieja noruega. En los calabozos del *Kempetai* tendría ocasión de lanzar tantas calumnias como quisiera. Vera estaba maravillada de que el mayor no se hubiese llevado consigo inmediatamente a la ruda dama. Probablemente vendría más tarde a por ella. Nadie sabía nunca lo que se proponía el «sabueso». Ni siquiera ella misma, que era su agente principal.

—Si usted se empeña en saber, señora, quién es la persona que mandaba a su sobrina a Saigón dos veces al mes, debo decirle que yo misma puedo comunicárselo —dijo despreocupadamente Vera Leskaja.

La señorita Wergeland inclinó su rostro hacia delante como si no hubiera oído bien. También la señora Ninette había aguzado los oídos.

—Mi triste destino es ser portadora de las peores noticias —prosiguió la rusa—. Pero es mucho mejor que usted lo sepa. Yo he escuchado atentamente lo que han dicho los dos oficiales japoneses en nuestro salón cuando han venido a detener a su sobrina. Comprendo un poco el japonés.

—¡Eres un demonio! —exclamó la señora Ninette, palmoteando alegremente—. ¡Ah, eres la mejor y la más avispada de las mujeres!

—Si al final no ha de decírmelo... —la interrumpió Helene.

—Los oficiales han mencionado a un hombre en relación con los viajes de su sobrina, a un francés. Han dicho que era el prometido secreto de la señorita Vivica.

Ella es joven, radiante, bonita, y le gusta tener líos con los hombres, ¿no es cierto, señora?

—¿Quién es? —preguntó Helene, a quien le fallaba la voz—. ¡Por Dios santo, dígalo de una vez!

Con sádica lentitud, Vera sacó de su monedero una grasienta libreta de notas y empezó a hojearla.

—He apuntado el nombre aquí. Ah, aquí ésta. El conspirador y enemigo del imperio mundial japonés se llama Pierre de Maury, coeditor del periódico *Indochina*, amigo de los japoneses. Como le he dicho, el prometido secreto de su sobrina Vivica.

—¿Se ha vuelto usted loca?

Vera Leskaja aceptó el insulto encogiéndose de hombros. Por toda respuesta entregó a la señorita Wergeland un fajo de cartas.

—He encontrado estas cartas junto con aquel papel verde en la habitación de su sobrina. La señorita Vivica debe ser muy desordenada cuando deja en su escritorio unas cartas tan confidenciales sin cerrarlas bajo llave. Me he tomado la libertad de leerlas mientras usted hablaba con el japonés, señora. Puedo decirle que el señor De Maury escribe unas cartas que pueden hacer perder la cabeza a cualquier muchacha. ¡Buenos días, señora!

Las dos rusas desaparecieron de pronto con notable rapidez. Helene Wergeland permaneció de pie, inmóvil, en el recibidor. Se le habían caído de las manos las cartas que Pierre de Maury había escrito a Vivica.

Finalmente se agachó y con el gesto de una espigadora, recogió todas las cartas. Se dirigió a su habitación y las encerró en su secreter. Astrid no tenía que ver nunca esas cartas. De lo contrario diría que la hija de la vagabunda le había robado su novio. La señorita Wergeland no sabía que Astrid conocía el contenido de esas cartas palabra por palabra. En las largas noches que Vivica había pasado bailando en jardines extraños bajo la verde luna tropical, Astrid se había aprendido casi de memoria las cartas de Pierre dirigidas a su hermanastra. Había estudiado muy a menudo el contenido de esos papeles. No había olvidado una sola palabra gracias a su irritante memoria. Pero Helene lo ignoraba, pues, como es sabido, a Astrid cada palabra parecía costarle un dólar.

Precisamente la señorita Wergeland quería dirigirse a su oficina cuando sonaron las sirenas. Empezaba el más terrible ataque aéreo que desde el año 1941 había padecido aquella ciudad situada a las orillas del río Menam. Innumerables personas, bestias y casas fueron barridas por las bombas. Yumei llevaba una hora esperando en el patio de la prisión la posibilidad de entregar a Vivica su manjar favorito. Una bomba que cayó en el centro de la casa mandó una esquirla mortal a Yumei. Murió sin proferir un grito, con los pucheretes y su hijito entre los brazos. Los prisioneros recién llegados —chinos, indios, europeos— estaban en parte sufriendo el interrogatorio, en parte en los calabozos de la prisión provisional, la cual tenía tres salidas secretas que daban a una calle del lado opuesto.

Cuando las sirenas dieron la señal final, las dos centrales eléctricas de Bangkok habían sido ya destruidas. Hasta el término de la guerra la ciudad habría de permanecer sin la cantidad de luz eléctrica necesaria, sin el agua corriente en los cuartos de baño, sin las suficientes líneas telefónicas, sin tranvías, sin ferrocarriles, como un gigante paralizado bajo el terrible calor tropical.

Sobre el destino de los encarcelados en Saladeng reinaba la inseguridad. El *Kempetai* no daba noticias ni de los vivos ni de los muertos; de los muertos mucho menos, puesto que tales noticias hubieran incitado a los conspiradores capturados a decir mentira tras mentira a la policía secreta, mentiras que no podían desmentir los que ya no pertenecían a este mundo.

Cuando después del ataque aéreo la señorita Wergeland salió del refugio situado en el jardín y volvió a entrar en la casa, no sabía que la fiel Yumei había muerto. Tampoco tenía la menor idea de si Astrid y Vivica vivían todavía.

Eran las cinco de la tarde cuando los sobrevivientes se arrastraban de nuevo hacia sus casas. Si Astrid, que se hallaba en el centro de la ciudad, había podido librarse de la lluvia de bombas, aparecería de un momento a otro.

Astrid no se presentó en Sathom Road hasta el anochecer. Primero había ayudado a trasladarse a su casa al anciano señor Sun. Su comercio ardía, y con él habían desaparecido entre las llamas los objetos de valor de los Wergeland: cuadros, joyas de jade, porcelanas, armarios con relieves tallados en madera... Al enterarse de la detención de su primo, el señor Sun había sufrido un choque nervioso y habría querido irse a pique de una vez para siempre con todos sus valores. Astrid le había salvado la vida con ayuda del personal.

Cuando llegó a casa deshecha y medio muerta de sed —eran ya las siete de la tarde—, la señorita Wergeland salió a recibirla a la escalera con una lámpara de aceite.

—¡Nos hemos quedado sin corriente y sin agua! ¡Gracias a Dios que vienes sana y salva!

Al brillo tembloroso de la luz su aspecto era el de un espíritu. La gigantesca escalera de la casa se hallaba llena de trémulas sombras.

—¿Está Vivica en casa? —preguntó Astrid, angustiada.

—No, no está en casa. No vendrá.

—¿Qué te sucede, tía Heleno? —gritó Astrid.

La señorita Wergeland había hablado con voz apagada. Era como si la vida hubiese abandonado durante el espacio de las cinco últimas horas aquel cuerpo vigoroso y aquella mente enérgica y eternamente desvelada, y como si a la luz vacilante de la lámpara de aceite Astrid sólo viera la envoltura de la anciana tía Helene.

—¿Le ha pasado algo a Vivica?

Astrid creía que vivía en un mundo ficticio. ¿Qué le había ocurrido en realidad a tía Helene?

—No lo sé, Astrid —contestó la señorita Wergeland con voz igualmente apagada—. Quizá Vivica viva todavía. Debemos averiguarlo.

—¿Dónde? —preguntó Astrid.

—Yo he guardado un poco de arroz caliente. ¡Vamos al comedor, criatura! Nos servirá el marido de Yumei.

La señorita Wergeland se detuvo. En la cocina estaba Yumei. Los pucheretes en sus manos heladas, se lo explicaron todo a Helene. Se arrodilló junto a Yumei y con sus gruesas manos temblorosas separó de su frente los cabellos con sangre reseca. Yumei, que con los años se había convertido en una respetable y feliz madre de familia, había conservado toda la vida su redonda y lisa frente infantil, que tan a menudo había apoyado en Trondheim sobre las rodillas de Helene en prueba de su lealtad *El hombre de las gallinas*, que la conocía del mercado de Saladeng, la había traído a casa llorando y temblando. Wen, el marido de Yumei y cocinero de los Wergeland, permanecía de pie inmóvil junto al cadáver de su esposa y del menor de sus hijos. ¿Por qué se había marchado sin él? Él la hubiera acompañado y hubiera velado por ella y por el hijo. Yumei era pequeña y fructífera como una flor de dátíl.

A pesar de la respetuosa protesta de Wen y del resto de la servidumbre, Helene lavó con sus propias manos el cuerpo de la difunta y la vistió con sus mejores ropas. Por último colocó sobre su pecho aquella alhaja de plata. La reluciente plata noruega y el resplandeciente rojo chino de los vestidos ofrecían un bello conjunto. Este conjunto hubiera alegrado a Yumei. La alhaja de plata significaba la póstuma y muda muestra de reconocimiento de *fröken* Wergeland de Trondheim. Acompañaría a Yumei al lugar donde la estaban esperando sus progenitores...

En el comedor, iluminado con la luz de aceite, Astrid se enteró de cómo y cuándo se había derrumbado el mundo de su familia. Parecía una columna ante su plato de arroz helado. ¿Cómo podía haber caído Vivica en esa trampa? ¿Quién la había arrastrado a la desgracia?

Astrid se había quitado las gafas y miraba con fijeza a su tía. La señorita Wergeland la había informado de todo lo sucedido; solamente se abstuvo de aludir a las cartas de Pierre de Maury que, según había manifestado la rusa, era un enemigo del Japón bajo la máscara de una «colaboración» projaponesa.

—Come, Astrid —dijo Helene, extenuada. Pero la muchacha no podía comer. Un terrible secreto— toda la vida, incluso de niña, había tenido misterios y secretos que luego iba a comunicar a tía Helene —le había quitado el apetito. Pero cuando observó el apagado rostro a la luz de la lámpara de aceite— un rostro todavía atrevido, pero mortalmente herido —se dio cuenta de que debía guardar para sí ese terrible secreto aun cuando la ahogara.

—¿Por qué no comes? Necesitaremos nuestras fuerzas —murmuró la señorita Wergeland.

Al despuntar el alba deberían ponerse en camino para buscar a Vivica, en el caso de que la criatura estuviese viva aún. Quizás el *Kempetai* tendría compasión de ella. Helene no se había sobrepuesto todavía a la impresión que le había causado el cortés y amable oficial que había estado burlándose de ella. ¡Él mismo había detenido a Vivica!

Y ella ni siquiera sabía su nombre. Y no podía ir a preguntárselo a las rusas, puesto que las había expulsado de su casa.

—Buenas noches —dijo Astrid con voz rota.

Su rostro se hallaba pálido como la nieve; la señorita Wergeland se había dado cuenta a pesar de las tinieblas.

Se levantó y retiró la cabellera de la frente de Astrid.

—¡No te pongas enferma, hija mía! ¡Ahora sólo me quedas tú!

Quizá no hubiera debido mostrarse tan afectuosa con Astrid, pues la muchacha no podía soportar esas caricias. Por así decirlo, se encontraba deshecha ante los ojos amorosos de la señorita Helene. Retrocedió con las manos extendidas y se lamentó:

—¡Eres demasiado buena conmigo! ¡Yo... tengo la culpa de todo!

—Ve a dormir, Astrid —dijo la señorita Wergeland con extremada dulzura, puesto que su fino olfato y su aguda perspicacia habían despertado en ella un terrible presentimiento—. Ya hablaremos mañana.

Rodeó con su brazo a la muchacha que, sollozando desconsoladamente, se había agarrado a ella, y la condujo a su dormitorio. Allí la desnudó, cubrió con una manta de lana su cuerpo terriblemente enflaquecido y mezcló con agua hervida unos polvos soporíferos. Era la medianoche. Antes de que Astrid se hundiera en un sueño febril, abrió sus brillantes ojos y murmuró:

—¡Yo no lo sabía, tía Helene! ¡Tienes que creerme!

¿Qué era lo que no sabía Astrid? Ahora eso no importaba en estos momentos. A Helene sólo le interesaba reparar los desperfectos y ayudar y poner a salvo a las hijas de Knut.

—Te creo —musitó, y dio media vuelta.

Fue a acostarse también ella, y lo hizo en una cama turca para poder tener a Astrid a la vista. Corrió el mosquitero y suspiró debajo de la gigantesca nube de tul como aquel que, después de una pesada marcha por el desierto, se encuentra ante un nuevo desierto. La gran casa tropical con el desolado pabellón reservado a las familias chinas fugitivas estaba angustiosamente vacía. Yumei había muerto. Vivica había desaparecido. Mailin vivía en la ciudad de Singapur, ocupada por los japoneses y que por lo mismo era una zona de peligro. Era un peligro típicamente asiático que lo amenazaba todo, una onda de exterminio suave, imperceptible, que avanzaba furtivamente, se encrespaba juguetona, hasta que con una furiosa y gigantesca oleada conseguía tragárselo todo. Ahora, sólo Astrid y ella permanecían aquí, y la casa vacía parecía estar llena del terrible secreto que ocultaba Astrid. ¿Qué era lo que no sabía? ¿Por qué había dicho que era la culpable de todo? ¿Por qué sendas había transitado su

perturbado espíritu durante aquellas noches pasadas en blanco, encerrada en su habitación y atormentada por la imposibilidad de su amor? «¿Quién es Astrid?», se preguntó Helene en la tranquilidad de la noche.

En su profunda extenuación cerró los ojos y aguzó los oídos. Percibió un ruido, como de un tambor mágico de los chinos. Poco a poco Helene fue dándose cuenta de que ese martilleo sordo y penetrante no era otra cosa que los latidos de su propio corazón. Una sensación extraña, una corriente que amenazaba su vida, estremecía todo su cuerpo; notaba que sus rodillas se tornaban blandas como el algodón; su corazón palpitaba presuroso y persistente, y se percató de que sus gruesas y diestras manos que siempre habían reparado desperfectos y habían ofrecido consuelo a los que habían perdido la paz, se quedaban rígidas como el hielo.

—Tengo *miedo* —pensó asustada la señorita Wergeland.

Capítulo III

VARIACIONES DEL MIEDO

Astrid se levantó al despuntar el alba y se marchó de casa sin desayunar. La señorita Wergeland yacía en su lecho durmiendo extenuada. Astrid la había estado contemplando un momento con expresión curiosa; tía Helene no sabía todavía lo que había hecho. Ella misma debía poner manos a la obra inmediatamente para salvar a Vivica. De nuevo su cabeza trabajaba con claridad y lógica. Su efusión sentimental de por la noche, sólo porque tía Helene la había acariciado amorosamente con sus manos, había sido sumamente inconveniente. Ella, que había anhelado más que cualquier muchacha las caricias del amor, no podía soportarlas ahora. Tampoco era tan celosa como cuando tenía siete años, o cuando dio muerte al rabilargo, o como cuando en el pensionado de Lausana atormentaba a las otras niñas con las cuestiones del amor, o como cuando torturaba continuamente a su padre, a tía Helene y más tarde a Pierre de Maury. Sus celos envidiosos y el odio al amor que se habían despertado en ella después de la excursión a Angkor habían sido como los ríos de Babilonia; la habían arrastrado a ella y a las pocas virtudes que tenía. Si a Vivica le ocurría algo, ella, Astrid, sería la culpable, a pesar de que no había sido ésa su intención. De niña tampoco había sido su propósito estrujar, hasta matarlo, al pájaro rabilargo, pero sin embargo, no tardó mucho en darse cuenta de que entre sus manos sostenía un cuerpo sin vida. Luego se había puesto a gritar, y papá la consoló; también tía Helene la había confortado la noche anterior protegiéndola con su brazo. Pero el rabilargo había muerto, y ayer al mediodía una bomba había caído en la casa donde los japoneses tenían encerrada a Vivie. Astrid no había podido sospechar que Vivie tuviera algo que ver con el espionaje de los Sun. ¿O no era todo eso más que un lamentable error del *Kempetai*, que cada vez se sentía más nervioso, y por ello era más peligroso? Vivica sólo se dedicaba a bailar en las veladas en casa de Molly Sun bajo la luna tropical. Entretanto, Astrid cenaba en la oscura terraza con tía Helene sin pronunciar palabra. Y luego decía «buenas noches» y se dirigía a la habitación de Vivica. Con las gafas ajustadas sobre su nariz estudiaba con detención las cartas que Pierre de Maury enviaba a Vivica. ¡Jamás le había escrito a ella unas cartas como ésas!; Nunca había supuesto que Pierre pudiera sentirse tan amorosamente atraído por la belleza de Vivica. Parecía que contara las horas hasta que volvía a ver de nuevo en Saigón a la pequeña «Vivienne». Sólo quería encontrarla en Saigón, porque en Bangkok, Astrid les hubiera seguido el rastro. Pierre se había mostrado sumamente cortés al hacer las cosas así; no deseaba herir a Astrid sin necesidad.

Sí, eso era lo que había leído, una y otra vez hasta llegar a saberse de memoria las cartas, palabra por palabra. Con mucho gusto hubiera derramado un par de lágrimas

al leer aquellas delicadezas, como hacían en todo el mundo los enamorados, pero la naturaleza le había vedado ese fácil medio de desahogo y alivio. Y era una lástima que fuera así, porque sus aflicciones se iban convirtiendo en una úlcera que roía su virtud. Su corazón estaba tan seco como un arrozal en los tiempos de calor. Lo consumía un dolor seco y la vergüenza de verse despreciada y arrinconada por culpa de una joven vagabunda. Astrid se hallaba convencida de que todo ese asunto empezó el día en que Vivica bailó en presencia de Pierre.

Una noche —tres semanas antes de la detención de Vivica— Astrid se había sentado en su despacho provisto de refrigeración eléctrica y había escrito una carta serena y clara a un organismo que no conocía la clemencia cuando recibía «informaciones», aunque esas cartas fuesen anónimas o escritas con una máquina de escribir china.

Y ahora había sido arrestada una persona en la que Astrid no había pensado: ¡su hermanastra Vivica! ¿Cómo había sido posible? El *Kempetai* detenía a los hombres que eran considerados como «enemigos del Japón», los sometía a interrogatorio y luego procedía con ellos como mejor le parecía; ¡pero el *Kempetai* no encarcelaba a los pajarillos que cantaban tonadillas amorosas a los hombres, ni tampoco a las muchachas que bailaban con ellos enamoradas en los clubs nocturnos de Saigón! De ser así, hubiera tenido que instalarse una cárcel especial para las mujeres. Los japoneses menospreciaban demasiado a la mujer como esencia intelectual para tomarse la molestia de encerrarlas en masa. Les interesaban los hombres.

Astrid sólo había denunciado al *Kempetai* a Fierre de Maury como enemigo del Japón.

Así, pues, en su trágico desconcierto, al despuntar el alba se dirigió a casa de la señora Ninette. Era un desafío a todos los preceptos de la cortesía ir a visitar a una dama a las seis y media de la mañana; pero Astrid sentía la imperiosa necesidad de enterarse lo más pronto posible de todos los detalles del asunto. Ya en Shanghái habían anudado buenos lazos de amistad; la señora Ninette charlaba ininterrumpidamente con Astrid contándole historia de gente absolutamente desconocida, y Astrid pagaba a gusto y espléndidamente sus servicios. Pero ahora tenía que hablar con la rusa no de una persona absolutamente desconocida, sino de su hermana Vivica.

El *coolie*, que había acudido medio dormido a abrir la puerta, explicó que su dueña se había marchado el día anterior al mediodía en viaje de restablecimiento. Astrid se quedó tan desconcertada que incluso olvidó dar una propina al *coolie*. Por ello la puerta le fue cerrada violentamente. Subió a su pequeño coche de *sport* y se alejó.

Tras las cortinas de la habitación donde tomaban el desayuno estaban sentadas la señora Ninette y Vera Leskaja y vieron como se marchaba Astrid. Reían. La señora Ninette voceaba como un animado repartidor de cerveza, y Vera Leskaja sonreía. Ni la una ni la otra querían volver a hablar nunca más con miembros de la familia

Wergeland.

—Ha sido cómico, ¿no es cierto, Vera, palomita mía?

Vera Leskaja asintió. Había pasado la noche en casa de su dueña, pues la señora Ninette estaba demasiado excitada por la falta de hospitalidad de la señorita Wergeland.

Mientras la mujerona roncaba, Leskaja, que todavía no conocía muy bien la nueva casa, había aprovechado la ocasión para introducirse a hurtadillas en su habitación y registrar un poco su escritorio. Como ya se ha dicho, tenía una facilidad sobrenatural para encontrar a primera vista en las casas extrañas el cuarto de baño y los escritorios, y sacar de ellos lo que él parecía más oportuno.

Durante el desayuno, que la señora Ninette empezó con coñac, permanecieron sumidas en un profundo silencio que contrastaba con la serenidad y el buen humor con que saludaron la despedida de Astrid.

—Tú, no comes nada, ni bebes nada, *perrrmaneces* callada como un santo de *altarr* con amigdalitis —murmuro la señora Ninette—. ¿Qué te pasa, Leskaja?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—Si lo supiera ya no tendría miedo —contestó lentamente Vera Leskaja.

Astrid se dirigió desesperada a su despacho situado en el Prahurat. En aquellas calles de los traficantes en oro y seda reinaba gran animación a pesar de lo temprano de la hora. Indios altos y esbeltos con turbantes multicolores abrían las puertas de madera de sus tiendas y exponían las majestuosas sedas y brocados sobre las mesas dispuestas ante la puerta. No así los traficantes en oro; éstos eran prudentes porque habían demasiados ladrones en el Prahurat. La vida seguía su curso, aun cuando el mundo de los Wergeland parecía haberse venido abajo.

La pequeña oficina de Astrid, en la que tramitaba asuntos de todas clases procurándose buenos ingresos, se hallaba entre una tienda de artículos de oro y una oficina de cambio. Desde su mostrador podía mirarse directamente al interior del primer piso de un restaurante indio; allí iba frecuentemente a almorzar. La comida de los indios era la única cosa que todavía le hacía afluir lágrimas a los ojos. Estaba muy condimentada, era dulce y ardía continuamente como la nostalgia de una mujer repudiada. Astrid había comido el día anterior en este local, mientras un colaborador del *Kempetai*, que se hacía pasar por siamés en la central eléctrica y que, para disimular, se dedicaba a la reparación de las conducciones eléctricas de las viejas tenduchas, montaba un micrófono en su oficina. Las cortinas se encontraban echadas a causa del sol de mediodía, y el hombre tuvo el tiempo necesario para registrar el escritorio de Astrid. Sólo había encontrado algunos inofensivos papeles de negocios, que a él, como viejo sabueso del *Kempetai*, inmediatamente le parecieron sospechosos. A partir de ese día tendría que buscarse un nuevo empleo si pretendía

seguir trabajando en las oficinas: los aliados habían destruido en gran parte las centrales eléctricas.

Cuando Astrid llegó esa mañana a su oficina, oyó una aguda voz japonesa. Por su acento reconoció en seguida que no era el chino que ella había aprendido de niña en Shanghái.

«Vienen por mí», pensó aliviada. Era lo que deseaba con más ilusión. Pues de lo contrario, ¿qué haría encerrada entre las ruinas de su existencia? En ese instante tuvo de pronto el firme convencimiento de que Vivica ya no vivía. Corrió hacia la oficina, de donde provenía aquella voz, y abrió la chirriante puerta a la que el *coolie* no ponía jamás un poco de aceite. En lugar de colocar las cosas en su sitio, el *coolie* Yu-schui ocupaba su tiempo aprendiendo japonés. Estaba sentado junto a la radio, pero en el mismo momento en que Astrid penetraba en la estancia puso la emisión inglesa que transmitía radio Tokio. El inglés lo había aprendido con los dioses blancos. Yu-schui se hallaba dotado del afán de estudio tan típico de los chinos: lo que aprendía ya no lo olvidaba jamás.

La voz de Radio Tokio explicaba con toda la potencia del altavoz:

Los Estados Unidos de América son como un cubrecama remendado; los remiendos son los numerosos pueblos de su territorio. A esos remiendos les falta el orgullo nacional y ese espíritu de la lealtad dispuesto a la muerte, que desde hace millares de años llena la historia del Japón. Si América no renuncia de una vez a sus débiles esperanzas en la victoria, se despeñará en un mundo de intranquilidad y confusión espiritual.

Astrid interrumpió el discurso del almirante Sankichi Takahashi y se sentó rígidamente en el sillón de su escritorio con un orgulloso sentimiento derivado de aquella situación trivial. Empezó a reflexionar sobre el motivo por el cual todo le salía mal en la vida. Había amado apasionadamente, y su amor no había tenido recompensa alguna; había odiado reconcentradamente y tampoco había sido castigada. Ya no aborrecía a Pierre de Maury; se preguntaba maravillada cómo había podido estar en relaciones con un bribón de su talla. Una muchacha no tenía por qué incitar a la policía militar a la caza de un hombre por la única razón de que no correspondía a su amor. Astrid suspiraba en su ilimitada tristeza; jamás había podido sospechar que sus celos conocieran abismos tan profundos. Ahora hubiera preferido dar su vida a cambio de poder dejar sin efecto sus denuncias y todo lo que había hecho; pero su vida se desenvolvía bajo un viento desfavorable. Era demasiado tarde. Su odio la había distanciado de Dios y de los hombres. Vegetaba en un yermo, acompañada solamente de la radio y de la máquina de escribir. Con sumo placer hubiera saltado al carro que seguía la senda opuesta, pero nadie le tendía la mano. Se encontraba encerrada en su personalidad como en un calabozo. No podía ni debía

torturar más a tía Helene con sus terribles secretos. Era lo único que le era posible hacer todavía por su familia, ya que nadie quería detenerla. Deseaba que llegara la tempestad, pero ésta no se desencadenaba.

Encendió un cigarrillo, ya que no podía permanecer demasiado tiempo sentada sin hacer nada. Había mandado al *coolie* a Saladeng, pues deseaba enterarse de algo sobre el destino de los encarcelados. Volvió a poner la radio y de nuevo tuvo que tragarse el odio de los japoneses contra el Occidente. De repente se notó invadida por un sentimiento que amenazaba con hacer desvariar su juiciosa inteligencia. Algo enemigo de la vida salía de la voz de la radio y llegaba hasta su interior, mientras escuchaba inmóvil el torrente de palabras: miedo en cada minuto, uno de los miedos más horribles que jamás ha conocido la humanidad. Ese temor recibía en el Extremo Oriente algo demoníaco porque los europeos que querían hacer algo se ahogaban en un océano de indiferencia y de aletargada resignación. Nadie ayudaba; nadie se apresuraba; nadie daba un consejo, sólo porque el *Kempetai* detenía a las personas que mejor le parecía.

Astrid seguía sentada imperturbable ante su escritorio. ¿Quién podría prestarle ayuda? De pronto le vino a la mente el nombre del barón Matsubara. Cierto que él no era más que un asceta —y en verdad muy poco simpático—, pero, no obstante, podría pedir informes al *Kempetai*. Recientemente le había visto en el «Trocadero Hotel», cuando fue a comer allí con irnos clientes daneses. En el «Trocadero» residían todos los japoneses distinguidos, militares o no. El barón Matsubara parecía ser todavía un hombre civilizado. Ella no mencionaría para nada a Pierre de Maury —hacía ya dos años que se habían separado definitivamente—, y le pediría sencillamente que se informara sobre el destino de Vivica. ¡Tenía que vivir! Quizás al comenzar el ataque aéreo había sido trasladada a otra casa. Así había acontecido semanas antes con un grupo de indios. Ninguno de ellos había perdido la vida. El *Kempetai* necesitaba a sus detenidos como fuente de información. Los cadáveres sólo aparecían cuando los hombres no tenían ya nada más que declarar. Y aun no siempre sucedía así. A veces ocurría que el *Kempetai* ponía en libertad a determinados presos. Instalaba secretamente un micrófono en la casa del interesado —casi siempre se valía de agentes chinos que ofrecían artículos de seda— y luego oía todo lo que decía el libertado y todo aquello por lo que se interesaba. Sencillamente, ese método era ideal para saber que los testarudos presos no habían traicionado.

Mientras Astrid estaba pensando en el barón Matsubara, por asociación de ideas recordó el *haikku*, lo que le había recitado el barón, muy amigo de las poesías, en el «Gran Hotel» de Siem-Reap después de la conversación sobre el *caodaísmo*. Su irritante memoria funcionaba como en sus mejores días. Veía ante sí la vasta sala tropical del hotel: las plantas en lujosas macetas de cerámica, las mesas y sillas bamboleantes, al más viejo de los japoneses, callado, con sus tres grandes dientes anteriores, y el barón Matsubara, antiguo amigo de Pierre, a quien conocía de Shanghái y Tokio. La mesa estaba cubierta de polvo; tres turistas japoneses instalados

en un rincón del vestíbulo observaban con devoradora curiosidad el sombrero parisiense de Astrid; en el exterior, la ciudad había quedado dormida, una ciudad que olía a un pasado brillante y a pescado podrido. Una ciudad asiática muy pequeña, notablemente desmantelada, abandonada y pacífica. El «Gran Hotel» era como un desafío del Occidente en medio de aquella ciudad feliz y rústica con sus muchachas ataviadas con relucientes *sarongs*^[47], con el salón chino de juego, el teatro camboyano y los mosquitos.

El cóctel de champaña había sido preparado como era moda. Con una sonrisa de excusa el barón Matsubara había cerrado la radio, que daba el programa de Tokio: «la enojosa política, la enemiga de la poesía, ¿no es cierto?». Luego había recitado un *haikku*:

*Eufórico el ruiseñor
canta cuando no ve
los barrotes de su jaula.*

¿Por qué razón no había acertado a comprender entonces el melancólico sentido de este verso? ¿Cómo había podido en Shanghái calificar de «juego de niños» a esas poesías dotadas de tan rico sentido? Pero en estos momentos en los que permanecía sentada en su despacho, desconcertada y reflexionando sobre el modo de poder salvar a Vivica y a Pierre, la fuerza del recuerdo le sugirió algo; fue como un relámpago irracional e inesperado. De pronto, sin necesidad de prueba alguna, se había percatado de que el barón Matsubara no había sido jamás amigo de Pierre.

Así, pues, decidió no ir a visitarle al «Trocadero». Cerró la puerta de la oficina y, sistemáticamente, comenzó a registrarlo todo. Al cabo de un rato encontró el micrófono y lo escondió en su bolsillo. Luego lo arrojaría al río Menam envuelto entre mondaduras de frutas.

En ese momento sonó el teléfono, que había sido reparado provisionalmente. Astrid descolgó temblando el auricular y volvió a sentarse en su sillón de mimbre. Pero la costumbre era más fuerte que su desconcierto: sin darse siquiera cuenta recuperó aquel porte característico que le había valido el mote de *La duquesa*. Su estrecho vestido blanco con un ligero matiz de lila le confería un aspecto fresco e intachable. El tono lila de la seda sugería esa orgullosa resignación que también había sido el arma preferida de Yvonne después de todos los momentos de conmoción. Astrid se había quitado las gafas, pues tenía dolor de cabeza, y además ahora no le era preciso ver nada. Su aspecto cambiaba de un modo sorprendente. Su rostro distinguido, reservado, descolorido y sereno ante las penas, ocultaba un trágico elemento de belleza, que las gafas destruían más o menos.

Con voz clara que no delataba en absoluto su lamentable estado de ánimo, Astrid orientó a un cliente francés sobre el precio actual del oro. Había subido a alturas exorbitante. «¡No, señor, yo prefiero no vender! Ni su estaño ni su oro». Ella había

comprado semanas atrás su oro en condiciones muy favorables, ¿no era cierto? ¡Ah, no, Astrid no era un genio! «El juego del oro» lo jugaban hoy día los bebés en el cuarto de los niños. ¡Sí, eran unos tiempos muy extraordinarios! ¿Quinina? Sí; ciertamente, Astrid podría procurarle un poco. Pero sólo en el «mercado negro» chino y a un precio realmente escandaloso. *Tardón? Naturellement*, vender medicamentos a ese precio equivalía a vender la propia alma; el señor tenía toda la razón. ¿Cuánto, por favor? ¿Habrían traído la malaria a Saigón esas abominables tropas japonesas?

Astrid contuvo la respiración y preguntó al señor Duval si hacía poco que había estado en Saigón. ¿Se hallaban allí las cosas en orden? ¿Qué hacía su tío abuelo, el profesor Clermont? No, nada de especial. Astrid sólo preguntaba por una vieja rutina. ¿Cómo, por favor? ¿Había alguien junto al señor Duval que quería hablar con ella? ¿Quién?

—¡Por favor, señorita, no se retire del aparato! ¡Ahora habla Pierre de Maury!

Se oyó un ¡crac! en el teléfono reparado provisionalmente al que las bombas habían dejado en muy mal estado.

Astrid gritó desesperada:

—¡Pierre! ¡He de hablar contigo!

En la nueva oficina del *Kempetai* el barón Matsubara volvió a poner con sus propias manos las esposas al señor Duval de Saigón.

—¿Dónde está el señor De Maury? —preguntó ronco de rabia.

—No lo sé. Hace dos meses que no le he visto. ¡Se lo juro!

La respuesta fue una lluvia de bofetadas. El señor Duval fue restituido al calabozo. El mayor Matsubara sonreía pérfidamente. La señorita Clermont-Wergeland había recibido una excitación que le duraría toda la mañana. El mayor había comparado el papel de cartas que había cogido su colaborador en la oficina de Astrid con la carta de denuncia escrita tres semanas antes. Ahora su instinto le hacía tomar en consideración la posibilidad de que la señorita Clermont, que en realidad se llamaba Wergeland, hubiese denunciado a su exprometido.

¡Como si él hubiera tenido necesidad de las declaraciones de Astrid! La agente Yuriko había procurado ya en enero el material suficiente para organizar la captura de De Maury. Pero se habían demorado, porque querían saber quién era el agente de Chungking llamado «*Cara de zorra*», que proporcionaba a Pierre de Maury numerosos informes de Bangkok y del resto de Tailandia.

Era conveniente que la señorita Clermont-Wergeland creyera que el señor De Maury estaba libre todavía. Y realmente lo estaba, puesto que se les había escapado en febrero. Desde entonces no cesaban de buscarle. Pero el *Kempetai* lo encontraría.

Finalmente, Astrid colgó el auricular y miró a su alrededor tan turbada como si ante su vista no tuviese ahora aquellas paredes pintadas de blanco y el escritorio de madera de teca, sino un paisaje poblado de dragones. Abajo, en la calle, un chino

elogiaba a uno de sus clientes su sopa de gallina fresca. ¡Era incomprensible que existieran hombres que pensaran en la sopa de gallina! Astrid no había desayunado, pero tampoco hubiera podido digerir la comida; Vivica era muy distinta: siempre podía comer, tanto si veía dragones como si no. Astrid se apartó de la ventana, sentóse de nuevo ante la mesa de escribir y apoyó su cabeza en aquellas manos de venas azules y adornadas con el anillo de rubíes de su madre. Bajo sus pies se deslizaba alguna cosa. La recogió mecánicamente: era el lápiz de oro que había sacado del monedero para anotar la cita con Pierre. El gracioso lápiz había sido su primer regalo, un objeto que había heredado de su familia. Tema la costumbre de guardarlo siempre en un departamento determinado del monedero, junto con otro objeto, que también era una herencia: el rosario de Yvonne. Los ojos de Astrid se abrieron desmesuradamente cuando volvió a cerrar bajo cremallera el lapicero de oro, que no usaba desde hacía mucho tiempo. Sus manos palparon con los movimientos de un ciego las cuentas de marfil, que ya la abuela Clermont había desgranado piadosamente entre sus manos en los momentos tranquilos. Un seco sollozo estremeció todo su cuerpo. A las diez y media de la mañana, en plena hora de actividad comercial, sus dedos estrechaban la delicada cuerda que unía con el cielo las almas que transitaban por este valle de lágrimas.

—Santa María, Madre de Dios —imploró Astrid Thérèse Wergeland—, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de la muerte.

Llamaron fuertemente a la puerta. Astrid cerró apresuradamente el monedero y abrió la puerta. En el umbral estaba jadeante el *coolie* Yu-schui. Sus ojos resplandecían de compasión y también a causa de la invencible afición que los chinos tenían a dar noticias sensacionales.

—Todos están fuera, *missie* —gritó, echándose hacia atrás su brillante y negra cabellera, que parecía la de un potro—. Nadie sabe dónde les han llevado. Quizás a la jungla, quizás a un campo de concentración, quizás a otra ciudad.

—Gracias, Yu-schui.

Astrid fue a por un *tical*, para recompensar al «ordenanza» de catorce años. Pero Yu-schui movió obstinadamente la cabeza.

—Recompensa sólo cuando Yu-schui sepa dónde se encuentra «la hermana tercera» —dijo con firmeza.

Sacó del bolsillo un dulce pegajoso y lleno de polvo y lo alargó a Astrid. «Para *missie Nai-Hang*^[48]», y cerró la puerta. No hay nada en el mundo, pensaba el joven Yu-schui, que no pierda un poco de amargura con un dulce coloreado de bermellón.

Habían transcurrido diez días. Cada día, al anochecer, la señorita Wergeland y Astrid tomaban asiento en la habitación con balcón iluminada por una lámpara de aceite. Permanecían calladas. No habían podido conocer la suerte que había corrido Vivica. Nadie sabía dónde residía actualmente el *Kempetai*. Entretanto, en el «Trocadero Hotel» los oficiales japoneses entraban y salían igual que en «Los Crisantemos Blancos» de Shanghái. Ese hotel era un cuartel general no oficial y se

hallaba ocupado, además de por los japoneses, por los pocos europeos que todavía viajaban por el Asia ocupada o que intentaban hacer negocios.

La señorita Wergeland no había preguntado jamás a Astrid sus secretos. Ignoraba de qué era culpable o no culpable la mayor de sus sobrinas. Helene pensaba que era un contrasentido hablar de las faltas que pertenecían al pasado. El verdadero motivo era su temor a las revelaciones de Astrid. Quizás estas revelaciones crearían un abismo que las atormentaría a las dos por igual. Tenían que enterarse de lo que le había ocurrido a Vivica; en el momento actual esto sólo era lo que tenía importancia. No obstante los ruegos de Astrid, la señorita Wergeland estaba firmemente decidida a no ir a reunirse con la *viuda de Aalesund* en el norte de Siam. Tampoco quería dejar marchar sola a Astrid, a pesar de que ésta no deseaba otra cosa. Helene creía que la familia, mientras existiese, tenía que permanecer reunida en los instantes críticos. Las veladas constituían para las dos una prueba de nervios. Helene hablaba poco, y cada palabra parecía costarle ahora a Astrid tres dólares.' Pero a menudo se preguntaba si su tía sabría cuán acongojada se sentía su alma al ver sentada en la mesa aquella rígida figura de cabellos blancos, haciendo ganchillo. Sin embargo, ya no era brusca, sino que trataba a Astrid con una cortesía que casi le desgarraba el corazón. Durante los diez últimos días no le había preguntado ni siquiera una sola vez cómo se encontraba.

La señorita Wergeland tampoco decía jamás si creía que Vivica se encontraba viva todavía; sólo por la noche se dedicaba a contemplar con los labios firmemente apretados viejas fotografías. Durante el día pintaba, cuidaba con el marido de Yumei del grupo de chinos que se habían quedado sin hogar a causa de las bombas y que después de la devastación habían acudido a buscar el amparo de la «gran *Missie*», y ya avanzada la tarde hacía a ganchillo una chaquetilla para el hijito de Mailin, y luego otra para el niño de dos años de edad de Hanna Chou. En Shanghái el invierno era muy frío y estos artículos de lana eran muy bien acogidos por los miembros de la familia de Hanna. Astrid leía, pero siempre con las gafas puestas ante sus ojos cansados y enrojecidos. En la casa de los Wergeland, en Sathom Road, no reinaba la alegría.

Un día, al anochecer, se detuvo un *rikscha* en el jardín. Las dos mujeres se levantaron con sobresalto. El rostro de Helene se hizo todavía más pálido, y en las mejillas de Astrid afloraron dos redondas manchas rojas. ¿Quién podría venir a visitarlas a las nueve de la noche? Tanto los chinos como los europeos que las conocían huían como de la peste de su casa, anotada en la lista del *Kempetai*. Pero era algo que no podía censurárseles: eran muchas las personas que habían sido detenidas sólo por ligerísimas sospechas.

El marido de Yumei, el actual cocinero, *coolie* y defensor de «sus *Ladies*», entregó una tarjeta de visita a Helene. Ésta había visto a un europeo de gran estatura que avanzaba lentamente hacia la casa, acompañado de un muchacho chino. Sin decir palabra examinó la tarjeta, en la que podía leerse sin necesidad de gafas:

Ernest August, barón Von Zabelsdorf
Banco Alemán-Asiático. Shanghái

El primer impulso de la señorita Wergeland fue el de despedir al visitante. No recibían a ningún alemán: esa gente se hallaba en Trondheim desde hacía varios años haciendo tropelías en nombre de su «Führer». Movi6 indecisa la tarjeta entre sus manos. Hasta ese momento no se había fijado en algunas líneas escritas en inglés:

Por encargo de la señora Hanna Chou, de Shanghái. Con importantes noticias.

—¡De Hanna! —exclamó Helene casi con la potencia de un altavoz—. Astrid, nuestra pequeña Hanna nos manda noticias.

Astrid estaba nerviosa, con las manos temblándole, y no lanzó ningún grito. ¡Todavía tenían algún amigo en el mundo! Así, pues, sus plegarias no habían sido desoídas.

—Que pase —dijo la señorita Wergeland, colocando su brazo protector sobre los hombros de Astrid—. Siempre permanecemos silenciosas —murmuró—, pero ahora queremos saber las cosas tal como son, ¿no es cierto?

Antes de que Astrid pudiera responder, se inclinó ante ellas el alemán de rostro de caballo, largo, inteligente. Acto seguido, dijo en su inglés de Oxford:

—Mil perdones. Deben excusarme por haber venido a estas horas tan avanzadas. ¿Dónde podemos hablar sin ser oídos, señora?

«A éste le conozco yo —pensó Astrid, sorprendida. Su memoria empezaba a funcionar—. Viajamos juntos desde Saigón hasta Bangkok. Pero entonces todavía tenía su brazo derecho».

Ése es *Lifu*^[49] —explicó el señor Von Zabelsdorf, señalando con su brazo izquierdo a un joven muchacho chino que sonreía amablemente—. Es un pillo, y nosotros le llamamos *Brazo derecho*.

Repitió a Lifu velozmente en chino lo que había dicho a las *Missies*. Lifu se inclinó alegremente y entregó con ambas manos una cajita de hojalata a la señorita Wergeland.

—De *Missie* Hanna Chou —musitó respetuosamente y haciendo tres reverencias en nombre de la familia Chou.

Ella ya había visto en Shanghái muchos rostros animados y alegres, como el de Lifu. Dentro de la cajita había un pastelillo típico de Silesia, como los que tanto le gustaron a la señorita Wergeland el día de la boda de Mailin en casa de los Chou.

—Muchas gracias, Lifu —dijo rudamente, pero emocionada—. Será mejor que vayamos a hablar al pabellón de los pájaros —propuso seguidamente—. ¡En el caso de que mis cuadros no le molesten, barón! Para desconsuelo de mi sobrina Astrid,

algunas veces me dedico a la pintura.

Luego le presentó a Astrid.

—¿No nos conocemos? —preguntó Ernst August von Zabelsdorf. ¡Naturalmente, como que era la muda de Portici! ¡Santo cielo, y qué aspecto de fastidio tenía!—. ¿No hicimos juntos la travesía en barco de Saigón a Bangkok en el año 1937? ¿O me equivoco tal vez?

—No me acuerdo —dijo Astrid, sin mirar al visitante.

Vivica vivía. Por el momento se encontraba en la prisión militar de Shanghái. Hanna Chou se había enterado después de extraordinarios trámites. Un amigo de su marido le había explicado que su *taxigiri*^[50] había sido detenida y que luego había sido puesta en libertad de nuevo por el *Kempetai*. Se llamaba Kuei-lan y trabajaba, como tiempo atrás la señora Chou Tso-ling, en «El Loto Azul». Hanna había acudido secretamente al local dos, cuatro, diez veces. Finalmente había conseguido ver a Kuei-lan. A través de un amigo de Tso-ling se había enterado más o menos de la tragedia de los Wergeland, y por ello había querido hablar, a pesar del temor que sentía, con la bailarina Kuei-lan. Para eso, según era costumbre en China, había tenido que «dorar las palmas de su mano». Luego se había pasado día y noche reflexionando y contemplando el sucio papelito que Vivica había entregado furtivamente a Kuei-lan. En el papelito sólo había estas palabras: «¡Ayudadme!, Vivica». Pero a pesar de que Vivica le había regalado la campanilla de jade, Kuei-lan había tenido demasiado miedo para dirigirse a casa de la señora Ohou con ese encargo, tal como en la prisión le había prometido a Vivica hacer. Gracias al azar, que empuja hacia adelante la rueda de nuestro destino, Hanna se había enterado de la existencia de Kuei-lan y había comprado la campana de jade a la muchacha.

El señor Von Zabelsdorf la sacó ahora con su mano izquierda, la sana, del bolsillo que llevaba en el pecho. ¿Estaba claro el motivo de su viaje a Bangkok? A Hanna le era imposible escribir, ya que las cartas de los europeos eran controladas rigurosamente. Tampoco podía mandar a ningún chino, puesto que los chinos prominentes eran espiados por el *Kempetai* en cualquier parte donde se hallaran. La misma Hanna tenía ahora pasaporte chino y además tres hijos a los que no podía poner en situaciones peligrosas. Pero Zabelsdorf era viejo amigo de la casa Chou — las dos muchachas, su Anna y la actual Hanna Chou, habían sido siempre amigas inseparables—, y la cuestión era que todos se habían puesto de acuerdo y habían decidido que el único que podía efectuar este viaje a Bangkok, a casa de la señorita Wergeland y Astrid, era Ernst August. Aun cuando los árboles se bamboleaban como viejos juncos en medio de la tormenta, el señor Von Zabelsdorf era alemán, y por así decirlo, podía tutearse con los japoneses. Le era posible viajar a donde le diera la gana. Si, por eso ahora se encontraba aquí.

El señor Von Zabelsdorf se quedó callado porque no podía soportar el agradecimiento que se leía en los ojos de Astrid y de Helene Wergeland. Las dos mujeres estaban más muertas que vivas. No era de extrañar. ¿Qué habría hecho

aquella chicuela? Miró disimuladamente a Lifu, que permanecía en cuclillas junto a sus pies. Ernstel tenía una sed y un hambre atroces. Se le escapó algún bostezo. Helene Wergeland se dio cuenta y dijo:

—¡Por favor, coma usted alguna cosa! Luego seguiremos hablando. ¡Wen, comida para el amo extranjero! —gritó con su voz de coronel, que a Ernst August le recordó a su tío de Potsdam, el viejo general.

Agradeció la invitación. La señorita Wergeland era de oro puro. Sabía que a los hombres les era preciso tener siempre algo sólido en el estómago hasta el fin del mundo. El señor Von Zabelsdorf empezaba ya a no saber qué decir. Ahora, aunque no había comido aún, cuidaba de bostezar con discreción. Inmediatamente después de la llegada al puerto se había dirigido a Sathom Road. Quizás en muchos casos era lento, pero conocía su responsabilidad en los casos urgentes.

—Las Wergeland tenían todo el aspecto de estar viviendo del aire desde hacía bastante tiempo —explicó el señor Von Zabelsdorf a su mujer a su regreso a Bangkok—. Pero no prescinden para nada de su magnífico cocinero.

—¿Entonces comiste tú solo, Ernstel? —preguntó Anna.

Acababa de llegar en ese momento, sorprendiendo a su mujer e hijos en la habitación de los niños. Anna estaba bañando a su hijo de dos años Karl Friedrich al que llamaban Kasperle, y Krümel, la niña de cinco años, la ayudaba con entusiasmo en la tarea. En realidad Krümel se llamaba Luise, como la abuela Zabelsdorf; pero nadie la llamaba jamás con este nombre. En ese instante la pequeña Krümel zarandeaba a papá tratando de encontrar chocolate, hasta que finalmente lo descubrió en el bolsillo derecho de la americana, de la que colgaba, vacía, la manga derecha. El lugar del brazo lo ocupaba *Pequeño tigre* de Yangtzepoo el hermano del bebé de la familia Wu, a quien el señor Von Zabelsdorf salvó en 1937 sacándolo del interior de una casa en llamas. Dos meses después de su boda, la familia Wu se presentó en la casa que los Zabelsdorf tenían en el barrio francés, para ofrecerles al sonriente *Pequeño tigre* en prueba de agradecimiento. «Lifu será el brazo derecho del amo», dijo el padre Wu brevemente sin aceptar ninguna clase de protesta. Desde aquel día Lifu permanecía en casa de los Zabelsdorf en calidad de *Brazo derecho*, de compañero de juegos de los niños y de la «Missie pequeña de la casa». Cosía, remendaba y cortaba encantadores vestiditos para Krümel; al amo le servía con tanta delicadeza y habilidad, que Ernst August apenas notaba ya la falta de su brazo derecho. Lifu estaba siempre en su sitio cuando había algo que reparar o preparar: cómo se las arreglaba el pilluelo, era algo que nadie sabía. En casa de los Wergeland se ganó muchas simpatías cuando contó cómo perdió su amo el brazo derecho. Según el relato de Lifu, el amo no sólo había salvado al chiquillo, sino también a toda la familia sacándoles uno a uno del taller de sastrería de Yangtzepoo consumido en llamas.

En estos momentos Lifu había desaparecido en la cocina para divulgar las primeras noticias referentes al viaje a Bangkok de su amo. También en el cuarto de

los niños facilitó toda clase de informes.

—Te hubieras reído, Anna —dijo el señor Von Zabelsdorf, tirando delicadamente de las largas trenzas de Krümel. Las niñas pequeñas tenían que llevar trenzas; aborrecía el pelo cortado a lo *garçon*—. Sí, realmente aquello tenía todo el aspecto de una agradable velada. Yo me lo comí todo. Hubiera sido una deshonra para el pato de Pelan y todo lo demás, y el cocinero no se hubiera sentido satisfecho, ¿no lo crees tú así, Anna?

—¡Naturalmente! ¿Y qué ocurrió luego? ¿Les explicaste el plan de Hanna?

—Tomamos café y el cocinero trajo *papaofan*^[51]. ¡Pequeño tigre anotó la receta, Anna! Bien; las dos querían poner manos a la obra inmediatamente para ver lo que se podía hacer por Vivica en Shanghái. Luego llegó un coche militar con bandera japonesa. El Sol naciente. Y yo allí...

—¡Por Dios santo, Ernstel!

Anna había empalidecido en extremo.

—No te preocupes. Estoy aquí, ¿no? —dijo el señor Von Zabelsdorf secamente—. ¡Si los japoneses fueran realmente nuestros buenos hermanos! Y menos mal que nos dejan ir a hacer una visita a los amigos. Pero voy a revelarte un secreto, Arma: tengo verdadero miedo. Me siento las piernas como si fueran de algodón. Además, estoy pensando que eso es casi superior a lo que me contó la vieja señora. Una dama muy amable, Anna. Es decir, áspera, pero cordial. ¡Exactamente igual que el tío Zabelsdorf, de Potsdam! Quizá puede ser muy grosera, pero sería capaz de dejarse hacer picadillo por la familia. En fin, todos nos hallábamos sentados en nuestras sillas como muñecos de barro. Yo comía el resto del budín de arroz, pensando que no se debe desperdiciar nada.

Anna acarició el cabello de su esposo. Estaba muy orgullosa de él, y por eso le dijo:

—¡Eres un glotón de espanto, Ernstel!

—¿Y sabes quién entró sin llamar siquiera? ¡El barón Matsubara! La señorita Astrid, más tiesa que una estaca, se mostró tranquila y adoptó el aire de una duquesa, aunque a mí no me lo parece, Anna. ¡Es tan desagradable! El caso es que la estaca le dijo a su tía Helene que se fuera a dormir tranquila, que ya hablaría ella con el barón Matsubara. Él iba vestido de uniforme y yo me pregunté si era un ciudadano civil y amante de la cultura... ¿Pero qué iba a decir yo? Helene se movió tan poco de su sitio como mi tío el general, que en Potsdam sacó con sus propias manos de una bodega a tres de las SS. Nuestro estimado barón Matsubara —no pienso volver a invitarlo jamás, Anna, pues me tiene ya hartó—, melindrosamente, como un jarabe agrio, dijo que rogaba a la señorita Astrid Clermont-Wergeland con todos sus respetos que aceptara su invitación para tener un «careo» en el *Kempetai* con un francés.

—¡Horroroso!

—Yo me acerqué a Matsubara y le pregunté qué significaba tanta comedia. Nos conocemos de hace tiempo, he estado con frecuencia en Shanghái y el Banco

Alemán-Asiático le ha prestado algún pequeño servicio. Él, expresándose en francés como un auténtico parisiense, dijo que la rígida estaca...

—¿También dijo él eso de «rígida estaca»?

—No, eso lo digo yo. En fin, nos aseguró que la señorita Astrid volvería a estar en su casa dentro de una hora.

Y nos pidió excusas una y otra vez por haber venido a horas tan intempestivas, pero que el francés... En suma, se mostro suntuosamente cortés. Pero de muy buena gana ellas lo hubieran expulsado con cajas destempladas.

—¿Cómo se comportó la amiga de Hanna?

—¡Magníficamente! Aun cuando es muy poco agradable, la muchacha tiene elegancia y valentía. A Vivida la vi en una foto y me dio la impresión de que con una sonrisa es capaz de desarmar al hombre más fuerte. De todos modos, eso no ha impedido que ahora esté a la sombra... En fin, la señorita Astrid acompañó a Matsubara con la cabeza alta como un pavo real. Parecía como si el barón no hubiese ido a buscarla para llevarla al *Kempetai*. Su aspecto no era el de un cordero que es conducido al matadero, sino más bien el de una duquesa.

Con la mano izquierda se secó las gotas de sudor que perlaban su frente; esto le sucedía siempre que algo le afligía y cuando una emoción le ponía el cuerpo más frío que el hocico de un perro.

—¿Y qué ocurrió luego, Ernstel?

—Nada. Yo permanecí en casa de la señorita Wergeland, aunque mi intención era volver a tomar aquella misma noche el barco para Shanghái. ¡Sí, soy como una especie de perro casero, Anna! Pero por fin me quedé en Sathom Road, aunque tía Helene intentó varias veces ponerme de patitas en la calle. Le hablé de ti, de nuestros hijos, de su estimada Hanna y de los Chou. El tiempo fue transcurriendo y acabamos siendo buenos amigos.

—Hanna estará loca de alegría. Nosotros lo hemos ideado todo estupendamente. Dentro de dos horas va a venir monseñor Lavalette.

—¡Magnífico! —dijo el señor Von Zabelsdorf.

El sacerdote había bautizado a los hijos y había sido el primer enlace de los bebés con la Iglesia católica.

—De vez en cuando, la señorita Wergeland consultaba el reloj. Yo seguía hablando sin ton ni son. Algunas veces ella sonreía. Después, Anna, todos deseábamos ir a acostarnos. *Pequeño tigre* había tomado ya posesión de la habitación de los huéspedes y había abierto también mi maletita con los trastos de afeitarse. Todo parecía estar en calma, pero luego volvió de nuevo el coche militar. «Ahora vienen a por mí, o a por la vieja, o a por ambos», pensé yo y, tomando la botella de coñac francés de la señorita Astrid, eché un trago. No sabes lo bien que siento calentarse cuando uno ve llegado el momento decisivo, Anna.

—Sí, ya me hago cargo, Ernstel.

Los ojos de Anna estaban llenos de lágrimas. Estrechó contra su pecho los

dorados cabellos y la cabecita de Kasperle. «Pequeña Madonna», pensó su esposo.

—Y bien, el caso es que la señorita Astrid se presentó sin esposas. Bajó del coche tranquilamente, saludó gentil al chófer y apareció en la salita de estar fresca como un pepino en aceite de eneldo. Luego le tendió a su tía un papel, un permiso para largarse a Shanghái. Los del *Kempetai* pensaban que podría aclarar algo en todos los asuntos relacionados con De Maury y Sun. Continuaban buscando al jefe de la pandilla. La muchacha demostró tener más valor que diez pilotos suicidas japoneses. Hablamos todos un rato antes de acostarnos. La señorita Wergeland quería empaquetar todas sus cosas e ir a reunirse con una prima casada con un danés que está en el norte de Siam.

—¿Y Astrid?

—Astrid poseía ahora un permiso para venir a Shanghái. Aquí cuenta con amigos. Hanna quiere de todas maneras que vuelva a su casa.

—En este caso no es posible. ¿No recuerdas que no hace mucho Tso-ling dijo que tenía constantes disgustos con las hilanderías chino-japonesas en Shanghái y en el interior del país? Los japoneses arden en deseos de acusarle de los actos de sabotaje de los trabajadores chinos. Hanna está muy atemorizada y teme que algún día Tso-ling no aparezca a la hora de tomar el arroz de la noche.

—La señorita Astrid sabe muy bien todo eso. No se ha formado una idea falsa respecto a la situación. Su propósito, naturalmente, es alojarse en un hotel. Y esto no se lo permitirá Hanna. ¡Qué el diablo se lleve a vuestra testaruda amiga de Silesia!

—Escucha, Ernstel...

Anna von Zabelsdorf colocó cuidadosamente a Kasperle en su cainita. El pequeño permaneció unos momentos inmóvil mirando al techo con sus agudos ojos de Zabelsdorf. Luego, se abandonó resueltamente al sueño, exactamente igual como su padre, que por la noche también buscaba en el techo de la habitación la solución a los problemas del mundo.

—¿Qué querías decir, Anna?

—No podemos tolerar que Astrid vaya a un hotel. La situación actual no se lo permite, Ernstel. Yo la conocí hace dos años en casa de Hanna, justamente después de haber roto su compromiso. Se encuentra sola, es desgraciada, y todo lo que le ocurre se lo guarda en su interior.

—Por lo visto, yo estoy siempre dispuesto a disputar. ¡Magnífico!

Anna sonrió débilmente y acarició con cariño su manga vacía. Siempre tenía que esforzarse para no demostrar a su Ernstel lo mucho que le amaba y el respeto que le imponía. En todos los años que llevaban juntos no le había dicho jamás una sola palabra sobre el brazo perdido; su único comentario fue una majadería como ésta: «Mejor es que perdieras un brazo que dos piernas». Esto se lo dijo al regresar del hospital.

Anna pensó de nuevo en «la señorita Astrid» y su sonrisa se extinguió. Con el pensamiento volvió a encontrarse en Breslau. Ella y su madre esperaban, pero el

padre no regresaba. Había sido detenido por la Gestapo. De muy buen grado había permanecido en el «KZ» por los que caían y por el gremio de obreros. Nadie se atrevió a acercarse a ellos: pero no por indiferencia, sino por miedo. La Gestapo había anotado en sus listas aquella casa. De la noche a la mañana se habían convertido en leprosos, exactamente igual como les ocurría actualmente a los Wergeland. ¡Pero el mundo no podía seguir siendo así, ya estuviese uno en un país o en otro!

—No podemos permitir que Astrid vaya a un hotel —repitió Anna con voz firme—. Además, los hoteles están llenos de japoneses. ¡Esto lo sabe incluso el mismo Kasperle! Oh, Ernstel, ¿por qué no reflexionas un poco?

—Quizás usted no lo crea, estimada señora —repuso Von Zabelsdorf—, pero ya he pensado en ello antes, aunque no sea esa mi costumbre.

Tosió ligeramente y se acercó a la cama de Kasperle. Con la mano izquierda tiró suavemente de las largas trenzas que acreditaban la personalidad de muchacha de Krümel.

—La señorita Astrid, la rígida estaca, se halla aquí al lado, en la habitación de los huéspedes —aclaró sin mirar a su mujer—. Precisamente Hanna se encuentra con ella ayudándola a desempaquetar sus cosas. Herbert, el orgullo de la casa Chou, también está aquí. Desempaquetando, naturalmente...

Anna miró a Ernstel. Sus ojos brillaban y sus labios temblaban. Luego dijo dulcemente:

—¡Vaya, Herbert también está aquí! ¡Sólo viene por los pastelillos de Silesia! ¡Ya conozco a ese muchacho!

Cuando monseñor Lavalette entró en la sala de estar de los Zabelsdorf, todo ofrecía el aspecto de una placentera reunión familiar. Astrid misma se mostraba más tranquila y conversaba en chino con el chiquillo de ocho años Herbert Chou y con Krümel, que con sus seis años hablaba un gracioso galimatías de alemán, chino y francés. A Astrid le gustaban mucho los niños, aunque en realidad no lo parecía. Se había quitado las gafas, y su aspecto era joven y terriblemente vulnerable. Hanna había tenido que batallar mucho antes de que Astrid aceptase la desprendida invitación de sus mejores amigos. Ahora, casi se sentía de buen humor: tenía niños a su alrededor y sabía que tía Helene se encontraba segura en casa de la *Viuda de Aalesund*. Astrid y Helene Wergeland se apreciaban, pero no se entendían debido a que las dos eran igualmente nerviosas y tenían una manera de proceder complicada y susceptible.

El sacerdote soportaba bastante bien el paso de los años; sólo estaba algo cargado de espaldas y su voz se había hecho también un tanto ronca. Lanzó una rápida mirada a Hanna Chou y asintió con la cabeza. Esto significaba algo. Pocos días antes Hanna había visitado al sacerdote para hacerle una propuesta, que él sólo aceptó después de

una prolongada y aguda meditación. Había conocido la primera noticia de la tragedia de los Wergeland por medio de ella, ya que Astrid hacía más de dos años que había suspendido su correspondencia con él. Ahora se encontraba aquí, en esta comfortable sala de estar alemana adornada con profusión de cuadros de Breslau y Berlín, y se espantó un poco cuando vio a Astrid. No se la había imaginado tan delgada y desconcertada. Únicamente contaba veintiséis años y parecía ya cansada de la vida.

El sacerdote saludó a los presentes y luego miró en derredor suyo: en el umbral de la puerta se hallaba un japonés tembloroso, al cual había traído consigo. Un japonés era lo último que hubiera podido esperar Astrid como huésped en esta casa y en semejante situación. ¿Es que el sacerdote no estaba enterado de lo ocurrido? Pero precisamente porque sí lo sabía había rogado al doctor Yamato que le acompañara. El pequeño y amable doctor Yamato, que dirigía una clínica privada en Shanghái, representaba la única esperanza en el asunto de Vivica. Era uno de los más antiguos miembros de la comunidad católica de Shanghái y amigo personal del sacerdote. Como es natural, conocía a todos los japoneses que residían en Shanghái, tanto si eran hipopótamos como tigres del *Kempetai*.

El doctor Yamato provenía de una familia de comerciantes de Kobe y había tenido que soportar una lucha penosa y constante por la fe hasta lograr obtener un airoso resultado. En su casa todos eran budistas y además visitaban el relicario del Shinto. Su fe no había sido tan fácil como la del coronel Saito de Urakami, que era acatólico de nacimiento.

El doctor Yamato era pequeño y ágil y su aspecto era lo más lamentable que pueda imaginarse. En su casa, cubierto con su ligero quimono de seda, producía un efecto casi majestuoso. Pero para ir a visitar a los extranjeros se había vestido de chaqué, con lo cual su cuerpo regordete ofrecía un aspecto mucho más curioso, ya que sus piernas, grotescamente cortas, no hacían juego con su rostro. Ni tenía la elegante figura del barón Matsubara ni la vigorosa fuerza de *bulldog* del coronel Saito; vestido con su chaqué, era una figura absurda y pequeña, aunque con un corazón de apóstol.

Se adelantó tímidamente hacia Anna von Zabelsdorf e, inclinándose profundamente, le entregó un paquetito envuelto en un paño de seda. El paquetito contenía *habutai*^[52]. Una seda semejante había querido entregar el año 25 el señor Matsubara a la joven Borghild Lillesand en el «Hotel Cathay», pero cuando en 1945 se enteró de todo lo relativo a la familia Wergeland, no llegó a sospechar siquiera que Vivica, a quien él retenía en la prisión, era hija de aquella violinista que en aquella ocasión le produjo tanta emoción con su honorable arco. Quizá también el poderoso mayor Matsubara no era más que un muñeco en el escenario giratorio del Oriente.

Arma agradeció con tal cordialidad el esplendido obsequio que el doctor Yamato desvió tímidamente su cara llena de arrugas y con ojos hundidos y melancólicos. Por desgracia, su rostro se parecía a una talla de madera japonesa que Anna había colgado en la pared por cortesía hacia el invitado. El doctor Yamato no había visto jamás nada

tan horroroso: era la imitación de una imitación de Hokusai, algo espantoso que sin embargo era del gusto de los extranjeros. El doctor Yamato no encontraba absolutamente ninguna nota noble en ese artista popular, que no podía compararse con Yeitoku o Kiyonaga. Un extraordinario Kiyonaga colgaba en una de las paredes de su hogar de Shanghái, justamente debajo de la imagen de la madre de Dios.

—¿Le gusta a usted esa talla de madera? —preguntó Anna con modesto orgullo.

—Es muy bonita, muy inteligente, señora —contestó el doctor Yamato con verdadera caridad cristiana. Había desterrado de su voz toda huella del ligero desprecio que sentía por el gusto artístico de los extranjeros. Es muy bonita, muy inteligente— repitió, ya que tema la irritante costumbre de reiterar siempre sus opiniones.

Después de una pausa de cortesía se volvió para dirigir una mirada amable a la obra. Luego se sentó discretamente junto a Hanna Chou y sonrió con tan conmovedora delicadeza a Kriimel que ésta trató de sentarse confiadamente en sus rodillas, a lo que el doctor Yamato contestó con un ahogado grito de terror. Ciertamente se sentía en armonía con todas las almas cristianas del universo; pero una muchacha que saltaba sin cumplidos sobre las rodillas de un honorable invitado..., ¡era demasiado para el doctor Yamato! El sacerdote había observado el incidente y tiró de Kriimel hacia sí antes de que pudiera lanzar un grito de espanto. Precisamente quería hablar con su amigo Yamato en cualquier ocasión sobre la frase «Dejad que los niños se acerquen a mí».

Sin duda alguna, el doctor Yamato era un auténtico cristiano. Su vida matrimonial era realmente ejemplar, ya que jamás visitaba las casas de geishas ni asistía a las «veladas para caballeros» en «Los Crisantemos Blancos», pero a pesar de todo el aprecio que sentía por su esposa, no escuchaba nunca cuando la señora Yamato expresaba alguna opinión, cosa que por lo demás hacía muy raramente. Roma no fue construida en un día; y un japonés cristiano de la primera generación no podía sentir ningún interés por las opiniones de su esposa, a pesar de su buena voluntad... En sus escasas horas de tranquilidad se sentaba en un placentero rincón de su casa y pintaba un poco con el talento natural de su pueblo, o bien leía con gran interés *La petite vie de la Bienheureuse Thérèse de l'Enfant-Jésus*. El doctor Yamato sentía un gran amor por esta delicada y humilde santa francesa; hubiera podido ser japonesa; era un miserable insecto en el cielo.

El pequeño y bondadoso médico, que aborrecía la conquista del mundo y la violencia, preguntó con gran interés a Astrid y al señor Von Zabelsdorf todos los detalles de la detención. En sus ojos la melancolía se iba reafirmando como una niebla en el puente Seta, mientras su cerebro empezaba a elaborar un plan, un plan japonés, inteligentemente urdido, con un uno por ciento de posibilidades de éxito y un noventa y nueve de grave riesgo para el propio doctor Yamato. Pero esa extranjera terriblemente larga rogaba con la misma insistencia que el doctor Yamato y su esposa ante el altar, y por eso tenía que tratar de ayudarla.

—¿Quién es el que lleva este asunto? —preguntó al cabo de una prolongada pausa, mientras seguía forjando su plan.

—Según creo, el barón Matsubara —contestó Astrid, contemplando fijamente al doctor Yamato con su mirada hambrienta—. He oído decir que se hace llamar «Kimura».

—El barón Matsubara desciende de una casa ilustre —repuso el doctor Yamato, profundamente acongojado—. Esto se presenta con cariz favorable —añadió, consolador, porque en realidad la situación no podía ser más desventajosa. ¡Justamente el tigre del *Kempetai*!— Sí, la situación es muy favorable —repitió cortés y completamente distraído.

—¿Tiene usted algún plan? —inquirió el sacerdote, que conocía lo suficientemente bien al doctor Yamato para no creer demasiado en sus palabras.

Si, el doctor Yamato tema un plan; continuaba desarrollándolo mientras miraba humildemente al suelo.

—¿Qué piensa usted hacer por nosotros? —preguntó Astrid, abatida.

—Piense usted bien, mi buen amigo —añadió el sacerdote—. ¡Usted conoce muy bien al *Kempetai*!

Pero el doctor Yamato, testarudo y heroico, murmuró que la situación se presentaba favorable, y se levantó poseído de una verdadera psicosis de miedo ante las muestras de agradecimiento de Astrid. Se dirigió hacia la puerta como una figura absurda, con sus cortas piernas, su pantalón a rayas y su terrible chaqué negro. Sin embargo, tema un corazón de apóstol. Del bolsillo del chaqué sacó una estampa del «insecto del cielo» envuelta en un paño floreado y se la tendió a Astrid haciendo tres solemnes y profundas reverencias.

—*La sainte de Lísieux* —murmuró amablemente ir—. Esta noche voy a presentarle mi estúpida súplica.

Desapareció el señor de la casa. Con frecuencia, se había arrodillado junto a la mujer de Von Zabelsdorf durante la santa misa en la catedral. Ahora, Arma le había estrechado la mano con tanta fuerza, que el doctor Yamato estuvo a punto de lanzar un grito de dolor y de pena por esa falta de cortesía.

—*Que le bon Dieu vous bénisse*^[53] —murmuró Anna.

El pequeño y feo japonés se deslizó rápidamente y dijo una vez más que la situación era favorable. Como ya se sabe, el doctor Yamato tenía la costumbre de repetir siempre sus opiniones.

En el interior sólo permanecían ahora Astrid y el sacerdote, sentados junto a la mesita ocupada por el resto de los pastelillos de Silesia. Astrid había reclinado profundamente su rubia cabeza. De su alma se desprendía la terrible impresión que en ella habían dejado las últimas semanas; en su montaña de culpa se veía una nota de pureza.

—No lo merezco —sollozaba—. ¡Soy tan terriblemente mala, monseñor!

Pero el sacerdote era de otra opinión. En la explosión de Astrid, que la había inducido a declararse culpable, se adivinaba el miedo cerval que sentía por su hermana, a quien ella había precipitado en tan grave peligro. Pues si algo agrada más al amor celestial que la humildad de los humildes, pensaba el sacerdote, sin duda alguna es la humildad de los orgullosos.

Animado por la esperanza, el anciano sacerdote francés abandonó aquel hogar de Shanghái, donde en aquel año decisivo de 1945 se habían reunido en torno a una mesa miembros de familias alemanas, japonesas, francesas, noruegas y chinas, para volver a abrazar la sensatez política amparados por la sombra de la cruz.

«Una cosa sí es clara: América ha perdido la guerra. Todo lo que el Japón debe hacer ahora es mantener el indomable espíritu del Shinto frente al enemigo.

»El espíritu occidental, naturalmente, no podrá librarse de la fuerza titánica del Oriente. El Occidente, en su materialista terror, va camino de la ruina».

El mayor Matsubara cerró la emisión de Tokio arrugando la frente, a pesar de que hubiera debido alegrarse. Miró con aspecto salvaje cuanto le rodeaba en la oficina del *Kempetai* en Shanghái, y luego pasó a ocuparse atentamente de unos documentos amontonados encima de su escritorio. Eran las diez de la noche. Todas las familias de Shanghái se habían recogido en sus casas y esperaban que ésa fuera una noche sin acontecimientos. El mayor Matsubara leyó el último informe sobre el espía Sun. Todavía no se había dado con el agente de Chungking denominado «*Cara de zorra*», que desde Bangkok había facilitado informes a Saigón sobre las instalaciones y transportes de tropas de los japoneses. Seguía creyendo que esas informaciones habían llegado a manos de Pierre de Maury a través de Vivica, tanto si la muchacha se había dado cuenta o no de su papel de transmisora. Desgraciadamente no había sido con Pierre de Maury el careo que el mayor organizó en Bangkok con Astrid, sino con el doctor Gastón Lafitte, de la clínica de Saigón, que había querido visitar a Astrid en Bangkok.

Ahora la señorita Clermont se encontraba en Shanghái.

El mayor Matsubara tenía un aspecto demacrado. No era de extrañar, pues el número de detenidos iba aumentando en la misma medida en que declinaba el sol del Japón. En un bolsillo lateral de su uniforme llevaba un telegrama de su familia de Tokio. Matsubara Itoh, su hermano mayor, había hallado la muerte en el Pacífico en su puesto de comandante de un cuerpo *Kamikaze*^[54]. El Japón había llamado *Kamikaze* a ese heroico cuerpo, puesto que ése era el aviento divino que en el siglo XIII había salvado al país del Sol Naciente de la invasión de Genghis Khan. En aquella ocasión el viento divino sopló realmente y destruyó a los invasores. Ahora

había muerto el valiente hermano mayor, y el sol del Japón caminaba hacia su ocaso. Akiro era demasiado inteligente para no relacionar los informes procedentes del escenario de la guerra con la propaganda del Shinto. Sin embargo, a veces creía verdaderamente en el milagro del viento divino y de los crisantemos imperiales.

La muy honrosa muerte de su hermano había comunicado nuevos impulsos a Akiro. En este mes crítico, en el que Alemania estaba precipitándose ya a su ruina, en el que el pueblo de Italia había renegado de su caudillo Mussolini, en el que los rusos habían tomado Königsberg y conquistado Viena, en el que los Estados Unidos habían atacado de un modo sorpréndete Okinawa, en este mes de catástrofes la muerte heroica de su hermano infundía al tigre del *Kempetai* aquel orgullo irracional que le llenaba de espíritu *bushido*^[55]. Envidiaba a Itoh. De pronto sus propias actividades le parecían desprovistas de honor, aunque fuesen necesarias. Incluso tenía que arrestar a japoneses que abrigaban y difundían «ideas peligrosas». Tras ello se escondía algo más hermoso que la muerte en el campo de batalla por el Emperador, por el Tenno. A este grupo de herejes pertenecía un teniente que tras un interrogatorio de «tercer grado», había muerto sin pena ni gloria de «un ataque al corazón». Exactamente sin pena ni gloria, como el señor Sun de Bangkok, cuya hija Molly solía invitar a Vivica la muchacha de cabellos dorados, a los cócteles que servían para encubrir una actividad de espionaje. Tampoco se había vuelto a saber más del señor Sun de Bangkok después que el mayor Matsubara lo había sometido a un interrogatorio, pero no había confesado que conociera al agente «*Cara de zorra*». Éste debía ser un hombre extraordinariamente astuto y prudente, mucho más inteligente y sagaz que el señor Sun, que tan terrible e indignamente había muerto, a pesar de que procedía de una familia famosa por su reconocida sabiduría. En cambio, Molly Sun había sido puesta en libertad: era tan lista como una rana bulliciosa en un estanque. Ahora sería preciso vigilar mucho sus pasos.

El mayor Matsubara ordenó a un teniente que trajera a su presencia a la detenida número 83. Cuando apareció Vivica, él no la miró siquiera. Durante diez minutos siguió hojeando los documentos para intranquilizar aún más a la muchacha. Esta noche tenía que acabar con el asunto de esta criatura. Era preciso que sacara de ella cuanto supiera de «*Cara de zorra*». Vivica permanecía con los ojos fijos en el suelo: sabía que no se podía mirar al poderoso señor Matsubara. De pronto, él dio unas palmadas y apareció la agente Yuriko.

—¡De rodillas! ¡Inclinación! ¡De pie! ¡De rodillas! —ordenó bruscamente.

Vivica escuchaba. Su rostro encantador se hallaba teñido por una sombra de tedio. Desde hacía algunas semanas vivía en el reino de la irrealidad, y ya se había acostumbrado. Cuando este asunto quedara resuelto haría un pequeño viaje a Saigón para coleccionar caras nuevas. Para el interrogatorio se había puesto el vestido que llevaba al ser detenida: un vestido de lino verde luminoso, con manchas y rasgones. El pelo caía sobre la frente porque no se había tomado la molestia de peinarse. Pero ese ligero abandono de su persona, cosa que jamás hubiera podido soportar Astrid,

prestaba a la belleza de Vivica un encanto todavía más atractivo. Tenía un incentivo despreocupado, quizás un tanto pérfido; era como una ninfa nórdica sin maquillaje. Ahora, sus ojos verdosos estaban ligeramente velados y en su frente el esfuerzo de arrodillarse, levantarse e inclinarse había depositado un par de perlas de sudor. Sus vigorosos labios parecían los de una criatura que anhela besos y dulces. Vivica encontraba estúpidos y aburridos los ejercicios físicos que ordenaba el mayor vestido de uniforme. Ni por un solo momento tuvo conciencia del peligro de muerte que sobre ella se cernía. Algo en su interior la había conducido siempre hacia un abismo en medio del juego y del triunfo de la vida. Ahora era él quien la acercaba peligrosamente a este abismo: bastaría que no le obedeciera para que tal abismo abriera sus fauces y la engullera.

Para ella, tía Helene y Astrid se habían convertido en formas fugaces, en figuras de otra época y pertenecientes a otra realidad, a otro tipo de existencia. Vivica no recordaba ya exactamente el aspecto que tenía tía Helene; su memoria se hallaba un tanto velada desde aquellas dos primeras noches en que lanzó tantos gritos detrás de aquella puerta cerrada que los centinelas soltaron una carcajada. ¡Realmente estos renacuajos extranjeros eran muy divertidos! ¿Qué japonesa se hubiera atrevido en un calabozo ni siquiera a suspirar? En cualquier situación, una japonesa daba muestras de unos modales sin tacha y de tina estoica indiferencia frente a las contrariedades externas. Cuando la vida se les hacía insoportable, ponían punto final a su mísera e insignificante existencia, tal como había hecho Tatsue, la no llorada esposa del mayor Matsubara. Luego Vivica parecía haberse tranquilizado, y los centinela ya no oyeron más gritos, sino sólo algunos cantos o incomprensibles charlas. Vivica se había imaginado a un joven compañero, que se llamaba Halvard y con el cual se entretenía. Todo lo veía a través de este extraordinario velo...

Halvard estaba siempre con ella, incluso mientras bramaba el barón Matsubara. El maravilloso francés del mayor sonaba como el ladrido de un perro, y Vivica se divertía a costa suya. ¡Hacía tanto tiempo que no había reído! Después del interrogatorio quería reírse con Halvard del mayor.

—¡De espaldas a la puerta! ¡Inclinación!

Vivica estaba tan sumida en sus pensamientos, que ni siquiera oía las órdenes. Poseía la fatal virtud de Borghild de abstraerse del mundo que la rodeaba gracias a su fantasía. En el *Kempetai* este tipo de talentos gozaban de muy poca estimación. El mayor se levantó ágilmente. Sus ojos estaban semicerrados. Se dirigió a la detenida número 83 y le propinó un cachete, lo cual fue una advertencia de que debía estar atenta, pero no un bofetón de aquellos que hubiera podido destrozar el tímpano de la arrestada.

—¡De espaldas a la puerta! ¡De rodillas! ¡De pie! ¡Inclinación! —repetía con suma suavidad.

Había dado por vez primera una bofetada a la descuidada criatura-ninfa; lo había hecho en broma. Esperaba las fáciles lágrimas del renacuajo extranjero, pero no

aparecieron. Vivica se hallaba tan admirada que incluso se había olvidado de llorar. Jamás la habían pegado hasta ahora, a pesar de que su severa tía Helene la había amenazado varias veces. ¿Qué tenía que hacer para eludir los castigos? Vivica reflexionaba extenuada. Había tratado de lisonjear a la importante figura de la que dependía su buena o mala suerte.

—Tengo la gran desgracia de ser muy poco aplicada —murmuró.

Vivica levantó su vista a la avasalladora figura. El mayor miró directamente aquella misteriosa profundidad con brillo de esmeralda; contempló las perlas de sudor de aquella frente infantil, sus labios arqueados. Se imaginó su espíritu veleidoso y tembloroso. Cuando la muchacha sonreía, su aspecto parecía el de una zorra, pensó el mayor de repente. ¿Zorra? Hizo un esfuerzo. «*Cara de zorra*» se llamaba el agente —o la agente— que había proporcionado informaciones al señor De Maury. El mayor lanzó una mirada furtiva a Yuriko, que, vestida como toda trabajadora japonesa con pantalón de satén negro y una desgarrada chaqueta azul, se hallaba arrodillada y sollozando en un rincón. Debía empezar ya el primer acto.

Un nuevo /«careo». Esa china asquerosa, como calificaba el mayor a su agente Yuriko, tenía que hablar a toda costa. De nuevo se produjeron agudos y virtuosos sollozos de Yuriko, a los que el mayor contestó con un puntapié tan brutal que la muchacha lanzó un grito de dolor.

—*Shikata ga nai*^[56] —murmuró ella disculpándose.

Eso era la explicación que los japoneses daban cuando se sobrepasaba la medida de lo tolerable en una crisis del sentimiento. Con esa misma frase en los labios eran muchos los que se encaminaban a la muerte. Yuriko había gritado en una crisis sentimental, pues Akiro, su amado, no había vuelto a preocuparse más de ella durante estos últimos tiempos. La había enterrado en lo profundo de la tierra igual que si hubiera sido un topo. Por eso la oprimía una sospecha atormentadora. ¿Se habría enamorado Akiro de la extranjera con cara blanca como la harina? Jamás lo daría a entender porque para eso tenía él demasiado *jicho*^[57]. Procedía de una gran familia (como había hecho observar, afligido, el doctor Yamato), y los hombres pertenecientes a grandes familias —así lo había aprendido Yuriko en la escuela cuando era niña— tenían un amor propio que pesaba mucho, no un amor propio ligero como el padre y el hermano de Yuriko, que no eran más que comerciantes de Tokio.

Si la extranjera le robaba el amor de Akiro, Yuriko la mataría, y de tal modo que nadie podría sospechar de ella. Había venenos muy cómodos que podían ser puestos en la comida. Ocasionalmente, Yuriko llevaba la comida a los detenidos para tratar de animarlos y hacerles soltar alguna declaración. A veces lo conseguía por medio de delicadas preguntas y sorprendentes pequeños obsequios: un platito de arroz con carne de pato desmenuzada, pedacitos de calabaza y nueces azucaradas para los chinos eternamente hambrientos; un pequeño y barato relieve en madera de Hiroshiges, titulado «Repentino aguacero en el oasis» para los presos japoneses, que

o bien eran demasiado histéricos o demasiado nobles para hallar consuelo en la buena comida. A ellos sólo les era posible saciarse realmente con el arte. Si Yuriko se veía obligada a envenenar a la extranjera, no vacilaría un instante. Pero esperaba que Akiro se volviera de nuevo hacia ella. Se daba cuenta de que Vivica era excesivamente estúpida para ser espía. Y tal como lo sentía lo dijo. Akiro le asestó una bofetada. ¡Había adivinado sus intenciones! Las agentes enamoradas eran un lastre.

De acuerdo con los métodos eficaces, el mayor Matsubara no dejaba ni un solo minuto a la detenida Wergeland para que pudiese reflexionar; disparaba sus preguntas a un ritmo rabioso, de manera que no tuviera tiempo para falsear sus respuestas. La desorientaba con refinadas contradicciones y al mismo tiempo le decía que finalmente la china asquerosa (Yuriko) había declarado que Vivica era la agente

«*Cara de zorra*». En París, cuando estudiaba arte, había aprendido en el *Deuxième Bureau* los sistemas del interrogatorio sin pausa. Realmente, el «Método combinado tigre-cordero» era una especialidad del *Kempetai*. El interrogatorio no era llevado a cabo, como se hacía en el Occidente por dos funcionarios, sino por el mayor Matsubara completamente solo, que con inaudito virtuosismo sabía pasar de la «posición tigre» a la «posición cordero», con lo cual conseguía infundir un paroxismo de terror a los presos. Luego reflexionaban, deliraban o perdían el juicio, y esto último era en verdad lo peor que le podía pasar a un detenido del *Kempetai*, ya que sólo el juicio le preservaba de un abismo de «orgía de confesión». El mayor era un torturador mental de primera categoría; sentía un secreto desprecio por los métodos de tortura rudos que en algunas ocasiones se veía obligado a aplicar. No era cierto, como más tarde se dijo, que todos los oficiales del *Kempetai* atormentaran corporalmente a los arrestados. Si lo hacían la mayoría de ellos, pero no el mayor Matsubara. Había torturado con tal refinamiento al señor Sun, que el método del cordero había acabado por causarle un ataque al corazón.

—¿Quién es «*Cara de zorra*»? —preguntó ahora con agudeza.

—¡Esta mujer! —gritó Yuriko, señalando a Vivica y sollozando.

—Miente —dijo suavemente Vivica. La nube de su cerebro iba espesándose.

—Entonces, dígame usted quién es «*Cara de zorra*».

—No lo sé.

El mayor Matsubara lanzó una carcajada tan estridente que Vivica sintió un glacial escalofrío en la espalda. ¡Y esa china horrorosa! Creía que Yuriko era realmente una china. Eso no le hubiera pasado nunca a Astrid. Desde su niñez conocía a los chinos de Shanghái por sus movimientos, por sus voces, por su manera de reír, de andar y agacharse.

—Sí, sí, usted lo sabe —dijo el mayor Matsubara tras haberse recuperado de su ataque de risa y de haber ordenado con una mirada tranquilidad a Yuriko—. Así» pues, usted afirma que esta honorable china primero ha mentido por miedo y ahora falsea la verdad.

—No le comprendo, señor mayor.

—Dice la verdad y miente, ¿eh?

Vivica calló. Quería dormir. O charlar un rato con Halvard. Éste ya no estaba en la habitación; había tenido miedo del tigre con ojos centelleantes.

—¡Haga el favor de contestar!

—Sí, señor mayor.

El barón Matsubara desorientó a Vivica con una charla sobre Saigón y por ello se enteró de que la muchacha había cruzado a menudo la frontera en el transcurso de los últimos meses. Había ordenado marchar a Yuriko y se quedó solo con la muchacha de cabellos dorados.

—¿Por qué visitaba al señor De Maury en Saigón?

—Íbamos a bailar juntos.

—¿Le gusta a usted bailar?

—Cuando no estoy cansada.

¿Quema bailar usted ahora? ¿Conmigo?

Vivica no respondió. Aborrecía las bromas del tigre.

—¿Es Pierre de Maury «*Cara de zorra*»?

—No lo sé, mayor.

—¿Dice usted mentiras?

—No lo sé, mayor.

¿No sabe usted si dice mentiras? ¿Es que tendré que encerrarla en un manicomio? ¿Iba con mucha frecuencia a bailar con «*Cara de zorra*»?

—Fui diez veces, mayor. Digo, con el señor De Maury.

—¡Ah, ahora sí confiesa usted la verdad! ¿Por qué no ha dicho usted inmediatamente que el señor De Maury es «*Cara de zorra*»?

Vivica contempló horrorizada al mayor. ¿Qué había dicho ella?

—Eso no lo he dicho yo, señor mayor —contestó roncamente.

—¿Entonces soy yo el que miento? ¿Acaso pretende que yo miento? ¡Inténtelo!
—gritó el mayor Matsubara, acercándose a Vivica.

—¡No!

La muchacha levantó ambas manos cómo una criatura que aguarda el golpe.

—¿No responde? ¿Quiere usted decir que yo miento?

—Usted miente, mayor.

En la frente infantil de Vivica aparecieron gigantescas gotas de sudor.

El mayor Matsubara le propinó un cachete por haber dicho que él mentía. Luego siguió mostrándose como tigre y cordero.

—¿Es su hermana Astrid «*Cara de zorra*»?

—No, mayor.

—¡Usted sabe quién no es «*Cara de zorra*»! También sabe exactamente quién lo es. ¡Lo sabe muy bien!, Luego miente. ¿Quién es ahora la que miente, eh?

—Yo ya no puedo más, mayor.

—¿Ya no puede mentir más? ¡Bien, muy bien! ¡Siéntese! ¡Ahora vamos a hablar como buenos amigos, señorita! Quiere confesar la verdad. Muy sensata. Eso está bien.

El mayor Matsubara alargó una silla a Vivica. La muchacha se sentía tan mareada que tenía que sostenerse la cabeza.

—¿Desea usted fumar, señorita?

Sin esperar respuesta, el mayor ofreció un cigarrillo a la detenida. Empezó a charlar exactamente igual como si estuvieran sentados en el Faubourg St. Germain.

Preguntó una vez más quién era «*Cara de zorra*» y si Vivica consideraba que todos los chinos mentían. ¿Qué pensaba de los japoneses? Le dijo —siempre en tono de amable charla— que debía tratar de conseguir que Pierre de Maury soltara la lengua. La observo. Su penetrante mirada atravesaba aquella frente infantil. Naturalmente, todo eso no era más que un globo sonda. Intentaba desesperadamente cazar a aquel escurridizo francés y saber si era él o no el agente «*Cara de zorra*». De Maury sostenía relaciones antijaponesas con la secta del Cao-Dai y en los últimos tiempos había estado más en Saigón que en Hanói. El grupo más importante de resistencia procedía de esa secta, a la que no se podía atacar sin provocar un gran escándalo en la ocupada Indochina. El escándalo era ahora lo último que podían promover los japoneses.

Desde la detención de Vivica y la fuga de Pierre, los informes habían cesado de ser transmitidos a través de los enviados secretos de Saigón. «*Cara de zorra*» estaba atemorizado y permanecía tranquilo en su escondrijo. La obstinada búsqueda del señor De Maury era en cierto modo una venganza personal del mayor. Había confiado durante años en ese francés y luego había sido burlado y decepcionado como un principiante. Su endiablado, aristocráticamente cultivado *jicho* exigía una venganza que él imaginaba muy bien. Tan pronto como lo tuviera entre sus manos le quemaría con el cigarrillo encendido la punta de los dedos y después le aplicaría un tratamiento de aguas. Una gota de agua sobre la cabeza del traidor, luego otra gota... otra... otra... y así continuamente hasta que el detenido acabara casi por volverse loco y confesara. No sería como con el doctor Lafitte, a quien le habían bastado unas humillaciones hondas pero indoloras. Había sido puesto en libertad tras haberse arrodillado tres veces ante el mayor diciéndole *kata-jikenai*^[58].

El mayor miraba fijamente ante sí. Vivica Wergeland había sostenido estrechas relaciones con Fierre de Maury. Su venganza debía cebarse también en ella. Sus cabellos brillaban como el oro de la pitillera que De Maury le había regalado cuando eran buenos amigos.

Vivica había fumado ávidamente. El mayor le ofreció un segundo cigarrillo sin decirle que era de opio. Tenían por objeto hacer perder a los detenidos el miedo al miedo y hacerles perder también la prudencia. El mayor Matsubara había conseguido buenos resultados con los chinos. Por cada favor los arrestados tenían que hacer una reverencia y murmurar el enigmático *kata-jikenai*, que además de significar que los

presos se sentían agradecidos por la ofensa, quería decir que también se consideraban avergonzados por los beneficios recibidos: golpes, afrentas, cigarrillos, curas de agua y tratamiento con sol. A quien no agradecía cortésmente, se le enseñaban los modales del *Kempetai*. En tiempos anteriores a la guerra los antiguos dueños de tiendas mostraban con esta expresión su agradecimiento a sus ilustres clientes que habían tenido a bien visitar sus tiendas, y también los clientes por su parte expresaban su *kata-jikenai*. En el Japón era costumbre ese intercambio de fórmulas secretas. Con este mismo ceremonial los clientes pedían la honorable cuenta, que siempre era «excesivamente baja» dada la insuperable calidad de los artículos comprados. El *Kempetai* usaba también esas fórmulas con los detenidos cuando no eran japoneses.

Vivica se levantó para hacer una reverencia y pronunciar la ritual fórmula de agradecimiento, a la que el mayor respondió, pero el cigarrillo la había dejado tan atontada que apenas pudo pronunciar palabra. Había recibido un plato de arroz frito y agua de té, pero sólo se había bebido el agua de té, dejando el arroz. Prefería conversar con Halvard, su imaginario camarada.

Ahora se tambaleaba y quería disculparse cortésmente, pero no podía hablar. Estaba sumamente extenuada y se encontraba en un estado de alucinación que la llenaba de sopor físico, mientras que, por el contrario, su capacidad de percepción psíquica parecía aumentada. De repente, se dio cuenta de las armas que la naturaleza le había proporcionado, de su fuerza para provocar la fantasía de los hombres, aun cuando no tenía conciencia de su gracia refinada y cándida, ligeramente despreocupada y que provenía del abismo del amor. No necesitaba el violín de Borghild para excitar la imaginación de un hombre. La mirada de sus ojos ligeramente velados, su sonrisa, su voluptuoso abandono daban a entender que en ella todo era música mundana.

Con despreocupada elegancia se dejó caer en los brazos del mayor Matsubara. Su auténtica debilidad física hizo pasar como fidedigna esa imitación de desfallecimiento. Permaneció entre sus brazos como si perteneciese a ellos. Con los ojos cerrados y la respiración contenida se dejó arrastrar hacia el abismo al que el mayor había querido precipitarla. Pero precisamente por esa debilidad la muchacha significaba un peligro.

El mayor Matsubara colocó a Vivica sobre la dura cama turca que había sido prevista para los estados de debilidad de los detenidos. Trajo coñac y un paño mojado con agua fría. Tenía que hacer cantar a la amiga del señor De Maury. De la habitación contigua provenían algunos bramidos: sus suboficiales interrogaban a insignificantes insectos. Él estaba completamente solo con esta muchacha, de la que no sabía si era culpable o inocente, ni si conocía o no a «*Cara de zorra*», ni tampoco si sabía o no dónde se había escondido Pierre de Maury.

Ejercía un poder sobre ella. Era la primera europea que se le entregaba completamente en una habitación, y de noche. Le agradaba su situación, pero su rostro seguía siendo duro y sus ojos brillaban peligrosamente cuando se inclinó sobre

ella. Humedeció con agua su frente y trató de introducir un poco de coñac en su boca. Para ello se veía obligado a estar en contacto con el renacuajo extranjero de cabellera de brillo metálico. Deslizó su brazo por debajo de la cabeza de Vivica, contempló maravillado durante unos segundos sus sedosos cabellos y colocó la botella de coñac en los labios de la muchacha.

Vivica bebió un sorbo. Luego abrió los ojos, los volvió a cerrar como un niño soñoliento y apoyó su cabeza sobre el pecho del mayor Matsubara, como si en él encontrara paz y protección. Matsubara Akiro estaba tan desconcertado, que incluso se olvidó de rechazar brutalmente a la detenida. Vivica no se movía. Tampoco el mayor se movía. Era la primera vez en su existencia de sabueso que una presa política descansaba apaciblemente en su pecho, y de repente alzó los ojos, como si se encontrara ante una situación anormal, como si un *hombre* hubiera ocupado el puesto de un tigre ataviado con su uniforme.

Con una sola mirada de sus velados ojos, en los que se entremezclaban la fatigosa fantasía de los nórdicos y la fuerza seductora de una Afrodita, la arrestada número 83 había recordado al rígido mayor de la policía secreta japonesa que era un hombre de cuarenta y un años, que sólo conocía íntimamente a la estéril Tatsue y a la enferma de amor Yuriko. Naturalmente, conocía también a las muchachas flores japoneses que vendían sus cuerpos respetuosa y mecánicamente, y a las lujosamente ataviadas geishas que tan bien iban para mantener conversaciones y para distraerse. ¡Pero eran como gaseosas con etiqueta de champaña! El amor romántico sólo lo había conocido Akiro en las películas y mentirosas novelas occidentales, y siempre se había reído de ellas, ya que jamás había vivido una situación favorecedora de esa clase de amor. En los ojos velados y enigmáticos de la rubia muchacha había algo salvaje y desordenado, que era completamente ajeno a las novelas históricas de amor del Japón. En ellas se amaba tal como enseñaba la educación y se mataba decorosamente según unas formas tradicionales que hablaban de amor y de poesía. Las ninfas y las afroditas no contaban cuando las japonesas amaban «románticamente» en los escenarios de teatro y en la realidad. Jamás se les permitía invitar a un hombre a una vida desordenada, sino que tenían que vivir resignadas y humildes durante años igual que Tatsue, o bien se veían obligadas a pedir humildemente amor como la agente Yuriko.

El mayor contemplaba a Vivica en el infierno del *Kempetai*, y pensaba en el mundo que le rodeaba, un mundo hundido en una atmósfera de sadismo y de brillantes crisantemos, un mundo cuyo tumulto hacía a las personas caer desfallecidas en una estúpida sala donde todo era rígido y temible. Matsubara Akiro, un samurái degenerado, entre cuyas redes de palabras se enredaban más pronto o más tarde todos los detenidos, contemplaba a Vivica en lugar de propinarle una bien merecida bofetada lanzando una estridente carcajada de policía.

—Estoy cansada —murmuró Vivica. Ahora había abierto sus ojos de par en par y no dio la menor señal de querer levantarse y hacer la reverencia obligada—. Me

muero... —musitó, y en realidad una palidez mortal cubría su rostro encantador.

El mayor Matsubara le hizo tomar todavía otras gotas de coñac y se inclinó tan profundamente sobre la muchacha, que sus ojos quedaron fijos unos momentos en los de la ninfa. Vivica bebió sin separar de él su mirada. Por vez primera el mayor Matsubara veía muy de cerca el rostro delgado, como de bronce dorado, con ojos hondos y resplandecientes, la nariz fina y sus labios gruesos, terribles, pero sin embargo sobrios. En los ojos del mayor la muchacha captó una mirada que no olvidaría fácilmente: en ella se leía la muda confianza, el aburrimiento arrogante y mortal del hombre-dios japonés, a quien sólo esperaba sumisión humilde y absoluta en el paraíso del amor. La mirada del mayor mostraba melancolía oscura y ardiente, una resignación altanera. Y aún había algo más en esa mirada: el asombro ante el hecho de que una mujer occidental fuera hermosa; la sorpresa ante un brillo magnífico y blanco semejante al de los cerezos en flor de Kioto, ante un semblante delicado como la niebla matutina que se cierne sobre el Fuji, ante un cuerpo con miembros largos y derechos, con senos triunfales, y tan impresionante como la música de un Beethoven y de un Mozart.

Vivica experimentó miedo ante esa mirada. Su espíritu juguetón y su joven sensualidad se asustaron ante la desmedida soledad que en esos segundos se esparcía en torno a la persona del mayor en forma de una sustancia que parecía enemiga de la vida. De repente se sintió desamparada frente a esa ferocidad intrincada y frente a las llamas de un deseo escondido, que no era más que sexualidad, estupidez y caos; desvalida, ante la rabiosa fuerza de sentimientos japonesa que se inflamaba como un volcán y que se alimentaba de un oscuro amor a la muerte.

Vivica lanzó un grito, como el de una criatura que se encuentra en un gran peligro, y se llevó presurosa las manos al rostro para hurtarse a aquella mirada que ella misma había provocado sin darse cuenta. Y sin embargo no le ocurrió lo más mínimo: el mayor no la abofeteó, no la desnudó, ni tampoco la besó. Sólo siguió contemplándola.

—Voy a proporcionarle algo para comer —explicó finalmente—. ¡No puede morirse tan de prisa! Está usted muy hambrienta, eso es todo. ¡Podrá comer tranquila, señorita!, Después proseguiremos nuestra charla.

Vivica no comió en su celda, sino que fue trasladada en un auto cerrado, acompañada de un teniente, al restaurante «Los Crisantemos Blancos», allí donde veinte años antes su madre cenó en compañía del joven señor Matsubara. Mientras Vivica, envuelta en un quimono de invitada, comía animada la sopa y los alimentos fuertemente condimentados, y observaba atenta el cuadro samurái que había en la *tokonoma*^[59], el mayor entraba en el recinto del delicado arte de vivir y de la tortura mental. Se sentó lisonjeramente junto a Vivica. Con un ligero acento de burla y con la cortesía tradicional en los japoneses elegantes preguntó a la muchacha cuáles eran sus deseos. Ahora jugaba al anfitrión, pero no vestido con uniforme, sino con su quimono. Vivica no se atrevía siquiera a mirarle, tal era el temor que sentía ante el

mayor. Éste, al entrar, había pedido *saké*. Y ahora llegaba ese vino de arroz caliente, y con él la tradicional disposición lírica.

*Eufórico el ruiseñor
canta cuando no ve
los barrotes de su jaula.*

—¿Por qué no bebe usted, señorita? —preguntó el mayor con peligrosa amabilidad y lanzándole una volcánica murada.

Vivica estaba un poco mareada y al ir a beber derramó de gotas. Quiso limpiar con su pañuelo las manchas del quimono verde —la señorita Wergeland, al final, había conseguido enseñarle algunas normas rudimentarias de orden—, pero el mayor sacó por entre un corte de su quimono un pañuelo de seda y primeramente secó la costosa mesita de laca y luego a la fútil detenida. Sonrió comedidamente a Vivica, y después dejó caer como una ágil mariposa el pañuelo de seda. Realizó todas estas operaciones con rapidez extraordinaria y con el donaire de un bailarín que se veía intensificado por su rico quimono.

—¿Es que el francés ha jugado con usted tan bien *ma petite*, que ahora no quiere delatarlo? —preguntó paternalmente, alargándole con una sonrisa la taza, desprovista de asa, de *saké* caliente.

—¿Qué francés? —inquirió Vivica, sonriendo medio dormida.

El opio la había sumido en un agradable estado de indecisión que oscilaba entre el miedo a la muerte y el éxtasis. Todo había desaparecido, y ahora todo volvía a resplandecer claramente de nuevo: el quimono bordado del mayor, su tranquila sonrisa, el blanco pañuelo de seda que yacía en el rincón...

—¿Qué francés? —preguntó Vivica por segunda vez y sonriendo un poco más.

Jamás se había sentido tan fuerte y tan desamparada tan descuidada y tan bellamente revestida. Todo ello reflejo de lo visto en la mirada del mayor.

—¡Vamos! ¿Es que tiene usted muchos amigos franceses, señorita? —inquirió el mayor con una sonrisa generosa.

«Carne», pensó, «polvo, estupidez, caos, ¡pero que triunfalmente bella!». Su boca voluptuosa, pero sobria, se contrajo en una mueca dolorosa. Apetecía esa belleza y sabía que el poder de la meditación había de fracasar ante los ojos de esa ninfa marina y ante aquellos rizos resplandecientes como el oro. Se levantó de la esterilla, atrajo hada sí con un gesto apasionado de bailarín a la bella muchacha y con acento impetuoso y agudo murmuro estas palabras japonesas:

—*Kino doku*^[60].

Había olvidado el francés al agradecer en su creciente excitación a la detenida número 83 el que le permitiese disfrutar de su mirada, pero al mismo tiempo sintió un emponzoñador sentimiento de vergüenza al verse obligado a dar las gracias a una criatura tan miserable.

Matsubara Akiro, que siempre había superado toda atracción erótica con ayuda de la disciplina Zen, ahora se encontraba frente a la muchacha extranjera y repetía:

—*Kino do'ku, kino do'ku.*

Estas palabras las pronunciaba cada vez con mayor ímpetu y apasionamiento. La pasión del enamorado japonés había conseguido abrirse paso finalmente. Debía disfrutar inmediatamente, en el espacio de breves segundos, de ese haz de resplandor, de sexualidad y de estupidez, para luego poder rechazarlo lejos de sí. Generalmente después del apretón venía el más sincero arrepentimiento por la pérdida de la fuerza varonil y de la disciplina; la brutal indiferencia contra la donante de la satisfacción y la vuelta del hombre japonés al «puro recinto» donde el último resto de la concupiscencia insatisfecha se desmorona ante la dominante fuerza del espíritu. Pero en ese momento, Akiro sólo podía superar el emponzoñador sentimiento que le había atacado de improviso arrodillándose ante Vivica y repitiendo incesantemente con voz plañidera «*kino do ku, kino do'ku*». Su propia voz le sonaba completamente extraña y ruda: debía estar quebrada por el dolor o por el placer. Deseaba tener para sí a la extranjera, organizar con ella una fuga y satisfacer sus deseos siempre que él quisiera. Planes salvajes se hilvanaban en su cerebro, mientras seguía arrodillado ante Vivica, golpeándose violentamente la cabeza en el suelo y lamentándose con las palabras «*kino do ku, kino do'ku*».

Vivica contemplaba horrorizada al mayor. No comprendía nada. ¿Qué joven criatura del lejano Occidente había visto jamás a un japonés en el delirio del amor, y había oído tan desgarradores lamentos? ¿Qué mujer del Occidente hubiera contemplado sin terror mortal las lágrimas que brotaban como una espesa humareda del interior de Akiro y se agolpaban en sus relucientes y negros ojos?

«*Kino do'ku, kino do'ku*». Gracias, gracias, ¡oh, este sentimiento emponzoñador... esta vergüenza... esta felicidad! Te amo, oh, tú, haz de belleza y de estupidez, tú, oh diosa, oh, tú, trivial mujer adorada. *Ai... Ai*^[61]».

El mayor volvió a golpear de nuevo su cabeza contra la *tatami*^[62]. Su liso y reluciente cabello colgaba en mechones sobre su frente y el sudor corría a torrentes por su cuello y su nuca. Su aspecto le parecía a Vivica tan terrible, tan absolutamente desconocido y tan grotesco que la muchacha pareció quedar paralizada por unos momentos. Pero cuando el rabioso japonés vestido con su flamante quimono comenzó a proferir palabras incomprensibles y gritos espantosos, Vivica empezó a soltar carcajadas inspiradas por el miedo que sentía y por la sobreexcitación causada por los días que llevaba en la cárcel, el opio y el *saké*. Esa risa histérica no era otra cosa que sollozos torturantes; de un modo semejante había reído también en el entierro de su padre a causa de la pena que la afligía, hasta el punto de que la señorita Wergeland tuvo que meterla apresuradamente en el interior del coche. Pero ahora reía de miedo, pues sin saberlo había estado flirteando con un volcán.

Naturalmente, ella no quería reír. Era una reacción sobre la que no tenía poder alguno; pero quizá reía para no perder el juicio. Las carcajadas salían a oleadas de su

atormentado interior, y también las lágrimas afluían sin cesar a sus ojos enfermos y supe extenuados. De pronto sus risas y jadeos se tornaron en tos, y luego en un hipo doloroso. Finalmente se dejó caer en su almohadilla riendo e hipando. La situación había empeorado. Se podía aborrecer a un japonés, defraudarle, mentirle, atormentarle, matarle incluso, pero no era posible reírse de él en ningún caso. En una velada social que el cónsul Wergeland ofreció en Shanghái hacía unos veinte años, un cierto señor Bailey desconocedor del carácter de los japoneses, se rió a costa del joven señor Matsubara. A consecuencia de ello, ese americano perdió primero su negocio, y después, al comienzo de la guerra, su vida.

Todavía estaba riendo Vivica cuando vio como un hombre tigre se precipitaba sobre ella. Las honorables pupilas del mayor, como en los viejos cuadros samuráis, se habían deslizado al ángulo más externo del ojo: el blanco del ojo refulgía como en un ciego o en un epiléptico que ha dado la vuelta a sus ojos en una crisis de espasmo. Cogió aquel fardo de belleza, lo arrojó al suelo y luego comenzó a golpearlo metódicamente, tal como pegan los hombres. Después despertó brutalmente a Vivica de su benigno desmayo y la arrastró por el suelo de la hermosa habitación tirando de sus cabellos. En ese momento el mayor volvía a llevar de nuevo su uniforme y su cabello, liso y resplandeciente, caía sobre su rostro inmóvil. Cuando Vivica abrió los ojos, él estaba de pie, gigantesco y terrible, al lado de su víctima, que destrozada, se lamentaba en su almohadilla. Mientras continuaba propinándole puntapiés, dijo con su maravilloso francés.

—¡Morir sería demasiado bello para usted, señorita! ¡Tiene usted que vivir y lamentar su existencia cada minuto!

El mayor tocó el timbre. Dos oficiales le hicieron una profunda reverencia y sonrieron con sarcasmo cuando vieron en el suelo el lamentable fardo que formaba la mujer.

—¡Llevala de nuevo a su calabozo! ¡Nada de tratamientos médicos! ¡Por lo que he podido deducir de nuestro rato de charla, creo saber dónde se encuentra escondido el señor De Maury!

El mayor Matsubara quería enviar inmediatamente un telegrama al coronel Saito, que se hallaba en Laos contemplando la puesta del sol. Pierre de Maury debía estar oculto en Angkor. Eso no estaba lejos de Laos. Cuando llegara a Shanghái para sufrir el interrogatorio principal, su aspecto sería sumamente parecido al de unas ruinas. Estos pensamientos divertían al mayor. Sonriente, preparó los detalles para el próximo interrogatorio de Vivica. El lugar sería la habitación número 12, la sala de tortura del *Kempetai*. Debía aguardar y temblar durante dos semanas. Los narices largas, como ya se sabe, aborrecen las esperas. ¡Estupendo, fantástico! Sólo faltaba «*Cara de zorra*». Pero lo apresarán *sono uchi*^[63].

El mayor saludó ceremoniosamente y se retiró a su gabinete privado en «Los Crisantemos Blancos». Desmontaría al muñeco número 83 y vería cuántos secretos y cuánto serrín había todavía en su interior.

En el vestíbulo débilmente iluminado de «Los Crisantemos Blancos» había una japonesa y observaba cómo los dos secuaces del *Kempetai* introducían a la desfallecida Vivica en un coche de policía. Yuriko asentía satisfecha con la cabeza. En su estupidez había llegado a creer que Aloro se había enamorado de la rubia. Como vieja agente *del Kempetai* hubiera tenido que saber de sobra que el barón había usado primero el «método-cordero» y después el «método-tigre». Eso les ocurriría a todas las muchachas que quisieran robarle a su Akiro.

Yuriko se dirigió al piso donde tenía su aposento privado el eterno e inaccesible amado. Entró en la antesala adornada con tallas de madera samuráis. Aunque sus pasos eran muy suaves —el cuerpo de Yuriko seguía siendo todavía ligero como una pluma— Akiro la había oído y apareció vestido con su quimono de dormir. Yuriko retrocedió al verle.

Parecía como si el mayor quisiera estranglarla. La voz se le ahogó entre sus labios cuidadosamente pintados y secos como la cáscara de arroz a causa de las ansias de besos que sentían. En los honorables ojos de Akiro se percibía una orgullosa oscuridad.

Yuriko se inclinó cortésmente y avanzó de espaldas hacia la puerta ofreciendo el rostro a su dueño —parí salir de la estancia. Ya no miró más a Akiro. Con el temor innato de las japonesas en su corazón decepcionado, Yuriko murmuró desesperadamente:

—Kata-jikenai!

De esta forma tan respetuosa le daba las gracias también por no haberla estrangulado allí mismo. Se dirigió al edificio trasero del hotel y rompió a llorar. El amor de las mujeres era sencillo e ingenuo, no estaba afectado por el complicado ritual del amor de los hombres. Yuriko cocinaba a gusto para su amado, cosía quimonos, preparaba el té ceremonial, le daba hijos y recibía sus abrazos con humilde agradecimiento. Naturalmente, también se hallaba dispuesta a dar su vida por Akiro si llegaba la ocasión. ¡Sería un honor inmerecido poder prestar este favor al amado! Tan sencillo, estúpido y grandioso era el amor de Yuriko, el amor de una muchacha japonesa del montón en un período de decadencia.

Yuriko se levanto de su *tatami*, pues había observado un papel en el suelo. Era el escrito secreto de un espía *annamita* de Saigón, con el que se había acostado por razones de oficio para obtener informaciones. Esa carta, que era una extraordinaria mezcla de formales juramentos de amor y de informes políticos, había querido entregarla unos momentos antes al mayor Matsubara, pero al tener que marcharse en seguida se la había traído consigo a su dormitorio. Se le había caído de la chaquetilla de su vestida de deporte. Porque cuando transitaba por las calles de Shanghái, Yuriko llevaba siempre trajes occidentales para no ser importunada por los chinos. Ese vestido era su tortura: representaba toda una serie de desventajas para su apariencia y ninguna ventaja a su favor. Tras haber estado contemplando a Vivica, la visión de su pequeña compatriota en un atuendo que había sido ideado para unas piernas largas y

rectas y un talle esbelto, le había producido un dolor corporal a Aloro, ese asceta-militar.

Yuriko sentía tener que entregar a Pierre de Maury al *Kempetai*. El agente annamita le comunicaba en esa carta el escondrijo del nariz larga. El francés se había comportado siempre con suma amabilidad con Yuriko. Le había regalado unas grajeas contra el dolor de cabeza. Hizo una ligera y ceremoniosa reverencia en honorable memoria privada del nariz larga, pero ella amaba al Japón y a Akiro. Debía entregar sin tardanza al enemigo del Japón.

Matsubara Akiro, que en esos momentos era señor de la muerte y de la vida de algunos miles de extranjeros en el Asia Oriental, estaba inmóvil en su dormitorio. Era medianoche. Contemplaba las tallas de madera samuráis que colgaban sobre su lecho para servirle de estímulo. No podía ver a aquellos guerreros salvajes de facciones rígidas, blandiendo sus espadas y con las pupilas desplazadas en el ángulo del ojo. Las lágrimas enturbiaban su mirada. Se tumbó desesperado sobre su esterilla y comenzó a llorar desconsolado por aquello que tenía que destruir, pero que amaba y adoraba. Muchos hombres lloraban por una mujer a la que habían perdido antes de poder abrazarla. Pero las lágrimas que el cuarto barón Matsubara derramaba en aquella Shanghái devastada por la guerra eran especialmente amargas, porque ningún otro hombre del mundo poseía tanto talento como los japoneses para adorar y destruir.

Precisamente había acabado de dormirse Akiro, cuando alguien llamó a la puerta de su recibidor. Los dos oficiales que se habían llevado a Vivica, le traían una nota urgente de la agente Yuriko.

Los ojos de Matsubara ardieron en un fuego de excitación cuando recorrieron el escrito del espía annamita. A la una de la noche tenían que celebrar consejo. El coronel Saito estaba todavía en Laos. Aún no había sido expedido el telegrama. Tenía que ponerse en marcha inmediatamente hacia Saigón.

A las cinco de la madrugada el mayor y los dos oficiales volaban hacia Saigón. Antes de partir, Akiro había firmado algunas órdenes de detención contra ciertas personas de Shanghái. Entre ellas se contaba la señorita Astrid Clermont-Wergeland, que vivía en casa del barón Von Zabelsdorf, en la Concesión francesa.

Se había puesto en marcha la caza de «*Cara de zorra*».

Capítulo IV

FUGA A LAOS

A tres millas de Saigón se encuentra el suburbio chino de Cholon, un barrio lleno de fábricas, mendigos, financieros chinos, gentes de buen humor, restaurantes y paraísos nocturnos dedicados al placer de vivir. Entre éstos se contaba un salón de baile y una sala de juego, que Fierre de Maury había visitado con frecuencia en los tiempos felices. El señor An T'ai, a quien pertenecía la sala de juego y el restaurante del «Pato feliz», hacía años que era muy buen amigo de los franceses de Saigón. En su vestíbulo ofrecía unos riquísimos patos que no tenían rival en ninguna parte; detrás tenía una sala de juego prohibida por el Gobierno, y un pequeño fumadero de opio con un amplio sofá tallado en madera de ébano y algunos valiosos cuadros. La muchacha Ku-ying servía en el restaurante humeantes camarones y en el fumadero calentaba para los clientes bolitas de jugo de adormidera. Si alguien podía quitar los sueños a un hombre, era la muchacha Ku-ying. Estaba muy desarrollada, poseía una voz fuerte y ruda y corría incesantemente del restaurante a la habitación trasera. A pesar de carecer de todo atractivo corporal, Ku-ying era indispensable en el «Pato feliz». Si algún cliente se quejaba del precio de los camarones, entonces Ku-ying le explicaba que también a ella le salían muy caros los camarones cuando el pescado escaseaba; si venía un oficial japonés para comer y curiosear, allí estaba Ku-ying para comunicarle que precisamente se habían acabado los «patos felices», la especialidad de la casa, y que lo lamentaba mucho puesto que ella quería servir al Japón. Si el japonés preguntaba por un chino determinado, le respondió diciendo que desde hacía meses no había vuelto a aparecer en el local. Ku-ying había sido comprada en su tierna edad por el señor An T'ai; él y el local con sus parroquianos representaban todo su mundo. Jamás había estado en Saigón, a pesar de que la resplandeciente ciudad sólo se hallaba a muy pocas millas de distancia de Cholon. Como los pájaros, había escogido su árbol. Bajo este árbol servía a su señor y a sus huéspedes. Vivió bajo su sombra hasta finales de abril de 1945, y murió bajo su sombra cuando el mayor Matsubara desplumó completamente al «Pato feliz» por haber descubierto en el fumadero de opio al enviado secreto que con el señor De Maury había mandado a los aliados informes acerca del material de guerra y del traslado de tropas del Japón. Todos se encontraban allí reunidos; el solapado y refinado mensajero secreto, el señor An T'ai, que temblaba y aseguraba no saber nada, y la encorvada Ku-ying, que no temblaba ciertamente, pero que sí aseguraba no saber nada tampoco.

Allí el mayor Matsubara sorprendió a todos menos a Pierre de Maury, alias «*Cara de zorra*». Y no pudo capturarlo por dos razones: porque el señor De Maury no era el agente de Chungking «*Cara de zorra*», ya que sólo se limitaba a transmitir las

informaciones de Bangkok desde el «Pato feliz», y porque el francés no se encontraba en el local.

—¿Dónde se esconde? —preguntó el mayor, quemando con su cigarrillo la punta de los dedos del señor An T'ai y mientras asestaba a la ingenua camarera algunos puntapiés.

Estaba de pie en el comedor del local de los traidores, y miraba fijamente, rabioso, la sentencia del «Pato feliz» que podía verse en el mostrador:

«Ningún acreedor en la puerta, ningún médico en la casa: eso es la felicidad».

Su decepción era tan insoportable como sus espasmos gástricos. En Saigón se había tragado a toda prisa un pescado en *nuóc-mám*, un plato nacional de Cochinchina, y esa salsa de pescado tomada en unos momentos de agitación ante la perspectiva de capturar a «*Cara de zorra*» le había puesto enfermo. Pero a pesar de sentirse tan mal, se dio cuenta de que no conseguiría sacar nada del señor An T'ai ni tampoco de Ku-ying. Conocía a esa gentuza china con los labios sonrientes, la cara rígida y que inclinaban la cerviz con humildad: ni la muda camarera ni el balbuceante dueño del «Pato feliz» le dirían una sola palabra, si es que lo sabían, respecto al lugar donde se había refugiado Pierre de Maury. Sea como fuere, lo cierto es que mandó fusilar al señor An T'ai porque en su local, ignorándolo o no, había sido acogido un mensajero secreto que trabajaba en favor de los intereses de los aliados. Ku-ying corrió la misma suerte para que así, más tarde, no pudiera reírse del fracaso del mayor. Ku-ying murió sin decir una palabra; su boca, de labios carnosos, sólo se abrió un ñoco para expresar su mudo asombro ante la muerte que llegaba antes de hora. ¡Una lámpara sólo se extingue cuando ha consumido todo el aceite! Durante esos últimos meses había tratado continuamente con un tigre: eso ya lo sabía. Pero Pierre de Maury era el único hombre en el reducido mundo, Ku-ying que le había hecho un regalo: un sencillo brazalete de plata, que Ku-ying llevaba día y noche. Debajo de su chaqueta de trabajo había resplandecido ese brazalete. A menudo había reído al pensar en aquella alhaja que llevaba oculta para que de ese modo no pudiera ser maltratada descortésmente por los clientes annamitas y chinos. Le gustaba esconder aquel brillo a los ojos de todo el mundo, puesto que también los mejores restaurantes se ocultaban en las más miserables callejuelas. Como Ku-ying vivía del trabajo y de las noticias, se había enterado de que se seguía la pista del francés. Había actuado con la rapidez del relámpago. Luego murió, pero llevándose el secreto a la tumba. Pierre de Maury estaba en lugar seguro. Ku-ying le había aconsejado ese escondrijo. El bolsillo de los pobres, ciertamente, está vacío, pero su inteligencia es de plata.

El coronel Saito y el mayor Matsubara reflexionaban sobre lo que se podía hacer todavía. El mayor debía volar hacia Birmania, donde se había tramado un levantamiento contra el Japón. Todo el mundo conspiraba contra ellos. Pensó en las risas de Vivica y de nuevo sintió una rabia criminal y un oscuro dolor. En estos momentos tenía bien poca importancia el papel que la rubia de los cabellos de oro

había desempeñado a sabiendas o no, en la transmisión de las informaciones de Bangkok. Estaba encerrada en la cárcel del *Kempetai* en Shanghái y el terror la iba volviendo loca lentamente.

Eso lo admitía el mayor. Informó al coronel Saito de la detención de las hermanas Wergeland, diciéndole que tanto la una como la otra habían sostenido estrechas relaciones con Pierre de Maury.

—¡Sí, señor coronel! ¡La señorita Clermont es al mismo tiempo la señorita Wergeland!

—¿Es quizás ella «*Cara de zorra*»? —preguntó el coronel Saito, llevándose sus rudos dedos de campesino a la nariz—. La interrogaré yo personalmente en Shanghái —decidió.

Tenía que ponerse en camino hacia Shanghái, donde estaba formándose un nuevo grupo Chungking contra el Japón. Esta vez se trataba de un grave sabotaje chino en las hilanderías chino-japonesas. El Japón se hallaba cubierto de gloria, pero era pobre; en el «Gran Asia Oriental» se aprovechaban todos los harapos.

Por último el mayor Matsubara tuvo una feliz inspiración: se trataba del lugar donde probablemente se había escondido Pierre de Maury. La idea era tan sencilla que por eso no se le había ocurrido mucho antes. Se la comunicó al coronel Saito y éste le contempló boquiabierto.

—Mañana, a primera hora, iré allí, mayor. Me parece que tiene usted razón. Me acompañarán seis oficiales en traje civil. Ahora ya no me andaré con rodeos. ¡Se acabó mi indulgencia con estos espías!

Parecía como si el coronel Saito del *Kempetai* hubiera mostrado mucho respeto y hubiera prodigado su particular indulgencia a la población de Indochina desde la entrada de las tropas del Japón.

El mayor Matsubara se inclinó ceremoniosamente. Había sido su velada más gloriosa en el Asia sudoriental ocupada. Agitado por la venganza, por una pasión repudiada y por los violentos espasmos gástricos, se encontraba en un estado de clarividente hipnosis que le hacía ver la solución del acertijo como si estuviera escrita en un letrero situado encima de un mostrador chino. Registrarían todo el barrio de Cholon y no encontrarían a De Maury, pero en cuanto el coronel Saito fuera a dar una vuelta en dirección norte —una vuelta no muy larga, pero que constituiría una excursión idílica por un camino no muy incómodo ni fatigoso— ¡sacarían al criminal espía de su madriguera de zorro! Morir inmediatamente sería algo demasiado bonito para él. Igual que Vivica, el señor De Maury tenía que vivir y lamentar su existencia a cada minuto.

El coronel Saito despertó a las cuatro y media de la mañana de una agobiante pesadilla. Como le ocurría con tanta frecuencia en ese período de ocaso, que ningún japonés quería o podía reconocer como tal, Joseph Kitsutaro Saito había regresado en

sueños a su hogar de Urakami, donde su estimada esposa, acompañada de su hijo e hija, aguardaba el término de la gloriosa campaña. Allí, en el querido río Urakami, en las cercanías de la ciudad de Nagasaki, la familia Saito trabajaba y rogaba, junto con miles de buenos católicos japoneses, para impetrar un pronto y victorioso final de la guerra y el retomo al hogar de los honorables miembros de la familia. Pues también ellos daban al *Tenno* lo que era del *Tenno*. Éste era un mandato expreso dictado por el Hijo de Dios.

En sueños, Joseph Kitsutaro Saito había hecho una excursión por el río acompañado de su mujer e hijos, y allí había tomado té, arroz y *manju*^[64]. Su mujer y la hija llevaban el poco elegante *mompé* (2), cuyas perneras iban atadas al tobillo. En los períodos de paz eran las campesinas las que generalmente llevaban el *mompé*^[65]; pero durante la guerra y en períodos de escasez de ropa también la señora Saito y su hija usaban el patriótico pantalón. El coronel Saito veía con todo detalle en sueños. Así acudieron a recibirle su mujer y su hija cuando su último permiso de 1943. Para el coronel era igual lo que veía en la vida que lo que contemplaba en sueños; su fe le había enseñado a despreciar las bagatelas de este mundo y a mirar en el corazón de una mujer. Y el corazón de la torpe y horrorosa señora Saito era el corazón de una santa; un corazón que latía por Joseph Kitsutaro, por los hijos, por el señor Jesucristo y por todos los pobres y necesitados de Urakami... Así, en este orden.

Precisamente cuando iban a comer la torta y el delicado *tempura*, un relámpago majestuoso había alumbrado el espacio con su luz siniestra. Se había levantado un viento descomunal —sí, «un viento apocalíptico», había pensado en sueños el coronel Saito— que había barrido a la familia Saito y el resto de la comida. Sobre las altas y verdes montañas había aparecido una bola de fuego —¿o era quizás un árbol?— que había ido adquiriendo proporciones terribles, cada vez mayores, en el cielo de Urakami. Aquel resplandor era tan atormentador que el coronel Saito había empezado a proferir lastimosos gemidos, se había cubierto los ojos con sus burdas manos y había rechazado con los pies la manta de dormir. El árbol de fuego se había vuelto gris, luego negro azabache. En su angustioso sueño, Joseph Kitsutaro había visto cómo llovían alubias negras y grasientas. De repente, todo había pareado negro y grasiento: el paisaje y los restos de la comida. También el *mugimes-hi*^[66], manjar que tanto le gustaba, había aparecido como una masa negra y grasienta. Pero luego Joseph Kitsutaro se había dado cuenta de que aquella masa negra y grasa no era el *mugimes-hi*, sino el semblante y el cuerpo de su mujer. Su hija y su hijo, un buen escolar que quería ser sacerdote, debían haber sido arrastrados por el río. El coronel Saito no había podido descubrirlos por ninguna parte. En sueños se había arrodillado junto a la masa negra que había sido antes su honorable esposa, y había comenzado a gritar: «¡Takeo! ¡Takeo!». Así se llamaba su esposa.

Había despertado lanzando este ronco grito. Ahora, las lágrimas le corrían a torrentes por su tosco rostro de aldeano con nariz ancha, dientes sonrientes y bellos y tristes ojos, que no correspondían en absoluto a su fiera profesión. Se arrodilló,

inclinó su fuerte espalda en señal de miedo y humildad y elevó una plegaria a Dios por su familia. El crucifijo, que el coronel Saito colgaba siempre en la cabecera de su lecho dondequiera que se hallara a la caza de los enemigos del Japón, expandía una tenue luz en aquel crepúsculo matutino de Saigón. La mirada del crucificado infundía una corriente de tranquilidad y sosiego en el alma de aquel pobre japonés atormentado por los sueños. Sus ruegos eran acogidos favorablemente por el Señor. Joseph Kitsutaro rogó al cielo tuviera a bien conservarle la esposa que Dios le había confiado; pero si la Providencia Divina había señalado ya su muerte, entonces suplicaba que concediese una muerte santa y agradable a los ojos de Dios a Marina Saito Takeo.

Se levantó, guardó el crucifijo y se encaminó a la iglesia francesa para confesarse y asistir a la primera misa. Por doquier encontraba el mismo altar, y la misma luz y consuelo.

Luego el coronel Saito se dedicó a su labor cotidiana. Tenía que dar al Tenno lo que era del Tenno. No vacilaba un solo momento en cumplir sus terribles obligaciones. Únicamente su cabeza y sus gigantescas manos campesinas se ocupaban de la tarea, porque su sencillo corazón se resistía a la mortal discrepancia entre su existencia espiritual y su existencia terrenal. Esta contradicción, que acosaba igualmente al pecador y al santo, sólo conocía una solución real: el abandono consecuente de un mundo, que ciertamente permitía todavía la palabra cristiana, pero que impedía la realidad cristiana. Sin embargo, el deber, que a todos los japoneses obligaba inevitablemente desde su más tierna infancia, mantenía firme al coronel Saito en aquella red tejida por el Estado.

Se dirigió con seis oficiales hacia Tay-Ninh, el centro de la secta Cao-Dai, entre cuyas paredes, custodiadas por el ejército particular de la secta, el enemigo del Japón Pierre de Maury había encontrado la protección de los sectarios. El mayor Matsubara había concebido un plan excelente.

Lo mismo que durante el transcurso del último decenio, el coronel Saito y sus ayudantes se presentaron allí en calidad de turistas. Fingieron que deseaban hacer una «visita de estudios» al cabeza de la secta y a la catedral.

Todos iban vestidos con traje civil, pero debajo de sus prendas tropicales escondían un revólver. Lo mejor hubiera sido que el coronel Saito hubiese podido hacerse pasar por un visitante chino; pero su apariencia era tan característicamente japonesa que un disfraz chino hubiera parecido una gansada de feria. Así, pues, se presentó en Tay-Ninh en calidad de pequeño comerciante. Fingía poseer en Saigón una tienda de juguetes japoneses, que eran todavía más baratos y malos que todos los otros juguetes que se vendían en el mundo. En verdad, existía una tienda de juguetes en la ciudad de Saigón ocupada por los japoneses; los chinos, que por cierto eran muy poco patrióticos, iban a comprar a las tiendas japonesas porque los artículos eran más económicos. Ésa era por lo menos la opinión popular china.

El coronel Saito se hallaba de un humor especialmente rabioso; en parte porque

esta secta de herejes protegía a un preeminente adversario francés que, en lugar de limpiar el polvo en su museo de Hanói a los fragmentos encontrados en la selva, en los últimos años se había dedicado a enseñar a los annamitas nuevos métodos subversivos y además había colaborado con un enviado secreto en Cholon. Aparte de eso, el coronel Saito odiaba personalmente a los *caodaístas* porque habían constituido su organismo parodiando las normas de la Iglesia católica y romana. Y ante sus ojos era imperdonable que esos herejes incluyeran en su santoral junto a san Bernardo, a san Juan Bautista y a la Doncella de Orleáns, a Víctor Hugo, al Emperador del Jade y a un francés llamado «De la Rochefoucauld».

A sus tres santos no se les había perdido nada en esta sociedad, pensaba el coronel Saito.

La primera decepción en Tay-Ninh la constituyó la noticia de que el «Papa» de los *caodaístas* no podía recibir a los turistas japoneses. Estaba siempre dispuesto a hablar, pero sólo con las visitas distinguidas, además actualmente «Su Santidad» se encontraba en un período de meditación en el que no podía ser interrumpido ni siquiera por el visitante más ilustre. La guardia personal del todavía muy joven «Papa» del Cao-Dai impedía cualquier desorden. El administrador, un viejo annamita con una capa de mandarín chino, sonrió enseñando sus numerosos dientes de oro al dar esa noticia al coronel Saito y a los otros seis turistas.

Hablaba un buen japonés, pues era un elocuente señor acostumbrado a recibir a visitantes de todo el mundo. Odiaba a los turistas y por ello sonreía con celestial amabilidad.

El coronel Saito, el «turista número uno», miró de reojo a sus acompañantes dándole a entender que teman que registrar el palacio del administrador y ocuparlo en caso de necesidad. ¡Era preciso dar caza a la *zorra*! El coronel Saito, que había estado aquí bacía un par de días, había observado un buen número de secuaces de la secta en el edificio del viejo mandarín: el administrador parecía poseer igualmente una guardia personal. Realmente, no era posible gastar bromas con el «ejército privado» de la secta. El coronel Saito, cuya disciplina militar era innata, sabía que no tenía nada que hacer. Se inclinó una vez y murmuró: *arigato*. Es decir, «gracias», y además: «Oh, estas dificultades...», con lo que esta expresión japonesa de tan rico significado no determinó si el coronel Saito daba las gracias por la noticia que le había sido comunicada o por las nuevas dificultades. No le gusto en absoluto que el viejo taimado vestido con capa de mandarín hablase tan bien el japonés. Eso le obligó a tener que entenderse por señas con sus oficiales.

El administrador les rogó que tomaran asiento y mando servirles jugo de frutas y dulces. Hablo a los tres sirvientes en veloz lengua annamita, de forma que el coronel Saito no entendió una sola palabra. Habló bastante rato. La charla con los japoneses duró quince minutos. Todo intento por parte del japonés de abandonar el salón y

dirigirse a la catedral fue rechazado por el viejo envuelto en su reluciente capa. Dio a los visitantes japoneses detalladas explicaciones sobre la esencia de la secta en general y las ventajas de la alimentación vegetariana en particular; también los huéspedes europeos sabían que «un hombre con pocos deseos velaba por su salud».

El coronel Saito preguntó si actualmente habitaba algún europeo en la residencia de la secta.

—Es posible —contestó el administrador, titubeando un poco—. Los franceses de Saigón suelen venir aquí a menudo con sus invitados. Después de la misa, el «Papa» obsequia con champaña a los amigos del mariscal Pétain —observó satisfecho—. Los franceses aprecian el champaña casi tanto como su lógica.

Eso era pina mofa, pensó el coronel Saito, levantándose bruscamente. Clon acento rudo reveló su personalidad al viejo, el cual empezó a retroceder, y le comunicó que tenían que registrar sin tardanza la catedral hasta en sus menores rincones. Añadió que dos de sus turistas inspeccionarían asimismo el palacio de «Su Santidad», naturalmente observando todas las reglas y respetos. Se procedería con rapidez y discreción.

Bajo su máscara sonriente, el administrador cambió de color. Ni siquiera trató de armarle un escándalo al tigre japonés de la policía militar. Ello traería como consecuencia un levantamiento en Cochinchina. Si el coronel Saito se empeñaba en penetrar en la catedral en este mismo momento, tendría que oír la santa misa con respeto. Después el administrador le ayudaría personalmente en la búsqueda del señor De Maury. Sí, recordaba muy bien a un francés de ese nombre, contestó el administrador ladina y lentamente, pero lo que no sabía era cuándo fue la última vez que estuvo aquí en visita de estudios. Su memoria flaqueaba, pero ¿no sería un hombre de edad y no tenían el mismo aspecto todos los *narices largas*? El coronel Saito no se tomó la modestia de responder. Dos años antes había observado detalladamente al señor De Maury en el vestíbulo del hotel de Siem-Reap, y ahora le reconocería fácilmente. Así, pues, se dirigieron a la catedral acompañados del anciano mandarín.

—¡Donde no hay discusiones, tampoco se producen levantamientos, señor general! —murmuró el administrador.

El coronel Saito no se dignó asentir. Desde 1941 habían arrancado mucha hierba en Indochina, y finalmente llegaba la hora de arrancar las raíces también. Según decía un proverbio campesino japonés, cuando se arranca de raíz la hierba el suelo vuelve a quedar muerto. Sin mirar a los grupos de penitentes que se encaminaban a la catedral para calmar allí sus grandes ansias asiáticas de abstracción y sobrenaturalidad, el coronel Saito, mudo de rabia, pisó el pomposo y absurdo santuario de la secta. La guardia particular del administrador seguía a respetuosa distancia. Había dado comienzo la «misa» de los *caodaístas*.

Jamás en su vida habría de olvidar Joseph Kitsutaro Saito la repugnancia que experimentó antes de entrar en la catedral, y después, en el interior de ella. Al principio se sentía incluso más fuerte que sus febriles ansias de caza. Se había calado las baratas gafas de acero en su ancha nariz de aldeano y miraba a su alrededor sin decir una palabra. Sabía muy bien que no podía armar ningún escándalo durante la misa; posiblemente tampoco después de ella. Desde fuera, el santuario tenía un aspecto que era una mezcla bien poco espiritual de una pagoda china y de una iglesia barroca del peor gusto; barroco en su período de decadencia, con ornamentos infames. Pero lo que más sublevó a aquel cristiano japonés fue un grupo herético de estatuas: Nuestro Señor Jesucristo era transportado a hombros por el sabio chino Lao-Tsé y, a su vez, llevaba sobre sus hombros a Confucio y a Buda. El coronel Saito se santiguó interiormente al contemplar aquella imagen y suplicó al cielo le disculpase por el hecho de que, en el desempeño de sus obligaciones, tuviera que contemplar aquellas blasfemas monstruosidades. Ni las heridas y mutilaciones de sus propios soldados le hubieran estremecido tanto como aquellas figuras de piedra que se exhibían sobre el portal de la catedral de Tay-Ninh.

En el interior, el «Papa» ocupaba el trono de la secta bajo el tradicional baldaquín dorado. Había tenido que interrumpir su siesta meditativa para satisfacer la devoción de sus discípulos. Estaba sentado como un ídolo, revestido con ropa de peregrino y sostenía el bastón de mando para ahuyentar a los espíritus malignos. Realmente, el bastón de mando del caudillo del Cao-Dai debía poseer un poder limitado, puesto que a pesar de que se hallaba claramente dirigido hacia el coronel Saito, éste no se movía un ápice de su puesto.

Primeramente, a través de sus ordinarias gafas de acero el coronel Saito sólo vio serpientes en terrible contorsión entre los grupos de los devotos arrodillados. Poco a poco fue observando que las serpientes se enrollaban alrededor de altas columnas y formaban una decoración secundaria en aquel templo sobrecargado. El techo abovedado del oratorio estaba cubierto de signos místicos. En el ángulo izquierdo del techo el coronel Saito advirtió una cruz, igualmente rodeada de serpientes. Como dominado por un exceso de dolor, cerró por un momento sus bellos y melancólicos ojos. En este infierno de serpientes un cristiano decente tenía que darse perfecta cuenta del equivocado apasionamiento religioso que imperaba en esta región del Asia. El coronel Saito aun sentía una especie de respeto ante los budistas que por lo menos se mantenían firmes en sus enseñanzas del gran maestro Buda Gautama. Por la secta del Cao-Dai y su religión carnavalesca sólo experimentaba un profundo desprecio, con mucho mayor motivo cuando que cada día ganaba nuevos adeptos en Indochina.

Mientras examinaba los annamitas de hinojos uno detrás del otro y trataba inútilmente de encontrar a un europeo en medio de aquella turba, sus oficiales

recorrían a toda prisa los sótanos del templo y las estancias accesorias igual que sabuesos amaestrados. Los sirvientes del administrador no habían abandonado el palacio mientras el mandarín estaba charlando con el coronel; así, pues, aquél no había podido hacer ni siquiera una señal o advertencia a los presentes. De pronto el coronel Saito se quedó perplejo y una oleada de sangre afluyó a su cerebro: ¡uno de los que allí estaban arrodillados con vestido blanco y capuchón adornados con símbolos, tenía la piel completamente clara! Le miró detenidamente y reconoció en él a un euro-asiático con los rasgos faciales mogólicos, ojos asiáticos y piel clara. Todos los otros eran annamitas de piel bronceada y tenían su vista clavada en el suelo. Algunos llevaban gafas. En Cochinchina eran frecuentes las dolencias de la vista.

La misa había llegado a su fin. El «Papa» se retiraba de nuevo a su «Vaticano» acompañado de su séquito, cuando ante el portal hizo explosión la bomba de mano que hubiera deshecho en pedazos al coronel Saito si no hubiera retrocedido con la velocidad de un relámpago al interior de la sala. A la explosión siguió una indescriptible confusión. El coronel disparó, sus oficiales abrieron fuego y la guardia personal del administrador, que probablemente había sido la responsable del atentado disparó también. Comenzó una salvaje persecución. Todos los ángulos de la catedral, del palacio, de la secta y del resto de la fortaleza fueron ocupados en las horas siguientes por los militares japoneses. Pero Pierre de Maury no fue hallado en ninguna parte, a pesar de que había permanecido todo el rato de hinojos al lado del coronel Saito. ¿Cómo era posible eso? La savia de unas plantas asiáticas había teñido su piel de color castaño oscuro; las gafas ocultaban sus ojos azules, y la capucha cubría su corto y negro pelo.

El coronel Saito y sus oficiales habían venido a buscar a un europeo y éste había estado arrodillado ante sus narices sin dar ninguna señal de intranquilidad. La secta guardaba escondido y disfrazado al enemigo francés, ya que desde hacía muchos años trabajaba en colaboración con el señor De Maury contra la soberanía del Japón en el Asia sudoriental. El consejo de la insignificante camarera de Cholon había sido una recomendación prudente; la «Roma» de la secta del Cao-Dai era el mejor refugio para un enemigo mortal del Japón. El administrador había vestido al francés con el hábito *caodaísta*, había transformado su apariencia con plantas mágicas chinas y le había explicado que la policía sólo encontraba a aquellos que se escondían en intrincados lugares. Lo que era público estaba demasiado a la vista para motivar una detallada observación y un registro. En el administrador se ocultaba una cierta gracia innata junto con la paradójica inteligencia de Lao-Tsé, que se contaba ya entre los santos de la secta. Si Pierre de Maury se hubiera alejado algunas millas de Tay-Ninh y se hubiera refugiado en aquella población montañosa, cuyos espesos y vírgenes bosques y cuyos profundos despeñaderos invitaban a guarecerse en ellos, el coronel Saito hubiera terminado por darle caza. Con toda seguridad. Precisamente después del incidente de Tay-Ninh los japoneses se pasaron semanas enteras registrando toda aquella región montañosa.

Por su parte, el coronel Saito emprendió el vuelo hacia Shanghái unos días después de su derrota, para proceder allí al interrogatorio de las cómplices de «*Cara de zorra*». No comprendía cómo no se les podía hacer cantar todo a esas estúpidas muchachas. La noche antes de su partida estaba sentado en Saigón leyendo sombríamente una carta de su viejo amigo el doctor Yamato de Shanghái. A través de unos conocidos alemanes se había enterado de la suerte que corrían las hermanas Wergeland, y pedía ayuda al coronel. Había intentado cuatro veces hablar con un tal mayor Kimura que había interrogado a Vivica Wergeland, pero desgraciadamente el mayor no había querido concederle audiencia. La última vez el mayor le había comunicado que le encerraría en una celda si insistía en acudir al *Kempetai*. Esto último no lo mencionaba el doctor Yamato en su carta. En lugar de eso, decía que ignoraba si su viejo amigo Joseph Saito tenía alguna relación con el *Kempetai*, pero que a un oficial de tan alto grado debía serle posible discutir el caso de Vivica Wergeland con el mayor Kimura, que por su menor categoría se hallaba bajo sus órdenes. Además, recientemente había sido arrestada también la hermana mayor de la detenida —la señorita Clermont-Wergeland— precisamente en casa de sus honorables amigos alemanes, y ahora nadie sabía dónde se encontraba. Así pues, suplicaba a su distinguido y apreciado amigo que, por el amor de Dios, se dignara prestar su ayuda a las desdichadas y jóvenes damas, tanto más cuanto que la señorita Clermont-Wergeland era hija de la Santa Iglesia. Esperaba con «respetuosa impaciencia» la anunciada llegada de su apreciado amigo Saito a Shanghái; la señora Yamato le mandaba humildes y cordiales saludos.

El coronel Saito leyó la carta con gran atención y se ajustó una y otra vez sus gafas de acero. Finalmente rasgó en mil pedazos la carta de su estimado amigo de Shanghái.

A finales de mayo, un avión de sanidad procedente de Saigón aterrizó en la apacible ciudad de Vientane en el Laos francés. La ciudad era un centro del budismo y de la resistencia pasiva contra el Japón; en ella había numerosas y antiguas pagodas y algunos buenos hospitales instalados por los franceses. Vientane se encontraba en la provincia más bella y tranquila de Laos, «el reino de los elefantes y de la sombrilla blanca». Los franceses habían simpatizado siempre con el salvaje río Mekong, las remotas leyendas heroicas y los todavía más antiguos santuarios budistas; los miembros de la aristocracia de Vientane y Luang Prabang, la vieja ciudad residencial, habían estudiado en su mayor parte en París, poseían la cruz de la Legión de Honor y hasta la llegada de los japoneses había administrado el país según las normas francesas. Pero los placeres, la tendencia a la holgazanería, el deseo de participar en intrigas ridículas y el aire legendario budista no eran en absoluto artículos de importación.

Laos era un paraíso para los refugiados políticos; el reino de los elefantes les

ofrecía, además de la gran afición a las intrigas, el terreno poblado de montañas, que era impracticable en las épocas de lluvia. Ni siquiera un ejército japonés de tigres y sabuesos tenía nada que hacer en las montañas y salvajes zonas de la región norte. Además, por doquier imperaba el cólera, puesto que incluso en ciudades tan afrancesadas como Vientane y Luang Prabang, los indígenas de Laos mostraban una arraigada aversión a las inyecciones y sentía una también profunda atracción hacia los curanderos mágicos de la jungla y por los médicos chinos, sin contar que poseían paso libre al Nirvana.

Era ya hora de regresar a su aldea de Laos para los dos monjes vestidos con hábito rojo oscuro, pero la partida del avión se iba retrasando puesto que el señor Ninh, el piloto annamita, había designado con sus augurios como «desfavorable» el proyectado día de viaje. El señor Ninh era un buen piloto que experimentaba una simpatía infantil por los «pájaros metálicos» occidentales. Era un discípulo modelo de la *Air France* de Saigón; pero no se dejaba convencer por nadie cuando se trataba de discutir si un día era propicio o desfavorable para volar. ¿Qué sabía un oficial francés de las muchas cosas que un piloto annamita debía tener en cuenta para que el espíritu de los vientos no destrozara su pájaro metálico? Con su alegre sabiduría, el señor Ninh era un esclavo del calendario annamita. Así como en los «días felices» podía uno casarse, ofrecer algún sacrificio a Buda, rogar para la consecución de una buena herencia o preparar medicinas, los «días infelices» sólo eran buenos para «ir de caza». En tales días no era aconsejable comenzar un trabajo, «pasar por la puerta» era peligroso, y hacer una excursión con carros tirados por búfalos era un auténtico suicidio. Ahora, en el calendario annamita había demasiados días infelices, también denominados «días de inactividad», y los dos monjes con hábito rojo oscuro empezaban a dudar ya de la posibilidad de su regreso a Laos. Y además, cada vez estaba más cercana la época de las lluvias. Los días 5, 18 y 23 de abril el señor Ninh murmuró, al igual que una familia de arroceros: «*Mong nam, muroi tam, ham ba-Di dau tha cir o nah cho xong*^[67]». El día 3 de mayo no pudo regresar de un viaje, y el 7 del mismo mes no le fue posible partir. Sobre todo a finales de mayo era cuando más abundaban los días prohibidos y de inactividad. Pero de repente, el señor Ninh comunicó a los pasajeros que dentro de tres horas «más o menos» podrían despegar en dirección a Laos. Prometió no lavarse la cabeza y algún sacrificio más, y por ello recibió del anciano señor cubierto con la capa de mandarín, el administrador de los *caodaístas*, una ligera sonrisa y una fuerte recompensa. Este importante señor administrador se había cuidado de conseguir un pasaporte especial para Pierre de Maury, puesto que con su propio pasaporte el perseguido hubiera pasado «por la puerta» con tan poca facilidad como con su piel blanca.

Pierre fue el último en subir al aeroplano. Su mirada, oculta por las gafas de sol, estaba fija en el suelo. Sólo formaban parte de aquel grupo algunos comerciantes

chinos y el piloto con la cabeza sin lavar. El avión de sanidad llevaba la indicación de «Pasaje sospechoso de padecer cólera», y todos los funcionarios annamitas sintieron una gran alegría cuando vieron partir de nuevo al avión. Todos se habían desembarazado de los pasaportes como si fueran inoportunos mosquitos, pues también los pasaportes eran sospechosos de padecer cólera y ningún funcionario arriesgaba su salud sólo para cumplir con su obligación.

En Vientane el administrador de Tay-Ninh se despidió de su compañero de viaje francés. Dijo que quería visitar a unos amigos, y sonrió mostrando todos sus dientes de oro. Cuando Pierre intentó darle las gracias en voz baja, el astuto y prudente protector de todos los enemigos del Japón hizo un gesto prohibitivo con su delicada mano y le hizo observar que «¡los árboles corpulentos son un buen lugar de refugio contra las lluvias!». Deseó al señor De Maury una agradable época de lluvia y desapareció al punto en el interior de un apartado *Wats*^[68] para trotar el vestido rojo oscuro por un traje europeo de seda. El administrador tenía que volar a Saigón en calidad de comerciante chino. Éste era un disfraz que el coronel Saito no hubiera podido procurarse, puesto que tanto en tierra, como en mar y en aire seguía siendo un isleño japonés poseedor de un alto cargo. Pierre no volvió a ver jamás al administrador. Dos semanas antes de que acabara la guerra ningún árbol fue lo suficiente corpulento para proteger bajo sus ramas al viejo de la capa de mandarín.

Pierre pernoctó en el monasterio y a la mañana siguiente prosiguió su viaje hacia Luang Prabang en compañía de un monje *laosiano*. Allí debía terminar por el momento la expedición, si conseguía llevar a cabo el plan que había elaborado en noches sin descanso. En Luang Prabang conocía a un hombre muy influyente que había estudiado en París. A él quería dirigirse.

El viaje hacia Luang Prabang le pareció al fugitivo que contenía algo que no pertenecía a la vida real. Por la mañana una niebla fría ocultaba las gigantescas montañas de Laos; pero al mediodía el sol hacía lucir como esmeraldas los bosques siempre verdes. Los remeros de Laos cantaban; el monje desconocido meditaba, ayunaba y sonreía distraído a su acompañante. Pierre ya no sabía cuántos días llevaban de marcha. Sólo comprendía que ese deslizamiento por la región más bella y tranquila del Asia sudeste representaba un plazo muy pequeño. Únicamente durante la noche se atrevía a quitarse aquellas oscuras gafas de sol; los ojos hubieran delatado algo a los remeros.

Por la noche alcanzaron la protectora selva de Luang Prabang; luego debían seguir andando sobre sus polvorientas sandalias hacia Wat Xieng-Mouane. Alegres familias estaban sentadas en sus taburetes al resplandor de pequeñas hogueras, comían el arroz de la noche y cantaban. Laos está lleno de música de los tiempos antiguos y brillantes. Por encima de las chozas y de los palacios se levantaban numerosas torres de templos; Luang Prabang es una ciudad budista. Llovía y el aire estaba saturado del humo del incienso. El mundo se hallaba completamente vacío, incluso sin amenazas. Junto al no había arrodilladas tres mujeres que encendían

barritas de incienso en la arena de la orilla. Cada una de las ancianas arrojó a las aguas del río Mekong una vasija de barro cubierta con un papel de seda de color rojo. De esta manera impetraban del espíritu de las aguas la gracia de un yerno que les conviniera. Pierre volvió la vista: ¡qué cosas tan extraordinarias se daban en este oasis oriental-francés!

Se sentía sumamente cansado; en estas apacibles horas crepusculares, en las que el terror había emigrado del mundo estaba casi decidido a verificar la prueba de entregarse a sus perseguidores. Muchas cosas le parecían absurdas. ¿No había sacrificado por la gloria menguante de Francia, por la moribunda época del intercambio de cultura por materias primas su paz interior, su actividad de investigador en Hanói y Pnom-Penh, su seguridad y la seguridad de otros? En el mismo instante en que, acompañado del mudo monje, pisaba el jardín de Wat Xieng-Mouane, dudaba de si el resultado era una recompensa suficiente. Sólo había producido conflictos e intranquilidad a Astrid y a Vivica Wergeland. De su encarcelamiento no sabía nada. Desde hacía semanas y meses vivía en un mundo vacío.

En calidad de huésped del monasterio pasó la noche en una colchoneta de paja y debajo de una red mosquitera; colocó su hábito rojo oscuro sobre la red para sentirse todavía más protegido. Así, pues, durmió como debajo de una cortina de sangre coagulada. También la celda estaba tan vacía como el mundo de los fugitivos políticos: sólo había algunas cajas y arcas primitivas, un cuadro del lugar natal del monje que había cedido su lecho al huésped y una tranquilidad agobiadora.

Pierre de Maury agradecía el pequeño plazo de respiro. No podía permanecer mucho en Wat Xieng-Mouane, porque traía continuamente consigo el peligro y la muerte dondequiera que se asomase.

Si Tran-Ky fallaba, ya no había salvación posible para Pierre de Maury, que había llegado de la lejana Francia en calidad de joven idealista para ampliar y eventualmente admitir estímulos y sugerencias culturales. Ahora la orden de arresto contra él colgaba por doquier en Indochina, Camboya y Laos. El *Kempetai* trabajaba con precisión. El precio ofrecido por su cabeza era tan elevado que un funcionario de mediana categoría, en el caso de tener esa suerte, podría vivir durante un par de años a costa de tal suma, y un arrocero, de tres a cinco. Y en Laos la gente prefería cantar y bailar a trabajar.

Tran-Ky había nacido en Luang Prabang y era hijo de un influyente empleado real. Estudió primero en el colegio de Sisovath en Pnom-Penh y más tarde en la *Ecole Coloniale du Havre*. Regresó a Indochina con su diploma francés y luego asumió un importante cargo administrativo. Era caballero de la Legión de Honor francesa y en Laos había recibido la real «Orden de los millones de elefantes y de la sombrilla blanca». Actualmente era el comisario de policía de Luang Prabang. Para purificarse

de los «velos de polvo» de la oficina, Tran-Ky se había retirado al monasterio de Xieng-Mouane durante la última época de lluvias para rezar y meditar. Era famoso por tres cosas: su antigua amistad con los colaborados de la *Ecole Française d'Extrême-Orient*, entre los que se contaba desde hacía años el señor Pierre de Maury, por las tres pipas de opio que tomaba por la noche y por su mujer, Kankhari, que en Luang Prabang representaba algo único. La señora Tran era descendiente de Miao, el legendario pueblo montañés radicado al sur de China, en las apartadas regiones de Siam, el Laos francés y Tonkín. Los *miaos*, por regla general, sólo se casaban entre ellos. Así, no a causa de su austera belleza, sino por su procedencia, la señora Tran era una de las curiosidades de aquella maravillosa ciudad de los templos y de los funcionarios.

Antes, siempre que Pierre pasaba unos días en Luang j Prabang, era huésped en casa de su excelencia. Ahora, el j francés acosado por el *Kempetai* en toda Indochina y Laos reflexionaba sobre si un feliz recuerdo sería suficiente para lanzar un puente sobre la actualidad. Habían sostenido numerosas conversaciones en la villa de Tran envueltos en el delicioso humo del opio; el todavía joven jefe de policía tenía una incurable predilección por la literatura, la cocina y los emblemas de honor de la «gran madre» en Europa.

Al hablar de París su excelencia se olvidaba siempre de tomar su acostumbrada ración de opio.

Cuando el elegante señor de frente alta y abovedada se encontró en presencia de los absortos pero inteligentes ojos, de la pequeña nariz y de los carnosos labios de su amigo Pierre de Maury, que había venido a Wat Xieng-Mouane en tan precaria situación, levantó en silencio sus espesas y atrevidas cejas. Se sentaron en el aposento privado del abad. Pierre se había quitado las gafas y sus resplandecientes ojos, debilitados por las penalidades sufridas y desacostumbrados ya a la luz del día, centelleaban como fuegos fatuos en aquel rostro artificialmente teñido de castaño oscuro.

—Hay una solución, amigo —dijo su excelencia después de una prolongada pausa—. Hablaré con la señora Tran.

—¿Pero no será muy peligroso para la señora y para vuestra excelencia?

El funcionario *laosiano* sonrió radiante. En sus soñadores e inteligentes ojos mogólicos se reflejaba una indefinida expresión de ironía y compasión.

—Para un hombre sólo existen dos estados sin peligro, *her ami* —dijo amablemente—. El uno, el vientre de nuestra madre; el otro, el Nirvana.

Luego habló tranquilamente sobre la moderna literatura francesa, como si no tuviera ninguna prisa en salvar a su amigo. Aprovechó un paréntesis para comunicarle que en Luang Prabang pululaban gran cantidad de espías del Japón. Por lo tanto lo mejor sería que el señor De Maury fuera a su casa cuando hubiese empezado a anochecer. Le mandaría un disfraz conveniente a Wats por medio de un criado de confianza. Al despuntar el alba debería proseguir su viaje. El señor De

Maury no podía permanecer ni un solo día en Luang Prabang, ya que aquí todo, el mundo se conocía.

—Es de esperar que mañana por la mañana usted no se arrepienta de haber querido ayudarme, excelencia —dijo Pierre con un asomo de su antigua ironía.

Pero su excelencia sólo se limitó a sonreír. ¿Pues qué era el arrepentimiento si no «la aurora de la virtud»?

En el salón de recibir hizo una reverencia un rechoncho japonés con gafas de intelectual. Era del periódico *Nichi Nichi* y estaba haciendo un reportaje sobre Laos, Cochinchina y Camboya. ¿Qué opinaba su excelencia Tran de la Comunidad de la prosperidad nipona-laosiana? Soltaba sus preguntas como disparos de pistola. Sus vigilantes ojos rasgados se paseaban por la biblioteca del aristócrata laosiano, la cual contenía antiguas crónicas del país y la literatura francesa moderna. No se veía por ningún lado la «Biblioteca del Turista» editada con gran cuidado artístico y propaganda por el barón Matsubara. En esta biblioteca se incluían aquellos pequeños tomos que en Shanghái, en el año 1937, entusiasmaron a Pierre de Maury con sus informes sobre las pequeñas artes, la pintura y la educación japonesas, y también sobre el teatro y la vida de familia de los japoneses, así como acerca de las flores y el origen del budismo. El pequeño y rechoncho «periodista» —había partido de Saigón hacia Camboya y luego hacia Laos— cerró paulatinamente sus ojos hasta que sólo quedaron dos rendijas. Ahora sabía lo que su excelencia Tran-Ky opinaba de la amistad nipona-laosiana.

Finalmente, su excelencia Tran-Ky debía responder a la pregunta sobre la Comunidad del bienestar pan-asiática (central Tokio), ya que parecía una amenaza suspendida en el aire. A este respecto observó que las grandes bendiciones sólo muestran su verdadero rostro al cabo de muchos años. Nadie se comía los brotes de la planta del arroz, sino solamente los granos maduros. Como con esta observación había contestado a todo y no había contestado nada, el consumidor de arroz japonés se despidió con gran cortesía. Cuando ya estaba en la puerta, dijo que ciertos círculos de funcionarios laosianos demostraban «poca simpatía» por el Japón. ¿Qué intentaba insinuar contra su excelencia Tran?

—La influencia —respondió su interlocutor rápidamente.

El periodista del *Nichi Nichi* parecía hallarse satisfecho. Naturalmente: la influencia. ¡Qué respuesta tan exacta e inteligente la de su excelencia! Recomendó al sonriente comisario de policía de Luang Prabang un método japonés para la influencia de las poblaciones:

—Una advertencia al sabio y un latigazo al caballo testarudo.

El periodista soltó una estridente carcajada. Su excelencia sonrió complacido. Realmente, había sido una charla deliciosa.

Al despedirse, el periodista preguntó el camino para ir a Wat Xieng-Mouane.

Deseaba escribir un artículo sobre el monasterio. En el Japón había mucho interés por las curiosidades ocultas «del Gran Asia oriental».

—Todo está perdido —dijo la señora Tran cinco minutos más tarde—. Ya no recibiremos la visita del señor De Maury.

—Quizá realmente no era más que un periodista del *Nichi Nichi* —opinó el comisario de policía—. Esa gente merodea por todas partes.

—¿Qué vamos a hacer? ¿No puedes avisar al señor De Maury?

—¡No es posible mostrar un objeto oculto con una bujía encendida! El aspecto del señor Pierre ha cambiado mucho. En el caso de que el visitante sea un agente del *Kempetai*, buscará a un hombre blanco.

¿Cuándo va a venir a casa el señor Pierre?

—Dentro de cuatro horas, cuando haya comenzado a oscurecer. El abad de Xieng-Mouane está al corriente del asunto. Él hará todo lo que pueda por su parte.

La señora Tran se dirigió a la veranda y observó sin decir una palabra más el salvaje río Mekong. Un marinero cantaba en un sampán. Las palmas y flores de su gran jardín tenían un brillo metálico, pues el sol lucía con gran esplendor a esa hora de la tarde. En el aire flotaba un ligero aroma de opio. Era agradable, pero no iba bien para el pecho. Sentía nostalgia por las montañas donde había pasado su infancia. En el término de la carretera de asfalto de Luang Prabang comenzaba la libertad de las montañas.

—Los japoneses traen consigo la intranquilidad y el malestar —dijo finalmente.

—*Bo pen rihang*^[69] —murmuró su excelencia Tran.

Con estas palabras quiso dar a entender que en Laos se aceptaba lo peor y se esperaba lo mejor.

Jamás consiguieron averiguar si el visitante japonés era realmente un periodista o bien un sabueso del *Kempetai*. Sea cual fuere el caso, lo cierto es que algunos japoneses en traje civil merodeaban por las cercanías de Wats cuando Pierre de Maury, disfrazado de comerciante chino, con su cesta de frutas sostenida por una caña de bambú y un puntiagudo sombrero del mismo material abandonó el monasterio por una puerta trasera. Se dirigió lentamente hacia el mercado. La primera persona con que se cruzó fue un mendigo leproso que en esos momentos crepusculares tendía su mano desprovista de dedos. Pierre tomó eso como signo de siniestro pronóstico pero sacudió la cabeza reprobando sus propios pensamientos. Debía estar mortalmente fatigado cuando empezaba a creer en «días malos» como el señor Ninh. En realidad, su cabeza era como una bala de plomo y sus pies como masas de barro. Se sentía muy anciano, más anciano que las montañas de Laos. Hubiera preferido mucho más sentarse junto al leproso y vender a un muchacho las

frutas color verde botella. No experimentaba compasión por su propia persona, sino sólo por el mundo que ahora contemplaba a través de sus gafas oscuras. ¿Es que quizá se hallaba ya muerto y soñaba que tenía que dirigirse a casa de su excelencia Tran? Su cansancio cubría con un velo flotante todo cuanto le rodeaba: el leproso, a las frutas color verde botella, a los asiáticos vestidos con trajes tropicales. ¿No serían tal vez sepultureros los que estaban esperándole en Luang Prabang? En algún lugar llameaba un fuego de carbón vegetal para cocer el arroz de la noche; pero no ardía para él. Una muchacha con el pelo adornado con flores blancas y ataviada con la típica falda larga y estrecha de las laosianas tarareaba una canción, pero no para él. Su espíritu fluctuaba en el aire como una lámpara de suspensión china, juguetona y ligeramente coloreada. Debía ser el opio. Retiró de su extenuado hombro la caña de bambú y dejó a un lado el cesto lleno de ananás. La gente del mercado empaquetaba ya todos los artículos y enseres. Su aspecto debía llamar la atención: ¡un chino que quería echarse a dormir en medio del mercado! Pero probablemente estaba muerto y ya nada importaba. *Bo pen rihang* Hubiera sido mejor que estas palabras se las hubiera dicho dos años antes, cuando comenzó a trabajar contra el Japón. Alguien le propinó un puntapié y soltó una carcajada. Se levantó y tomó su cesto. ¿Cuánto tiempo había permanecido sentado allí? Se tambaleaba como un enfermo de gravedad. ¿Iba el leproso a su lado como su sombra contaminada? ¿Le estaría señalando con su mano terrible? De repente Fierre sintió un miedo cervical hacia el leproso y comenzó a correr en dirección al río.

Demasiado tarde. Unas manos se apresuraron a sujetarle. Luego le arrastraron hasta el interior de un coche cerrado. Un rostro asiático se inclinaba sobre él. Alguien le quitó las gafas que ocultaban aquellos delatores ojos azules.

Una voz dijo:

—Es él. ¡Rápido hacia Pak-Hou!

Hubiera llorado de buen grado al darse cuenta de que todo había sido en balde: su amor a Francia, su juego con la muerte, sus disfraces de sacerdote del Cao-Dai, de monje con hábito amarillo, de comerciante chino de frutas. Pero no tenía ningún sentido llorar donde las lágrimas estaban prohibidas. Además, se hallaba muerto.

Más tarde supo que se encontraba tendido sobre un catre y que alguien le observaba. Pierre de Maury no había sido nunca cobarde; pero ahora no podía decidirse a abrir los ojos. No se sentía capaz de poder resistir la mirada del mayor Matsubara. Por eso estaba rígido de espanto. No sabía dónde se encontraba ni desde cuándo. En el coche alguien le había arrojado sobre el rostro un paño impregnado con un soporífero. El estado de catalepsia era agradable a los perseguidos.

No obstante, por último abrió los ojos. La señora Tran se inclinó sobre él. Todo daba vueltas: la habitación, las rojas flores tropicales que había sobre la mesita de laca, su cerebro. ¡Era la señora Tran! Hacía ya una semana que se hallaba en su

residencia veraniega de Pak-Hou. Lo recogieron en la plaza del mercado, porque media hora después de la visita del periodista desfilaron frente a la villa de los Tran unos militares japoneses. Alguien en el monasterio debía haber delatado al visitante procedente de Vientane. La señora Tran no era una endeble y juguetona laosana; era una hija de la montaña. El pueblo de Miao es un pueblo montaños del sur de China que siglos atrás emigró desde Yunnan hacia el norte de la Indochina francesa. La señora Tran tenía la virtud china de la lealtad a los amigos y sentía la sed de libertad de los nómadas. Había acompañado a su esposo a Luang Prabang porque él vivía allí, porque allí ganaba su arroz y porque las mujeres chinas debían descansar bajo los árboles que habían plantado los antepasados de sus esposos.

Pasaron algunos días en aquel acogedor refugio de los Tran. Dos colinas milenarias se levantaban junto al recodo de un afluente del río Mekong y parecían desafiar a un cielo que contenía ya el presagio de la gran lluvia. Diez milenios antes sólo había el salvaje río Mekong en esta región en la que ahora se veían campos de arroz, cabañas y una especie de gruta-templo con una blanca estatua de Buda. Un pequeño puente de bambú conducía desde las rocas y los campos de arroz hasta las montañas. Sobre ese puente avanzaban cierto día al anochecer la señora Tran y su amigo francés camino de la libertad. Nadie podía seguirles, pues transitaban por unos senderos de la jungla y unos ríos que los japoneses jamás habían conocido ni hollado.

La señora Tran, la roca de arenisca y el pueblo montaños de Miao eran más antiguos en el Laos que el coronel Saito y el mayor Matsubara.

En las alturas montañosas de Laos regían otras leyes de caza.

En la libertad de las montañas, en los completamente apartados lugares del pueblo de Miao, Pierre de Maury no sólo se encontró a sí mismo, sino que también halló algo que había sido denominado por su excelencia Tran «*la aurora de la virtud*». Se arrepentía de haber arrastrado por caminos peligrosos a Vivica y de haber sido la causa de la crisis nerviosa de Astrid. El gran juego al escondite de a política no le había dejado ni un minuto para reflexionar sobre sus sentimientos y sus obligaciones.

Ignoraba la suerte que habían corrido las dos hermanas; únicamente sabía que había perdido a ambas. Naturalmente, esto no le concernía sólo a él. Astrid le había llorado demasiado y Vivica demasiado poco. En la tranquilidad actual, bajo el imponente fragor de la lluvia de la montaña, Fierre se confesaba a sí mismo con desapasionada melancolía que entonces entendía muy poco de amor. Y tener que reconocer esto era algo muy poco agradable, y más para un francés. Pero se encogió de hombros, puesto que un fugitivo político era, en primer lugar, un fugitivo, luego un manojo de nervios, después un lapso de tiempo y un estado neutro, y por último un hombre que siglos atrás había besado a unas muchachas. Pierre pensaba en Vivica y en Astrid del mismo modo como se piensa en los difuntos, sin la dulce fiebre de la concupiscencia, sin el recuerdo de la satisfacción, sin la esperanza de un reencuentro.

Raras veces recordaba a las dos hermanas, tan diferentes en todo; pero cuando las evocaba veía a Astrid tal como había sido en Shanghái: una muchacha radiante, sin gafas. Ciertamente también él llevaba lentes, y esto le atormentaba de un modo especial. Pero se equivocaba en una cosa: no había perdido a Astrid. Le había causado tantos disgustos y tantas penas, que ahora se encontraba como encadenado a aquella criatura. Las alegrías del amor se desvanecen y se marchitan igual que las flores del ciruelo en el vino de arroz; no se puede negar que lo que liga al hombre y la mujer son las penas y los disgustos. Éstos son la base de ese estado incomprensible y permanente que se llama amor. En las extensas alturas de Laos, en una de las aldeas más antiguas de Asia, Pierre de Maury amaba a la solitaria Astrid tal como ella había deseado ser querida.

Mientras tanto, los días iban pasando y se convertían en meses. La señora Tran, su ama en Miao, y los dos criados que con él habían efectuado el viaje sobre mulas de Yunnan a través de las sendas de la jungla y luego en ágiles botes sobre el río, se habían reintegrado de nuevo a su vida en Luang Prabang. Pierre se encontraba solo en una comunidad de extraordinarias figuras sonrientes y corteses con extravagante indumentaria. Los «*negros miao*», a los cuales ayudó en las labores arroceras hasta la época de las lluvias de junio, llevaban pantalones y chaquetas negras, fajas rojo escarlata y pesadas alhajas de plata. También las graciosas pero vigorosas mujeres portaban pantalones negros, luminosas fajas a cuadros a ambos lados de las caderas y cadenas de plata que se arrollaban como serpientes en torno a su cuello largo y moreno. Se hacían un moño en el centro de la cabeza, igual que una birmana o que una excéntrica belleza de Hollywood; pero también alrededor del moño lucían una cadena de plata que las jóvenes heredaban de sus madres de generación en generación. Al anochecer se sentaban todos junto con el extranjero alrededor del fuego y cantaban las leyendas de sus antepasados, que siempre glosaban sus míticos éxodos.

Pierre aprendió su lenguaje y todas sus costumbres. Cuando la guerra acabara podría hacer magníficas descripciones a sus compatriotas parisienses sobre estos habitantes de las montañas. Su espíritu iba agudizándose paulatinamente en la soledad de la región. No era lo suficientemente sentimental como para querer permanecer eternamente en este pueblo primitivo. No tenía el talento de un Gauguin. Era un hombre de ciudad. No encontraba que la leyenda de los *miao*, su libertad y su vida nómada y aventurera en los tiempos de sequía estuviera demasiado de acuerdo con la suciedad en que vivían con alegre dignidad. Pero siempre se sintió tranquilo y satisfecho mientras vivió, con aquellos nómadas curtidos y alegres. Cultivaban y vendían la adormidera del olvido: el aroma del opio flotaba como la niebla matutina sobre aquel apartado pueblo montañés.

El tiempo de lluvia era la época de salvación y de prueba. No sólo los caminos de la aldea estaban enlodados, sino que los cochinos y las gallinas escarbaban tanto el suelo que las piedras que conducían a la cabaña del vecino únicamente se podían

alcanzar dando saltos.

Pierre se hallaba sentado bajo el techo de bambú con el caudillo y su familia, de la que descendía la señora Tran, y miraba fijamente el fuego del hogar. El recipiente de hierro para cocer el arroz aparecía casi cubierto por las llamas; todo era diferente que en el resto del Asia sudoriental. El *ferang*^[70] era un huésped de honor. Ciertamente había venido acompañado de la señora Tran, que de muchacha había abandonado la aldea de los miao, pero la señora Tran seguiría perteneciendo por toda la eternidad a su estirpe. Y además el extranjero había traído sal. Esto era lo que más se cotizaba en aquellos yermos. La sal pertenecía a la vida y al amor igual que la adormidera del olvido, los cantos y la confortable suciedad.

Pierre redactaba sus apuntes en la mesa de la cabaña del jefe Lao Tou. Una joven muchacha *miao* con nobles ojos mogólicos y artístico peinado le enseñaba por medio de signos toda la lista de palabras y expresiones. La señora irán le había provisto de utensilios de escritorio y medicinas. En el fondo de un saco de arroz había escondido un obsequio de su marido: las obras de Montaigne adquiridas en París. En el transcurso de los años su excelencia Tran había conservado en su memoria la predilección de su amigo por ese escritor, y ahora le entregaba sus obras para que «descansara ocasionalmente de la naturaleza». Como ya se ha dicho, su excelencia Tran era un gran admirador de la conversación, de la literatura y de la cocina francesas. En cambio, le interesaba bastante menos la política colonial francesa, si bien sobre ésta no había discutido jamás con el señor De Maury.

Pierre había perdido el sentido del tiempo; no sabía nada de cómo iba la guerra. Los miao se preocupaban poco de los acontecimientos de los valles; habían sembrado su maíz y su opio durante tres años y ahora esperaban con ansiedad una buena cosecha. Luego abandonarían aquellas tierras ya agotadas y se trasladarían a otra aldea con sus fallas escarlatas y sus cantos. Pero en junio de 1945 eran todavía sedentarios y ofrecían al francés sus cabañas y sus mujeres. La muchacha del peinado artístico, era el regalo de hospedaje del jefe. Era joven, hermosa y completamente indolente; esto resultaba muy agradable para un huésped. Como la más alta prueba de amor le había traído un cubo de madera para el agua del baño y ella misma la calentaba mientras reía disimuladamente. La pequeña y los otros miao no se hubieran arriesgado jamás a ocupación tan peligrosa como era el baño. Se engrasaban, y por eso luego oían a plantas. Cuando cierto día Pierre intentó fotografiar a su pequeña amiga —un vendedor ambulante había dejado allí una cámara en el último período de sequía— la muchacha huyó presa de pánico. Sólo un extranjero ignorante podía desconocer que una cámara robaba el alma de las personas y era causa del cólera y de la muerte prematura. Por este motivo la joven muchacha ofrecía muchos sacrificios rogativos a la cámara que estaba asentada en su trono, un altar de madera, en la estancia común; tales ofrendas eran figuritas de animales, la punta de una faja de mujer y algún otro símbolo curioso. Para hacerlo bien del todo, esparció ante la puerta las cenizas del fuego, con objeto de ahuyentar a los demonios

de la jungla. Pierre no consiguió averiguar jamás por qué motivo nadie había ido a arrojar la cámara a la selva, ya que todos tenían tanto miedo al demonio occidental oculto en la pequeña caja; pero ni siquiera el *oa-ning*, el hechicero del pueblo, se hubiera atrevido a enemistarse con el diablo que se llevaba las almas.

Cierta noche, Pierre despertó lanzando un grito estridente. O bien no había recibido la torta de arroz rojo oscura, o bien es que había vuelto en sueños al valle. Allí estaban el mayor Matsubara y «*Cara de zorra*». La joven miao le frotaba con paños calientes y le daba masajes. No era nada extraño que el extranjero hubiera gritado en sueños, pues durante el día había tomado entre sus manos la cámara y el demonio se había enojado por esa falta de respeto. Rogaría al hechicero que al día siguiente llevara una ofrenda al altar del Miao. ¡El martilleo del gong amedrentaría convenientemente al diablo de la cámara!

Pierre de Maury callaba y apartó su mirada de la leal criatura miao para contemplar aquel mundo que había dejado atrás en un mar de peligros y de caos. Ahora sabía que en el lecho de muerte se le había aparecido una figura que le era muy familiar: ¡Astrid! Por eso había gritado. En estos momentos le parecía imperdonable haber ocasionado en el paisaje pétreo de Angkor Vat una lenta agonía a la única muchacha que le había amado apasionada y abnegadamente, aun cuando algunas veces le había irritado también. Por ese motivo el mundo de los tranquilos y caritativos miao no era para él un paraíso asiático, sino un purgatorio. Y aquí no valían las ofrendas en un altar extranjero.

En pensamientos volvió a los valles del mundo y finalmente aterrizó en el salón de belleza de la señora Ninette en Bangkok. Allí encontró a «*Cara de zorra*». Allí «*Cara de zorra*» le propuso que Vivica fuese a Saigón con informaciones para los aliados. Le dijo que nadie podría sospechar que aquella bella y juguetona criatura fuese portadora de unas informaciones de importancia vital. Pierre aceptó la proposición. «*Cara de zorra*» o su ayudante escondían con gran habilidad los informes en el equipaje de Vivica. Pierre y Vivica bailaban juntos en Saigón, flirteaban y charlaban. Naturalmente, durante un cierto tiempo se sintió irresistiblemente atraído por el encanto infinito de Vivica, pero el temperamento nórdico de la muchacha y su afinidad con el caos eran demasiado ajenos a su claro espíritu latino. En realidad no la había amado nunca de verdad. Había sido un pequeño *affaire* encantador, aunque lindante con él y todos los franceses huían instintivamente del desorden... Astrid con su mente clara y juiciosa, su compostura y su sombrerito, que a pesar de toda su extravagancia le sentaban muy bien, le era mucho más afín. El atavío de Vivica le había irritado siempre, aun cuando la sonrisa de aquella inocente y refinada Afrodita le complaciera por unas horas. Sentimentalmente, no se había sentido ligado a Vivica, pero en cambio no había retrocedido ante la perspectiva de usarla con fines políticos. Como buen francés, conocía instintivamente a las mujeres. Si él no hubiera accedido a todos sus deseos — Vivica, con su mirada velada, le había sugerido invitaciones bastante poco veladas—,

la muchacha se hubiera hartado pronto y entonces Pierre de Maury ya no hubiera podido recibir más informaciones.

Ahora, en la soledad de las montañas, se hacía amargos reproches por haber empleado como correo diplomático, y sin su consentimiento, a una muchacha que por su afinidad con el caos peligraba más que cualquier otra mujer. Los viajes los había efectuado Vivica con gran placer por su parte: coleccionaba caras nuevas con gran celo y bailaba entusiasmada con «tío Pierre», sin sospechar que bailaba en el borde de un profundo abismo.

Y ahora, en la lejanía, apartado del mundo, Pierre lo veía todo de otra manera: había conocido los métodos del *Kempetai*. Desfallecido y apasionado, hubiera preferido mil veces más no haber pisado nunca el salón de belleza de la señora Ninette. Se daba cuenta de que, mientras él estaba tumbado en su lecho de bambú en la choza del miao, en Oriente iba a su ocaso la aurora de la virtud: la señora Ninette, charlando continuamente, con sus ojitos astutos y divertidos; Vera Leskaja, gris, taimada, de inquietante inteligencia y persona amargada; Vivica y las otras «damas de recepción»; las clientes y parroquianas de todas las naciones: suecas, danesas, rusas blancas, alemanas, suizas, y francesas de la legación en Bangkok. En esa rueda, «*Cara de zorra*» había sido la figura. Pierre estaba horrorizado...

En sueños había visto a Astrid en un féretro. ¿Y qué debía haberle ocurrido a Vivica? Por Astrid sabía cómo había puesto fin a su vida la madre de Vivica. Astrid se lo contó mucho tiempo antes de la despedida de Angkor Vat. Allí le suplicó que no hiciese nunca uso de esta información.

Estaba tumbado sobre un duro lecho y no hacía más que pensar en ellas. Era más duro vivir que morir. ¿Qué había pasado con Astrid? ¿Qué había ocurrido con Vivica? Él no sabía nada de lo que sucedía detrás del gran telón de la lluvia.

Sólo «*Cara de zorra*» lo conocía todo y no podía morir ni ser muerto. Según opinaban los chinos, «*Cara de zorra*» estaba en todas partes y en ninguna parte, y se alimentaba a costa de la infelicidad y desgracia de los otros. Pierre hubiera tenido que saberlo. Vivica no podía saberlo. Ella «coleccionaba rostros», y así lo decía. También había tropezado con «*Cara de zorra*».

Mientras Pierre de Maury reflexionaba sobre el destino de Vivica, se le ocurrió que su fuga a Laos había sido inútil en muchos aspectos. Sí, podía escaparse del *Kempetai*, pero no le era posible huir de sí mismo.

Capítulo V

LECCIÓN DE REPASO PARA ESPÍAS

—Y luego mi tío, el Gran Duque, dijo: «¡Catalina, toma un coñac doble!».

La cliente miraba absorta a la señora Ninette, que estaba pintando con colorete sus prominentes pómulos eslavos.

—Sonría —le ordenó—. De lo contrario el rojo no parecerá natural.

—¡Nada hay tan poco natural como mi sonrisa, Nina Ivanovna!

—Ridículo —dijo la señora Ninette—. Todo el mundo puede sonreír. ¿Es usted tanguista o enterradora, Katharina Krylovna?

Hablaba siempre con voz fuerte y guiñaba sus agudos ojos azules.

—¿Ha oído usted algo? —le preguntó de repente.

La cliente fue a decir algo, pero la señora Ninette, rápida como una centella, arrojó un paño caliente sobre el optimista maquillaje.

—¡Espere usted, todavía vamos a hacer nuevos arreglos! ¡Parece usted un títere en un convento!

Vera Leskaja entró haciendo tan poco ruido, que la señora Ninette, guiada por un sexto sentido, se dio cuenta de que era una hipócrita.

—¿Qué puede haber oído la señora Krylovna? —preguntó.

Llevaba el mismo vestido gris que cuando fue a comunicar a la señorita Wergeland el encarcelamiento de Vivica. Sus codiciosos y brillantes ojos parecían atravesar el blanco paño que ocultaba la boca de la cliente.

—¿Dónde ha podido usted escuchar algo, Katharina? —dijo la señora Ninette—. Su *cabaret* es una tumba. Cuando usted dice *cherri*^[71] los parroquianos deben *tirrrarse* de cabeza al *rrío* Menam. ¡Malas bebidas, pésimas canciones, ninguna *diverrrsión*, mi querida Krylovna!

—La «calle de la moda» del distrito de Prahurat ha sido bombardeada por los aliados —anunció Katharina Krylovna por debajo del paño.

—Prahurat —murmuró Vera Leskaja, meditabunda ¿no ésa la calle india dónde la señorita Astrid Wergeland tenía su despacho?

—¿Qué ha pasado con la damita y su terrible tía? —inquirió la señora Ninette a un viejo chino que, vestido de seda, se inclinaba sobre la caja—. ¡Clientes, Leskaja!

En la caja, Vera Leskaja y una dama alemana cambaron algunas palabras excitadas, mientras la señora Ninette prestaba de nuevo atención a la cliente rusa blanca.

—¿Qué decía, Krylovna? ¿En Shanghái? ¡*Temible, terrible!* Pero le estuvo muy bien a la asquerosa tía. Ni siquiera *ofrrreció* una copita de licor de menta a Nina Ivanovna cuando fue a *comunicarrre* la detención de la palomita Vivica. ¿Loca,

decía? ¡Eso es mucho *peorrr*, Krylovna! Las locas hablan. Pero quizá Vivica lleva la lo cura a guisa de máscara. ¡Piense en nuestros *jurodivyje*^[72] de Rusia! ¡Una máscara, Krylovna! La pequeña ve crecer la hierba.

En ese momento regresaba Vera Leskaja.

Tonterías, mi dulce Krylovna —dijo la señorita Ninette—. ¡Cuarenta y ocho años es la edad más hermosa para una mujer! Cuando Ninotschka contaba cuarenta y ocho años recibía tres proposiciones de matrimonio por semana. ¡Y aun no eran las que le correspondían! ¡Pero ella prefería el coñac a los hombres!

La señora Ninette tenía el hábito de hablar de sí misma como de una persona absolutamente desconocida.

—¿Qué sucede, Leskaja? —preguntó con el tono duro y orgulloso con que acostumbraba a hablar siempre a su más antigua dependienta.

¡La cliente alemana no quiere pagar los nuevos precios por masaje de cara, señora!

La señora Ninette estalló en risa hasta que su semblante enrojeció vivamente. Todas las arrugas de su agradable rostro de lima llena se movían maliciosa y complacidamente.

—¿Lo ha oído, Krylovna? ¡Demasiado caro! ¡La señora Ninette, una bienhechora de las damas que ya van para viejas, cobra demasiado caro! ¡Y eso, dos meses después de haber *perrrdido* los alemanes la *guerrra*! ¡Dile a la señora Schulze o Kiesewetter que las clientes que han perdido la guerra tienen tantas cosas que pagar que ahora ya no les debe importar si sube un poco más su cuenta en el salón de belleza!

—¡Así lo haré, señora!

—¡Pero rápido! ¡No te estés aquí parada como Ivan el Terrible después del baño de sangre en Novgorod!

—¿Pero por qué quiere usted despedirme, señora?

El rostro de Vera había enrojecido débilmente.

—¿Qué dice usted a eso, Krylovna? ¿Yo despedir a Leskaja? ¡Jamás en la vida, palomita mía! ¿A cómo está hoy el oro? ¿Has comprado?

Vera Leskaja había comprado ventajosamente para la señora Ninette. El oro subía, mientras el sol del Japón iba hacia su ocaso. Dos días antes, el general Mac Arthur había liberado las Filipinas. Corría el mes de jubo, el mes de las lluvias, el *Kempetai* continuaba deteniendo y fusilando y el escenario giratorio oriental daba la más grande vuelta que jamás se haya conocido en la historia del mundo Sólo en el salón de belleza de la señora Ninette parecía seguir todo igual que antes. Las mujeres querían seguir pareciendo hermosas y lo más jóvenes posible, tanto si el mundo se iba a pique como si no. En casa de la señora Ninette se continuaba haciendo un gran negocio de compra y venta. Las clientes traían joyas y medicinas, muebles, escupideras de plata, todo lo que habían podido atrapar durante los últimos años de guerra. Leskaja lo compraba y vendía todo. *Senglee*, tal como los chinos llamaban a

la venta de cosas, era el palo preferido de la baraja en aquellas semanas de la decadencia del Japón. Los chinos designaban a Vera con el nombre de *Miss Senglee*. Pronto se comenzarían a vender pasaportes y orientaciones políticas.

Una japonesa entró en el salón y fue saludada por la señora Ninette tan cariñosa y cortésmente como en los días de gloria. La señora Ninette había estado siempre de parte de los japoneses. ¡Esto lo sabía todo el mundo! Vera Leskaja contempló la escena de la salutación sin decir una palabra. «*Cara de zorra*» es un hombre estúpido. Los europeos no tendrían que denominarse así. Vera estaba terriblemente nerviosa y no podía dejar entreverlo a nadie. El sol del Japón iba hacia el ocaso, y ella con él.

Un chino penetró en el salón con la cabeza humildemente baja y buscó con la vista a *Miss Senglee*. Envuelta en un paño de seda traía una piedra que tenía que servirle de gran ayuda para su proyectada fuga a la jungla. Había apostado por el Japón y había perdido.

—Jade —murmuró con su voz tuberculosa—. ¡Por favor, cómprela usted, *Miss Senglee*!

Vera sacó de su monedero la lupa con la que unos meses atrás había estudiado el verde papel de carta de Vivica.

—Para Confucio el jade era el símbolo de la virtud —murmuró el chino.

—La piedra es nebulosa —decidió *Miss Senglee*, a quien la docta indirecta no había impresionado en lo más mínimo—. ¡Veinte *ticales*!

Era una injuria para el símbolo de la virtud. El señor Li-feng se inclinó cortésmente y volvió a envolver en el paño la magnífica piedra.

—¿Cuánto? —preguntó Vera Leskaja.

Mil ticales no hubiera sido demasiado para esa piedra de jade. Antes de la guerra los extranjeros habían pagado por ellas precios verdaderamente fantásticos, y después de la guerra volverían a pagarlos.

—¡Trescientos ticales! —ofreció *Miss Senglee*.

El señor Li-feng la miró con aire compasivo.

—Prefiero conservar mi miserable piedra, *Lady* —dijo en buen inglés—. Respeto a mi jade, *Lady*.

Se inclinó otra vez y abandonó el salón de la diablesa extranjera sin levantar la cabeza y más desahogado. Era un miserable, un espía pagado al servicio del Japón; pero había heredado de sus honorables antepasados una virtud: «respetaba» su jade tanto que prefería llevarlo consigo al otro mundo. Esa misma noche abandonaría este mundo del mismo modo como se abandona un campo de arroz estéril. Se iría a la tumba con el jade sostenido entre sus fríos labios para no presentarse ante sus antepasados desposeído de todas las virtudes. Su hijo lo arreglaría todo. El señor Li-feng salió a la sofocante calle y se sintió tranquilo y casi satisfecho.

«Un buen acto expía mil acciones malas», había aprendido de joven. Había permanecido mucho tiempo encerrado en la jaula del Japón, pero ahora finalmente se había encontrado de nuevo a sí mismo.

Vera Leskaja había empalidecido por completo. Presentía que el chino ya no volvería a acercarse y esto le hizo recordar que desde hacía años montaba en falso caballo. Hoy tenía que hablar con la señora Ninette, pues la vieja rusa era su última esperanza. Hacía semanas que no sabía nada del barón Matsubara: no había recibido ningún mensaje clave ni un encargo, ni dinero. Desde que el *Kempetai* había empezado a estrechar el cerco alrededor de «*Cara de zorra*», Vera no había vuelto a tener noticias del mayor. Todavía había algo que le atormentaba más que el pensamiento del futuro. ¿Qué hacían las espías que habían montado en caballo falso? Vera cerró los ojos por un momento. Lo sabía.

Finalmente se habían marchado ya las últimas clientes. También la señora Krylovna se dispuso a irse al fin, aunque a regañadientes. Su despedida duró otra media hora. La señora Ninette le estuvo contando breves historias de personas desconocidas, y Krylovna se mostró vivamente interesada por todos los detalles.

—¿Debo anotárselo de nuevo? —preguntó Vera Leskaja, recalcando expresamente el «de nuevo».

—El diablo se lleva a las personas que intentan grandes negocios —dijo la Krylovna como contestación a la insinuación de que pagara en dinero contante y sonante.

Saludó despreciativamente a Vera con un gesto de cabeza, besó y abrazó a la señora Ninette como si no tuvieran que volver a verse más en el espacio de veinte años, y finalmente se hizo prestar a toda prisa un par de ticales para el *rikscha*. A pesar de la pintura y de las arrugas alisadas, su aspecto representaba más años de los que contaba. Tambaleándose sobre sus tacones, abandonó el salón de la señora Ninette. Sus cabellos teñidos de rubio pendían en su frente como si se tratara de la cabellera de una joven moza. Así era Katharina Krylovna, que se había fugado de una provincia rusa hacía diez años. Era una de esas mujeres para las que el peinado representaba una cosa invariable y permanente en la vida. Su aspecto era el de una muchacha que, inexplicablemente, estuviera cargada de arrugas y dotada de ojos experimentados.

La señora Ninette se dejó caer sobre su sillón de junco haciendo un gran ruido, mientras Vera repasaba los ingresos. Todas las tardes, a las cinco, tomaban un té fuerte con confituras y fumaban. Luego, la señora Ninette se dirigía a su villa de Bangkapi, en tanto que Vera Leskaja, por su parte, marchaba a su hotel situado en el distrito chino. Este confidencial cuarto de hora de convivencia común tomando té fuerte, confituras y fumando un cigarrillo de opio, era el lazo que unía a aquellas dos compañeras tan diferentes. En la cordial atmósfera de ese cuarto de hora tenía depositadas sus esperanzas Vera Leskaja aquel día de julio de 1945, unas semanas antes de que fuera lanzada la primera bomba atómica del mundo sobre Hiroshima, Nagasaki y Urakami, fin arrabal de esta última ciudad.

—Estás pálida, Leskaja —observó la señora Ninette—. Eso no es natural en ti.

—¿Qué importa? —dijo Leskaja, encogiéndose de hombros—. Tengo muchas preocupaciones, Nina Ivanovna.

—¿Preocupaciones? ¡Eso es *rrridículo*, Leskaja! Gracias a mi bondad llevas una buena vida. —La señora Ninette ladeó la cabeza y sonrió con sarcasmo—. Dispones de dinero suficiente para beber, para escuchar canciones y para *otrrras diverrrsiones*.

¿Dinero suficiente? Vera aguzó los oídos. ¿Era eso una alusión indirecta a los ingresos suplementarios que le proporcionaban los japoneses? Pero la señora Ninette no sabía nada de eso. Debía referirse a los negocios privados de *Miss Senglee*.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó la señora Ninette, bostezando.

—Más de lo que cabe esperar... Nina Ivanovna. Yo desearía hablar...

—¡No te andes con rodeos, Leskaja! ¡Habla de una vez si es que realmente tienes algo que decir!

—Mi triste destino es el de ser portadora de las peores noticias. —Vera Leskaja clavó fijamente sus ávidos ojos en la cara de luna llena de la señora Ninette—. ¿Se acuerda usted que hace algún tiempo hablamos del agente de Ohungldng llamado «*Cara de zorra*»? Eso fue cuando detuvieron a la señorita Vivica.

—¿Qué sucede ahora con *Cara de zona*? ¿Todavía sigue haciendo de las suyas contra el Japón? Si mal no recuerdo, ése era el nombre de Vivica, la joven criminal.

—La señorita Vivica no era «*Cara de zorra*», a pesar de que la muchacha fue encarcelada. Ha sido descubierto ya *Cara de zona*., Nina Ivanovna.

—¡Bravo, bravo! —exclamó la señora Ninette, palmoteando entusiasmada—. ¿Es acaso la escuálida Astrid Wergeland? Yo siempre he sospechado de ella.

Abrió el cajoncito del escritorio, y sacó de él un cigarrillo. Esto significaba que no tenía prisa alguna y que le interesaba mucho oír las comunicaciones de Vera. En el fondo del cajón había un revólver. La señora Ninette se quedaba a veces en su despacho después de haberse marchado ya Vera Leskaja a su residencia. En esta ciudad había más ladrones que arena hay en el mar. El revólver ofrecía garantía de seguridad a la divertida rusa.

—¡Brravo! —repitió, mientras endulzaba su té añadiéndole confitura de fresas—. ¡Maldita «*Cara de zorra*»! ¡Pero inteligente! ¡Ahora gruñirá en la cárcel L Ni bebida, ni canciones, ni diversiones.

—Todavía no, Nina Ivanovna.

—Estás hablando muy enigmáticamente, Leskaja Pero Ivanovna no dispone de tiempo para entretenerse con esos acertijos.

Su acento se había hecho muy duro. También había cambiado la atmósfera en el interior del despacho. Vera respiraba penosamente.

—El *Kempetai* no ha sido informado todavía. Nina Ivanovna. Pero una persona sabe ahora quién es «*Cara de zorra*»!

—¿Quién lo sabe? Dímelo, estraperlista.

—¡Yo lo sé, Nina Ivanovna!!

—¿Tú? —La señora Ninette fue víctima de un ataque de risa que estuvo a punto de ahogarla—. ¿Has sido tú, ganso instruido quién has dado con «*Cara de zorra*»? ¡Tienes fiebre, Vera Leskaja! ¡Mi pobre palomita necesita unas compresas frías y algunas tabletas! —La señora Ninette hablaba con rapidez y seguía riendo estentóreamente—. ¿Se puede saber cuándo y cómo has hecho ese descubrimiento?

—Lo hice en su casa, Nina Ivanovna. Después de la detención de Vivica Wergeland.

La señora Ninette se levantó con tanta violencia, que lanzó contra el suelo una taza de té y un bote de confitura. Ahora ya no reía. En sus pequeños y resplandecientes ojos se adivinaba un peligroso centelleo.

—Ten cuidado, Leskaja —dijo duramente—. En mi casa no hay espías.

—¿Es eso cierto..., Nina Ivanovna?

A la señora Ninette le sucedía algo inaudito: era una terrible sospecha, una increíble verdad, un hálito de muerte y de traición arrastradas desde hacía años. Examinó a Leskaja como si fuera la primera vez que la viera en su vida. Contempló aquel rostro grisáceo, inmóvil, sus labios finos y amargados, sus ojos anhelantes.

—¿Qué tienes tú que ver en todo este asunto? —preguntó ásperamente—. ¿Cuándo me escuchaste y espíaste? La señorita Wergeland vino en un vehículo a primera hora de la mañana. Yo no le permití la entrada. Desconfiaba. ¿Recuerdas?

Silencio.

La señora Ninette se acercó a Vera y la agarró brutalmente por el brazo. Leskaja apartó su vista de aquellos ojos pequeños y brillantes.

—No saldrás de esta habitación hasta que no hayas cantado tu cancioncilla.

La señora Ninette cerró la puerta con rapidez.

—¡Vamos, habla de una vez!

Por toda respuesta Vera Leskaja abrió su raído bolso de mano y entregó a la señora Ninette un documento escrito a máquina.

—Lea usted, por favor, lo que yo misma he escrito, Nina Ivanovna. Hace... hace años que trabajo para los japoneses.

—¿Qué hace años que trabajas para los japoneses? —repitió la señora Ninette, dejándose caer sobre su sillón de junco y produciendo un gran estrépito. Su gruesa y rechoncha mano tomó la caja de tabaco en cuyo fondo estaba el revólver—. ¡Vaya, vaya! ¿Qué trabajas para los japoneses? Es muy *dwerrrtido*, Vera. ¡Muy *diverrrtido*!

—Tenía que vivir, Nina Ivanovna.

—No veo que eso sea un motivo justificado, palomita. —La señora Ninette observaba a su mejor ayudanta a través de sus párpados medio cerrados—. A nadie le importa tu vida. Ni siquiera a ti misma. Boris sabía lo que se hacía cuando te abandonó hace quince años en Shanghái. Nadie debe casarse con un ser que parece muerto.

—¡Cállese de una vez, Nina Ivanovna!

Vera vaciló un momento. Hacía tiempo que había enterrado a Boris, pero todavía

adoraba aquella tierra que había amontonado sobre la tumba.

—No puedo terminar cuando sólo estoy comenzando —replicó la señora Ninette, desplegando el documento—. De modo que desde hace años trabajas para los japoneses —murmuró.

Su mandíbula inferior temblaba como la de un clown que, de repente observa que el público ya no se ríe. Al parecer, hacía algunos años que había dejado ya de provocar la hilaridad de Vera Leskaja. ¿Cómo habría descubierto las huellas de «Cara de zorra» esa mujer de aspecto siempre gris? ¿Había comenzado sus pesquisas en Shanghái años atrás?

Nina Ivanovna leyó el escrito, mientras Vera permanecía de pie ante ella, en su postura humilde y acostumbrada, ya que no había sido invitada a tomar asiento. Vera hubiera fumado muy a gusto un cigarrillo para mitigar aquel estado de tensión, pero la gruesa y rechoncha mano de la señora Ninette cerró bruscamente la caja de cigarrillos. ¿Por qué había mencionado a Boris después de veinte años?, se preguntaba Vera. Nina Ivanovna sabía siempre cómo atormentar a una persona. Su aspecto afable era una máscara ante su rostro de zorra.

No se oyó ningún ruido mientras Nina Ivanovna estuvo estudiando el contenido del documento. Hubo algunos momentos en los que ni siquiera el mismo viento que silbaba ante las ventanas fue escuchado por las mujeres.

DOCUMENTO SECRETO

Al mayor Kimura (Policía secreta militar).

Actualmente: Rangún (Birmania).

De la agente V. L.

Contenido: Datos personales y residencia de la agente de Chungking, de nombre: «Cara de zorra».

La agente V. L. se permite ofrecer las siguientes observaciones:

Él desde hace años buscado agente «Cara de zorra», que ha extendido el grupo de espionaje Sun (Shanghái-Bangkok-Saigón), que actúa contra los japoneses y que incluso durante las detenciones efectuadas en abril de 1945 ha permanecido siempre escondido, no es ningún chino, como generalmente se ha venido creyendo. Tampoco el francés de nombre Pierre de Maury es «Cara de zorra», sino uno de sus colaboradores más destacados en la región Hanói-Saigón. «Cara de zorra» es una mujer. La agente V. L. ha estado observando durante años a esta mujer, y siempre ha vacilado por falta de pruebas concluyentes sobre la actividad antijaponesa de la espía. Casi todas las visitantes usuales del salón de belleza de la señora Ninette —incluida la noruega Vivica Wergeland— han sido incorporadas, a sabiendas o no, en ese círculo. «Cara de zorra» ocultaba siempre las informaciones en el equipaje de Vivica Wergeland cuando ésta iba a visitar a su amigo Pierre de Maury a Saigón. La agente V. L. cree que Vivica Wergeland no sabía lo que llevaba en el equipaje.

Nombre de la agente «Cara de zorra»: Nina Ivanovna Borin.

Edad: 65 años.

Característica especial: obesidad.

A las órdenes de los chinos del generalísimo Chiang Kai-shek.

Durante años. «Cara de zorra» ha sabido engañar a su colaboradora en el salón de belleza Ninette (primero en Shanghái, después en Bangkok) sobre su actividad. La máscara de una amable amante de la humanidad ocultaba su astucia, su codicia y su crueldad.

La agente V. L. obtuvo la primera prueba de la actividad japonesa de «Cara de zorra» a través de la agente Katharina Krylovna, la cual fue propuesta por V. L. al Kempetai para observar y vigilar a Nina Ivanovna. Como quiera que la Ivanovna no invitaba jamás a la agente V. L. a sus veladas sociales, ésta sobornó, algunos meses antes de la detención de Vivica Wergeland, a la susodicha Krylovna para que le proporcionara una exacta descripción de los invitados y de las conversaciones mantenidas.

De este modo, la agente V. L. fue enterándose paulatinamente de que el señor Pierre de Maury hacía muy a menudo acto de presencia en esas reuniones y que flirteaba apasionadamente con la señorita Vivica Wergeland. La agente V. L. no tardó mucho en ver claramente que el francés, mucho mayor que la muchacha, perseguía ocultas intenciones, pues a menudo desaparecía en el dormitorio de Nina Ivanovna y allí mantenía con ella ciertas conversaciones en transcurso de las cuales la Krylovna pudo cazar al vuelo algunas palabras y nombres: «Depósito de armas en Tailandia» fábricas de gasolina en Bangkok, desplazamiento de tropas japonesas y otras por estilo. La escena provocada por V. L. en casa de la señorita Helene Wergeland en Bangkok el 4 de abril de 1945 confirmó las sospechas de que Nina Ivanovna no era otra que la agente Cara de zarza y la organizadora del grupo de espionaje Sun. La Ivanovna se chanceó y rió a carcajadas en el momento en que la señorita Helene Wergeland se enteró de la detención de su sobrina Vivica. Cuando la agente V. L. encendió un cigarrillo a la Ivanovna, observó que sus manos estaban frías y que su mandíbula inferior temblaba, ambas cosas señales evidentes de la gran excitación y el temor que sentía Nina Ivanovna. Cuando en el invierno del año 1925 la policía china penetró en casa de Nina Ivanovna en Shanghái, para detenerla junto a un viejo general a causa de la venta de opio, la Ivanovna mostró las mismas señales: manos frías y la mandíbula inferior temblorosa. En el instante en que V. L. enseñó a la señorita Helene Wergeland un papel verde para hacerle creer que se trataba de una «clave secreta» que había encontrado en la habitación de Vivica Wergeland, Nina Ivanovna, que siempre que mandaba a la muchacha a Saigón escondía clandestinamente en su equipaje las informaciones en clave escritas en ese mismo papel verde, casi estuvo a punto de caer desmayada y tuvo que ser

reanimada por V. L. con auténtico coñac francés. (La agente V. L. presentó la factura a su debido tiempo).

Cuando el mayor Kimura —como estaba convenido— apareció en casa de la señorita Helene Wergeland, la Ivanovna, que se hallaba oculta en un armario en la estancia contigua, sintió un intenso mareo. V. L. la hizo volver en sí y de ese modo tuvo ocasión de registrar el bolso de la Ivanovna y enterarse de algunas direcciones. Hizo pesquisas sobre estas direcciones, pero no pudo descubrir ningún cómplice. Debían ser seudónimos. En la noche del 4 de abril de 1945, V. L., mientras la Ivanovna dormía después de un estado de gran excitación alcohólica, tuvo ocasión de registrar su escritorio. Las cerraduras —como todas las de Bangkok— eran de fabricación china, y por tanto fáciles de abrir. Al parecer «Cara de zorra» se sentía tan segura que creía innecesario la ayuda de una cerradura secreta construida por europeos. En el escritorio se hallaban los documentos adjuntos. Como quiera que V. L. era constantemente exhortada a que siguiera durante largo tiempo las huellas halladas para no provocar la detención de personas que no fueran «Cara de zorra», lo primero que hizo fue seguir los rastros hallados en la correspondencia encontrada en el escritorio, que en verdad parecían ser muy prometedores. Como consecuencia de todas las investigaciones efectuadas, el Kempetai consiguió detener a unos cincuenta agentes de Chungking en las zonas de Shanghái, Saigón y Bangkok. Tan sólo eran cinco direcciones, pero en el transcurso de los interrogatorios los arrestados descubrieron a otros colaboradores, tal como era de esperar.

En el caso de que la Ivanovna recurriera a la vieja treta de acusar a la agente V. L. de ser una «agente doble», la actividad desplegada durante años por V. L. a favor del Japón garantizará sin duda al muy respetable y honorable mayor Kimura que sólo se trata de una calumnia, cosa que corresponde perfectamente al taimado y cruel carácter de «Cara de zorra».

Resumen: Nina Ivanovna es especialmente peligrosa, puesto que juega a hacerse la estúpida. La agente V. L. no hubiera podido llegar jamás a sospechar que detrás de esa máscara se ocultaba «Cara de zorra» si, después de la detención de Vivica Wergeland, Nina Ivanovna no hubiera cometido el error de llevarse consigo a su casa de Bangkapi a la agente V. L. a causa de lo excitada que se sentía, y porque, temiendo sufrir mareo, no quería pasar la noche sola. Siempre había evitado tener que invitar a V. L. a su casa, y refiriéndose a esta grosería manifestaba chanceándose que V. L. iba excesivamente raída y era demasiado fea y aburrida para aquellas reuniones. «Cara de zorra» se encuentra desprevenida. Una detención no supondría dificultades, pues Nina Ivanovna no piensa en huir. En el caso de que emprendiera la fuga, la agente V. L. cuidaría de pisarle los talones.

Nota adicional: No le fue posible a la agente V. L. conocer claramente los pasos de la señorita Astrid Wergeland poco después de la detención de su

hermana, la familia Wergeland desapareció de Bangkok. La agente V. L. no puede facilitar su residencia.

Firmado: V. L.

Bangkok, julio de 1945.

SUPLEMENTOS

Relación de gastos para los meses de abril a julio de 1945.

Correspondencia de la Ivanovna, reconstruida, y en parte descifrada, por V. L.

Fotografía de la Ivanovna, proporcionada por Katharina Krylovna. (Instantánea).

Fotografía de su villa, tomada por V. L.

Nombre de su actual dependencia.

Nueva lista de clientes del salón «Ninette», en Bangkok. Una muestra del papel de carta verde que la Ivanovna hurto en casa de la señorita Vivica, en ocasión de una velada ofrecida por ésta, para hacer responsable a la muchacha, en el caso de que fueran descubiertas las informaciones introducidas en su equipaje. Es el mismo papel en el que V. L., cuando su visita a casa de los Wergeland en abril, pretendió haber descubierto una clave.

Firmado: V. L.

Bangkok, julio de 1945.

La señora Ninette dobló cuidadosamente las hojas y las colocó Junto a la caja de cigarrillos.

—Bien, bien —dijo con inquietante tranquilidad—. ¿De modo que has logrado averiguar todo eso, gran chismosa?

Vera Leskaja no se movió.

—¿No sabes tú lo que hace Nina Ivanovna con las culebrrras que ha alimentado en su seno?

La señora Ninette golpeó violentamente su amplio pecho mientras sus pensamientos transcurrían confusamente de un lado para otro.

—¿Es que has perdido la lengua, Leskaja?

—No tengo nada más que decir.

—¿Cuándo has mandado el documento?

—Todavía no lo he enviado, Nina Ivanovna.

—Antes de morir procura hallar una mentira sensata, algo instruido.

La señora Ninette sacó el revólver de la caja de cigarrillos.

—Lo he descargado, Nina Ivanovna. Sé perfectamente todo cuanto hay en su escritorio.

—¡No saldrás viva de aquí, espía maldita!

—Eso sería fatal para usted. Lo que tiene usted en la mano no es más que una copia. El original es exacto. Sólo los aficionados trabajan con máquinas de escribir y copias, ¿no es cierto?

—Sí, perfectamente.

—Si usted me matase ahora —usted tiene una fuerza gigantesca y yo no soy más que una cáscara de arroz vacía— el señor Cheong, mi casero chino, remitirá mañana por la mañana el original al mayor Kimura. El mayor tiene otro nombre, pero eso no importa.

Vera Leskaja, sonrió dando a entender que estaba ya harta de la vida. Pero luego, sensible e inteligente como era, retrocedió asustada ante la brutal mirada asesina de su mucho más corpulenta dueña.

La señora Ninette se había levantado, arrojando al suelo el resto del servicio de té. A la vista de los pedazos de loza rotos se le ocurrieron sádicas asociaciones. Sin ningún provecho ni utilidad había recogido hacía veintiséis años de las callejuelas de Shanghái a esta maldita y alevosa traidora. Pensaba agudamente. Aun en el caso de que Vera Leskaja le dijera la verdad, había una posibilidad de salvación para Nina Ivanovna. Se sentó y sonrió con aquella sonrisa afable y placentera, de mujer honesta.

—Siéntate, Vera —dijo señalándole un sillón.

De un armario empotrado en la pared tomó nuevas tazas de té, encendió el pequeño fogón de aceite de coco y fingió no observar el temblor de Vera Leskaja.

—¿Has oído hablar de Lisaveta Korsky? —preguntó la señora Ninette.

—No.

—Engañó y traicionó a su bienhechora, allá en Rusia. Su protectora tomó una cantidad de pedazos de vajilla rota —digamos de tazas de té rotas— y entonces...

Vera Leskaja lanzó un gemido. Como todos los intelectuales, temía en gran manera los dolores corporales.

—¡Tenga usted compasión, Nina Ivanovna! ¡Máteme de una vez!

—Ya lo hubiera hecho; pero tú misma has descargado el revólver, charlatana impertinente. ¿Cuándo llegará tu informe a Birmania? Mejor dicho, a manos del barón Matsubara. Pues sin duda alguna ése es el nombre de tu mayor Kimura, ¿no es cierto?

—Sí, Nina Ivanovna —contestó Vera Leskaja. Corrió hacia la gruesa rusa y se abrazó a sus rodillas—. El documento todavía no ha sido enviado. ¡Créame usted, Nina Ivanovna! —sollozó desconsolada y roncamente.

¿Creerte a ti? —replicó la señora Ninette, no sin sarcasmo—. ¿Es que consideras tan ingenua a «Cara de zorra», Vera Leskaja?

—Yo quería expedirlo. Y luego...

—¡Y luego se te ha ocurrido preguntarme a mí si había algo que corregir! ¡Desde luego, me haces mucha gracia, Leskaja!

Vera miro a la mujerona. Todo estaba perdido. Ya no podía hacer su proposición a

Nina Ivanovna, puesto que ésta no la creía. Ciertamente que obraba juiciosa y plausiblemente, pero es que sus relaciones mutuas jamás habían sido juiciosas y plausibles. Habían sido unas relaciones odiosas desde el primer momento.

Nina Ivanovna ya no quería mirar a la traidora criatura. Ella había jugado y había perdido, ¡pero también Leskaja había jugado y perdido!

Vera Leskaja dijo apática:

—Tiene usted razón, Nina Ivanovna.

—La guerra ha sido funesta para el Japón, *charrlatana* —observó la señora Ninette—. Y tú me has denunciado. ¡Estupendo!

—¡Todavía no, Nina Ivanovna!

—¡Estupendo! —repitió la señora Ninette, a la que molestaba mucho verse interrumpida por su dependienta—. Acabaré colgando en la *horrrca*. No podré ocultarme por mucho tiempo al sabueso de Matsubara: ¡estoy demasiado *gorrrda* para disfrazarme! ¡Pero tú también colgarás en a *horrrca*, charlatana! No quiero ensuciarle las manos con tu sangre. ¡Ya se encargarán de ahorcarte los aliados! No pueden tardar mucho tiempo en llegar.

Vera volvió a dirigir su mirada a la gruesa rusa. En sus mortecinos ojos lucía un débil resplandor de calor, de perplejidad, de aquella diabólica e insoluble comprensión íntima entre los emigrados de Rusia. Apartó de la frente los cabellos que habían caído sobre ella. De repente se sintió completamente tranquila y sosegada.

—Tanto si me mata como si no, Nina Ivanovna, tiene usted que estar convencida de que yo no la he traicionado.

El original del documento se halla bajo sobre lacrado en manos de mi casero. ¡Vaya usted misma y pregúnteselo!

Algo en el tono de la voz de Vera hizo prestar atención a la señora Ninette. Había en ella algo de verdad, o como si se sintiera incomprendida.

—¿Y por qué no lo has mandado todavía? ¿Es que querías demostrarme lo inteligente que eres?

—¡Deseaba demostrarle lo estúpida que soy!

De nuevo volvió a mirar a aquella mujer que iba a correr su misma suerte y luego Hundió la cabeza.

—No He podido Hacerlo —balbuceó—. Yo... la quiero a usted demasiado, Nina Ivanovna.

Se apoyó Humildemente sobre las rodillas de su estimada amiga y besó sus gruesas y regordetas manos. El esmalte de sus uñas se quebró. Vera recibió un par de fragmentos en su boca y tosió.

—Levántate —dijo la señora Ninette ásperamente—. ¡Levántate, querida! Iremos a mi casa y Haremos un poco de té fresco. Ya lo discutiremos todo allí. Vera Leskaja, ya sabía yo que tú no podías delatar a tu pobre y anciana Ninotschka, que te recogió en las callejuelas de Shangháí. No podías entregarla a los malditos enanos de las islas.

Vera seguía a sus pies sollozando desconsolada. Todas las lágrimas que no Había podido derramar durante los últimos treinta años en su lúgubre profesión, se escapaban ahora a torrentes de sus ojos superextenuados. Lloraba como sólo pueden llorar las rusas: apasionadamente, escandalosamente, con profunda satisfacción.

—Yo te salvaré, Leskaja —dijo la señora Ninette, comenzando a sollozar igualmente.

Sacó un descomunal pañuelo del interior de su bolso, y primero secó sus ojos y luego la seda estampada de su vestido, que Vera Había empapado con sus lágrimas. Era seda de la buena. Vera tenía que llorar sobre un tejido más barato: por eso le alargó otro pañuelo.

—¡Deja que reflexione un poco, Vera! La guerra está ya en sus postrimerías. Después de la guerra tu pobre «*Cara de zorra*» será muy vieja. Los aliados no son mezquinos... ¿Quieres que te salve la vieja Nina Ivanovna, rata de biblioteca, ganso instruido?

—¡No lo merezco!

—¡Tienes razón, palomita mía! Pero tú, miserable comadre, tú, diablo avinagrado y pérfido, eres mi única amiga en este mundo glacial. ¿Es *verdad* o no, Vera Leskaja? —gritó de pronto la señora Ninette con el rostro más rojo que una cereza, al tiempo que movía su enorme cabeza con firme y excesiva delicadeza.

—¡Sí, soy su única amiga, Nina Ivanovna! ¡Por favor, sálveme! ¡La cabeza me da vueltas!

—Estúpida devoradora de libros —dijo la señora Ninette con bondadoso desprecio—. ¡Has desbaratado los proyectos de «*Cara de zorra*»! Pero ahora tú te arrepientes y Nina Ivanovna te perdona. Es muy bondadosa y se sacrifica por su vil amiga.

La señora Ninette enmudeció por un momento de tan conmovida como se sentía ante su propia magnanimidad. Luego se secó enérgicamente las lágrimas y dijo:

—La guerra sólo puede durar unas pocas semanas. Los aliados presentarán un ultimátum al Japón. Se realizarán unos *interrrogatorios*, a cuyo lado los *interrrogatorios* del *Kempetai* parecerán juegos de niños, Leskaja. Yo aseguraré que mi querida Leskaja ha colaborado en calidad de agente doble. Ella entregaba a los japoneses las informaciones tergiversadas que le daba la agente «*Cara de zorra*». De este modo, Leskaja ha prestado grandes servicios a los aliados. Nina Ivanovna les hará saber que merece una condecoración. ¿Qué te parece, Leskaja?

La señora Ninette pestañeaba hipócritamente.

—Algo parecido quería proponerle yo, mi querida Ivanovna —murmuró Leskaja.

—¿Y por qué no lo has dicho? —preguntó la señora Ninette—. ¡Tan charlatana como eres!

Cogidas del brazo se encaminaron a casa de Nina Ivanovna para tomar el té, discutir acerca de los detalles del cambio de posición y derramar las restantes lágrimas de emoción. Vera necesitaba lecciones de repaso, pensaba tranquila la

señora Ninette. Como agente había incurrido en dos faltas imperdonables: en esos minutos de pánico en que las ratas abandonan el buque que va a naufragar, había puesto sus cartas boca arriba. Y creía que la vieja amistad era más segura que el viejo odio.

La señora Ninette acompañó luego previsoramente a Vera Leskaja a su hotel chino en el coche pagado por Chungking. Cuidó de que el señor Cheong, el dueño del hotel, las viera entrar a las dos en la habitación de Vera cogidas del brazo y tambaleándose. Habían tomado té acompañado con abundancia de vodka. La señora Ninette se despidió con un beso ruso que cortó la respiración a su estimada Lesbia. Ambas quemaron el documento que ésta había cerrado dentro de un sobre dirigido al mayor Matsubara y volvieron a besarse. Vera se durmió satisfecha. En sueños sonreía, un poco menos cansada que en otras ocasiones. A la mañana siguiente, cuando Vera Leskaja se dirigió al salón de belleza, fue atropellada por un coche chino al ir a cruzar una calzada muy transitada. Quedó muerta allá mismo.

Toda la colonia rusa blanca de Bangkok asistió a su entierro, a pesar de que la mayoría de ellos no veían a Vera Leskaja desde hacía años y no la habían apreciado jamás. Pero ella era uno de los suyos y su muerte representaba una pérdida para aquellos rusos sin patria. La señora Ninette vertió torrentes de lágrimas e hizo saber a todo el mundo que Vera Leskaja había sido su única amiga verdadera en este mundo glacial. Arrojó tres paladas de tierra sobre su tumba recién abierta, secóse el sudor de la frente —el termómetro marcaba 28 grados a la sombra— y se dirigió a su casa con semblante grave.

Aquella tarde no fue al salón, sino que se dedicó a hacer el inventario. Reflexionaba sobre los muchos años que había pasado en compañía de Vera, en los muchos téis tomados juntas después de terminada la jornada de trabajo, en la aplicación de Vera, en su formación de rata de biblioteca, en su traición, en sus lágrimas, en su amor, en su insensatez. Una agente que cree en el perdón es como una zorra roja que ha perdido su astucia.

Cuando el criado anunció una visita, la señora Ninette se levantó torpemente de su sillón. Era el señor Ling, el que había atropellado a Vera Leskaja. Lo había hecho por China, pues Vera Leskaja era una agente del Japón. El señor Ling iba camino de Shanghái.

—Comunique usted a «*Cara de zorra*», que la más *peligrosa* agente del Japón ha sido cazada por nosotros —dijo la señora Ninette con aspereza—. Creo que ahora ya no tenemos nada que temer.

—La señora Leskaja tocó una campana de madera —murmuró el señor Ling.

Sabía que Vera había hecho una prueba inútil de antemano. Era una liebre estúpida que había querido medir sus fuerzas con la zorra.

—Vera Leskaja creía realmente que yo era «*Cara de zorra*» —explicó la vieja rusa—. Yo cometí el error de llevarla a mi casa después de la detención de la pequeña Vivica.

El señor Ling permaneció callado. Todo el mundo incurría en faltas de vez en cuando, y una persona de carácter inteligente incluso las reconocía.

—Algunas veces suelo mirar demasiado hasta el fondo del vaso —observó la señora Ninette eufemísticamente.

Si después de la sacudida sufrida tras el arresto de Vivica Wergeland no hubiera bebido tan neciamente, Vera no hubiera podido registrar jamás su escritorio.

—Ha corrido usted un gran peligro, señora.

El Señor Ling contemplaba a la gruesa europea que durante años había estado actuando en una situación muy arriesgada, y se inclinó ceremoniosamente.

—Pero usted ha ganado, señora —añadió amablemente—. ¡Mil años de felicidad para usted y para la China independiente!

Éste era el usual saludo de los que trabajaban para Chungking, pero para Nina Ivanovna en esta frase se encerraba mucha ironía. Ciertamente había aplastado ya a la serpiente que se había alimentado copiosamente en su propio seno. Ella no había puesto sus cartas boca arriba, ni tampoco había dicho que «Cara de zorra» era un influyente chino de Shanghái, que había levantado un imponente tinglado contra el Japón. ¿Cómo hubiera podido tener tantas relaciones como un famoso financiero de Shanghái una rusa blanca sin patria? El poderoso chino conocía a pobres y ricos, a europeos, chinos y japoneses. Hacía muchos años que conocía también a Nina Ivanovna, al barón Matsubara, al barón de Zabelsdorf y a la familia Wergeland.

Los «mil años de felicidad» se abrían ante los ojos interiores de Nina Ivanovna: había tenido que liquidar a su compañera de muchos años. Ahora se encontraba sola en el extranjero, tan sola como la joven Vivica, ese pajarillo bello y descuidado, en su celda del *Kempetai* en Shanghái; tan sola como Astrid en la misma cárcel, tan sola como Helene Wergeland en el norte de Siam, y como Pierre de Maury tras el telón de lluvias del Laos francés. La guerra la había apartado con violencia de todo cuanto la rodeaba.

Por la noche, la señora Ninette despertó de un sueño intranquilo. La lluvia del monzón golpeaba monótonamente contra los postigos de la villa. Nina Ivanovna abrió sus párpados tumefactos a causa de las fuertes tabletas ingeridas y miró a su alrededor perpleja y soñolienta.

—¡Vera!, —gritó roncamente—. ¿Dónde estás, palmita mía? ¡Ven con tu anciana Ninotschka! ¡Ven, que te voy a hacer un poco de té fresco!

Cuando finalmente estuvo completamente despierta, un torrente de lágrimas comenzó a deslizarse sobre su rostro de payaso despintado y desagradable. Gimió y se santiguó presa de gran espanto. Esa soledad tan profunda le pesaba tanto como un saco de arroz sobre el pecho. Se levantó del lecho tambaleándose, destrozó el mosquitero echó un trago de vodka. Se miró incrédula en el espejo del lavabo. ¿Estaba realmente tan sola, tan triste, tan vieja? ¿Había conseguido una victoria tan

deplorable? Sus rizos optimistas se hallaban encima de la mesita de noche. Murmuró una imprecación rusa, los arrojó al suelo y los pisoteó. Luego volvió a recogerlos del suelo y los cepilló arrepentida, en tanto las lágrimas grababan profundos surcos sobre sus grasas mejillas y mientras su mandíbula inferior no cesaba de temblar. Volvió desconsolada al lecho. Era una vieja y solitaria zorra bajo las órdenes de otras zorras.

«La liebre ha muerto y la zorra la llora», decía un viejo proverbio de los campesinos chinos. Así le ocurría a Nina Ivanovna en las horas de su triunfo sobre la liebre que había querido medir sus fuerzas con la zorra.

A la mañana siguiente la señora Ninette volvió a alborotar y charlar como de costumbre con sus clientes en el salón de belleza. Su aspecto también era normal, aunque quizá su rostro aparecía un poco más hinchado, como si hubiera vuelto a beber en abundancia. Pocos minutos antes de la hora de cerrar apareció la Krylovna, que después de la reunión social en la villa había estado informando durante meses a Vera Leskaja con noticias falsas. Todo eso lo había hecho por encargo de la señora Ninette.

—Ha trabajado muy bien, Katharina —dijo la señora Ninette—. Estamos muy contentos de usted.

Se dirigió torpemente a su despacho, donde se hallaban el samovar, el té y los cigarrillos de opio, y extendió un cheque. La Krylovna estaba de pie tímidamente, sin moverse de su sitio.

—¿Y bien? —preguntó la señora Ninette con impaciencia—. ¿Qué más desea?

—¡Estoy fatigada de la caminata, Nina Ivanovna! ¿No vamos a tomar una tacita de té las dos juntas?

La señora Ninette la contempló fijamente.

—¿Qué dice? ¿Usted quiere *tomarr* té conmigo?

—¿Pero quién se ha creído usted que es, Nina Ivanovna? ¿Acaso se imagina que es el emperador del Japón y que no se puede tomar el té con usted?

La señora Ninette cogió su pesado bolso y lo arrojó a aquella raída y escuálida agente, con estúpidas melenas y tacones excesivamente altos.

—¡Fuera de aquí! —gritó excitada—. ¿Cómo puede atreverse a venir a mi lado, a mi habitación?

Respiraba con suma dificultad y de pronto se dio cuenta de que se encontraba ya sola. La Krylovna había salido de la estancia al ver acercarse hada ella aquellos ojos inyectados en sangre y aquella-poderosa figura tambaleante que todavía conservaba sus fuerzas de campesina rusa.

Nina Ivanovna se hundió extenuada en su sillón. Un sudor frío bañaba su rostro.

—¡Tomemos el té! En *nuestrrra* habitación —dijo, jadeante—. ¿Has oído, Leskaja?

Capítulo VI

ASTRID Y VIVICA

Al día siguiente al del entierro de Vera Leskaja, Astrid volvió a ser interrogada por el coronel Saito. Era el quinto interrogatorio después de su detención, y fue tan estéril como un campo de arroz seco. Astrid no sabía dónde estaba Pierre de Maury, y el coronel Saito quería de todos modos que ella se lo confesase. Ésta era una de las situaciones fundamentales en el tétrico drama de los interrogatorios políticos, y el que preguntaba cuidada de no tener jamás bastante imaginación para creer en los casos extraordinarios: la inocencia de los arrestados. En la declaración de Astrid, que correspondía a los hechos reales, constaba que la joven había acusado a Pierre de Maury en un acceso de celos. El coronel Saito sonrió con ayuda de sus tres dientes delanteros, golpeó con el puño en la mesa, y al hacer esto rompió los lentes de Astrid, que la muchacha se quitaba siempre en los interrogatorios, pues no deseaba ver tan detalladamente al coronel Saito. Éste fue el único favor que el coronel Saito hizo a la «detenida Clermont». Astrid tenía que acostumbrarse de nuevo a contemplar sin gafas el mundo que la rodeaba. Aunque en verdad eran gafas sólo para leer, y ahora Astrid no poseía nada que leer en su celda: estaba sola con sus pensamientos. Puesto que no le sucedía nada nuevo, se entretenía con sus recuerdos. Permanecía sentada, rígida e inmóvil, en el pequeño taburete chino y pensaba en su niñez en Shanghái, en su promesa matrimonial bajo la lluvia de bombas y en el final en Angkor.

Nadie hubiera dicho que en Astrid podía descubrirse aquella actitud de abandono, aquel ligero aire de trastorno y desorden de Vivica y que tan irresistiblemente habían cautivado al mayor Matsubara durante toda una noche; ¡estaba ya tan harto el mayor de las geishas excesivamente adornadas! Astrid pasaba el tiempo sentada serenamente y ensimismada en su taburete, y en esa posición de duquesa olvidada por todo el mundo recibía a sus invitados de tiempos pasados: papá, su ama Yumei, tía Helene, Mai-Jin, el pájaro rabilargo, la vanamente apreciada compañera de juegos en el pensionado de muchachas de Lausana, la sonriente Vivica y Pierre, que bajo la lluvia de bombas de Shanghái le había regalado su corazón y que luego se lo había vuelto a arrebatar en el ruinoso paisaje de Angkor.

En la tranquilidad de la celda, que acallaba los afanes de los sentidos y que ofrecía amplia expansión al alma, Astrid, por vez primera en su vida, reflexionaba objetivamente sobre sus trágicas relaciones con Pierre de Maury. Y, mientras permanecía sentada en su taburete, tranquila y rígida, reconocía que su manera de amar había sido falsa. Siempre había pensado ante todo en, lo que ella deseaba de Pierre, pero en cambio muy raras veces en lo que él necesitaba y en qué deseos podían satisfacerle. La dicha residía sólo en dar, no en recibir. Esto se lo decía el

ejemplo de sus dos amigas silesianas de Shanghái: Hanna Chou y Anna von Zabelsdorf querían a sus maridos tal como era debido: daban sin cesar, consolaban, e incluso procuraban un oasis allí donde todo era desolación. Todo hombre era un viajero incansable en la superficie de la tierra; toda mujer tenía el deber de proporcionarle tranquilidad y consuelo. Ella despreciaba el caminar, las aventuras, el peligro que en nuestro siglo ponía en riesgo la seguridad del nido.

Astrid sospechaba que no había sabido comprender a Pierre como era preciso. No había sabido abrir los ojos de su existencia interior. ¡Si algún hombre había necesitado un oasis, éste era Pierre, extraviado en el desierto de la política! Lo que anteriormente Astrid no había acertado a comprender nunca, el secreto que siempre había guardado él en lo más recóndito de su alma, mientras el Japón victorioso ejercía su soberanía en Indochina, era su trágica sujeción a la propia patria que amenazaba ruina, a aquella patria que había abandonado a este joven pionero de la cultura en el peligroso y acosador remolino de la política asiática. En Angkor Vat, cuando el mayor Matsubara y el coronel Saito le hicieron preguntas sobre la secta de los *caodaístas*, ella había sido igualmente ciega y sorda. Lo único que quería era recibir besos y oír de labios de su enamora lo la fecha de la boda. Ella no comprendía que la política se lo había comido vivo.

En la noche del bombardeo en Shanghái, Pierre le entregó como prenda su corazón, un corazón masculino francés, escéptico, poco sentimental y que siempre pertenecería, por lo menos en su mitad, a las inquietudes y desvelos por Francia. Pero esto, que él había entregado por iniciativa propia, no satisfizo a la muchacha. Siempre lo había querido todo o nada y por eso lo había perdido todo. No, por lo menos había ganado algo: ¡comprensión! Y aun cuando la comprensión es la hierba amarga del amor que crece en los parterres marchitos y secos, también es el complemento consolador y purificador que inflama como en un fuego de otoño los rastros del amor propio en el campo del alma. Astrid ya no se sentía infeliz mientras permanecía sentada en su celda, cuya tranquilidad sólo era alterada por alguna compañera de prisión. Su desatinado apasionamiento y su amargura se derretían en el sol de un nuevo sentimiento amoroso que comprendía a todos los Wergeland, a Mailin, a sus amigos alemanes de Shanghái y a su antiguo amado. Diariamente oraba para recuperar las fuerzas que conducían al amor verdadero y por la vida de Vivica. La desgraciada suerte de Vivica le atormentaba el alma. Sólo la misericordia de Dios podía ser su ayuda. Astrid se sentía de nuevo completamente vacía cuando imploraba por Vivica; pero era sólo el vacío de un corazón contrito que dejaba sitio franco a Dios y al prójimo.

Así, pues, Astrid se hallaba sentada tranquila y serena frente al coronel Saito el día siguiente al del entierro de Vera Leskaja. De nuevo volvió a aclarar que ella no sabía nada de *Cara de zorra*. El coronel Saito tamborileaba con sus diez dedos sobre la mesa escritorio de su oficina. Esto era una verdadera tortura para la muchacha, pero precisamente se trataba de eso. Sin embargo, el coronel repiqueteaba más

suavemente que de costumbre, puesto que en aquel mes de pulió, anterior a la caída del Japón su ánimo se hallaba sumamente fatigado. No había tenido ni una sola noticia de su familia y sentía inquietud por mil asuntos más. Y no obstante, ni siquiera un mes antes del ocaso del sol del Imperio podía ni quería creer tan tremenda realidad.

—¿Dónde está escondido *Cara de zorra*? —preguntó, atravesando la pared con su penetrante mirada. Mejor dicho, sólo con una «parte de su mirada», puesto que una de sus argucias era observar con el rabillo del ojo a los detenidos que se creían inobservados.

En ese momento, Astrid tuvo una inspiración:

—Yo creo que *Cara de zorra* no existe, señor coronel.

—¿Por qué cree usted eso, señorita?

El traductor japonés aguzó los oídos y la estilográfica. Los «*narices largas*» eran un saco lleno de artimañas.

—Desde niña he vivido entre chinos —contestó Astrid, que sabía que el coronel Saito no podía decir lo mismo—. J A los chinos les gustan mucho los juegos de palabras j y el juego al escondite. En Shanghái, a menudo, mi aya me hablaba de caras de zorras, pero cuando yo quería verlas, me decía sonriente que todo se lo había imaginado ella. Por eso creo yo que el grupo de espionaje Sun se ha inventado el agente *Cara de zorra* para desconcertarles a ustedes.

El coronel Saito había dejado de repicar con sus dedos. Miraba frente a él, inmóvil, sin expresión, mientras el traductor reproducía el contenido de la declaración de la nariz larga. Después de cada frase ejecutaba una reverencia que hacía perder no poco tiempo y que irritaba en extremo a Astrid. Pero en el Asia ocupada no faltaba el tiempo, aun cuando por otra parte corría con la velocidad de un hipopótamo rabioso.

—¿Cree usted en realidad la tontería que acaba de decir? ¿O es que ha ideado esa treta para que la pongamos en libertad?

El coronel se expresaba de un modo que se prestaban a confusión, pero el traductor repetía de modo que Astrid pudiese comprender. Hacía una inclinación y tosía discretamente: los «*narices largas*» poseían un lenguaje muy primitivo.

—No me lo he inventado —respondió Astrid ofendida—. Nunca se me ha ocurrido inventar nada.

El coronel Saito la miró desconfiado; sus palabras sonaban a verdad. Quizá lo eran; pero su mente sencilla y burda no quería admitir esta probabilidad. El mayor Matsubara hubiera sabido inmediatamente si en estas palabras se encerraba la verdad. Pero no era esperado en Shanghái hasta dentro de una semana.

—¿Qué hace mi hermana? —inquirió Astrid de pronto.

El coronel Saito la miró fijamente sin decir una palabra. Era él quien debía preguntar. Y aun cuando está detenida era también hija de la Iglesia —por ello la trataba con cierta consideración, empleando siempre el método del cordero, incluso cuando había roto las gafas de Astrid— le parecía demasiado tolerar preguntas por

parte de una arrestada.

—¡Qué se la lleven! —rugió, volviendo a dar un enorme puñetazo sobre la mesa.

Las mujeres occidentales hablaban demasiado; ¡no tenían bastante con ningún castigo!

Por el espacio de unos segundos pensó en la señora Saito, que siempre estaba tan sosegada como un estanque al despuntar el día. Ella comprendía sus honorables pensamientos y contestaba con un murmullo o sirviéndole de rodillas uno de sus platos favoritos. El coronel Saito miraba hacia afuera a través de la ventana de la oficina del *Kempetai*. En ese momento cruzaba por delante *Cara de zorra* en su coche americano pasado de moda. Y con el coche americano pasado de moda se le escurrió al japonés la última posibilidad de descifrar aquel enigma.

El coronel Saito no podía dar caza a *Cara de zorra*, porque éste no se escondía al *Kempetai*. Diariamente corría por Shanghái a la vista de todo el mundo. Frecuentaba las casas de las personas libres, comía el arroz que confería la valentía ante la muerte y «compartía sus opiniones con el pueblo», tal como había recomendado Menzius. Con estoicismo chino contemplaba cómo sus agentes luchaban y caían, tal como lo quería el destino, pero se mantenía intacta la red que hacía tres años tendió entre Shanghái, Bangkok y Saigón, incluso hasta en las estaciones de radio hindúes. La había tejido un chino, y era elástica e indestructible.

Cuando Nina Ivanovna le propuso enviar a la joven Vivica, sin que ella lo supiera, a Indochina como correo diplomático, él movió la cabeza; un pececillo femenino cae con demasiada facilidad en las mallas de la gran red, y además, él conocía a los Wergeland desde hacía años. Como se opuso tenazmente, la señora Ninette tomó por su cuenta a Vivica, cuyos deseos de aventura ya olfateaba. La señorita podía «coleccionar caras» en Saigón. Finalmente *Cara de zorra* dio su consentimiento: el asunto de la libertad nacional china se había hecho más importante que la joven extranjera, que contaba con muchas cualidades innatas. Pero luego algo salió mal: Vivica había sido detenida. Los japoneses o sus agentes la habían descubierto. La red de Chungking se mantenía firme, pero un pececillo se había escurrido hacia la orilla arenosa y ahora respiraba con dificultad. El pececillo femenino no había sido capaz de vivir bajo el agua; no había sido educada como las mujeres chinas, con las normas tradicionales de la discreción. Era una lástima, pues se trataba de un pececillo y radiante.

El coche americano de *Cara de zorra*, conocido por todos los banqueros y *coolies* de Shanghái, se detuvo ante una calle lateral de Chapen. El distinguido chino, de mediana edad, descendió del vehículo y se dirigió a pie al taller de un sastre. La mujer del sastre apareció a toda prisa, hizo una profunda reverencia y sirvió té verde en unas tazas sin asa. Era la hermana mayor de Yumei, la difunta criada de la familia Wergeland. *Cara de zorra* tomó asiento en un taburete en la oscura habitación trasera y preguntó escuetamente:

—¿Se sabe algo de la «hermana tercera»?

La hermana de Yumei comenzó a llorar. Hacía tiempo que conocía a Astrid y a Vivica y también a la señorita Wergeland. El gran señor aguardaba pacientemente: las mujeres tenían tantas lágrimas como agua llevaba el río Whangpoo; pero las lágrimas de las mujeres eran limpias.

—¿Está muerta? —murmuró—. Si es así, no sufra más; su espíritu se hallará revoloteando como una mariposa.

—¡No sabemos nada, señor! —La hermana mayor de Yumei secóse las lágrimas con la punta de su blusa azul de trabajo—. El agente 41 informó ayer que *Missie Vivica* no se encuentra ya en la cárcel ¡Quizá le hayan arrojado al río, señor! ¡O tal vez la hayan triturado con tenazas incandescentes!

La hermana mayor reemprendió ahora su llanto a rienda suelta; su fantasía china era excitada por las posibilidades más horribles.

—La buscaremos —dijo *Cara de zorra*, observando a la hermana de Yumei con benevolencia.

¡De una tina de añil no se podía sacar seda blanca! Dio el dinero para el té y abandonó la tienda. Ante un comercio de arroz se habían agrupado unas trabajadoras chinas que protestaban con acento dramático y chillón contra el aumento de precio del arroz. No parecían tener el más mínimo miedo al *Kempetai* Eran madres de familia, y por ello leonas.

Cara de zorra se dirigió frunciendo el ceño hacia «Wing-On», un gran bazar. Estaban en el «mes de loto» del año lunar chino, y por ello su mujer le había rogado comprase para el mayor de los hijos el dragón tradicional. Él había explicado a su hijo primogénito que el dragón chino era algo muy importante y benefactor, ya que era quien distribuía la lluvia en los miles de poblados arroceros de China. No quería que su hijo adquiriera la idea de su madre europea de que el dragón era un monstruo. Herbert Chou, el nieto de un caballero de Breslau y de un banquero chino, había sido educado como un chino auténtico. Tenía que residir en la China libre, que su padre Tso-ling estaba contribuyendo a consolidar. Hanna y sus tres hijos no poseían la más ligera sospecha de que Tso-ling, que había sacado a su mujer de un local nocturno para hacerla entrar en la familia más incluyente de Shanghái, fuese el gran tejedor de redes *Cara de zorra*, sobre el que los *coolies* y los honorables padres de la ciudad difundían diariamente nuevas leyendas. Tampoco la anciana madre de Tso-ling, que vivía en Great Western Road en las afueras de la gigantesca ciudad, sabía nada de la doble personalidad de su hijo mayor. Nadie sospechaba que Chou Tso-ling se hallaba tejiendo sin descanso la gran red desde hacía años, ni que vivía constantemente al borde del peligro, pues no todos los peces eran mudos, ni que la casa a la vieja moda situada detrás de Bubbling Well Road, que había heredado del viejo señor Hsin, el abuelo de Mailin Wergeland, se había convertido en una madriguera encubierta por la vida de familia. Chou Tso-ling, el señor de la casa, no era más que un huésped privado en el pabellón de los pájaros. Mantenía al lobo a distancia de la fachada de su casa, pero no sabía si entretanto el feroz animal se había introducido a hurtadillas por

la puerta trasera. Su encuentro con la familia Wergeland le había puesto bajo los auspicios de una estrella turbia; pero el «encuentro no es siempre sino el comienzo de la separación, decía un proverbio budista...

No, las mujeres de la casa Chou no sabían nada de la doble personalidad de Tso-ling. Y así era mejor, pensaba él mientras se dirigía hacia Bubbling Well Road a través de las calles de la ciudad crepuscular, sosteniendo en sus rodillas el dragón de Herbert. La política era un océano en el que debía ahogarse una rana. El peligro y la muerte eran un asunto personal. Las mujeres y las muchachas se estrellaban en él como Vivica Wergeland. Estaban demasiado íntimamente ligadas a la vida; la servían en todo tiempo: en la primavera y en el invierno, en las épocas de abundancia y en las de escasez, en la paz y en la guerra... Eran enemigas declaradas de todo lo que podía poner en peligro la vida de sus esposos y de sus hijos. Incluso la libertad de China, que ellas mismas tanto esperaban, les parecía menos importante que la falta de algunos de sus pajaritos caídos en las mallas de la red. En este aspecto su Hanna pensaba exactamente igual que la anciana señora Chou. (Por otra parte absolutamente igual también que la bondadosa y reposada señora Saito, residente en Urakami, el arrabal de la ciudad de Nagasaki).

Hanna estaba sentada en el pabellón de los pájaros, junto con sus dos hijos pequeños, cuando apareció Tso-ling.

—Pareces muy cansado, querido —dijo—. ¿Tienes alguna noticia de Astrid y Vivica?

—No, por desgracia. ¿No puedo tomar el té todavía, Hanna? Es muy tarde ya.

Hanna dio una palmada y *Ganso leal*, que ya había prestado sus servicios al anciano señor Hsin, apareció andando como un pato y trayendo el servicio de té, acompañada de dos jóvenes sirvientas.

—Recoge las cosas de la *Tai-tai*^[73] y de los niños —ordenó Chou Tso-ling a la anciana—. Prepara también tus cosas: vas a acompañar a la señora y a los hijos.

Ganso leal hizo una reverencia sin decir una palabra. Estaba muy asombrada, pero en su apergaminado rostro no se movió un solo músculo.

—Mañana por la mañana, a primera hora, os llevaré a vosotros y a mamá a Soochow, a la casa de campo —explicó Tso-ling a la sorprendida Hanna—. Por favor, no me preguntes nada, querida. Vuestra seguridad peligrará en Shanghái.

—¿Y estarás tú aquí, Tso-ling?

De pronto Hanna había sentido fuertes palpitations. Tso-ling le acarició amoroso su resplandeciente y hermosa cabellera.

—No lo sé, Hanna. Pero ante todo debo llevaros a lugar seguro.

—¡Pero si aquí somos tan felices!

Unas lágrimas afluyeron a los maravillosos ojos oscuros de Hanna, en los que el sol de la felicidad conyugal jamás había conseguido extinguir completamente el sentimiento del dolor por el infortunio de su pueblo.

—¡No llores, querida! —Tso-ling la besó cariñosamente—. Un hombre que

estima un poco su felicidad, la esconde.

—¡Esta terrible guerra!; Temo por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—No lo sé. Ahora apenas te veo nunca. Y a menudo me pareces deprimido. ¿No quieres decirme...?

—No, Hanna —le interrumpió Tso-ling—. Todo está en orden.

Su rostro encerraba un enigma oculto que nunca podré descubrir el amor.

—Corren demasiados rumores por la ciudad —dijo Hanna vacilante—. Hacen referencia a ti.

El señor Chou rió con satisfacción.

—Cuanto mayor es la ciudad, más largas son también las lenguas. Pon algodón en tus oídos cuando oigas decir todas esas tonterías, querida.

Hanna acarició la delicada y fina mano de su esposo que sostenía la taza sin asa. Su sutil sensibilidad le hizo comprender que no debía seguir la conversación. Sabía que su amiga Anna von Zabelsdorf en una situación parecida hubiera estado hablando durante horas con Ernstel; pero ella, Hanna, era la esposa de un chino. Por consiguiente, existía una delicada frontera que jamás podría atravesar.

—Iré a preparar mis maletas, Tso-ling —dijo tiernamente.

—Sólo quiero velar vuestro sueño —murmuró Tso-ling contemplándola con mirada dolorosa.

Ésta era la frase china con que se expresaba el más sublime amor paterno y conyugal. Miró pensativo a Hanna mientras ésta se dirigía lentamente a la casa: una mujer vital, hermosa y elegante, madre de tres hijos. Ella era quien había deparado a la familia Chou mil horas felices, Permaneció sentado completamente inmóvil durante un rato. Sus pensamientos le acosaban tras su ancha e inteligente frente. Sabía que era algo muy peligroso montar sobre un tigre. Era jinete de la China libre. Por lo menos, él era de esta opinión, como miles de otros chinos fieles al generalísimo Chiang Kai-Chek. Representaban el núcleo de resistencia contra el dominio del Japón en China. El generalísimo se encontraba en el lugar más prominente y delantero del escenario. Chou Tso-ling cabalgaba en un segundo plano, jinete sobre un tigre. Y también sabía que todavía había algo más peligroso que cabalgar sobre un tigre a través de las calles de la ocupada Shanghái: apearse.

El señor Chou entró en la casa. En la habitación de Hanna se oían los estridentes gritos de una criatura china y la voz extraña de un muchacho chino. *Brazo derecho*, el criado del señor Von Zabelsdorf, había traído a *Missie* un mensaje de su amiga Anna. Hanna corrió presurosa hacia su esposo. Parecía como si alguien le hubiera quitado de Pronto un peso de encima.

—Astrid ha sido puesta en libertad, Tso-ling —exclamó, radiante—. ¡Vuelve a estar en casa de Ernstel y Annele! ¡Iré inmediatamente allí!

—No, no harás eso, te lo prohíbo —dijo el señor Chou Tso-ling con un tono de voz que Hanna no había escuchado nunca de labios de su cortés y sosegado esposo

—. No puedes dar ni un paso fuera de la casa, hasta que mañana nos marchemos a primera hora, al despuntar el día.

—¡Pero Tso-ling! ¿Qué va a pensar Astrid? Es amiga mía. Si el *Kempetai* la ha puesto en libertad...

—¡Enséñame la carta!

Hanna le tendió temblando la carta de Anna von Zabelsdorf, que *Brazo derecho* le había traído ocultándola en su cuerpo. Decía así:

En realidad, Astrid no puede abandonar Shanghái» pero todos estamos contentísimos y os esperamos esta noche a ti y a Tso-ling. Por desgracia todavía no sabemos, nada de Vivica. Ya haremos llegar estas noticias, a la señorita Wergeland a través de un amigo chino. ¡Hasta luego!

Vuestra Anna

El señor Chou dejó caer la carta al suelo. Ahora, le sabía mal haber hablado tan duramente a su esposa. Ella se lo había tomado con la misma gravedad que una esposa china. Había empalidecido y temblaba a causa del nerviosismo y el asombro. Jamás en su vida Bertel la había; tratado con semejante tono. Por el contrario, se lo hubiera pedido en muy buena forma y hubiera confiado en la sensatez de Hanna. Por ni lo uno ni lo otro se le podía ocurrir a un esposo chino, aún cuando reconociera el grado de inteligencia y la prudencia de su mujer. Ni el cursar estudios en el extranjero ni el matrimonio con una extranjera podían cambiar a un hombre chino, ni ahora ni dentro de mil años. Las mujeres chinas, a pesar de su emancipación progresiva, encontraban aún satisfacción en el servicio y j en la obediencia y su voluntad oprimida no podía desear nada más que esto.

Chou Tso-ling acompañó a Hanna al dormitorio y la 5 acostó en su cama como si fuese una criatura. En tiempos de paz la esposa era la madre del esposo; pero en tiempos de guerra era irremisiblemente la menor de las hijas. Hanna apoyó su cabeza en la almohada sollozando tiernamente.

—Perdóname, querida —susurró Tso-ling.

Fue a buscar al cuarto de baño, que él había instalado para Hanna al estilo occidental, una botella de medicina; y le ofreció en su vasito «la esencia de la larga vida» que tomaban todas las mujeres de la casa Chou cuando esperaban un niño. Hanna enrojeció débilmente cuando vio llegar a su esposo con la botella de cristal, puesto que aún no le había revelado el secreto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, tímida y feliz.

Todavía no había logrado desprenderse de ese aire de timidez en presencia de Chou Tso-ling. Ya desde un principio había sido demasiado fuerte y poderoso para ella; él la había sacado de la vida nocturna de Shanghái y la había devuelto a la luz del sol. Tso-ling, que más tarde habría de tener el mismo aspecto que el viejo señor Hsin, la había salvado y la había obsequiado con las primicias de su amor. Entretanto,

la timidez y el mudo agradecimiento no habían hecho más que profundizar el amor que existía entre ellos.

—¿Cómo lo sabes? —repitió Hanna, mirándole radiante.

—*Ganso leal...* —sonrió Tso-ling.

Hanna asintió con la cabeza y tomó la mano de su esposo para colocarla sobre su vientre, en el que ya se adivinaba el primer delicado abultamiento de la maternidad. Hacía tiempo ya que sabía de la singular confianza de que disfrutaba la sirvienta más antigua de la casa en relación con su señor, a quien había mecido en su infancia y le había servido de rodillas.

Chou Tso-ling permaneció sentado en el lecho de su mujer hasta muy entrada la noche velando su sueño. Fuera, ante las puertas de la antigua casa situada detrás de Bubbling Well Road, acechaba el tigre japonés.

La política y la libertad eran asuntos personales.

Una semana después de la evacuación de Hanna Chou, el barón Von Zabelsdorf recibió un mensaje privado de Chou Tso-ling, su buen amigo desde muchos años atrás, a quien en verdad hacía bastantes meses que no había vuelto a ver. Este pensamiento se le ocurrió cuando leyó la nota de Tso-ling. Desde que los Wergeland se vieron en aquel aprieto, Hanna iba siempre sola a su casa. Ahora Tso-ling le rogaba que acudiera a la sala de subastas del señor Han, enclavada en el viejo barrio chino, con el objeto de sostener una conversación entre amigos.

A las dos de la tarde reinaba gran animación en casa del señor Han, y como quiera que su comercio se encontraba en una mezquina callejuela, los coches no podían transitar siquiera. Era una subasta para entendidos en arte chino; al extranjero de piernas largas le llamaba mucho la atención la fiebre por las subastas y el amor a las porcelanas y jades que mantenía muy despierta la curiosidad de todos los presentes. La anciana señora Yüan, propietaria de una importante hilandería y accionista de una compañía de navegación, no era tan ingenua como para poner sus riquezas a la vista de todo el mundo. Precisamente a ella se dirigió ahora el señor Han. La anciana señora, que por su aspecto parecía una auténtica buhonera, contemplaba interesada un jarro perteneciente a la época Ming. Luchaba con discreción, pero con tenacidad, para conseguir las mejores piezas de esa subasta, en la que se vendían numerosos objetos de valor de primera y segunda categoría. Sólo había un japonés que, vestido de paisano, permanecía de pie en un rincón, demostrando poca afición al fascinante juego. Era el redactor jefe del «Periódico de la economía militar», (*Tairiku Yearbook*), que se editaba para la China central. El periódico y los consorcios económicos que tras él se escondían, apoyaban desde hacía años «la importación y distribución de los artículos japoneses» en la China central. El doctor Kyoshi era un conocedor de arte, de corta talla y de mirada melancólica, que no disponía de importantes medios económicos. Había acudido aquí para refrescar sus pensamientos ocultos con la vista

de las piezas de porcelana y jade.

Una joven china tiró suavemente de la manga del señor Von Zabelsdorf. Él comprendió. Esperó hasta que se puso al rojo vivo la emoción y la lucha por un artístico espejo de bronce y luego abandonó la sala de subastas precedido de la pequeña. Parecía realmente una cosa muy natural: abandonaba la subasta. El doctor Kyoshi se afectó tan poco como los otros, a pesar de que le conocía, naturalmente, por su cargo de director del Banco Alemán-Asiático.

A través de los cristales de sus gafas contemplaba atentamente el espejo de bronce de la provincia de Loyang. Para los japoneses, los espejos poseían una particular fuerza de atracción mística. No eran de la opinión de que el espejo fomentaba la presunción y vanidad del que en él se miraba, sino que, por el contrario, facilitaba el examen del alma. Un espejo y *makoto*^[74] eran una misma cosa. Furtivamente, el doctor Kyoshi contó su dinero efectivo... ¡no había esperanza!

Ernest August von Zabelsdorf saludó a su amigo Chou Tso-ling, quien respondió con una reverencia ceremoniosa. Pero lo que el señor Chou quería proponerle no era una cosa puramente convencional. Rogó a Ernst August von Zabelsdorf que hoy mismo trasladara a su mujer y a sus hijos a la casa de campo que los Chou tenían en Soochow, pues dentro de las próximas semanas o meses Shanghái no sería una ciudad a propósito para niños y mujeres.

Zabelsdorf estaba completamente pálido; sus ojos observaban al bondadoso amigo de su familia con asombro casi increíble. La mirada de Tso-ling permaneció casi todo el tiempo fija en la manga vacía de su amigo: Ernst había sacado de una casa en llamas a un muchacho chino de ocho años y luego se había cargado sobre sus brazos a la madre.

—Eso no puede ser, Tso-ling —añadió Ernst August a su ronco y lacónico agradecimiento—. Nosotros los alemanes somos un pueblo proscrito. Anna y los niños podrían significar un peligro para ustedes.

Por unos momentos reinó silencio en la pequeña y oscura estancia, en una de cuyas paredes un antiguo tapiz de seda sugería paz y seguridad. Luego el señor Chou dijo:

—Todo está dispuesto, amigo.

En su rostro no había una sola traza de expresión.

—¡Anna no querrá marchar!

—Eso no significa nada, Ernst —repuso Chou suavemente.

En su grave semblante con ojos pesarosos y enérgicos apareció y desapareció rápidamente una fugitiva sonrisa.

—Tampoco Hanna deseaba partir, pero, naturalmente, se ha ido ya con los niños. Mi chófer pasará a recogerles en su casa a las cinco de la tarde. Mi madre se alegrará mucho de la presencia de su esposa.

Se levantó y contempló con muda simpatía al alemán de largas piernas. Ernst August reprimió el impulso de estrechar la mano de su amigo. Los chinos no tenían

esta costumbre.

—Su país se recuperará en la paz —dijo el señor Chou—. ¡Nosotros seremos siempre buenos amigos, Ernst!

El señor Von Zabelsdorf manifestó que en Alemania pronto se oirían el llanto y el crujir de dientes.

—Nuestra situación es irónica, Tso-ling —murmuró—. En donde hay porcelana que romper, allí estamos nosotros los primeros. ¡Es nuestra ruina!

Chou Tso-ling tenía para el humor de los berlineses exactamente la misma poca inteligencia que para el concepto del deber de los japoneses. ¿Por qué Ernst se esforzaba tanto en ser pesimista? Pero observó sus agudos ojos, la nariz atrevida, una pizca de impaciencia y sufrimiento en los rasgos de su amigo alemán. Y de pronto, se le ocurrió una sospecha: ese procedimiento de Ernst de bromear con los asuntos más delicados era quizás un rasgo de nobleza, un rasgo de resignada sabiduría y una expresión de profundo sentimiento que no afloraba a la superficie. Su humor provenía de un buen manantial, así como él procedía de una buena familia. Tso-ling superó su aversión china por las efusiones de emoción y estrechó la mano de su amigo.

—Todavía tengo que decirle algo más, Ernest. Hanna me ha dicho que Astrid volverá a estar hoy en su casa; ¿me equivoco?

No; Tso-ling no se equivocaba. La rígida estaca se hallaba de nuevo con ellos y se divertía a menudo con la niña Krümel y Kasperle. Entonces, ¿tenía que ir ella también a Soochow o no?

Pero el señor Chou consideraba oportuna la presencia de Astrid en Shanghái, puesto que no podía abandonar la ciudad. El señor Von Zabelsdorf se rascó la cabeza y aseguró que ya se entendería con la señorita Astrid. Cierto que a la muchacha cada palabra parecía costarle siempre un dólar, y no era porque él fuese «lacónico». Ella no gritaba nunca, ni tenía mal talante, y siempre iba atildada. Si se la conocía bien, incluso resultaba agradable. Todo esto lo había podido deducir el propio Ernst August. Krümel corría siempre tras ella y Kasperle gritaba de entusiasmo cuando le sostenía entre sus brazos, ya que sus padres tenían fuerza, ni ganas ni tiempo para hacerlo. No, no; a Astrid no se le podía reprochar nada... Pero ¿era correcto que ella, una joven y elegante dama de veinticinco años, permaneciera sola en una residencia con el señor de la casa? ¿Qué diría a esto tía Helene? El señor Von Zabelsdorf, que sentía un gran respeto por la «tía generala», reflexionaba. Pero luego el señor Chou dijo que lo tenía todo arreglado en lo concerniente a Astrid. Ernst podía marcharse ahora a casa y ordenar a las señoras que preparasen los equipajes. Astrid sería conducida a Chapei, a casa de la hermana de su antigua niñera. La había visitado ya durante su niñez en Shanghái y «la hermana mayor» de Yumei. Esperaba siempre la visita de la joven *Missie*. Al igual que la difunta Yumei, constantemente estaba pendiente de todos los que se llamasen Wergeland. Y Astrid hablaba el chino corrientemente.

El señor Von Zabelsdorf contuvo la respiración un instante. Tso-ling, el agua

tranquila, al parecer lo había planeado y dispuesto todo en sus más pequeños pormenores. Parecía ser aun más vivo que un berlinés, a pesar de que eso era difícil de imaginar.

El señor Chou sonrió con satisfacción. Emest era muy juicioso; no podía esperar menos de él. Quizás incluso tenía miedo de que Astrid pudiera ir a vivir a casa de alguna familia alemana, puesto que, luego, los aliados, una vez terminada la guerra, hubieran podido detenerla como sospechosa de ser amiga del Eje. En realidad, el berlinés, que había perdido todas sus ilusiones, lo veía todo con perfecta claridad, pero no lo expresaba. Sabía que un hombre que se aprecia en algo, mantiene cerrada la boca.

—La señorita Astrid siente gran inquietud por su hermana —observó, y luego prosiguió con prudencia—: ¿No podríamos averiguar algo, Tso-ling? ¿Acaso sigue la pequeña todavía en la misma prisión?

—Que le vaya a usted bien, Emest —dijo el señor Chou Tso-ling, aparentando no haber oído nada.

Naturalmente, sabía dónde estaba Vivica. Uno de sus agentes se había enterado. Sus agentes revoloteaban como mariposas —pero no inocentes— por toda la gigantesca ciudad del río Whangpoo.

—El mundo parece una partida de ajedrez cuya situación cambia a cada jugada —musitó—. ¡Le deseo a usted mil años de felicidad, Emest! ¡El que tiene un hijo es un hombre digno de envidia!

El señor Chou hizo una reverencia. Poseía la genial cualidad chino de saber cortar una conversación con exquisita cortesía.

La entrevista entre el señor Chou y el señor Von Zabelsdorf tuvo lugar exactamente doce días antes de que se produjera la explosión de la bomba atómica sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Cuando aquel día del mes de julio de 1945 el señor Chou sacó de Shanghái a la mujer e hijos de su amigo, sabía perfectamente que tenía que darse Prisa en hacerlo. Astrid recibió aviso de quedarse en la casa de Chapei. «La hermana mayor» escondía también al señor Chou para mayor seguridad. Hasta que el *Kempetai* no diera con su nueva residencia, existiría —por lo menos así lo esperaba Tso-ling— una China libre y victoriosa.

El mundo era como una partida de ajedrez y en aquellos días su situación cambiaba verdaderamente a cada jugada. Si Vivica podía resistir todavía un poco más, también sería salvada al fin. Pero en el lugar donde estaba la muchacha no se leía ningún periódico extranjero ni tampoco se oía ninguna emisora extranjera. A juzgar por lo que decían los aliados, la muerte se cernía sobre el Japón.

Por el momento, Vivica se hallaba en una casa japonesa en Shanghái. Su espíritu peregrinaba por regiones invisibles, ¡No sospechaba lo cerca que se encontraba la libertad. Era una lástima pero no había otro remedio.

Vivica permanecía con los ojos cerrados en una habitación vacía y limpia. En tal aposento no había más que una silla de mimbre y un Jarro con flores. Y una cama al estilo occidental para la muchacha.

No quena abrir los ojos. Se sentía tan extenuada como un niño que, por equivocación o por curiosidad, ha jugado a la pelota con el globo que representa la tierra.

De vez en cuando penetraba en la vacía y limpia habitación una japonesita; era Aki-ko, que cuidaba y vigilaba a la extranjera. No debía escaparse, porque si así lo hiciera el mayor Matsubara se pondría hecho una fiera. Tenía que permanecer en esa alcoba quieta, soñando y hablando consigo misma, hermosa como una gaviota sobre olas oscuras, las olas de la pasión.

De vez en cuando aparecía el mayor Matsubara y miraba fijamente a Vivica. Algunas veces, antes de que apareciera, lanzaba un grito tan estridente que actuaba como una inyección soporífera, y por ello la muchacha caía dormida como un leño. Entonces el mayor Matsubara se inclinaba ante ese cuerpo inerte y lo adoraba durante unos segundos con un fervor desesperado. Luego llamaba a Aki-ko o al doctor Yamato, que con suma delicadeza había conseguido librar del *Kempetai* a esa víctima y que luego la había trasladado a su clínica. ¡Ni el mismo mayor había logrado sacar información alguna de esa criatura loca! En cierta ocasión Vivica había abierto los ojos mientras el mayor la observaba fijamente con su ferviente mirada; pero sus ojos de martín pescador no habían dado la menor señal de haberle reconocido, sino que más bien parecían hallarse fijos en un abismo lejano.

Ocasionalmente, Vivica despertaba del sopor en que había caído después de la cena en «Los Crisantemos Blancos». El amable doctor Yamato y su esposa cuidaban de ella con abnegada paciencia, pero no hacían nada para avivar su espíritu. Sabían que luego, el mayor volvería a someterla a interrogatorio. En la santa misa rogaban por aquella extranjera joven y conturbada, pero no sabían de ella sino que era la hermana de la señorita Astrid-Thérèse.

Tampoco podían distinguir cuándo el espíritu de Vivica peregrinaba por regiones inaccesibles, cuándo conversaba con el fantástico Halvard, que la había acompañado desde la cárcel a esta hermosa y tranquila habitación, ni cuándo estaba en sus cabales y completamente consciente. Esto no lo sabía nadie. Ya en tiempos normales nadie sabía nunca exactamente cuál era el estado en que se encontraba Vivica. De momento se hallaba fuera de peligro aquella pequeña Afrodita fantástica, pero sin embargo también la acosaba el peligro en cierto modo.

A su manera, Vivica se sentía realmente feliz al lado del buen doctor Yamato y de su benévola esposa. El desvanecimiento de una realidad que ya no hubiera podido resistir más, había obrado en ella el mismo benéfico efecto que la desaparición de la vida para su madre Borghild cuando, en su tiempo, el cónsul Wergeland quiso

recluirla en un lujoso manicomio. Pero con una diferencia: Borghild había conservado hasta el último momento su violín, un palpable instrumento de magia. Vivica sólo tenía ahora a Halvard, el pequeño compañero imaginario, que siempre se escondía cuando llegaba el mayor. Halvard era uno de los minúsculos espíritus del día de los niños de Noruega; era alegre e informal, y sabía cantar. Vivica le escuchaba con frecuencia mientras permanecía con los ojos cerrados. Ya no se acordaba de nadie, ni de la tía Helene, ni de Astrid, ni del «tío Pierre», ni tampoco de la alegre y gruesa señora Ninette del salón de belleza de Bangkok.

Un día, la señora Yamato colocó en el nicho de la pared un letrero: un *haikku*, una de aquellas perlas de la poesía que Astrid juzgó absurdas cuando las oyó de labios del mayor Matsubara en Shanghái:

*Cuando los hombres regresen a casa
después de los fuegos artificiales
¡cuánta oscuridad!*

La señora Yamato aclaró tímidamente en inglés:

¡Qué *haikkus*, Miss! A nosotras nos gustan mucho los *haikkus*. Si los bellos pensamientos son tristes, entonces lloramos.

La encantadora señora Yamato poseía la desconcertante costumbre japonesa de hablar de sí misma en plural por razones de modestia. Sólo ocasionalmente el señor de la casa hablaba de sí mismo en la primera persona del singular.

Vivica apartó la vista de la pared y cerró los ojos. ¡Qué oscuridad después de los fuegos artificiales!

Por la tarde, de pronto lanzó un grito como en los días de las peores alteraciones de su ánimo, cuando el pequeño J doctor Yamato, lleno de compasión, la recogió de la celda para trasladarla a su limpio y luminoso hogar. Su viejo amigo, el coronel Joseph Saito, había convencido claramente al mayor Matsubara de que una persona que recibía la visita de los espíritus no podía ser atormentada y que tampoco podía revelar nada interesante. Pero con frecuencia el mayor acudía a la casa para comprobar los progresos de la arrestada. Por lo menos eso era lo que suponían el doctor Yamato y su mujer, pues de lo contrario, ¿qué motivos podía tener aquel temible oficial para observar con su ardiente mirada a la detenida número 83?

Vivica gritó con voz aguda y extraña y preguntó por tal Halvard, a quien el doctor Yamato no conocía. ¿Quiz era el enamorado o el novio de la enferma? Vivica se lamentaba... De súbito apareció en la tranquila y apacible habitación un ser fabuloso, medio pájaro, medio persona. Poseía un semblante dorado con las cuencas de los ojos en incandescencia, un pico de hierro y ocho espadas sobre su cabeza cubierta con la gorra militar. Su descomunal vientre estaba cubierto de plumas metálicas verdes y ahora volaba en dirección a Vivica con siniestro aire de amena. El espíritu fabuloso iba a caer sobre ella. Ya sentía en su cuerpo el pico de hierro y el fuego que despedían

las cuencas de sus ojos. Ella gritaba con estridencia, pero aquel fabuloso simplemente se limitó a decir en elegante francés: «¡Morir es algo demasiado hermoso para usted, señorita! ¡Tiene que vivir y lamentar su existencia a cada minuto!»;

El doctor Yamato aplicó una inyección a Vivica y dijo:

—Todo va mejor, mayor. Debe haber sufrido otra pesadilla.

La oscuridad después de los fuegos artificiales era impresionante. La morfina había expulsado al pájaro fabuloso o bien le había despojado de sus plumas de metal y de su fuego. Se veían sombras en la habitación. El mundo exterior se resolvía en tonalidades y colores. Vivica se halla sentada en un prado, pero a su alrededor no había más que cenizas y ruinas y en la lejanía se divisaba un bar iluminado. Aquello debía ser Saigón. Allí le había quitado un hombre a su hermana Astrid... sólo para hacer un poco broma. En los bordes del prado se deslizaban rápidas sombras con rostros envejecidos; sus vestidos estaban cubierto de cenizas y de sangre. Únicamente Vivica había sido arra cada a la miseria del mundo. (¿Acaso sonreiría como Afrodita, atractiva, ingenua pero seductora, y un tanto vacía?).

Su prado se hallaba en otro plano de la existencia; pero Vivica no sabía si abajo se encontraba la tierra, o bien si era ella la que soñaba suspendida en el aire. No; la pradera tenía que estar irremisiblemente situada en un valle profundo; cuando Vivica abría los ojos veía jirones de nubes de color azul cobalto, rojizas y también de una tonalidad gris de muerte. Iban y venían. Y luego Vivica reunía las nubes próximas y sonreía. Congregar nubes era una ocupación encantadora. A veces salía de ellas un sonido musical. Vivica amaba esta música; la consolaba en sus oscuras angustias; y entonces ya no podía atemorizarla ningún pájaro con plumas metálicas y hablando elegante francés. Todo esto le ocurría a Vivica en la pradera de la morfina, mientras el escenario del mundo giraba sin cesar y el Japón estaba a punto de precipitarse en insondables profundidades.

Vivica sonreía, atractiva, ingenua, pero seductora y completamente vacía. El mayor permanecía inmóvil junto a su lecho. Ella llevaba un viejo kimono rosa, que pertenecía a la dueña de la casa. La señora Yamato era ya una ancianísima mujer de treinta y siete años de edad y sólo se vestía de color oscuro: gris, azul negro, y un verde oliva totalmente desconsolador. El kimono de color rosa y el cabello dorado que se esparcía por encima de la almohada ofrecían una delicada y voluptuosa armonía. El mayor contemplaba con atención aquella escultura. «*Agasao*», pensaba. *Flor matutina*. La sonrisa de la Afrodita herida era como una flecha para el mayor. Miró apurado a su alrededor. Luego se inclinó sobre la soñadora y la besó impulsiva y desesperadamente en los labios. Su frente se hallaba inundada de frío sudor. Se precipitó hacia la puerta. Fuera estaba la señora Yamato con una ollita en sus manos. El mayor la saludó en su precipitada carrera con una glacial sonrisa. Ella le miró aterrada y sorprendida. Luego llenó la ollita y fue a reunirse con sus amigas.

En «Los Crisantemos Blancos», Yuriko aguardaba al mayor. Él la contempló asombrado durante un momento. Luego se acordó de que era él mismo quien la había

mandado venir a Shanghái.

—Mañana irás a Tokio en un avión militar —le dijo Píamente—. Ayudarás a tu padre en su tienda, igual que si no te hubieras marchado.

Inmediatamente los ojos de Yuriko se llenaron de lágrimas. ¿Qué habría impulsado a Akiro a enviarla a su hogar paterno?

—¿Es que he cometido algún error? —preguntó tímidamente—. ¿Es tan miserable mi inteligencia?

—No —contestó Akiro con abrumadora amabilidad—. Has servido al Japón con mucha fidelidad, mi pequeña gaviota. La guerra toca a su fin. Quiero saber que estás en sitio seguro. Después, tú lo ignorarás todo, ¿me oyes? ¡Jamás en tu vida has visto al coronel Saito! Instruye también a tu padre para que obre igual que tú, en el caso... de que no sea demasiado tarde.

Yuriko había comprendido. Modernas bombas mortíferas habían caído sobre las islas. El sol del Japón caminaba hacia su puesta con espantosa celeridad. Se arrodillo ante el hombre a quien amaba y susurró:

—Nosotras queremos morir con Akiro.

También por razones de modestia usaba la forma plural.

Pero Akiro no podía satisfacer este deseo. No le era posible entregarse a la muerte amorosa al lado de Yuriko; había muerto hacía ya media hora en el lecho de Vivica. Pero fuera de él, nadie lo sabía.

Un extraordinario cansancio oscurecía su mirada y paralizaba su mente enriquecida por la pena y la concupiscencia.

—Prepárame un baño caliente —dijo de nuevo con abrumadora amabilidad—. Tiemblo de frío.

Después de que Yuriko hubo preparado el baño, una reverencia de despedida ante su amado y agradeció ceremoniosamente la gran atención que había prestado a su insignificante persona.

—*Arigato*^[75] —musitó con voz apagada y sonriendo.

Ahora esta palabra significaba el dolor que Yuriko sentía al tener que agradecer tantas cosas cuando ella sólo había correspondido con un *on*, un delicado compromiso del que no era digna. Este *on* de los japoneses es como un constipado, porque cuando se contrae ya no se suelta.

—*Arigato* —repitió Yuriko, haciendo una rígida reverencia mientras se le oprimía el corazón. ¡Oh, qué duro era pensar en el amado y no importunarle con un incorrecto apasionamiento!

Yuriko salió con su vestido occidental del hotel de «Los Crisantemos Blancos», en el que sólo se hospedaban algunos oficiales y huéspedes japoneses. Los jóvenes chinos pasaban por allí cantando con sus dragones de papel. Yuriko se detuvo a contemplar la comitiva a pesar del sofocante calor de aquel primer día de agosto. Se hallaban en pleno verano, y sin embargo ella se sentía helada desde el momento en que Akiro le había arrojado en pleno corazón un puñado de nieve tardía de Hiramaya.

La señora Ogata, la patrona de Yuriko, se sorprendió mucho al enterarse de los planes de viaje de Yuriko. Ella no escuchaba jamás las emisiones de radió del extranjero, primero porque estaba prohibido, y luego porque la señora Ogata tenía bastante tarea con los niños, la ropa, las comidas y el servicio de sus honorables huéspedes. Pero si el ilustre padre de Yuriko ordenaba a su hija que fuera a Tokio, naturalmente tenía que ponerse en marcha. La señora Ogata se acostó tranquila en su esterilla, mientras las super fortalezas americanas destruían el resto de la flota de guerra japonesa.

Faltaban todavía once días para la capitulación incondicional del Japón. En ese lapso de tiempo tenían que destruirse todavía muchos otros enemigos, e incluso también el día del desastre. Pues cuando la fuerza política de una nación pasa a otra, no se practican especiales fórmulas de cortesía y consideración.

El día 17 de agosto de 1945, Vivica despertó en una habitación extraña. Lanzó un grito espantoso. ¿Dónde se hallaban el doctor Yamato y su amabilísima esposa? ¿Dónde estaban los fuegos artificiales, la oscuridad, la pradera de la morfina?

Alguien se inclinó sobre ella:

—¡No tenga usted miedo! Todo va bien. ¡Está usted en libertad!

Vivica se estremeció, como si tuviera miedo de esa libertad inesperada, y por un par de minutos reconoció al señor Chou Tso-ling, que se encontraba de pie ante su lecho, junto a un americano vestido de uniforme, en el interior de la anticuada residencia situada detrás de Bubbling Well Road.

—Dé usted tiempo al tiempo, señor Chou —dijo el doctor Timothy Williams—. Continúa bajo los efectos de la emoción. Su espíritu anda vagabundo, pero es joven y sanará.

El joven médico militar contemplaba a Vivica con sus ojos duros pero alegres. Jamás había visto a una criatura tan maravillosa. Su experiencia de veintiocho años se sentía desconcertada ante esta triunfante Afrodita. La consideraba belmente fascinadora. Los ojos del doctor Williams estaban embargados por el asombro y la compasión. ¡Qué encantador era aquel rostro con su abovedada frente infantil, aquel Perfil de belleza imperecedera, aquellos labios rojos y deliciosamente trazados y aquella maravillosa sombra de tedio y meditación!

—¿Cuál es su verdadero nombre? —preguntó.

Tuvo un ligero sobresalto cuando oyó pronunciar el apellido sueco Wergeland.

—Una familia de categoría en Trondheim —aclaró al señor Chou—. Mi abuela procedía de Trondelag. Sus parientes trabajaban en el bosque, y luego vinieron a América. Yo nací allí. ¿No tiene ningún familiar la señorita Wergeland, señor Chou?

—Esperamos a su hermana mayor de un momento a otro. La puse a salvo en casa de unos amigos chinos de la infancia. Y luego a la señorita Heleno Wergeland, su tía. El *Kempetai* no le dio permiso de viaje para Shanghái, pero creo que no tardará en

llegar. Le mandé inmediatamente un aviso diciéndole que sus dos sobrinas vivían.

—¿Qué edad cuenta la muchacha, señor Chou?

—Creo que diecinueve años.

Vivica se movió. Llevaba todavía el quimono rosa de la pequeña señora Yamato. El matrimonio japonés la había conducido a casa del señor Chou, con riesgo de su propia j vida, después de haber anunciado el Tenno por la radio que la guerra santa había terminado. El doctor Yamato se había acordado de que encontró a Hanna Chou en casa de los Zabelsdorf, cuando acompañó a monseñor Lavalette a casa de los alemanes para tratar de las posibilidades de salvar a Vivica. Tuvo suerte de conocer a la señora Chou. Tso-ling había observado pensativo a aquel hombre desagradable vestido con un terrible chaqué: ¡los hombres eran hermanos, a pesar de que desde hacía decenios todo parecía indicar lo contrario! Había ofrecido al doctor Yamato el auxilio y protección del nombre Chou, pero el pequeño médico, sonriendo, no había querido aceptar. No deseaba protección, ni ningún favor especial en relación a sus odiados y proscritos compatriotas. Esto hubiera sido una falta de decoro.

—Se encuentra usted en casa de amigos, Vivica —murmuró Chou Tso-ling, que debía la tranquilidad de su conciencia al sosegado médico japonés. ¿Cómo había podido permitir que un niño jugase a la pelota con el globo terráqueo?—. Estamos esperando a su tía Helene —dijo, esforzándose en conseguir la mirada de la muchacha.

—¿Tía Helene? —preguntó Vivica—. ¿Quién es?

Capítulo VII

VARIACIONES DEL PODER

Vivica volvía a sufrir precisamente un nuevo interrogatorio del mayor cuando la señorita Wergeland penetró, acompañada de Astrid, en su habitación de «Villa Chou». Caminó muy tiesa desde la puerta hasta la cama, hizo una reverencia, avanzó desde la cama hasta la puerta e hizo una nueva reverencia. Cuando miró a Helene Wergeland corrió presurosa al lecho y escondió su cabeza en la almohada.

—¡No te reconoce, tía Helene! —Astrid lloraba—. Quiere soñar.

La señorita Wergeland, que jamás soñaba, no dijo nada. Permaneció inmóvil un momento en la puerta como si hubiera echado raíces y luego se dirigió lentamente hacia la figura acurrucada encima de la cama. Los meses de separación y de completa ignorancia acerca del destino de su sobrina habían grabado profundos surcos en su rostro, pero su imponente y esbelto cuerpo no estaba encorvado, y en sus ojos azul acero resplandecía la voluntad de poner fin a todos los absurdos. De qué manera podría devolver el juicio a Vivica, ya lo decidiría.

—Déjanos solas, Astrid —dijo, tranquila.

Tras haberse marchado Astrid, reinó un profundo silencio en la habitación. La señorita Wergeland continuaba de pie en el centro de la estancia, inmóvil e imperturbable. Vivica abrió los ojos, se separó de la frente la resplandeciente cabellera y se dirigió lentamente hacia su tía. Había en ella algo que le inspiraba confianza. Helene no era más que aquella sombra protectora de su infancia. Quizás era también el torrente de amor misericordioso y mudo que se derramaba sobre la pequeña desde los ojos de Helene Wergeland.

Vivica se inclinó profunda y rígidamente, tal como le había enseñado a hacer el mayor, y miró a Helene. En ese momento su mirada era la de Borghild: angustiada, desconcertada, indescriptiblemente temerosa. Sus labios se movían, pero de ellos no salía sonido alguno. De nuevo se casó la mano por la frente, y murmuró lastimeramente:

—¡Tengo dolor de cabeza, señora! ¡Un terrible dolor cabeza!

Había hablado en francés. Por unos instantes la señorita Wergeland se mantuvo rígida, y luego dijo en noruego:

—¡Estás cansada, Vivie! ¡Voy a acostarte!

Estas palabras las pronunció en tono suplicante. En ese tono se escondía su amor sereno y su experiencia pedagógica: lo mismo decía siempre, cuando Vivica gritaba en sueños cuando era niña.

—Sí, muy cansada.

Fue sólo un aliento. Vivica se acercó un poco más a la señorita Wergeland y la

miró fijamente. En su mirada vacía se reflejaba un reconocimiento ligero y vacilante, una luz que temblaba y que quizá se apagaría inmediatamente.

Luego Vivica lanzó un fuerte grito que llegó hasta la medula de los huesos de Helene, a quien sin embargo, generalmente, no afectaban los ruidos ni las estridencias.

—¡Tía Helene! —gritó Vivica, abriendo los ojos desmesuradamente—. ¿Por qué te habías marchado?

—Ahora estoy contigo, Vivie —dijo Helene, sosegada.

Vivica cayó encima de ella y la señorita Wergeland tomó a la niña entre sus robustos brazos, como si fuera una criatura, y la llevó a la cama. Le quitó la ropa que llevaba y la vistió, sacudiendo la cabeza, con el quimono rosa, puesto que no había otra prenda en el armario de la habitación. Vivica parecía dormir. La señorita Wergeland se sentó en la cama y permaneció inmóvil una hora, dos horas. Eran las siete de la tarde. Una vez, Vivica extendió las manos, temblorosa, insegura, llena de terrible angustia. Pero allí se hallaba de nuevo aquella gruesa y tranquilizadora mano.

—¿Estás conmigo? —preguntó, del mismo modo como lo hubiera hecho una niña.

La señorita Wergeland retuvo en la suya aquella mano temblorosa. Se inclinó sin decir una palabra sobre la enferma. Vivica recostó la cabeza con su dorada cabellera sobre la almohada y se llevó a los labios aquella buena mano.

—Déjate de tonterías —dijo Helene con voz ahogada.

Se levantó e hizo ademán de dirigirse a la puerta, pensando que Vivica y ella tenían que comer algo y que Astrid tenía que prestarle un camisón de dormir. Sin embargo, no consiguió llegar a la puerta. Vivica había saltado de la cama, se lanzó como una fiera rabiosa hacia la puerta, extendió ambos brazos y cerró la salida.

—¿Por qué haces esa tonterías, Vivie? —preguntó la señorita Wergeland severamente, a pesar de que sabía exactamente las razones de la muchacha.

—¡No podrá usted salir, señora! El mayor se lo impide a todas las personas. Sólo Halvard...

Gruesas lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro, que había adelgazado mucho.

—¿No tienes ningún pañuelo, pequeña?

La señorita Wergeland sacó su propio pañuelo y secó las lágrimas de la muchacha. Descubrió un timbre y pulsó el botón.

—¡Creo... que la quiero, señora!

—¡Naturalmente que nos queremos, Vivie! ¿No te gustaría comer alguna cosa?

Al decir esto, Helene acompañó de nuevo a Vivie a la cama. La muchacha movió la cabeza. Nada de comer... sólo algo para beber, estrechar aquella mano y soñar...

La puerta se abrió lentamente. Astrid apareció acompañada de una china de mediana edad. Era la hermana mayor de Yumei, que durante los días críticos había guardado a *Missie* Astrid en su casa de Chapei como a las niñas de sus ojos. Ahora

quería saludar a la señorita Wergeland. En una bandejita de laca traía sus presentes: tortas azucaradas, frutas y una delicada y menuda cadenilla de marfil para la «hermana tercera», que estaba siendo torturada por los espíritus. La hermana de Yumei se arrodilló ante la señorita Wergeland y le tendió sus presentes de bienvenida. Hablaba con voz ruda, pero leal y afectuosa igual que la de Yumei.

Vivica yacía tendida sobre la cama. Pero las voces la despertaron. Se incorporó, se agarró temblorosa a la señorita Wergeland y lanzó un grito cuando advirtió la presencia de la hermana de Yumei. Le ocurría lo mismo que les sucedía a miles de occidentales en los hospitales después de la dominación japonesa: un rostro asiático les ponía furiosos, aun cuando fuera un amoroso y amable semblante como el de la hermana mayor de Yumei.

—Váyase usted —lloriqueó Vivica—. Yo no sé nada. Yo no puedo... decirle... nada.

Empezó a sollozar desconsoladamente. Había hablado en noruego por vez primera y se escondió excitada detrás de la señorita Wergeland. La cara de la hermana de Yumei se había vuelto de color gris. Jamás se había sentido tan abatida. No había comprendido una sola palabra de lo que había dicho la extranjera, pero sí adivinó en sus ojos y en sus ademanes negativos la salvaje aversión de Vivica. El diablo extranjero no la quería a su lado y sus presentes los había recibido a patadas. Precisamente Vivica acababa de arrojar por la ventana la cadenilla de marfil. Bueno, ¡ahora ya sabía lo que tenía que hacer *Jade negro*! ¡Aquí soplaba «viento desfavorable»!

Jade negro hizo una reverencia primero a Helene, y luego otra a Astrid. No miró a la vieja *tai-tai*. Con la vista clavada en el suelo, murmuró que se marchaba para cocer el arroz de la noche de su familia. Cada palabra le costaba un gran esfuerzo; pero habló con tranquilidad y dignidad, mientras Vivica decía a gritos que no pensaba hacer ninguna declaración a la espía que el mayor acababa de mandar. La hermana de Yumei murmuró todavía algo más, dando a entender que las bondades se aceptan callando, mientras que los malos gritan y vociferan contra ellas como un búfalo. Luego hizo su última reverencia.

La señorita Wergeland y Astrid habían escuchado sin decir ni una palabra. Haber interrumpido a *Jade negro*, que para realizar esta visita se había engalanado con su mejor traje, hubiera sido algo imperdonable. Pero cuando la hermana mayor de Yumei hubo terminado y contemplo a las extranjeras, como si esperara una contestación, resultó evidente que no deseaba abandonar «Villa Chou» con el mal gusto de ese incidente, sino que ciertamente aguardaba sinceras disculpas y una taza de té. En lugar de usar frases corteses y floreadas, la señorita Wergeland dijo que *Jade negro* no tenía que sentirse ofendida por las tonterías de Vivie, puesto que se encontraba enferma, y que aquí reinaba un viento muy favorable. Y diciendo esto abrió la puerta que daba al corredor y dio órdenes para que trajeran té y dulces. Astrid, entretanto, corrió al jardín para recoger la cadenita de marfil.

Naturalmente, todo acabó en la más perfecta armonía. *Jade negro* estaba ya aplacada. Vivica la miraba con sonrisa amorosa. Ahora se había dado cuenta de que esta china amable y rechoncha se hallaba a su favor. Desde que Vivica no recibía más morfina los velos de su conciencia se iban iluminando poco a poco, y cada vez mayor intensidad.

—Debe usted quedarse con nosotras —murmuró Vivica cuando *Jade negro* pensaba en serio regresar a casa.

Pero la hermana de Yumei dijo amablemente que ya quedaba «la tercera pequeña hermana» con la cadenita de marfil, y como es natural aprovecho la ocasión para decir su precio. Sin embargo se decidió que *Jade negro* permaneciera en la casa para ayudar a Astrid y a Helene a cuidar de Vivica, y la señorita Wergeland le prometió una propina extraordinariamente espléndida por el mensaje diario. En ese momento se abrió la puerta, y acto seguido el señor Chou presentó a las damas al capitán Timothy Williams, que actualmente prestaba su asistencia a los americanos y europeos de Shanghái redimidos de las cárceles japonesas. Los abuelos del doctor Williams procedían, por línea materna, de la región de Trondheim. Todavía hablaban noruego en su hogar americano. No, Tim —así le llamaban en su casa— desgraciadamente no hablaba noruego, pero tenía intención de visitar «la vieja patria» en cuanto le fuera concedido un permiso.

Helene deposito pronto su confianza en el joven médico militar. En el curso de la conversación el capitán Williams le comunicó quien era Halvard, para el caso en que Vivica volviera a preguntar por él.

—¿Sanara? —inquirió Helene casi sin voz.

¡La muchacha debería abandonar el Extremo Oriente lo más pronto posible, señorita Wergeland! Y no obstante, ha tenido más suerte que otros compañeros de infortunio. He visto muchos casos de confusión mental entre camaradas...

Interrumpió sus propias palabras. Su mirada se había hecho sombría. Era sorprendente, pero las mujeres resistían muero mejor que los hombres. La señorita Wergeland comunicó al americano, que no apartaba su mirada de Vivica, que tan pronto como fuera posible regresarían a Noruega, pero que tenían que esperar a que Hanna Chou, desde Soochow, y Mailin, desde la liberada Singapur, vinieran a Shanghái.

La noche de esa jornada rica en acontecimientos, Astrid permaneció mucho rato más junto a la señorita Wergeland, que dormía en la habitación de Vivica. Entre ambas se había establecido una nueva corriente de confianza. Helene encontraba muy cambiada a la mayor de las hijas de Knut, pero no sabía exactamente en qué aspecto. Finalmente le preguntó si había vuelto a tener noticias de Pierre de Maury; De pronto se levantó un nuevo muro entre las dos. Astrid, que en la soledad de la celda se jactaba de ser capaz en lo sucesivo de tratar con paciencia y amor a todos sus semejantes incluso a Pierre de Maury, se levantó rígidamente y dijo que no tenía ganas de volver a saber nada de Pierre de Maury. La señorita Wergeland sacó del

bolsillo una gruesa carta, que le había llegado unos días antes después de la capitulación del Japón en el norte de Siam, a casa de la *Viuda de Aalesund*.

—El señor De Maury te escribió inmediatamente después del armisticio en el Laos francés. Se encuentra allí, huésped de cierto personaje.

Astrid enrojeció, arrebató casi la carta de manos de su tía y leyó el escrito presa de angustia, mirando también a ver si la dirección estaba a nombre de Vivica. ¡Pero no...! Luego la metió en el bolsillo de su vestido de deporte elegantemente cortado y se dispuso a reemprender la conversación como si nada hubiera sucedido.

Pero Helene la conocía sobradamente. No le había pasado inadvertido el sonrojo que, de pronto, había prestado a Astrid el aspecto de una muchachita muy joven. Bostezó ruidosamente y sin cumplidos y dijo que iba a acostarse, puesto que ya había habido bastante acontecimientos ese día y que además, al día siguiente quería, antes que nada, visitar a la familia Zabelsdorf. Se enteró de que *Annette* y los niños se encontraban en lugar seguro en Soochow y que los aliados habían impuesto una orden de reclusión en casa a su amigo Ernst August. No, nadie podía ir a visitarle.

Así, pues, Helene comenzó a vivir en su esfera privada, mientras iba girando el escenario del Extremo Oriente. En las calles ya no se veía a un solo japonés. Muchos habían desaparecido en los campos de concentración y en los buques de transporte. Luego tendrían que comparecer ante un tribunal de guerra. Los soldados rasos y los pequeños comerciantes trabajaban para las tropas de ocupación. Disponían y preparaban las villas y hoteles de los grandes potentados japoneses para el actual vencedor, trajinaban agua y carbón, fregaban los suelos de los barcos y se inclinaban respetuosa y humildemente ante los nuevos soberanos ataviados con sus vistosos uniformes. El hotel «Los Crisantemos Blancos» era sólo un club de oficiales americanos. El capitán Williams habitaba los aposentos del mayor Matsubara. Su ordenanza había despojado a las paredes de sus cuadros y había destruido también los floreros y otras piezas de porcelana. Un tomo de poesías que contenía los famosos *haikkus*, fue usado como papel higiénico por los bravos *yankis*. El mayor Matsubara había sido detenido tan de improviso, que ni siquiera tuvo tiempo de llevar a cabo el ceremonial *seppuku*^[76], que por lo demás, más tarde había de ser prohibido por el Tenno. Naturalmente, el coronel Saito no había pensado siquiera en el suicidio. Era pecado mortal.

Ambos fueron transportados a Tokio, mientras en «Los Crisantemos Blancos» resonaba la música de *jazz* y los honorables nichos de las paredes eran engalanados con las fotografías de las bellezas de Hollywood. Las variaciones del poder se reflejaban también ante las joyas de arte de los vencidos; ahora empezaban a adquirir el valor de obras insensatas y dignas de lástima. Pero lo que no había sido destruido por los aliados occidentales en los primeros momentos de delirio y entusiasmo, ahora lo destrozaban los chinos embriagados por la victoria. Tanto si se trataba de un paisaje envuelto en delicadas nieblas, obra de un viejo maestro japonés, ausentado en espíritu de este mundo, como de cualquier otra obra de arte, cuyo propietario había

perdido el poder igual como hubiera podido extraviar un paraguas.

Los japoneses que a pesar de su derrota conservaban todavía la vida, estaban actualmente a buen recaudo en las más seguras prisiones de los aliados. Sus negocios habían sido incautados y saqueados por los chinos contra la voluntad de los aliados. Al igual que todos los japoneses y alemanes, los comerciantes alemanes y japoneses habían terminado ya su papel en aquel juego.

Lo mismo que los japoneses, los alemanes esperaban también en el Extremo Oriente el traslado forzoso a su destruida patria.

La noche siguiente a la llegada de la señorita Wergeland, Vivica despertó sobresaltada. Helene acudió inmediatamente junto a su lecho. Vivica la contempló tranquila y ensimismada, y le explicó que tenía que vestirse en seguida para ir a sacar de la cárcel a Halvard, su pequeño compañero de prisión. Helene había tenido que batallar mucho en esta vida, pero jamás se había encontrado en lucha contra una criatura que divagara. Sin embargo no dijo ni que Vivica fantaseaba ni que decía tonterías, pues esto hubiera excitado todavía más a la muchacha, sino que, cariñosa pero enérgicamente, le hizo reclinar de nuevo su rubia cabeza sobre la almohada, se dirigió al tocador y preparó unos polvos que le había prescrito aquel simpático americano nieto de una mujer noruega.

—¿Qué es eso?

—Bebe, Vivie —ordenó la señorita Wergeland.

La muchacha escuchaba con atención, pero de todos modos quería levantarse para ir a buscar a Halvard, su diminuto compañero. Lloraba amargas lágrimas, porque a Helene —ahora la había reconocido definitivamente— no le permitía ir en busca de su Halvard.

Vivica cerró los ojos más sosegada y se reclinó sobre la almohada. Tía Helena no había faltado jamás en su vida a una promesa.

El doctor Yamato y su esposa habían oído con gran consternación el mensaje del Emperador. No pensaban en ellos, sino sólo en sus pacientes. Todavía habían tenido tiempo de conducir a la muchacha noruega a casa del señor Chou. Ahora el matrimonio se encontraba instalado en sendos almohadones a ambos lados de una mesa de laca, y la señora Yamato se disponía a preparar el té según la ceremonia usual, tal como había aprendido a hacerla en su casa. El doctor se había quitado el chaqué de recibir a las visitas y estaba vestido desahogadamente con un quimono de seda oscura que le prestaba reposada dignidad. Ambos hablaban en voz baja haciendo conjeturas sobre lo que ocurriría. Se oían graves ruidos sobre el empedrado de aquella ciudad querida que ahora se había hecho hostil y extraña para los Yamato. Pero hubiera sido obrar contra la etiqueta hablar durante la hora del té de cosas tan

desagradables como las variaciones del poder. El *O Cha-no-yu*^[77] era también en aquellos días aciagos una pausa fecunda y luminosa para los Yamato. La señora Yamato había colgado en el *tokonoma* un cuadro, cuyo motivo correspondía a «la lluvia en el corazón» de los japoneses: el sagrado monte Fuji envuelto en los vapores de la lluvia. El cuadro significaba que el noble conserva su porte también en la desgracia, al igual que el Fuji mantiene su belleza a pesar de la lluvia. Fuera de los japoneses, quizá nadie podía comprender hasta qué punto la ceremonia hogareña del té, que para los extranjeros no era más que una costumbre agradable, contribuía a la formación de los «modales del alma».

Una vez tomado el té, la señora Yamato hizo una reverencia y se retiró a la cocina para vigilar la preparación de las comidas esenciales de los pacientes. El doctor Yamato quedó solo en aquel aposento luminoso y casi totalmente vacío. Sacó de su quimono un librito, los escritos de santa Teresa de Lisieux, el insignificante insecto entre los santos de la Iglesia, y se abandonó con devoción y paz interior a los profundos conocimientos de esa deliciosa amante. Estaba sentado de espaldas a la puerta corrediza de la salita del té y su espíritu y sus sentidos se habían hecho sordos y ciegos al alboroto y los trastornos del mundo exterior. En esa posición le encontraron los soldados chinos que había penetrado en la clínica en su delirio de victoria. El doctor Yamato se levantó lentamente y, sin decir una palabra, se dirigió hacia la puerta, sosteniendo el librito en su mano, para prestarse a la detención. El no haber saludado a los intrusos en ropa de estar por casa era pura cortesía japonesa. Primero se vestiría para luego regresar de nuevo al recibidor y saludar a sus amigos o enemigos con una respetuosa reverencia. Quizá fue el desconocimiento fundamental que de estas cosas tenía el oficial chino que debía detenerle, quizás la indomable fiebre de victoria después de los terribles ocho años de la guerra tras el ataque del Japón, pero lo cierto es que la manera como pasó el doctor ante ellos, sin decir una palabra ni hacer una sola inclinación, como si en la habitación no hubiera nadie, irritó ciegamente a los soldados chinos. Uno de ellos agarró al doctor Yamato por el quimono, de modo que éste se abrió y el médico dio un traspiés y cayó; un segundo le golpeó con el tacón del zapato en pleno rostro; bañado en sangre, sintió los pedazos de cristales de sus gafas en los ojos y, medio cegado, palpó con su mano derecha hasta encontrar la medalla bendita que monseñor Lavalette le había traído, hacía años ya, de Roma. Con su mano izquierda sostenía fuertemente los escritos de aquel santo insecto. En esta postura le sorprendió el disparo de una victoriosa pistola china.

El doctor Yamato sonrió cuando apareció para él la oscuridad misericordiosa. Ahora sólo le restaba un corto camino lleno de luz, y la santa de Lisieux le acompañaba en su viaje.

Jamás en su vida se había encontrado tan solo Ernst August von Zabelsdorf como después de la partida de Anna y de los niños a la casa que los Chou tenían en

Soochow. Sólo le quedaba ahora su criado *Brazo derecho*, que intentaba hacer «feliz» al maestro. Le cocinaba todos los manjares favoritos. Tras aquella memorable entrevista, Chou Tso-ling no había vuelto a dejarse ver. Y ahora le había sido comunicada la orden de reclusión hasta que fuera trasladado a su país o a las cárceles de Shanghái. Nadie aparecía por allí, a pesar de que la casa, enclavada en el distrito francés, no era vigilada por persona alguna. Ello era debido a una disposición de Chou Tso-ling, que había instruido como correspondía a las autoridades aliadas, pero en las primeras semanas que siguieron a la victoria, el señor Chou tenía tantas cosas que concertar y regular que no le quedaba tiempo para ocuparse de su amigo alemán. Había cuidado de la seguridad de ese amigo y de toda su familia, en el momento actual únicamente eran fiadores de esa seguridad «*Brazo derecho*» y el nombre de Chou. «*Brazo derecho*» no dejó entrar ni siquiera a la señorita Wergeland y Astrid porque estaba convencido de que el amo sería envenenado por los *diablos vencedores*. No se le ocurría a Lifu que también él pertenecía al grupo de los vencedores. Él prestaba sus servicios al amo, como de costumbre, y no deseaba otra cosa. No pensaba en el porvenir; tal cosa no la hacía un chino juicioso.

El amo descansaba en su cama turca y precisamente estaba pensando en su hija Krümel, a quien más tarde llamarían *Luise*, cuando en su vivienda penetraron tres chinos en uniforme, sin pedir permiso al *coolie*. *Brazo derecho* tomó inmediatamente el escrito chino firmado por el señor Chou Tso-ling. Llevaba el sello de las autoridades aliadas y ordenaba que se dejase en paz al señor Ernst August, barón Von Zabelsdorf, hasta el momento de su deportación. Todo aparecía escrito claramente en chino y en inglés, y *Brazo derecho* sostuvo el papel en alto. El soldado número uno escupió contra el papelucho, el soldado número dos rió alegremente y el soldado número tres entró en la residencia con la pistola cargada en la mano. A la derecha de la puerta, en su cuarto, yacía medio dormido el señor de la casa; a la izquierda, al fondo del pasillo, estaba la habitación de los niños. Ernst August despertó sobresaltado al oír los estridentes gritos del *coolie* y las carcajadas y los pasos de los soldados que, a la vista de todo el mundo, iban a procurarse una diversión privada. Alguien les había informado de que en esa casa se hallaba todavía en libertad un alemán.

Con sus largas piernas, el señor Von Zabelsdorf se personó con un par de zancadas en la habitación de los niños, de donde provenía el ruido. No tenía otras armas que su furor y su brazo izquierdo. El dormitorio de los niños se hallaba convertido en un caos. En ese momento el soldado número dos, el chistoso del grupo, agarró la muñeca de Krümel, que había quedado olvidada aquí en la precipitación de la huida a Soochow. La sostenía en alto, lanzando grandes carcajadas y diciendo a gritos que el soldado número tres debía fusilarla. No era más que una broma propia de una juventud estúpida, pero para Ernst August la muñeca Mathilde, con sus largas trenzas de Potsdam, y su hijita Krümel se unían en una criatura con personalidad propia. Permaneció inmóvil unos momentos. Su rostro alargado e inteligente de

caballo había enrojecido. En su esbelta frente parecía que iba a reventar una vena. En ese momento fue hecho el disparo y la cabeza de la muñeca con las trenzas, en las que Krümel había anudado amorosamente unos lazos azul claro, se separó del rígido cuerpo. De un brinco, Ernst se plantó ante el soldado número tres. Sin pensar en las consecuencias que podría tener su acción, le arrebató la pistola y bramó:

—¡Majadero indecente...! ¡Mocoso maldito!

Tales rugidos los lanzó en alemán, pues en sueños y en sus ataques de cólera Ernst August se servía siempre de su lenguaje materno. Luego comenzó a abofetear al soldado con la mano izquierda. Jadeaba. Unos sonidos incontrolados se escapaban de su pecho atormentado. Su rostro se puso rojo, luego lila, y por último volvió a ser el de aquel salvaje Zabelsdorf de ciertas ocasiones. ¡Era demasiado, demasiado! Cuando hubo proferido unos gritos que provenían de lo más profundo de su interior, con terrible lentitud y presa de gran angustia, dejó caer el brazo y trató de buscar un punto de apoyo, pero con muy mala fortuna, puesto que todo empezó a girar a su alrededor y a desaparecer como detrás de un velo. No era un desmayo, pues los Zabelsdorf no se desvanecían fácilmente, pero se le bamboleó la cabeza, luego le vacilaron las largas piernas, y después ya no ocurrió nada más. Algo empezó a entorpecer cada vez más su cerebro sumido en la oscuridad... «Anna, *Annchen*^[78], ayúdame a levantar las piernas...». Veía a Krümel sosteniendo a la muñeca Mathilde, decapitada, pero como nueva... el espíritu de Potsdam... ¿Quién te ha creado, oscura selva...? El club de los señores... y los graves jóvenes de la industria... «¿Quién te va a llorar cuando todo se vaya abajo? ¡Krümel, ven con papá ahora mismo, inmediatamente...! ¿Quién va a jugar con el barro? ¡Ven con la muñeca de la señorita! ¡No quiero abandonarla...! ¿O prefieres que vayamos a disfrutar de la paz de la habitación de los niños...? ¡Matsubara... el barón, está ya bien cogido! ¡Se va usted a reír, doctor Engel...! ¡Un hombre que tiene un hijo es un hombre rico, Ernst...! La subasta del gran Berlín, a la una, a las dos... ¿Qué hacen todos los muñecos de Potsdam, qué...? ¡Ríe, mamá! Esto no va a durar toda una eternidad... Esta isla de los pavos reales... Ah, y eres tú finalmente... Krümel, ven, ven y da un beso a papá...».

Se levantó de un salto del sillón de Anna. Todavía se encontraba en la habitación de los niños, y allí estaba la muñeca Mathilde, decapitada, pero al fin y al cabo la mayarías de las muñecas acaban así tarde o temprano. Los tres mosqueteros permanecían apabullados en un rincón que formaba la cómoda de Kasperle, y el muchacho Lifu ofrecía una regular representación de teatro chino. Estaba dirigiendo un discurso a sus compatriotas, sin puntos ni comas. ¡Los chinos sólo eran mudos en las películas de Hollywood! Ernst August entendió «Shanghái 37» y luego escuchó la magnífica leyenda desempolvada titulada «El brazo derecho del amo». Siempre habrá familias y niños a quienes el amor ha sacado del hogar en llamas. Los soldados se inclinaron respetuosamente, sonrieron estúpidamente y desaparecieron.

Lifu, *Brazo derecho* trajo café negro y una botella de licor, y luego buscó un tarro

de cola para tratar de arreglar las muñecas de la «pequeña *Missie*». El muchacho sonreía a través de su pura y cristalina alma, y empezó a trastear en cuanto el amo apartó de él su vista. ¡Sí, Lifu tenía todo el derecho a reír, pues precisamente acababa de ganar la Segunda Guerra Mundial!, Pero Lifu contempló a su dueño como un cisne moribundo, y siguió encolando como le había enseñado a hacerlo el amo.

Así les sorprendieron a ambos Astrid y Chou Tso-ling cuando llegaron un par de horas después. Astrid se había dirigido inmediatamente en busca de Chou Tso-ling a la Cámara de Comercio china para informarle de que todo iba bien, pero que Lifu no dejaba entrar a nadie en la casa. La había amenazado con un viejo revólver y había comenzado a gritar diciendo que nadie envenenaría al amo mientras Lifu viviera y otras cosas por el estilo. Y ahora Astrid volvía de nuevo con sus informes y con Chou Tso-ling. Realmente algo la tenía sorprendida, a pesar de que siempre afirmaba que nada la había dejado perpleja jamás. Acompañada del señor Chou, había ido al cuartel general de los aliados, y allí ambos habían declarado que el señor Von Zabelsdorf había trabajado laboriosamente contra el *Kempetai*, y durante meses en favor de las hermanas Wergeland, aunque realmente él no tenía nada que ver con este asunto, ya que sólo eran amigas de su amiga Hanna Chou —eso es, la señora Chou, de la famosa familia de los Chou, cuyo marido había recibido una condecoración—. Así, pues, el señor Von Zabelsdorf había trabajado ininterrumpidamente a favor de una familia que había caído en las redes del *Kempetai*. Resultado: ¡podría partir en un barco de carga noruego que saldría dentro de ocho días! La familia sería conducida a bordo por el señor Chou y Astrid, pero el barón debía ir inmediatamente con ellos. Lifu, *Brazo derecho* prepararía las cabinas. El capitán del barco era el capitán Lillesand, tío de Vivica. Era su último viaje a Noruega. Astrid hablaba en francés con su amigo alemán que, de improvisto, se había convertido en su protegido. Y el señor Chou Tso-ling había tomado por su cuenta al joven Lifu y estaba aclarándole en chino todos los puntos.

Luego se produjo una pausa, puesto que todos tenían que recobrar aliento. El señor Ernst August von Zabelsdorf no había dicho nada en todo el rato, ni tampoco diría nada luego. Vería a su Anna y a sus hijos; ¡los Zabelsdorf procedían del infierno de los vencidos! Y allí estaban Chou Tso-ling y la señorita Astrid, que respiraban jadeantes después del discurso. Ernst August, que como buen berlinés quería saber las tres respuestas de todas las cosas, no decía ni una sola palabra, sino que alternativamente miraba perplejo a Astrid y a Chou Tso-ling.

Finalmente, alargó a Astrid el cuerpo de la muñeca y la cabeza con las trenzas de Potsdam:

—Los soldados han hecho de Mathilde una verdadera desgracia. Tal vez sepa usted arreglarla, señorita Astrid.

Eso fue todo cuanto se le ocurrió al señor Von Zabelsdorf como discurso de agradecimiento. Astrid conocía ya a la muñeca Mathilde; había cosido muchos vestidos para ella y sabía que Mathilde pertenecía a la familia. Engalanada con su

soberbio traje y su diminuto sombrero, se sentó a la moda china en el suelo, junto al tarro de cola y comenzó a trabajar con gran experiencia en las puntiagudas partes integrantes de los dedos de Mathilde. Ernst August von Zabelsdorf guardó en su memoria este recuerdo de Shanghái; un hermoso, bueno y consolador cuadro en medio del atolladero de un desconcierto absoluto.

Vivica iba restableciéndose sorprendentemente semana tras semana. Finalmente, la señorita Wergeland, Astrid y Mailin pudieron pensar en emprender la marcha hacia Bangkok. Allí los Wergeland debían separarse. Les resultaba muy penoso. Mailin debía regresar a su casa de Singapur, Astrid debía marchar hacia París, donde tenía el propósito de abrir un salón de sombrerería con Amélie Clermont, ya que era y seguiría siendo más francesa que noruega; Helene y Vivica volverían a Trondheim.

Estaba ya muy próxima la velada de despedida de Shanghái. Todavía seguían viviendo en la residencia de los Chou, la anticuada y gigantesca casa que se alzaba detrás de Bubbling Well Road, y Hanna las trataba con sumo cariño. El capitán Williams, el joven médico militar, era casi huésped permanente en la vivienda de los Chou. Con la natural cordialidad y el ingenuo asombro del americano que por vez primera traba relaciones con europeos y chinos en el Extremo Oriente, participaba en la extraordinaria y compleja vida de familia de los Wergeland en «Villa Chou». Había ayudado al traslado sin incidencias de Asna von Zabelsdorf y de sus encantadores hijos a Shanghái, y luego al buque que debía restituirles a la patria aniquilada. Todos sus conceptos sobre amigos y enemigos habían quedado completamente destruidos en el transcurso de las últimas semanas: en casa de los Chou, águilas y palomas, amigos y enemigos, vivían con dignidad y cariño su vida privada perfecta.

Pero el imán que atraía al capitán Williams, haciéndole desertar de las comilonas y orgías de los vencedores para sentarse en el pabellón de los pájaros de la tranquila «Villa Chou», era Vivica, la celestial muchachita que con rapidez pasmosa había transformado su existencia de Afrodita paciente en la de Afrodita triunfante. En realidad, el capitán Williams apenas se había dado cuenta de este cambio. En la ordenada ciudad de Nueva Inglaterra, donde había nacido, tenía a su madre, profesoras, hermanas y amigas de sus hermanas. Hasta ahora no había tropezado jamás con el fantástico y sumamente peligroso encanto de la Afrodita Vivica, y más o menos estaba convencido de que sólo las *bad girls*^[79] eran atractivas.

Mucho mayor había sido su sorpresa con Mailin: en los Estados Unidos los *chinks*^[80] no se hallaban emparentados con familias como los Wergeland. El capitán Williams había encontrado a Mailin *sweet*^[81] y había expresado su admiración por la joven. El cónsul Wergeland, el difunto padre de las muchachas, debía haber sido verdaderamente un tipo muy alegre. Por lo demás, también le había causado mucho pasmo la conducta de Helene Wergeland: vivía literalmente en compañía de Mailin y todos los minutos libres los dedicaba íntegros a la sobrina de su corazón.

Todos los sábados, Tim y Vivica iban a bailar. Y hoy era el último sábado. El doctor Timothy Williams era un perfecto bailarín, a pesar de que en su vida cotidiana acostumbraba a tropezar con todo y a tirar al suelo todo lo que se le ponía por delante: sólo era diestro con el instrumental en el quirófano. Pero la música desencadenaba algo así como un ímpetu animado, casi salvaje, en su alma americana. Sus reflexivos e inteligentes ojos, que en ocasiones parecían algo extenuados, resplandecían al oír la música. Cuando danzaba, el doctor Timothy Williams era un hombre distinto, a pesar de que también tenía cierta tendencia a recitar las coletillas de los refranes más populares: «*Honey let me hold you tight*^[82]», y al decir esto, la agarraba fuertemente por el talle como si no quisiera soltarla más. Los extraordinarios ojos de Vivica le contemplaban sonrientes, insensibles, atractivos, juguetones.

Mientras la población china de Shanghái escuchaba en ese «mes de los crisantemos» la música otoñal de los grillos o el susurro del ramaje de los jardines a la moda antigua apartados de la ciudad, en el antiguo hotel japonés «Los Crisantemos Blancos» estaba en pleno apogeo el *jazz* y la música de *swing*. En el club de oficiales americanos reinaba gran entusiasmo cada noche; pero en las de los sábados el ambiente estaba particularmente caldeado. También algunos chinos influyentes y ricos eran invitados a bailar en los cuatro bares, pero jamás se presentaban. Sólo algunas jóvenes y elegantes damas —una variedad china de las *bad girls*— bailaban con los oficiales del ejército de los Estados Unidos, con sus vestidos de brocado de Shanghái cerrados hasta arriba y muy estrechos. Los caballeros sufrían una tremenda impresión cuando, mirando por casualidad hacia abajo desde el cuello cerrado y estrecho, observaban las faldas con un corte de amplias miras. «*Oh, boy*», pensaban; y se quedaban estupefactos ante la profunda expresión del rostro de su pareja. Todos y cada uno de ellos tenía la penosa impresión de que las mujeres de su país despreciarían a aquellas jóvenes damas chinas con su envoltura bastante cómica. Timothy Williams, mientras al bailar contemplaba la dorada cabellera de Vivica, pensaba que la menor de las señoritas Wergeland tampoco hubiera sido vista con agrado en el «Club literario de mujeres» en su ciudad natal de Concord, una ciudad sosa y poco trabajadora del puritano estado de New Hampshire. Por unos segundos, su mirada se perdió en la centelleante profundidad de los ojos de la muchacha. Luego volvió a recobrase y comenzó a tararear con gran humor una canción muy popular. Debía estar completamente chiflado cuando estaba pensando en trasplantar a ese manojo de belleza, fantasía y encanto que era la muchacha de diecinueve años a la ciudad de Concord, junto a su madre y a sus hermanas mayores. La doctora Margaret Williams era realmente un poco excéntrica también, pero en cambio era más tranquila y menos soñadora.

—¿Por qué está usted tan callado, Tim? —preguntó Vivica.

Él la estrechaba fuertemente, con la misma fuerza con que ella podría estrechar en sueños a Noruega, la patria de su madre, tierra desconocida para ella, para que la fantástica imagen soñada no acabara disolviéndose como una humareda.

—¿No va usted a echarme de menos, *baby*? —preguntó él un poco roncamente.

Sus ojos oscuros en los ángulos marcados por numerosos pliegues provocados por la sonrisa y reflejando en su profundidad *el* entusiasmo por la música, la contemplaron durante unos segundos con aire pensativo y escudriñador. No quería convencerse de que la respuesta podía contener algo de gran importancia para él.

—Naturalmente —contestó Vivica—. Ha sido usted siempre muy amable y simpático, *darling*.

Era ridícula la honda decepción que le produjo la respuesta. En su frente se agudizó aquella expresión de inquietud que era un rasgo heredado de su padre escocés, que había sido predicador en Concord. Sonrió, pero fue sólo una sombra de la cálida sonrisa con la que generalmente solía ganarse los corazones. *Well*, un loco era siempre un loco, en su país y en Shanghái. Se había preocupado mucho de la salud mental de Vivica con tranquilidad, paciencia y competencia. Por lo que a su cuerpo se refería, no había nada que sanar en él: había triunfado sobre la brutalidad y el peligro. «Afrodita es en verdad de hielo; su delicada fantasía oculta bajo un velo una inexpugnable energía en la que se estrellaría toda una legión de admiradores», pensaba Timothy Williams con sorprendente clarividencia.

Luego, dijo en voz alta:

—¿Quiere que vayamos ahora a comer?

La velada del capitán Williams con Afrodita hubiera sido algo sin más consecuencias, si el *coolie* no hubiera tenido la idea de servir una comida japonesa al «señor capitán Williams y a la señorita» en el único aposento japonés tranquilo y limpio de «Los Crisantemos Blancos». El *coolie* chino sabía que a los americanos, después de haber vencido al Japón, les agradaba conocer un poco la cultura japonesa *just for fun*^[83]. Por este motivo un cocinero japonés seguía trajinando en un rincón de la cocina del hotel. Sonreía humildemente mientras preparaba todas las delicadezas que encargaban los honorables vencedores.

El capitán Williams había pedido sencillamente «comida en un gabinete privado», dejando todo lo demás a cargo del *coolie* número uno del hotel. Como quiera que uno de los oficiales de más categoría en el ejército de Estados Unidos había opinado que los tapices japoneses de las paredes y las vasijas no debían tener ningún motivo alusivo a la política, el gabinete número siete —un «Montparnasse japonés», como dijo Pierre de Maury en una ocasión— había sido adornado con resplandeciente luz y profusión de bellezas de Hollywood. Como es natural, ni el *coolie* ni tampoco el capitán Williams tenían la más ligera sospecha de que Vivica hubiese cenado en este mismo gabinete privado con el mayor Matsubara.

En esta ocasión se repetía la misma ironía del destino que en el año 1925 fue la causa de que el kimono de la imperial Kioto ofrecido por el barón Matsubara no hubiera llegado a manos del cónsul Wergeland. Este error había sido la piedra

fundamental de la desconfianza de Akiro hacia los occidentales. Casi sin darse cuenta, durante el curso de veinte años, había ejercido una funesta influencia sobre aquella familia residente en el Extremo Oriente. Era de esperar que ese japonés de casa distinguida no pudiera volver jamás a tener poder sobre Vivica. A través de sus charlas, el capitán Williams se había enterado de las suficientes cosas para sentir una gran antipatía contra el barón Matsubara. Jamás le había visto cara a cara: Matsubara había sido embarcado ya en el vapor de los criminales de guerra con destino a Tokio cuando el capitán Williams llegó a Shanghái.

Vivica estaba realmente sorprendida de encontrarse en un club de oficiales americanos radicado en una casa asiática, pero no se sentía turbada en lo más mínimo, ni tampoco experimentaba una impresión desagradable. En la ocasión anterior había sido conducida hasta aquí por el mayor Matsubara en un coche cerrado. Era de noche, habían venido a cenar y había salido desfallecida, sin sentido. Ninguna muchacha un poco soñadora y romántica hubiera podido reconocer en tales circunstancias el mismo aposento oriental.

—¿Se alegra de marchar a Noruega? —preguntó Timothy, que versado ya en la materia, estudiaba la minuta impresa sobre seda en inglés y japonés. Había encargado los manjares más exquisitos.

—Va a constituir un gran cambio —respondió Vivica complacida. Amaba sumamente los cambios y, al parecer, no tenía jamás bastante con ellos—. Pero lo que no sé, es cuánto tiempo podré resistir en casa de tía Helene. Encuentro terribles a las mujeres y a los niños.

El capitán Williams tenía ya conocimiento de que «Villa Wergeland» era el hogar de las madres solteras, pero también que Helene, su familia y sus amigos habitarían, igual que antes, el ala occidental del edificio. Le costaba mucho imaginarse a Vivie en aquella casa llena de mujeres.

—¿Entonces, necesita usted un hombre para ser feliz? —preguntó bromista.

—Para entretenerme —afirmó Vivica sonriendo como una vagabunda envejecida por la experiencia.

Sus dorados mechones colgaban sueltos sobre su ancha y abovedada frente y le prestaban una apariencia de ligero e irresistible descuido. Miraba de reojo a Tim, atractiva insensible, un poco taimada. Con sumo gusto él la hubiera besado o molido a palos. Algo de aquella criatura le seducía perdidamente. ¿Lo sabía ella?

El *coolie* trajo anchas bandejas de laca. Contenían el exquisito *nishime*^[84], así como también *maki-zushi*, el manjar predilecto del barón Matsubara, que era un plato compuesto de arroz con jengibre, pedacitos de anguila y verduras, enrollado todo ello como sorpresa picante en un pedazo de alga marina asada. Vivica tomó reflexiva el primer bocado de *maki-zushi* y murmuró:

—Esto ya lo he probado alguna vez. Es un plato jap... japonés.

Algo parecía haber cambiado en la atmósfera del reservado.

—¿No le gusta a usted, Vivica?

Vivica se había quedado pálida como una muerta. Se tambaleaba ligeramente sobre su sillón de bambú y miraba a su alrededor como alguien que, de súbito, se precipita desde lo alto de una trivial y alegre realidad hasta el fondo de una oscura mazmorra fantástica. Su mirada contempló fijamente las paredes empapeladas, la puerta corredera y los nichos de la pared, cuyo cuadro mostraba una escena guerrera decorativa al gusto samurái. Luego se levantó lentamente y vacilando se dirigió al cuadro, que seguía irradiando aquella misma endiablada vitalidad que la noche de la terrible cena con el mayor. Sus ojos parecían rígidos y vacíos. Temblaba como una caña de bambú azotada por el viento. Del interior del cuadro se abalanzó hacia ella el mayor: un tigre con el vestido de los samurái. Sus pupilas se habían deslizado hasta el ángulo externo de sus ojos; el blanco del ojo resplandecía como el de un ciego o el de un epiléptico. Pero sus labios sensuales y sobrios sonreían, se crispaban de vergüenza y de indescriptible dolor. Vivica permanecía de pie con los ojos semicerrados. El mayor se arrollaría inmediatamente ante su presencia y le testimoniaría con un grito estridente y su centelleante mirada la fuerza de su belleza y la violencia de su desenfrenada y volcánica voluptuosidad.

Sólo pudo permanecer detenida unos segundos ante el lienzo. El capitán Williams se había levantado de un salto, arrojando al suelo una botella de *saké* y una bandeja de laca con *daiku*^[85], y cogió a Vivica por los hombros.

—¡Vivica, despierte! ¡Por Dios, Vivica!

Vivie abrió sus ojos de ninfa, contempló a aquel hombre alto y apuesto y comenzó a reír. ¡Qué cómico el aspecto de Tim! ¿Pues no era el buen tío Timothy de Concord, Estados Unidos? ¡Qué indescriptiblemente graciosos eran los hombres occidentales! ¡Qué ingenuos y bravucones y qué sangre de horchata corría por sus venas! La mirada de esos hombres se deslizaba resbaladiza sobre el semblante de una muchacha... igual que las gotas de lluvia cuando caen sobre un cristal... Adoraban a las mujeres. Sí, Tim la adoraba a ella de pies a cabeza, él mismo se lo había dicho. ¡Oh, era demasiado cómico!

—Dios mío, ¿pero qué le sucede, pequeña?

Sí, era Tim, el capitán que tan maravillosamente bailaba y que se había portado con ella con inimaginable bondad y paciencia. Vivica quería decirle cuán agradecida le estaba, y asimismo deseaba decirle que ya no quería tener amistad íntima con el caos. Pero, desgraciadamente, no podía decirlo, porque tenía que reír, porque no era como las otras muchachas. No se casaría jamás, siempre tendría que estar riendo, porque por las venas de Tim y de todos los demás hombres occidentales no corría más que «Coca-Cola» o infusión de valeriana.

Naturalmente, Vivie no quería reír. No le gustaba espantar a Tim. ¡Cuánto tiempo le había dedicado el muchacho! La había tranquilizado, pero también le gustaba bailar con ella. En el baile se mostraba confidencial con ella; pero esto era sólo *fun*. No quería casarse y vivía para bailar. A esta conclusión llegó Vivica también, a pesar de que no tenía el aspecto de duquesa de Astrid y no era tan inteligente como ella ni

tan amorosa y severa como tía Helene. Vivie sospechaba desde el principio que Tim abrigaba proyectos de matrimonio. Pues de lo contrario, un hombre no tenía por qué hablar constantemente con una muchacha de su ciudad natal, de su madre y de su aterradora hermana mayor, la doctora Margaret Williams, que había hecho de su vida un «éxito» y que era la mejor médico de Concord. Vivica experimentaba un gran horror por la palabra «éxito», palabra que tanto amaban Tim y los otros americanos.

Lamentaba profundamente verse obligada a reír, precisamente cuando Tim se mostraba tan solícito y amoroso. Pero es que en este mundo se dan muy diversas clases de amor. ¡Qué bueno y delicado parecía y con qué cuidado Deparaba los mechones que caían sobre su frente! Cualquier otra muchacha hubiera saltado de júbilo si un muchacho tan apuesto como Timothy Williams le hubiera ofrecido su corazón. Seguro que todas las muchachas de Concord habían ido tras él con la remota esperanza de que las pidiera en matrimonio. Pero lo que sucedía es que Vivie no era como las otras muchachas. Y esto sólo lo sabía tía Helene, únicamente ella la comprendía y solamente ella le tendía su mano caritativa siempre que corría desbocada a lo largo del borde de un precipicio, o a hurtadillas tras de su Halvard, el pequeño compañero.

Las lágrimas de la risa afluían a oleadas a los ojos de Vivie. Jadeaba, respiraba con dificultad y tosía, mientras se sentía estremecida por las convulsiones de las carcajadas. Luego le venía aquel doloroso hipo que pocos meses antes tanto había indignado al mayor en este mismo reservado. (El hipo era un perjuicio para la belleza perfecta; cuando se producía en una mujer, era excesivamente altanero y arrogante: una ofensa contra el hombre-dios que administraba todo el poder, todas las carcajadas y todas las manifestaciones del amor). Sí, Vivie volvía a padecer aquel hipo impertinente, sostenía sus manos en alto como si fuese una muñeca articulada y murmuraba solícito:

—*There, there... darling*^[86]!.

Precisamente porque era tan amable, Vivie debía acabar de una vez con sus suspiros, sus jadeos y sus lamentos. El llanto salvador llegó como una apacible y favorable marea vespertina. De repente, su cabeza descansó tranquila sobre el ancho pecho de Timothy Williams y de nuevo el silencio y la placidez reinaron en «Los Crisantemos Blancos», que todavía no había adquirido el aire de un club de oficiales americanos auténtico a pesar de que sobre la puerta de acceso al local flotara al viento la bandera estrellada y a pesar de que la resplandeciente luz, la orquestina de *swing*, la crema de helado y los *hamburgers* fueran típicos emblemas del vencedor.

Vivie descansaba como una criatura extenuada sobre el pecho de Tim. Se había desahogado y su mirada era tan agradecida y conmovedora que al muchacho le llegó al corazón.

—*Baby*—murmuró.

La muchacha le rodeó con su brazo y sus resplandecientes mechones, un auténtico tejido de fantasía, desaparecieron de su vista.

—¿Por qué haces esas tonterías? —preguntó él.

Quería hacerla reír para ahuyentar su espanto, pero no lo consiguió. Vivie le contemplaba fijamente. Jamás en su vida había sido él mirado así por una mujer. ¿Era Afrodita o bien una *bad girls*? Pero no podía resistir aquella mirada: en ella brillaba el desordenado atractivo de Borghild y el propio fuego de Vivie... y Tim no tenía «Coca-Cola» en las venas, como había recelado Vivie.

—¿Qué le ocurre, Tim?

Vivie respiraba dificultosamente. No eran besos con adición de valeriana. Vivie era una muchachuela estúpida, joven, sin experiencia con los hombres. Con el señor De Maury había ronroneado igual que un gatito y luego había acabado flirteando con un volcán. Pero ella no conocía todavía el amor, y mucho menos esa clase de amor que los poetas quizá jamás han conseguido cantar, pero que las mujeres suelen vivir a veces; ese amor cálido, con el calor del nido y el consuelo y la benévola indulgencia que constituye el primer gran premio en la carrera hacia el matrimonio.

Vivica sintió en su interior el calor del amor cuando Tim la colocó en el sofá después de darle el primer beso, cuando le retiró de nuevo de la frente los rebeldes rizos y comenzó a darle a cucharadas el té y el arroz. Para calentar sus heladas manos las sostenía entre sus gruesas y seguras manos de médico. Algo en la mirada del muchacho le decía que sería capaz de entregarle su vida para hacerla dichosa para siempre y tranquilizarla también para siempre. Ella era su vida; finalmente, él se lo dijo. Lo era desde el primer momento en que la vio desconcertada y desamparada en la villa de los Chou; y lo seguiría siendo siempre, aun cuando envejeciera y aunque hubiese perdido el resplandor de sus rizos y la fuerza de sus arrolladores ojos de Afrodita. En los días de salud y de enfermedad, en los días de felicidad y en los de desdichas, Tim la defendería siempre, la custodiaría y la amaría.

—Nos casaremos lo antes posible —dijo finalmente, depositando en el suelo la última bandejita de laca.

Vivica asintió con la cabeza. Era maravilloso sentirse protegida por Tim; todavía más que sentirse protegida por tía Helene. O por lo menos, era más atractivo. ¿Qué diría tía Helene cuando se enterase de su compromiso matrimonial? ¿Y... el mayor?

Pero ahora el mayor no era más que una sombra proyectada sobre un tapiz mural, y las sombras ya no tenían poder alguno sobre Vivica después de haber experimentado el calor de los besos de Tim y tras haber descubierto una nueva clase de amor en los hombres. Se dobló dulce y sumisamente entre los brazos de Tim y le miró con una sonrisa en los labios.

—Estaré siempre a tu lado —susurró. En sus ojos de ninfa se reflejaba una invitación categórica.

El capitán Williams se levantó con tanta violencia que el jarrón de flores que estaba junto al sofá fue a parar al suelo.

—Vamos, pequeña, ahora voy a llevarte otra vez a casa de los Chou.

Timothy Williams se había metido en una empresa de cierta envergadura al

planear el matrimonio con Afrodita. Tenía la suficiente fuerza y madurez, asimismo poseía ese calor ardiente del amor que es el gran premio en la carrera del matrimonio. Estaba dispuesto a soportar el carácter de Vivica, a arreglar sus rizos hasta llegar a darles un «peinado», a apartarla siempre de los abismos de la realidad, a cuidarla con esmero y solicitud y a ofrecerle su vida en todos los momentos agradables y desagradables. ¡Pero acostarse con ella antes de la boda, eso sí que no lo haría! Eso hubiera significado relacionarse íntimamente con el caos...

Timothy Halvard Williams de Concord se casaría con la señorita Vivica Wergeland, de la conocida familia Wergeland de Trondheim. Evidentemente, la más joven de las señoritas Wergeland era una Afrodita graciosa y bella. Él era el primer Williams de Concord que se acercaba tanto a una Afrodita. Las consecuencias que para él tendría esa unión, no podía preverlas todavía el capitán aquella noche en Shanghái.

Capítulo VIII

LAS COPAS DE ORO

—¡Usted no está en sus cabales, capitán Williams! —dijo ásperamente la señorita Wergeland—. ¡Vivica no es una mujer para usted!

Ambos se bailaban frente a frente en la honorable y digna sala de recepción de «Villa Chou». Tenía ya proyectada la marcha a Bangkok, y ahora llegaba este americano, que hasta aquí le había parecido juicioso, y le daba una sorpresa. Como es natural, él no podía saber lo mucho que la señorita Wergeland aborrecía las sorpresas.

—¿Tiene usted una razón para su negativa, señorita Wergeland?

—Más de una, capitán Williams.

Helene estaba precisamente pensando que los Wergeland, en general y Vivica en particular, carecían de temperamento para la vida de matrimonio. Su hermano Olaf se había casado en Trondheim con los astilleros. Ella misma —como decían los chinos— se había convertido en la madre de todo un pueblo. Astrid había pasado años enteros desperdiciando sus sentimientos con un bribón. En los matrimonios de su hermano Knut ya ni siquiera quería pensar: Knut había sido un hombre casado que sin duda había provocado la ira de Dios. Y la menor de sus hijas, Vivica, era sumamente distinta a las otras muchachas. En el caso de que dentro de seis años tuviera que casarse, lo haría en Noruega y bajo la dirección de Helene.

—Vivica no está sana —dijo finalmente con aspereza.

—Ya hemos hablado acerca de este punto —repuso el capitán Williams con extraordinaria tranquilidad—. Vivica era mi paciente. ¡La conozco muy bien, señorita Wergeland! Sufrió una grave sacudida a consecuencia del terror que le inspiraba aquel japonés. Pero ahora se halla casi completamente restablecida.

—La familia Lillesand padece una melancolía hereditaria. La madre de Vivica se arrojó a la calle desde su habitación en un hotel de Dalat, pues mi hermano quería trasladarlas un sanatorio de Europa.

Timothy Williams se encogió de hombros por unos momentos.

—Eso no tiene por qué repetirse —manifestó, secándose el sudor de la frente—. No se repetirá. De eso ya me cuidaré yo.

—¡Capitán Williams, no quiero morderme más la lengua!:

Al parecer, la señorita Wergeland opinaba que hasta ese momento había observado la más moderada conducta.

—Usted sabe tan bien como yo que esa criatura no posee la más ligera noción de lo que es la vida. Ahora bien, puede que algún día la tenga. Pero a Tokio, a donde usted piensa trasladarse ahora, no la dejaré ir yo nunca jamás. ¡Ahí recordará día y noche su destino!

—Permítame usted que la contradiga, señorita Wergeland. Vivica no irá a Tokio como una prisionera, sino como la esposa de un oficial americano.

—¿En qué consiste la diferencia?

El capitán Williams enrojeció a causa de la furia.

—Como médico puedo asegurarle que la vista de los japoneses derrotados le hará desaparecer todo sentimiento de temor. ¿Acaso no ha visto usted en Asia a ningún japonés vencido?

—Sólo he visitado a la señora Yamato en un campo de concentración —contestó encolerizada la señorita Wergeland—. Los chinos han asesinado a su esposo. Fue él quien sacó a Vivica de la prisión del *Kempetai* con riesgo de su propia vida y quien la cuidó en su clínica particular. Por último la condujo a casa del señor Chou. ¿No sabía usted todo esto?

—El señor Chou Tso-ling no me ha dicho nada, Vivica tampoco.

—Usted no tiene la más ligera idea de todo el asunto. Vivica no está aún preparada.

—¿Quiere hacer el favor de no volver al mismo tema, señorita Wergeland? En mi país vivimos de cara al porvenir y entretanto forjamos el presente. Yo le garantizo que en Tokio Vivie...

Su voz temblaba ligeramente, pero Helene se dio cuenta de la pena y del amor que en ella vibraban. Realmente, Timothy Williams era un hombre admirable. Pero...

—Yo le quiero bien, capitán Williams —dijo casi con dulzura.

Por un momento la tranquilidad se adueñó de la situación. Timothy contemplaba con sus ojos asombrados la imponente y alta figura.

¿Qué pensaba esta mujer vieja, pero vigorosa? Vivica era lo mejor que poseía. Probablemente esto no quería reconocerlo la señorita Wergeland. Ella no sabía lo robusta que era su muchachita, a pesar de toda su apariencia de debilidad. Pero quizá tenía algún otro motivo todavía para adoptar esa postura. Tal vez había concebido planes más ambiciosos para la hermosísima muchacha, que pertenecía a una de las familias más influyentes de Trondheim. Puede que el nieto de un leñador de Trondelag...

—¿No soy yo bastante para Vivie? —preguntó bruscamente.

Helene jamás se había sentido tan sorprendida. ¿Habría perdido el juicio el capitán? ¿Que si no era bastante para Vivica...?

—Al contrario —contestó malhumorada.

A esta respuesta siguió un largo silencio. La frente del capitán Williams había adoptado aquel hereditario aspecto de ansiedad y pena. De repente, Helene se dijo que quizá veía las cosas un tanto unilateralmente. Ella no viviría toda eternidad, a pesar de que ahora se sintiera tan fresca como un pez. Pensó en Hanna Chou y en lo satisfactorio que podía ser un matrimonio cuando se hacían las concesiones indispensables. Quizás ella vivía demasiado en el pasado... como la mayoría de los europeos.

—Yo cuidaré de Vivica, señorita Wergeland —dijo el capitán.

Era la más débil expresión para indicar todo lo que pensaba hacer por la muchacha. Pero, no obstante, Helene sabía que no estaba hablando ni con un pusilánime ni con un sinvergüenza. El muchacho —¡así se lo llevase el diablo!— se había metido a Vivie en la cabeza. Y quizás él era el hombre menos a propósito, ya que Vivie no era de ningún modo la mujer más conveniente para él. ¿Es que en aquella ciudad de Concord no había para el capitán Williams ninguna muchacha linda y ordenada? Una auténtica compañera que como Helene mismo observara la realidad con denuedo y valentía y que no considerara como compensación —una mayor compensación— el propio mundo de los sueños... como hacía Vivica, como habían hecho Knut y Borghild.

—¡Reflexione usted, por favor, señorita Wergeland!

Helene, meditabunda, miró directamente los ojos inteligentes y seguros de aquel joven con cómicas arrugas de inquietud en su frente.

—Puede llamarme tranquilamente tía Helene —dijo—. Al fin y al cabo se va a casas con Vivie tanto si yo quiero como si no... ¡Dispéñeme, joven! ¡Por eso no vamos ahora a destrozar el servicio de té!

Para Astrid el compromiso matrimonial de Vivica significaba un trastorno en sus planes. Había previsto París como objetivo de su viaje, pero ahora se veía obligada a acompañar a su familia a Trondheim y permanecer en «Villa Wergeland» hasta que tuviera lugar la boda de Vivica. Helene se había mantenido firme en este punto: Vivie debía conocer primero su país materno, y luego desde Trondheim, regresaría otra vez al Extremo Oriente con Tim. El capitán Williams disponía ya del permiso para ir a Europa. Haría el viaje junto con la familia Wergeland y, una vez en Trondelag, visitaría también a los parientes de sus antepasados. Así, pues, para Astrid el objetivo era ahora Trondheim y no París. En Bangkok tenía que ordenar todavía muchas cosas sobre las que apenas pensaba ya. También había quedado muy sorprendida al conocer el compromiso matrimonial de Vivica, pues siempre había supuesto que Pierre de Maury y su hermana formarían una buena parejita. Con el ceño fruncido había leído por segunda vez la carta de Pierre y luego la había desmenuzado lentamente. Era una lástima, pues el objetivo informe de Pierre de Maury contenía datos interesantes sobre la fuga y salvación de un francés en el Asia sudoeste ocupada por los japoneses. El señor De Maury expresaba su esperanza de que la familia Wergeland hubiera logrado pasar sin apuros di terror de la época de ocupación. Desde Bangkok, Astrid le escribió a Saigón comunicándole su gran error y deseándole toda suerte de felicidad para el futuro. No le manifestó una sola palabra sobre sus propios planes, pues suponía que no le interesarían.

Ahora se encontraba sola en la enorme y vacía casa tropical de Sathom Road. Tía Helene y Vivica estaban ya en el barco que dentro de cuatro días debía conducirles a todos a Europa. Los muebles habían sido subastados, a excepción de los de la habitación de Astrid. El marido de Yumei y los criados habían cuidado con gran

esmero a Astrid durante estos últimos días. Había vendido con gran ventaja su participación en el negocio de antigüedades. Era tan diligente y lo planeaba todo con tanta corrección que la señorita Wergeland había dejado en sus manos la liquidación de todos los negocios. Astrid era una verdadera ayuda; en estos días Helene se sentía fatigada por vez primera en su vida. La despedida de Mailin la había dejado abatida. El pajarillo canoro de los Wergeland había vuelto de nuevo a Singapur, y con ello había desaparecido de la vida de Helene una amorosa tranquilidad y una felicidad honda y sosegada. Mailin no había cambiado en absoluto en un mundo que había ido variando año tras año y hora tras hora.

Precisamente Astrid se hallaba sentada en la terraza de Helene Wergeland, vestida con un maravilloso traje de seda natural, escribiendo a su prima Amélie Clermont, cuando a la puerta de las flores de bougainvillia llegó un *rikscha*. Acudió corriendo el marido de Yumei. Era demasiado tarde para recibir visitas. ¿Qué debía decirle al huésped?

Astrid se levantó lentamente y comenzó a bajar con semblante orgulloso las escaleras. Estaba muy pálida. Se dirigió como una sonámbula hasta el visitante y le preguntó:

—¿Qué se te ha perdido aquí?

—¿No quieres decirme ni siquiera buenas noches, Astrid?

Pierre de Maury permanecía inmóvil en su sitio.

Astrid enrojeció como un pimiento. Algo en la mirada y en la familiar voz del amado perdido se hallaba a punto de poner en peligro su serenidad, pero Astrid realizó un esfuerzo inmediatamente.

—Buenas noches —contestó mecánicamente, y volviéndose al marido de Yumei, que observaba la escena con curiosidad y conteniendo la respiración, le ordenó:

—Trae cócteles y *sandwiches* al pabellón de las orquídeas.

—Muchas gracias, pero acabo de encargarme una cena para dos en el «Hotel Oriental» —dijo Pierre de Maury—. Hemos de despedirnos como es debido, Astrid.

Por un instante, Astrid consiguió convencerse de que Pierre era un viejo y buen amigo, con el que podría ir a cenar tranquilamente. Luego volvió a repetirse que él era el único hombre a quien había amado y al único a quien querría toda su vida. Pero en los terribles meses que sucedieron a la detención de Vivica había aprendido algo: ahora ya no le observaba con mirada hambrienta ni tampoco daba el menor indicio de no haber olvidado jamás a Pierre. «El árbol no puede escoger los pájaros», había dicho en cierta ocasión Chou Tso-ling. Tampoco Astrid tenía derecho a la elección. Este pájaro rabilargo vino volando hacia ella unos años atrás; ella deseó apresararlo y retenerlo, pero el pájaro levantó el vuelo, y ella se quedó sola, desamparada como el árbol del proverbio. Eso era todo. Carecía de sentido reflexionar sobre el enigma de la dolencia.

Tenían una gran cantidad de cosas que contarse y se las contaban. De pronto, Pierre dijo:

—Ahora me he dado cuenta finalmente de lo que el *Kempetai* me ha enseñado. ¿No es curioso?

Miraba a Astrid. Ella experimentaba la sensación de que en el mundo reinaba la calma. Sólo los sampanes en el río Menam y los temblorosos rayos de luna sobre la mesa del jardín ofrecían un brillo de vida. Así, pues, Pierre había venido a hacerle una visita. Pero también en esta ocasión se había presentado para atormentarla, como siempre. Había conocido su terrible secreto.

¿Con qué objeto estaban sentados aquí? Eran dos personas que se habían amado y que ahora tenían que odiarse. Cuando Pierre supiera lo que había hecho Astrid llevada por su desesperación, forzosamente la despreciaría aun cuando ella se hallaba sumamente arrepentida de su acto y lo había expiado ya con amargura.

—Pierre —murmuró—, yo...

Pero el señor De Maury había sacado ya del bolsillo de su chaqueta una carta y ahora se la alargó.

—¡Lee, Astrid! —dijo con ecuanimidad, pues había pasado por un par de infiernos y los había podido resistir—. Lee esta carta. Es un documento.

Astrid buscó palpando sus gafas y se dio cuenta de que se las había dejado en casa, en otro vestido. Primero las letras desaparecían ante su vista, pero luego fue leyendo:

Tokio, octubre de 1945

Señor:

La firmante pide perdón al señor De Maury por importunarle con esta miserable y estúpida carta. Porque la firmante es una indigna criatura y le parece bien que el Japón muerda el polvo y que el señor pague con su desprecio a esta idiota criatura.

La firmante visitó al señor en Shanghái y en Saigón y le proporcionó la honorable adormidera del olvido. Charló con el señor y cumplió su deber con el Japón. El señor era enemigo del Japón. La firmante lo averiguó, leyó su carta, la transmitió al Kempetai y el señor tuvo que huir. La firmante rogó diariamente ante el gran Buda y ante el prohibido relicario del Shinto para que el señor se salvara y quisiera perdonarla. La que escribe delató con el corazón sangrante al señor, y ha llorado muchas y despreciables lágrimas de vergüenza y de afecto. El señor había sido siempre muy amable con ella y no podía sospechar lo que había hecho a ese honorable huésped como pago a sus bondades. Pero él deber con la patria es el primer y mayor mandamiento en el Japón. La firmante espera que el señor quiera perdonar al vencido y contrito pueblo japonés. La carta va dirigida a Saigón, a las antiguas señas.

Expresando su más profunda lealtad,

Yuriko

—Trabajó durante muchos años para el barón Matsubara —explicó Pierre—. Nosotros no teníamos la menor sospecha...

—¿Cuándo te visitó por última vez?

—Oh... en enero de este año. Luego se marchó.

¡En enero de 1945! Así, pues, mucho antes de que ella misma escribiera al *Kempetai*, Astrid sentía que renacía a una nueva vida que le era concedida por la inescrutable bondad del cielo. Aquel escalofrío interior que no la había abandonado desde la detención de Vivica, y que tampoco se había desvanecido después de la salvación de la muchacha, se había convertido en un calor confortable y delicioso. Astrid no podía más; gruesas lágrimas se deslizaban desde sus ojos azul pálido hasta su hermoso vestido. Estaba medio cegada por las lágrimas y el rostro del amado perdido lo veía a través del delicado velo de la renuncia. Quizá Pierre sabía lo que ella había hecho, y ahora venía para liberarla de la carga de su culpa. ¡No deseaba saberlo, ni ahora ni nunca! En otro tiempo perdió a Pierre principalmente porque ella quería siempre saberlo todo con detalle. Durante su reclusión en el *Kempetai* había comenzado a sospechar que todos los hombres buscan descanso y paz en sus mujeres y que demasiadas preguntas y excesiva curiosidad perturban la apacibilidad deseada.

—¿Por qué lloras, Astride? —preguntó Pierre.

Después de su liberación, Gastón Lafitte le había hablado de la carta de Astrid, carta que el mayor Matsubara le había dado a leer asegurándole que la señorita Clermont-Wergeland había hecho la denuncia.

—¡Oh, Pierre... es que soy tan feliz! —exclamó con un hálito de voz.

Se inclinó conmovido sobre aquella muchacha que le amaba y a la que él, fascinado por la política y atormentado por las inquietudes de Francia, jamás había querido como se merecía. Los dos habían incurrido en muchas faltas desde el momento en que el sol de Occidente comenzó a caminar hacia su ocaso en el año 1941. Pero la mayor culpa que se le puede achacar a una persona es la falta de amor. Pierre lo reconocía ahora. En la soledad del montañoso país del Laos había apurado hasta la última gota las dos copas de oro de las que hablan los místicos del Occidente: había bebido el rojo vino de la pena y el blanco vino de la esperanza. Tarde o temprano, todo el mundo tenía que beber de ambos en la juventud o en la vejez, ya fuera pobre o rico, hombre o mujer. Ambos eran el vino de la vida y no podían confundirse con falsificaciones de escasa calidad.

Por eso Pierre de Maury había acudido a Astrid antes de que abandonara Indochina para siempre y le traía la copa de oro con el vino blanco, puesto que la copa de oro con el vino de la pena y del dolor había sido ya apurada hasta la última gota. Él la contemplaba y se daba cuenta de que su fino y transparente rostro con sus, hermosas cejas y su boca desengañada estaba impregnado por los sufrimientos de su alma. Era un semblante más delicioso que antes, pero demasiado resignado para sus veinticinco años.

Luego, la cabeza de Astrid y su delicada cabellera volvieron a descansar sobre su

pecho, como en Shanghái, en aquella ocasión en que pudo percibir los latidos de su joven corazón. Él alzó su rostro, aquel rostro de muchacha llena de dolor y de añoranza, orgulloso, que siempre había conservado la pureza del alto Norte y buscó sus labios.

—¡No... oh, no, Pierre!

—¡Sí... *chérie*!

Sólo la luna y el grueso pábilo de una antorcha del jardín del hotel iluminaban la mesa, junto a la que dos europeos se despedían de Asia. ¡Esto sería una verdadera sorpresa para tía Helene!

El reencuentro de Astrid y Pierre después de una separación al parecer insuperable, era asunto muy personal, y sin embargo era un típico suceso de la posguerra, social y psicológicamente condicionado. En los meses que siguieron a la firma de la paz, el Extremo Oriente estaba sembrado de parejas de novios. Era como si las personas del Occidente, que habían vivido durante largos años, libres o prisioneros, en el «Estado mundial» japonés, enfermos como se hallaban por la nostalgia de la patria, quisieran construir su nido, y ciertamente con un pájaro de su propia especie. Muchos de estos vínculos ligados bajo el ardiente sol del trópico se deshacían en el frío clima de la patria. Pero, en cambio, algunos habían de persistir durante toda una vida. La duración de los matrimonios de Vivica y Astrid era una cuestión del futuro; pero la añoranza por la patria, que había reunido a los dos jóvenes después de acabada la guerra, era una potente y auténtica fuerza. Así lo comprendió también Helene Wergeland al enterarse del sorprendente giro imprimido en el destino de Astrid. El rostro interiormente iluminado de la mayor de sus sobrinas llegó a conmoverla de un modo que comprendía muy poco, pero que, en cambio, le llegaba al corazón. Pierre de Maury, el más desenvuelto de todos los franceses, no era de su agrado; pero no era ella quien debía casarse con él.

A la noche siguiente se hallaban todos sentados en el jardín del «Oriental», invitados por Pierre. El capitán Williams, que procedía de un mundo completamente distinto, al parecer había firmado un franco pacto de amistad y simpatía con ese francés bravo y luchador, que a su lado parecía un poco escéptico y fatigado. Ambos tenían un gran tema común: ¡la guerra! Y como segundo tema: las hermanas Wergeland. Un tercer tema era Tokio, ciudad que De Maury conoció con todo detalle antes de la guerra acompañado por el barón Matsubara y ciudad a la que el capitán Williams se trasladaría como médico militar después de su boda.

Vivica había saludado a «tío Pierre» despreocupadamente y había sonreído encantadora. Se sentía muy orgullosa de Tim, su «gigante». Acabada la cena bailaron en el débilmente iluminado césped del «Hotel Oriental». Al cabo de un rato, Pierre se encontraba cogido del brazo con Vivica. Ella le sonreía con el encanto de una ninfa y él pensaba en Saigón y en los numerosos bares en los que ella había coleccionado

rostros. El semblante del señor De Maury no insinuaba nada.

—Bailas maravillosamente, tío Pierre —murmuró Vivie.

—El borde de tu falda está roto, Vivienne —observó secamente Pierre de Maury.

El desarreglado borde de la falda le había estado molestando durante toda la noche. *Una petite vagabonde...* Sin darse cuenta, miró a Astrid, que se hallaba bailando con el capitán Williams, distinguida, con su impecable vestido de cóctel, con su sombrerito extravagante colocado de manera inteligente en el punto más exacto y conveniente de su cabeza. ¡Se sentía satisfecho! Astrid era estupenda para vivir en París. Recibirían al *tout Paris*, el intelectual y mundano París. La familia De Maury tenía muchas relaciones y esperaba que Pierre se casara con una mujer que poseyera buena presencia. *Maman* estaría encantado con Astrid.

Poco antes de terminar la velada, Helene Wergeland se encontró con Pierre de Maury en un tranquilo rincón del jardín del hotel.

—¿Qué pensamientos tiene usted para el futuro? —le preguntó sin rodeos.

—He concebido toda una serie de proyectos, señora. Viviremos en París; pero primero es preciso que me ponga en contacto con mis amigos.

Helene permaneció callada. Pierre prosiguió inmediatamente:

—Mi tío es el director general de la sección política en el ministerio del Exterior. Me ha ofrecido un seductor cargo en el servicio de Información y de Prensa para Asia y Oceanía. Como es natural, esto requerirá algún viaje de vez en cuando, pero el cuartel general será París.

Helene seguía silenciosa. Quizás experimentaba la sensación de que de hora en hora Astrid se le escapaba a otro mundo. Pierre interpretó este silencio como desaprobación. En verdad, Astrid había nacido con una cuchara de plata en la boca. Perdía las polveras de plata —se acordaba muy bien todavía— como si fueran manzanas o nueces. Adoptó una posición un tanto arrogante. Helene observó con ligero asombro su perfil ascético; no era en absoluto tan elegante como su sonrisa y sus ademanes.

—Mi familia no es rica, señora —dijo con un poco de orgullo—. Desde hace muchas generaciones estamos al servicio del Estado o de la Iglesia. Nuestras mujeres se ajustan con inteligencia y gracia a los medios de que disponemos. Espero que usted esté conformé con lo que yo puedo ofrecer a Astrid.

Un disimulado matiz de inquietud llegó hasta el fino oído de Helene como una garantía de las honradas intenciones de ese hombre, extraño ahora y siempre, para ella.

—Naturalmente, me preocuparé de dar a Astrid la posición social que le corresponde.

La señorita Wergeland dirigió al bribón la primera mirada cálida desde los lejanos días en que le conoció.

—Pórtese bien con ella —dijo ásperamente—. Astrid lo necesita mucho. La conozco bien.

Para los europeos había dado fin toda una época en el Asia sudoriental. La familia Wergeland emprendió el viaje de regreso a la patria. También en Europa les esperaba un mundo nuevo, transformado.

Mientras Helene, con Astrid y Vivica, se dirigía hacia el alto Norte —la doble boda debía celebrarse en Trondheim al año siguiente— el barón Matsubara se encontraba en la cárcel de Toldo en calidad de criminal de guerra. Con semblante sereno bebía el vino rojo de la pena. Algunas veces recordaba a la hermosa muchacha, a quien había adorado y a la que —como él creía— había destruido. Su mirada estaba siempre fija en la clínica del doctor Yamato, envuelta en nubes de ensueño. Cuando el abatido caballero del Sol Naciente pensaba en Vivica, sonreía y miraba hacia delante con aire impenetrable. Según el concepto japonés a uno le corresponde aquello que observa con interés y ahínco durante largo tiempo.

LIBRO TERCERO

UN MOMENTO DE ESPLENDOR EL ESCENARIO GIRATORIO DEL EXTREMO ORIENTE (1945-1955)

Hoja de información para moralistas

Quizá fue un gran suerte para el barón Matsubara el tener que desaparecer forzosamente durante los cinco años siguientes del escenario giratorio del Extremo Oriente. Como prisionero de los aliados disfrutaba de ciertos privilegios de los que no podían participar sus compatriotas que se encontraban en libertad: tiempo para reflexionar sin ser molestado, alimentación regular y la posibilidad de reponerse, a la manera japonesa, de la caída de las masas en profundidades insondables. Pero, sobre todo, el barón Matsubara disfrutaba, al igual que los otros criminales de guerra, de una valiosísima ventaja: la de presenciar de lejos la transformación del Japón en una democracia al estilo americano. Contrariamente a lo que le ocurrió a la familia imperial y a los círculos de la nobleza, en sus cinco años de prisión se ahorró muchas trágicas y grotescas humillaciones, a pesar de que precisamente esas humillaciones formaban parte del plan pedagógico de la potencia ocupante. La bomba atómica había conseguido la victoria militar; pero el general Mac Arthur y sus moralistas-militares del cuartel general de Tokio no se daban todavía por satisfechos. ¡Era lógico! La Segunda Guerra Mundial no era una guerra sencilla, sin complicaciones como, las de los buenos tiempos antiguos, en los que el vencedor se contentaba con el territorio y los mercados de consumo. Los moralistas de Estados Unidos intentaban implantar en Tokio y en sus alrededores el *American Way of life*^[87] y los principios de la democracia, exactamente igual como habían hecho en Occidente. Como para conseguir sus objetivos los moralistas no tenían que ahorrar ni dinero ni material, los americanos empleaban exorbitantes sumas de dólares, valores efectivos y material de aprendizaje para la «reeducación» de los japoneses de todos los círculos sociales. Especialmente en el transcurso de los primeros años que siguieron a la derrota, los vencedores recibieron la fervorosa atención de sus escolares japoneses. Con el celo propio de los asiáticos aprendieron cómo era la democracia. El barón Kenzo, primo de Akiro Matsubara, era uno de los grandes entusiastas. Además, los americanos recibieron corteses reverencias de los hombres y amables miradas de las damas. En el fondo, mucho ruido y pocas nueces. Ocurría que hasta ahora no se habían visto cara a cara con gentes como el barón Matsubara y otras de su mismo círculo social. Sus intenciones morales eran honradas; su desconocimiento de la psicología de los

japoneses, abismático. Si los Matsubara y otros señores derrotados de los sindicatos y consorcios «aprendían democracia», era única y exclusivamente por la simple razón de que pensaban que algo debía tener de bueno ese sistema. ¡Algún truco debía de haber tras esas prédicas morales! Pero ellos podían averiguarlo mediante los correspondientes estudios. Si los japoneses se inclinaban profundamente ante los uniformados pedagogos de Estados Unidos, era porque poseían una cortesía incurable y porque no tenían otro remedio. También la radiante sonrisa con que todos los japoneses saludaban a los americanos poseía sus características y circunstancias especiales. Los japoneses no sonreían por el hecho de que la democracia les produjera entusiasmo, como a veces creían sus maestros. En el Japón toda catástrofe privada o pública se tomaba como una broma bien lograda. Eso era debido al tacto que mostraban con los desprevenidos interlocutores; pero además, la sonrisa de los japoneses disimulaba su profundo pesimismo y salvaguardaba su orgullo herido. Así, pues, su sonrisa no era hipocresía, sino una postura moral que constituía el patrimonio de todos los japoneses desde hacía siglos y en todas las situaciones de la vida.

Seguramente que bajo el sol no existen dos naciones tan distintas como la japonesa y la americana. Y el filósofo francés Rivarol observa que la igualdad es el requisito moral indispensable de toda comunidad. Los contrastes de la moral estatal y privada, de la forma de vida y de la estructura social no pueden ser creados por el mundo. Ni el optimismo americano oficial ni la resignación japonesa (*Shikata ga nai*) podían cambiar nada. Los mil pequeños matices que regulaban el arte y la vida cotidiana del Japón eran incomprensibles para aquellos maestros acostumbrados a los superlativos y de espíritu muy tosco. Uno de los países de constitución feudal más antiguos no podía comprender los para el Occidente sanos principios, según los cuales todo ciudadano debe tener la misma fortuna y suerte. La jerarquía social de los japoneses era más antigua y correspondía más o menos a las necesidades de los japoneses, que estaban muy orgullosos de que el *Tenno* descendiera de la diosa del sol y no de la familia Smith de Chicago. El *Zaibatsu*, confederación de los grandes comerciantes del Japón incluidos en sindicatos, y oídos diez mil primeros, constituido por unas doce famosas familias, y los sindicatos americanos se hallaban mutuamente separados por un profundo abismo, por lo que a la tradición y modo de vida se refiere. Los barones Matsubara cuidaba paternalmente de sus dependientes y trabajadores en los tiempos difíciles; no era preciso ningún sindicato para tratar con el señor Matsubara; naturalmente, él daba siempre a todo el mundo arroz y vestido, aun cuando luego tuviera que echar mano de su dinero para cubrir las pérdidas. El Gobierno decidía muchas cosas importantes en la economía, y cambiaba sus resoluciones, pero los japoneses, con sus «doce familias», no tenían tantos fallos como los maestros americanos que juzgaban en su país con arreglo a unas condiciones muy diferentes.

Así como en los años que precedieron a la guerra aparecieron en el escenario

giratorio del Extremo Oriente los turistas japoneses, y los vencedores y samuráis durante los años de guerra, ahora en el espacio comprendido entre los años 1945 y 1955, surgían ante las candilejas unas nuevas y sorprendentes figuras: las «personas de bambú». Los japoneses y las japonesas, ¡qué suave y flexiblemente se doblaban bajo el crudo viento de la posguerra! Y sin embargo jamás se quebraban. El barón Kenzo, de la familia Matsubara, era uno de esos bambúes; la antigua agente Yuriko también lo era en la tienda que su padre tenía en Ginza, Tokio, y asimismo lo eran todos los arroceros, todos los empleados y funcionarios, todas las muchachas *pompom*^[88] de la calle y de los locales de baile de Yoshiwara^[89]. A todos los reglamentos incomprensibles contestaban con la palabra *sah*^[90], y luego obraban al revés. Se inclinaban profundamente hasta que les dolían sus delicados huesos, los unos en los festines y banquetes, los otros en las encrucijadas de las calles principales. Sonreían a cada hora, con el alma atormentada y angustiada, pero no se quebraban jamás.

Cuando en el año 1950 el mayor Matsubara trocó la prisión por su hogar familiar, todo seguía igual: las doce familias habían sido relegadas a un segundo plano, mientras que el primero lo ocupaban ahora los que aceptaban la democracia, y luego las mujeres, que son naturalmente obedientes, flexibles y modestas. Pero con la comunidad democrática no se había ido muy lejos. En el Japón regía todavía el «grupo» —aunque tras de los bastidores—, y como antes se suspiraba por la gloria y por k muerte. En el Japón de la posguerra carecía de importancia el individuo; sus alegrías y sus dolores quedaban siempre subordinados al bienestar de los grupos sociales y de la familia.

Ahora, mientras los americanos dominaban el escenario giratorio y en tanto las personas de bambú aprendían a conocer la democracia, millones de japoneses se acordaban de las grandes virtudes ocultas que anteriormente les habían reportado felicidad y satisfacción: la alegría depositada en la naturaleza, la sobriedad que se contenta con cosas insignificantes mientras sean agradables, y k disciplina nacional, que contiene un elemento de abnegación y desprendimiento incondicionales. La fuerza de la humildad japonesa, la ausencia de todo sentimiento de envidia ante los placeres de la mesa y los autos de los americanos, el deseo de constituir una sola unidad con el país y sus hombres, mantenían incólumes a las doce grandes familias y a los millones de pequeñas familias en aquel ambiente lleno de los horrores y de las seducciones de la «democracia». El agradecimiento japonés incluso por el más insignificante donativo o gracia —quizás éste es la más excelsa virtud de todo un pueblo— era un acontecimiento de primera categoría para numerosos americanos, cuyo buen corazón y dispuesto ánimo de ayuda capitulaban constantemente ante los vencidos.

Capítulo I

LA OSCURIDAD DESPUÉS DE LOS FUEGOS ARTIFICIALES

En la soledad de su celda, el barón Matsubara Akiro pensaba muy poco en la flamante democracia impuesta al Japón. Sólo veía la oscuridad sucesor a de los fuegos artificiales, que habían embriagado su alma orgullosa y ansiosa de gloria. Muy lentamente fue madurando en su mente el sorprendente reconocimiento de que Asia, desde el momento en que Japón difundió por ella su genial lema, pertenecía verdaderamente a los asiáticos. Actualmente, a decir verdad, a los chinos; pero como buen japonés, el barón Matsubara era un corredor de resistencia, y prefería a los sumamente infames chinos antes que a los generosos americanos. Una victoria moral, aunque se ocultara en las tinieblas como el más miserable insecto, hacía tanto bien al alma, orgullosa y sensible de Akiro como un baño caliente y como la vista de la belleza perfecta. Pero sin embargo, ¡cuánta oscuridad después de los fuegos artificiales!

Cuando el barón Akiro, de la distinguida familia Matsubara, se dirigía al palacio Matsubara aquella noche de Año Nuevo de 1950 a través de la ciudad de Tokio, medio destruida y medio iluminada con profusión, necesitó de todo su valor moral para no buscar la muerte bajo las ruedas de un coche. Sus compatriotas se deslizaban rápidamente como sombras o miserables insectos por las calles de la iluminada y resplandeciente, pero envuelta en tinieblas, capital de la nación. Una fría pena le embargó el alma cuando finalmente se detuvo ante la puerta del palacio que, de acuerdo con la tradición, ofrecía el aspecto de una sencilla casa de campo. Por fuera mostraba tantos desperfectos ocasionados por las bombas, que ningún oficial americano había solicitado la vivienda de los Matsubara. Además, se hallaba tan oculta entre pequeñas florestas y retorcidos vericuetos y puentes, que no era fácil descubrirla a primera vista.

En esa hora del crepúsculo soplaba un recio viento. Matsubara Akiro iba cubierto con un abrigo fino que le había dejado un tío por parte de su madre. El príncipe Itoh era un señor pequeño y delicado y por ello su abrigo prestaba un aspecto sumamente grotesco a su sobrino, que para ser japonés, era de elevada talla. En el jardín de la casa reinaba una tranquilidad de muerte, mientras Akiro Matsubara permanecía detenido ante la puerta, insensible y distraído. A la pálida luz de la luna el edificio parecía un cadáver. En el jardín desierto olía a putrefacción; un murciélago pasaba revoloteando aceleradamente por encima de los tejados contorneados, en los que se observaba la falta de numerosas tejas. La laca de la puerta había saltado, y todavía estaba por renovar. La «cabaña del ermitaño» que su abuelo había mandado construir

y había habitado de viejo, permanecía envuelta en fantasmales tinieblas en un rincón del agreste jardín. Tampoco aquí se veía luz alguna.

¿Qué habría ocurrido?, El príncipe Itoh había aconsejado a la familia de Akiro la dimisión del cargo y el regreso al hogar cuando todavía no era demasiado tarde. ¿Dónde estaban sus padres, sus dos hijas y su respetable abuela, que durante tantos años había dominado y conducido a la familia como una bondadosa tirana? Akiro había sido siempre su nieto preferido. El príncipe Itoh no había querido dar a Akiro ningún género de noticias acerca de la situación familiar. «Ya lo verás tú mismo», había dicho con cariñosa sonrisa. El príncipe aborrecía las conversaciones sobre asuntos penosos o desconsoladores.

En la puerta apareció con una linterna una vieja servidora de la casa. Sin darse cuenta retrocedió un paso cuando vio al barón Akiro a la luz de su linterna. El honorable «joven señor» tenía el aspecto de un fantasma. La anciana Kikue le había mecido respetuosamente en sus brazos cuando era niño. Decenios antes sirvió en casa de la «anciana baronesa» —la abuela de Akiro, que fue dama de corte—, y al casarse ésta pasó a prestar sus servicios en casa del magnate de las finanzas Matsubara.

La vieja Kikue se arrodilló y con sus secos labios besó respetuosamente los zapatos del que volvía a su hogar. No se atrevió a mirar por segunda vez aquel rostro de ojos sombríos y labios firmemente apretados. Con voz humilde dijo que prepararía el baño ceremonial para el ilustre señor hijo segundo y luego añadió que la anciana baronesa recibiría favorablemente al señor nieto después del honorable baño.

Matsubara Akiro se inclinó sobre la anciana y decrepita sirvienta y la levantó con la amorosa delicadeza con que los japoneses de las grandes casas acostumbran a tratar a sus criados de muchos años.

—Entremos en casa, Kikue —dijo con amabilidad—. Sopla un viento terrible.

La anciana arrodillóse de nuevo y le quitó los zapatos al señor hijo segundo. Luego, con la cabeza baja y tosiendo disimuladamente, se encaminó hacia el cuarto de baño detrás del barón Matsubara, que no venía como vencedor cargado de honores, sino como criminal de guerra. Sonrió en el interior de su alma cuando comenzó a enjabonar y cepillar la honorable espalda del «joven señor»: se podían contar todas las costillas.

También el barón Akiro sonrió cuando, respondiendo a su pregunta, la anciana Kikue le comunicó que, desgraciadamente, su honorable padre no había podido acudir a saludarle por encontrarse impedido por una enfermedad. Eso era peor que todas las humillaciones sufridas durante los cinco años. Además observó que sus dos hijas tampoco habían sentido la necesidad de acudir a recibirle y hacerle una reverencia. Le atormentaban espasmos gástricos al salir del baño. Con una sonrisa cortés se dirigió al hogar. Sonrió también cuando saludó a su abuela con una profunda inclinación. La anciana baronesa le devolvió la sonrisa.

La tragedia era perfecta, exactamente igual que la moral de las doce familias tras los bastidores del escenario giratorio del Extremo Oriente.

La baronesa Matsubara contaba ochenta y cinco años de edad. Era pequeña, encorvada y distinguida como un árbol enano. Como perteneciente a una familia samurái vivió los destellos del sol imperial en su época de dama de corte; para ella, la oscuridad después de los fuegos artificiales no era tan absoluta como para los jóvenes, puesto que, a su manera de persona anciana, vivía en el pasado y sus ojos se solazaban con la vista de las tres piedras preciosas imperiales. Con frecuencia había visitado en las ocasiones ceremoniosas un famoso santuario del Shinto, donde se encontraban las tres joyas del Japón: una espada, un collar de piedras y el espejo imperial. Allí, el sacerdote del Shinto, revestido con las ropas de las grandes fiestas, ofrecía sacrificios a los dioses del Japón. Desde la ocupación americana habían quedado prohibidas las «ceremonias del Estado-Shinto», puesto que se suponía ofendían al recién nacido sentimiento democrático del pueblo japonés. Cuando el barón Kenzo leyó en voz alta a la anciana baronesa este artículo de fe de la nueva «religión» de Estados Unidos, la anciana japonesa reprimió la risa y murmuró que era curioso que los huevos extranjeros quisieran educar a las gallinas japonesas. La anciana baronesa hubiera podido trasladarse perfectamente, acompañada de su sirvienta Kikue, a un «oratorio Shinto», pero prefirió seguir obstinadamente en su palacio destruido por las bombas, donde habían nacido sus hijos y sus nietos. Tenía el auténtico temor de los japoneses a los microbios y sentía profunda antipatía contra los extranjeros. Ambas cosas hubieran sido funestas durante ese viaje al campo para asistir a la ceremonia del Shinto. Ella se imaginaba a los americanos algo así como microbios gruesos y rubicundos y a la democracia como una fiebre contagiosa; le parecía que el medio mejor para protegerse de ella era quedarse en casa.

Cuando su nieto Akiro penetró en la sala de recepción de la casa, ella clavó rápidamente su mirada en el suelo, antes de ofrecerle aquella sonrisa que desgarraría su corazón. Él había sido siempre su orgullo: un hermoso, robusto e inteligente heredero del viejo nombre —de su nombre— y de la sólida posición paterna. Ella había reflexionado mucho desde que el príncipe Itoh le comunicó que Akiro sería puesto en libertad en fecha cercana. El coronel Saito, por sus interrogatorios, había merecido una pena mayor, y por consiguiente había sido condenado a diez años de cárcel. En los informes de Saito parecía como si el mayor Matsubara se hubiera limitado a seguir obedientemente, como era costumbre japonesa, las diabólicas prescripciones del coronel Saito. Los siete años de prisión de Akiro se habían convertido, sorprendentemente, sólo en cinco; y ahora la anciana baronesa tenía que comunicar a su nieto preferido todo cuanto había acontecido durante su ausencia. Se le había ocurrido para ello una solución genial, muy típicamente japonesa. No se podía herir con palabras al orgulloso hijo segundo, que sólo por heroica obediencia al Tenno no se había suicidado después de la derrota del Japón. Akiro era inteligente y sus ojos lo atravesaban todo; ¡en el recibimiento que le hiciera ya comprendía el «arreglo»!

¡Comprendió! La sangre pareció que iba a paralizarse en sus venas cuando, todavía tranquilo y caliente por la influencia del baño, ofreció sus respetos a su honorable abuela y vio el «arreglo», tan delicada y refinadamente ideado, que ni siquiera el mismo Akiro hubiera podido tramarlo mejor en sus períodos de esplendor en Shanghái, en París o en Indochina. Por unos instantes sintió un dolor tremendo en sus entrañas, y cerró los ojos. Durante unos segundos no supo exactamente si se encontraba soñando en el interior de su celda. Luego abrió la rígida e incandescente ventana de su alma y sonrió con semblante desencajado. ¿Qué había sucedido? Para un extraño, ni lo más mínimo; pero para Akiro de la casa Itoh-Matsubara parecía como si en ese momento el sol se hubiera ocultado definitivamente.

Un extraño no hubiera visto más que un recibidor decorado sobria y ascéticamente, recubierto con limpias *tatami*^[91] para la vigilia de la fiesta de Año Nuevo. Ardía un sencillito *hibachi*^[92] que expandía un calorcillo confortable y hogareño. Cerca del *tokonoma* se encontraba —como siempre— el «rincón sagrado», el llamado *butsudan*^[93]. Era un altar en miniatura con maravillosas tallas de madera y adornado con laca dorada. Contenía una figura del *Buddha Amida*, la figura principal del budismo-Shinshu, quien habría de asegurar un buen lugar en el paraíso a los componentes de la familia Matsubara, tanto si aprendían democracia como si, tan testarudos como el príncipe Itoh y la anciana baronesa, no querían saber nada de Abraham Lincoln, ni de los chicleños ni del *Reader s Digest* en su edición japonesa. Ante ese altar la anciana baronesa bacía sonar cada mañana una diminuta campana de cobre; a pesar de su edad hacía una reverencia tan flexible como la de todas las muchachas de bambú ante los distribuidores de cigarrillos del ejército de Estados Unidos y recitaba la oración prescrita por la secta Shinshu. Y en el *butsudan* Akiro advirtió inmediatamente el nuevo árbol genealógico de su hermano mayor que, como «piloto suicida» y vencedor glorioso, a pesar de la guerra perdida, era el único destello luminoso para la aislada familia Matsubara Itoh.

Cerca del altar colgaba un retrato del bisabuelo Matsubara, que había construido la «cabaña del ermitaño», y en la que actualmente se encontraba el barón Jiro, el honorable padre de Akiro, para ponerse a salvo de los representantes de la democracia. Él, hasta la capitulación, extraordinariamente activo señor, pasaba sus días y sus noches encerrado en ese ascético infierno, y únicamente recibía ocasionalmente a su sobrino Kenzo para sostener con él conversaciones a media voz. El barón Jiro Matsubara —uno de los más hábiles y astutos déspotas de la economía— padecía, desde la destrucción del *Zaibatsu*, una enfermiza inclinación a la meditación y la ausencia del mundo, que su anciana madre acogía con desagrado. Sabía que Jiro era un hombre de acción. No era oportuno que abandonase en manos de su sobrino Kenzo los complicados negocios e intrigas que los miembros del *Zaibatsu* urdían tras los bastidores. Y no sólo los negocios...

El barón Jiro había adoptado a Kenzo como hijo mayor y heredero de la estirpe Matsubara. Había eliminado a su hijo Akiro de la lista porque no había servido sino

de ignominia para la familia. En su obstinación y en su defectuosa interpretación de los deberes de obediencia de los samurái, el barón Jiro no podía comprender cómo Akiro no había puesto fin a su vida suicidándose tras la vergüenza de haber estado en prisión. Pero precisamente esto lo había prohibido el Tenno inmediatamente después de la capitulación en un mensaje dirigido a todo el pueblo. Ésa era la tragedia de millares de japoneses orgullosos y ansiosos de morir, que habían tenido que renunciar a sus deseos de extinción por respeto a la más sublime virtud de los samurái: la obediencia. Al tener que conservar la vida, Akiro había cumplido con la principal de sus obligaciones; precisamente su deshonor era su honor. Sólo su abuela y el príncipe Itoh le comprendían, y le sonreían con semblante triste. Y ahora la anciana baronesa tenía que herir profundamente al abandonado y humillado patriota Akiro con su arreglo, y tenía que ofenderle sin palabras y con ánimo estoico.

En el nicho había un sitio de honor para los huéspedes o para el supremo jefe de una familia; y en ese sitio de honor se encontraba su primo Kenzo, el adoptado «hijo mayor» de la familia. ¡Kenzo, el hijo de *la viuda del arroz*, que en la infancia y juventud de Akiro había llevado una despreciable vida de apariencia en el seno de la noble familia cuyas mujeres descendían del príncipe Itoh! ¡Kenzo, un intimidado y humilde hijo de las sombras, había servido y lisonjeado al resplandeciente y orgulloso Akiro y en un momento, por gracia de unas palabras amables, había atrapado al vuelo lo que parecía imposible de conseguir! Él jamás había podido jugar con Akiro y el hermano mayor, que no poseía ni la belleza de Akiro ni su fría inteligencia, ni tampoco jamás había podido ejercitar los deportes a la moda occidental. *La viuda del arroz* y Kenzo habían ocupado una penosa situación intermedia entre los sirvientes y los miembros de la poderosa familia. Eran tratados con menos cariño que los sirvientes. Ahora los tiempos habían cambiado. *La viuda del arroz* había salvado a la anciana baronesa y a la madre de Akiro durante el bombardeo de Tokio. Ella murió. La madre de Akiro sufrió un ataque al corazón después de haber sido salvada, y murió también. Sólo la anciana baronesa Matsubara de Itoh había sobrevivido a todo, diminuta, encorvada y orgullosa como un árbol enano japonés, y además, inteligente y orgullosa como su nieto Akiro, que a pesar de su estatura era su vivo retrato. Tenía como ella la atrevida nariz curva, los labios delgados y orgullosos y los ojos severos y ardientes de los samuráis...

Con esos mismos severos y rígidos ojos contemplaba Akiro en ese momento a su pariente Kenzo. En un santiamén se dio perfecta cuenta del «arreglo» en el nicho de honor y se inclinó respetuosamente ante el nuevo miembro principal de la familia Matsubara de Itoh. Permanecía de pie, inmóvil, y sentía cómo se le escapaba la vida. Luego hizo una reverencia ante la honorabilísima abuela.

El primo Kenzo se adelantó medrosamente hacia Akiro. Era pequeño, un poco corpulento y ocultaba la expresión de sus ojos cortos de vista bajo unas gafas de asta.

—Bien venido a la casa paterna —murmuró, sonriendo desconcertado.

¡Si Akiro no hubiera sido tan alto y distinguido a pesar de su humillación y si él

mismo no hubiera sido tan bajo y corpulento! El barón Kenzo tenía un aspecto vulgar: su madre no había sido una persona adecuada para una de las «doce familias». Pero Kenzo era diligente, negociante como pocos, una «persona de bambú» ejemplar. Tras los bastidores representaba con infinita delicadeza, inteligencia y cortesía los intereses económicos del *Zaibatsu* destruido por el general Mac Arthur. No había nada que el primo Kenzo, que con sorprendente resultado había tomado lecciones particulares del viejo barón en la «cabaña del ermitaño», no supiese en él año 1950 sobre la fabricación en gran escala, las transacciones financieras, el transporte, la explotación minera y los negocios bancarios de la gran familia japonesa. Pero en este momento Kenzo estaba completamente trastornado debido a su delicada sensibilidad japonesa. La mirada del en otro tiempo tigre del *Kempetai* le atravesaba como la hoja de la sagrada espada samurái que el príncipe Itoh había ocultado en un lugar tan secreto y difícil, que no pudo ser entregada a las tropas americanas, a pesar de la orden que los organismos superiores habían dictado a las familias antiguas. La espada se encontraba en el jardín de una escondida casa de verano, propiedad de la anciana baronesa. Tenía el propósito de regalar la casa de campo de Karuizawa como obsequio de Año Nuevo a su nieto Akiro, y al día siguiente quería darle el certificado de propiedad. La anciana baronesa pensaba que Akiro no podía permanecer en Tokio. Por su aspecto parecía como si estuviera reprimiéndose para no estrangular al pobre Kenzo, a pesar de que seguía sonriendo y se había inclinado ante él profundamente.

—Esperamos que mañana querrás participar en nuestra comida de Año Nuevo y que tu honorable persona será motivo de paz y felicidad.

Con estas palabras el barón Kenzo se ponía a salvo en lo convencional. Respiraba ruidosamente por la nariz, como un subordinado ante su superior, a pesar de que ahora era el señor de la familia. Él mismo se dio cuenta de su error y murmuró:

—*Ake-mashite omede tóh gozai masu*^[94].

Luego empezó a respirar dificultosamente como una carpa y con ello puso al descubierto su dentadura de oro adornada con piedras preciosas, una falta de gusto muy perdonable en el hijo de *la viuda del arrocero*. Toda una joyería hubiera quedado pequeña al lado de la honorable boca del barón Kenzo.

—*Konen mo yoro-shiku onegai itashi-masu*^[95] —dijo ceremoniosamente el primo Kenzo con una sonrisa criminal.

La anciana baronesa dio unas palmadas. Inmediatamente aparecieron la vieja Kukue y sus dos nueras. En el transcurso de los últimos cinco años habían aprendido tan poca «libertad y democracia», que seguían sirviendo como siempre a la familia para ganarse su arroz, su vestido, una muy insignificante indemnización y un gran honor. Tampoco cobraban un sueldo sometido a tarifa fija por su labor de criadas de la casa y por toda su lealtad y ciega devoción a su bondadosa patriarca. Eran un caso desesperado en relación con la moral democrática.

—¿Cómo está tu honorable esposa? —preguntó cortésmente Akiro.

—Agradezco tu interés, primo Akiro. Se encuentra perfectamente bien.

¿Por qué se hallaba tan desencajado el semblante de Kenzo? ¿Por qué la anciana Kikue mantenía ante su rostro su mano seca y gastada por el trabajo? Lo hacía para reprimir una sonrisilla disimulada. La señora Kenzo había sido tan sumamente vejada por la familia y por su honorable esposo, por no haber dado a los Matsubara ningún hijo y heredero, que ella misma, de acuerdo con las normas de emancipación de la mujer japonesa, había pedido el divorcio. La baronesa, que contaba treinta y cinco años de edad, había regresado a la casa de sus padres y deseaba ocuparse en cuestiones políticas. Sí, incluso las mujeres del «tío» Mac Acthur tenía ahora derecho a la votación. Todo esto fue lo que la anciana baronesa comunicó a su nieto después de la presurosa despedida del primo Kenzo.

Akiro escuchaba incrédulo. ¿Mujeres... política... libertad... derecho a la votación? Comenzó a sonreír, pues su abuela había insinuado también una sonrisa que las sirvientas acogieron con sus rostros de madera y con respetuoso y recatado entusiasmo. Los chismes y habladurías de las «doce grandes familias» les llegaban siempre más al corazón que las conquistas y logros de la «de-mo-cra-cia».

—Dijo que Kenzo no la comprendía —concluyó la anciana baronesa Matsubara de Itoh, soltando ahora una franca carcajada.

Akiro se había distraído tanto que compartió con alegría sus carcajadas.

—¿También nuestras mujeres quieren ser comprendidas?, —preguntó—. ¡Pobres gallinas!

Había tenido siempre la opinión de que las mujeres occidentales eran infelices con tanta frecuencia porque sus maridos las «comprendían» en lugar de hacerles adquirir el hábito de la obediencia.

—Veo que tengo que aprender muchas cosas en el nuevo Japón, honorable abuela —repuso alegremente—. ¿Puedo preguntar si mis dos hijas han sido instruidas también según las doctrinas de la democracia y de la libertad?

Ya bastante avanzada la noche, Akiro se dirigió a su lecho. El pensar en sus hijas no le dejaba en paz, a pesar de que no habían considerado necesario acudir al palacio Matsubara para recibirle. Eiko y Sadako no parecían recordar en ningún aspecto a Tatsue su noble y desgraciada madre. De niñas habían querido muy poco a Tatsue, y en cambio habían adorado a su padre, a pesar de que éste jamás deseaba saber nada de ellas porque no eran niños. ¿Y ahora?

El barón Akiro contemplaba fijamente las paredes de su dormitorio.

¡Qué oscuridad después de los fuegos artificiales!

Capítulo II

VARIACIONES DE LA HUMILDAD

Al día siguiente comenzaba en el Japón la fiesta más importante del año: *shogatsu*, la fiesta de Año Nuevo. También en el palacio Matsubara preparaban el recibimiento que habían de dispensar al sacerdote que debía «purificar» la casa. A pesar de que la distribución de arroz en todos los hogares estaba racionada, se hallaban preparadas ya las tradicionales *mochi*^[96] en cantidad suficiente para parientes y amigos. El barón Kenzo encontraba siempre la manera de conseguir de sus a amigos ocupantes, raciones extras y otros privilegios. A pesar de todo, ni él ni la anciana baronesa poseían el sentimiento de alegría interna con que habían celebrado el *shogatsu* con la familia en los peores tiempos antiguos. Para el barón Kenzo, el primo Akiro significaba el final de la alegría y de la paz. Por eso sonrió con especial satisfacción cuando fue a hacer al honorable padre de Akiro la visita de Año Nuevo.

Por medio de sus servidores el barón Jiro se había enterado de que su madre había explicado a Akiro la nueva situación, y recibió a su adoptado «hijo mayor» con el mejor humor de Año Nuevo. Akiro le había presentado ya sus respetos, y en tal ocasión habían hablado poco y reído mucho. El barón Jiro no había podido sufrir jamás a Akiro a pesar de sus resplandecientes dotes, y Akiro, como muchos hijos japoneses, había sostenido siempre la opinión de que las tres peores cosas que pueden existir en el mundo son: un terremoto, un campo de arroz seco y el honorabilísimo señor padre.

El de Akiro era de talla media y muy delgada. A pesar de sus ejercicios y meditaciones ascéticas, tenía el aspecto de un zorro especialmente astuto y bien dispuesto. Poseía gran inteligencia, un disimulado refinamiento y muy expresas simpatías y antipatías, las cuales cuidaba como si fueran un abanico de seda. Únicamente, se distraía un poco con el pobre Kenzo, activo y diligente como una abeja. Para poder tratar con verdadera desenvoltura al antiguo poderoso cabeza de familia observaba con casi demasiada insistencia e impertinencia su *ko*^[97]. Jamás podría expresar al anciano barón su agradecimiento por los inmerecidos honores que había ido acumulando en la cabeza del hijo de *la viuda del arroz*. En el interior de su alma agradecida y humilde, Kenzo alimentaba la sospecha de que el barón Jiro le había colocado en posición tan elevada sólo para humillar profundamente a Akiro, sin necesidad de explicaciones ni de escenas: «hijo segundo», no tenía ni remotamente los privilegios y ventajas económicas del «hijo mayor». Kenzo se sentía tan incómodo sobre la estera, que el viejo barón le contemplaba divertido en gran manera. Sabía exactamente lo que le ocurría a su querido Kenzo, mientras observaba con sonrisa disimulada su rostro honorable y un poco plebeyo con boca tímida, a la

que los valiosos dientes de oro no concedían ni energía ni distinción.

—Desgraciadamente, eso no puede ser, mi querido hijo —repuso el barón con voz lastimera, como si realmente sintiera profundamente tener que rechazar la estúpida petición de Kenzo—. Jamás colocaré a Akiro en tu lugar.

Kenzo sufrió un sobresalto tan violento que sus gafas, que nunca estaban firmemente fijadas en su nariz, cayeron al suelo. Sus bondadosos y tímidos ojos, en los que ocasionalmente centelleaba la inteligente llama del experto en economía, miraban desconsolados al suelo. El severo y poderoso «señor padre» no permitía ni siquiera una sola vez a su miserable hijo las delicias de la humildad. El día de Año Nuevo de 1950 Kenzo se veía condenado a dirigir los negocios de la familia bajo la impertérrita mirada de Akiro. Él un día tigre del *Kempetai* había recibido con jiña profunda inclinación de agradecimiento el certificado de donación de la quinta de campo que la abuela tenía en Karuizawa, y había murmurado que partiría inmediatamente hacia allí en cuanto hubiera «ordenado» todos los asuntos de sus dos hijas. Eso quería decir categóricamente que el primo Akiro permanecía en Tokio por tiempo indeterminado y que deseaba «someterse» al flamante hermano mayor.

Parecía como si a Kenzo se le hubiera atragantado una gruesa albóndiga de arroz de Año Nuevo. Hizo una profunda reverencia ante la inexorable e ilustre persona que le había impuesto el terrible destino de tener que mandar sobre el primo Akiro. En ningún momento le pareció razonable rebelarse contra esta decisión —¡y eso que tenía ya cuarenta y un años!—, ni tampoco discutir sobre la situación que se había originado. La impávida arrogancia de los Matsubara, sus planes secretos y sus refinadas intrigas no permitían pensar ni siquiera en los debates que frecuentemente entablaban entre sí los americanos dignos de envidia, a los que Kenzo observaba intensamente y con fascinación. ¿«De-mo-cra-cia»? Por lo menos en la vida era inconcebible. Dos semanas atrás, el barón Kenzo había visto a dos *narices largas* americanos que se daban palmaditas en los hombros mientras discutían amistosamente entre sí, y al final el oficial americano había cerrado de golpe la puerta silbando sonoramente porque su amigo le había gastado una broma bonachonamente con su «muchacha de consuelo». ¡Todo eso en público, mientras en Japón el primer precepto era la cortesía en el lenguaje, la sonrisa y el ocultamiento de la vida privada!

Después de hacer tres reverencia, el pobre Kenzo murmuró su desesperado «*sumimasen*^[98]». Esta expresión podía significar que los compromisos con la familia no tenían fin, que a Kenzo no le sería posible «devolver» jamás la carga que el barón Jiro había colocado sobre sus humildes espaldas; pero también podía representar que Kenzo estaba desconsolado ante su situación. Naturalmente, era un pretexto para la valentía de tener ideas propias en presencia de un superior.

Enzo se dirigió con la cabeza muy baja al palacio Matsubara. La hermosa puerta, de la que había saltado toda la laca, estaba engalanada en ese día de Año Nuevo. La servidumbre la había adornado con ramas de pino y bambú; era el signo de la longevidad. Sobre la entrada colgaba un gigantesco *yuzu*^[99] y entre la paja del arroz y

los helechos se veía la langosta tradicional.

Humildemente inclinado, como el criado de un señor tirano, Kenzo se introdujo por la puerta festivamente decorada para reincorporarse a la vida de familia.

El segundo día del nuevo año el barón Akiro se puso en camino para visitar a su hija mayor Eiko, que había abandonado en la posguerra a la familia para casarse con un nuevo rico fabricante textil japonés. Desde entonces, Eiko no había sido recibida jamás en compañía de su joven esposo burgués en el palacio de los Matsubara. La anciana baronesa no se había repuesto todavía del golpe que para ella representó tener un «comerciante» en la familia. A pesar de que señor Yasuda era un *narikin*^[100], se había encumbrado gracias a clandestinos negocios en el mercado negro, pagando miserables sueldos a sus trabajadoras y entregándose a las acostumbradas manipulaciones de los diligentes hombres de bambú del Japón de la posguerra que militaban en la clase de los «liberales» tan favorecida por los demócratas americanos. Los *narices largas* de Estados Unidos no sabían nada de los miserables sueldos, contra los que las trabajadoras no se declaraban en huelga jamás, a pesar de que pertenecían a un sindicato; tampoco sabían nada de los negocios que el señor Yasuda había hecho en el mercado negro, ni que su mujer era una baronesa Matsubara de Itoh, o sea, que pertenecía a una clase que nada tenía que ordenar, ni merecer, ni intrigar en el nuevo Japón.

Eiko se avergonzaba tanto de formar parte de las «doce familias» que, antes de que su señor amo pudiera leerlo, arrancaba de todos los periódicos cualquier artículo ya estuviera redactado en japonés o en inglés —que se ocupara de este asunto. Naturalmente, el señor Yasuda leía tales artículos en las casas de las geishas, que él visitaba regularmente, mientras su noble esposa le esperaba en el hogar. Ciertamente tenía motivos para besar el polvo de sus botas, ya que él se había casado con ella, la hija de un criminal de guerra de la desacreditada familia de los Matsubara. Los artículos de los periódicos le daban aquel sentimiento de la propia dignidad que a veces le abandonaba cuando se encontraba ante Eiko. Ella era completamente distinta de todas las mujeres y muchachas que el señor Yasuda había conocido en la industria textil. No incurría en la vulgar costumbre de taparse con la mano la boca para disimular la sonrisa, y además tampoco sonreía a hurtadillas. Le preparaba el té con una gracia maravillosa, y en cierta ocasión permaneció tres días sin decirle una sola palabra porque él le propinó una bofetada como castigo por haber expresado su propia opinión. Eiko se limitaba a mirar a su esposo con mirada severa. Sus labios, maravillosamente bien trazados, se cerraron apretadamente expresando su muda repugnancia, y su atrevida nariz curva— ¡por todos los dioses de Shinto, que no era la suya una nariz de albóndiga de arroz! —aspiró el aire con un gesto de desprecio. Tres días después el señor Yasuda, que realmente no era malo y sobre todo apreciaba lo bien que había respondido su honorable esposa después de haber recibido un bofetón

de su señor marido, sentía tan desgarrada su alma que incluso se equivocó a favor de sus trabajadoras al hacer las cuentas de los salarios. Y en la noche del día tercero Yasuda se dirigió al dormitorio de Eiko en su espaciosa y moderna casa, y en lugar de asestarle una buena paliza por su obstinado silencio, le regaló un collar elaborado con lamentable mal gusto. Eiko sonrió amorosamente, y desde entonces llevaba el horroroso collar sobre un *pullóver* de la fábrica del señor Yasuda. Lo llevaba con la arrogancia digna de un samurái. Eiko había acabado ya con los quimonos y los complicados peinados porque no eran adecuados para la mujer de un demócrata japonés. A los huéspedes los recibía con traje europeo.

Pero cuando al despuntar el primer día del nuevo año, la anciana Kikue se acercó sigilosamente a Eiko para anunciarle el regreso al hogar del honorable señor padre, ¡entonces sí que el señor Yasuda tomó sus decisiones! Contempló a Eiko mientras meditaba sobre su idiota educación nobiliaria. Él la amaba sinceramente y se hubiera suicidado sin dudarle un momento si ella hubiera mostrado deseo de abandonarle, pero tener que saludar a un criminal, eso era ya demasiado para el señor Yasuda, que ahora pertenecía a las clases distinguidas y dominadoras.

En resumidas cuentas, Yasuda prohibió a Eiko ir a su casa con la anciana sirvienta, a pesar de que Kikue había traído consigo un quimono para esta visita. Eiko tuvo que ceder, aunque un poco a disgusto, pues no podía soportar que la mandasen; Ella misma no quería ver a su padre. En realidad, no deseaba ver a nadie, posiblemente ni siquiera al mismo señor Yasuda. Por lo menos así lo parecía, puesto que Eiko dijo encontrarse enferma y en la fiesta de Año Nuevo no comió ni uno solo de los manjares procedentes del mercado negro. Yacía tendida sobre su esterilla y verdaderamente no sabía por qué lloraba tan amargamente. Todo su orgullo seguía manando con las lágrimas. ¿Quizás era porque sentía nostalgia por su antes idolatrado padre?

La puerta corredera de su aposento se abrió lentamente. Eiko se enderezó y reprimió un grito. En el umbral se encontraba su digno, honorable, poderoso y hermoso padre. Sonrió amablemente a su pequeño vivo retrato, a pesar de que el primer día del nuevo año Eiko se había portado muy escandalosa e idiotamente, demostrando tener muy poco amor filial. Pero ella era joven y no estaba segura de sí misma. Y él había cumplido ya los cuarenta y se hallaba poseído de aquella arrogante seguridad que Eiko imitaba ocasionalmente. Y además, a fin de cuentas, él era responsable de su hija.

Eiko se puso de pie y se secó las lágrimas con un pañuelo de seda. Se notaba muy avergonzada por el hecho de que su ilustre padre la hubiese visto llorar, a pesar de que un criminal de guerra ya no contaba. Por unos segundos su espíritu, influenciado por el señor Yasuda y las lecturas del *Reader's Digest*, se rebeló; pero la tradición y la educación recibida en el «Pensionado para jóvenes nobles» de Tokio eran más fuertes que un año de matrimonio. Se arrodilló ante su padre y le deseó humildemente un feliz Año Nuevo.

El barón Matsubara levantó a su hija sacudiendo la cabeza: Eiko había prorrumpido en desesperados sollozos. Él hizo como si no se diera cuenta, puesto que el honor y el amor propio de su hija se hubieran resentido demasiado. De su cartera de documentos, obsequio del señor Von Zabelsdorf en los años del Sol Naciente, sacó un regalo de Año Nuevo. Estaba empaquetado dentro de una «caja de regalo», según la hermosa costumbre antigua, de formato bastante largo, y atada con una cinta de papel roja y blanca. Además del *mizuhiki*^[101], en la parte superior derecha de la caja había también el tradicional *noshi*^[102].

—Te he traído un cuadro —dijo amistosamente el barón Matsubara, y añadió irónicamente—: Si me viera obligado a pasar una hora contemplando los cuadros que cuelgan en las paredes de esta casa, me colgaría yo también junto a ellos. ¡Admiro tu firmeza, mi pequeña Eiko!

En ese momento apareció en el umbral de la puerta el señor Yasuda y tras él una sirvienta con un refresco para Eiko.

—Márchate —ordenó el señor Yasuda.

En ese momento no se vio claro si se dirigía a su honorable esposa o bien a la sirvienta. Lo cierto es que desapareció la sirvienta. Cosa muy natural, porque Eiko no admitía todavía ninguna clase de órdenes.

—Le ruego que tome asiento, barón —dijo el señor Yasuda.

Inmediatamente había reconocido al padre de Akiro por haberlo visto en las fotografías aparecidas en los periódicos. Pero era Año Nuevo. El miserable individuo sólo sabía que un demócrata japonés jamás hubiera podido indicar la puerta a un huésped en el día más celebrado del año. Tenía que agasajarle, desearle felicidades y sonreírle poco o mucho.

Exactamente eso fue lo que hizo el señor Yasuda. Acerca de los «modales de los días de fiesta» estaba de acuerdo todo el Japón, aunque ahora la nación se encontrase desgarrada y escindida.

Después que el barón Matsubara se hubo refrescado como indicaba el ceremonial, contempló con espíritu ausente a su pequeño vivo retrato y al señor fabricante textil Yasuda. Sabía ya dónde y cómo se habían conocido. Eiko había acompañado a escondidas a una amiga a una fiesta en la que el señor Yasuda había regalado el *whisky*, por lo cual se le habían concedido los honores de primer invitado. Después de toda una noche en blanco, el barón Matsubara había ideado un plan para sacar a su hija de la atmósfera que la rodeaba actualmente. Por lo demás, el ambiente en que se desenvolvía la vida de la muchacha era exactamente igual al que se había imaginado.

Como es natural, el padre de Eiko no arremetió inmediatamente contra el señor Yasuda para llevar a cabo su plan, sino que con mucho tiento sostuvo el diálogo con las frases propias de los días festivos, y luego pasó a hablar con el señor Yasuda sobre la actual situación de la economía japonesa. Primero quería averiguar el grado de

inteligencia de su yerno. Con paciencia ejemplar prestó oído a las manifestaciones del nuevo rico demócrata, y de vez en cuando le acometía con alguna pregunta. Parecía que el señor Yasuda no sólo estaba perfectamente orientado, sino que incluso tras su charla democrática escondía ideas muy apreciables acerca de las posibilidades de la reconstrucción de la economía nacional. Además disponía de una serie de relaciones y ventajas con las que no podía contar el eliminado *Zaibatsu* a pesar de los incesantes esfuerzos de Kenzo. El señor Yasuda era joven, ambicioso y de sentimientos íntegros respecto a la política. Era todavía un niño cuando el barón Matsubara trabajaba ya en pro de la formación del sacro dominio japonés en el Asia sudoriental. El barón meditaba sobre cosas muy importantes, mientras el señor Yasuda, que finalmente se sentía en su elemento, informaba con aire altanero al deshonrado criminal de guerra sobre el nuevo Japón.

El país tenía que ser reconstruido económicamente, naturalmente con la ayuda y no en contra de los americanos. Pero el caballero sostenía también que si el Japón quería mantenerse sobre sus honorables piernas, tenía que sostener relaciones comerciales con la China roja. El señor Yasuda esperaba con todo su corazón que Estados Unidos no tendría nada que oponer a esta aspiración. Tampoco debían objetar nada contra el *shintoísmo*, siempre que no se tratara del «Estado-Shinto». Luego, el señor Yasuda, en su charla sobre la democracia económica, pasó a hablar de la industria textil, diciendo que tenía enormes deseos de exportar a Estados Unidos, o incluso instalarse en San Francisco, pero en tan gran escala y a un precio tan escandalosamente barato, que todas las amas de casa americanas podrían comprar blusas al precio de un dólar, pues los salarios japoneses eran por lo menos diez veces menores que los americanos. El señor Yasuda lo sabía muy bien, dado que el sueldo de sus trabajadores era todavía un cierto tanto por ciento inferior a lo corriente en el Japón. Las blusas serían sin duda una parte de importancia esencial de la «de-mo-cracia», tanto en Japón como en Estados Unidos.

Como el barón Matsubara se divertía deliciosamente y se hallaba agradablemente sorprendido por la gran inteligencia que demostraba poseer su yerno —había sido educado en la creencia de que en el Japón la facultad de pensar estaba reservada exclusivamente a la alta nobleza—, su rostro adoptó un aspecto grave y se produjo una significativa pausa. Finalmente, se levantó con su acostumbrada elegancia y le dio a Yasuda las gracias por su agradable información. Añadió ceremoniosamente sus buenos deseos para el Año Nuevo y aseguró que Yasuda era realmente un hombre de oro. Dicho con otras palabras, un hombre de oro puro. Pero su hija Eiko —que en lugar del kimono llevaba un descarado *pullover* que hacía resaltar la descarada silueta de sus pequeños senos—, su hija, la baronesa de Matsubara de Itoh, de diecinueve años de edad y sometida a la claramente degeneradora influencia del señor Yasuda, no podía seguir permaneciendo en una casa donde colgaban pinturas al óleo de Estados Unidos que de un momento a otro podrían conducir al suicidio a la pobre Eiko. ¿Estaba todo claro? Además ésta era una separación democrática,

exactamente igual como las blusas y las sábanas. ¿O quizás era Yasuda dé otra opinión? Después que el barón Matsubara hubo puesto punto final a este prelude encantador con su voz dulce como la miel, que había provocado la sonrisa impenetrable de Yasuda, se volvió a su miserable hija y le dijo enérgicamente:

—¡Tú te vas a venir conmigo inmediatamente a casa! Kikue aguarda afuera, en el vestíbulo, con un kimono.

Hizo otra inclinación con su gentil delicadeza y esperó pacientemente a que Eiko ejecutara también su reverencia de despedida. El señor Yasuda se encontraba completamente en condiciones de imponer sus planes con el tiempo (blusa por blusa y debate por debate) mediante su inteligencia y sus sueldos miserables. Pero de momento el señor Yasuda temblaba, mientras Eiko parecía una estatua, de tan petrificada como se hallaba. Había levantado orgullosamente la cabeza y sentía todo su cuerpo atravesado por un escalofrío. Los dos jóvenes se encontraban en ese momento desamparados y en plan de franca inferioridad frente a la infernal afabilidad del antiguo tigre del *Kempetai*, y también frente a su legendario orgullo y su inviolable autoridad. Pero a pesar de los miles de años de existencia de la ley de sujeción a la voluntad del padre, Eiko, de pronto, en medio de su petrificación, dirigió su mirada al joven esposo. Y lo que vio determinó su destino.

Yasuda, el que la había sacado de una familia agonizante, que como todas las demás de su misma categoría tenía que sufrir hambre y desprecio en su orgullosa obstinación, y la había devuelto a la vida, ese Yasuda, joven, bueno y diligente como una abeja, contemplaba a Eiko con semblante de moribundo. Sus labios amorosos, que tantos besos dispensaban, temblaban como los de un muchacho; pero el verdadero drama estaba en sus ojos. Aquellos ojos hundidos, resplandecientes y aterrorizados miraban a Eiko con una humildad y un amor tal que hubieran derretido incluso la nieve del sagrado monte Fuji. Con esa mirada la observaba también cuando ella estuvo tres días sin decirle una palabra y cuando al final él le trajo aquel increíble collar. Exactamente igual, excepto con esa aflicción muda y sin nombre y esas ansias de muerte.

Eiko despertó de su estado de rigidez. Hizo una profunda y humilde reverencia ante el barón Aloro y le dijo con voz apagada que sentía infinitamente no poder acompañar a la venerable persona de su padre. No abandonaría a Toshiyuki, y nada ni nadie podría impedirlo. Se quedaba con él y con las pinturas al óleo... si su honorable esposo tenía el gusto de tenerlas. Y Eiko voló ligera y graciosa como una libélula junto a su joven marido, inclinó su orgullosa cabeza y le dijo con tono de voz quebrada que la perdonase por... No sabía lo que Toshiyuki tenía que perdonarle. Se puso de hinojos ante él sin decir palabra, del mismo modo como en los tiempos antiguos se arrodillaban ante sus esposos la madre, la abuela y la bisabuela. Había cerrado los ojos, dando a entender que estaba dispuesta tanto a la vida como a la muerte. Como en sueños sintió que los brazos de un hombre la levantaban cariñosamente y que una mano le acariciaba su brillante y larga cabellera. Pero no era

la mano de su joven marido, sino la de su padre.

—Sólo quería saber si por hija tenía un ratón o una Matsubara —dijo el barón con ánimo sosegado—. Lamento que mi sistema te haya asustado tanto.

Más tarde desarrolló el plan que había concebido, para el caso de que su hija no fuese un ratón ni su yerno un imbécil. Ciertamente, sólo había visto a su hija durante el permiso que disfrutó en Tokio en los tiempos de esplendor del Japón, pero realmente tenía de ella muy buen concepto. Siempre había creído que su responsabilidad ante las muchachas no era más que una de sus muchas obligaciones familiares.

—Le voy a adoptar a usted, Yasuda —dijo de pronto—. Mi honorable padre ha adoptado a mi primo Kenzo, Al parecer, en la familia tenemos cierta inclinación a practicar esos métodos.

La adopción no era ninguna cosa extraordinaria, sino que era una costumbre muy corriente en familias de importancia cuando no había «hijo mayor» para engendrar nietos y para conservar el nombre de la familia. Esto era lo que más importaba a Matsubara Akiro. Además, ahora todos los Matsubara trabajarían juntos, y para ello les serían de gran utilidad las relaciones del señor Yasuda con las nuevas autoridades. Comercialmente podría emprenderse la reconstrucción bajo el nombre «Yasuda», nombre que no atraería sospechas, mientras aguardaban el momento en que «las doce familias» recuperaran su antiguo poder, lo cual seguramente no tardaría ya más de cinco o diez años. Entonces, el señor Yasuda, como parecía conveniente, haría las veces de «barón Matsubara de Itoh», pero el hijo que quizás Eiko llevaba ya en su seno, era de esperar que fuese un noble con inteligencia y perspicacia, igual que su abuelo Aloro y su bisabuelo recluido en la cabaña de ermitaño.

El señor Yasuda escuchaba con la boca abierta mientras su suegro le exponía el plan de la adopción y de la sucesión hereditaria.

El barón, satisfecho, se dirigió luego en un miserable *rikscha* a casa del príncipe Itoh, que debía actuar de «mediador» en la familia. También ésta era una costumbre japonesa. El tercer día del nuevo año, Eiko y su joven esposo debían instalarse en el palacio Matsubara. La anciana Kikue había colocado un quimono en el ropero de Eiko. Era tan lujoso como aquel quimono de la imperial Kyoto que en 1925 el barón Matsubara mandó como obsequio al cónsul Wergeland, en Shanghái, sin recibir una frase de agradecimiento de su primer y último amigo occidental.

Akiro sonreía satisfecho. Había empleado los antiguos y excelentes métodos del *Kempetai* Primeramente había obrado de modo que Eiko le proporcionara ciertas ventajas mediante su traición a una persona querida. Ése era el medio más sencillo para estudiar el estado de ánimo de las personas. Y luego había puesto al señor Yasuda al lado de las «doce grandes familias» haciéndole objeto de un soborno de gran categoría. Su yerno arrastraría a otros demócratas.

«Los métodos de la policía secreta serán siempre de gran utilidad», se dijo Matsubara Akiro, «aun cuando sus protagonistas hayan desaparecido en el abismo de

la nueva “de-mo-cra-cia”». Y al pensar en esto no pudo por menos que dedicar un recuerdo al coronel Saito, cuya familia entera había perdido la vida al ser lanzada la bomba atómica sobre Nagasaki-Urakami.

Nadie podía ayudar al coronel Saito. En ello fracasaban incluso los planes de su sincero y franco colaborador y amigo Matsubara Akiro. Esto le causaba un profundo y auténtico dolor. El barón ya no sonreía mientras seguía su camino a través de la ciudad de Tokio sembrada de anuncios luminosos. Ahora le era posible desprenderse de la máscara por un par de minutos: estaba solo.

Joseph Kitsutaro Saito pasó la fiesta de Año Nuevo de 1950 en su celda de la prisión, igual que muchas otras fiestas anteriores y otras tantas que habrían de venir. Se hallaba sentado sobre su raída esterilla y se entretenía hablando con su amada y honorable esposa y con sus hijos. En cierto modo su familia se hallaba constantemente con él, ya que nadie está muerto definitivamente en tanto se piensa en él y se reza por él.

El descomunal cuerpo de aldeano del coronel Saito había enflaquecido terriblemente; no por el hecho de que no comiera lo suficiente, sino porque a menudo no podía comer. Primero su cariñosa esposa tenía que exhortarle amorosamente para que tomase obediente y humilde los palillos y se tragara el arroz. Quizá Dios había previsto una larga existencia de penitencia para su miserable hijo Joseph Saito; y para soportarla necesitaba fuerzas.

Como si fuera un hombre muy anciano, sus pensamientos le transportaban de nuevo a Urakami. Organizaban una jira al río, y los niños nadaban y gritaban jubilosos. O bien se arrodillaban todos juntos en la pequeña iglesia al toque de las ánimas y se sentían llenos de confianza en Dios. Esto ocurría así antes de la guerra, y mucho tiempo antes Joseph Kitsutaro Saito se había equivocado al confiar en el severo y mortal brillo de los crisantemos imperiales. En la ingenuidad de su esencia había creído que durante el día se podía ir a la caza de hombres que habían planeado el ocaso del sol del Japón, para luego rezar y dormir durante la noche. Esto había sido un gran error, y el Señor, en su ilimitada bondad, permitía que ahora su siervo Joseph Saito de Urakami expiara sus pecados de pensamientos, palabras y obras en el riguroso cautiverio de diez años de cárcel.

Algunas veces le visitaba el sacerdote del penal, un padre americano que siempre abandonaba la celda conmovido y casi avergonzado ante aquella sincera y pura humildad. El coronel Saito era de los primeros japoneses cristianos que había conocido muy de cerca al padre O'Brien. Había redactado una petición de indulto, pero Joseph Saito no quena saber nada de eso, sino que deseaba expiar la pena merecida. Sólo eran diez años. El padre O'Brien sacudía la cabeza. Para él aquel japonés seguía siendo un misterio ¿En qué lugar del mundo se encontraría un hombre que pudiendo quizá cumplir su condena en sólo seis o siete años quisiera permanecer

en la cárcel diez interminables años? Pero la humilde súplica de que no se preocupara por ese miserable preso, reo de numerosos pecados, había llegado al corazón del joven sacerdote. Con la misma sumisión el cura había suplicado a Joseph Saito que rogara por él el día de la fiesta de los Santos Reyes.

Joseph Saito no estaba tan triste como se imaginaba su amigo Matsubara. Tras de haber salido de la guarida de los lobos, había regresado al redil de los corderos, con tanta rapidez y sinceridad como sólo podían darse en los niños y en los pobres de espíritu. Cuando se arrodillaba ante su crucifijo de madera, que le había acompañado siempre en Shanghái e Indochina, un presentimiento de alegría venía a mezclarse con su aflicción y arrepentimiento. Comenzaba a ver las cosas del mismo modo como comenzaban a verlas en las horas tranquilas los santos y también a veces los pecadores. Durante el tiempo del poder había estado rogando con toda sinceridad por un objetivo falso y por esta causa se había hecho reo de miserables pecados. Y como lo reconocía así, había vuelto las espaldas para siempre al mundo inmediatamente después de haber caído en insondables profundidades.

Renunciaba a enviar una petición de indulto, puesto que quería ser juzgado rigurosamente. En su noble ingenuidad suponía que Dios podía hacer florecer en invierno a los hermosos cerezos del Japón, y que también podía liberar de la cárcel al más miserable de todos los pecadores, pero sabía que esto no tenía que ser así. Las flores del cerezo de la gracia brotarían en la celestial Kyoto en el momento oportuno. Así lo requería el orden divino y el japonés.

Joseph Saito de Urakami se postraba de hinojos todas las noches ante su crucifijo heredado y rogaba al Hijo de Dios con confianza infantil que protegiera a su país y también a él mismo en la medida que lo mereciese. Y asimismo agradecía humildemente al Señor el largo y riguroso frío del invierno y los dolores que le mandaba.

Capítulo III

ENCUENTRO EN EL «FUJIYA-HOTEL»

*Señorita Helene Wergeland a la señora Vivica Williams.
Fujiya-Hotel». Myanoshita. Japón.
Trondheim, 18 de enero de 1950.*

Querida Vivie:

Muchas gracias por tus buenos deseos para Navidades y Año Nuevo, que es de suponer no nos traiga ninguna sorpresa. Me pusiste muy contenta enviándome las fotos tuyas y del pequeño Halvard. El niño es muy alto y robusto para sus tres años y me recuerda a tu padre: ¡posee los mi, ojos e idéntica sonrisa!

En cambio ya no me gusta tanto el saber que antes de Nochebuena te marchaste de Tokio con el niño y su niñera japonesa y te fuiste al «Fujiya-Hotel» de Myanoshita. Por favor, no me digas que tu intención era admirar él monte Fuji, pues te conozco muy bien y sé la poca afición que tienes a las bellezas de la Naturaleza. Tu observación sobre el clima es una gran estupidez. Tú te encuentras perfectamente bien, y él niño también. ¡Lo sabes muy bien, niña!

¿Por qué has dejado solo a tu marido en estos días de fiesta? ¡Tu acción va a dar lugar a comentarios desagradables! Cuentas veinticuatro años y ya es hora de que reflexiones antes de hacer las cosas. ¿Qué te pasa? Me das mucho que pensar. Por favor, no me hagas esperar tu respuesta durante seis meses. Soy una mujer vieja y no dispongo de tanto tiempo para aguardar.

Por lo que a salud se refiere, me encuentro muy También disfruta de buena salud la viuda de Aalesund, cuyo marido murió hace dos años en Copenhague. Ahora está muy gorda. Todas la quieren mucho en el hogar de las madres. Se dedica a relatar cuentos de bandidos de la jungla del norte de Siam a las madres y los niños. Y por cierto, que esas historias no tienen ningún sentido; pero aquí no se oyen contar todos los días cosas sobre elefantes. Estoy muy contenta de tener a Laura a mi lado; yo la conozco y ella me conoce a mí.

Sera para mí una gran satisfacción poder reuniros a todos en Trondheim en ocasión de cumplir mis setenta años. Sigo recibiendo muy buenas noticias de Astrid. Sus gemelos —Antoine y Helene— crecen excelentemente. Astrid e incluso su ridículo sombrero, ofrecen magnífico aspecto en la última fotografía que me ha enviado. Un poco raro, ciertamente, pero esto lo hace siempre el aire de París. Nuestra Mailin se halla muy triste: Jimmy ha muerto. Afortunadamente es muy inteligente y activa, y por eso no paso cuidado. Además, cuenta con la alegría que le proporcionan sus tres hijos. Este verano lo pasará en Trondheim, con los niños, naturalmente; luego ya veremos lo que hará. La familia Chou de Singapur

no va a tenerlos a perpetuidad a causa de los niños, pero ya lo sabía yo desde el primer día de su matrimonio. ¡Por favor, escríbela! ¡No lo olvides!

Lo ignoro todo de ti. ¡Me gustaría saber qué es lo que piensas! En el caso de que te aburras, te daré un consejo: ¡trabajo! Si Timothy tiene el hospital lleno de enfermos, según me dice en su carta, lo mejor que tú podrías hacer es ayudarle en la correspondencia o bien ocuparte en algo en el hospital. ¡No hagas tonterías, Vivie!

Tía Helene

*La señora Vivica Williams a la señorita Helene Wergeland.
Hogar materno Helene Wergeland Trondheim. Noruega.
Myanoshita, febrero de 1950.*

Queridísima tía Helene:

Muchas gracias por tu carta del 18 de enero. No tengo la menor idea del motivo por el cual estás tan enfadada conmigo. Me preocupo mucho de tenerte siempre contenta; pero no soy tan cuidadosa como Astrid ni tampoco tan serena como Mailin. Yo desearía hacer feliz a Tim, y generalmente lo consigo. Siempre está tremendamente contento; él es, además de tú y del niño, todo lo que yo poseo. Pero no nos entendemos perfectamente bien, lo que por lo demás no tiene nada que ver con el amor. Tim es demasiado diligente y por eso dispone de tan poco tiempo para mí que yo me encuentro casi mucho mejor cuando estoy sola. Naturalmente, es el mejor hombre del mundo, y no se parece en nada a su verdaderamente terrible familia de Concord. ¡Jamás en mi vida he visto a personas tan carentes de fantasía y tan poco trabajadoras como los habitantes de Concord! Pero eso probablemente es porque siempre he vivido en los trópicos y ahora estoy en el celestial Japón y... Carece por completo de sentido comenzar ahora a escribir sobre este país. Por fortuna, Tim ha de hacer tantas cosas en los hospitales y en la educación médica de los japoneses, que por lo menos tenemos aún para cuatro años más de permanencia en el Japón. Aquí hemos encontrado una buena niñera: Sumi.

El sitio donde más me gustaría vivir es París. Envidio a Astrid. Sólo conozco de cerca a un francés, precisamente el marido de Astrid. ¡Qué persona tan divertida y elegante es, y qué manera tan celestial de bailar to suya! Astrid me ha mandado también la fotografía. Fierre sigue siendo tan encantador como siempre, y también tan terriblemente correcto. Pero prefiero la elegancia y la corrección al aburrimento y a la familiaridad; y, con pocas excepciones, de esta categoría son las alegrías de Tim. Tiene un ayudante joven y encantador: Tom Donnelly. Pero yo no puedo bailar con él, ni tampoco reír ni... ¡Ah, tía Helene, ya casi estoy harta de la vida de matrimonio! Halvard es todavía demasiado pequeño para ser mi compañero, e inmediatamente se va con Sumi cuando quiero

tenerlo Conmigo. ¡Era tan feliz contigo! Tú mejor que nadie sabes todo lo que me pasa y lo que me conviene, y aun me escribes tan enfadada...

No sé por qué me preguntas «qué pasa». Absolutamente nada, y precisamente esto es lo malo. Me marché antes de Navidades porque constantemente estábamos invitados a reuniones y me encuentro mucho mejor sola conmigo misma que sola con cuarenta americanos. Ahora me hallo aquí para coleccionar un par de caras nuevas. Eso es todo. No sé lo que te ha escrito Tim. En todo caso, no ignoro que es demasiado bueno conmigo. Me sabe terriblemente mal ofenderle. Es tan maravillosamente ardiente como un horno; pero cuando quiero sentirme con calor también me sirve la inmensa muchedumbre de Tokio. Los americanos no pueden estar solos; y nosotros los noruegos no resistimos encontrarnos siempre rodeados de personas. ¡Esto no puedes echármelo en cara, tía Helene! No soy tan inteligente como tú y la duquesa de París, ni tampoco tan angelicalmente paciente como Mailin. Siento enormemente lo de Jimmy. Pero Mailin, con toda su delicadeza, es imperturbable. Y yo soy alta y fuerte, pero siempre debo parecer de cristal; incluso hay veces en las que oigo cómo se quiebra. Si Tim me deja iré a pasar el verano contigo. ¿O quizá no querrás tenerme a tu lado? Naturalmente, me acompañarían también Halvard y Sumi. ¡Ah, si fuera ya verano! El tiempo se desliza desesperadamente despacio. Generalmente Timothy es más caro de ver que un miserable insecto de lluvia. Esta misma frase la empleaba un conocido japonés que entonces se encontraba en Shanghái. Aquí en el hotel hay también una habitación con crisantemos, y otros cuartos con distintas flores. Apenas se ve a ningún japonés por aquí; no hay más que americanos, y algunos ingleses y suizos.

Muchos y cariñosos saludos de tu

Vivica

Doctora Margaret Williams al mayor Timothy Williams
U. S. Army. The Council of Medical Education. Headquarters.
Tokio.
Concord, 10 febrero 1950, USA.

Querido hermano:

Muchas gracias por tus buenos deseos para Año Nuevo te mandamos la madre y yo. Vuestra fotografía es preciosa; el pequeño tiene la misma cara que el abuelo Williams.

Con gran interés leí tu artículo en el periódico sobre vuestra escuela de ejercitamiento médico en el Japón. Me alegra muy especialmente el hecho de que un grupo de buenos y bien formados médicos japoneses colaboren activamente con vosotros para alcanzar los objetivos apetecidos. Siempre he sido de la opinión de que el trabajo a favor de un objetivo social común contribuye mucho

más al desarrollo democrático que todas las discusiones, octavillas y medidas burocráticas. Así pues, te deseo de corazón para este nuevo año mucho éxito en el trabajo al que tanto has cooperado. Y sólo estoy a la mitad de lo que me propongo decirte.

¡No puede ser cierto, querido hermano, que desees permanecer toda una serie de años en él Japón simplemente para dar gusto al capricho de tu esposa! Tú mismo escribes diciendo que vuestro trabajo se encuentra en muchas manos competentes y que también son muchos los médicos japoneses que se inscriben al curso de cuatro años para trabajos de laboratorio, entrenamiento clínico y examen final, de modo que no veo por qué motivo tienes que seguir tan lejos de tu patria, tanto más cuanto que el pequeño va creciendo y poco a poco tiene que ir conociendo otras cosas distintas a su ama japonesa y el parvulario de Toldo.

Siento mucho comunicarte algo que tenía que decirte un día u otro: es muy difícil de olvidar y reparar la forma y manera como interrumpiste tu permiso de dos años en nuestra ciudad, sólo porque a tu mujer no le gustaban ni Concord ni tus familiares. Precisamente porque nosotros dos hemos sido siempre inmejorables amigos desde la infancia, porque teníamos aspiraciones comunes y porque en todo momento pensábamos y actuábamos de un modo semejante, me duele tanto tu manera de obrar. De mamá ni siquiera deseo hablarte. Ella se lo traga todo sin decir una palabra y cada día se siente más débil y está más pálida. Por favor, no me repitas la tontería de que Vivica, como noruega, no puede acostumbrarse a la vida de Estados Unidos. No es culpa de Concord, sino de Vivica. Si consideras el problema objetivamente, estarás de acuerdo conmigo.

Mi opinión es que se ha hablado demasiado en el mundo de las diferencias nacionales. Esto sólo es verdad a medias. Precisamente en nuestro país, que ha recibido a millones de emigrantes y sigue recibéndolos, emigrantes que tratan de hacerse americanos, se encuentran numerosas familias noruegas que se han adaptado perfectamente a nuestra nación y nuestras costumbres. Naturalmente, no buscan en Estados Unidos ningún paraíso de ensueño, sino que simplemente se alegran de nuestra realidad. ¡Pero esto es lo que no le interesa a Vivica! Cierto que le han ocurrido muchas cosas extraordinarias durante los años en los que las otras muchachas juegan al tenis y se preparan para una profesión. La señorita Helene Wergeland me habló extensamente sobre este punto cuando se celebró vuestra boda en Trondheim. Jamás había sentido tan respetuosa admiración por una persona como por esa mujer valiente, bondadosa y tremendamente activa.

¡Qué lastima que Vivica tenga un carácter tan poco sociable! Como médico, la comprendo. En este sentido, no puedo ciertamente admitir tus reproches. Incluso creo que en algunos aspectos calo más hondo que tú. Es por ello por lo que no me sorprende lo más mínimo que Vivica no desee abandonar el Japón. Lo suyo es una especie de amor odioso que frecuentemente se da en aquellas

personas que han experimentado emociones demasiado fuertes para ellas. Ahora te hablo como médico, no como «árbitro» de Vivica, como me dijiste antes de tu fuga a Tokio. Si aquel día me expresé con demasiada crudeza —me di cuenta de lo disgustada que estaba mamá—, te suplico que me perdonen. Mi único afán es vuestra felicidad, la misma que os desea la señorita Helene Wergeland, que igualmente querría que Vivica viniese pronto a Concord. Te ruego que consideres las cosas con serenidad y que no olvides todo lo que te une con tu familia. ¡Ya sabes que has sido siempre muy bueno con nosotras, Tim! Si el llamado amor hace ciego y sordo a un muchacho tan excelente como tú frente al mundo de las realidades, entonces cada día tendré que dar las gracias a Dios por haber conservado libre de amor los treinta y seis años de mi vida.

El motivo de mi carta es el siguiente: nuestro estimado y anciano doctor Chase ha sufrido un segundo ataque apoplético, y finalmente, a pesar de su testarudez estima que no tiene más remedio que traspasar su clínica a algún joven. Nada le gustaría tanto como verte de nuevo en Concord. El doctor Chase aguardara todavía tres meses antes de ceder su clientela a otro. Nosotras esperamos que te hagas cargo de ella. Hemos convenido ya que podrás pagar la clínica a plazos; ya sabes que el doctor Chase es el más antiguo amigo de nuestra familia. Sería ideal en todos los aspectos. Mamá renacería a la vida si volvieras a casa. Te prometo que nosotras y todos los amigos haremos todo lo posible para que Vivica se sienta bien a nuestros lado.

Mamá te manda una caja con manzanas de New Hampshire para que recuerdes un poco el sabor de nuestra patria,

Muchos saludos

de tu vieja Margare

El mayor Timothy Williams leyó la carta de su hermana con los labios firmemente apretados mientras iba camino de la *Nursing-School* de Tokio, institución a la que tanto apreciaba y a la que dedicaba el escaso tiempo libre que le quedaba para estos adicionales viajes de inspección. No le era preciso reflexionar: de momento se quedaba en el Japón. «Hasta que el niño empiece a ir a la escuela», pensaba. Esto sería dentro de tres años. Entonces Vivica tendría que «recuperar el juicio». Era una suerte que este proceso no tuviera que realizarse hasta dentro de tres años. Un poco de la tendencia oriental a dejar que las cosas transcurran por su cauce se le había contagiado en el Oriente al extraordinariamente virtuoso y enérgico mayor Williams. Pero lo principal era que Vivie le sonriese: para ella vivía en sus ratos libres Timothy Williams de New Hampshire.

La enfermera jefe americana del hospital-escuela le salió al encuentro riendo alegremente y con los ojos enrojecidos por haber llorado y haberse refrescado a toda prisa. Elizabeth Murphy era una muchacha de San Francisco. Había creído que pronto hallaría el amor que le convenía, pero hoy llevaba en el bolsillo de su blanca

bata la carta de despedida del capitán Donelly.

Éste era el mismo joven médico al que Vivica consideraba tan «encantador», una observación que la señorita Wergeland había recibido en Trondheim frunciendo el entrecejo: Vivie parecía estar fuera de quicio y vivir en un mundo de ensueño y holgazanería.

—¿Qué hay, Betty? —preguntó el mayor Williams, simulando que no se había fijado en los ojos llorosos de la enfermera jefe.

—Poco y malo —contestó brevemente la señorita Murphy—. ¿Recuerda usted a la enfermera Sadako? Huyó de su casa hace tres años. El padre era criminal de guerra. Ya sabe la vieja canción. La chica ha abandonado el hospital.

—Por lo visto las fugas son una costumbre en ella. ¿Cuál es el nombre de su familia?

—Matsu o Saru o algo por el estilo. Así se llaman todos.

Timothy reflexionó unos instantes y las arrugas de su frente se pronunciaron. Era lamentable. La Prensa japonesa se lanzaba sobre las historias de fugitivos casi con el mismo celo que sobre las informaciones de suicidio. Los nuevos hospitales y en especial la *Nursing-School* eran una verdadera conquista en el marco de la potencia ocupante. Antes de 1945 las enfermeras eran muy mal pagadas en Japón y, correspondiendo al sueldo que se les daba, tenía que fregar los suelos para dejar en manos de los familiares de los pacientes el cuidado de éstos. Con frecuencia, los familiares habitaban el cuarto del enfermo, preparaban las comidas y entretenían al paciente con habladerías, cantos e inadmisibles golosinas.

La enfermera Sadako era una persona muy cortés y diligente. La enfermera jefe estaba muy asombrada de su fuga. El japonés era un pueblo incomprensible. Uno trabajaba y creía pisar tierra firme, pero de pronto el suelo comenzaba a temblar como en un terremoto.

En ese momento llamaron a la puerta tímidamente. En el laboratorio apareció la enfermera Sumiko sonriente y haciendo numerosas reverencias.

—Tenemos carta de la enfermera Sadako —murmuró. Por modestia usaba la forma plural en lugar de la singular, y respiraba por la nariz—. Sumiko debe transmitir... transmitir noticias —añadió meditabunda.

Se averiguó entonces que la enfermera Sadako había sufrido una crisis de nervios y que había buscado refugio en una «miserable casa de campo» de un tío abuelo por parte de su madre. Un oficial de Estados Unidos amaba a Sadako, pero ésta sentía gran temor ante «la señorita enfermera jefe Murphy» y por ello «habían padecido todos sus nervios».

—¿Quién es el oficial? —preguntó el mayor Williams con toda la amabilidad posible—. ¿Por qué la enfermera Sadako tiene miedo de la señorita Murphy?

La enfermera Sumiko, la hija de un sastre, comenzó a sonreír disimuladamente y, al hacerlo, puso vulgarmente la mano ante su boca. Pero su risa la ahogaba porque al mismo tiempo sentía compasión por la señorita Murphy, a la que admiraba y quería

apasionadamente. Finalmente balbuceó que el amigo de la enfermera Sadako era el honorable capitán Donelly.

—Bien. Le agradecemos su información, enfermera Sumiko —dijo el mayor tratando de no mirar a la señorita Murphy—. ¿Dónde está la enfermera Sadako?

—¡No lo sé, mayor! Tal vez en Tonosawa. Quizás en Ohiradei. Tal vez en Myanoshita. Tal vez...

—Muchas gracias —dijo el mayor Williams para acabar con las indicaciones geográficas que ya conocía perfectamente.

Naturalmente, el capitán Donelly se hallaba en el «Fujiya-Hotel», donde había ido a pasar sus vacaciones. La enfermera Sadako debía encontrarse en alguna de las poblaciones vecinas. ¡Una situación encantadora! Exactamente la que se podía esperar en Tokio y en Washington de los miembros del Ejército de Estados Unidos en su papel de «ejemplo».

—Por favor, tráigame usted la ficha de la enfermera Sadako, querida Betty —ordenó tranquilamente, después de haber desaparecido de escena Sumiko sumida en un paroxismo de satisfacción—. Tenemos que ponemos en contacto con la familia de la pequeña y contárselo todo. De lo contrario volvería a decirse que...

Se detuvo frunciendo el ceño. Así pues, por esta causa Donelly había abandonado a su joven amiga Betty Murphy. Todo el mundo los daba por secretamente prometidos. Era muy duro para la valiente y firme muchacha que tan desinteresadamente había trabajado en Toldo a favor de la *Nursing-School*. Tom y ella habían venido juntos a Japón desde San Francisco. Desde hacía decenios, sus familias mantenían una cordial amistad. Cuando repasó con la vista la hoja de servicios de la enfermera Sadako, se encogió de hombros mientras la señorita Murphy le observaba a distancia. Luego, dijo, de espaldas a la señorita Murphy:

No sé si Donelly está en sus cabales. La pequeña es una baronesa Matsubara de Itoh. Esto va a constituir un escándalo como él no puede figurarse. Pertenece a las doce familias. ¿Lo sabía usted, Elizabeth?

Lentamente, la señorita Murphy se volvió de espaldas a la ventana y su mirada se posó ausente en un tubo de ensayo roto. Luego miró al suelo. Tampoco él dormía precisamente en un lecho de rosas algunas veces con su hermosa mujer, que al parecer tampoco «estaba en sus cabales». Elizabeth movió silenciosamente la cabeza con su cabellera oscura y recia debajo de la cofia de enfermera.

—Dentro de tres días iré a pasar el fin de semana al «Fujiya-Hotel» con mi mujer —dijo Tim—. Ya buscaré la ocasión de hacer sentar la cabeza a Donelly. Es grotesco. Un muchacho como Tom no debe perder el juicio con una figurilla japonesa. No piensa en su porvenir. Tim se había encolerizado y dio un puñetazo sobre la mesa, sólo porque quería devolver un poco de vida al petrificado rostro de la muchacha. Tenían que unirse sólidamente frente a aquel pueblo digno, inteligente, ansioso de muerte y reservado.

—Sería realmente lamentable que arruinara su carrera a causa de un escándalo —

dijo la señorita Murphy—. Pero eso no es asunto de mi incumbencia.

—¿Se va a dejar usted arrebatado a Tom por una insignificante mujer japonesa?

—¡Nos arrebatan constantemente a los hombres, Timothy! Tanto si son mujeres de pasatiempo como estudiantes. Y lo consiguen con su delicadeza y su fragilidad, con los quimonos, con sus poesías a la luz de la luna y con los gestos afectados de la ceremonia del té. ¡Es un latrocinio ceremonioso, querido!

—¡Usted exagera, Betty! ¡Son cosas pequeñas, insignificantes!

—¡Divertidas insignificancias, Timothy! Yo trabajo con ellas y las conozco. Son mucho más refinadas que nosotras. Nosotras somos camaradas y servimos a los muchachos el café y el *applepie*^[103] con naturalidad, sin necesidad de recurrir a gestos afectados. Nosotras llamamos al pan pan. Pero, de pronto, en Japón esto ya no basta. ¡Oh, Tim, si vuelvo a escuchar otra vez la palabra *ceremonia* del té no podré impedir gritar! ¡Déjeme en paz con las mujeres de este país! Amenazan deliciosamente con el suicidio, y nuestros muchachos caen conmovidos en la trampa.

—¡No todos, Betty!

—Regresaré inmediatamente a casa en cuanto expire mi contrato. —La señorita Murphy apretó su frente contra los cristales de la ventana—. Ya no puedo más...

—Venga usted a comer conmigo. Es una invitación, no una orden. Y desearía que se pusiera el vestido floreado. Quiero verla con buen aspecto. —Tim sonreía como un escolar—. ¿Conforme?

—Conforme. Muchas gracias.

«Buen muchacho», pensó Elizabeth Murphy. «¡Santo Dios, se merece una mujer mejor de la que tiene!», se dijo. En ese momento le parecería realmente que Japón ocasionaba más disgustos a los conquistadores que éstos a los habitantes de las islas. No era la primera que había perdido aquí al hombre del cual estaba enamorada. Y tampoco sería la última...

—¿A qué hora, Tim?

—¡A las ocho en el «Ginza», señorita Murphy!

Finalmente, Elizabeth sonrió. Pensaba en la chismorrería, en la masa americana de Tokio y en el «Fujiya-Hotel», que la potencia ocupante había requisado a una tradicional familia hotelera japonesa. Era uno de los hoteles más hermosos del mundo, enclavado en una región embellecida con paisajes volcánicos antediluvianos, con azules lagos de ensueño y la vista del monte Fuji. Allí se divertía el hombre que en otro tiempo había querido formar parte de su vida. ¿Amaría realmente a la pequeña japonesa...?

—¿No dirá nada su mujer si cenamos juntos en Tokio observados por miles de ojos? —preguntó medio en broma, medio en serio.

—¿Vivica? —dijo el mayor Williams, sintiendo que el corazón le martilleaba dolorosamente—. ¡No se preocupe, Betty! Mi mujer no me presta demasiada atención.

Sonrió y encendió un cigarrillo.

Si la señorita Murphy no hubiera estado tan preocupada con sus propias penas, quizás hubiese observado que la sonrisa de Tim encubría un cierto dolor y que en sus bondadosos e inteligentes ojos se había extinguido el brillo del buen humor.

—Hasta luego, señorita Murphy —dijo el mayor Timothy Williams, y se alejó precipitadamente.

Inmediatamente después de haber recibido la información de la *Nursing-School* el barón, Matsubara se puso en camino hacia el «Fujiya-Hotel» de Myanoshita, para librar a la menor de sus hijas de las garras de la melancolía o de la potencia dominante. El indispensable señor Yasuda tenía mucho que hacer comercialmente en esa región y por eso dispuso de la bencina suficiente para ese viaje en coche, de muchas horas de duración, Myanoshita. Durante el viaje, su suegra-permaneció sumido en el más lúgubre silencio. Con la capacidad japonesa para la resignación y la disimulada alegría, el barón Akiro se había conformado con muchas cosas en el espacio de pocos meses; pero lo que pasaba de castaño oscuro era que su miserable hija, que hasta en la cojera se parecía a la noble y desgraciada Tatsue, hiciera las veces de juguete de un oficial americano. ¡Si, era demasiado, por los destronados dioses del Shinto! Akiro se preocupaba celosamente de averiguar hasta qué punto era realmente posible ganar una guerra mundial con la ayuda de una democracia; pero si alguien se mostraba todavía más severo con respecto al «intento de confraternización» entre el ocupante y el pueblo japonés que los señores de Washington —cuyas disposiciones sobre Tokio y alrededores quedaban ignoradas frecuentemente— ése era el barón Matsubara.

En su interior abrigaba un resentimiento estúpido e infernal, comparable a la fuerza extintora que anida en los cráteres de la región de Hakone. Este resentimiento procedía en parte de su rabia y en parte de sus terribles espasmos gástricos. Su rostro de ojos oscuros y a la vez incandescentes y de atrevida nariz tenía un aspecto muy poco tranquilizador durante la precipitada y silenciosa marcha hacia el hotel. Cuando el desgraciado señor Yasuda, que todavía tenía la maldita costumbre de hacer observaciones que ocasionaban fuertes crisis nerviosas a su señor suegro, comunicó a éste ingenuamente que los huéspedes del «Fujiya-Hotel» podían tomar parte también en las auténticas «veladas-Sukiyaki» en el incautado palacio del príncipe Takamatsu, el hijo mayor del Termo, el tigre del *Kempetai* sonrió con tanta acritud y cólera, que el señor Yasuda sintió un escalofrío en su espalda.

El hotel era un suntuoso palacio en una región de fábula; las camareras llevaban quimonos y enseñaban a los extranjeros la manera de comer con palillos un plato de carne y verduras sin que las damas arrojaran sobre sus vestidos de noche el pedacito más pequeño de comida. El señor Yasuda estaba orgulloso de saber que los honorables narices largas tenían que aprender cosas de los japoneses. Lleno de temor, bajó la cabeza para hurtarse a la mirada de su suegro. El aspecto del barón parecía

como si quisiera hacer de su familia —a la que el señor Yasuda pronto tendría el honor de pertenecer— una pequeña llama *sukiyaki*. Akiro llevaba en el abrigo una carta que Sadako había escrito a su primo Kenzo después de su fuga «a causa de una lamentable tragedia de amor». La muchacha era un ganso, como desgraciadamente también lo había sido su honorabilísima madre. Con la única diferencia de que Tatsue tenía mucho mejores modales.

Mientras Yasuda se dedicaba a sus negocios, el barón Akiro se dirigió al antiguo y acreditado hotel, construido en el año 1878 por la famosa dinastía hotelera de los Yamaguchi. Permanecería por espacio de tres horas en ese lugar, actualmente odioso, y luego regresaría a Tokio con la descastada hija. En tres horas el tigre del *Kempetai* podía obligar a caer de rodillas a una carretada de hijas y también podía con su sonrisa, desencadenar una tormenta de «recuerdos» sobre las espaldas de un oficial americano. ¡El capitán Donelly no volvería a dirigirse nunca más a una hija de la nobleza japonesa! En realidad Aloro no sabía que Sadako había dado siempre el nombre de «señorita Matsu» en todas sus hojas de servicio y que por ello, el capitán Donelly no podía sospechar que tuviera un padre tan amable... En casi todas las relaciones entre los japoneses y los ocupantes había algún malentendido. Éstos comenzaban con las frases y gestos japoneses susceptibles de diversas interpretaciones —el hacer señales negativas significaba para los japoneses entrar en relaciones— y acababan con un encontronazo entre dos mundos. Sin embargo, las japonesas, como tan acertadamente había observado la señorita Murphy, arrebatában a las muchachas de Estados Unidos, que tanto se ocupaban de la higiene, libertad e instrucción de las mujeres japonesas, sus honorables hombres. Pero, por desgracia, la señorita Murphy no llegaría a enterarse jamás de que el padre de la «señorita Matsu» estaba por lo menos tan encolerizado como ella por el romance amoroso con el capitán Donelly.

Pero el malentendido iba todavía más allá. Sadako era tan poco gansa como lo había sido su tímida madre. No sólo poseía la belleza y el encanto de Eiko. Sadako, con toda tranquilidad, había encauzado por donde deseaba sus relaciones con el capitán Tom. Tan pronto como recibió de Tokio una carta urgente de su amiga Sumiko —esto fue cinco días antes del viaje de su padre a Myanoshita— ella y el capitán Donelly regresaron precipitadamente a Tokio y se casaron en esta ciudad. Los papeles y licencias habían sido preparados hacía ya tiempo. Tom sólo había titubeado por el temor de ofender a Elizabeth Murphy. Esto es lo que había querido significar con «la lamentable tragedia amorosa» en su carta al nuevo cabeza de la familia Matsubara. Era la tragedia de la señorita Murphy, pero en modo alguno la suya.

Cuando el barón Akiro entró en el hotel le aguardaba ya una carta del primo Kenzo en la que le comunicaba con la mayor gentileza posible que su hija menor se había marchado en avión a San Francisco sin despedirse y sin celebrar tampoco la fiesta de la boda. Sadako había sabido planearlo todo con tranquilidad, dando muestras de la corrección y refinamiento heredados de su padre; pero ponerse frente a

la señorita Murphy con el «nuevo esposo USA» eso no podía hacerlo Sadako. Para eso era demasiado medrosa y estaba excesivamente desamparada.

El barón Akiro dobló cuidadosamente el escrito del barón Kenzo y se lo guardó en el bolsillo. El conserje japonés que había visto llegar y partir a los miembros de las «doce familias» en este hotel de fábula, contemplaba al tigre del *Kempetai* lleno de angustia.

—¿Buenas noticias, señor barón? —preguntó, haciendo una reverencia como en los mejores tiempos pasados.

—Según como se quiera tomar —respondió Matsubara Akiro con una sonrisa glacial—. La menor de mis hijas ha sufrido un accidente: se ha casado con un americano.

Como el barón Akiro tenía que esperar todavía dos horas a su yerno, fue a dar un paseo por el pequeño paisaje rocoso del jardín, después de haber atravesado el hotel, cuidado con gran pulcritud por los japoneses. Parecía no ver a los extranjeros que, cubiertos con sus albornoces, salían precipitadamente de sus habitaciones para ir a tomar los reconfortantes baños calientes o de vapor. Eran unos gigantescos y rubicundos microbios, como decía con razón la honorable abuela.

Que este paradisíaco hotel situado en la entrada del «Parque Nacional de Fuji-Kakone» tuviera una amistad íntima con el volcán dormido, era algo que carecía de sentido para los extranjeros. Durante el gran terremoto del año 1923, época en la que el joven señor Matsubara no había estado aún jamás en el extranjero, el lago Kakone entró en ebullición. Esto ocurrió unos años antes de la limitación judicial de la emigración japonesa a Estados Unidos y dos años antes de la velada ofrecida por el cónsul Wergeland en Shanghái, donde Matsubara Akiro fue profundamente ofendido por un tal señor Bailey (*Clifford Motors*, USA). La fenomenal memoria del barón Akiro había tendido un notable puente desde Shanghái hasta su yerno americano, al que probablemente no vería jamás... De joven, Akiro había querido «avergonzar a los extranjeros valiéndose de las armas de la magnanimidad y la erudición», pero en los últimos veinticinco años había adoptado otros métodos. Ahora caminaba orgullosamente erguido hacia los saltos de agua, los lagos y estanques de su juventud mientras respiraba el suave aire de febrero.

Junto a un lago en miniatura descansaba sobre una poltrona, cubierta con una blanca manta de lana, una muchacha con un vestido de color verde claro. Sus largos y rubios rizos caían sobre su escultural rostro confiriéndole un matiz de ligera y hechizante perversión. Con sus ojos medio cerrados vio cómo se acercaba un japonés elegante, de extraordinaria estatura, y arrugó su abovedada frente infantil.

El japonés se dirigía al lago en miniatura como si todos aquellos contornos los conociera a la perfección. Luego se sentó a una discreta distancia de la muchacha dando muestras de sus elegantes modales. Algo en esa disciplinada y equilibrada

elegancia recordaba a la muchacha de la poltrona un capítulo de su remoto pasado. Por debajo de sus párpados medio cerrados Vivica contemplaba un marco del arte de vivir y de la tortura mental de Shanghái, una habitación con crisantemos como la que ahora ocupaba en «Fujiya-Hotel», magníficas flores en el *tokonoma*. Un japonés de alta talla vestido con un quimono oscuro preguntaba con gran cortesía y con un mal disimulado tono de cólera cuáles eran los deseos de los honorables presos. Eufórico canta el ruiseñor cuando no ve los barrotes de su jaula... ¿Por qué no bebe usted, señorita...? La muerte es algo demasiado bello para usted señorita... Una mirada ardiente que seguía todas las líneas de su cuerpo... una boca terrible, voluptuosa, pero sobria... ¡Oh, este sentimiento venenoso...!

Vivica había cerrado los ojos. Sentada en su poltrona, se sentía atacada por una terrible debilidad. Sus manos dejaron caer inadvertidamente una hoja de papel, un boceto delicado y fantástico, como ocasionalmente esbozaba cuando la torturaba el tedio, muy personal, pero inacabado. Para terminarlo era preciso diligencia.

Una ráfaga de viento había depositado el dibujo ante los pies del japonés. Éste lo recogió inmediatamente y se lo entregó a su dueña.

—Su boceto, señorita —dijo con una ceremoniosa reverencia—. ¿Puedo devolvérselo?

Vivica había abierto de par en par sus ojos de ninfa y se olvidó de dar las gracias.

—¿No es usted el mayor Enmura? —preguntó con una voz que era sólo un aliento.

El barón sonrió.

—Debe usted confundirme, señorita —contestó con su buen acento parisiense—. Soy el barón Matsubara, de Tokio.

—¿No nos hemos visto alguna vez Shanghái?

—¿En Shanghái?

El barón Matsubara, que tenía un terrible parecido con el mayor, reflexionaba preocupado. Parecía como si estuviese inseguro y como si quisiese preguntar en qué punto del mapa se encontraba Shanghái. Miraba hacia delante un tanto desconcertado y meditabundo. ¡Realmente esto era maravilloso después de haber tenido que soportar la compañía del señor Yasuda! Observaba a Vivica furtivamente, pero con tanta atención como si ahora incluso quisiera adivinar los pensamientos de Vivica, que jamás le habían interesado. «Carne», pensaba, «estupidez, belleza». Estaba aún más hermosa que entonces, a pesar de que una nube de tedio mortal envolvía su frente.

—De joven estuve en Shanghái en cierta ocasión —dijo con el rostro inmóvil—. Eso fue el año 1925. Ciertamente, usted no había venido todavía al mundo, señorita.

Sus cálculos también coincidían en esta ocasión, como siempre. En el año 1925 invitó a una cena japonesa en un aposento engalanado con crisantemos a Borghild Lillesand. Entonces era el joven señor Matsubara. Ahora tenía cuarenta y ocho años. El escultural rostro pertenecía a una muchacha que hubiera podido ser su hija. Al

pensar en la palabra hija experimentaba una sensación terriblemente desagradable. Sadako, ¡ese maldito ganso que había olvidado toda la tradición!

Vivica se había repuesto de su debilidad. Su cara se había cubierto de un delicado rubor. Todos los nervios de su cuerpo se hallaban en tensión. Miró directamente al rostro de aquel extraño y le preguntó indolentemente:

—¿No está usted mintiendo, señor?

—¿Preferiría usted que le mintiese, señorita? —replicó amablemente el mayor.

Ahora no era tan estúpida como en Shanghái, pues entonces el miedo la había despojado de toda disposición lógica.

En los ojos de Akiro se adivinaba una cierta admiración. Ninguna japonesa hubiera podido demostrarle con mayor elegancia el hecho de que ella le había reconocido.

—¿Vive usted siempre aquí? —inquirió cuando observó el anillo de alianza de Vivica.

—Por desgracia, el lunes regresamos a Tokio. Pero cuando venga el calor iré a pasar todo el verano a Karuizawa. ¿Conoce usted ese lugar, señor? Allí, hasta el alboroto y el ruido en los dos grandes hoteles tienen su belleza.

El barón Matsubara pensó en el encanto de Karuizawa con la misma profundidad con que antes había reflexionado sobre la situación geográfica de Shanghái. Ya no le sorprendía haber encontrado a Vivica en «su» lago. Según costumbre japonesa desde 1945, había estado soportando con ejemplar paciencia el plazo de espera. Lanzó una volcánica mirada a su *asagao*^[104]. El tedio sobre su frente infantil y el fatigado y rebelde rasgo alrededor de sus labios de trazado delicioso delataban la historia de su matrimonio. Como japonés, tenía cierta habilidad en descifrar los escritos nebulosos. Posiblemente se había casado con un americano, pues de lo contrario, ¿cómo hubiese venido a parar al «Fujiya-Hotel»?

En el solitario ángulo del lago se había levantado una ráfaga de viento que arrebató la chaqueta de lana que Vivica se había echado descuidadamente sobre los hombros. El mayor corrió tras ella con la elegancia de bailarín de un muchacho japonés en el juego. También su abatido padre confinado en la cabaña de ermitaño parecía de diez a quince años más joven de lo que era.

El barón atrapó la chaqueta como una bandera al viento y la colocó suave y respetuosamente sobre los hombros de Vivica. Al hacerlo observó que la manta de lana insuflada por el viento ondeaba como una vela sobre la poltrona. Se inclinó un poco sobre el rostro matutino, y durante unos segundos su ardiente mirada se detuvo en aquellos resplandecientes rizos: un maravilloso hilado como sólo las ninfas del alto Norte lucen en su frente. Cuando acercó cuidadosa respetuosamente la manta de lana a Vivica, sus manos rozaron el vértice de sus senos. Eso debió ocurrir inadvertidamente, pues el barón Matsubara retrocedió serenamente y observó con auténtico interés el dibujo de Vivica. En un paisaje japonés, cuyos contornos había hecho desaparecer una delicada goma de borrar, de acuerdo con la tradición japonesa,

aparecía sobre un tambaleante puente de bambú una figura vestida con quimono. La figura era diminuta, pero en la mano sostenía un gran abanico redondo que mostraba extraordinarias criaturas y plantas. La elegante imagen había sido diseñada en todos sus detalles ajustándose a la realidad, pero el abanico era un reflejo de fantasía. Y después de estudiar detenidamente el boceto se observaba que el puente de bambú pendía libremente en el aire sobre un difuminado abismo. En el fondo se adivinaban unas formas que habían sido engullidas... igual que una visión del averno de los antiguos maestros europeos. En un ángulo, en medio de una gruesa mancha de grasa, había una medio borrada inscripción que decía así: *Les Reves de Vivienne*.

—Un cuadro maravilloso —murmuró el barón Matsubara—. ¡Y qué real!

Vivica enrojeció como un pimiento y le arrebató groseramente el boceto. Todavía temblaba bajo su blanca manta de lana después del contacto con el japonés, y ello la enojaba. Rompió el boceto en mil pedazos y lanzó al viento todos los trocitos, lo cual disgustó en extremo al barón Matsubara. El orden y la belleza eran idénticos en un jardín japonés que al lado de un lago.

—Ha sido muy prudente al romper su boceto, señorita.

—¿Por qué?

—Por desgracia, es usted una verdadera aficionada. ¡Perdóneme esta irrespetuosa crítica! ¡Pero usted posee dotes, señorita! Incluso tiene ideas. Esto no es ciertamente muy corriente en una joven dama. ¡Es preciso que tome lecciones de pintura! Pero usted no lo hará.

—¿Cómo lo sabe usted, señor? —preguntó Vivica, que poco a poco iba recuperándose del espanto que le había ocasionado el encuentro—. ¡Pero si usted no sabe quién soy!

Tendida en su poltrona lanzó bajo sus párpados semicerrados una enigmática y coqueta mirada al barón. Esta mirada le hubiera valido una bofetada de tía Helene.

—Lo siento mucho, señora, pero tengo que enmendar un error —contestó Matsubara con diabólica ternura—. La conocí un poco en nuestra breve charla en Shanghái. Creo que, a pesar de mi profunda estupidez, la conozco a usted mejor que nadie.

—¡Jamás en mi vida había oído algo tan ridículo!

De repente Vivica comenzó a reír alegremente, aunque quizás un poco demasiado chillonamente. El barón coreó, con tono amortiguado, las carcajadas de Vivica.

—Naturalmente, su esposo la conocerá mucho mejor que yo —dijo, todavía con mayor dulzura—. Pero nosotros los japoneses a veces leemos toda una novela valiéndonos sólo de indicaciones. Debo hacerle observar que nuestras humildes poesías de tres líneas en ocasiones dicen mucho más que una novela occidental de tres tomos.

Como Vivica jamás leía novelas o poesías y todas las charlas que no girasen en tomo a su propia persona la aburrían, preguntó abruptamente:

—¿Por qué ha supuesto usted que yo jamás tomaré lecciones de pintura?

—Lo siento mucho, señora, pero ya he olvidado mis motivos.

El barón Matsubara consultó su reloj e hizo una cortés reverencia.

—¿No es fatal que siempre tengamos que interrumpir todas las conversaciones que sostenemos cada cinco años? —dijo, meditabundo—. Pero tal vez consienta en hacerme una visita en nuestra casa familiar de Karuizawa. Sería un gran honor para mí servirle un té ceremonial. Es decir, en el caso de que usted no quiera tomarlo ya servido en el antiguo palacio de Su Alteza el príncipe Takamatsu.

Los ojos de Akiro se habían reducido de tamaño; en sus negras profundidades había brillado una fría y peligrosa señal de alarma. Pero Vivica respondió ingenuamente que no visitaba jamás el palacio de Su Alteza, pues allí tomaban el té ceremonial demasiados americanos.

El barón Matsubara levantó las cejas:

—¿No es también americano su honorable esposo, señora?

Vivica enrojeció notoriamente. Sintió deseos de abofetearse.

—Creo que me encuentro bien cuando estoy sola —dijo, confundida.

Luego se levantó y sin darse cuenta arrojó al suelo la blanca manta de lana. También el barón Matsubara se puso de pie inmediatamente se inclinó con notable cortesía y la hizo sentarse de nuevo en la poltrona. No dirigió una sola mirada a Vivica, o por lo menos ninguna que fuera observada por ella. De pronto se acercó más.

—¿Me hará una visita, señora?

—Con sumo placer, si me promete no interrogarme tanto otra vez, señor.

—¿Es que le he preguntado algo?

El barón Matsubara alzó sus dos manos. En ese momento practicaba una especialidad japonesa: el *naibun*, la inocencia fingida, con la que queda satisfecho el hipócrita. Muchos americanos podían cantar en el Japón una canción del *naibun*; era como una nube en torno al compañero, algo que hacía definitivamente imposible una conversación o una comprensión.

Como Vivica no sabía cómo debía reaccionarse ante un *naibun*, se limitó a preguntar al mayor su dirección en Karuizawa. Naturalmente, no le visitaría. ¡Verdaderamente no podía atentar contra Tim y la democracia! Pero el mayor debía pensar que ella iría. Luego se enojaría. Esto constituiría su venganza por todo lo que el mayor le había hecho. Entretenida en estos pensamientos, sonrió atractiva y un poco taimada.

—Pregunte usted sencillamente por la casa de campo de la anciana baronesa Matsubara de Itoh, señora —respondió Akiro.

—Sí, pero... ¿sabe la gente el lugar exacto? Las quintas están muy escondidas.

—Habitamos esa casa desde 1880, señora —repuso Matsubara Akiro apaciblemente—. No pase usted cuidado, somos muy conocidos allí. —Luego añadió sonriendo amistosamente—: En todo caso se nos conoce allí mucho más que en el «Fujiya-Hotel», donde no se nos conoce desde el último terremoto.

—¿Cree usted que el terremoto de 1923 hizo entrar en ebullición el lago Kakone?

En sus momentos de gran aburrimiento Vivica había leído el prospecto del hotel y quería demostrar que podía hablar sobre el Japón.

—Yo me refería al terremoto de 1945, señora —informó el barón Matsubara—. Pero me doy perfecta cuenta de que eso le aburre. Le ruego sinceramente que me perdone. Tampoco se me ha ocurrido que a usted no le gustan demasiado las conversaciones sobre política. En Karuizawa hablaremos de cosas agradables, señora.

—¿Por ejemplo?

Vivica se divertía interiormente pensando en la decepción que sufriría el mayor cuando viera que ella no se presentaba. Él la había besado en la clínica del doctor Yamato. Ella había hecho como si recibiese en sueños aquella estúpida caricia.

—No sé de qué podemos hablar —añadió impertinente, y lanzó al vencido tigre una mirada de triunfo. Los tiempos habían cambiado: ahora le tocaba desempeñar a ella el papel de vencedor.

—A decir verdad, tampoco yo lo sé —dijo sonriente el barón Matsubara—. Pero si de aquí a entonces no se me ocurriera nada, ya propondré un tema que nos agrade a los dos.

—¿Y cuál sería, mayor?

—*Les Rêves de Vivienne* —murmuró el barón Matsubara, y al decir esto hizo desaparecer su sonrisa y su *naibun*.

Vivica le miró fijamente y sonrió distraída, ¡Jamás visitaría a ese demonio! Le odiaba y se alegraba de que tuviera que aguardarla inútilmente. «Realmente es una lástima», pensó luego mientras permanecía con los ojos entornados. El mayor era ahora mucho más simpático y agradable que en Shanghái... Acercarse un poco al borde de un precipicio hubiera sido una cosa muy de su gusto.

El mayor se mostró igualmente alegre en el viaje de regreso a Tokio. Ante el gran asombro del señor Yasuda no cesó de hablar animadamente con él. Esta vez sólo tenía que esperar cinco meses para sostener una nueva charla con *Cara matutina*.

Capítulo IV

LA CEREMONIA DEL TÉ DEL BARÓN MATSUBARA

Vivica no hubiera tomado el té con el mayor de no haberse aburrido en la fiesta del coronel Hunter y de no haberse enojado más tarde. Siempre era la más joven en estas reuniones y además la única que disfrutaba haraganeando. Las americanas, con o sin sueldo, se dedicaban a la reeducación de la población japonesa, cosa por la que Vivica no tenía afición ni inclinación alguna. Los numerosos cumplidos con que los hombres rendían tributo a su sorprendente belleza —finalmente los hombres acababan por encontrarse constantemente bajo la vigilancia de los ojos de sus esposas— la aburrían o la molestaban. Eso no era extraño. Afrodita se sentía ofendida siempre que le calificaban de «muchacha bonita». Al barón Matsubara no se le hubiera ocurrido jamás, a pesar de su pérfido estilo, llamar «bonita» o «condenadamente bonita» a Vivica. Él reconocía la belleza simplemente en cualquier lugar que la encontrara, ya se presentara bajo la forma de un lirio de Karuizawa, como de la vieja torre de una iglesia o de una joven ninfa del alto Norte de Europa.

Pero no era sólo el enfermizo envanecimiento o el sentimiento de vacío lo que atormentaba a Vivica en esas veladas. Su tendencia europea a la amistad y al dolor solitarios quedaba insatisfecha en el ambiente de la sociedad americana. Durante y después de una reunión social en Tokio o en Karuizawa su melancolía se convertía en una desesperada insurrección contra la atmósfera del «Nuevo mundo», carente de personalidad y erotismo en el viejo Japón. Y no era porque aquellas mujeres y aquellos hombres no conociesen los abismos del amor —precisamente la señorita Murphy estaba sufriendo una grave pena de amor y el mayor Timothy Williams no había podido conocer la maravilla de la intimidad en los cuatro años de matrimonio con Vivica—, sino porque esta vida privada era ignorada por la sociedad. También los japoneses disimulaban sus tormentos bajo una radiante sonrisa, pero por muy diversos motivos. Su sensibilidad patológica, que además se veía aumentada por el orgullo herido, renunciaba a ofender a un compañero de té o de conversación por miedo a su propia angustia, mientras que los americanos padecían un temor patológico de otro tipo: en ningún caso querían aparecer ante los amigos como «fracasados», tanto si se trataba de un asunto de negocios como de amor. Ambos afanes, consistentes en ignorar las heridas íntimas, eran cosas muy ajenas a Vivica: la Afrodita vagabunda no conocía ninguna clase de deferencia social.

Tim había exigido de Vivica que acudiese a la fiesta, porque los Hunter eran importantes personalidades en la sociedad americana de Tokio y su ausencia hubiera sido comentada desfavorablemente. A los americanos les gustaba siempre la muchedumbre. Luego, todo era alegre, entretenido, pero impersonal. Timothy sudaba

en Tokio. Quería visitar en los próximos días a Vivica y al pequeño Halvard, y luego pasar tres semanas en Karuizawa y disfrutar de su atractiva atmósfera, llena del embriagador olor de los lirios.

Cuando Vivica regresó a su pequeña villa, vestida con el maravilloso traje de noche que Astrid había diseñado y cosido expresamente para ella, ya no pudo conservar más el dominio sobre sí misma. Se arrojó sobre su lecho y comenzó a sollozar desenfadadamente. Luego se levantó y, tiesa como un huso, se colocó ante el espejo de su tocador y tomó decisiones. Siempre que Vivica se sentaba frente al espejo, la señorita Wergeland arrugaba la frente y procuraba distraerla.

Esa noche de verano Vivica resolvió ir a tomar un té ceremonial en casa del barón Matsubara. Con este propósito perseguía varios objetivos: primero deseaba convencerse de que tenía derecho a la amistad y al dolor solitario; luego le interesaba conocer la casa de verano de los Matsubara, y finalmente quería conquistarlo con ayuda de la táctica de la sorpresa. Pero sobre todo le atraía mucho entregarse al juego de acercarse al borde del precipicio... lejos de la severa mirada de la señorita Wergeland, lejos de la multitud y lejos de su poco comprensivo Timothy Williams, que tan poco tiempo tenía para ella y para su vida de ensueño.

Como aborrecía al barón Matsubara, no podía pasar nada. Se tranquilizó al verle en el jardín maravillosamente cuidado.

—¡La he estado esperando, señora!

Akiro dio lentamente la espalda a sus lirios para volverse hacia su *Cara matutina*.

—Vengo para permanecer sólo unos momentos, barón. ¿No es divertido que me encuentre en su casa de verano?

Esta vez el barón Matsubara sonrió casi sinceramente al oír esta ingenuidad evadida de la dignidad.

—No puede ser más divertido, señora —confirmó con gravedad, y luego le suplicó entrara en la «cabaña del té».

Apareció una japonesa encantadora, pero de mirada triste. Después de hacer una cortés reverencia, dispuso el servicio de té para la ceremonia. Vivica la observó y tuvo un ligero sobresalto. ¿Dónde había visto a esta dama? En Shanghái... en el borde del prado de la morfina.

—¿La señora Yamato? —balbuceó, y empalideció al instante.

Pero la delicada japonesita de la sonrisa melancólica había desaparecido ya. En casa del mayor había encontrado, para ella y para sus hijos, un refugio contra el hambre y la escasez de viviendas que se sufría en Tokio. En esta escondida quinta de verano había todavía más naufragos de Shanghái a quienes el tigre del *Kempetai* había recibido fraternalmente. Junto con la señora Yamato, que con resignación cristiana esperaba ir a reunirse en el cielo con el pequeño héroe vestido de chaqué que había arrebatado a Vivica de las garras del *Kempetai*, todos los habitantes de esta casa de verano aguardaban la llegada del otoño. También se encontraba aquí aquel teniente que en otro tiempo se presentó en la residencia de la señorita Wergeland,

acompañando al «mayor Kimura», para comunicarle la detención de Vivica. Akiro le había recogido en las calles de Tokio, por las que andaba errante, vestido de blanco como los despreciados mutilados de guerra, cantando en las puertas de los cafés la leyenda samurái y tendiendo luego su platillo limosnero en el poco acogedor aire de la noche. Todos ellos habían encontrado «una buena plaza en la oscuridad» en la quinta de verano del príncipe Itoh, y aquí esperaban el otoño. El otoño, es, en el Japón, la época de los crisantemos.

«La cabaña del té» del barón Matsubara (*Sukiya*) era una casita sencilla, rodeada de flores y de altos arbustos, y que se hallaba en el jardín, un tanto apartada de la quinta de verano. Generalmente, «la cabaña del té» servía para la meditación, y en ella no podía entrar nadie cuando el dueño de la casa tenía preparado el servicio de té y el agua hirviendo. Era una soledad sagrada llena de tranquilidad y de refinado arte de vivir la que se disfrutaba en aquella región amparada bajo la sombra del volcán Asama-Yama, el volcán más activo del país. El sagrado Asama era el volcán favorito del «Club del suicidio» y se había tragado ya a varias parejas de enamorados y a diversos estudiantes o samuráis heridos en su honor. El volcán estaba siempre fijo en la memoria de los japoneses. Infundía al aire de Karuizawa un reprimido atractivo y un secreto encanto por la entrega completa al fuego que, de tiempo en tiempo, salía impetuoso a través del cráter disimulado por la radiante sonrisa, la cortesía y el *naibun* de los japoneses.

El volcán llevaba bastante tiempo sin vomitar fuego cuando el barón Matsubara comenzó a servir el té ceremonial a Vivica. Este aposento sencillo, apartado, era un oasis en el desierto de la «de-mo-cra-cia». Aquí había todavía «*diamanten-tau*^[105]», flores y el consuelo de la pintura.

Akiro se arrodilló con su acostumbrado donaire sobre su almohadón, demostrando ser un anfitrión encantador. No dirigió a Vivica ni una sola de sus ardientes miradas. Cuánto tiempo llevaba aguardando su presencia, ella no lo supo hasta que el mayor le sirvió el «*diamanten-tau*» y la entretuvo hablándole de leyendas de flores. En un jarrito cubierto de musgo colocado frente al cuadro del *tokonoma* había una orquídea «silenciosa» de los bosques de Karuizawa. Las flores «sonoras», al igual que las conversaciones en voz alta, estaban desterradas de «la cabaña del té». El barón Akiro, que verdaderamente conocía muy bien a *Cara matutina* observó la nube de despecho que cubría la frente infantil y sonrió a hurtadillas. Sí, excepcionalmente se representaría en el interior de «la cabaña del té» una comedia de mujer que ama los principios y asumiría la dirección artística. Había corrido los *shoji*^[106] y ahora la amortiguada luz del sol se filtraba a través de las ventanas cubiertas con papel aceitado. Las cerradas puertas de papel delicadamente pintado daban a entender que el dueño de la casa no recibía visitas. Lo único que resplandecía en la estancia era el braserillo para el agua del té, que Akiro vertió con *un* largo perol

sobre el verde polvo de té en un lujoso recipiente, moviéndola luego con una escoba de bambú.

—Estoy decepcionado, señora —observó después de la segunda taza del té ceremonial, mientras miraba de reojo a *Cara matutina* con la celeridad del rayo.

Se hallaban sentados los dos frente a frente, rígidos, tal como correspondía en estas ocasiones. Akiro hizo una ligera reverencia y le preguntó en tono muy bajo:

—¿Por qué no me ha traído usted algún dibujo, señora?

—No sabía que me iba a perder y que usted me invitaría en su casa.

—Naturalmente. ¡Le pido mil perdones, señora! Por otra parte, estoy convencido de que, en el caso de que hubiera querido hacerme una visita, hubiera elegido otro color.

—¡No le comprendo!

—Éste es el único punto en el que no han cambiado en lo más mínimo nuestras relaciones, señora —repuso el mayor con desvergonzada afabilidad—. ¿Por qué habría usted de comprender a un estúpido japonés? Vive oculto como un miserable insecto de lluvia, cultiva flores en lugar de demócratas —¡perdón, señora!— y es demasiado sencillo para los europeos. ¿No es así, señora?

—¿Se divierte usted mucho a costa nuestra, barón?

El mayor levantó horrorizado las manos.

—Usted desconfía de mí. Es nuestro sino. Me siento desconsolado.

—¡Pero si parece usted muy regocijado, barón!

—¡Una cualidad de los japoneses, señora! Cuanto más tristes estamos, tanto más alegres parecemos. Lo que yo quería decir es lo siguiente: usted hubiera tenido que escoger un vestido de otro color. Estoy acostumbrado a verla vestida de color verde. Yo dependo siempre de mis costumbres.

—Éste es un vestido de París. No podría ser más hermoso —dijo Vivica ofendida.

—¡Tampoco usted podría ser más hermosa, señora!

El barón Matsubara se había levantado y ahora se dejó caer junto a la muchacha con su natural elegancia. Su mano acarició los rizos de Vivica, que hoy, excepcionalmente, se había peinado y ordenado el cabello con sumo cuidado, y durante unos segundos aparentó un singular descuido. Era un gesto de inaudita intimidad y tan sorprendente que la respiración de Vivica quedó entrecortada.

—Usted sabe que yo la adoro —murmuró Matsubara Akiro—. Usted es un cuadro maravilloso para el nicho de mi pared.

—¿Qué le ocurre?

Vivica ordenó sus rizos. Todo su cuerpo temblaba. La mirada del mayor se hundió. Colocó un brazo sobre los hombros de Vivica y no dijo una sola palabra. La muchacha se deslizó un poco sobre su almohadón para apartarse de él. Un tirón brutal la hizo retroceder.

—Yo dependo siempre de mis costumbres —repitió Matsubara Akiro.

—¡Suélteme! Oh, por favor... no...

—¿Dice usted mentiras? —preguntó el barón con dulzura, fijando en ella su mirada—. ¿Todavía tiene usted miedo de mí?

—Yo... yo jamás he tenido miedo de usted.

Vivica intentó levantarse de un salto, pero volvió a hundirse en el almohadón, desfallecida. El venenoso sentimiento que le infundía aquella mirada había paralizado su voluntad contra la resistencia.

—¡Pobre criatura! —murmuró su mortal enemigo, que seguía manteniendo la mano sobre sus hombros—. ¿No sabe usted que el miedo pertenece al disfrute del amor? ¿O es que quizá tengo que empezar todavía a comprenderla?

El mayor sonrió débilmente. Vivica ya no podía contestar siquiera. Sobre su rostro descansaba la mascarilla de bronce dorado con ojos incandescentes cuando ella profirió un débil grito: un grito de pájaro que habría llegado al corazón de un amante un poco menos terrible. Pero el mayor comenzó a acariciarla con afable brutalidad. *Cara matutinal* ¡Una flor extraña que en una sola hora derrochaba su esplendor! Entre sus senos descansaba un medallón sostenido por una fina cadenita. Lo vio cuando desabrochó los pequeños botones de plata del vestidito de París. Vivica hizo un movimiento tan violento que la cadenita cedió y el medallón saltó. Matsubara Akiro se precipitó como un tigre sobre la alhaja. Si el medallón contenía el retrato de algún amante, apalearía a aquel montón de belleza, miedo e indiscreción y luego la despediría con una cortés reverencia.

—¿Quién es? —preguntó roncamemente y respirando dificultosamente.

Vivie trató de arrebatarse el medallón, pero el mayor tenía más fuerza. El medallón contenía una fotografía, tal como había sospechado. Luego su mirada quedó como petrificada al observar más detalladamente la fotografía: un niño, un inocente y redondo rostro de bebé con la frente de Vivica, rodeado por una corona de sedosos y brillantes rizos. Una inscripción confirmaba que la criatura era «Halvard Lillesand Williams».

El semblante del mayor se contrajo en una dolorosa mueca que sólo hubiera podido interpretar una japonesa. Este maravilloso haz de belleza y de tímida sensualidad había dado a otro hombre lo que el barón Matsubara Akiro había estado anhelando toda una vida: ¡un hijo! Sólo un hijo llenaba con el debido resplandor la jaula de las mil obligaciones. Era el honor del padre en la vida y en la muerte, tanto si personalmente le amaba como si no; y únicamente el hijo podía significar el honor de una mujer en el seno de la familia.

Separado de Vivica por un abismo, Akiro contempló una vez más el retrato y la inscripción y, sin decir una sola palabra, devolvió el medallón a la temblorosa muchacha. Vivica apenas podía respirar de tan oprimida como le tenía la pasión. Con sus últimas fuerzas reprimió el desesperado impulso de arrojarle a los pies de este amante diabólico, que ahora la miraba con rígidos e incandescentes ojos, y mendigar sus caricias, unas caricias que eran como soplos de viento en el desierto de la concupiscencia insatisfecha, caricias que como hijas de adormidera rozaban la piel

temblorosa, que como un rayo conducían al sueño de los sentidos; azotes, fuego volcánico y luego, de nuevo, deliciosas como la luna y el agonizante aroma de las flores.

Pero esto no era para una joven madre a quien le era posible exigir la admiración y el respeto de todos los hombres. En un momento había cambiado fundamentalmente el clima en aquella hermosa y pulcra estancia. En el más profundo silencio y sin ninguna gradación intermedia, el apasionado amante se había convertido en moralista japonés. Matsubara Akiro no hubiera podido presumir que esta encantadora muchacha, a la que consideraba como su consuelo, pues la adoraba desde hacía años a pesar de que había intentado destruirla, transitaba ya por el dorado jardín de la maternidad. Era una soñadora olvidada de sus deberes. Pero esto no le incumbía a él.

—Le suplico que me perdone —murmuró, completamente sincero por vez primera—. ¿Puedo conducirla a mi casa, señora? Quiero mostrarle los cuadros de un maestro japonés.

Sin darle una palabra de explicación, sin el más mínimo gesto de cariño o de comprensión, el barón Matsubara mostraba un poco más tarde a la petrificada Vivica un cuadro de finales del siglo XVII titulado «Crisantemos y arces en el riachuelo». En un paisaje oro mate estaba sentado un japonés con quimono de ceremonial y dibujando con rostro severo *Les Reves de Vivienne*.

Vivica reprimió un sollozo salvaje. Se sentía intensamente humillada y burlada. Su anfitrión la llamaba la atención amablemente sobre la sutileza de la composición; cariñosa y terriblemente le obligaba a borrar de su memoria el «romance» de «la cabaña del té». Le tenía completamente sin cuidado que esta criatura solitaria y juguetona, que le había arrastrado al remolino de la pasión, se hiciera sensible a su rápido y para ella totalmente incomprensible cambio despostara. La señora Williams, como siempre, le había engañado y mentido. Él la había considerado como una flor de primavera cuando en realidad era la madre de un hijo. Se encontraba ya en el estío de su vida: había concebido un fruto y lo había llevado a término. Para ella se habían terminado ya los dulces y terribles juegos del amor. De la comedia se había originado el drama japonés del deber. Un deber que consistía en el respeto a una mujer que había dado al mundo un hijo varón. Y el sentimiento del deber, transmitido por herencia y cuidado con sagrado esmero, era para un japonés de buena familia un vínculo más fuerte que el amor a las mujeres y a las flores. Además, un amante japonés sólo se interesaba fundamentalmente por dos estaciones del año que daban alas a su pasión y a su delirio por la poesía: la primavera y el otoño, las delicias de los cerezos en flor y los romances a la luz de la luna junto al soñoliento río. El verano de la mujer pertenecía a las obligaciones: obediencia a la suegra, preparación de la comida, cuidado de los vestidos de la familia, y alumbramiento de los hijos. Un japonés aristocrático y elegante no servía té, ni con ceremonia ni sin ella, a una criatura que prestaba una utilidad. ¿Cómo podía saber Vivica todo esto y cómo

hubiera podido reaccionar ante este brusco cambio de situación con sus sentimientos tan elementales? Ahora no era ya una actriz del *kabuki* en el escenario giratorio.

El barón Matsubara había borrado ya de su memoria el juego del seductor y ahora aguardaba con ejemplar paciencia a que la señora se despidiera. Su oído fino había captado unos rumores: unos pasos se dirigían a la casa, situada a considerable altura. ¿Sería quizá su tío, el príncipe Itoh? Observo a Vivica con mirada escudriñadora y se asustó un poco al ver su mortal palidez y el vacío de sus ojos. Reflexionó sobre el modo de cómo le sería posible facilitar diplomáticamente la despedida: ella no estaba en condiciones de presentarse ante otras visitas. Pero era demasiado tarde. Un oficial americano de elevada estatura subió corriendo los escalones que conducían a la puerta de la quinta de verano.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el mayor Williams en un tono hasta este momento desconocido para Vivica.

Inesperadamente había recibido un permiso en la ciudad de Tokio, en la que hacía un calor espantoso, e inmediatamente había corrido a Karuizawa para reunirse con Vivica y su hijo. El chófer, que había mostrado a la señora el camino que conducía a la villa de los Matsubara —incluso las criaturas de Karuizawa conocían la famosa y antigua quinta de verano—, había traído aquí inocentemente al mayor Williams. Era costumbre que las damas hiciesen las visitas solas y que después de abandonar el trabajo sus maridos vinieran a tomar un cóctel. El chófer encontraba que la familia Williams de Concord había ganado mucho prestigio con este té ceremonial en casa de un miembro de la familia Matsubara de Itoh. No era más que uno de los numerosos y cómicos malentendidos que se producían en el Japón ocupado.

Timothy Williams permanecía de pie en la puerta corredera de la sala de recepción como si le hubieran pegado allí con cola. Vivica le miraba fijamente cual si fuera un ser fantasmagórico. Les *Rêves de Vivienne* se iban haciendo cada vez más terribles. Sólo el barón Matsubara había despertado finalmente de su ensueño, mientras que Tim esperaba, contra toda esperanza, que éste fuese uno de sus acostumbrados y torturantes arrebatos de celos.

El barón Matsubara dio la bienvenida al honorable huésped haciendo una profunda inclinación y luego le aclaró la situación de acuerdo con el acreditado método del cordero del *Kempetai*. La señora se había extraviado por los bosques de Karuizawa. Era una región estúpida debido a que había muy pocos postes indicadores. Como era natural, él había ofrecido un té ceremonial a la honorable esposa del señor mayor. Luego informó al grosero huésped, que ni siquiera se había quitado los zapatos antes de entrar en la sala de recepción, que precisamente ahora estaba mostrando a la señora algunas obras de los antiguos maestros japoneses. Cada palabra era verdadera, pero falsa en un sentido más profundo. En efecto, el barón Matsubara dio una representación de gala de *naibun* que hubiera entusiasmado a cualquier experto. Elegante y disciplinadamente se apoyó contra un arca que contenía en su interior otras valiosas muestras del arte japonés. Mañana cambiaría el cuadro y

no tendría los mismos huéspedes. Ya no miraba a Vivica. Esta mujer que alumbraba hijos varones se encontraba desamparada y en los asuntos de la vida tenía menos experiencia que una muchachita de catorce años.

¿Cómo habría podido engendrar un hijo? Y si a *Cara matutina* le agradaba tomarse a la ligera las obligaciones del matrimonio, entonces él no tenía por qué acordarse de la entrevista en «la cabaña del té». En cambio ella, sí tenía que acordarse. ¿Acaso era él educador de extranjeros? Por el contrario, desde que había sido expulsado del jardín de los crisantemos del Tenno estaba siendo él educado por los americanos. Todo eso y algunas otras cosas más se encerraban en la peligrosa y fría mira con que Akiro examinaba al intruso, que por cierto seguía calzado.

En esos momentos el mayor Williams se hallaba en un plan de inferioridad ante él, porque había perdido su dominio y había olvidado los modales que deben observarse en la caja ajena. El barón Matsubara le ofreció té y esperó con irónica humildad las posteriores faltas de educación del mayor Williams.

Y no esperó en vano. El zanquilargo, con la rabia propia de los americanos contrariados, ignoraba completamente la presencia del señor de la casa y obraba como si estuviese solo con su esposa. Naturalmente, ni siquiera dio las gracias por el té. Matsubara Akiro ya no se sorprendía de nada. Desde 1925 estaba acostumbrado a tratar con la familia Wergeland y los que tenían algo que ver con ellos, y sabía que todos se olvidaban siempre de dar las gracias.

—Vamos inmediatamente a casa —dijo el mayor Williams a su esposa, y se precipitó hacia delante para, en caso de necesidad, sacar con violencia a Vivica de la quinta de verano de un notable criminal de guerra.

El nombre de Matsubara había despertado algunas asociaciones en su mente. Una japonesa con este mismo nombre, ¿no le había robado el novio a su amiga Elizabeth Murphy? ¿Y no había sido este individuo un tigre del *Kempetai*? Naturalmente, esto no podía saberlo Vivica; ¿pero qué había venido a buscar la muchacha aquí? Era un escándalo, una pesadilla, un disparo mortal asestado a su corazón ciegamente enamorado y entregado a Vivica.

Al abalanzarse sobre su esposa arrojó al suelo cierto objeto. Era un gran jarrón de cristal mate que estaba frente a la hornacina de la pared. Los pedazos de cristal y dos lirios quedaron esparcidos sobre la alfombra manchada por las botas del mayor Williams. El semblante del barón Matsubara no cambió de expresión, a pesar de que, por determinados motivos, sentía la pérdida del jarrón.

—*Sorry*^[107] —dijo rudamente el mayor Williams—. Mándeme usted la factura a Tokio, al *Medical Council*.

Matsubara Akiro levantó orgulloso la cabeza y repuso con la indescriptible arrogancia de su casta:

—¿La factura, señor? Este jarrón era un regalo que la familia imperial hizo a mi bisabuelo. Lo conservábamos desde hace más de un siglo. No tiene precio.

De regreso a casa, Timothy Williams no dirigió una sola palabra a Vivica, que, entorpecida, se había hundido en un almohadón del interior del coche. Sólo cuando atravesaron la puerta del jardín le dijo ásperamente:

—Quítate el pelo de la frente. ¡Pareces una vagabunda! ¿Me has oído?

Asió bruscamente a Vivica por el brazo. Ella salió de su entorpecimiento:

—¡Me haces daño, Tim!

—Es la última vez que pongo mi mano sobre tu persona. Desde ahora en adelante te las arreglarás tú misma.

Vivica comenzó a llorar en silencio. Gruesas lágrimas se deslizaban por su hermoso y pálido rostro, con aquellos ojos terribles y aquella pura y abovedada frente infantil en la que se adivinaban arrugas como consecuencia de sus inútiles tentativas de reflexionar y volver en sí.

—No seas malo conmigo, Tim —suplicó—. No ha ocurrido nada.

Empezó a sollozar con gran escándalo y recibió un golpe de su esposo.

—Cálmate de una vez. El chófer...

El coche se detuvo.

—¡Baja, vamos! Dentro de un par de horas tenemos que ir a una reunión.

—¡Por favor, Tim, déjame en casa!

El mayor hizo oídos sordos a este tono de desesperada protesta.

—Vendrás conmigo a la reunión. Ya te enseñaré yo a comportarte. Se acabaron los remilgos.

Con extraordinaria rigidez Vivica subió los peldaños que conducían a la puerta de la casa. Con actitud suplicante contemplaba a aquel hombre extraño que tantas cosas terribles le había dicho con una voz extraña también.

—¡Tienes que creerme, no ha sucedido nada!

—¿No puedes abrocharte los botones del vestido? —preguntó el mayor Williams.

—¿Qué le pasaba esta noche a nuestra joven belleza? —inquirió la señora Hunter a su esposo cuando, después de la reunión en casa del general Hopkins, se retiraban a descansar en su habitación del hotel.

La señora Hunter acostumbraba siempre a llamar a Vivica «nuestra joven belleza». Con esta ironía de buen tono quería atacar la atractiva influencia que ejercía la Afrodita del Norte sobre los *boys*, entre los que se contaba también su esposo, de pelo canoso, un héroe de guerra que había ganado numerosas distinciones en la lucha del Pacífico. Ella tenía la opinión de que los hombres, a pesar de sus condecoraciones y sus negocios, no llegaban jamás a su total desarrollo, y por ello debían ser vigilados y conducidos constantemente.

—¿Qué crees tú que le pasaba? —preguntó el coronel Hunter, reprimiendo un bostezo.

Las veladas, que nunca eran bastante para las señoras, le fatigaban más que una guerra entera en la jungla.

—No lo sé —contestó, pensativa, la señora Hunter—, pero en el joven matrimonio Williams algo no marcha bien. Vivie ha permanecido casi todo el rato sentada a mi lado en lugar de hacer perder la cabeza a los *boys*.

—Será que ha recuperado el juicio. ¡Buenas noches, querida!

—Edward —dijo enérgicamente la señora Hunter—, tengo la sensación de que mi deber es preocuparme un poco más por nuestra joven belleza.

—¡Por Dios santo, no me mezcles en estos asuntos!

El coronel Hunter había hablado más fuerte que nunca.

—¿Has observado a Timothy? —preguntó la señora Hunter—. Tenía un aspecto horrible. Debe haberles ocurrido algo grave. Tengo que arreglarlo.

—También a nosotros cuando éramos un matrimonio joven solía de vez en cuando sucedemos alguna cosa muy grave, ¿recuerdas? Pero después nos reconciliábamos.

La señora Hunter sonrió indulgente. A pesar de sus cabellos grises y de sus tres hijos casi adultos estaban dulcemente enamorados mutuamente. Y siempre habían sido los mejores amigos.

—Todavía debo decirte algo más, —insistió la señora Hunter.

Su maternal y amistoso rostro expresaba auténtico desvelo. Por sus años y por su situación social se sentía responsable de la buena formación de las multitudes.

—¿No te ha sorprendido que desapareciese durante un rato con Vivica?

Realmente, el coronel Hunter no había reparado en ello.

—La joven esposa de Tim ha sufrido una especie de ataque. Éste ha comenzado con un terrible hipo que ha ido degenerando en sollozos.

—La pequeña está histérica. Se aburre. Debería ayudarte en la «Escuela de novias» para preparar a las muchachas japonesas a la vida en Estados Unidos.

—Ella no sabe nada de esas cosas. Pero escucha. Yo quería buscar inmediatamente a Timothy —el muchacho ha cuidado siempre de nuestra joven belleza con sumo placer, incluso creo que demasiado—, pero Vivica me ha agarrado fuertemente y me ha suplicado que no fuera a llamar a Tim. ¿Qué te parece eso?

—Muy plausible. No deseaba aguarle la fiesta.

—¡Por vez primera en la vida me ha causado pena de veras! Estaba completamente... desesperada. Debe haber ocurrido algo grave. Mañana le voy a echar un sermón a Timothy.

—¡No hagas eso, por favor, Catherine!

Cuando el coronel Hunter la llamaba «Catherine» es que la cosa iba en serio.

—No puedes meterte en estos asuntos. Esta noche, mientras bebíamos *whisky*, Williams me decía que va a solicitar inmediatamente permiso para regresar a Concord.

—Me dejas sin habla —dijo la señora Hunter, e inmediatamente siguió hablando—: Tim es ahora indispensable. Dirige un trabajo importantísimo y... —Se detuvo para aspirar aire—. ¿Por qué ha tomado esa repentina determinación? Precisamente

quería seguir tres años más en Tokio.

—Es muy dueño de decidir lo que desee, querida. Además, hace años que no ha disfrutado de ningún permiso y ahora tiene la perspectiva de hacerse cargo de la clínica más importante de Concord. Su madre y su hermana le presionan también. En fin de cuentas, todos los hombres hacemos lo que *ellas* dicen.

—Por suerte vuestra —repuso dignamente la señora Hunter.

Reflexionó irnos momentos sobre el desconsolado rostro de Vivica. Ya no era aquella «nuestra joven belleza», sino que parecía una criatura que acabara de recibir un porrazo y todavía esperara más. ¿Qué le habría hecho la pequeña a su marido para que él decidiese regresar a Concord, imponiéndole así un gran castigo?

—Está siempre demasiado sola. Eso no es nada bueno.

El coronel Hunter estaba absorto en sus pensamientos.

—¿De qué hablas ahora?

—¡Sabes perfectamente de lo que estoy hablando, querido! ¿Crees realmente que no podemos prestarles nuestra ayuda? —dijo la señora Hunter con esa misericordiosa disposición a ayudar a los demás que caracteriza a los americanos.

—Tengo el presentimiento de que sería mucho mejor que no intervinieras. Timothy Williams es agua mansa. Pero posee carácter. Su padre era predicador; se trasladó de Escocia a Estados Unidos, y era un señor muy severo, pero muy justo. Tim me ha hablado a veces de él. ¡Ya volverán a hacer las paces los dos!

—Así lo espero con todo mi corazón. ¡Sería una verdadera lástima para esa pareja tan joven y simpática! ¡Además, son tan decorativos!

—Vivie es condenadamente bonita —perdón—, pero tiene peor humor que abril y... es una especie de ermitaña. ¿Viene ahora alguna vez a tus tés?

—No. Sigue siendo poco amiga de las reuniones; pero ya irá aprendiendo a convivir con las gentes. Todas lo procuramos.

Nada era más cierto ni más inútil.

—El caso de Vivica no es de mi incumbencia —decidió para terminar el coronel Hunter.

—Me gustaría poder decir lo mismo —repuso con energía la señora Hunter, echándose en la cama.

A medianoche el mayor Timothy Williams estaba sentado en su dormitorio, con el rostro apoyado sobre las manos. No podía dejar de pensar ni un momento en lo que Vivica quizás había hecho con un japonés. Suspiraba.

Vivica se hallaba de pie, cubierta con la camisa de dormir, en la puerta de la habitación. Él se estremeció y preguntó con aquella voz nueva y dura que tanto había asustado a Vivica:

—¿Qué quieres?

—Tim...

Sollozos escandalosos.

El doctor Williams mezcló unos polvos soporíferos con el agua hervida que se

conservaba en el termo.

—¡Bebe! Ahora tienes que tranquilizarte.

Vivica bebió. Cada trago le producía gran dolor, pero no obstante no derramó una sola gota. Tim no podía soportar manchas en los *tatamis*. Le había vuelto la espalda porque no quería que viera cómo sufría.

Vivica seguía todavía de pie y contemplaba aquellas fuertes espaldas cubiertas con el hermoso pijama de seda. Se lo regaló ella a Tim y él sonrió emocionado al pensar que Vivie se había preocupado tanto para proporcionarle una alegría. La sonrisa de Tim, que tenía la virtud de conquistar todos los corazones, le parecía ahora a Vivica el mayor regalo que pudiera recibir una muchacha. Por su irresponsabilidad y ligereza lo había perdido. Sabía que ahora se encontraba desterrada en el país de las tinieblas y del frío.

—¡Tim! ¡Escúchame!

El mayor Williams se volvió y le preguntó qué era lo que deseaba. Vivica había sospechado siempre que su temple era de cristal. Ahora oía como se quebraba. Sentía un profundo dolor en su interior. No comprendía por qué había ido a tomar el «té ceremonial» con el mayor. Éste le era más extraño todavía que la montaña Fuji destacándose en el horizonte de Myanoshita, donde había vuelto a ver a Matsubara Akiro después de muchos años. Ahora lo odiaba. Jamás nadie se había portado tan brutalmente con ella como el mayor. El fuego que sus caricias habían avivado en su interior estaba reducido ya a cenizas, como todo en su vida.

Finalmente, Tim prestó oídos a sus lamentos.

—¿No quieres sentarte? —preguntó, tendiéndole una silla—. Como estás decidida a hablar conmigo de todas maneras, deseo que primero me contestes a una pregunta.

Vivica le miró asustada. En su varonil rostro se habían distendido, con los pliegues de su sonrisa, todos los músculos de alrededor de sus ojos y de su enérgico mentón. Sus ojos estaban rodeados de oscuras ojeras. Dos profundos surcos se habían marcado entre las aletas de su nariz y su boca. A pesar de que sólo contaba treinta y tres años, parecía mucho más viejo.

—¿Cuánto tiempo me has estado engañando con ese... ese señor?

—¿Qué... qué dices?

—¿Es que no entiendes el inglés? Te he preguntado que cuánto tiempo me has estado engañando con ese caballero.

—No te he engañado.

Él volvió a ver los botones desabrochados de la blusa, el pelo revuelto, todo aquel haz viviente de belleza y de perversión. ¡Jamás podría borrar de su memoria aquel cuadro terrible! Vivica había infringido una ley americana, que ordenaba respetar aquello que se amaba románticamente. Entre los japoneses, la cosa era completamente distinta, puesto que podían divertirse con una geisha o satisfacer el deseo sexual con una *joro*^[108]. La satisfacción del sentimiento familiar lo

encontraban con una esposa que diera a luz a hijos varones. La esposa era elegida de acuerdo con los puntos de vista sociales y económicos. Pero todo esto se hallaba excluido de la vida de los americanos: el americano se casaba sin reparar ni en el dinero ni en la posición social, porque era un romántico.

—Mientes tan bien como los japoneses —replicó el mayor Williams a la afirmación de Vivica—. Pero por casualidad esta noche me he enterado por un señor que ha vivido en Shanghái que hace cinco meses te viste con él en el «Fujiya-Hotel».

—¡Eso no es verdad, Tim! Yo estaba dibujando. Luego me dormí un poco y...

—¿Y...?

—De pronto se plantó ante mí —tartamudeó Vivica.

Todo había sido tan terriblemente complicado que ahora no podía poner en claro las cosas ante Tim, que ya no era el mismo Tim de antes, y que preguntaba con insistencia propia del hijo de un predicador de Concord.

—¿Desde cuándo conoces a ése Matsubara?

Silencio.

—Estaba dibujando... Luego me dormí un poco... y de pronto se plantó ante mí —repitió el mayor Williams—. Eso me recuerda a «Alicia en el país de las maravillas». ¿Es que me tienes por estúpido?

—¡No me mires así! Todo es completamente distinto a como tú lo imaginas. Estoy terriblemente cansada. Mañana...

—Mañana te habrás pensado una nueva mentira, ¿no es así?

Timothy Williams se volvió de nuevo de espaldas a Vivica.

—Tienes mala suerte, hija mía —dijo con glacial tranquilidad—. Durante la guerra, John Bailey fue interrogado en Shanghái por el *Kempetai*, más o menos en la misma época que tú. El conoce a ese señor Matsubara.

—¡Calla, Tim!

—Lo siento, pero no puedo. John Bailey me ha dicho que hace unos meses te vio casualmente en compañía de Matsubara en el «Fujiya-Hotel». El opina que no acababas de conocerle. Tengo mucha confianza en Bailey.

El asco que le producía el solo nombre de ese japonés le oprimía tanto el pecho, que se detuvo un momento para aspirar aire. Luego prosiguió con intranquilizadora serenidad:

—¡Por favor, no finjas ningún desfallecimiento! ¡Ya no me engañarás más, amante de japoneses!

Vivica se apoyó fuertemente en el armario, mientras su esposo seguía hablando.

—Lo arreglaremos todo. Naturalmente, el niño se queda conmigo. No hay por qué hablar de una separación. Harvard debe conservar la ilusión de una casa paterna. Tú puedes andar errante, vagabunda, por el Japón, por Noruega, o por donde te dé la gana. Tienes suficiente dinero, incluso demasiado.

Secóse el sudor de la frente, sobre la que las arrugas habían grabado profundos surcos, igual que las ruedas de un coche en un terreno fangoso. Luego miró el reloj.

—Ahora tenemos que ir a dormir. —Y tras una pausa—: ¿A qué esperas?
Vivica se estremeció. Abrió de par en par sus maravillosos ojos y murmuró:
—¡Te busco a ti!

Este personaje extraño no era su Tim. Sí, luego lo encontraría, cuando acabase esta tremenda pesadilla...

Timothy Williams se había hecho el desentendido. No podía ablandarse ante esa comediante que había jugado a la pelota con su corazón. Estaba agotado y en estos momentos ya no sentía odio. Al día siguiente por la mañana, a primera hora, regresarían a Tokio. Todavía tenía que escribir una breve carta al coronel Hunter diciéndole que Vivica se sentía enferma y que era preciso trasladarla a una clínica de Tokio. La gente no tenía que saber nada de todo esto.

—¡Aún tengo que decirte algo, Tim! —dijo la muchacha con su voz suplicante y quebrada—. ¡Por favor, Tim, por favor...!

—¡Ya tendrás tiempo mañana! Perdona, Vivica, pero en este momento no me es posible soportar más tu vista.

Abrió la puerta y Vivica se dirigió a su habitación.

Despuntaba el alba cuando Vivica envuelta en un torrente de lágrimas escribía una carta.

¡Mí querido Tim!

Yo no puedo seguir viviendo porque tú ya no me amas. Todo aquello no fue más que un poco de entretenimiento —la ceremonia del té y todo lo demás—, pues ¡me encontraba tan sola...! No sé cómo todo ha podido acabar así. Anoche quería decirte que no te mentía, como tú te figurabas. Pero no quieres creerme, o quizá no puedes.

De ahora en adelante sólo deseo proporcionarte alegrías, acudir a los tés de la señora Hunter y escuchar los terribles discursos de la señora Brenr y aprender a cocinar en la «YWCA» de Tokio para saber hacer las tartas de manzana y los bollos y todo para cuando vaya a Concord. ¡Quiero marcharme del Japón y no volver a ver jamás un rostro japonés!

Estoy terriblemente desconcertada por mi desgracia y porque tú no deseas perdonarme. Jamás te he hablado del mayor porque anhelaba olvidarlo todo. De pronto se plantó ante mí, en Myanoshita, creo. ¿Es que no quieres creerme en absoluto?

¡Has sido siempre tan bueno conmigo! ¡Y yo estoy tan orgulloso de ti! Todo el mundo te encuentra maravilloso. Perdóname que esta carta tenga tantas manchas, pero es que no me es posible contener las lágrimas. Anoche me dijiste cosas tan terribles, que no puedo creer que pienses verdaderamente así. ¡Pobrecito mío!

Tengo frío, querido. No te enfades porque coja el coche. Lo dejaré en el antiguo templo budista y luego seguiré a pie.

Te doy las gracias por todo. Me marchó, seguiré mi camino, porque eso es lo único que todavía está en mi mano hacer por ti. Quizá luego creas que yo... ¡Ah, Tim, no puedo expresarme tan bien como Astrid o la señorita Murphy! Además, me siento muy cansada de tanto como he llorado. Tienes que volver a casarte. Con una dama bonita, trabajadora, sociable, que sepa educar a los pequeños. Yo siempre he sido una inútil, y antes Astrid decía que era la hija de una vagabunda. Sólo tía Helene me quería un poco a pesar de eso. Naturalmente, ahora sé muy bien que la vida no es ninguna jira campestre; pero es ya demasiado tarde. No digas jamás a tía Helene que yo...

Ahora quiero tratar de no seguir siendo una vagabunda y... en América...

¡Que te vaya bien, querido Tim! ¡Cuánto sufro al pensar que no has sido dichoso a mi lado! Pero ahora serás más feliz... y... quizá más tarde pienses mejor en mí, ¿no? Besa al pequeño de mi parte. En mi mesita de noche he dejado una pieza de jade de mi hermana Mailin. Devuélvesela, por favor.

Te amo... sólo a ti. Parece una tontería que siempre te diga lo mismo. ¡Que te vaya bien!

Tu Vivica

Colocó sobre su cama intacta la carta llena de lágrimas y de manchas. Las breves horas de aquella noche las había pasado tendida en el suelo, sobre el *tatami*, pues se hallaba demasiado cansada para meterse en la cama. Hubiera tenido que quitarse el maquillaje, pues Tim odiaba ver en la almohada manchas de carmín. Ella no quería enojarle más. Quizá se alegraría un poco al ver la habitación en perfecto orden, pensaba, confusa. Había recogido todo lo que estaba revuelto en las sillas y en las alfombras. Incluso había colgado, su traje de noche en el armario. Por un momento se contempló a sí misma tras haberse puesto el precioso vestido de deporte con cinturón de piel: una muchacha alta, robusta, pero de cristal por dentro...

Abrió su joyero —un estuche de laca japonés con muchos cajoncillos secretos— y se guardó en el bolsillo de su Vestido el medallón con la fotografía de su hijito. Debía acompañarla el pequeño camarada que se había imaginado en la cárcel, de Shanghái y que luego se había convertido en realidad viviente. Tim se quedaba con el original...

Titiritaba y reprimió el hipo mientras se dirigía al jardín.

Atravesó con precaución la puerta y puso el coche en dirección a la quinta de verano del barón Matsubara. No estaba lejos del templo de Buda, donde tenía intención de abandonar el coche. Desde allí un camino conducía a la cumbre del sagrado volcán Asama.

Cuando Vivica se marchó, Timothy continuaba bajo, el efecto de las fuertes tabletas soporíferas. La niñera Sumi creyó oír un ruido, pero no se levantó. Los extranjeros hacían siempre cosas muy absurdas y no era extraño que el señor o la señora se fueran en el coche al despuntar el alba. *Shikata ga nai*. No se puede hacer

nada.

Eran las cinco de la mañana.

Capítulo V

UN MOMENTO DE ESPLENDOR

Media hora después sonaba el teléfono junto a la cama del coronel Hunter. Una amable voz japonesa le rogó bajara a la planta de la casa. El mayor Williams esperaba en el vestíbulo. El honorable amigo hablaba con tanta rapidez y fuerza que, por desgracia, el estúpido japonés no podía entender una palabra. Se oyó un ruido en el teléfono. Luego, la voz de Tim:

—¡Perdone, señor! ¡Ha ocurrido una desgracia!

Más tarde el coronel y la señora Hunter no pudieron comprender cómo se habían vestido tan de prisa. Abajo, en el vestíbulo del hotel, se encontraba aquel apuesto muchacho, o mejor dicho, su sombra. A primera hora de la mañana Vivica se había marchado con el coche en dirección al volcán Asama, y él, Timothy Williams, la había empujado por las sendas de la muerte.

Éste era el estado de cosas. La señora Hunter tenía lágrimas en los ojos. Se levantó de la silla haciendo un esfuerzo con sus débiles rodillas y dijo:

—¡Voy inmediatamente al chalet, Tim! El pequeño no puede quedar solo con la buena Sumi. Esa mujer es capaz de perder la cabeza en cualquier momento de crisis.

Estrechó la mano de Tim y desapareció. El coronel Hunter la siguió con la vista: Catherine era una mujer excepcional. Inmediatamente había sabido que a la joven pareja le ocurría algo anormal, y ahora había desaparecido velozmente en el jardín del hotel pensando que, seguramente, su marido quería preguntar a Tim qué era lo que había sucedido en la velada del día anterior. Al ser preguntado, Tim explicó de un tirón toda la historia. No se anduvo con miramientos. Aseguró que su propósito había sido proteger a su hijo contra la influencia de Vivica.

El coronel Hunter era un hombre de acción. Pensaba rápida y agudamente y no necesitaba tantos consejos, advertencias ni consideraciones como su mujer. ¡Esto era algo terrible! ¡Y no habían muchas esperanzas! En los últimos tiempos el volcán había mostrado gran actividad. Probablemente la muchacha se habría precipitado en él, y ahora lo único que podría hacerse era rescatar su cadáver.

—Iremos inmediatamente a buscar al barón Matsubara —dijo sin mirar a Timothy—. Conoce el camino y toda la región de Asama. Hace bastante tiempo que vive aquí.

—¡Eso es imposible, señor! ¡Ese sinvergüenza tiene la culpa de todo!

—¡No sea usted tan infantil, Williams!

El tono del coronel se había hecho grave. A pasos gigantesco se dirigió a su coche.

—¡Vamos, Williams! No podemos perder un solo minuto.

Cuando llegaron a la quinta de verano de los Matsubara el coronel Hunter perdió sus últimas esperanzas. Nadie contestaba a sus gritos y a sus llamadas. Sólo un muchacho imberbe se deslizó por entre los pinos y magnolias que ocultaban «la cabaña del té», pero desapareció inmediatamente en cuanto advirtió las señas que le bacía el coronel.

—¡Condenado! —mugió éste.

En su excitación, había hecho las señas al estilo europeo, y precisamente los japoneses las interpretaban como señal de que tenían que desaparecer.

Se dirigieron al templo sin decir una palabra, pero el coche no estaba allí. Timothy se cubrió los ojos con la mano. El coronel le dio una palmadita en los hombros.

—Serenidad, muchacho —murmuró.

Se apearon del vehículo y comenzaron la ascensión. No se veía ninguna huella. Era horrible. El mismo coronel Hunter tuvo que hacerse repetidas aclaraciones para convencerse de que no soñaban. Únicamente una mirada al rostro de Tim era suficiente para chocar con la triste realidad.

No podía apartar sus pensamientos de la joven noruega. Era cierto que con sus miradas había encendido el ánimo de los *boys*, pero también era verdad que había permanecido arrinconada días enteros, completamente sola. Y ahora había ido a buscar la muerte en el cráter del volcán. «¡Qué cosa más triste!», pensaba el coronel Hunter, terriblemente afligido. Pero ni Catherine con su fino instinto ni su animoso corazón hubieran podido hacer más. Vivica se les había escapado.

Timothy Williams ya ni siquiera pensaba; se limitaba a mirar desesperadamente a su alrededor. En un lugar u otro tenía que aparecer la dorada cabellera de Vivica. En un lugar u otro debía estar esperándole, para que él la tomase entre sus brazos y la condujese a casa. ¡No era posible que Vivica le hubiese abandonado para siempre! ¡Santo cielo, el buen Dios no podía castigarle de esa manera...! Pero parecía ser cierto que un hombre era susceptible de ser castigado para toda la vida por su dureza. Timothy contuvo un lamento que había salido del fondo de su alma, de la región más profunda de su ser, la región de las tinieblas, en la que el odio a sí mismo había convertido a un muchacho estupendo en un hombre cristiano.

Hacía rato que habían dejado tras sus pasos las llanuras y las pequeñas aldeas con sus riachuelos plateados y sus diminutas casas. Se encontraban en las solitarias alturas y se iban acercando a la morada del demonio que dominaba aquella región: el volcán Asama. De pronto el coronel Hunter hizo un alto en su camino. Habían llegado frente a un letrero en el que se veía una calavera y una inscripción que rezaba así: «¡No sigan adelante!». A partir de este lugar sólo proseguían su camino los seres ansiosos de muerte, los estudiantes heridos en su honor y los «samuráis abandonados». En este punto se iniciaba el radio de acción de la continua actividad

del cráter.

El coronel Hunter estudió la situación y dio una nueva y palmada en los hombros del bien desarrollado joven de New Hampshire.

—¡Tenemos que dar media vuelta, muchacho! Lo siento en el fondo de mi alma.

—¡Muchas gracias, señor! Naturalmente, usted dará media vuelta. Yo tengo que buscar a Vivie.

—¡No haga tonterías, Williams!

—¡Tengo que buscarla, señor!

—¡Es un suicidio, Williams! ¿Es que ha olvidado a su hijo?

El coronel Hunter agarró a su joven amigo y éste intentó soltarse.

—¡Es inútil, muchacho! ¡Volvámonos! Le prometo...

El coronel Hunter no terminó su frase. Sus agudos ojos de soldado habían descubierto algo. Soltó a Timothy y extendiendo el brazo, señaló en dirección a una hilera de hombres que, como una fila de oscuras hormigas, caminaban con desesperante lentitud en dirección a los dos americanos. Primero sólo distinguieron a dos sombras que llevaban unas parihuelas recubiertas, y luego a las otras personas. ¿Era quizás un grupo de suicidas japoneses que no tenían nada que ver con la mujer de Timothy? Con frecuencia ocurría que todo un grupo hacía el camino de la tumba de las llamas, pero luego, debido a un repentino y típico cambio de opinión japonés, interrumpían su marcha y volvían a regresar por la senda de la vida.

Sólo cuando el grupo estaba muy cerca de ellos, Timothy Williams reconoció a la cabeza de la comitiva al barón Matsubara Akiro. Junto con el más joven barón Matsubara (nacido Yasuda) transportaba las parihuelas tapadas. Todos los criados y empleados de su casa habían formado parte de esa inútil expedición de salvamento con riesgo de sus vidas.

Matsubara Akiro hizo una reverencia ante los dos americanos y con un pañuelo de seda secóse el sudor de la frente. Su mirada se hallaba fija en la camilla recubierta con una sábana.

Timothy se había precipitado sobre las parihuelas para retirar la sábana. Una mano delicada, pero firme, le contuvo.

—Llevamos el cadáver a mi casa, señor dijo Matsubara sin mudar la expresión de su rostro Debemos marchar a Tokio para disponer las ceremonias fúnebres.

¿Es que se había vuelto loco el barón Matsubara? Con frecuencia se leía en los diarios que los japoneses perdían la razón cuando sufrían penas de amor.

—¡No se acerque usted a la camilla! —exclamo de repente Akiro.

Su rostro estaba desencajado como en los buenos y antiguos tiempos del *Kempetai*. Luego se pasó de nuevo el pañuelo sobre la frente y murmuró, dirigiéndose al coronel Hunter:

—¡Perdone, señor! Acabamos de rescatar el cadáver de mi honorable primo y cabeza de familia barón Kenzo Matsubara.

Por tercera vez el barón Akiro se pasó el pañuelo de seda sobre su frente cubierta

de sudor, y volviendo a dirigirse al coronel Hunter, le comunicó:

—La señora Williams ha sido conducida a casa por uno de mis criados, señor. La señora Yamato, mi ama de llaves, venía de la aldea al despuntar el alba —había ido a visitar a un enfermo— y ha visto como la señora se dirigía en su coche hacia el Asama.

Calló. Estaba extenuado. Los dos americanos contuvieron la respiración. A pesar de su insoportable excitación llevaban demasiado tiempo viviendo en el Japón para atreverse a interrumpir a un japonés.

—Por fortuna disponíamos de un coche. Mi primo y mi yerno vinieron anoche de Tokio para hacerme una visita. Hemos encontrado a la señora Williams desmayada frente al templo de Buda.

—¿Vive? —preguntó roncamente el coronel Hunter. Matsubara parecía estar contemplando una extraña región fantástica.

Hemos tenido que despertarla. Yo he temido que tendría que dejar a un lado las formulas corteses, señor. La señora quería escaparse y seguir adelante.

El barón Matsubara había tenido que dejar tan de lado las fórmulas de cortesía que incluso había agarrado a la embravecida Vivica siguiendo los acreditados métodos del *Kempetai* para meterla en el coche como si fuese un fardo. No había sido el método de la oveja, pues la señora, a pesar del mucho tiempo que conocía al mayor no había encontrado nunca placer en la virtud de la obediencia. *Cara matutina* seguía siendo un enigma: las mujeres sólo buscan la muerte en las llamas cuando no tienen ningún hijo varón.

—¿Me disculpa ahora, señor? —preguntó amablemente Aloro al coronel Hunter, inclinándose con exquisita cortesía—. Mis obligaciones familiares no permiten demora.

Ni siquiera miró al mayor Williams cuando se reintegró a su comitiva, que aguardaba con las parihuelas.

«Me aborrece y por eso no quiere que le dé las gracias», pensó Tim, oprimido.

Pero Matsubara Akiro, el nuevo cabeza de familia, no odiaba de ningún modo al robusto americano. Le era demasiado indiferente. Debido al sentimiento de delicadeza de los japoneses no se había dirigido al mayor Williams, pues no deseaba incitarle a asumir la opresiva carga del «deber del agradecimiento». Tenía la remota sensación de que ningún occidental podía soportar con gusto la pesada pedimento. Por eso había ignorado a Timothy Williams. También éste era uno de los muchos malentendidos existentes entre vencedores y vencidos...

El barón Kenzo se había alejado imperceptiblemente de la expedición de salvamento, apartándose del camino que conducía al Asama. El honorable padre de Akiro había muerto repentinamente en su cabaña de ermitaño, sin haber cambiado el testamento a favor de su único hijo. Kenzo, el hijo de la *Viuda del arroz*, se había

convertido en el cabeza supremo de familia Había rogado al nuevo barón Matsubara (nacido Yasuda) le acompañase a Karuizawa para entrevistarse con el primo Akiro. El joven esposo de Eiko había calculado inmediatamente la bencina que le quedaba y luego había partido con el cabeza de familia Kenzo, a quien apreciaba mucho. Habían llegado a la finca de verano dos horas después de haber salido Vivica con el barón Matsubara de «la cabaña del té».

Humildemente, Kenzo había formulado sus deseos al primo Akiro, pero éste los había rechazado bruscamente. Kenzo quena que Akiro asumiera de nuevo los derechos que le correspondían; éste que era un hijo cumplidor de sus obligaciones — siempre pensaba en privado en su honorable padre— se había negado a aceptarlos. La voluntad de su honorable padre era sagrada para él. El pobre Kenzo había tenido que soportar la sorprendida mirada del primo Akiro Aun cuando la madre de Kenzo no había sido una persona completamente digna de la familia, él, Kenzo, había crecido con su primo Akiro dentro de la jaula de las obligaciones de la familia, y por eso terna que saber muy bien que su propuesta era inaceptable.

El barón Kenzo lo había comprendido todo silenciosamente y se había visto obligado a soportar las consecuencias. No se había acercado a la cumbre del Asama: modesto como siempre, se había despeñado a mitad del camino y había sido encontrado por sus familiares con la columna vertebral partida. Ahora descansaba cubierto por una sábana en la quinta veraniega de Karuizawa. En su redondo rostro y en su barbilla cobarde se adivinaba una sonrisa de contento. El barón Kenzo estaba satisfecho. Había puesto fin de una manera honrosa a su terrible destino de mandar sobre el primo Akiro.

Timothy permanecía sentado inmóvil en el borde de la cama de Vivica. Ella dormía tranquila como un niño. Sus rubios rizos habían sido atados por la señora Hunter con una cinta azul para dejar libre su pura y abovedada frente.

Timothy se encontraba completamente solo con Vivica. La señora Hunter y la señora Yamato, que habían conducido a Vivica al chalet y luego la habían acostado, habían desaparecido delicadamente, después de haber cumplido con los preceptos del amor al prójimo. El pequeño Halvard se hallaba en el jardín con su ama y cantaba melodiosamente. Era un muchacho con gran disposición para la música, como su abuela Borghild Lillesand. Cuando la niñera Sumí le tarareaba alguna canción, Halvard abría desmesuradamente los ojos y su rostro perdía el indómito y testarudo aspecto propio de la familia Williams.

Timothy no apartaba su vista de Vivica; parecía como si no se cansara de contemplarla. Aun se sentía dominado por la infinita misericordia de Dios. Pero en medio de la gran tranquilidad y reflexión de estas horas, comenzaba a remover los escombros de las ilusiones y a colocar los cimientos de una auténtica vida matrimonial. Pero no podía sustraerse al pasado; jamás llegaría a conocer la

verdadera esencia y los manejos de Vivie. Acabada la guerra, en Shanghái, en «Villa Chou», la señorita Wergeland le dijo ásperamente que Vivica «no era una mujer para él». Le habló de Borghild Lillesand y de su fin; y él mismo, Timothy, aseguró que esas cosas no tenían por qué repetirse. No se repetirían... Veía a su maravillosa muchacha en el antiguo restaurante de «Los Crisantemos Blancos» y en su interior revivía una vez más la confusión de la muchacha, su hipo, su risa nerviosa y el desenfrenado llanto entre sus brazos. Vivica había reconocido en un cuadro de la pared al mayor, y quería olvidarlo. Tim le había prometido que la amaría, la defendería y la protegería en la felicidad y en la desgracia, en los días buenos y en los malos.

Luego, la boda en Trondheim, y seguidamente la desafortunada estancia en Concord, para terminar con la vida de ensueño en el Japón. Y el caso era que le había prevenido insistentemente la señorita Wergeland y su propia hermana Margaret. Todos habían comprendido a Vivica mejor que él. Todos se habían dado cuenta de que Vivica no se había repuesto completamente de los acontecimientos vividos durante su detención, y él no había querido perder un minuto más en su tempestuoso enamoramiento. En Nueva Inglaterra había parecido una soñadora. Después del nacimiento del niño había venido la soledad, pues él, Timothy Williams, se había visto acosado por mil obligaciones en el Japón ocupado y había comenzado a abandonar a Vivica un poco más cada semana, con más despreocupación cada mes, con mayor resignación cada año. Su belleza seguía embriagándole todavía, pero sólo de vez en cuando. Poco a poco el suyo se había ido convirtiendo en un «matrimonio-fin de semana». Él había seguido viviendo su propia vida y había anhelado intensamente una maravillosa intimidad, pero no había hecho lo más mínimo para crearla. Se había preocupado por el carácter de Vivica. Cuando se casaron realizó algunos ligeros intentos para cambiarla un poco, pero luego ya no hizo nada más. Ahora, por vez primera se le ocurrió pensar que quizá no había sido solamente la afición de Vivica a caminar por el borde de un precipicio lo que la había llevado al lado del barón Matsubara. Los japoneses amaban la pintura. En realidad, el barón era la única persona que había examinado con interés los bocetos de Vivie y, a pesar de su categoría de aficionada, tal vez el barón había encontrado algo extraordinario en ellos. Pero Tim, naturalmente no sabía nada de eso, pues como él mismo había asegurado, sólo sabía que Vivica que en la edad en que las otras muchachas juegan al tenis y se preparan para la vida práctica ella flirteó con un volcán y jugó a la pelota con el globo terráqueo. Y sabiendo esto se daba ya por satisfecho.

Mientras Timothy Williams, dominado por este purificador odio a su propia persona, odio que quizá podría conducirlo a una forma más elevada del amor, contemplaba el semblante de Vivica, de pronto se dio cuenta de que «su maravillosa muchacha», como acostumbraba a llamarla, había peligrado doblemente desde el comienzo de su vida: primero, por su deslumbrante belleza, y después por su quebradizo temple interior heredado de sus padres. La tendencia del cónsul

Wergeland a considerar la realidad sólo como una vulgar imitación de sus sueños, la había heredado la menor de sus hijas, y luego había sufrido sus consecuencias.

Finalmente, la melancolía que le legara su madre Borghild y el escaso contacto con Timothy habían hecho que su ánimo se estrellara contra las personas.

Timothy se levantó y encendió un cigarrillo, pues ahora era preciso que procediera a un examen que hubiera preferido enterrar en lo más profundo de su conciencia. El cigarrillo servía de consuelo e interponía una ligera nube entre él y la *Cara matutina* que reposaba en el almohadón, maravillosa y exquisitamente bordado por la amorosa Mailin. Timothy Williams tenía que explicarse la razón del criminal odio que sentía contra el anfitrión de Vivica en Karuizawa, odio que había incluido también a Vivica y que casi la había aniquilado. Timothy sabía perfectamente que había sufrido una tremenda sacudida en lo más recóndito de su alma por el hecho de que su mujer había trabado relaciones con un japonés. En estos momentos, y con el valor moral de los hijos de Nueva Inglaterra, se confesaba que eso había sido un auténtico aborrecimiento racial, esa maleza irracional y anticristiana del alma que proliferaba en diversas regiones del floreciente continente natal y que tenía que ser combatida por todo americano decente. La tradición puritana ordenaba el respeto a la «dignidad humana» del prójimo cualesquiera fuese el color de su piel, su lengua y sus costumbres. No podía olvidar que era un ciudadano de Concord. El día anterior no había sabido comprender a Vivica; y precisamente lo que ocurría ahora sucedería también en el futuro. Sabía muy bien que su esposa había visitado por vez primera su patria natal nórdica después de acabar la guerra, que había crecido entre asiáticos y que ella, al igual que su media hermana Mailin y el apostólico doctor Yamato, consideraba a todos los hombres en cierto modo como sus semejantes. Ya antes de la ocupación americana del Japón, Vivica había adoptado esta irreprochable postura moral y había trabado relaciones completamente naturales e inocentes con toda clase de personas del abigarrado Extremo Oriente. Su aproximación al borde del precipicio sí había sido una ligereza censurable, pero en esos momentos Timothy intentaba comprender que los japoneses eran capaces de ejercer una gran fuerza de atracción; buen testimonio de ello lo constituían los numerosos matrimonios de americanos con japonesas.

También veía claramente que, aun en los instantes más críticos, Vivica le había comprendido más a él que él a ella. En su carta de despedida, que le había llegado al corazón, le llamaba «pobrecito mío». Ella había tratado de comprenderle, mientras que él...

Vivica abrió los ojos y contempló la oscura cabellera de su esposo. Tim estaba arrodillado junto a su lecho y había escondido la cabeza entre las manos. El cigarrillo había quedado a medio fumar en el cenicero: una costumbre que siempre había censurado. Vivica se incorporó penosamente y tomó la mano derecha de Tim. Con confianza infantil apoyó su rostro en ese oasis de alivio y de paz. Su regreso al hogar era el primer gran premio en la carrera por la felicidad del matrimonio.

Timothy se inclinó sobre Vivie y murmuró:

—¿Qué le ocurre a mi nena?

La mantuvo fuertemente apretada contra su corazón, que latía indómito. Se acordó de las palpitaciones de su corazón la primera vez que vio a Vivica, en Shanghái, en «Villa Chou». Habían pasado ya cinco años y su corazón era todavía inexperto. Pero de repente había madurado. La paz de Vivie debía ser su propia paz, y sus enigmáticas dolencias sus propias dolencias, hasta que sus días y sus noches fuesen iluminados por el resplandor de la armonía y concordia. Ante este resplandor, nacido de la intimidad y de la comprensión, tenían que empalidecer el romántico matrimonio americano convencional, los fuegos artificiales de los sentidos y los estériles fuegos fatuos de los sueños.

En la frente de Tim se habían dibujado arrugas tan profundas, que Vivica trató de alisarlas con su dedo índice. Él experimentó la sensación de que unas alas de libélula acariciaban su frente. Luego besó cuidadosamente la punta de los dedos de Vivica. Sus uñas no se hallaban pintadas, pues Tim odiaba las cosas rojas. Tampoco su madre y hermana se habían pintado jamás las uñas.

—¿En qué estás pensando? —preguntó tímidamente Vivie, al observar cómo iban profundizándose visualmente las arrugas en la frente de Tim.

—Me pregunto a dónde iremos a hacer nuestro viaje de bodas. —El mayor Timothy Williams jugó con la cinta azul claro que sujetaba los cabellos de Vivie—. ¿Qué le parece a usted, señora Williams? ¿Acaso no es hora ya de que nos conozcamos un poco más íntimamente?

De/repente, invadió el chalet un delicioso aroma de café recién hecho, huevos fritos con jamón y buñuelos con jarabe de arce. En el umbral de la puerta apareció la señora Hunter, que ellos creían se había marchado hacía rato a su casa, y exclamó alegremente:

¡El desayuno, muchachos! Todo-está preparado en el comedor. ¡Esta gente joven parece vivir sólo-del aire y del amor!

—¿No desea comer con nosotros? —preguntó débilmente Tim.

—Sí..., por favor, señora Hunter —suplicó Vivie con mayor debilidad todavía.

—Otro día —respondió gravemente la señora Hunter—. Mi viejo muchacho también quiere desayunar.

Miro sonriente a Vivica y dijo:

—¡Muchacha, la receta de los buñuelos la encontrará encima de la mesa de la cocina!

Cuando finalmente la señora Hunter se sentó frente a su esposo para desayunar, le informó de la primera «invitación» que había recibido de Vivica.

—No creo que lo haya dicho de buena fe.

—Naturalmente que no —dijo dulcemente la señora Hunter—. Pero ha hecho un esfuerzo.

Permaneció callada un momento y luego prosiguió:

—Cuando al final me he decidido a entrar en la habitación para decirles que fuesen a desayunar, los he encontrado con las manos cogidas y mirándose mutuamente. Con su pelo recogido, Vivica parecía una muchacha americana, agradable, bonita, dulce y ordenada.

—¡Las apariencias, querida, las apariencias! ¿Y qué tal se encuentra Tim?

La señora Hunter miró a través de la ventana. La vida del campo se iniciaba en Karuizawa tranquila y deliciosa, como desde hacía siglos ocurría siempre en el Japón. Una mañana serena, flores, frutas y, en el fondo, el volcán.

—¿Timothy? —dijo abstraída Catherine Hunter—. ¡Apenas he podido mirarlo... *honey!* ¡Parecía tan feliz, que yo he estado a punto de echarme a llorar!

—Mírame a mí —repuso el coronel Hunter—. ¡Ya verás lo que te vas a reír!

Dos meses más tarde, el barón Matsubara Akiro se hallaba sentado impasible en la cabaña de ermitaño de su difunto padre y aguardaba. Su rostro estaba casi destrozado por la tensión de sus músculos, pero no se permitía ningún movimiento de impaciencia. Arriba, en el palacio Matsubara, su hija Eiko se encontraba en los dolores del parto. Habían empezado por la mañana, y a pesar de los violentos dolores en su delicado vientre de muchacha, no profirió ni un solo grito. Así se comportaban las japonesas de familia distinguida. El barón Matsubara Toshiyuki, nacido Yasuda, no se manifestaba del modo como hubiese sido de desear; pero ello se explicaba porque no era samurái, sino un fabricante textil, intruso en la nobleza. Lloraba escandalosamente ante la puerta de Eiko y se lamentaba de que su mujer, sufriendo tanto, no pudiese lanzar ni un solo grito de desahogo. La anciana Kikue corría sin descanso de las habitaciones de la ancianísima baronesa a la cabaña del ermitaño, y con su franca tranquilidad y una sonrisa en su descompuesto rostro de cascanueces iba sembrando por doquier consuelo y esperanzas. Consideraba que el barón Toshiyuki tenía que aprender mucho todavía de los Matsubara. En esta casa nadie había compadecido jamás los dolores de una madre embarazada. Sólo era digna de lástima cuando traía al mundo a dos hijas hembras, como la desgraciada madre de Eiko.

Exactamente en esto se hallaba pensando Matsubara Akiro que, en la cabaña del ermitaño, se disponía a recibir un nuevo impacto del destino. Él era el último hijo varón auténtico nacido en el palacio. Su familia se extinguiría igual que el imperio mundial del Japón en el caso de que Eiko, siguiendo el ejemplo de su madre Tatsue, sólo diera a luz niñas.

Había llegado la hora crepuscular. Matsubara Akiro seguía sentado inmóvil en la cabaña de ermitaño. Como siempre, padecía espasmos gástricos. Kikue había preparado un baño caliente; pero se había enfriado como las esperanzas de Akiro Matsubara. Dos médicos se hallaban junto al lecho de Eiko: un tocólogo japonés y un cirujano americano, que precisamente en ese instante iba a dar comienzo a la cesárea,

a pesar de las protestas de la anciana baronesa y Kikue.

Akiro no sabía cuánto tiempo llevaba esperando. De pronto apareció la vieja Kikue, la única persona de confianza de la ancianísima baronesa. Fue como si hubiera surgido un espíritu. Movi6 sus resecos labios e intent6 en vano decir alguna palabra. Akiro se habfa levantado de un salto. Olvid6 la delicada cortesfa debida a los sirvientes leales y sacudi6 los secos hombros de la anciana. Sus entrañas ardían como el volcán Asama antes de una erupción, pero su cerebro estaba helado como un salto de agua en el crepúsculo de los días invernales. Observ6 las lágrimas en los ojos de la anciana Kikue, sus manos temblorosas, sus mandíbulas, que se movían haciendo desesperados esfuerzos para articular alguna palabra.

—¡Dilo ya de una vez! —exclam6 fuera de sí—. ¿Es una niña?

La anciana seguía sin poder hablar. Pero la severa mirada de su seńor le record6 el deber de la obediencia y le hizo recuperar el habla. Se arrodill6 y murmur6:

—¡Un nieto, seńor! ¡Un maravilloso y robusto var6n!

Matsubara Akiro permaneci6 solitario en aquel recinto monástico festejando su mudo triunfo. La vieja Kikue se habfa marchado precipitadamente para ayudar a la extenuada madre.

Únicamente habfa arrojado una furtiva mirada al atrevido y querido rostro del en otro tiempo *Joven bar6n*. Ese semblante lucía con el mismo esplendor con que hubiera brillado el crisantemo místico del Jap6n, florecido de pronto en el americanizado desierto del Tokio de la posguerra.

Más tarde, Matsubara Akiro colocaba en los brazos de la anciana abuela el recién nacido tataranieto. La diminuta anciana, testigo de la muerte de su padre, de su esposo, de su hijo y de su nieto —el heroico «piloto de la muerte» de la Segunda Guerra Mundial— contempl6 muda de emoci6n aquel cuerpo sin mancilla y los ojos claros del beb6 var6n, y movió la cabeza orgullosa y agotada.

Habfa resistido pacientemente el paso de largos años sólo para vivir este momento de esplendor en un mundo que ya no guardaba nada más para ella.

Capítulo VI

JORNADA FAMILIAR EN NORUEGA

Durante la última semana de mayo llegaron incesantemente a Trondheim visitas de todo el mundo para festejar a la señorita Wergeland en su septuagésimo aniversario. Astrid con su familia, de París; Mailin con sus hijos, de Singapur; Vivica y Timothy con Halvard y la doctora Margaret Williams, de Concord, New Hampshire, Estados Unidos. Y todavía no se había acabado, pues se esperaba la llegada de la familia Chou Tso-ling de China, la del señor Von Zabelsdorf con su mujer e hijos del Berlín Occidental y la de la señora Yamato, que con tanto esmero había cuidado a Vivica durante su enfermedad, y que debía venir procedente de Tokio. En el transcurso de los años, Helene había mantenido relaciones con todas sus amistades.

La víspera de la fiesta, la señorita Wergeland, después de la cena, estaba sentada sola en la terraza y contemplaba, como en los tiempos antiguos, las nubes pasajeras. Todavía se mantenía muy derecha. Adentro, en la amplísima sala de recepción se oían voces en todos los idiomas posibles: noruego, inglés, francés, chino y japonés. Vivica hablaba en japonés con la señora Yamato, que había llegado en barco a Marsella acompañada por el barón Matsubara. Desde que la paz fue firmada en San Francisco en 1951, Akiro se dedicaba a viajar por el mundo, como en los años de su juventud, para realizar encargos de su Gobierno. Actualmente se encontraba en París, donde se le había confiado una misión económica, y desde allí tenía que marchar a Pekín y a Shanghái. Todas estas novedades se las estaba cuchicheando la señora Yamato a la hermosa señora Williams. La señora Yamato sentía gran veneración por el barón Matsubara. Le tema por un hombre muy bondadoso. Incluso pagaba la formación de sus propios hijos, confiada a un sacerdote católico.

La señorita Wergeland contemplaba las nubes. En estos últimos cinco años, desde que Vivica abandonó el Japón, habían desaparecido ya todas sus inquietudes por esta peligrosa criatura. La única sorpresa agradable de su vida había sido enterarse de la recuperación de Vivica. La muchacha había estado un año en París, con Astrid, y había trabajado con un importante pintor mientras Timothy visitaba Europa. Y ahora, Vivie, la antigua criatura perezosa y mal criada como una princesa asiática, había expuesto su primera colección en París, a donde quería volver después de celebrado el cumpleaños de Helene. Esa exposición la había preparado Astrid con su acostumbrada competencia, y las acuarelas y bocetos de Vivica habían causado furor.

—Le van a hacer perder la cabeza —refunfuñó Helene, tras haber examinado, sacudiendo la cabeza, las fotografías de las acuarelas de Vivica. En los cuadros apenas se veía nada.

Helene se levantó y se dirigió a la habitación de los niños. Con gritos de júbilo se precipitaron sobre ella el pequeño Halvard y Karl Friedrich von Zabelsdorf, que contaba ahora once años y que había dejado de ser *Kasperle*. Los mellizos de Astrid —Antoine y Helene, de ocho años y de terrible buena educación— cuchicheaban en francés en un rincón. Helene no tenía mucho que hacer con el «pequeño *Monsieur*» de Astrid y con su hermanita, pero no quería reconocerlo. Se acercó al hijo mayor de Mailin, que discutía sobre aquellos curiosos parientes con el menor de los hijos de Hanna Chou. Naturalmente, hablaban en chino. Por cierto, que su lengua no era más corta que la de sus primos franceses. Los dos muchachos se reían a costa de los francesitos y del grueso y rubicundo primo Halvard de América. Éste y el pequeño berlinés se peleaban y luego, sonrientes, se daban una palmadita a los hombros... ¡Qué extraordinaria mala educación!

Helene contempló filosóficamente aquel grupo de chiquillos. Sus ojos azul acero trataban de atravesar con la mirada a aquellos niños que tenían que forjar un mundo nuevo y, por supuesto, mucho mejor. Tomó la firme resolución de no tratar más al pequeño Halvard como al predilecto, pero su corazón se estremeció cuando el bravo muchacho le preguntó suavemente:

—Tía, ¿puedo tocar ahora alguna pieza?

—Mañana, Halvard... será mi cumpleaños. —Luego miró fijamente a su sobrino favorito y le dijo—: ¡Pero te suplico que toques con las manos más limpias!

Había dado fin el solemne banquete de cumpleaños, y los invitados se habían retirado a descansar. Helene había estrechado las manos de centenares de visitantes de Trondheim y Trohdelang, y había recibido sus regalos sacudiendo la cabeza. ¡Cuántos y cuántos pañales y esquíes se hubieran podido comprar con el valor de todos aquellos objetos artísticos! Pero las «perdices blancas», los mosquitas muertas y los hijos y nietos de los mosquitas muertas habían estado ahorrando durante muchos meses para poder hacer un «delicado» obsequio a *fröken Wergeland*. En su interior, Helene se alegraba de que sus protegidos —jóvenes o viejos— hubieran pensado tanto en ella, y agradecía sus presentes con desacostumbrada cortesía. A ninguno de los visitantes le arrojó a la cara las verdades como un trapo mojado, pues se hallaban presentes demasiados invitados del Extremo Oriente.

Finalmente, se quedó sola con la familia y los amigos. La mesa de tomar café había quedado vacía; todo el mundo incluso los pequeños, se había trasladado al vestíbulo, donde' había sido dispuesto un entarimado, para oír tocar a Halvard Lillesand Williams. A pesar de sus briosas protestas la señorita Wergeland tuvo que sentarse en el sillón tallado en rica madera y adornado con flores que, igual que un sillón chino, se encontraba frente al óleo del Viejo *Ulaf*, el abuelo, que había sido leñador de Irondelang.

Cuando Halvard apoyó el violín bajo su barbilla, se hizo un silencio general.

Aquel muchacho de ocho años, de piernas largas, infantiles mejillas coloradas y cabellos desordenados, se hallaba de pie en el centro del vestíbulo y empezó a ejecutar unas melodías populares noruegas, que había estudiado expresamente con su profesor para esta fiesta. La señorita Wergeland se hallaba inmóvil. Sus agudos ojos escudriñaban el rostro infantil de Halvard. Sus ojos ya no estaban velados, sino que resplandecían con la misma intensidad que los de Borghild cuando tocaba. Pero Helene observaba asimismo la recia y enérgica barbilla del muchacho y sus vigorosas manos, capaces de aprisionar la realidad cuando hubiera pasado la infancia y comenzase la lucha por el arte y por el amor.

Dios estaba contento de ella y de sus sobrinas, pensaba tía Helene. Se encontraban aquí reunidas todas. Las muchachas ocupaban su puesto en la vida, y sus hijos también. Los amigos del Extremo Oriente les rodeaban embargados de sincera satisfacción. Así tenía que ser, pues todos los hombres son hermanos; aun cuando discutiesen entre sí, en Oriente o en Occidente. Helene veía en su mente a la buena Yumei, que murió durante la guerra por amor a Vivica. Contemplaba todavía los resplandecientes y negros ojos de Yumei y recordaba las palabras que traducían su noble obstinación: «La hermana tercera» tiene que comer sus manjares favoritos en la cárcel del *Kempetai*. Luego estaba el señor Tso-ling, que había escondido a Astrid en casa de la hermana de Yumei durante los confusos días que precedieron al término de la guerra. Y aquí se hallaba sentada la amable señora Yamato, al lado de la escultural y hermosa Vivica. Llevaba su quimono oscuro y personificaba ese principio japonés de rico contenido según el cual los fuertes deben amparar a los débiles y los opulentos a los necesitados. En el rincón opuesto ocupaba un asiento *la Viuda de Aalesund*, que después de la muerte de su buen esposo danés había venido a llorar su desgracia al lado de la señorita Wergeland. Laura sostenía en cada brazo a uno de los pequeños chinos; los hijos de Mailin y de Hanna habían ido descubriendo a todos los que hablaban chino, y por eso estaban pegados como lapas a Laura, Helene y Astrid. Poca importancia tenían en ese destrozado mundo de 1955 la lectura de libros, las propagandas radiofónicas y las conferencias, pensaba Helene Wergeland. Bastaba un corazón en el pecho y dos manos dispuestas siempre a prestar ayuda. Así podían entenderse perfectamente el Oriente y el Occidente.

Miró a Halvard y se dio cuenta de que, a pesar de su juventud, el pequeño manejaba el arco del violín con la delicada seguridad de Borghild. De pronto sintió un dolor agudo en su corazón; pero no era muy fuerte, ni tampoco muy sorprendente. Retrocedió un poco más en la senda de su pasado, y vio a Borghild, cuya magia secreta había heredado su nieto Halvard. Y luego volvió a ver a Knut de nuevo en el puerto de Trondheim: apuesto, alto, llevando de la mano a la pálida Astrid y seguido de Yumei, Mailin y el pájaro rabilargo.

«Ya estamos aquí», Había dicho Knut. Para él había sido una cosa muy sencilla. Habían venido en busca de protección y consuelo, y Helene se los proporcionó siempre con su agradable sonrisa. Se sentía mucho más rica cuanto más daba. «La

mujer soltera es la madre de todo el mundo», decían los chinos. Realmente había obrado de acuerdo con este proverbio en su mundo, que se extendía desde Trondheim al Extremo Oriente. El dolor que sentía en su corazón mientras oía tocar al pequeño Halvard, no era sino la expresión de su aflicción por la ausencia de Knut. ¡Cuánto se hubiese alegrado hoy viéndose rodeado de todas sus hijas y todos sus nietos! Pero Helene, con sus setenta años, se había acostumbrado ya al dolor que le produjo la muerte de Knut. Sabía que se podía vivir lo mismo con alegrías que con penas, y había podido habituarse porque su vida está constituida por las unas y por las otras. Todos los allí presentes habían pasado por estos altibajos: Helene, sus tres sobrinas y los amigos que habían acudido de todas las partes del mundo a esta pulcra ciudad del norte de Europa para festejar su cumpleaños. Ninguno de ellos se había librado del dolor, pero todos, a su manera, lo habían aceptado con resignación.

Halvard dejó de tocar su violín de niño. Había sido su primer concierto en Trondheim... La señorita Wergeland se levantó y se dirigió a un arcón tallado en madera. Sus manos temblaron un poco al sacar cierto objeto del interior del arcón. Lo desenvolvió.

—¡Este es el violín de tu abuela, pequeño! ¡Un Amati! ¡Si trabajas con aplicación, *daddy*^[109] te lo entregará cuando cumplas dieciséis años!

—¿Qué es un Amati, tía?

—Un instrumento de primera categoría —contestó secamente la señorita Wergeland.

Era el regalo de boda que la familia hizo a Borghild. Luego, de pronto, dijo:

—Halvard, ¡falta un botón en tu chaqueta! ¿No puedes coser los botones de tu hijo, Vivie?

—Te ruego me disculpes —dijo el doctor Timothy Williams guiñando un ojo—. No sé cómo se me ha podido pasar por alto. Yo soy la costurera de la familia.

En medio de la algazara general, sólo la señorita Wergeland observó cómo Vivie acariciaba disimuladamente el brazo de su marido. Ese gesto significaba una pequeña maravilla de intimidad. Tim se puso rojo como una muchachita cuando aprende a bailar. Luego se levantó para examinar más de cerca el Amati.

—¿No es demasiado para el muchacho? —interrogó a la señorita Wergeland.

La pregunta era comprensible: no había oído tocar a Borghild Lillesand.

Los invitados permanecían sentados todavía en el vestíbulo cuando era ya bien entrada la noche. Hacía mucho tiempo que estaban separados los unos de los otros, y no sabían dónde y cuándo volverían a reunirse.

Los niños se encontraban en sus dormitorios. La señorita Wergeland había tenido una sorpresa por parte de la hijita de Astrid. Al darles las buenas noches, la pequeña Helene le había preguntado si quería más al primo Halvard que a ella y a Antoine. La pequeña se había tranquilizado del todo al comunicarle con gran reserva a tía Helene

un «secreto»: Antoine jugaba con las muñecas, ¡pero papá no debía saberlo! La señorita Wergeland, emocionada, había estrechado contra sí a la graciosa niña: no era una extraña damita de París, sino la auténtica hija de Astrid.

Poco antes de poner punto final a la fiesta, los invitados se enteraron de otra novedad. Mailin había fundado en Singapur un orfanato que llevaba el nombre de su difunto esposo. La señorita Wergeland deseaba ir a trabajar un año o dos en el «Orfanato James Chou».

—¿No lo dirás en serio, verdad, tía Helene? —preguntó Astrid.

—¿Tienes algo que objetar?

La a duquesa tenía algo que objetar. Explicó a tía Helene que después de su visita a la exposición de Vivie —una pequeña pero distinguida galería privada en Saint-Germain-des-Prés— por lo menos tendría que quedarse medio año con ellos en París. Hacía ya tiempo que Astrid le había rogado que les hiciese una visita. Además, los trópicos ya no eran para tía Helene.

—¡Caramba! —exclamó la señorita Wergeland.

Parecían haberle hecho gracias las palabras de Astrid.

—¡Todo eso es demasiado agotador para ti, tía Helene!

Astrid no acostumbraba a equivocarse. El mismo Fierre casi siempre aceptaba sus consejos, a pesar de que en el fondo le molestaban tanto como a la señorita Wergeland.

Pero Astrid era tan perfecta, que ese pequeño defecto la hacía todavía más atractiva, opinaba el señor De Maury.

—¡Piénsatelo, por favor, tía Helene! —dijo dignamente—. Mailin es extremadamente diligente y se las arreglará sin ti. ¡Además ya no eres tan joven como antes!

—¡Qué tonterías! —replicó la señorita Wergeland con amabilidad—. ¡Si sólo acabo de cumplir los setenta!

EPÍLOGO

UN JAPONES EN PARIS

El barón Matsubara Aloro había disfrutado ya sus vacaciones en París. Había vuelto a visitar de nuevo todos aquellos lugares interesantes que ya visitó en 1925, sorprendido y receloso: la Opera, el Fauburg-Saint-Germain, el Louvre, Montparnasse y el parque Monceau. Entonces fue su primera visita a Europa, como un hijo obediente y sumiso, un miserable insecto en la ciudad de la luz, uno de los numerosos japoneses que por orden de sus severos padres «aprendían Europa», mientras su pusilanimidad les provocaba violentos espasmos gástricos y las noches de luna les hacían sentir nostalgias por su Japón. Akiro lo soportó todo. Actualmente era un jubilado conquistador del mundo y trabajaba por su nieto, que tendría que hacer revivir una nueva flor de crisantemo imperial. Las probabilidades de éxito no eran tan insignificantes cuando las cosas se pensaban con tiempo suficiente.

Desde hada dos años su tiempo estaba muy bien empleado. Había puesto a disposición de la política económica del Gobierno de su país sus modestas experiencias. A pesar del grave golpe sufrido, Japón seguía siendo la primera potencia industrial de Oriente, pero necesitaba nuevos mercados. Y la China roja se hallaba a sus puertas. El tiempo pasaba con rapidez, y en Tokio ya se hacían conjeturas sobre esas posibilidades. El barón consideraba a los japoneses y los chinos como parientes, igual que antes. Aunque realmente sus posiciones se encontraban ahora un tanto desplazadas. Era preciso hacer los cálculos con mucho tacto, y teñían que olvidarse los pequeños malentendidos que se produjeron entre los años 1937 y 1945.

Era el último día de estancia de Akiro en París. Quería visitar todavía mía o dos galerías de pinturas y cenar luego en el *Bois de Boulogne*. Hoy, igual que ayer, le bastaba su propia compañía. Recordaba los momentos agradables de su vida y había olvidado la oscuridad después de los fuegos artificiales. París seguía siendo un centro de la cultura; y él había mantenido siempre relaciones con la Cultura. En Saint-Germain-des-Prés había una pequeña galería que Akiro visitó treinta años atrás. En ella eran expuestos los cuadros de desconocidos. París tenía siempre una debilidad por los artistas principiantes. Algunas veces, los desconocidos acababan siendo famosos. Descubrir, proporciona una alegría, y en la ciudad del Sena algunos se preocupaban de buscarla.

Era el último visitante en una sala lateral con excelente iluminación. Allí estaba expuesta una serie de acuarelas bajo el título común de *Les Rêves de Vivienne*. La pintora era una tal Vivica Williams, noruega, que había vivido algunos años en Asia. Según le comunicó alguien al entrar.

El barón Matsubara examinó con rostro sereno y rígido aquellos cuadros que constituían algo nuevo para él. La fantasía occidental unida al orientado sentido de la forma japonesa había producido un arte sorprendente. La intuición colectiva del Japón y el temperamento individualista de Europa se habían conjugado maravillosamente sobre la seda y el papel. El barón Matsubara permanecía inmóvil ante aquellos trabajos que él había inspirado. Con todos los medios del terror y de la pasión amorosa oprimió con tanta persistencia a *Cara matutina* que la emoción de la sensibilidad había engendrado, al cabo de algunos años, visiones de extraña belleza. Allí estaban los ruiseñores cantando en la prisión —el prado de la morfina— y el lago de los ensueños de Myanoshita con el monte Fuji envuelto en nubes. Y la «cabaña del té», un cuadro que reflejaba con sublime sutileza la tragedia de Karuizawa. Era la cabaña del té de Akiro, pero en su interior estaba sentado un monje budista, y la tranquilidad reinaba en «los crisantemos y arces del riachuelo».

En esos lienzos y bocetos se adivinaba mi conjunto melancólico-alegre junto a las posibilidades pictóricas que no conocían los maestros japoneses ligados a la forma y a la tradición. Eran los clásicos «arreglos», pero realzados por una fantasía occidental. El último cuadro mostraba incluso el arte del *bonkei*^[110], que los japoneses plasmaban con arte exquisito en una bandeja llana o en un pedazo de porcelana. Pero Vivica lo había compuesto tomando como fondo un pintoresco paisaje nórdico; era algo que Matsubara Akiro no había visto jamás. Románticas y salvajes rocas rodeaban las maravillosas flores japonesas: crisantemos con finísimo césped, musgo y piedras. «Silenciosa», belleza del Oriente a la orilla de un fiordo. Una síntesis tal de la naturaleza y mi arte tal de dos mundos, sólo podía lograrlos una criatura joven que conocía el Asia con mucho más detalle que los otros europeos. Una criatura que había vivido en aquellos países muchas penas y alegrías.

—¿Le gustan los cuadros, señor?

El barón Matsubara volvió en sí. Una jovencita parisiense se le había dirigido desenvueltamente. Llevaba un pantalón negro, estrecho, que sólo alcanzaba hasta media pantorrilla y destacaba con indiscreción las caderas. También llevaba un *pullover* rosa, un gracioso pañuelo de cuello y un peinado a lo existencialista. Pero era una criatura atractiva a pesar de su atavío, pensó indulgentemente el barón Matsubara. ¿Adónde habían llegado las jovencitas de París? ¿Es que ya no querían gustar a los hombres? El aspecto de la muchacha daba a entender que no era porque no tuviese medios para procurarse un elegante conjunto de primavera. En su insolente *pullover* se veían joyas de auténtico valor. Todo lo que llevaba encima era material de primera clase. También en Tokio se había extinguido la elegancia y la discreción: en el Año Nuevo de 1950 su hija Eiko le había recibido con un *pullover* parecido.

—Yo encuentro maravillosas estas acuarelas —observó la muchacha, que al parecer creía que en el arte y en todas las cosas en general tiene gran importancia la opinión femenina—. En estos bocetos se han suprimido tantas cosas, que la fantasía encuentra campo libre para sus creaciones.

—¿Cree usted que eso significa una ventaja?

La joven amiga del arte no contestó, sino que examinó con curioso interés las obras de Vivica.

—Me gusta China —murmuró—. ¿Puedo preguntarle desde qué ciudad ha venido a París, señor?

—Desde Tokio —contestó amablemente el barón Matsubara—. ¿Ha oído hablar por casualidad de esa ciudad, señorita? Antes era un centro de la floricultura. Ahora es el objetivo preferido de los excursionistas americanos.

—¡Perdón, señor! Le había tomado por chino.

—Un cumplido encantador hoy día, señorita. Ahora nosotros somos los parientes pobres.

—Es usted muy simpático, señor —dijo la joven un tanto desconcertada—. ¿Es su primera visita a París?

—Nuestra conversación ha sido un verdadero placer para mí. Permítame que le dé las gracias, señorita.

El barón Matsubara hizo una reverencia con su acostumbrada elegancia. Ninguna gatita existencialista podría sonsacarle nada.

Abandonó la sala. A cualquiera le hubiera parecido un japonés de edad, elegante, con visible cortesía e invisible *naibun*.

Sus pensamientos volvieron a ocuparse de la exposición. Entonces se le ocurrió que *Cara matutina* era el único miembro de la familia Wergeland que le había dado las gracias por sus humildes servicios.

Salió sonriente a la calle. Al andar por el bulevar, en el mayo de París, como unos decenios atrás, le dominaba un tranquilo sentimiento de felicidad. El crepúsculo difuminaba los contornos de las casas y los árboles. El barón Matsubara dobló la esquina de la calle Bonaparte. Su semblante revelaba la irónica nostalgia que le hacía sentir aquel aire y aquel crepúsculo plateado. Esta ciudad era la «cabaña del té» del Occidente. Quería cenar en el *Bois de Boulogne*, un bosque urbanizado con el arte de la jardinería, que parecía exprofesamente creado para los japoneses: un elegante paraíso de idilios en los límites de la ciudad. Esta noche era para él y para Vivienne. Su pasión por esta muchacha había sido un momento de esplendor entre el despertar y el dormir, entre el nacimiento y la muerte. Antes y después de este instante de esplendor sólo habían existido para él los severos deberes y compromisos impuestos por el *shintoísmo* y por el sistema familiar. Al igual que los crisantemos imperiales, las obligaciones no conocían el paso del tiempo. Matsubara Akiro había nacido en un ambiente imbuido de este orden y no tenía ninguna objeción que hacer.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, su avión volaba vía Pekín.

FIN



ALICE MARIA AUGUSTA EKERT-ROTHOLZ (Hamburg, 1900 - Londres, 1995), fue una escritora alemana que escribió varios *best sellers*, especialmente en los años 1950 y 1960. La circulación total de sus obras reside en más de tres millones copias vendidas en todo el mundo.

Hija de un hombre de negocios en exportación, de origen sueco-ruso-británico Maximiliano Ekert y su esposa judía alemana Hedwig Mendelson. En la década de 1920, publicó sus primeros poemas *Weltbühne*. En 1933 emigró con su marido a Londres, y en 1939 se fueron a Bangkok, donde permanecieron hasta 1952. Durante este período viajó extensamente por Asia, Australia y el Caribe. En 1952 volvió con su marido a Hamburgo, donde trabajó como periodista y escribió varias novelas y libros de de viajes. Después de la muerte de su marido en 1959 se trasladó a Londres, donde vivió hasta el fin de sus días.

Publicó su primera novela *Siam hinter dem Bambuswald* en 1953, libro de recuerdos y las impresiones de su tiempo en Tailandia. La siguieron *Reis aus Silberschalen* (1954) y *Wo Tränen verboten sind* (1956), que fueron un éxito internacional y traducidas a numerosos idiomas. Sus siguientes novelas son principalmente historias ambientadas en un entorno exótico.

Notas

[1] Torvet: Plaza del mercado. (*N. del T.*) <<

[2] *hibachi*: brasero. (N. del T.) <<

[3] *tokonoma*: alcoba. (*N. del T.*) <<

[4] *coolie*: peón, porteador, trabajador no cualificado. Término usado durante los siglos XIX y principios del XX en el subcontinente indio y en el sur de China. (*N. del Ed.*) <<

[5] *Kabuki*: Modalidad teatral japonesa de carácter tradicional y popular en la que se alterna el diálogo con partes recitadas o cantadas. (N. del Ed.) <<

[6] Tin Po: Auxilio del Cielo. (*N. del T.*) <<

[7] El mes 12, según el año lunar. (*N. del T.*) <<

[8] Tenno: Hijo del cielo; el emperador del Japón. (*N. del T.*) <<

[9] *minomushi*: polilla. (*N. del T.*) <<

[10] Kempetai: policía secreta militar. (*N. del T.*) <<

[11] *cha-no-yu*: Majestuosas ceremonias del té. (*N. del T.*) <<

[12] *sukiyaki*: Lonjas de carne de buey con verduras. (N. del Ed.) <<

[13] *habutai*: Tafetán de seda de color blanco. (*N. del T.*) <<

[14] *very bad*: muy malo. (N. del Ed.) <<

[15] Hei Lien: Cara negra. (*N. del T.*) <<

[16] *Ch'ing-chao*: Luz fluida. (N. del Ed.) <<

[17] *Im Li Hsia*: Principio del verano. (N. del T.) <<

[18] *singsong-girls*: muchachas cantantes. (N. del T.) <<

[19] *god aften*: buenas tardes (en noruego). (N. del T.) <<

[20] Buenas tardes. No comprendo. (*N. del T.*) <<

[21] *fröken*: señorita (en sueco). (N. del Ed.) <<

[22] *How do you do?: ¿Cómo está usted?. (N. del Ed.)* <<

[23] *shintoísmo*: nombre de la religión nativa en Japón. Se basa en la adoración de los *kami* o espíritus de la naturaleza. Algunos *kami* son locales y son conocidos como espíritus o genios de un lugar en particular, pero otros representan objetos naturales mayores y procesos, por ejemplo, *Amaterasu*, la diosa del Sol. Actualmente el *sintoísmo* constituye la segunda religión con mayor número de fieles de Japón, sólo superada ligeramente por el budismo japonés. (N. del Ed.) <<

[24] *Zaibatsu*: Poderosa concentración de la economía en el seno de una gran familia.
(N. del T.) <<

[25] Sólo entiende esto no hay nada que perdonar. (*N. del Ed.*) <<

[26] *Heil Hitler: Viva Hitler. (N. del T.)* <<

[27] veranda: porche techado abierto. También puede ser descrita como una galería abierta con columnas, generalmente techada, construida alrededor de una estructura central. (*N. del Ed.*) <<

[28] Ángel, en alemán es Engel. (*N. del T.*) <<

[29] *tical*: Antes del año 1875, el **Tical** fue la moneda del Reino de Camboya, así como de Siam. Sin embargo, como resultado de la intervención francesa en la región, el Tical en Camboya fue sustituido en 1875 por el franco Camboyano. El término Tical fue el nombre que los extranjeros utilizaron para la palabra local «*bhat*». La palabra *Baht* realmente se refería en aquel entonces a cierta medida de peso en plata, ya que el sistema monetario se basaba en el peso de las monedas de plata. El tical (o *baht*) era una moneda de plata que pesaba 15 gramos, por lo tanto, supone una similitud en valor bruto con la rupia india. (N. del Ed.) <<

[30] *tai-tai*: damas. (*N. del T.*) <<

[31] *charmante*: encantadora, preciosa. (N. del Ed.) <<

[32] *opósculos*: Obra científica o literaria de poca extensión. (N. del Ed.) <<

[33] *Hsüan-ch'ing*: Joya de la inteligencia. (N. del T.). <<

[34] *Ta Shu Fang*: Cuarto de trabajo, biblioteca. (N. del T.). <<

[35] *rikscha-coolie*: porteador de un *rikscha*, especie de carruaje arrastrado por una persona. Es un medio de transporte usual en los países asiáticos. (N. del Ed.) <<

[36] *hanamichi*: puente de flores. (N. del T.) <<

[37] *Kumsha*: propina. (*N. del T.*) <<

[38] *rikscha*: palabra alemana. En inglés «*rickshaw*» es una especie de carruaje arrastrado por una persona. Es un medio de transporte usual en los países asiáticos. (N. del Ed.) <<

[39] *Kung Hsi Fah Tsai*: Feliz año nuevo. (N. del T.) <<

[40] *sens*: Moneda japonesa de cobre, que vale la centésima parte de un yen. (*N. del Ed.*) <<

[41] *Taro-san*: «El más importante hombrecito», título que se da al hijo mayor. (*N. del T.*) <<

[42] *haikkus*: El *haiku*, en español frecuentemente *jaiku*, es una forma de poesía tradicional japonesa. Consiste en un poema breve, generalmente formado por tres versos de cinco, siete y cinco moras respectivamente. Comúnmente se sustituyen las moras por sílabas cuando se traducen o componen en otras lenguas. La poética del *haiku* generalmente se basa en el asombro y la emoción que produce en el poeta la contemplación de la naturaleza. (N. del Ed.) <<

[43] *caodaísmo*: religión sincrética practicada en Vietnam. Fue fundada en 1926 por Ngo van Chien, funcionario vietnamita bajo la administración francesa, integrando elementos de las principales religiones monoteístas (cristianismo e islamismo), y del hinduismo, budismo, taoísmo y confucianismo, a partir de una supuesta revelación directamente de Dios recibida el año anterior. Trata de una religión integradora que acoge a cualquier creyente de otra y que reúne lo que considera mejor de cada una. Su símbolo es el ojo de Dios dentro de un triángulo. Sus ceremonias incluyen cánticos interpretados por un coro con música tradicional vietnamita. Afirman recibir revelaciones de los espíritus de difuntos renombrados como Jesús, Mahoma, Shakespeare o Lenin. (N. del Ed.) <<

[44] Según la mitología griega, Sisifo, rey y fundador de Corinto, fue muerto por Teseo y condenado en los infiernos al trabajo eterno de levantar una descomunal piedra que se desplomaba de nuevo al llegar a la cima. (*N. del T.*) <<

[45] *annamita*: natural de Anam. Perteneciente o relativo a este antiguo reino, en Indochina. (N. del Ed.) <<

[46] *chutney*: especie de confitura que se elabora con frutas o verduras cocidas en vinagre, con especias muy aromáticas y azúcar. Es una bomba de sabor originaria de La India, donde se denomina *chatni* y significa «para chupar» en el sentido de «chuparse los dedos», aunque también hay quien dice que significa «especias fuertes». (N. del Ed.) <<

[47] Un *sarong* es una pieza larga de tejido, que a menudo se ciñe alrededor de la cintura y que se lleva como una falda tanto por hombres como mujeres en amplias partes del sureste asiático excluyendo a Vietnam, y en muchas islas del pacífico. (N. del Ed.) <<

[48] *missie Nai-Hang*: mujer comerciante. (N. del T.) <<

[49] *Lifu*: pequeño tigre. (*N. del T.*) <<

[50] *taxigirl*: chicas con que puedes bailar en las salas de fiesta a cambio de dinero. (*N. del Ed.*) <<

[51] *papaofan*: Budín de arroz cristalino adornado con pepitas de loto, «ojos de dragón» y otras frutas chinas confitadas. (*N. del T.*) <<

[52] *habutai*: Tafetán de seda de color blanco. (*N. del T.*) <<

[53] Que Dios los bendiga. (N. del Ed.) <<

[54] *Kamikaze: Pilotos suicidas japoneses.* (N. del T.) <<

[55] *bushido*: Anheló de morir luchando por el Emperador. (N. del T.) <<

[56] *Shikata ga nai*: No es posible. (*N. del T.*) <<

[57] *jicho*: amor propio. (N. del T.) <<

[58] *kata-jikenai*: gracias por la ofensa. (N. del T.) <<

[59] *tokonoma*: nicho ornamental en la pared. (*N. del T.*) <<

[60] Kino doku!: Expresión de agradecimiento. Textualmente: ¡Oh, este sentimiento emponzoñador! (*N. del T.*) <<

[61] *Ai... Ai*: Amor japonés de un superior para con su inferior. (*N. del T.*) <<

[62] *tatami*: alfombra. (*N. del T.*) <<

[63] *sono uchi*: Pronto. (*N. del T.*) <<

[64] *manju*: torta (*N. del T.*) <<

[65] *mompé*: ancho pantalón de algodón (*N. del T.*) <<

[66] *mugimes-hi*: arroz cocido con trigo (*N. del T.*) <<

[67] Es mejor quedársela casa que salir. (*N. del T.*) <<

[68] *Wats: convento budista. (N. del T.)* <<

[69] *Bo pen rihang*: Es de poca importancia, pero no se puede cambiar. (N. del T.) <<

[70] *ferang*: extranjero. (N. del T.) <<

[71] *cherri*: querido. (*N. del T.*) <<

[72] *jurodivyje*: Santos locos. (*N. del T.*) <<

[73] *Tai-tai*: dama, señora. (*N. del T.*) <<

[74] *makoto*: sinceridad. (*N. del T.*) <<

[75] *arigato*: gracias. (N. del Ed.) <<

[76] *seppuku*: suicidio del samurai. El seppuku, harakiri o hara-kiri (lit. «corte del vientre») es el suicidio ritual japonés por desentrañamiento. El seppuku formaba parte del bushidō, el código ético de los samuráis, y se realizaba de forma voluntaria para morir con honor en lugar de caer en manos del enemigo y ser torturado, o bien como una forma de pena capital para aquellos que habían cometido serias ofensas o se habían deshonrado. (N. del T.) <<

[77] *O Cha-no-yu: Ceremonia del té. (N. del T.)* <<

[78] *Annchen*: diminutivo de Ana. (*N. del T.*) <<

[79] *bad girl*: alguien que sabe lo que quiere y no se detendrá ante nada para conseguirlo. No tiene miedo de hacer y decir lo que otros sólo pueden soñar. La sociedad la menosprecia señalándola como una chica ligera, borracha y de mala calidad. (N. del Ed.) <<

[80] *chink*: término despectivo con que se llama a alguien que es chino o asiáticos. (*N. del Ed.*) <<

[81] *sweet*: dulce. (*N. del T.*) <<

[82] Querida, déjeme que la estreche. (*N. del T.*) <<

[83] *just for fun*: sólo para distraerse. (N. del T.) <<

[84] *nishime*: Carne de tocino desmenuzada, con zanahorias, raíces de taro y salsa. (*N. del T.*) <<

[85] *daiku*: Gruesos rábanos japoneses en salmuera y con pasas. (N. del T.) <<

[86] *There, there... darling!*: ¡Vamos, vamos..., querida! (*N. del T.*) <<

[87] La manera de vivir americana. (*N. del T.*) <<

[88] *pompom*: Las queridas de los soldados. (*N. del T.*) <<

[89] Yoshiwara: El barrio de las diversiones. (*N. del T.*) <<

[90] *sah*: ¡Bien, estupendo! (*N. del T.*) <<

[91] *tatami*: Esteras de paja. (*N. del T.*) <<

[92] *hibachi*: Braseró. (N. del T.) <<

[93] *butsudan*) Rincón budista. (N. del T.) <<

[94] Este Año Nuevo es realmente una ocasión feliz. (*N. del T.*) <<

[95] Espero que el año próximo nos encuentre tan buenos amigos como ahora y siempre. (*N. del T.*) <<

[96] *mochi*: Albóndigas de arroz. (N. del T.) <<

[97] *ko*: Obligaciones para con el padre y los antepasados. (*N. del T.*) <<

[98] *sumimasenh*: Gracias. (*N. del T.*) <<

[99] *yuzu*: Limón. (*N. del T.*) <<

[100] *narikin*: Hombre que se ha hecho de oro. (*N. del T.*) <<

[101] *mizuhiki*: Cinta de papel. (*N. del T.*) <<

[102] *noshi*: Papel de seda de color delicado doblado de una manera determinada. (*N. del T.*) <<

[103] *applepie* Pastel de manzana. (N. del T.) <<

[104] *asagao*: Rostro matutino, flor cuyos pétalos sólo permanecen abiertos una mañana. (*N. del T.*) <<

[105] *diamanten-tau*: El té más puro. (*N. del T.*) <<

[106] *shoji*: Paredes de papel. (*N. del T.*) <<

[107] *Sorry: Lo siento. (N. del T.)* <<

[108] *joro*: Prostituta en el distrito de la «*Luz Roja*», sometida a la vigilancia de la policía. (*N. del T.*) <<

[109] *daddy*: Papá. (N. del T.) <<

[110] *bonkei*: Jardín panorámico en miniatura. (N. del T.) <<